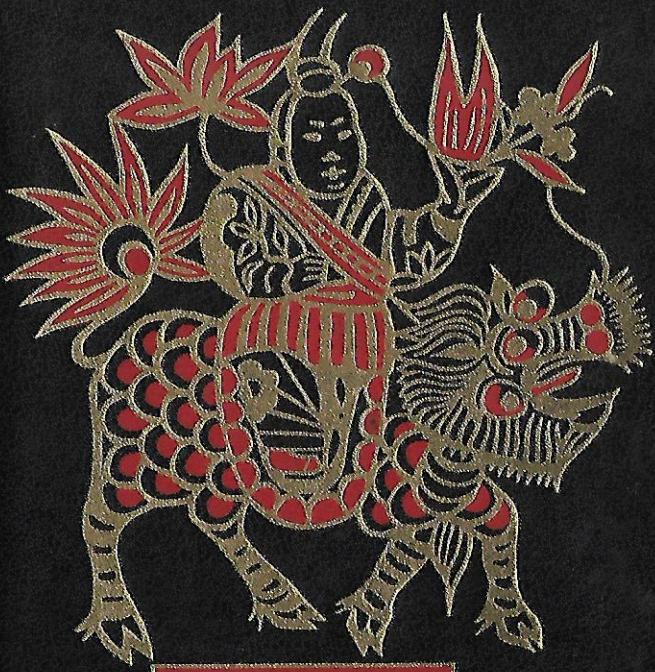
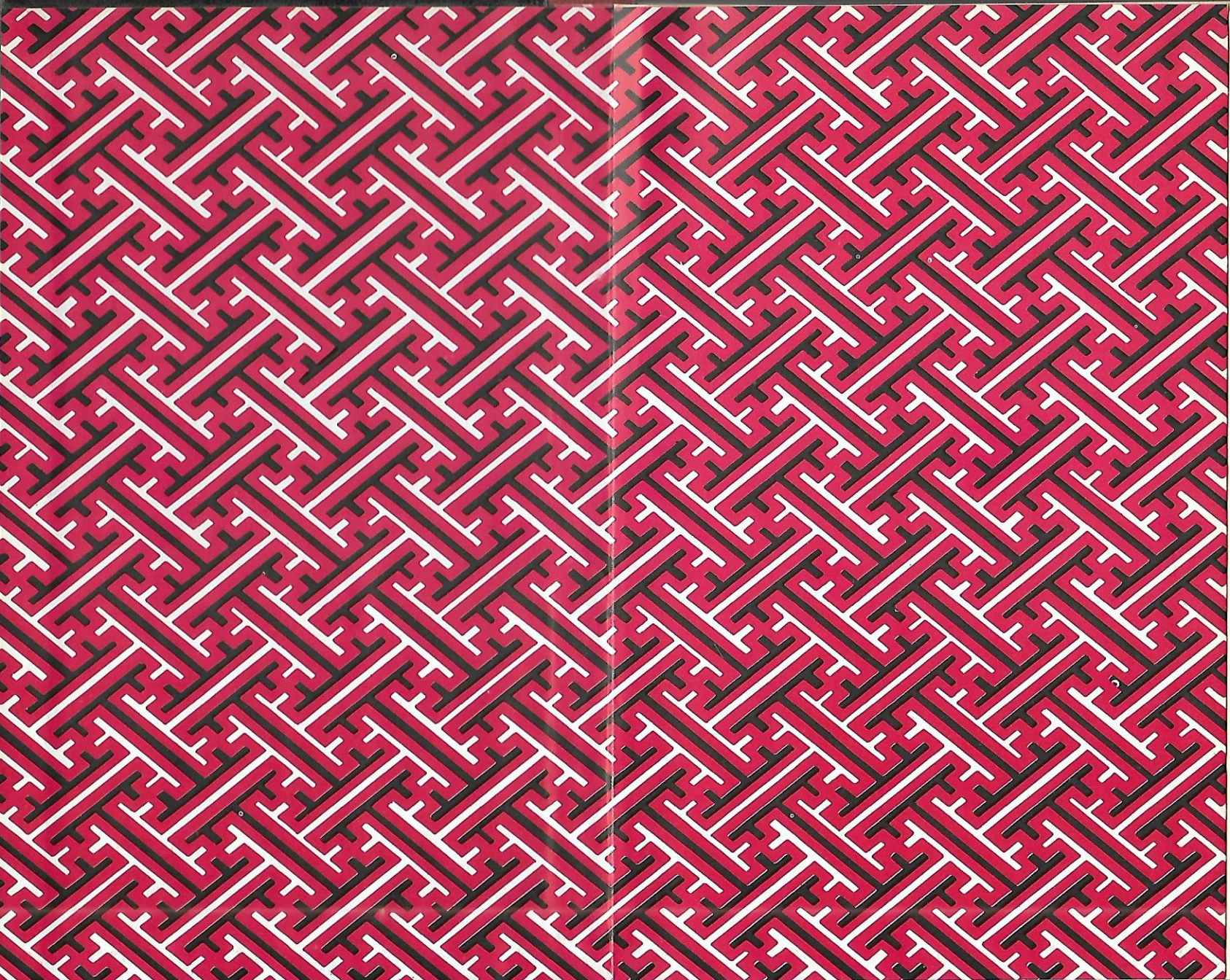


毛澤東



MAO TSE TUNG
Y EL DESTINO DEL PUEBLO CHINO

presentado por
Bernard Michal

Edición reservada a
CIRCULO DE AMIGOS DE LA HISTORIA
Conrado del Campo, 9-11 - Madrid-27

© Editions Ferni - Genève 1976
Círculo de Amigos de la Historia, S. A., Editores
Madrid, 1976

P. NOUAILLE - P. LAGRON
J. DELAMOTTE

MAO TSE TUNG
Y EL DESTINO DEL PUEBLO CHINO

1

Círculo de Amigos de la Historia

1

DESDE LOS ORIGENES HASTA EL FINAL DE LOS CHANG

Más de setecientos millones de habitantes en la nación más poblada del mundo. Un chino por cada cuatro hombres. Nueve millones setecientos mil kilómetros cuadrados, casi la misma superficie del continente europeo.

Estas cifras que hemos oído hasta la saciedad, sobre todo desde que el mundo occidental ha vuelto a descubrir China, no forman en nuestro espíritu una imagen concreta. Nos resulta imposible «aprehender» China, visualizar su inmensidad, imaginar su diversidad, y se puede decir, a juicio de muchos, que en esta segunda mitad del siglo XX causa el mismo asombro y sigue siendo tan fabulosa como cuando Marco Polo la visitó hace setecientos años.

En un mundo hasta ayer lejano, se ha desarrollado una civilización radicalmente distinta de la nuestra, en sus ideas, en sus manifestaciones artísticas y hasta en su manera de concebir la vida y la sociedad.

Esta evolución es tan sólo explicable como el resultado de la historia, ampliamente influenciada por las características físicas y geográficas, de este país que consigue ser a la vez homogéneo y opuesto.

Sus diferencias provienen de su inmensidad misma, de la variedad de sus regiones y de sus climas. Es homogéneo por las formidables fronteras naturales de que está dotado.

La punta Norte de la Mogolia Interior se encuentra en la misma latitud que Hamburgo. La isla de Hainán,

en el golfo de Tonkín, en la de Dakar. La provincia septentrional de Hei-Long-Kiang se sumerge cada invierno en la noche siberiana, con temperaturas que descienden hasta cincuenta grados bajo cero; en cambio, la provincia de Kuang-Tung se ve sometida al régimen de los monzones. Las altiplanicies del Sin-Kiang son áridas y secas, barridas por los vientos del Asia central. Allí el frío es terrible en invierno, pero los veranos son abrasadores.

Al sur del Sin-Kiang, la región autónoma del Tibet se enorgullece con derecho de la traducción literal de su nombre: la Terraza del Mundo. Su altitud media es de cinco mil metros, mientras que el Mont-Blanc culmina a cuatro mil ochocientos siete metros. Sus noches transcurren en calma bajo el cielo sereno. Pero el viento del oeste sopla en las mañanas. La temperatura alcanza allí los doce grados bajo cero en invierno, y más de diecisiete en verano; hiela doscientos veinticinco días al año.

La costa oriental, fachada de China en el Pacífico, está sometida a un clima dulce y lluvioso, pero soporta cada año una decena de tifones devastadores.

El desierto de Gobi, inmensa extensión de arena y de grava (Gobi significa «desierto arenoso»), es en todo punto comparable al Sahara, excepto en la temperatura (cuarenta grados en verano, veinte bajo cero en invierno). Islas rocosas de cien a trescientos metros de altitud emergen de su inmenso océano, recorrido por sorprendentes ríos de arena.

Pero el Yang-Tse-Kiang (literalmente, río originario de la región de Yang), o también Yang-Tse *(río azul)*, es el tercero en longitud del mundo, detrás del Amazonas y del Nilo. El Huang-Ho, o río Amarillo, es al mismo tiempo bendición y desgracia para la China del Norte. La fertiliza, pero las repentinas crecidas, que sufre por nacer en el Tibet y atravesar regiones hidrológicamente pobres, aumentan diez veces su caudal normal. Entonces se producen desastrosas inundaciones, cada vez más trágicas por elevarse el nivel del río con las tierras de aluvión acarreadas por el Huang-Ho. Se desliza varios metros por encima de la llanura y no se le

puede contener más que con un sistema de diques conservados sin tregua, la tapicería de Penélope de los chinos desde hace tres milenios.

La superficie de la región autónoma del Tibet es de un millón doscientos veinte mil kilómetros cuadrados, pero no está poblada más que por un millón ciento veintisiete mil habitantes, mientras que la provincia de Chan-Tung, en la orilla derecha del bajo Huang-Ho, la región de su estuario, cuenta con cerca de cincuenta millones de habitantes en sus ciento cincuenta y tres mil kilómetros cuadrados.

En estas condiciones, las ocupaciones y las condiciones de vida de los setecientos millones de chinos son tan diversas como variadas. Cultivan arroz y plantas alimenticias en el Sur, cuidan el «granero de trigo» de las dilatadas llanuras del Norte y se hacen pastores en los vastos territorios de tránsito del Asia central.

A pesar de la industrialización que persiguen hoy activamente, la vocación de los chinos, como en los orígenes, sigue siendo agrícola. Forman una raza homogénea (son Hans el noventa y cuatro por ciento). Han adoptado este nombre en recuerdo de las más gloriosas dinastías de su historia y utilizan una escritura única, ideográmica, que contiene unos cuarenta mil ideogramas, uno por palabra. Su lengua es silábica y politonal, cada palabra tiene una sílaba que cambia de significado según el tono.

Estos son algunos de los contrastes del asombroso país cuya historia vamos a emprender. Para mayor claridad de la descripción, se pueden distinguir tres grandes regiones de muy distinta altitud: al oeste, los grandes macizos montañosos de Asia central, el Tibet, la Dsugaria, el Sin-Kiang. En el centro y sur, las altas mesetas de Mogolia, de Chien-Si, de Sseu-Chuan, de Yun-Nan. En el este, de norte a sur, las tres grandes llanuras fértiles de China: Manchuria, el valle del Huang-Ho, la cuenca del Yang-Tse.

Tal vez porque su imperio nació en esta última región, entre los dos ríos, o también porque estaban convencidos de ocupar el centro del mundo, los chinos

llamaron a su país el «Chong-Kuo», Imperio del Centro o, más poéticamente, «Chong-Hua», Flor del Centro.

¿De dónde provienen los chinos? ¿Han ocupado siempre las regiones que hoy habitan? Durante mucho tiempo se ha pensado que poblaron la región del loes, el limo calcáreo y fértil depositado por los vientos en la cuenca del río Amarillo, al término de una migración perdida en la noche de los tiempos.

El descubrimiento en 1929 de los restos del Hombre de Pekín demuestra, al contrario, que la presencia de grandes antropoides en China se remonta a la más lejana antigüedad. Estas dos tesis no son contradictorias.

Sin embargo, los chinos tienen ideas más precisas sobre sus orígenes. En el universo todo es obra del Primer Hombre, P'an-Ku. El separó el cielo y la tierra del magma original, y no empleó menos de dieciocho mil años en dar forma a la esfera que ahora conocemos tan bien, y en colocar sobre ella el cielo azul y las nubes.

Pero no por ser el primero dejaba P'an-Ku de ser un hombre. Cuando estaba apenado, lloraba, y sus lágrimas, al correr, formaron el Huang-Ho, el Yang-Tse, el Si-Kiang, el Tarim y algunos otros ríos de menor importancia. Cuando respiraba, el viento comenzaba a soplar. Cuando hablaba, rugía el trueno y cuando la cólera brillaba en sus ojos, el mundo veía resplandecientes relámpagos.

P'an-Ku murió después de vivir dieciocho mil años, y se confundió con la tierra que había creado. Hoy día sus despojos forman las cinco montañas sagradas de China: su cabeza es el T'ai-Chan, en la provincia costera de Chan-Tung. Su torso forma el Song-Chan, en Ho-Nan. Su brazo izquierdo es el Heng-Chan del sur, en Hu-Nan, su brazo derecho es el Heng-Chan del norte, en Chan-Si, y sus pies el Hua-Chan de la provincia de Chen-Si.

P'an-Ku, el Primer Hombre, se había librado con una sacudida de los parásitos de su cabellera. Correspondía

a sus tres sucesores, el Señor del Cielo, el Señor de la Tierra y el Señor del Hombre, hacer a los chinos con estos parásitos, comenzando por organizar el lugar que habían de habitar. Los dos primeros soberanos reinaron también dieciocho mil años cada uno, el Señor del Hombre empleó cuarenta y cinco mil en terminar su tarea.

Los hombres de entonces no eran otra cosa que animales; se alimentaban de carne cruda, se cubrían con pieles, y «si conocían a sus madres, no conocían a sus padres».

La evolución de esta criatura lamentable es la obra de los monarcas que se sucedieron bajo el reinado del Señor del Hombre. Cada uno de ellos ha aportado su piedra a la edificación de la primera sociedad china, uno contando *El Gamo volante, El Unicornio volante, Los Seis Dragones*, otro enseñando a su pueblo a construir cabañas con ramaje, a fabricar anzuelos y redes para la pesca, antes de enseñarles finalmente la escritura.

Esta visión legendaria de la creación del mundo vale tanto como las versiones diferentes que nos proponen las demás civilizaciones. En realidad, y las excavaciones arqueológicas de los últimos cien años lo han puesto en evidencia, la evolución del hombre ha sido bastante semejante en China y el resto del mundo. Comenzó viviendo en cavernas y cazando en bandas. Se enfrentaba con el rinoceronte, el tigre, el mamut y la hiena en las vastas llanuras. Acosaba al antílope y al gamo.

Descubría el fuego, y sus primeras herramientas eran fragmentos de hueso y sílex. Al filo de los siglos consiguió una cierta habilidad y técnica que le permitió abandonar su vida errante y asentarse en los lugares más favorables.

Las investigaciones efectuadas en Yang-Chao han permitido esbozar una visión de aquella sociedad de la edad de piedra. Allí se han descubierto los restos de una aldea y, entre su mobiliario, herramientas de piedra groseramente talladas que no podían servir más que para labrar la tierra, discos de piedra perforados que sugerían una especie de husos y osamentas porcinas en tal cantidad que casi se tiene la certeza de que aquellos hombres primitivos habían conseguido domesticar el cerdo.

El chino prehistórico descubrió el medio de cocer la arcilla con el fuego. Los fragmentos de cerámica encontrados en Yang-Chao prueban que se despertaba un sentido artístico en la fabricación de utensilios, puesto que aparecían motivos de decoración y su forma era refinada.

Esta evolución se efectúa en la gran llanura fértil, entre el Huang-Ho y el Yang-Tse. Aquel paisaje difería mucho del actual. Las pequeñas comunidades se encontraban aisladas en un terreno pantanoso. Las inundaciones arrasaban periódicamente las primeras edificaciones. Comienza una lucha interminable entre el hombre y la naturaleza, y para conquistar cada pedazo de tierra y lograr la posibilidad de comunicarse con los demás hombres, o hacerles frente, es preciso vencer no sólo a las fieras, sino también al río y a la ciénaga.

La búsqueda incesante de nuevos espacios debió atormentar a nuestros lejanos predecesores. La leyenda nos habla de un rival formidable contra el que tuvo que combatir Huang-Ti, el Emperador Amarillo, en la décima y última época del reinado del Señor del Hombre, y aquel rival, llamado Tch'e-Yeu, llevaba armas de bronce.

Ahora bien, se estima que fue 3200 años antes de Jesucristo cuando los habitantes de Siria septentrional y de Anatolia se dieron cuenta de que el cobre, maleable y blando, se hacía más resistente si contenía impurezas, o, mejor, estaño, en la proporción aproximada de un diez por ciento. La tecnología del bronce ha sido patrimonio de Asia Menor, de donde se exportó a otras regiones. Por tanto, hay que concluir que la China primitiva no estaba fuera de contacto con el resto del mundo. Algunas tribus se desplazaban entonces en incesantes y misteriosas migraciones, asegurando la transmisión de las primeras técnicas avanzadas.

En su *Historia de China*, W. Eberhard distingue

ocho períodos prehistóricos de los que podemos pasar revista a los más importantes:

— La civilización del Nordeste, cuyos hombres eran ante todo cazadores, aunque practicaban una forma primitiva de agricultura y cría porcina. Su cerámica, no cocida, era tosca.

— La civilización del Norte, de antiguos cazadores convertidos en pastores nómadas. Se dedicaban a la cría de bóvidos, y formaron más tarde las tribus mogolas.

— La civilización del Noroeste se componía de pastores y agricultores, que cultivaban ya el trigo y el mijo, y criaban caballos.

— La civilización del Oeste era la de los montañeses. Los antepasados de los actuales tibetanos eran igualmente pastores. Criaban ovejas en las altas mesetas y seguían con gusto a sus rebaños por la montaña.

— Las civilizaciones del Sur, siendo las más vigorosas las de los pueblos Yao y Taî. Vemos aparecer con ellas el cultivo del arroz, la pesca y la primera navegación rudimentaria fluvial y costera.

Así llegamos al fin de las edades obscuras. Han transcurrido unos quinientos mil años entre el hombre de Pekín, el *Sinanthropos Pekinensis*, y el fin del décimo período del reinado del Señor del Hombre.

Ahora, vamos a poder abordar la edad legendaria, con Huang-Ti, el Emperador Amarillo. El historiador chino Tsui-Chi sitúa su advenimiento en el 2697 antes de Cristo. Pero Jean Duché, en su *Historia del Mundo*, señala que las cronologías chinas son numerosas, precisas e inexactas. El mismo Tsui-Chi toma la precaución de decirnos que se distinguen dos grandes sistemas para establecer fechas en la historia china, el del T'ong Kien Kang Mu y el del Tchu Chu Ki Nien, dos obras venerables de manifiesta autoridad. Pero aunque difieren en los orígenes, coinciden a partir del 827 antes de Cristo.

En la misma época, más o menos, los aldeanos

egipcios construyen ya las primeras pirámides y los faraones reinan a través de su jerarquía precisa de sacerdotes y de funcionarios. En Mesopotamia, los sacerdotes son reyes. Una religión del terror esclaviza a los pueblos que descubren, sin embargo, los primeros mecanismos de los intercambios comerciales. En Occidente, el hombre sigue puliendo las piedras para hacer puntas de flecha y cuchillos primitivos. Pero ya comienzan a almacenar el grano de sus cosechas en aldeas fortificadas contra las depredaciones de los animales salvajes y las incursiones de otros hombres.

Habrá que esperar aún más de mil años para que se encienda la llama de nuestra civilización, para que los bárbaros aqueos desarrollen la civilización de Micenas.

Cuando Huang-Ti comienza su obra, ya tiene un pasado que contemplar. Los soberanos mitológicos de las nueve épocas precedentes del reinado del Señor del Hombre le han dejado un legado considerable: Chen-Nong, el «Divino Labrador», el último de la serie, ha concluido la obra de los demás enseñando a los hombres a labrar la tierra con ayuda de la carreta. Ha inventado los mercados donde se ofrecen a la venta los productos del campo. Ha descubierto además la virtud de las plantas medicinales. «Usando su estómago como laboratorio, asegura Tsui-Chi, probaba toda clase de hierbas y se envenenaba setenta veces al día».

Lo importante para nosotros es que tenemos ya la prueba de una sociedad organizada, con una jerarquía, gobernantes y gobernados, aunque el área geográfica de los comienzos de la historia china no esté netamente definida. Y también tenemos lo que será factor permanente en la historia de los siglos siguientes: la presión de los bárbaros contra los que chocarán los primeros emperadores, mostrando así el camino a sus innumerables sucesores. Por último, la gran obra que asegura la victoria de los chinos sobre los ríos y las ciénagas, está ya muy avanzada. Sus técnicas y sus principios se han sentado, y una innumerable multitud se va a ocupar de ella en las generaciones sucesivas.

El reinado de Huang-Ti, el primero de los Cinco

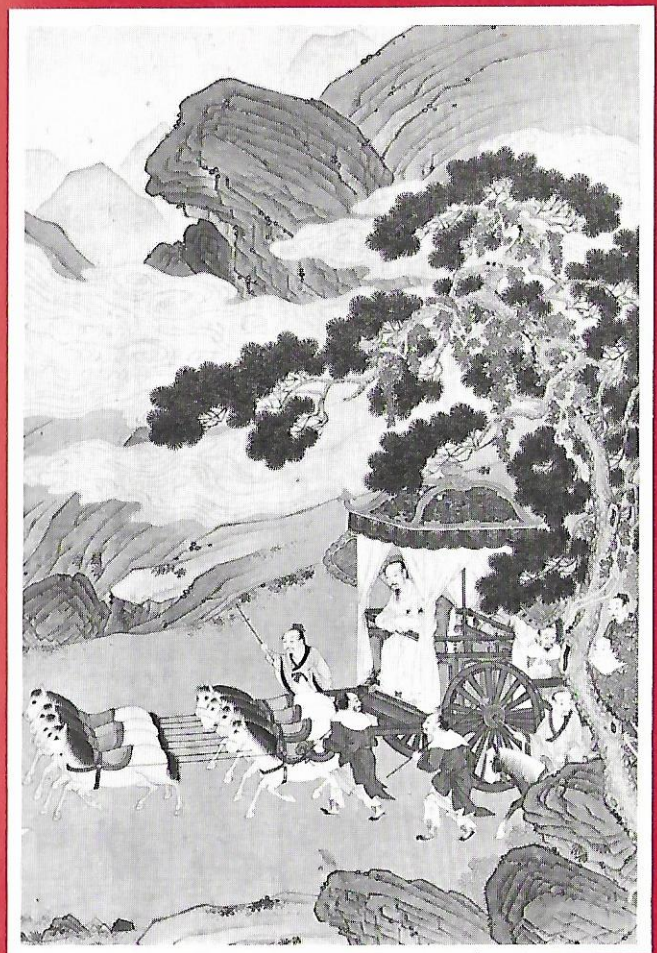
Soberanos, se desarrolla en la décima y última época del Señor del Hombre. La cronología de T'ong Kien Kang Mu sitúa su llegada, como hemos visto, en el 2697 antes de Cristo. Pero tenemos al menos dos razones para dudar de la exactitud de esta fecha. La primera es que el reinado de su sucesor, Chao-Hao, comienza el 2597, siguiendo la misma cronología. Tendríamos que admitir que el reinado de Huang-Ti ha durado un siglo, y esto es mucho.

Por otra parte, efectúa su primer combate contra el formidable Tch'e-Yeu, equipado con armas de bronce. Ahora bien, la edad de bronce no aparece en China hasta algunos siglos más tarde, hacia el 1800 antes de Cristo.

Sin hacer abstracción de las reservas que se imponen en cuanto a las fechas, podemos abordar el capítulo de la historia tradicional con todo su simbolismo. La leyenda y la historia están estrechamente mezcladas en este punto. Pero Huang-Ti es un hombre, dirige a hombres y combate contra hombres, según Confucio y el historiador Seu-Ma-Ts'ien que emprendió la primera gran compilación de la historia china dos siglos antes de nuestra era.

La recopilación mitológica de Chu-King, es de muy distinta naturaleza: Huang-Ti bajó del cielo para poner orden en la tierra. Tch'e-Yeu es un abominable monstruo con cabeza de toro y cuerpo de serpiente. «Este último, nos cuenta la traducción de Henri Maspero, se esforzaba en derribar el árbol (mágico) *K'ong-sang* para sumergir a la tierra en una obscuridad eterna, no dejando al sol subir al cielo. El Emperador Amarillo formó ejércitos de bestias feroces, osos, panteras, tigres, contra Tch'e-Yeu que había inventado las armas de combate, y más tarde envió contra él al dragón alado Ying-Long.

»Tch'e-Yeu pidió ayuda entonces a los dioses del Viento y de la Lluvia, y el Emperador Amarillo tuvo que hacer que descendiera del cielo contra ellos su hija Pla, diosa de la sequía, enana vestida de verde, a quien sus ojos, situados en lo alto del cráneo, no permitían



Wu-Wang, primer emperador Cheú, realiza cada cinco años un viaje de inspección a través de su imperio.

ver por dónde caminaba, resecando el suelo con su pie. No pudiendo volver al cielo la diosa Pla, fue confinada en los países situados al norte del Agua Roja, que transformó en desiertos, y el mundo se hizo habitable.»

El relato del historiador es mucho más comprensible, a pesar de contener elementos fabulosos. Nos dice que Huang-Ti comenzó reuniendo los pueblos y unificando la nación china. Tch'e-Yeu es sin duda el bárbaro, el invasor, que fabrica una espesa niebla con la ayuda de los dioses de la Lluvia y del Viento. Podemos pensar que el agresor efectuó su ataque aprovechando la bruma frecuente en el río Amarillo. Pero, según el historiador, no se trata de un ejército de bestias feroces. Nos cuenta que el Emperador Amarillo había dotado a sus tropas, armadas con arcos y flechas, de un arma secreta: la brújula, con la que pudo guiar a sus hombres a través de la niebla. Tch'e-Yeu fue derrotado y perdió la vida.

Así pues, la tradición remonta el descubrimiento de la aguja imantada a la época de Huang-Ti. Y no es extraño, puesto que se considera al Emperador Amarillo y a su Emperatriz como los organizadores de la civilización china. Bajo sus reinados se construyen las primeras casas en el país, y los primeros palacios y templos. Huang-Ti hace medir el país, lo divide en provincias, inventa el catastro, mientras que la Emperatriz se dedica a criar gusanos de seda y enseña al pueblo a hilar y tejer la seda, lo cual permite al Emperador dictar los primeros cánones de la moda, fijar el vestido de las diferentes clases de la sociedad para que puedan reconocerse entre ellas. Sus ministros trabajan duro: uno inventa la escritura, otro acaba un calendario, y un tercero acuña la moneda.

Es difícilmente admisible que toda esta evolución sea obra de un solo soberano. En realidad el personaje de Huang-Ti abarca un largo período de evolución de la civilización china hacia una sociedad organizada, perfeccionada. Lo que indica bien a las claras que este período de la historia tradicional conserva un carácter legendario, es que la característica común de los Cinco

Soberanos es la virtud; dan muestra de una inigualable sabiduría y una bondad inagotable.

Chuan-Hiu y Ti-K'u suceden a Huang-Ti, y esto nos lleva hasta el 2435 antes de Cristo, pero la historia, incluso la tradicional, parece que tan sólo ha retenido sus nombres.

Conocemos mucho mejor a los dos últimos de los Cinco Soberanos gracias a Confucio:

«En lo concerniente al buen Yao, escribe en el *Libro de la Historia*, se dice que reinó sobre el Chong-Kuo durante un siglo, habiendo alcanzado los años de su vida el número de ciento dieciséis. Era benévolo y amable como el cielo mismo, sabio y perspicaz como los dioses.

»Visto de lejos, parecía brillar como una nube luminosa y, de cerca, tenía el resplandor del sol. Era rico sin ostentación y real sin fasto. Llevaba un gorro amarillo y una túnica de color pardo, y se desplazaba en un carro tirado por dos caballos blancos. Los rebordes de su techo no estaban historiados, y el extremo de las vigas de su habitación estaba desnudo de adornos. Su alimentación habitual se componía de una sopa que comía en una escudilla de barro con cuchara de madera.

»Nunca llevaba joyas, y sus vestidos sin bordados eran siempre los mismos. No prestaba ninguna atención particular a las cosas excepcionales ni a los sucesos extraños, y no parecía apreciar los objetos raros. No le gustaban las bromas y juegos, y su carro oficial no llevaba ningún blasón. En verano llevaba un vestido de algodón al que añadía en invierno un forro de ante.

»Esto no le impidió ser el más rico, el más sabio y el más amado de cuantos soberanos gobernaron el Chong-Kuo, y tampoco que su reinado fuese el más largo.»

En este prestigioso retrato, dibujado con minuciosidad de detalles, Confucio, que escribe en el siglo V anterior a nuestra era, ha asignado a Yao un traje, unos modales y un entorno.

China es infinitamente más primitiva en esta lejana

época, y es muy dudoso que Yao haya conocido «un carruaje oficial». Mientras se desarrolla y perfecciona la cerámica, triunfando en un utensilio de cocina, el *hien*, ejecutado hábilmente y decorado con gusto, muy parecido al alcuzcucero que permite cocer alimentos al vapor, he aquí que la época de Yao corresponde justamente a la generalización del uso del bronce. Aportado al Asia oriental por las migraciones turcas, el arte del bronce se manifiesta en vasijas, armas y ornamentos guerreros en los que por primera vez se expresa un arte típicamente chino.

Puede que Yao haya sido un gran rey, o tan sólo un pequeño jefe de clan hinchado por la tradición, y que Confucio haya utilizado esta tradición con fines políticos para edificación de sus contemporáneos, pero es cierto que en su época China permanecía sometida al capricho de los grandes ríos y que las inundaciones davastaban periódicamente aquel país donde las bestias salvajes andaban errantes y el pueblo se encontraba en una gran miseria.

Yao no sólo está sobrecargado de trabajo, sino también desesperado. La pesada carga del poder se le hace intolerable hasta tal punto que busca por todas partes un sabio con quien compartirla.

La tradición cuenta que se lo propuso a un ermitaño de nombre Hiu-Yeu. Pero le faltaba ambición a este último, y las proposiciones del Emperador le ofuscaron: «¿Compartir con vos el poder? Por favor, no me mancilléis». Y corrió a lavarse los oídos en el riachuelo más próximo.

Cuando estaba ocupado en sus abluciones, llegó un segundo ermitaño para dar de beber a su vaca. Preguntó al primero qué hacía, y Hiu-Yeu le contó cómo Yao le había descrito el lamentable estado del país, proponiéndole que le ayudara a ejercer el poder. La descripción era tan triste que el segundo ermitaño se marchó precipitadamente temiendo que su vaca cayera enferma al oír semejantes cosas.

No carece de interés este relato que nos muestra China, en el segundo milenio antes de nuestra era,

presa de las calamidades naturales y en precarias condiciones de vida.

Yao se siente envejecer. No sólo no ha encontrado a un asociado para gobernar el Chong-Kuo, sino que además se pregunta a quién va a pasar la antorcha cuando él muera. Entonces uno de sus ministros le ensalza los méritos de un joven del pueblo llamado Chuen. «Es, cita Tsui-Chi, hijo de un anciano ciego y de una mujer obstinada, y hermano mayor de un muchacho arrogante. Sin embargo, su piedad filial y fraterna es tal que consigue acomodarse a semejante familia».

Demasiado bello para ser verdad. Yao envía a Chuen toda clase de presentes. Le nombra «Príncipe constructor de la ciudad» y le da sus dos hijas por esposas. Estas, entusiasmadas con su marido, aseguran a su padre que Chuen merece toda clase de confianza. Ya tenemos al joven lanzado en la carrera.

No faltan incidentes. El favor de que goza ante el emperador atrae los celos de su abominable familia, que intenta matarle de varias maneras, pero siempre se libra Chuen, y esto no le impide respetar a sus padres y amar tiernamente a su hermano. Tampoco le impide entregarse de lleno a las tareas que le confía Yao. Se le ve en todos los rincones del imperio, combatiendo a los enemigos, luchando con las fieras salvajes, desbrozando los bosques y la jungla, intentando mejorar la condición del pueblo en todas partes.

Pronto se ha provisto de cuatro ayudantes a su medida. El primero, Yi, se enfrenta al problema de las tierras cultivables. Hace quemar la maleza y los bosques que sirven de guarida a las fieras salvajes, y abre al cultivo regiones enteras.

Detrás del pionero viene el agrónomo. Es el segundo de los ayudantes de Chuen, Heu-Tsi, a quien la tradición ha dado el sobrenombre de Príncipe Mijo. Enseña al pueblo a sembrar, cultivar y recoger las cinco clases de grano que van a asegurar su subsistencia.

Por medio de su tercer ayudante Chuen dota al pueblo chino de su primera moral, resumida en cinco

principios fundamentales: «Probidad para con el soberano y sus ministros, afecto entre padres e hijos, división adecuada de funciones entre el marido y la mujer, orden convenientemente establecido entre los viejos y los jóvenes, fidelidad para con los amigos». Así los resume Tsui-Chi.

En suma, para que China se convierta, si no en un paraíso, al menos en un país donde se vive a gusto, no queda más que terminar con la calamidad periódica de las inundaciones. Esa será la tarea del cuarto colaborador de Chuen: Yu, del que hablaremos más adelante.

En este estado de cosas, Yao puede permitirse morir. Y lo hace en el 2357 antes de Cristo, según la cronología tradicional.

Los historiadores modernos, a la luz de las excavaciones arqueológicas y de los primeros documentos escritos, adelantan la interpretación de que Yao y Chuen eran jefes de dos pequeños Estados en el sur de Chan-Si, que habrían entrado en conflicto. Al final de la guerra, Chuen habría absorbido el reino del derrotado Yao. W. Eberhard, uno de los más grandes sinólogos americanos, adelanta esta hipótesis.

Pero tratándose de los Cinco Soberanos, atengámonos más bien a la tradición, infinitamente más poética y pintoresca.

Una vez en el trono, Chuen, nada rencoroso, concede el rango de príncipe a ese hermano traidor que ha intentado asesinarle dos veces, y le confía la administración de un gran dominio; después se consagra a sus tareas, que son tan múltiples como variadas, puesto que consisten esencialmente en conducir al pueblo chino por el camino de la sabiduría.

La tradición atribuye a su reinado el nacimiento de la astronomía. Para penetrar sus secretos, nombra dos astrónomos, Hi-Ho y Chang-Yi, encargado el primero de la observación del sol y el segundo de la luna. Esto le permite rectificar y perfeccionar el calendario en uso.

No descuida ningún detalle, regula los pesos y medidas, fija la longitud límite del látigo de corregir a los escolares.

Un suceso digno de consideración se produce bajo su reinado: la invención del alcohol de arroz. Con su elevada sabiduría presiente todos los males que causará a las generaciones venideras: «Llegará un día en el que este brebaje le cueste a alguien su reino».

Pero la gran empresa de su reinado consiste en sostener la obra que lleva a cabo su cuarto ayudante, el hombre que lucha contra las inundaciones.

Sus predecesores fracasaron por una razón muy simple: se obstinaron en construir diques de tierra para contener las crecidas de los ríos. Ahora bien, hemos visto en nuestra descripción de China que las tierras de aluvión elevan sin cesar el nivel del río Amarillo y el de sus afluentes. Yu, en cambio, ataca el problema por otro lado, haciendo dragar, arrascar, limpiar los ríos y abriéndoles un camino hacia el mar.

El método no es menos agotador por ser eficaz. Absorbe todo el tiempo y energías de Yu durante unos treinta años de su vida. La tradición cuenta que, pasando un día ante su casa, oyó los gritos de su mujer que daba a luz un varón, pero tan absorto estaba Yu en sus problemas hidráulicos que no franqueó el umbral.

Al igual que Yao anteriormente, Chuen puede morir tranquilo. Ha encontrado en Yu el sucesor ideal. El buen Emperador expira en el curso de un viaje al Monte de las Nueve Dudas, en las soledades de Tsang-Wu, que Tsui-Chi sitúa en la actual provincia de Hu-Nan.

«Sus dos esposas, cuenta, le lloraron, y sus lágrimas, que caían como perlas en los bosques de bambú, no se secaban nunca. Después de su muerte se convirtieron en diosas del río Siang.»

Y añade Tsui-Chi: «En nuestros días, los fabricantes de flautas aprecian particularmente una especie de bambú que crece en esta región de Hu-Nan y la leyenda afirma que los círculos violáceos de su tallo son las huellas de las lágrimas de las emperatrices, y que el sonido quejumbroso de las flautas recuerda el viento que llora sobre las aguas del Siang.»

Así termina la historia de los Cinco Soberanos, pues

corresponde a Yu, Emperador a partir del 2205 antes de Cristo con el nombre de Yu el Grande, fundar la primera dinastía china, la de los Hia, es decir, la de los «Civilizados».

Su reinado no es menos importante. Cuando toma la sucesión de Chuen, está rodeado de la veneración general del pueblo. No ha domado menos de nueve ríos, creando nueve lagos y cortando nueve montañas. Y los chinos, en suelo seco, dicen con reconocimiento: «Sin Yu, todos nos hubiéramos convertido en peces».

En resumidas cuentas, Yu el Grande habría sido por completo un bienhechor de su pueblo si no hubiese cometido el error de fundar una dinastía. Hasta entonces los emperadores escogían su sucesor, designando al más virtuoso, sabio y hábil de sus ministros. A partir de ese momento sus hijos y nietos se suceden en el trono. Después de él, la dinastía de los Hia comprende otros dieciséis soberanos, por este orden: K'i, T'ai-K'ang, Chong-K'ang, Siang, Chao-K'ang, Ch'u, Huai, Mang, Sie, Pu-K'iang, Kiong, Kin, K'ong-Kia, Kao, Fa y Kie.

No tenemos nada preciso sobre estos reinados que cubren, según la cronología del T'ong Kien Kang Mu, un período de cuatro siglos: del 2205 al 1818 antes de Cristo. Hay que señalar que, a medida que entramos en la época histórica, la duración de los reinados se hace creíble. Yu el Grande ha permanecido en el trono ocho años, del 2205 al 2197, lo cual es perfectamente verosímil teniendo en cuenta que ha consagrado lo mejor de su vida, antes de ser rey, a la lucha contra las inundaciones.

Lo que sí es cierto es que la época virtuosa de los Cinco Soberanos está totalmente acabada. La virtud declina de reinado en reinado, las costumbres se van degradando y aparece esta crueldad gratuita que será uno de los curiosos rasgos del carácter chino.

Kie, el último soberano de la dinastía, lleva el sobrenombre histórico de «Tirano». Su mujer era tan cruel como bella. Había hecho requisar miles de trabajadores para construirse un palacio precioso. El Emperador tenía encima de su mesa «montañas de carne» y

el pueblo moría de hambre. Había hecho construir «lagos de vino» en los que las barcas podían flotar. En uno de esos lagos de vino, la Emperatriz y él se divirtieron un día haciendo ahogar a más de tres mil súbditos.

El pueblo gime bajo el yugo de Kie: «Oh, Sol, desaparece. Seríamos felices muriendo, si así moría también el Emperador».

El pueblo, es cosa bien sabida, está hecho para ser oído. En el 1818 antes de nuestra era, un hombre le escucha. T'ang, señor de Chang, enarbola el estandarte de la rebelión. Entonces estalla la que pudiéramos llamar primera guerra civil de la historia china. Las tropas alzadas por T'ang contra el tirano libran varios combates. Kie, vencido, cae prisionero y muere. Su vencedor, al subir al trono, inaugura la dinastía de los Chang, o también Yin, nombre de los feudos sobre los que reina el emprendedor personaje.

Sus primeras hazañas están cargadas de simbolismo. Comienza castigando a un cierto conde de K'o, «que no ofrecía sacrificios». Luego le sigue otro noble, Kuen-Wu, «que provoca desórdenes». De este modo T'ang defiende a la vez la religión y el orden social. Atrae hacia él a los sabios y a ministros de gran valor, como Yi Yin, «que sabía cuáles eran los alimentos propios de un soberano, y discurrir acerca de las virtudes reales». Esto nos sugiere naturalmente la existencia de una corte en torno al monarca.

La dinastía del virtuoso Chang naufragará diez siglos después, como la precedente, al relajarse las costumbres. Llegar al poder por la virtud y perderla con el vicio es una constante de la antigüedad china. Esto se explica por el espíritu que guiaba a los numerosos historiadores tradicionales de China, comenzando por Confucio. Han reconstituido los hechos y fijado las fechas minuciosamente, pero pretendiendo siempre que la narración fuese edificante para que sus contemporáneos sacasen las conclusiones que se imponían.

Pero con la llegada de T'ang y la dinastía de los Chang salimos de aquel período en el que la leyenda se

mezcla con la historia. Nos encontramos en un terreno más sólido. Poseemos, al fin, objetos y documentos. A consecuencia de circunstancias fortuitas, cuya exposición no hace al caso, se debía descubrir, en Ngan-Yang, en el Ho-Nan, al norte del río Amarillo, lo que los arqueólogos conocen con el nombre de «cerros de Yin». Gracias a las iniciativas privadas y a la Academia central de investigaciones, creada en 1927 por el gobierno chino, se han encontrado en la tierra decenas de millares de fragmentos de huesos o de conchas de tortugas, que nos cuentan la historia del tiempo de los Chang.

En primer lugar, vemos al soberano, y a cuantos le rodean, dedicarse al culto de sus antepasados y de los dioses. El culto de los antepasados no es sólo propio de China. Numerosos pueblos lo practican igualmente. En China, sin embargo, parece ser objeto de un ritual ya complicado, en esta época de la lejana antigüedad. El rey, por ejemplo, no sólo honra a sus antepasados reales, sino igualmente a sus ministros y a los miembros más importantes de sus familias. En cuanto a los dioses, son numerosos y están ligados directamente a las preocupaciones cotidianas del pueblo. En un país donde la subsistencia está directamente en función de las cosechas y éstas de los fenómenos naturales, no hace falta decirlo, se venera a los dioses de los ríos, lagos, vientos y lluvias.

Hasta tal punto rigen la vida cotidiana que se les interroga a cada instante, no sólo sobre el porvenir, sino también sobre la oportunidad de hacer tal o cual cosa, emprender esta o aquella tarea.

¿Cómo se obtiene respuesta? Por medio de conchas de tortuga o de huesos. La concha de tortuga es la materia prima por excelencia del diálogo con los dioses. Los pescadores capturan en otoño centenares de tortugas de agua y las remiten al gobierno que tiene el monopolio de la adivinación, pues, sin lugar a dudas, no se admite al vulgo en esta conversación. Una vez consumida la tortuga, se desprecia el dorsal del caparazón y se conserva la parte lisa y blanca del vientre. Se

la pule aún más, y después se practican incisiones en ella para introducir pequeños tizones ardiendo. La concha estalla y se agrieta alrededor de estas incisiones, y la respuesta del cielo se deduce del estudio del dibujo de estas grietas. El ritual es complicado y las reglas de interpretación rigurosas. Cuando faltan caparazones de tortugas se utilizan huesos lisos (el omoplato sobre todo) de bueyes, ovejas y cérvidos.

Es un hecho capital que la pregunta se grabe generalmente sobre la concha o el hueso empleado. Así es como los arqueólogos han podido descifrar los primeros textos chinos. Mientras que los pueblos del Mediterráneo donan el alfabeto al mundo, los chinos, como los egipcios con sus jeroglíficos, se dirigen hacia el ideograma, que más tarde perfeccionarán hasta el infinito.

Se pueden contar unos dos mil ideogramas en la época Chang. Comienzan por el dibujo y se estilizan poco a poco para expresar el pensamiento. Al principio, se representa al sol con un círculo, a la luna con un cuarto creciente, la tierra con un terrón trazado sobre una horizontal, el sacrificio a los dioses con un hombre de rodillas, el bosque con un árbol al lado de otro, etc.

A medida que se va estilizando el grafismo, el sistema se hace más complejo. Ya bajo los Chang, ciertos ideogramas no se utilizan más que para simbolizar el sonido de la palabra que representan y para permitir así escribir palabras homófonas.

Esta escritura arcaica es particularmente preciosa porque nos permite hacernos una idea no sólo de las cuestiones planteadas al oráculo por medio de las conchas y huesos, sino también trazar el decorado de la vida de los chinos de entonces.

Las preocupaciones más graves son las agrícolas. Las preguntas del soberano a los oráculos giran alrededor de la cosecha: «¿Será buena la cosecha de mijo? ¿Va a llover? El rey va a cazar, ¿le molestará un fuerte viento?» Y el oráculo parece responder con gran precisión: cosecharás en el décimo mes. Sí, va a llover, etcétera.

Pasemos al decorado. El clima de la China del Norte

es netamente más cálido en esa época que en la actual. Además del elefante, los ideogramas de los cerros del Yin mencionan la existencia del rinoceronte y del tigre, del jabalí, de los cérvidos y del lobo.

Las inscripciones nos confían igualmente numerosas técnicas de aquel tiempo, comenzando naturalmente por la escritura. Estaban grabadas en las conchas, pero también en marfil, y hasta en bronce, pues nos encontramos en aquella época en plena edad del bronce. Todavía no se conoce el uso del hierro.

Se consignan igualmente en fichas de bambú por medio de bastoncillos puntiagudos mojados en una especie de barniz que anuncia la tinta china. Tsui-Chi piensa que incluso se ha inventado «una especie de brocha o pincel como la que ahora emplean los chinos para escribir y dibujar, en forma de cola de ratón o de otro animalito».

El cultivo de la seda está ya muy desarrollado y es objeto de atentos cuidados y de sacrificios propiciatorios. Se practica ampliamente la caza y la pesca. Se utiliza el sedal y la caña de pescar, así como la red. Se conoce el animal de arrastre, buey o caballo. El elefante también debe ser empleado en esta época, pero la agricultura permanece en estado rudimentario. Parece cierto que desconocen el arado y que los aldeanos se sirven de la azada y de una especie de rastrillo.

En el campo de las armas de combate, el bronce encierra innumerables posibilidades. Parece, sin embargo, que el acontecimiento más importante es la aparición del carro de guerra de dos ruedas. Utilizado por tribus llegadas del oeste, turcas y mogolas, modifica profundamente no sólo la estrategia, sino también la organización social, convirtiéndose en atributo de la realeza y de los nobles.

Pues la sociedad china se ha jerarquizado extraordinariamente. Se divide en dos categorías: el clan de los nobles y la plebe.

Henri Maspero nos ofrece su jerarquía real de los Chang. El Wang, o rey, gobierna asistido por el Primer ministro, el K'ing-che. A continuación está la clase de

los oficiales del gobierno: el Gran Doméstico, encargado de las disposiciones y órdenes reales, director de la etiqueta de las grandes ceremonias, que tiene bajo su mando a los Pequeños Domésticos. Estos oficiales componen el consejo que consulta el rey antes de obrar. A veces surge un conflicto entre el rey y sus consejeros. Entonces se recurre al arbitrio de los adivinos.

Maspero cita también al Gran Escriba, «jefe de los escribas que anotan en tablillas de bambú las órdenes reales, y conservan una copia en los archivos; al jefe de los archivos reales y guardián de los rituales que preparaba antes de cada ceremonia; al intendente, encargado del tesoro real, y a toda una serie de funcionarios, empleados y jefes de oficinas.

Los campesinos están rigurosamente controlados por los inspectores del campo, que vigilan la siembra y la cosecha. El cultivo de cereales es la ocupación general del campesino chino. Recoge trigo, arroz y dos clases de mijo. Este último sirve para hacer bebidas fermentadas y, bajo la dinastía de los Chang, la profecía del sabio Yao se cumple. Uno de los soberanos es destituido por embriaguez.

El culto de los antepasados y de los dioses es el privilegio del Emperador y de la clase noble. El Emperador ofrece numerosos sacrificios, algunos de los cuales acaban en verdadera hecatombe. El número de animales inmolados en una sola vez podía alcanzar los cuatrocientos.

Tsui-Chi cree que sólo se sacrificaban animales. Pero W. Eberhard es categórico: bajo los Chang se hacían sacrificios humanos, aunque lo más a menudo eran prisioneros de guerra.

La dinastía de los Chang no cuenta menos de veintiocho emperadores, cuyos reinados se escalonan de 1776 hasta 1154 antes de Cristo. En el plano territorial ha conocido ataques y anexiones. Tsui-Chi le asigna dos formidables enemigos. Uno es el pueblo de los Cheu, que comparte con los Chang el actual territorio chino. El otro está constituido por los «Demonios», los Hiong-Nu, a los que nosotros llamamos

Hunos. La lucha contra estos bárbaros es una de las tareas nunca terminadas de China y tendremos que volver a hablar de ellos más de una vez.

Aunque la historia de los Chang permanece todavía en gran parte imprecisa, ha retenido el nombre de Kao-Tsong, el Eminente, que combatió encarnizadamente contra los Hiong-Nu durante tres años. Se cita que en el curso de una brillante campaña hizo unos trece mil prisioneros.

Con estas victorias se asegura el crecimiento territorial del imperio Chang y la colonización de nuevas regiones a donde emigran los chinos, principalmente al final de la dinastía. Son fruto de una actividad guerrera que implica el nacimiento de una casta militar y la evolución de la sociedad hacia un régimen feudal. Asistiremos a este proceso en la dinastía siguiente.

Lo hemos visto, la corrupción sucede a la virtud. La degradación de las costumbres produce el ocaso de los emperadores. El cielo les envía dos advertencias en forma de milagros. En el reinado de T'ai-Meu aparecen dos moreras maravillosas, y en el de Wu-Ting, vigésimo soberano de la dinastía, un faisán celeste. Los interesados no se engañan. Corrigen su conducta y se hacen mejores. Pero con Wu-Yi se anuncia el final. Hace el número veinticuatro y es un personaje odioso. Sus crueldades y extravagancias le ganan la reprobación universal. Martiriza a los que le rodean, se entrena en tirar con arco apuntando a un pellejo lleno de sangre.

Un día, sobrepasa el límite: apunta al cielo. Los dioses no soportan este sacrílego desafío. Wu-Yi muere fulminado.

Todavía conoceremos algo peor con Cheu-Sin, el veintiocho y último de los Chang. No sólo es ateo y blasfema contra los dioses como Wu-Yi, también es un monstruo de crueldad. Oye decir a los doctores, un día, que el corazón humano tiene siete orificios. Al punto se pone a verificar el hecho... en el cuerpo de Pi-Kan, su ministro.

Añádase a esto una lengua temible, una elocuencia y una dialéctica demoníacas y una fuerza hercúlea que

le permitía derribar a un animal salvaje de un solo puñetazo. ¿Habremos acabado su retrato? No. Pues todavía queda la Emperatriz. Ta-Ki es la Mesalina de su tiempo, monstruo de licencia, desenfreno y crueldad. Hacía ejecutar danzas licenciosas y orgiásticas para distraerse y las mujeres y los hombres saltaban completamente desnudos en los jardines de su palacio. Podría pensarse que una pareja imperial de semejante temple no tiene más que amigos. La rebelión ruge una vez más. Se conspira para derrocar a los tiranos. Los rebeldes pagan cara su audacia. Son llevados ante el Emperador que les hace sufrir suplicios refinados, obligándoles, por ejemplo, a mantener en su mano trozos de metal al rojo.

O, aún más, se asegura que se les unta de grasa y se les hace caminar al borde de un foso lleno de carbón ardiendo. Y la abominable Ta-Ki ríe a carcajadas cuando los desgraciados caen al brasero y arden como antorchas.

Se aproxima el fin. La presión de los Cheu se hace cada vez más viva al aumentar sus partidarios en el imperio de los Chang. Llega la prueba final, la batalla que va a decidir el destino de China. El rey Wu, rey marcial, de los Cheu avanza hacia la Gran Ciudad de Chang, capital del reino, al frente de un considerable ejército, de cincuenta mil hombres según la tradición. La China antigua no escapa a la regla universal, y ese número se puede considerar exagerado. En realidad, Wu debía tener unos diez mil hombres detrás de él.

El último de los Chang, sigue contando la tradición, le opone unos setecientos mil. Esto no tiene, por supuesto, ninguna relación con la verdad: esta cifra ha sido inventada por los Cheu para darse a valer y aumentar su hazaña.

Sea como sea, la Gran Ciudad cae. Cheu-Sin ha visto a sus últimos fieles pasándose al enemigo, de grado o por fuerza. Ya no le queda más que buscar un fin digno de un emperador. Se retira a su pabellón de recreo favorito, con sus dos concubinas preferidas. Se pone su más bello vestido, se adorna con todas sus joyas, y

después prende fuego él mismo al pabellón y perece entre las llamas. Las dos mujeres no piensan ni un instante en sobrevivir a su dueño y señor, se ahorcan.

El vencedor ya no tiene más que recoger los frutos de la victoria. Lo hace recibiendo primero la sumisión del pueblo Chang, después se dirige a las ruinas calcinadas del palacio donde yace el cuerpo de Cheu-Sin. Clava, se dice, tres flechas en el cadáver y le corta la cabeza. Hace lo mismo con las dos concubinas y cuelga de su estandarte los tres trofeos, realzando el esplendor del desfile de la victoria sin dejar de impresionar a la población, así como a los jefes de su propio ejército.

En este trágico suceso se extingue defintivamente la dinastía de los Chang. La época que nace ahora va a ser la más importante de la historia de China.

Pero, durante ese tiempo, sigue evolucionando el resto del mundo. En el 1314, un general egipcio ha fundado la dinastía XIX de los faraones y comienza la gran época de Karnak. Algunos años más tarde, los hititas derrotan a los asirios y, en el 1220, los griegos primitivos escriben el capítulo más famoso de su historia: la guerra de Troya.

Hacia 1225, una tribu semita, guiada por su patriarca Moisés, se pone en marcha hacia la Tierra prometida. Han decidido instalarse en Palestina, ocupada entonces por los filisteos. Así comienza una contienda territorial de la que el mundo no ha terminado de oír hablar.

En la costa libanesa, un pequeño pueblo emprendedor se lanza a los negocios. Los fenicios comienzan así a fundar en toda la cuenca mediterránea colonias y factorías.

Es en 1122, según nuestra cronología, cuando Cheu-Sin desaparece en las llamas de su palacio.

IX

LA DINASTIA CHEU

Will Durant considera el período que comienza como el de la primera civilización china. En cualquier caso, es el período capital, puesto que con los treinta y cinco monarcas de la dinastía de los Cheu vamos a cubrir unos nueve siglos de historia.

Es muy difícil hacerse una idea exacta de los límites territoriales de la autoridad de los Chang, pero podemos afirmar que el resto de Asia, en este período de remota antigüedad, está en plena ebullición como el mundo en general. Los pueblos y las tribus evolucionan en diferentes etapas para alcanzar niveles distintos. Los griegos llamarán bárbaro, en siglos posteriores, a todo aquel que no es heleno. En esto no harán más que imitar a los chinos, para quienes el mundo bárbaro comienza también en los límites del reino de Chang.

Al oeste de este reino, principalmente en el valle del Wei, las tribus turcas y tibetanas, todavía en la etapa de evolución neolítica, están sometidas a un proceso secular: el de la presión de los pueblos más primitivos que ellos. Esta presión se ejercerá de oeste a este para los chinos, mientras que para los europeos se produce en dirección contraria. Por otra parte, veremos pronto que los dos fenómenos están relacionados.

Esta sociedad china que se ha organizado en el valle del río Amarillo presenta un doble atractivo para los Cheu. Constituye un objeto codiciado para un mosaico de tribus que en el punto de partida no tienen otra cosa

en común que su miseria y el hambre periódica. Además, ellos mismos son objeto de la presión sistemática de los Hiong-Nu, esos «Demonios» contra los que dirigen sus agotadoras guerrillas. En suma, los Cheu, a finales de la dinastía de los Chang, representan un estado intermedio entre la civilización de los Chang y la anarquía bárbara que les empuja hacia el este.

Las tribus Cheu se van civilizando en contacto con la debilitada sociedad de los Chang, a medida que pasan los siglos. Aunque en el siglo XII antes de Cristo forman una confederación poco parecida al reino que ha impuesto su hegemonía en todo el valle del Wei.

La silueta que más destaca en esta época de transición de la antigua China es la de un cierto rey Wen, Wen-Wang, que puede traducirse por «Rey consumado», a quien la tradición nos presenta como un hombre virtuoso y pacífico. En realidad parece muy ocupado sobre todo en aumentar sus dominios hacia el oeste, en organizar y reforzar un ejército para preparar a continuación lo que va a ser el gran proyecto de su vida: la conquista del reino Chang, en el este.

No la realizará él, sino su hijo, que se convertirá en el primer emperador Cheu con el nombre de Wu-Wang. El es quien declara a la muerte de su padre: «Debemos continuar, renunciando a toda pereza, y proseguir la obra del Rey Consumado hasta que nuestro imperio sea universal y no exista un solo ser, desde el levante hasta aquí, que desobedezca nuestra ley».

Wu-Wang, el rey marcial, emprende la conquista en el año noveno de su reinado. La tradición asegura que atravesó el río Amarillo, pero que se detuvo poco después declarando que no había llegado aún el momento de atacar, y se retiró a sus Estados.

Los historiadores traducen con toda facilidad este pasaje. Es evidente que esta primera expedición fue rechazada por los Chang. Dos años más tarde el rey Wu abandona de nuevo el valle del Wei, y esta vez la empresa se ve coronada por el éxito. Esto se debe sin duda al incuestionable talento militar de los Cheu, y también a la elección del momento. Es verosímil,

además, que los Chang se encuentren ocupados en detener las incursiones de otros pueblos bárbaros en el noreste de su Estado. Finalmente no hay que subestimar el movimiento de opinión que levanta a los súbditos de Cheu-Sin contra su tirano, lo que proporciona a los Cheu numerosas simpatías e informaciones.

Pues las dos dinastías rivales están ya vinculadas. En el curso de los últimos reinados, los emperadores Chang se han dado buena cuenta de que crecía la amenaza de los Cheu. Han intentado conciliárselos de varias maneras y especialmente casando princesas Chang con jefes Cheu. La madre de Wen-Wang, por ejemplo, pertenecía a una familia noble de los Chang, y H. G. Creel, sinólogo americano, se pregunta en su libro *El nacimiento de China* si esto no influiría en su carrera.

«¿No intentó la madre, exilada en medio de bárbaros groseros, distraer su soledad hablando a su hijo de la grandeza de su propio país, intentando hacerle compartir su desprecio por la raza de su padre? Y ¿no habría obtenido el resultado imprevisto de darle la idea de plantar su pie en la nuca de sus primos mucho más civilizados? Tan sólo sabemos que de una u otra manera germinó en su espíritu el plan de una conquista que había madurado a lo largo de toda su vida». Los Cheu se conducen con respecto al Estado Chang de modo semejante a como lo harán más tarde los bárbaros en relación a Roma. A medida que se va desarrollando la conquista, Wu-Wang recomienda a sus oficiales no sólo que respeten a los Chang sino también que observen sus costumbres y traten de imitarlas.

Por otra parte, este Wu-Wang parece no ser únicamente un gran jefe militar. Es también un fino político. Se guarda de destruir el mundo que está conquistando. Cuando un jefe de provincia se somete sin resistencia, se le mantiene en la posesión de su territorio, y el mismo hijo de Cheu-Sin recibe un feudo del vencedor de su padre. Así Wu-Wang se gana a unas gentes que, si se unían contra él, le rechazarían con una facilidad tanto mayor por cuanto que se encontraba, con su ejército, muy lejos de sus bases del valle del Wei.

Y además, estas gentes han dejado de ser sus enemigos al convertirse en súbditos y vasallos suyos. El bárbaro, cuyo padre se casó con una noble Chang, es ahora el fundador de una nueva dinastía china. Como Yu el Grande seis siglos antes, este recién llegado comienza por inventarse títulos de nobleza.

Los orígenes «históricos», o al menos «oficiales», de Wen-Wang y de Wu-Wang se encuentran en la tradición, puesto que nos encontramos todavía en una época en la que la leyenda rodea al acontecimiento histórico.

Esta tradición hace remontar a Wen-Wang en línea directa hasta Heu-Tsi, el genial ministro del emperador Chuen que ya hemos encontrado con el nombre de Príncipe Mijo. Incluso el nacimiento mismo de Heu-Tsi es milagroso. Su madre había implorado al cielo que le concediera un hijo, y ofrecido un sacrificio en apoyo de su plegaria; después colocó su pie sobre la huella dejada en el suelo por un gigante. Esto fue suficiente para que, casi al instante, durante su sueño, sintiera agitarse en su seno al futuro Príncipe Mijo.

Se sabe cómo este último, habiéndose hecho un experto en toda clase de cultivos, fue encargado por el emperador Chuen de enseñar la agricultura al pueblo chino. En recompensa de sus servicios, Chuen le hizo príncipe de T'ai, un país de la actual provincia de Chen-Si.

Tres generaciones más tarde, los descendientes de Heu-Tsi, habiéndose multiplicado, se convirtieron en los Cheu, pero eran ya tan numerosos que el dominio de T'ai era ya demasiado pequeño para ellos. Entonces el duque Liu, su jefe, había ordenado que recogieran la cosecha, reunieran el grano, las provisiones, el ganado, los objetos de la casa, y se había puesto a la cabeza de su pueblo para guiarle hacia el este en busca de un nuevo lugar donde establecerse. Así marcharon largo tiempo, por valles y llanuras, y cada vez que aparecía una montaña de alguna importancia, el duque Liu la escalaba para escrutar el paisaje. De esta manera

descubrió un día una vasta llanura en la que manaban centenares de fuentes, y los Cheu se instalaron allí. El duque hizo construir inmediatamente casas para su pueblo, levantó «tres ejércitos» para protegerle contra los ataques de los bárbaros, hizo roturar las tierras y organizó su cultivo.

Pasaron algunas generaciones. Los Cheu seguían prosperando gracias a su habilidad y dinamismo, pero se veían obligados a librar incesantes combates con los Hiong-Nu.

Uno de sus reyes, T'ai, que había intentado ganarse a los «Demonios» con toda clase de presentes, decidió un día cederles el lugar y conducir a su pueblo hacia otro territorio.

Confucio debía recoger todas estas viejas leyendas en un *Libro de las Odas*, en el que se ve al rey T'ai partiendo con su esposa, la reina Kiang:

> Llegó con el día, espoleando a sus caballos,
> Viniendo del oeste, a lo largo del río
> Hasta el pie del monte K'i.
> Y allí, teniendo a su lado a la reina Kiang,
> Contempló su residencia futura.

En esta nueva región se alza el reino de quien iba a someter a los Chang, del soberano Wen. Este relato fabuloso está, evidentemente, muy alejado de la triste realidad que nos muestra al bisabuelo de Weng viviendo en algo muy parecido a una caverna.

Finalmente, para dar un toque final a la leyenda, se cuida de asegurarnos que al atacar a Cheu-Sin el rey Wu no tenía ninguna ambición personal. No toma las armas más que «para llevar a cabo con respeto el castigo de los dioses» porque Cheu-Sin «practicaba su crueldad sobre las Cien Familias». Por otra parte, no tiene nada que le urja más, tras la victoria, que el licenciar sus tropas y recorrer sus feudos.

Lo que, por lo demás, es muy dudoso. Pues la victoria, por indiscutible que sea, no es verdaderamente definitiva hasta algunos años más tarde, cuando Wen-

Wang, por medio de algunas expediciones militares, acaba de reducir en el este a los últimos vasallos del Emperador muerto.

Una conclusión se desprende de esta mezcla de ficción y de realidad. Los Cheu, en su origen, no eran seguramente de la misma sangre que los Chang de la China central. Reunían a pueblos turcos y tibetanos. Pero se produjo un fenómeno de ósmosis en el curso de los últimos siglos de la dinastía Chang. Por los permanentes contactos y los matrimonios de jefes Cheu con hijas de nobles Chang, se llegó a una asimilación que facilitaba la atracción ejercida por la cultura más avanzada de los Chang sobre los Cheu.

Los Cheu aportan ideas y nuevo empuje a esta cultura, y sangre renovadora para su raza. La influencia en los planos político, religioso y cultural es profunda.

En el plano político, lo que caracteriza la llegada de la dinastía Cheu es la instauración del sistema feudal. En realidad, este hecho no se produjo en pocos días por una decisión autoritaria de Wu-Wang. Hacía mucho tiempo que la sociedad Chang evolucionaba hacia el feudalismo. Ahora bien, Wu-Wang se encuentra ante un triple imperativo al hacerse cargo del poder. Por una parte, la unión de su reino Cheu con el imperio Chang, aunque está lejos de parecerse a la China actual, en aquellos tiempos de difíciles comunicaciones planteaba un problema de gobierno.

En segundo lugar, los Hiong-Nu siguen estando allí, prestos a caer sobre las regiones fértiles del imperio a la menor debilidad. Hace falta un escudo que proteja al emperador y al imperio de los bárbaros. La red de vasallos en sus feudos, listos a tomar las armas, forman ese escudo.

Por último, hemos visto que Wu-Wang necesita transformar en vasallos agradecidos a los señores Chang. El mejor medio de ganárselos sigue siendo distribuir feudos entre ellos.

Aunque lejos de inventar una sociedad nueva, se

limita a perfeccionar la existente, a reglamentar y jerarquizar su feudalismo. Sea esto obra personal suya o de los primeros emperadores, se camina hacia una organización con cinco títulos de nobleza, correspondientes a los españoles de: duque, marqués, conde, vizconde y barón.

Duques y marqueses reciben cien li cuadrados, una bonita propiedad considerando que un li equivale a unos quinientos setenta y seis metros. El conde tiene derecho a setenta li cuadrados, y el vizconde y el barón reciben cada uno cincuenta li cuadrados.

Aunque cada uno está encargado de la administración de su feudo, no lo hace sin vigilancia. El Emperador la ejerce a través de una administración superior, compuesta de altos funcionarios cuyo *chang* (cabeza) está encargado de inspeccionar cinco distritos, el *chue* (mariscal) controla diez, el *cheng* (jefe) treinta y el *puo* (superior) vigila doscientos diez.

Estos altos funcionarios están sometidos a su vez al control de censores que, situados en la cumbre de la vida política, viven en la corte al lado del Emperador, de quien son los consejeros más próximos.

En la primera fase del feudalismo, el sistema funciona de modo satisfactorio para todo el mundo, según parece, por estar los primeros emperadores totalmente imbuidos de la importancia de su tarea. Ejercen sus prerrogativas con efectividad. Los nobles están obligados a presentarse regularmente en la corte para rendir cuentas de su gestión y el Emperador mismo realiza una visita de inspección cada cinco años, a la cual tendremos ocasión de acompañarle un poco más adelante.

Esta es la aportación política de los Cheu a la China del año 1000 antes de Cristo, acompañada, naturalmente, por una profunda influencia sobre la sociedad china, que hasta ese momento había sido esencialmente agrícola y pastoril. Alrededor de la residencia de los señores feudales se agrupan ahora los artesanos y mercaderes. A medida que se desarrolle la casta señorial, la de los mercaderes tomará cada vez mayor importancia.

La fusión de los Cheu y de los Chang aporta

igualmente a China un elemento nuevo en el plano religioso y, por consiguiente, en el plano social. Hasta ahora, los Chang han honrado a sus antecesores y a un gran número de divinidades rústicas, las de la naturaleza y de los elementos.

Los Cheu, herederos de lejanas tradiciones turcas, profesan una religión más precisa y a la vez más elevada. Poseen igualmente el culto a los antepasados, y lo profesan de manera exacta, rígida, austera, pero su religión se dirige al cielo. El sol y los astros ocupan un lugar preponderante en ella. En fin, los Chang se adhieren pronto a la concepción metafísica de los Cheu: «El cuerpo humano alberga dos almas, la una correspondiente a la personalidad superior, expone W. Eberhard, la otra a los instintos animales. Con la muerte, el alma se separa del cuerpo, apagándose lentamente el alma animal con su envoltura corporal, mientras que el alma superior se mueve libremente y continúa su existencia en tanto haya gentes que se acuerden de ella y se ocupen, mediante ofrendas, de no dejarla morir de hambre. Los Cheu han sistematizado estas concepciones, haciendo de ellas lo que existe todavía hoy bajo el nombre de *culto a los antepasados*.»

El hecho es de extrema importancia por cuanto que determina para lo sucesivo el comportamiento de los chinos, sus reglas morales y la estructura de la familia.

En adelante, tanto el fundador de una familia como el de un imperio o Estado, es un *tsu*, es decir un autor. Su hijo mayor es su heredero con el título de Ta-Tsong, o Gran Honorable. El es quien asume todas las responsabilidades familiares, quien tiene la obligación de socorrer a los parientes en la adversidad y quien recibe a cambio, así como su mujer, las muestras de un respeto particular.

«Si por casualidad, explica Tsui-Chi, los hermanos menores han hecho fortuna u obtenido algún puesto de consideración en la corte, no deberán jamás llegar a la casa de su hermano mayor haciendo ostentación de su rango o de su fortuna. Si van a visitarle acompañados de una numerosa comitiva y con el séquito que corres-

ponde a su rango, deberán dejar en la puerta sus carruajes, caballos y seguidores, y no entrar más que con una reducida escolta, mostrando bien a las claras que todos los honores que han podido alcanzar no podrían compararse con la posición que posee por herencia el Gran Honorable. Y si por casualidad sucede que éste es pobre y no tiene más que vestidos sórdidos, los miembros de la familia que están en mejor posición deberán proveer su guardarropa o, al menos, aparecer en su presencia aún peor vestidos que él.»

Por último, las concepciones Cheu de la vida y de la muerte influyen profundamente en las concepciones filosóficas de los chinos. Pues aun cuando pasarán todavía varios siglos antes de que la luz del pensamiento griego ilumine al mundo, los chinos han avanzado ya largo trecho en el camino de la sabiduría. La obra de Yu-Tse, en la que enseña que «quien renuncia a la notoriedad no conoce la tristeza», se sitúa en el 1250 antes de Cristo, es decir, al final de la dinastía Chang; y se atribuye al período de transición entre las dos dinastías el *I-Ching*, o *Libro de los Cambios* de Wen-Wang, obra misteriosa que resume toda la ciencia e historia de la época, basándose en los ocho *Kua* o trigrammas místicos que se remontan hasta el legendario emperador Fu-Hsi. Es la clavè esotérica de los misterios de la naturaleza. El trigramma no se compone de tres letras, sino simplemente de tres líneas, de las que unas, según Will Durant, «representan el principio masculino o *yang*, y las otras, discontinuas, el femenino o *yin*. En este dualismo místico, el *yang* representa igualmente el principio positivo, creador celeste de la luz, del calor y de la vida, mientras que el *yin* representa el principio negativo, pasivo y terrestre de la oscuridad, del frío y de la muerte».

«Wen-Wang, añade Will Durant, se inmortalizó e hizo que trabajaran las mentes de mil millones de chinos, doblando el número de rayas, lo cual elevaba a setenta y cuatro el número de combinaciones posibles de rayas continuas y quebradas. A cada una de esas combinaciones correspondía una ley de la naturaleza.»

Entre el viejo fondo Chang y la originalidad y el dinamismo de los Cheu, todo parece reunirse para que la civilización china florezca y se desarrolle rápidamente. Vamos a asistir a ese proceso durante los cinco o seis siglos siguientes.

Wu-Wang, así pues, se encuentra desde los primeros años de su reinado ante la necesidad de seducir o someter a sus nuevos súbditos. Hemos visto cómo procedió con quienes no le ofrecieron resistencia. Con respecto a los demás, no sólo tuvo que guerrear contra los Estados tributarios que se le resistían, sino que también tuvo que acabar con una importante revuelta de las masas dirigentes de la época anterior que se estimaban desposeídas de sus privilegios.

La liquidación de esta revuelta se ve acompañada de una deportación masiva de población hacia el este del imperio.

El rey Wen tenía dos hijos, Fa y Tan. Sabemos que le sucedió el primero, el hermano mayor, con el nombre de Wu-Wang, el Emperador marcial. El segundo recibe el título de duque de Cheu. Los dos hermanos emprenden una de las más notables obras de la historia de China, que todavía en la actualidad les merece la veneración de todos sus lejanos descendientes. Vimos con los Hia y los Chang que el comienzo de las dinastías chinas se encuentra en la virtud. Esta regla se cumple fielmente con los Cheu. Después del rey Wen, es difícil que hayan existido hombres mejores, más sabios y humanos, que sus dos hijos.

Ellos mismos establecen las bases de los preceptos que van a seguir fielmente los primeros emperadores Cheu, y cuando fundan su capital en Si-Ngan, podemos pensar que están siguiendo muy de cerca el proceso estudiado por el sinólogo francés Marcel Granet.

Se determina con cuidado el emplazamiento de la futura ciudad, en función de la naturaleza del terreno, de su orientación y de sus posibilidades de abastecimiento de agua. Después se escoge con la misma reflexión la

época propicia para la construcción que no puede señalarse, naturalmente, más que al terminar los trabajos del campo, en verano.

Comienzan trazando el contorno de la ciudad y levantando las murallas. Los campesinos, libres de sus trabajos, son designados para esta obra. Centenares de desmontistas traen tierra en cuévanos, y esta tierra se vuelca entre dos paredes de tablas paralelas. En cuanto una capa de tierra ha sido amasada así, se la apisona cuidadosamente. Es el trabajo más importante, pues su resistencia a las lluvias dependerá de su densidad.

Los obreros cantan mientras trabajan, y están vigilados por un noble que cuida de que el canto no se interrumpa. Primero porque una ruptura del ritmo retrasa el trabajo, además porque hay que evitar que algún descontento, pronunciando palabras fatales, arroje un maleficio sobre las murallas de la ciudad.

«La cuestión más importante, subraya Marcel Granet, era la construcción de las puertas. Rodeadas de fosos, provistas de torres, guarnecidas por rastrillos, formaban una verdadera plaza de armas, una especie de fortificación en estrella que era el gran reducto de defensa. Contra ellas dirigían sus esfuerzos los asaltantes, y estaban confiadas a un guardián que no debía abrirlas nunca antes de que los gallos anunciaran el alba con su canto. El puesto estaba confiado a un vasallo de confianza, consagrado a su función por una especie de marca: se le cortaban los pies. No debía abandonar su guardia en ningún caso.

»Por lo demás, salvo para un enemigo determinado, las puertas estaban protegidas por su propia santidad. Su consagración se debía a que se habían cuidado de enterrar allí las cabezas de los vencidos. Quien aumentaba con una cabeza cortada la santidad de una puerta, merecía hacerse su guardián. Percibía los derechos de peaje para su beneficio. Se exponía a modo de leccción sobre las torres de las puertas la cabeza del traidor que había deseado ver entrar al enemigo en la ciudad. Por valentonada, exponían sobre las murallas los cadáveres capturados y colgaban en las puertas los trofeos, las

armas arrebatadas a un jefe rival, y también, sin duda, las banderas conquistadas, que, tras un combate en campo raso, enarbolaban al momento en las puertas de sus tiendas de campaña.»

Esta pintoresca descripción se aplica sin duda a la primera capital de los Cheu, que se componía, sin embargo, de dos ciudades: una habitada por los conquistadores, donde se encontraba la corte imperial; la otra por la población conquistada.

La ciudad intra-muros está compuesta al principio por una aglomeración de casas de tierra apisonada, apretadas una contra otra sin ningún orden. Están dominadas por los alojamientos de los nobles, que son otros tantos pequeños castillos, coronados por torreones con parapetos. El urbanismo, inexistente en los comienzos, no tarda en nacer de dos elementos muy diversos. El primero es la evolución del gusto de la clase noble que impondrá un estilo cada vez más elegante al elemento lujoso de la casa: el enmaderado. Vigas y cabrios estarán trabajados de ahora en adelante. Hacia el siglo VIII están pintados, luego esculpidos. Se buscarán líneas elegantes «como un pájaro de plumas nuevas» para los tejados. Se encorvarán los bordes del techo «como las alas de un faisán en vuelo» y así, poco a poco, nacerá la arquitectura china tan característica.

El segundo elemento de donde salen las primeras nociones de urbanismo es el incendio, esa plaga permanente de las ciudades antiguas y medievales. Pronto pone un poco de orden en medio de la anarquía de la construcción.

Los chinos de esta época creen que la tierra es cuadrada; en consecuencia, su ciudad también es cuadrada. En el centro, o sobre una eminencia, se eleva el palacio del rey, muy simple el de Wu-Wang y cada vez menos los de sus descendientes. En el centro se halla la sala de las audiencias, de donde parte una avenida recta hacia la puerta sur, pasando entre el altar del Sol y el Templo de los Antepasados que, para Marcel Granet, constituían un solo santuario, por lo menos al principio. En él debían ser sacrificados los je-

fes vencidos al dios Sol para ser consumidos por los antepasados, vieja costumbre Chang que se pierde rápidamente con los Cheu.

La fundación de la capital, trasladada en los reinados siguientes a Lo-Yang, será una tarea entre tantas otras para Wu-Wang y su hermano, el duque de Cheu.

La organización agraria de la China feudal es, en gran parte, obra de este último, y está dominada por la doble preocupación de sacar el máximo rendimiento de la tierra, para alejar el fantasma del hambre y dar a cada uno la posibilidad de obtener una parte equivalente del producto. El duque de Cheu pone a punto el sistema llamado *tsing t'ien*, al que nosotros llamaremos de los nueve campos, consistente en dividir la tierra cultivable, de una zona dada, en ocho parcelas; cada uno de los propietarios trabaja por turno y antes de ocuparse de su propio pedazo, la parte central del señor feudal. De ahí el pasaje del *Libro de las Odas* recogido por Confucio, en el que se encuentra el dicho popular que expresa la amargura ante el penoso trabajo: «Tiene que llover primero en nuestro campo público. Los campos privados recibirán la lluvia más tarde».

La agronomía ha progresado desde el Príncipe Mijo, imponiéndose reglas muy precisas a los agricultores. Les está prohibido plantar árboles en los campos, porque disminuirían la cosecha de trigo. Los árboles frutales y las cucurbitáceas deben cultivarse al borde de los campos. Las hortalizas y las moreras están reservadas para las proximidades de la casa familiar.

Se destierra el monocultivo. Si la cosecha de un cereal se revela desastrosa un año, es preciso que las otras puedan contribuir a evitar el hambre. Las reglas son también estrictas en lo concerniente al corral: cada familia debe poseer al menos cinco gallinas y dos cerdas, para asegurar la reproducción y el suministro de la despensa.

Esto representa ya un trabajo considerable si pensamos en los pobres aperos de labranza de que disponen

los campesinos de la época. Hasta más tarde, con la dinastía Cheu, no aparece el arado, formado por combinación de la azada y la tracción animal. No olvidemos que continuamos en la edad de bronce: el hierro no aparecerá más que al final de la dinastía. Pero las fatigas del campesino no se reducen a trabajar su trozo de tierra. Aún tiene que pescar y salar el pescado del mar, de los ríos y de los lagos, cazar animales cuyas pieles sirvan de vestido a su señor, acosar y cobrar al jabalí en las cacerías organizadas por los nobles.

La suerte de las muchachas y de las mujeres jóvenes no es mejor. Recogen las hojas de morera, hilan el cáñamo y la seda, tejen el paño destinado a los nobles y van a la ciudad a limpiar la mansión señorial. El *Libro de las Odas* está lleno de estos trabajos extenuantes y, sin embargo, Tsui-Chi observa:

«Este régimen tenía la ventaja de ofrecer al pueblo una cierta seguridad. Todo hombre entre veinte y sesenta años recibía una tierra con la obligación de trabajarla, pero a los setenta años restituía la tierra al Estado y pasaba a su cargo libre de todas las obligaciones. Los huérfanos, los viejos, los sordos y mudos, los lisiados y los simples de espíritu recibían una pensión del gobierno.»

En los tiempos de Mao Tse-tung podemos preguntarnos si los primeros emperadores, hace tres mil años, no habían puesto a punto una especie de comunismo, primitivo pero sin embargo perfeccionado.

Tal es el sistema económico, social y esencialmente agrario, en cuya cima se encuentra el trono del «Hijo del Cielo». Dijimos un poco más arriba que el Emperador, no contentándose con convocar periódicamente en la capital a los vasallos poseedores de tierra, emprende él mismo un viaje a través del imperio cada cinco años. Efectúa igualmente numerosos desplazamientos por la región de la capital.

Nos es difícil imaginar el aparato con que se desplaza el Hijo del Cielo. Los grabados antiguos nos lo muestran

engalanado con un magnífico traje, generalmente negro y amarillo, adornado con joyas preciosas, y llevando al costado una soberbia espada con empuñadura de jade finamente cincelada.

Va sin duda a caballo, pero los historiadores encuentran en el vocabulario de la época la palabra *tseu-yu*, que significa «fabricante de sillas de manos», y es verosímil que el Emperador hiciera en palanquín su entrada en los pueblos.

La gira quinquenal tiene un itinerario bien determinado: emprende la marcha en primavera, en la segunda luna, y se dirige primero, explica Tsui-Chi, hacia la montaña sagrada del este, donde ofrece un sacrificio y convoca a los señores de la región oriental. En verano, durante la quinta luna, llega a la montaña sagrada del sur, después a la del oeste en la octava luna, en otoño, y por fin a la del norte en invierno, con la penúltima luna del año.

Por otra parte, el viaje tiene el aspecto de una minuciosa inspección. En la plaza del pueblo, cerca de las murallas o del Templo de los Antepasados, presentan al Emperador todos los productos de la tierra expuestos en el mercado local. Así adquiere una idea precisa de los recursos de la región. Hace que le den cuenta de la abundancia y calidad de la cosecha, del estado de los graneros y de los silos. Examina en primavera la labranza, en otoño la cosecha. Toma sobre el terreno las decisiones necesarias, interviene para reparar los efectos de una mala estación, y para socorrer a una población amenazada por la escasez. Y saca sus conclusiones: el señor de una región abundante y próspera tiene todas las posibilidades de ver aumentar su feudo, y extenderse sus prerrogativas y responsabilidades. Por el contrario, aquel cuya mala gestión se manifiesta a los ojos del emperador, puede esperar la sanción de su incapacidad.

Buen administrador, el soberano de China, al principio de la dinastía Cheu, no se limita a ocuparse de las cosas. Se preocupa igualmente por la condición de las gentes. Las personas de edad merecen su respeto,

Statue de Confucius. (Temple de Yen-tcheou-fou.)

Estatua de Confucio, el más célebre filósofo chino (Templo de Yencheu-fu).

charla a gusto con ellas, y no deja de visitar al centenario local, cuando se lo señalan, para presentarle los votos del Estado y de su jefe. Se interesa, asimismo, por la actividad cultural de cada una de sus provincias. En su acompañamiento se encuentran poetas y músicos encargados de escuchar el folklore local, transcribirlo y guardarlo cuidadosamente como testimonio de las emociones, del sentimiento del pueblo chino. En este trabajo de encuesta ahondará Confucio, algunos siglos después, para componer el *Libro de las Odas,* en el que ha recogido más de trescientos poemas y canciones.

En una de estas baladas, citada por Will Durant, el soldado se lamenta de su triste condición:

¡Qué libres son con sus alas, las ocas salvajes
Que descansan sobre los espesos árboles de Yu!
Nosotros, trabajadores al servicio del Rey, nunca
[en reposo,
Ni siquiera podemos sembrar nuestro mijo o
[trasplantar nuestro arroz.
¿En quién descansarán nuestros padres?
¡Oh cielo lejano, oh azul!
¿No se han teñido ya las hojas de púrpura?
¿No llevan separados demasiado tiempo el
[hombre y la mujer?
Que se apiaden, al fin, de nosotros, pobres
[soldados.
¿No somos hombres también nosotros?

Junto a estos cantos de humilde protesta, la poesía amorosa ocupa evidentemente un lugar destacado. Es interesante ver cómo los tiernos sentimientos de una joven pareja se inscriben en el marco de la estructura familiar:

Por favor, amado mío, respeta mi pequeña casa,
No quiebres las ramas de mi sauce.
No es que yo me preocupe,
Pero temo excitar la cólera de mi padre.

El amor responde, desamparado:
Es necesario obedecer las órdenes del padre.
Te lo ruego, amado mío, no saltes por encima de
Y no rompas mis moreras. [la muralla
No es que tema ver caer mis moras,
Pero temo que mi hermano se enfade.
El amor responde, desamparado:
Hay que obedecer las órdenes del hermano.
Por favor, amado mío, no destroces mi jardín.
No quiebres mis árboles de sándalo.
No es que a mí me importe, sábelo bien,
Pero temo las habladurías de la ciudad.
¿Qué sería de los amantes
Si los vecinos soltaran sus lenguas?

Al volver a la capital con todas sus impresiones e informes, el Hijo del Cielo rinde cuentas, a su vez, de la gestión de la herencia que le ha sido confiada, y ofrece un sacrificio ante el altar de los Antepasados.

Tal es el sistema, esbozado al menos, cuando Wu-Wang, el Emperador marcial, exhala el último suspiro en 1125 antes de Cristo, según la cronología adoptada en este libro.

Cabría esperar que le sucediera el duque de Cheu, pero el rey Wen, fundador de la dinastía, ha introducido un cambio fundamental. Antes, con los Chang, el segundo de los hermanos sucedía al Emperador difunto, sistema con inconvenientes cuando no existe otro hermano, o cuando manifiesta alguna... impaciencia.

El rey Wen decide que la sucesión se hará por orden de primogenitura. Esta decisión confiere a la monarquía la indispensable estabilidad y repercute en toda la organización de la familia, en la que ya hemos visto el papel que desempeña el Gran Honorable.

Respetando la voluntad paterna, el duque de Cheu da prueba de su grandeza de espíritu colocando él mismo en el trono a su sobrino Ch'eng-Wang, a quien sirve con la misma fidelidad que a su padre.

No sabemos gran cosa del segundo emperador Cheu. Debió ser un continuador. En 1078 le sucede K'ang-

Wang, y el reinado de Chao-Wang comienza en el 1052. La curva de la dinastía parece seguir entonces un glorioso ascenso. Chao es un conquistador que combate sin cesar contra los bárbaros para ensanchar su imperio. Perece ahogado en el río Han, nos dice la leyenda, en el curso de una expedición militar.

Aquí hemos de volver a abrir un paréntesis en la exactitud histórica. Chao y su hijo el emperador Mu-Wang (el Solemne, lo cual confirma que caminamos hacia el apogeo de la dinastía) son el centro de toda una literatura novelesca en la que es muy difícil seguir el hilo de la verdad. Pues, ¿no se dice que el emperador Mu no es el hijo de su padre Chao porque su madre habría engañado a su dueño y señor... con el alma de su antepasado Chu de Tan, hijo del emperador Yao? De esta manera se concede un origen fabuloso y mitológico al Solemne.

Sea lo que sea de este origen, Mu ha pasado a la posteridad como un gran viajero. La leyenda nos ha dejado relatos fantásticos de sus periplos. Le vemos acudir a las fuentes del río Amarillo en un carro tirado por maravillosos corceles. Allí, un descendiente del dios del río le hace visitar el palacio misterioso de Huang-Ti, el emperador Amarillo.

No contentándose con esto, prosigue su camino, llega hasta el monte «donde se acuesta el sol» y visita a la diosa de las epidemias mortales que, como todo el mundo sabe, gobierna la parte occidental del mundo.

Es un gran guerrero: en el curso de una expedición militar contra el país de Yue, tiene que franquear el Yang-Tse y no dispone de barcos. Encuentra una solución original: hace reunir todas las tortugas que se puedan encontrar, las amontona a lo ancho del río y construye un puente para que pase su ejército.

Viajero y soldado, es forzosamente cazador. En una de sus cacerías, se enamora de la hermosa Ki, de Cheng, y se casa con ella. Desgraciadamente la joven cae enferma poco después y muere. El relato de los funerales que le hace el rey desesperado es una brillante página de la literatura arcaica.

Por último, el emperador Mu es igualmente un administrador. Se le atribuye principalmente una reforma de la justicia que introduce en el sistema el principio de la redención de penas.

Verdad o leyenda, una cosa es cierta: los tres primeros reinados de la dinastía Cheu están consagrados a la asimilación y organización de la herencia de los Chang por los nuevos emperadores, es decir, de la gran llanura oriental de China, la cuenca del río Amarillo. Con Chao y Mu es la época de expansión, de lucha contra las tribus fronterizas y por primera vez, piensa Henri Maspero, los Cheu penetran en la cuenca del Yang-Tse y someten a las tribus de las orillas del río Han y de la cubeta del Hu-Pei.

Ahora se puede hablar de un verdadero imperio. Pero es el apogeo y la decadencia está próxima. Kong-Wang en el 946, Yi-Wang en el 934, Hiao-Wang en el 909, y de nuevo Yi-Wang en el 894, se suceden al frente del país antes de Li-Wang, expulsado de su trono por una revolución de palacio dirigida por los duques de Chao y de Cheu. Li-Wang huye y corre a refugiarse junto a su suegro, el señor de Kué, en Che, a orillas del río Fen, en el suroeste de Chen-Si. No consigue conservar su autoridad más que en este pequeño territorio, lo que le vale, por burla, el sobrenombre de Fen-Wang.

Sin embargo, la monarquía sigue teniendo prestigio suficiente para impedir que los señores feudales que han dirigido el golpe de Estado se arriesguen a tomar el poder nominalmente. Gobiernan el imperio durante quince años, esperando la muerte de Li-Wang. Luego colocan en el trono al hijo del rey derrocado, Siuan-Wang.

Estamos en el 827, y a partir de esta fecha, como hemos visto, coinciden todas las cronologías. Con Siuan-Wang entramos en el período indiscutiblemente histórico.

Esto no produce sin embargo la felicidad del reinado de Siuan-Wang. El Emperador debe hacer frente al

cambio de ánimo de los señores feudales que han comprendido en el reinado precedente lo que es la independencia. El proceso es clásico. Los europeos le conocerán en la Edad Media. Se trata de encontrar un equilibrio de fuerzas entre la autoridad y sus vasallos, que no puede ser impuesto más que por una personalidad poderosa.

Siuan-Wang debe igualmente rechazar las incursiones de los bárbaros, los eternos Hiong-Nu, que han sabido aprovechar el debilitamiento de la monarquía para devastar una parte del país. En el 822 incluso se permiten el lujo de saquear la capital, Hao, durante una ausencia del rey, quien lanza un ejército en su persecución tan pronto como vuelve. Y la crónica cuenta esta campaña:

«El rey ordenó que saliera una expedición para liberar la capital. Vencimos a los Hiong-Nu, realizando así una gran proeza. Habían calculado mal, al ocupar Tsiao y Huo, y apoderarse de Hao y Fang, avanzando hasta el norte del río King. Nuestros estandartes, adornados con dibujos de pájaros, hacían flotar al viento sus pliegues blancos. Diez carros de guerra, en vanguardia, abrían la marcha. Los carros de guerra estaban bien equilibrados, tan altos por detrás como por delante, con sus cuatro caballos vigorosos y bien adiestrados.

»Vencimos a los Hiong-Nu, llegando hasta T'ai-Yuan. En la paz y en la guerra, el Rey es un ejemplo para los diez mil Estados.»

Batiendo a los bárbaros en T'ai-Yuan, Siuan-Wang ha remediado sin duda lo más urgente. Pero no ha restaurado la gloria del imperio de sus antepasados, sometido a la acción de fuerzas centrífugas, como sucede siempre en períodos de decadencia. Hay que enviar expedición tras expedición a los «insolentes bárbaros de King», en la cuenca del Hu-Bei, en la confluencia del Han y del Yang-Tse, que han aprovechado las desgracias de la monarquía para sacudirse el yugo. Después contra los bárbaros de Diu, en las orillas del Hue, y esta expedición moviliza la totalidad de las tropas de Siuan-Wang.

Hay que señalar a este respecto que son llamados

bárbaros, sin discrepancias, tanto los Hiong-Nu como las tribus sometidas que se han rebelado.

Siuan-Wang se agota en esta tarea y muere en el 781. Los once años del reinado siguiente, el de su hijo Yeu-Wang, señalan prácticamente el fin del poder real. Yeu-Wang es un personaje siniestro, libertino, corrompido y completamente dominado por una de sus concubinas, Sseu De Pao. Estamos todavía en una época en la que la leyenda toma constantemente el relevo de la historia. El fabuloso origen de Sseu merece contarse: en tiempos del rey Li-Wang, una pequeña niña del palacio había encontrado un lagarto negro. Este lagarto, por supuesto, no era un verdadero lagarto, sino una criatura mágica salida de una reliquia que se conservaba desde el tiempo de los Hia: un saco de tela lleno de baba de dragón.

Sea como sea, la niña que había descubierto el lagarto se encontró encinta sin haber tenido esposo. Quizás por eso la joven madre, temiendo las consecuencias de su situación, abandonó a su hijo. Esta era la muchacha que fue ofrecida al emperador Yeu, quien, más tarde, se enamoró de ella.

Para desgracia suya. Tal origen en una joven tenía que acarrear las peores maldiciones. Y aquí enlazamos de nuevo con la historia. Sseu De Pao era lúgubre. Jamás la oyó nadie reír. Se recreaba en pensamientos tristes. Por ejemplo, el sonido más agradable para ella era el de la seda al desgarrarse. Piezas y piezas de telas preciosas eran destrozadas tan sólo para darle gusto. El Rey, que no sabe qué hacer para contentarla, tiene una idea. Hace encender al mismo tiempo, sobre las murallas de la capital, Hao, las hogueras preparadas para dar la alarma en caso de un ataque bárbaro. Es un bonito espectáculo, pero mucho más gracioso es el de los nobles de la región acudiendo a uña de caballo con sus gentes para defender la ciudad. Por primera vez, la reina ríe a carcajadas.

Los nobles encuentran la broma de muy mal gusto. No son los únicos que no están contentos. Las altas esferas del reino están muy agitadas. Uno de los

principales ministros del rey, el conde de Chen, le profesa un odio tenaz. Favorito del monarca, colmado de honores, le había dado a su hija en matrimonio. Pero Yeu-Wang había encontrado otro favorito y relegado a la oscuridad del serrallo a la hija del conde. Este último se venga fomentando una revuelta. Procedimiento clásico: se alía con otros altos personajes y el grupo se une con los bárbaros que, como atestigua la historia de Grecia, de Roma o de Europa occidental, no desean otra cosa que ayudar en esas ocasiones.

Cuando atacan, de acuerdo con los conjurados y el conde de Chen, Siuan-Wang hace encender las hogueras de alarma, pero he aquí que se produce una versión anticipada de la fábula del pastor y el lobo: esta vez, los nobles y sus gentes permanecen en sus casas. Se saquea la capital y el palacio. Yeu-Wang «el Taciturno» es asesinado.

No hay remedio para la gloria de los Cheu, ni para la autoridad real. En el plano político comienza un período de anarquía, confusión y desorden. Pero la dinastía continúa y, aunque no sea marcial como en su primera fase, no carece de interés.

Habiendo regresado los bárbaros a sus territorios, uno de los grandes personajes del reino, el duque de Kuo, sitúa en el trono a uno de los hijos de Yeu, al príncipe Yu-Ch'en. El nuevo emperador advierte consternado el estado de la capital, que ya no es habitable, y, bajo la protección del duque, va a instalarse no lejos de allí, en Huei.

Pero el alma de la conspiración era el conde de Chen, y él tiene también su propio candidato al trono: el príncipe heredero legítimo, Yi-Kieu. Le proclama emperador, y la mayor parte de los nobles le reconocen como su soberano. Solemnemente le entronizan en la nueva capital, Lo-Yang, netamente más al este de Hao, en el valle del río Ho.

¿Cómo no ha habido un solo señor feudal que proclame el fin de la dinastía reinante y funde una nueva?

Encontramos dos explicaciones. En primer lugar, el peso de la tradición es grande. Desde el primer soberano, Wu-Wang, la sociedad china ha adquirido una forma ritual, tradicional, profundamente jerarquizada. Sus miembros, sean de humilde condición o pertenecientes a las Cien Familias, han nacido y crecido en este sistema. Es probable que no se atrevieran a ponerlo en duda.

Además, la época carece de una personalidad poderosa, capaz de hacer caso omiso de la tradición. Probablemente sea este el caso, puesto que el conde de Chen, apoyado por la mayoría de los nobles, no se atreve a atacar al duque de Kuo y al rey usurpador. Esto parece particularmente importante por dos razones.

En primer lugar, Yi-Kieu, proclamado emperador con el nombre de P'ing-Wang (el Pacífico), ha tenido que emigrar hacia el este y trasladar su capital a Lo-Yang, lejos de la cuna ancestral de la dinastía. Debido a esto, entramos ahora en la época llamada de los Cheu orientales, en oposición a la que la historia llama de los Cheu occidentales que transcurre entre Wu-Wang y Yeu-Wang.

En segundo lugar, aunque el pretendiente del duque de Kuo no haya llevado, según parece, el título de rey más que temporalmente y sin comenzar una dinastía paralela, el imperio está dividido ahora en dos Estados: la parte occidental en el valle del Wei, y la parte oriental en el del Lo. Esta situación durará veinte años, hasta el conflicto del 750 que termina con la derrota y muerte del rey occidental. Entonces se reúnen de nuevo las dos partes, pero la división ha perfilado los Estados independientes y su lucha por la supremacía en el imperio, la llamada época de los Hegemones.

Vale la pena dedicar algunos párrafos a la sociedad china de la época, que anuncia ya a Confucio, cuya gloria esencial será el cantar la tradición y codificar con exactitud lo que conviene hacer.

Esbozada por el rey Wu-Wang y el duque de Cheu,

la sociedad china no cesa de perfeccionarse entre los siglos XII y VIII. En los tiempos de Yeu-Wang ha alcanzado un asombroso grado de complejidad para aquella época. No hay que olvidar que los marinos de Ulises acaban de hacerse a la mar para competir con los fenicios, y que éstos fundan por entonces Cartago (en el 814), y que Rómulo y Remo no han fundado todavía Roma (lo harán en el 753).

Y sin embargo, China está ya regida por una administración que haría palidecer de envidia a los tecnócratas de nuestros días. Tres ministros principales se reparten la vida cotidiana del imperio bajo la dirección del Primer Ministro, que gobierna en nombre del Emperador, demasiado ocupado en observar el ritual del Hijo del Cielo.

El Director de la Multitud, con la pesada administración que trabaja a sus órdenes, vigila los trabajos de los campesinos en el campo. Reparte las tierras, controla la calidad y precio de los productos. Incluso desciende al nivel de la vida privada, reglamentando las fiestas rurales y autorizando o sugiriendo matrimonios.

El Director de los Caballos es llamado también Señor de las Tropas. Es a la vez ministro de la Guerra y jefe del estado mayor de los ejércitos, compuestos casi exclusivamente de reservistas. Organiza y vigila el adiestramiento militar, el reclutamiento de tropas en caso de guerra, y dirige en tiempo de paz las cacerías, en las que están obligados a participar los campesinos.

El Director de obras públicas es el tercero de los principales ministros. Hace el inventario de las tierras, vigila y hace conservar en buen estado los diques de los ríos, prepara la excavación de canales. Sus oficinas locales se encargan incluso de la conservación de los pequeños diques que bordean los campos y de medir las parcelas para su reparto.

Bajo su dependencia están también los artesanos. Los oficios, que se transmiten de padres a hijos y constituyen estados privilegiados, están tan minuciosamente divididos en compartimentos como el resto de la actividad: la madera cuenta con siete clases de artesanos,

correspondientes a otras tantas especialidades. El metal tiene seis y el cuero cinco. Igualmente se distinguen cinco especies de tintoreros y dos de alfareros. Hay también arquitectos y escultores, fundidores y fabricantes de armas, etcétera.

El Director de los Criminales es el ministro de Justicia de los Cheu. Está encargado de pronunciar las sentencias según los Cinco Castigos y de cuidar que se ejecuten. La sociedad china arcaica es cruel. Los castigos impuestos con rigidez producen escalofríos. El primero de los Cinco Castigos es naturalmente la muerte, a menudo aplicada en condiciones atroces. Se cita el caso de un noble a quien el soberano hace «hervir hasta la muerte» para castigarlo por haber murmurado de él.

El segundo es la castración para los hombres, la reclusión en el palacio para las mujeres. Un código penal preciso y detallado prevé doscientos casos de crímenes, delitos o infracciones merecedores de la pena de muerte, y trescientos de castración.

Para las penas menos graves, se contentan con la amputación de los dos pies. Quinientos crímenes y delitos son castigados de esta manera.

Las infracciones veniales producen la extirpación de la nariz o un tatuaje en la cara. Estos casos alcanzan el número de mil. En total hay un repertorio de unos tres mil crímenes y delitos, pero las penas no se aplican a ciegas; pueden atenuarse o agravarse por multitud de circunstancias.

Por último, el emperador Wu-Wang, sin duda para humanizar la justicia, ha introducido el rescate de penas. La marca en el rostro puede evitarse con cien lingotes de cobre. Sin embargo, cuesta doscientos salvar la nariz, seiscientos conservar la virilidad, y mil la cabeza.

La vida de la nobleza es muy diferente. La diferencia entre el noble y el hombre común es que el primero tiene unos antepasados. O más bien un antepasado, y, como subraya Henri Maspero:

«La característica de un patricio (*che*) es poseer antepasados y pertenecer a un clan. De la virtud (*tö*) del primer antecesor del clan saca todas sus calificaciones. Si ha sido un dios, un héroe o un antiguo emperador, si ha poseído un territorio, ocupado un cargo oficial, rendido un culto o recibido el nombre de un clan: sus descendientes estarán siempre calificados para poseer tierras, revestirse de cargos, rendir un culto y llevar el nombre de un clan. El nombre del clan es el signo exterior de la nobleza.»

Tal vez por eso sea un tanto bárbaro el ceremonial que acompaña al nacimiento de un noble. Durante los tres primeros días de su existencia el niño permanece encerrado en un cuarto sin que nadie se le acerque, ni siquiera para alimentarle. Al cabo de ese tiempo, si el niño sigue mostrando su vitalidad por medio de vagidos, le presentan al jefe de la familia, quien le acepta o rechaza. En el primer caso, le llevan al aposento de las mujeres, donde la madre o la nodriza le dan de mamar por primera vez. En el segundo, le matan o abandonan simplemente a la muerte.

Los motivos de la repulsa son por otra parte desconcertantes. Maspero cita el caso de un jefe de familia que aconseja matar inmediatamente a su sobrino porque ha deducido de sus primeros gritos que arruinará su casa. Ciertas épocas, por otra parte, son nefastas para los nacimientos: «Así, el quinto día del quinto mes. Se decía que los niños nacidos en ese día matarían a su padre, y las niñas a su madre. A menudo se les abandonaba». Los documentos de la época abundan en tales ejemplos.

Cuando el niño ha sido aceptado y ha crecido, va a la escuela del distrito si es varón. La niña permanece en el gineceo hasta que decidan casarla. En la escuela del distrito (o en la de la capital si es el heredero del título de jefe del clan), el muchacho aprende durante nueve años, de los diez a los veinte, «las tres virtudes, los ritos y las seis ciencias: la danza y la música, el tiro con arco, el arte de conducir los carros, la escritura y el cálculo».

Tras lo cual, el joven noble chino entra en la sociedad de los adultos tomando el bonete viril, y se nos disculpará sin duda el citar de nuevo a Henri Maspero, el cual describe esta ceremonia de manera tan viva:

«La época ritual era el segundo mes. El día se fijaba mediante la adivinación en la aquilea (se trata de una planta de composición radiada, cuya especie más común es la milenrama, abundante en los prados). La ceremonia se efectuaba con gran pompa en la parte oriental de la casa, en presencia de una muchedumbre de parientes y amigos, tras ser anunciada en la víspera a los antepasados. Comenzaban deshaciendo el peinado de niño, dos cuernos a cada lado de la cabeza, y le hacían luego el peinado de adulto, un moño sujetado por una cinta de seda. Después le imponían solemnemente los tres principales gorros de ceremonia, tras haberle vestido convenientemente cada vez. El conjunto del rito muestra que se trataba de hacerle nacer a una vida nueva. Se le daba un peinado nuevo, gorro y vestidos nuevos, y por fin un nuevo nombre (*tseu*) destinado a sustituir su nombre de niño (*ming*).

»Para las jóvenes, la ceremonia era menos solemne, pero el alcance seguía siendo el mismo. La niña era separada a los diez años de los muchachos y encerrada en el gineceo, donde aprendía todo lo que concierne a las mujeres. Primero la obediencia, su principal deber, luego los trabajos femeninos, hilar el cáñamo, tejer, devanar los capullos de seda, y finalmente las ceremonias religiosas en las que desempeñará un papel, una vez casada. Después de prometerse, se retiraba durante tres meses al templo de los Antepasados donde recibía la aguja de cabeza con un nombre nuevo.»

El gineceo está guardado por eunucos naturalmente. Estos, en la más alta sociedad, la de los reyes y la de los príncipes, han sufrido voluntariamente la mutilación (practicada de forma horrible y, por supuesto, sin anestesia) a cambio de una situación envidiable. Viviendo en la intimidad del soberano, participan eficazmente en las intrigas de la corte y del serrallo, como en

los países de Oriente Medio, y a menudo logran elevadas situaciones.

Está claro que la perpetuación de tal sistema social reside esencialmente en el matrimonio. «Por eso el matrimonio de los patricios, señala una vez más Henri Maspero, era ante todo un acto religioso. Tenía el fin de dar al noble una ayuda actual y sucesores futuros en el culto familiar. Los esposos que habían servido juntos en vida a los antepasados formaban una pareja indisoluble después de su muerte».

Pero esto no implica la monogamia del esposo. El joven noble no puede casarse con una muchacha de su clan, pero se casa con dos de otro clan si es un simple patricio sin título, con tres si es noble y tiene título, con nueve si es príncipe o rey. Pero sólo una es la esposa principal. Las demás se las suministra el clan honrado por la elección del joven, para que le sirvan de acompañantes o de esposas secundarias, subordinadas a la primera, destinadas a reeemplazarla si muere, pero sin tener derecho a su título.

El clero es particularmente numeroso, como en todas las religiones antiguas, y se le han dedicado libros enteros. Existen diferentes priores, expertos en el ritual de los sacrificios para todas las circunstancias importantes: caza, guerra, tratados, juramentos, funerales.

Después están los augures, cuyo papel consiste en interrogar a los dioses o a los antepasados y recibir e interpretar sus respuestas. Su papel es tanto más delicado cuanto que a menudo sirven de jueces; cuando el soberano, por ejemplo, y su consejo entran en conflicto.

Por debajo de este clero se encuentra el cuerpo heteróclito de los intérpretes de sueños y de fenómenos extraordinarios, que sacan pronósticos de los sueños, pero también de los eclipses o de las tormentas inesperadas. Conviene añadir a esto los músicos, los ayudantes, los empleados de toda especie, que se transmiten celosamente sus privilegios y sus funciones de padres a hijos.

Tal es, en resumen, la sociedad china cuando P'ing-Wang, el Pacífico, sube al trono en el 770 antes

de Cristo con la ayuda, como hemos visto, del conde de Chen y de la mayor parte de los grandes señores feudales.

El conde de Chen ocupa una posición preponderante en la corte de este soberano, de quien llega a ser Primer ministro. Se aprovecha para hacer prosperar sus propios negocios en la capital y para imponerse a sus vecinos en su propio feudo con el fin de ensancharlo. Logra así constituir un Estado bastante poderoso para aspirar a la independencia, y con esto entramos en un proceso muy particular, el que, entre el debilitamiento de la dinastía Cheu y el episodio de los Reinos Combatientes, escribe el capítulo de los Hegemones.

Bajo la mirada impotente del Rey, los señores feudales luchan entre sí. En el 719, el nieto de P'ing-Wang, Huan, intenta sacudirse el yugo del conde de Chuang, sucesor de su padre en el condado de Chen y como Primer ministro. Pero una expedición dirigida contra él por el Rey con la ayuda de los señores feudales acaba en desastre. En el 707 se ha formado una dinastía de Primeros ministros paralela a la de los soberanos.

Durante medio siglo los condes de Chen han construido un verdadero principado.

No es el único. Además de ese nuevo Estado y del dominio real se pueden citar principalmente:

— Al norte, el Wei, un fragmento del antiguo dominio real de los Chang, desmembrado después de la conquista y situado al norte del río Amarillo.

— Al este, el Song, otra parte del antiguo imperio de los Chang, pero instalada esta vez en el sudeste del río Amarillo.

— En el curso inferior del río Tsi, el principado de T'si, de formación más antigua. Los príncipes T'si, celosos de sus privilegios, aseguran que su autoridad les viene del duque de Cheu, el Primer ministro de Wu-Wang, quien habría dicho a su antecesor: «En el este hasta el mar, en el oeste hasta el río, en el sur hasta Mu-Ling, en el norte hasta Wu-Ti, tendrás el derecho de castigar a los señores de los cinco grados y a los jefes de las

nueve provincias». La capital de este principado es Lin Tso.

— Entre el curso inferior del Wen y el río Amarillo, con la ciudad de Yi como capital, el Tsin, gracias a la energía del príncipe Hien y a su obra de un cuarto de siglo (676 al 651 antes de Cristo), se convierte en un Estado poderoso, partiendo de un pequeño dominio de cien li cuadrados. Desempeñará un papel importante en un próximo futuro.

— Al otro lado del río Amarillo, se produce un fenómeno semejante en el valle del Wei: un conde Wu, de Ts'in, unifica los diferentes feudos del valle a principios del siglo VI.

— Por último, completamente al sur, fuera incluso de los límites del Reino del Centro, las tribus «bárbaras» de la región situada en la confluencia del Yang-Tse y del Hàn comienzan a unirse y organizarse siguiendo el ejemplo chino. Se constituye un reino Ch'u bajo la autoridad del rey Wu (con el sobrenombre de «Marcial», el mismo que el del primer soberano de la dinastía Cheu). También este reino fronterizo será de decisiva importancia en la época posterior.

Mientras tanto, los Cheu se suceden sin autoridad real en Lo-Yang: Huan después de P'ing (719), Chuang sigue a Huan (696), Hi a Chuang (681), y Huei a Hi (676).

La tradición cuenta cinco Hegemones en este período de los siglos VI y V antes de Cristo. De hecho, el poder decadente de los Cheu no se ejerce en este período más que por medio de tres Estados que se imponen a los demás: los de Ts'i, Tsin y Ch'u.

El período comienza efectivamente en el 681 cuando los pequeños señores vecinos del principado de Ts'i piden protección a su jefe, el príncipe Huan, y firman con él un tratado que es el comienzo de una liga presidida por el príncipe.

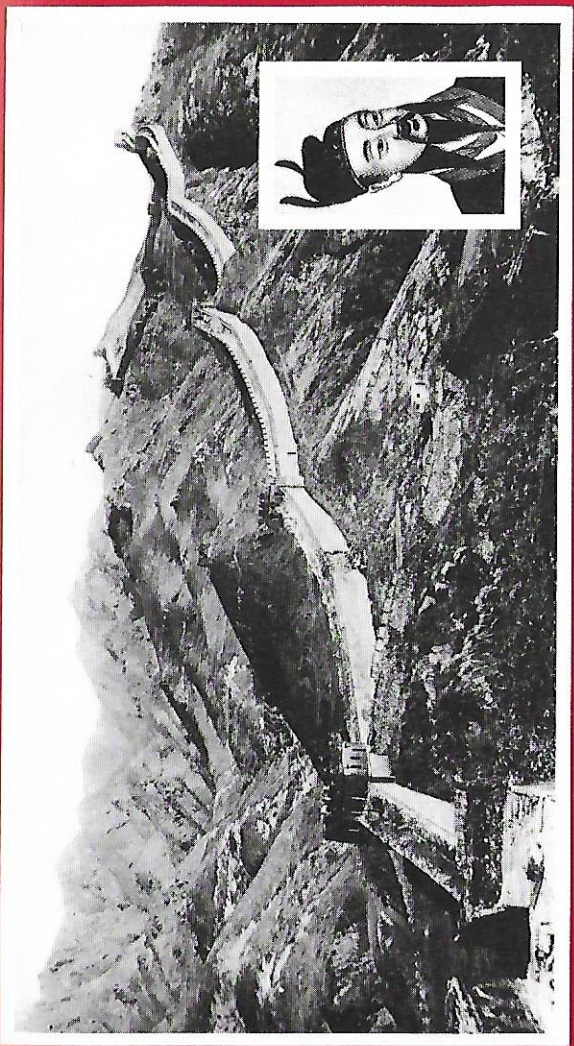
Esta liga es tan poderosa que el Rey (no se ve qué otra cosa podría hacer) le concede su aprobación. Sus reuniones se efectúan primeramente en Pei-Hing, capital de Ts'i, y después en otras ciudades.

El príncipe Huan, sometiendo a los otros principados o consiguiendo la fidelidad de la mayoría de los príncipes y de los nobles chinos, se convierte en el primer Hegemón. Pero su reinado acaba muy mal. Tan sólo su autoridad mantiene una apariencia de unión en la liga. En cuanto se conocen los primeros síntomas de la enfermedad que va a destruirle, los príncipes arman a sus gentes y comienza la anarquía. La batalla hace estragos entre los diferentes miembros de la liga cuando el príncipe muere, abandonado por todos. Deja una sucesión espantosamente complicada. No tiene menos de diez hijos, seis de los cuales son de concubinas a las que ha cometido la equivocación de concederles el título de princesas. Su ministro Yi-Ya instala a uno de ellos en el trono, y sólo entonces se ocupan de los funerales del príncipe muerto. Pero han transcurrido sesenta días, y nos imaginamos lo que pudo ser aquel espectáculo. «Los gusanos, cuenta un cronista de la época, salen de la habitación».

El sucesor del príncipe Huan no puede hacer gran cosa para mantener la supremacía del principado, agotado por las continuas expediciones que el primer Hegemón ha debido llevar a cabo contra los enemigos y los «contestatarios».

Por otra parte, casi en la misma época, un príncipe Wen está dando al Estado de Tsin una organización militar que permite augurar su destino. Ha formado ya tres ejércitos, compuesto cada uno por doscientos carros de guerra conducidos por tres hombres y escoltados por setenta y cinco infantes, unos cuarenta y cinco mil soldados en total. Ha movilizado y encuadrado a sus campesinos, consolidando su trono, reorganizando su principado, cuando el duque de Song, vasallo del rey de Ch'u, que tiene quejas de su soberano, le pide ayuda.

La petición no es inútil. El rey de Ch'u emprende pronto una campaña para castigar al vasallo traidor. La guerra termina con la derrota y posterior suicidio de su general To-Ch'en, lo cual hace exclamar al príncipe Wen: «Ya no hay nada que pueda envenenar mi alegría.»



Ts'in Che Huang-ti. Para los occidentales, su nombre está asociado a la terminación de la Gran Muralla, construida hacia el 214 a. de J.C. para frenar a los Hiong-Nu. Vista parcial de la Gran Muralla.

Así se convierte en el segundo Hegemón, asegurando la supremacía de Tsin sobre los pequeños principados chinos. Incluso el de Ch'u renuncia a la lucha y pide la paz en el 628. Pero la hegemonía es obra de un solo hombre y este hombre es mortal. En aquel mismo año el príncipe Wen exhala su último suspiro.

El soberano de Ch'u aprovecha la ocasión para romper el tratado y sobreviene un largo período de incertidumbre. Es difícil relatar con minucia las diferencias y las querellas, las maquinaciones y las luchas por la influencia de los diferentes señores. Digamos que la hegemonía de Tsin continúa cierto tiempo, precisamente a causa de las divergencias entre su clientela. Una tentativa del de Ch'u se interrumpe de pronto en el 614 a causa de una grave crisis que atraviesa el reino. Pero no es más que un aplazamiento: en el 538 el rey Ling, de Ch'u, forma una contraliga que no tiene otra finalidad que hacer pasar la hegemonía de Tsin a Ch'u. Emprende una serie de expediciones victoriosas contra los principados vecinos, a los que somete, mientras una parte de los demás busca su protección. El de Tsin, debilitado, no se atreve a alzarse contra esta empresa que logra cada vez mayor importancia y significación.

El rey Ling piensa incluso en derribar la dinastía de los Cheu y fundar una nueva. Consulta la concha de tortuga y el oráculo le es desfavorable. Entonces Ling, como tantos otros antes y después, exclama: «¿No queréis concederme esta pequeña cosa? Pues bien, la obtendré por mí mismo.»

No es éste el tono en que se debe hablar a los dioses, sobre todo cuando se está al frente de pueblos cansados de batallas, y de ruinas. Se forma un partido de descontentos, a cuyo frente se ponen los propios hermanos del rey Ling, el príncipe K'i-Tsi, el duque de Chen, y el príncipe Pi, de Tsai. Aprovechando la ausencia de Ling, que manda una nueva expedición militar, atacan la capital y toman el poder, matando al príncipe heredero Lu.

Las tropas se desbandan al conocer la noticia del golpe de Estado, y el rey Ling no es más que un

hombre desesperado ante los restos mortales de su hijo. Acabará suicidándose en el 529.

Su muerte anuncia el final del período de los Hegemones y el comienzo de un nuevo capítulo de la historia de China, el de los Reinos en lucha. Los Cheu continúan nominalmente en el trono. Hasta este momento Wen-Wang ha tenido veintidós sucesores.

Pero un acontecimiento mucho más importante que todos estos trastornos políticos acaba de producirse. En el 551 antes de Cristo, en el ducado de Lu, ha nacido un niño, que se convertirá en K'ong fu-tseu, o maestro K'ong, o, para comodidad de nuestra lengua acostumbrada a las consonantes latinas, Confucio.

3

CONFUCIO

La vida de los pequeños principados durante el período de los Hegemones ha sido difícil. Se han visto envueltos sin cesar en el torbellino de las luchas de los grandes, arrastrados de la dependencia de uno a la de otro, sufriendo las consecuencias de una elección que no hubieran hecho de no estar obligados.

El principado de Lu, sobre el que va a recaer nuestra atención ahora, no ha conocido menos de veintidós invasiones entre el 722 y el 481. Pero antes de abordar la vida de Confucio, detengámonos un momento en la China de la época.

¿Qué territorios abarca en tiempos de Confucio? Ocupa dos grandes llanuras aluviales en la cuenca del río Amarillo. Trescientos treinta mil kilómetros cuadrados en el este, la llanura inferior de Pekín hasta el valle del Hue, entre las estribaciones de Chan-Si y el macizo montañoso de Chan-Tung. En el oeste, otra llanura un poco menos vasta (doscientos setenta mil kilómetros cuadrados), con el curso superior del río, la cuenca de sus afluentes, el Wei y el Lo. Entre las dos, el valle del río forma un pasillo de doscientos cincuenta kilómetros, vía de penetración de las invasiones bárbaras y de comunicación entre las dos llanuras.

En este dominio, más vasto, sin embargo, que la España actual, se divide y organiza el mundo feudal chino. Los sistemas de gobierno de estos pequeños Estados, ya sean de dominación aristocrática y feudal, como

el Tsin, o más estrictamente militar, como el Ch'u, tienen en común una administración del campesinado, soberbia, minuciosa, organizada en torno a las ciudades fortificadas del príncipe —la capital— y de sus vasallos.

En medio de todo esto, el Rey no tiene otras funciones que las puramente religiosas y tradicionales. Dicho de otra forma, la vida política y cultural está descentralizada.

Alrededor de cada príncipe, e incluso de sus principales vasallos, se forman pequeñas cortes con ministros y diplomáticos, historiadores, archiveros, poetas y músicos. ¿No figuran la danza y la música entre las enseñanzas impartidas al joven noble? Las justas oratorias, las competiciones de elocuencia, la retórica, gozan de gran prestigio entre las distracciones de la corte. Pronto adquieren un estatuto privilegiado los hombres de letras que contribuyen al prestigio de un señor feudal. Se los quitan unos a otros. Van de corte en corte, adulados, y cuentan con adeptos y discípulos. Forman escuela.

La bella fraseología, el discurso, la retórica, conducen de manera natural a la lógica, que apasiona al espíritu chino, y a la filosofía. En el siglo V, un sabio hace ya carrera. Se llama Lao-Tse, y conocemos muy pocas cosas de su vida, a no ser que dictó un libro conocido bajo el nombre de *Tao-to-king*, basado en el descubrimiento que hizo su autor del principio supremo, el Tao, que es a la vez el todo y el camino para llegar a él. Volvemos a encontrar el orden del mundo establecido en el *Libro de las Mutaciones* (el *Yi king*) en el que se oponen el *yin*, principio celeste y femenino, y el *yang*, terrestre y varonil, el *wu* (el no ser) y el *yeu* (el ser).

Para Lao-Tse, el sabio, a imitación del Tao, se consagra a la inacción, regla de conducta y principio político de no intervención.

Por aquella misma época los foceos fundan Marsella, los etruscos Capua y Solón introduce sus reformas en Atenas. La civilización occidental descubre las ciencias cósmicas y Tales de Mileto, por primera vez, predice

un eclipse. Ciro II funda el imperio persa, y algunos años después, un joven príncipe de veintinueve años, Siddharta, se convertirá en Buda.

El pensamiento chino espera encontrar un marco, una vía. Esta vía, de hecho, está trazada por 1.500 años de formación tradicional y por la sociedad modelada por Wu-Wang y el duque de Cheu.

El futuro Maestro K'ong nace en Tseu, pequeña aldea del principado de Lu, al suroeste de la actual provincia de Chan-Tong, en el nordeste de China.

Los anales del principado son en aquella época lo suficientemente precisos para que podamos saber que este nacimiento se produjo en invierno, el día veinte del mes décimo del vigésimo año del reinado de Lin-Wang (o veintiuno del duque Siang que reina en Lu). Fecha que debe corresponder al 27 de agosto del 551 antes de Cristo.

Se asegura que Confucio desciende de los reyes de la dinastía Chang. De hecho, parece ser de baja nobleza, descendiendo de una familia de políticos, escribas y oficiales cuya rectitud y honorabilidad se reconocen unánimemente. Su padre, Chu Leang-ho destacó dos veces en la defensa de su patria, en comprometidas misiones.

Chu Leang-ho, viejo ya, sólo tenía hijas y un muchacho lisiado, y se desesperaba porque ni una mujer ni un hombre disminuido podían celebrar el culto a los antepasados. Con más de setenta años, pidió en matrimonio a una de las hijas del jefe de la familia Yen. La más joven se entregó para obedecer a su padre que había dicho: «Su padre y su abuelo son simples nobles, pero sus antepasados descienden de nuestros santos reyes. Mide diez pies y su bravura es extraordinaria. Estoy deseoso de aliarme con él. Aunque sea viejo y austero, no hay lugar para la duda».

Así se decidió un matrimonio que se encontraba justo en los límites fijados por la tradición, puesto que el esposo se acercaba a los setenta y cuatro años y su joven mujer tenía apenas catorce.

La dulce Cheng-Pse temblaba de miedo ante la idea de no poder concebir un hijo antes de que muriera su marido. Rogó tanto que el cielo la atendió concediéndole un hijo cuya infancia fue difícil, pues, como cabía esperar, Cheng-Pse enviudó a los dieciocho años.

De su infancia tan sólo sabemos que este hijo de un anciano y de una madre de medios modestos es un muchacho formal y estudioso. Adquiere desde la adolescencia una gran reputación entre sus condiscípulos. Necesita ganar su vida, y su primer empleo es el de vigilante de un almacén de granos en su ciudad natal. Al cabo de un año, está encargado de los «campos públicos», el dominio señorial cultivado por los campesinos. Durante este corto período de tiempo, dos años, se distingue por su esmerada administración y atrae la atención benévola de su señor. A los diecinueve años se casa con una joven de la familia Kien-Kuan, originaria del principado de Song, que le da un hijo. El duque de Lu demuestra su interés por la joven pareja enviándole un regalo en esta ocasión, dos carpas, y el joven K'ong fu-tseu demuestra su agradecimiento llamando Li (carpa) a su hijo. Comienza a enseñar cuando apenas tiene veintidós años. Abre en Lu una escuela, en la que acoge a todos los jóvenes que tienen sed de cultura clásica. Cada uno paga según sus medios. Los criterios de admisión son la inteligencia y el deseo de aprender.

En el *Luen yu*, recopilación de notas sobre las conversaciones del maestro con sus discípulos, se puede leer:

«Cada vez que alguien viene a mi escuela por su propia iniciativa, trayéndome los presentes acostumbrados, aunque no fuesen más que seis rajas de carne seca, nunca me niego a enseñarle.

»No puedo comprender a quien no se esfuerza con todo su corazón en comprender. No puedo enseñar a hablar a quien no se esfuerza en hablar. Si habiéndole desvelado una esquina de una cuestión no ve las otras tres, renuncio a enseñarle. ¿Qué puedo hacer por el que no pregunta cómo se hace?»

La enseñanza marca el principio de su carrera y, sin

duda, la época más fecunda de su vida. Para proporcionar textos y temas de estudio a sus alumnos, al mismo tiempo que para satisfacer su propio deseo de estudiar, Confucio emprende una vasta obra recopiladora de la historia, los ritos, la música, la poesía china, que todavía en la actualidad permanece como el más valioso monumento de la China de aquella época. En ella se encuentra lo esencial de su aportación. Ha recogido, reunido, revisado y puesto al día toda la herencia cultural de 1.500 años de despertar a la civilización para transmitirlos a las generaciones siguientes.

Le guía la tradición. Profesa una admiración sin límites a los grandes emperadores semilegendarios de la alta antigüedad china, tales como Yao y Chung, y sobre todo por el duque de Cheu, su personaje histórico preferido. Visita la capital, recorre con respeto los antiguos lugares históricos del culto a los antepasados y de los grandes sacrificios al Cielo y a la Tierra.

«Ahora comprendo, dice profundamente impresionado, la sabiduría del duque de Cheu y cómo la casa de los Cheu se elevó hasta el trono imperial. Al igual que nos servimos de un espejo para reflejar los objetos, debemos estudiar la antigüedad para comprender el presente.»

En el curso de esta peregrinación a las fuentes, Confucio visita al venerable Lao-Tse.

La historia oficial y la tradición dan cuenta de este acontecimiento que reúne por un instante a los dos padres del pensamiento chino, aunque es imposible situarlo con exactitud. ¿Pero no es lo esencial que nos lo describen con toda clase de detalles?

La entrevista se acaba con estas palabras del venerable archivero cuando despide a su visitante: «He oído decir que el hombre rico y poderoso despide a las personas con riquezas, que el hombre bueno lo hace con palabras. Yo no sabría ser rico ni poderoso, pero adoptaré furtivamente el título de hombre bueno para despediros diciéndoos esto: el que es inteligente y buen observador está cerca de su muerte, pues critica a los hombres acertadamente. Quien posee un espíritu sabio

pone en peligro su persona, pues descubre los defectos de los demás. El que es hijo no se pertenece a sí mismo, y quien es súbdito tampoco.»

Confucio se queda, una vez más, muy impresionado y confía a su discípulo Nan Kong King-chu: «Sé que el pájaro vuela, que el pez nada y que los animales caminan, pero se puede capturar a los animales con la red, a los peces con la caña y a los pájaros con la flecha. En cuanto al dragón, nada sé de él, excepto que sube al cielo transportado por las nubes y el viento. Hoy he visto a Lao-Tse. Es como el dragón».

Durante treinta años, del 530 al 501, Confucio se consagra por entero a sus investigaciones y a la enseñanza. Declina todo cargo oficial, aunque se vea solicitado muy a menudo, pues, además de la reputación que adquiere de año en año, su peregrinación a Lo-Yang, la capital de los Cheu, le ha conferido un prestigio considerable.

A medida que su edad aumenta, se afirma como conservador austero y lleno de dignidad, siempre preocupado de hacer lo que conviene, en el momento en que debe hacerse.

Por esta razón, su espíritu se aflige al contemplar la situación de su pequeña patria. El ducado de Lu vive en medio de la confusión causada por la lucha por la supremacía de tres familias nobles: los Ki, los Chu y los Mong.

En el 517, el jefe del clan de los Ki da una muestra de su audacia. Se atribuye las prerrogativas del Hijo del Cielo ofreciendo un sacrificio en la Montaña santa y haciendo tocar en su honor el himno real. Nos podemos imaginar cuál sería el escándalo de Confucio que venera a la vieja dinastía. La crisis estalla al año siguiente y los tres clanes se unen contra el duque de Lu, quien no tiene tiempo más que para huir a Ts'i.

La conducta de Confucio está trazada de antemano. Es el hombre de la fidelidad y de la legitimidad. Sigue a su soberano en el destierro... Y durante su permanencia en Ts'i llega a ser consejero escuchado del duque de aquel principado. Un día le consulta sobre el arte de

gobernar y Confucio le responde: «Que el príncipe obre como príncipe, el súbdito como súbdito, el hijo como hijo y el padre como padre».

La sentencia se dirige en primer lugar contra las usurpaciones, los golpes de Estado, las agresiones que son moneda corriente en el feudalismo chino de la época, pero llega más lejos convirtiéndose en una especie de doctrina de la tradición y de la organización jerárquica de la sociedad.

Poco después de su llegada a Ts'i, el duque, deseando ganársele, quiere darle tierras o una ciudad en patrimonio. Confucio rehúsa. Piensa que no ha prestado ningún servicio al soberano y lo que él busca es un empleo en el que pueda ejercer sus talentos. Pero, en esta ocasión, encuentra la oposición cerrada del Primer ministro.

El duque Chao de Lu muere en el exilio y de esta manera se produce el desenlace de la situación por sí solo, en el principado natal del maestro. El duque Ting sube al poder después de pasar algunas peripecias y en el 501 nombra a Confucio gobernador de Chung-Tu, capital del Estado. Aunque hayan pasado más de treinta años, el antiguo vigilante de almacén de granos no ha perdido su habilidad.

«En poco tiempo, se lee en los *Anales*, había puesto tanto orden en su ciudad que las vecinas la miraban con envidia. Tanto los jóvenes como los viejos recibían un avituallamiento conveniente y los fuertes y los débiles tenían asignadas tareas apropiadas. Los hombres y las mujeres caminaban cada uno por su lado de la calle. Se vendían a precios normales corderos y puercos. El bien perdido era devuelto voluntariamente a su dueño legítimo. De cualquier punto del imperio que viniesen, los viajeros se encontraban pronto a gusto en la capital de Lu y como en su propia casa.»

Al año siguiente el duque Ting pregunta a Confucio si el método de gobierno que ha aplicado en Chung-Tu puede alcanzar el mismo éxito en el resto del país. Respuesta afirmativa de Confucio. El duque le confía entonces la intendencia de las obras públicas y después

el cargo de ministro de Justicia. Finalmente le hace Primer ministro.

Bajo su gobierno el principado conoce una indiscutible prosperidad. Va más allá de una sabia administración de la vida cotidiana. Hace que Lu salga de la coalición de los Estados del norte y adopte una actitud neutral. En el interior, arremete contra los comandantes de diferentes plazas fuertes que actúan como señores independientes. Para obligarles a desmantelar sus fortalezas, reúne en el mismo proyecto a los jefes de los tres clanes y al duque Ting, y comienza la demolición. Pero uno de los comandantes se niega, subleva a la población y marcha sobre la capital. Se produce una pequeña guerra civil en la que los rebeldes son vencidos, volviendo la paz a Lu.

La prosperidad llega con la paz, hasta el punto de que los progresos del principado inquietan a sus vecinos, y especialmente al reino de Ts'i, cuyo soberano se guarda mucho de suscitar una guerra. Antes al contrario, emplea la más agradable de las subversiones para apartar al duque de su deber. Le envía a modo de presente ochenta bailarinas, escogidas entre las más bellas muchachas de la región, y treinta magníficos caballos.

Es inútil decir que el regalo le agrada sobremanera. El duque Ting se concede varios días de vacaciones, abandonando totalmente los asuntos de Estado. Confucio se consume de impaciencia. Llega el día del sacrificio *kiao*, el sacrificio al Cielo, una de las cumbres de la vida religiosa tradicional. El duque Ting, que tiene otras ideas en la cabeza, descuida una de sus misiones esenciales.

Se ha colmado la medida. Un hombre como Confucio no puede permanecer al servicio de un soberano a quien basta un rebaño de muchachas bonitas para apartarse del camino de la virtud. Abandona su pequeña patria y se va seguido de algunos discípulos en busca de un dueño que esté en mejor situación para apreciar sus méritos, de un Estado al que poder servir con eficacia. Cuenta cincuenta y seis años en ese momento y

estamos en el 494 antes de Cristo. En su «moral de la historia» se refleja la influencia perniciosa de las mujeres en las decisiones de los hombres.

Lleno de melancolía se aleja de su tierra natal:

> Vuelvo mis ojos lejanos hacia la tierra de Lu.
> La montaña Kue la esconde a mi vista,
> No tengo hacha en mi mano.
> ¿Qué puedo hacer contra la montaña Kue?

Comienzan entonces catorce años de vida errante, a la búsqueda de un príncipe que sepa emplearle en su justo valer. Al llegar a Wei, el Estado vecino de Lu, sus discípulos no pueden callar su tristeza ante el camino del destierro. Y Confucio les introduce a la resignación: «¿Por qué os apena que vuestro maestro haya perdido su cargo? Hace mucho que el mundo se ha apartado de su camino. El cielo se sirve de vuestro maestro como de una campana con badajo de madera para advertir al pueblo.»

En el Estado de Wei, tiene muy mala reputación la princesa Nan-Tse, la favorita del duque Ting, y éste es a su vez de costumbres más ligeras que su colega de Lu. Confucio recibe la invitación de acompañarles en un paseo por la capital. El soberano va delante con Nan-Tse en un carro suntuoso y el maestro ha ocupado su asiento en un segundo carro. Y a su paso el pueblo exclama: «¡Mirad! El vicio marcha delante y la virtud le sigue.»

Este ducado no es lugar para él. Parte hacia Ch'en, y de allí pasa a Ts'e, pequeño principado dependiente del reino de Ch'u que ahora está al frente de la coalición de los Estados del sur.

Generalmente el maestro es bien recibido por el príncipe de los países que visita, pero es víctima de las maquinaciones de los ministros. En el reino de Ch'u pretenden reducirle por el hambre y, tras una semana sin probar bocado, Tseu-Lu se encoleriza ante la calma olímpica del maestro.

«El sabio, exclama, ¿debe estar desprovisto de todo?

—El sabio, responde Confucio, puede encontrarse, en efecto, en la miseria, pero el hombre vulgar no sabe contenerse en tal situación.»

Transcurren los años de exilio, y en el 483 nace una nueva situación en el Estado de Lu. El jefe del clan de los Ki ha dominado a sus rivales, y el más próximo colaborador de Ki-Kang es un discípulo del maestro, Yen-K'iu.

Confucio vuelve a su país a los setenta años y es recibido con magníficos presentes por el duque de Ngai y el jefe del clan Ki. Pero después le dejan de lado. De vez en cuando le piden un consejo, y generalmente no lo siguen. Su tiempo se ha quedado atrás.

Confucio dedica los tres últimos años de su vida al estudio y a escribir, poniendo al día una crónica de Lu, los *Anales de la Primavera y del Otoño*.

En el curso de una cacería, en la primavera del 480, los cazadores capturan y matan un extraño animal que nadie ha visto nunca. Se lo llevan a Confucio, quien lo contempla con consternación. Se trata de un unicornio, animal un tanto fabuloso pero considerado verdadera encarnación de la bondad y de la dulzura. Su aflicción es tal que el maestro llega a ver en este pequeño suceso un presagio de su próximo fin. «¿Por qué habéis venido?, pregunta a quienes han traído el unicornio. Veo que los días de mi magisterio tocan a su fin.»

Dos años después tiene un sueño premonitorio que cuenta a su discípulo Tseu-Kong: «Bajo los Hia, dice, el ataúd era depositado en lo alto de la escalera del este. Bajo los Cheu, en lo alto de la escalera del oeste. Bajo los Chang, entre dos columnas. La noche pasada he soñado que estaba sentado entre las dos columnas, delante de las ofrendas que se hacen a un muerto. Esto es sin duda porque desciendo de los Chang.»

Aquel día se paseó por última vez, y al volver a casa se acostó para no volverse a levantar. Siete días después exhaló su último suspiro a los setenta y tres años.

Le enterraron con toda sencillez al norte de K'iu-Fu, a orillas del río Sseu. Levantaron un templo funerario,

donde están reunidas las reliquias del sabio: su gorro, sus trajes de ceremonia, su laúd y su carro. ¡El culto de Confucio había nacido!

No se ha conservado ningún escrito de Confucio. Entre las obras en las que ha trabajado o que se le atribuyen, podemos enumerar:

— el *Yi king*, o *Libro de las Mutaciones*. La obra preferida del maestro. Se cuenta que a fuerza de manipularlo gastó tres veces las ataduras que unían las tablillas de su ejemplar personal.

— El *Che king*, o *Libro de las Odas*, en el que reunió trescientos cinco poemas o textos recogidos de la tradición que constituyen una pintura muy valiosa de la China de los Cheu.

— El *Chu king* (los documentos), o *Libro de los Anales*, obra de carácter histórico sobre la gran tradición china desde el emperador Yao, relación de hechos históricos, diálogos de los emperadores con sus ministros sobre asuntos de Estado. El fin de esta obra era hacer «familiares con los hechos» a los alumnos de Confucio.

— El *Ch'uen Ts'iu (Primavera y Otoño)*, una crónica del principado de Lu.

— El *Li-ki*, para recordar el ritual «conveniente» de la tradición.

«El Emperador tan sólo ejerce su autoridad sobre una pequeña parte del territorio. La anarquía domina el resto del país. Cada príncipe, cada duque de un feudo autónomo celebra el culto como le parece.

»China está amenazada por la ruina de la tradición. Esta es la causa de que el sabio recoja «el orden» de lo que es «conveniente». Pensaba, dice Tsui-Chi, que la sociedad que le rodeaba estaba tan desprovista de principios y de buena voluntad que sería imposible hacer renacer un imperio chino poderoso sin reglamentar de nuevo toda la conducta pública y privada.»

Pues no es, en efecto, una religión lo que propone Confucio. «Su enseñanza, subraya un sinólogo, consiste en transmitir fielmente esta herencia cultural, y en su meditación y veneración.»

Tseu-Lu le interroga acerca de la muerte y el sabio

responde: «No sabes lo que es la vida. ¿Cómo sabes lo que es la muerte?»

Confucio no ha fundado una religión, señala Tsui-Chi. Ni siquiera puede decirse que haya creado una filosofía. Se limitó a comprender bien a los humanos y a darles reglas de conducta, de cuya práctica se desprende que son muy buenas. Fue el educador por excelencia. La poesía era para él un medio de educación más que una satisfacción de orden estético. La música era una «fuerza civilizadora». De hecho ha fijado los rasgos de la sociedad china para dos milenios y medio. Hasta la revolución de 1911 y la fundación de la república, un retrato del maestro permanecía colgado en la puerta de cada escuela. Era objeto de un culto.

Los discípulos, continuadores y exegetas completaron su obra después de su muerte con una especie de bibliografía básica: el *Luen yu (Las Conversaciones)*, notas de sus discípulos sobre las palabras del maestro, el *Ta Hio (El Gran Estudio)*, el *Chung Yen (El Justo Medio*, o *El Invariable Medio)*, y más tarde llegará *Meng Tseu*, más conocido bajo el nombre latinizado de *Mencius* que, en el siglo II, pondrá al gusto del día la obra de Confucio.

Una mirada sobre la época de Confucio sería incompleta, sin embargo, sin una evocación del continuador de su obra en el siglo V, Mo-Tse. Su pensamiento es más original que el del maestro de Lu. Aunque no rechaza los ritos, los considera a menudo con una ironía poco compatible con el respeto que les profesaba Confucio.

«Muere un rey, dice, y tenemos que llorarle durante tres años. Otros tres años tenemos que llevar luto por nuestros padres. Y todavía tenemos que pasar años y meses de luto por nuestras esposas, nuestros hijos, nuestros tíos, nuestros hermanos, nuestras hermanas y nuestros sobrinos. Y acabado el ritual, tenemos que esforzarnos en ahondar nuestras mejillas, ensordecer nuestros oídos, reventar nuestros ojos y nuestros miembros. Si el príncipe cree que así es como se asegura la prosperidad de sus súbditos también hará

bien en apuñalarles al instante, declarándoles que es para prolongar su existencia.»

Pero Mo-Tse, cuya doctrina se extenderá bajo el nombre de *moísmo,* profundiza el pensamiento de Confucio. No busca la fuente de legitimación en la imitación de los antiguos y de los Santos Reyes, sino en el razonamiento y en la lógica. Lleva más allá la noción de altruismo que hemos encontrado en Confucio a nivel del amor universal, y en sus palabras encontramos resonancias casi cristianas: examina el origen de los problemas de su tiempo y lo encuentra en la falta de amor mutuo.

¿Utopía? Quizás. Este amor universal, excelente, tal vez no sea practicable. Y sin embargo Mo-Tse objeta:

«Atacar una plaza fortificada, combatir en campo raso, sacrificar su vida por la gloria, es lo más difícil del mundo para el pueblo. Ahora bien, si se lo ordena el príncipe, nobles y plebeyos son capaces de hacerlo. Con mayor razón serían capaces de amarse los unos a los otros y ayudarse, pues es cosa muy distinta.»

Y lanza este grito que hace pensar en otro sacrificio que se producirá siglos más tarde:

«Matar a un hombre para salvar al mundo no es obrar por el bien del mundo. Matarse a sí mismo es obrar por el bien del mundo.»

Mo-Tse tiene discípulos que dan prueba de singular grandeza de espíritu. En el Estado de Ts'in el hijo de un notable *moísta* ha sido condenado a muerte después de haberse confesado culpable de un asesinato, pero ha sido indultado en consideración a la edad avanzada de su padre. Este, en un arranque digno de la tragedia griega, rechaza esta muestra de benevolencia: «No, dice, según la ley *moísta,* la muerte es el castigo de la muerte, como la tortura es el de las lesiones. No quiero que se viole la ley para salvar a mi hijo.»

Encontramos el mismo respeto de la ley, de la igualdad de todos ante la ley, en el tercer gran filósofo de la escuela de Confucio, Han-Fei. Pero profesa abiertamente un gran desprecio por el rito, pues Han-Fei es un hombre de su tiempo. «En tiempos de los Hia, dice, se habrían reído de un hombre que se hubiera

Bouddhisme.
Statue de Fo, en porcelaine polychrome de K'ang-si. (PÉ-T'ANG.)

Reproducción de una estatua, en porcelana policromada, de Fo, nombre con que era conocido Buda en China.

construido un nido en un árbol, o que hubiera encendido fuego con pedernal. En la época de los Chang y de los Cheu se habrían burlado de quien dijera que iba a solucionar el problema de las inundaciones. En nuestros días nos parece completamente ridículo quien rebosa de admiración por Yao, Chuen o Yu.»

Escritor de gran talento, espíritu moderno y original, Han-Fei es víctima de las intrigas de la corte de Ts'in, donde vive. No es el Rey sino su ministro, obscurecido por Han-Fei, quien le arroja a la prisión y le envenena.

Por la importancia primordial que conceden a la ley y a su observancia, Han-Fei y los filósofos de su escuela han sido llamados los «Legistas».

4

EL PRIMER EMPERADOR Y LA GRAN MURALLA

El título de Hegemón ha sido suprimido. Había sido creado para designar a aquel de los soberanos de los principados chinos que guiaría a los demás en la lucha casi cotidiana contra los Hiong-Nu.

Desgraciadamente el Hegemón tiene igualmente una molesta tendencia a imponerse a los otros señores feudales, en detrimento de aquel soberano de carácter religioso sin autoridad real que continúa asegurando imperturbablemente la sucesión del Hijo del Cielo y de la dinastía de los Cheu en el palacio de Lo-Yang. Cuando muere Confucio, ocupa el trono Yuang-Wang, el continuador número veintiséis de la estirpe de Wen-Wang.

El período llamado de los Reinos Contendientes es una larga sucesión de guerras, golpes de mano, intrigas, tratados efímeros y ligas precarias. En los diferentes Estados se suceden reyes, príncipes, duques y condes difíciles de identificar porque adoptan un sobrenombre al llegar al poder, y entre ellos encontramos los inevitables Wen (civilizado), Wu (marcial), agravándose la confusión. Los conflictos perpetuos del feudalismo chino no ofrecen mayor interés que una crónica detallada de los correspondientes de la Alta Edad Media europea. Nos parece más útil intentar deslindar las grandes líneas de estos dos siglos de enfrentamientos y situarlas en la sociedad china de entonces.

La organización de los primeros contactos con el

mundo exterior es, a nuestro parecer, uno de los factores importantes de los siglos V y IV de China.

Darío ha unificado a los persas en el siglo V, y con la conquista de las grandes llanuras situadas al este y al norte de la meseta del Irán, el Penjab, la Bactriana, la Sogdiana, ha permitido que las caravanas transporten, con relativa seguridad, las mercancías y también las ideas del Occidente a Extremo Oriente.

Los viajeros traen productos de su país con la esperanza de obtener buenas ganancias. Accesoriamente aportan técnicas nuevas y es probable que China les deba el haber pasado de la edad del bronce a la del hierro, probablemente en esta misma época.

En fin, aunque no aportan doctrinas filosóficas, pues no tienen vocación para eso, revelan aspectos, dimensiones del mundo insospechados para los chinos. Su concepción de la geografía era de lo más vago en lo concerniente a su propio país, y de las más pueriles respecto al resto del mundo. Creían que vivían en el centro de un mundo cuadrado.

Los hindúes les enseñan que el mundo está formado por siete continentes, grandes islas rodeadas de agua dispuestas en torno a Meru, la gran montaña a cuyo alrededor giran el sol y la luna.

A partir de ahí, Tseu-Yen comienza a construir una teoría del mundo en la que eleva a nueve el número de continentes, para armonizarla con la tradición china de la división del mundo en nueve *cheu*.

Del Occidente reciben también los chinos sus primeras nociones precisas de astronomía y de astrología. «Los extranjeros, escribe Henri Maspero, introdujeron sobre todo ciencias y técnicas nuevas completamente organizadas. Durante algún tiempo, China debió ser un lugar de explotación propicio a los astrólogos, alquimistas, médicos, augures de toda especie, que llegaban de la India y del Irán para hacer fortuna. Después se formaron escuelas indígenas que se esforzaban en acoplar todas estas teorías nuevas a las tradiciones antiguas, en el marco de los Cinco Elementos, del *yin*, del *yang*, etc. Poco a poco se mezclaron a las antiguas es-

cuelas que, generalmente, les hicieron sitio. Los astrólogos tenían su rango oficial en la corte real del siglo IV, junto a los adivinos de la tortuga y de la aquilea y a los intérpretes de sueños. Así se aclimataron poco a poco los discípulos de origen extranjero y penetró un cierto número de ideas occidentales en las ciencias indígenas. La unificación del Imperio, a fines del siglo III, y el contacto directo con los extranjeros del Oeste, no podían sino acelerar este movimiento.»

Pero todavía está por realizar la unificación del Imperio.

Así pues, en el siglo IV destacan del conglomerado chino de pequeños Estados, tres estrellas de primera magnitud, los reinos de Ts'i, Ch'u y Ts'in, y un cierto número de principados de menor importancia, pero que desempeñan un papel político y militar no despreciable: Wei, Chao, Han, Lu, Song Yen.

Los grandes tienen la preocupación permanente de evitar que uno de ellos tome un ascendiente irreversible sobre los demás. De ahí provienen las continuas guerras, pero igualmente una sutil política de influencia sobre los Estados de menor poderío, para conseguir su apoyo y asegurar sus perspectivas de supervivencia.

De esta manera, en el 356 se puede creer que se ha creado un poder estable, en el norte de China, alrededor del príncipe Hue, del principado de Wei. Con una serie de campañas victoriosas ha incitado a los de Chao y de Han a concluir una alianza con él, mientras que los príncipes de Lu y de Song se agrupan en torno suyo. Wei se hace un Estado importante, pero el fin de estas alianzas no puede ser más que ofensivo. El príncipe Hue pretende tomar el mando de una liga contra Ts'i.

Ts'i, por supuesto, no asiste indiferente a estos hechos, como tampoco los demás vecinos de Wei, que temen que renazca un Hegemón. Pronto estalla la guerra. En el 351, Wei ha sufrido una serie de reveses que suponen un duro golpe para su prestigio. Diez años más tarde, los sueños de los príncipes de Wei están

completamente destruidos. El príncipe de Han, dándose cuenta de la debilidad de su protector, rompe su alianza. El soberano de Wei quiere castigarle, pero Ts'i envía un poderoso ejército en socorro de Han, y si el principado de Wei no es borrado definitivamente del mapa, se debe a que Ch'u ataca por detrás a Ts'i para restablecer el equilibrio.

Esto es un ejemplo perfecto de la evolución política china en el siglo IV.

La estrella de Ch'u se eleva como una flecha en el firmamento chino del 333. El rey de Ch'u ha conseguido reunir bajo su cetro toda la cuenca del Yang-Tse, desde el Sseu-Chuan hasta el mar. En este estadio debe enfrentarse, como es natural, a una coalición de sus enemigos, y especialmente a los Estados de Han y de Wei, aliados al de Ts'in. Los años siguientes van a decidir la suerte de la carrera. Después de una serie de victorias sobre Ch'u, el rey de Ts'in, Hue-Wen, se convierte prácticamente en árbitro de toda China. Ha impuesto su protección a los Estados de Han y de Wei, su alianza al de Yen contra el de Ts'i. Sólo el de Chao, en este momento, continúa siendo independiente, al margen del conflicto general.

El rey Hue-Wen parece estar a punto de realizar un gran proyecto. Pero el Cielo tiene otros designios, y muere prematuramente en el 311. Su hijo Wu (el marcial, el bravo, naturalmente) muere todavía más prematuramente a causa del esfuerzo que hace para levantar un trípode demasiado pesado para él; quería demostrar su fuerza.

Al no dejar descendencia, provoca una seria crisis política en su Estado. Entonces se inicia un período de equilibrio precario en el que los príncipes, cansados de batirse, se mantienen casi tranquilos. Por otra parte, este equilibrio descansa en tratados garantizados por matrimonios o por rehenes. La costumbre de entregar rehenes es bastante curiosa y de las más extendidas. Un joven, de preferencia el príncipe heredero, es enviado a cada corte para que responda con su vida del cumplimiento de los compromisos adquiridos por su padre con

el príncipe que le hospeda. El equilibrio se rompe de vez en cuando, al evadirse el rehén de su prisión dorada, liberando así de sus obligaciones a quien le ha «ofrecido en prenda».

Pero, prestad atención. He aquí que el equilibrio está a punto de romperse definitivamente. El unificador de China se dispone a aparecer en el escenario de la historia.

Es uno de los personajes más execrables que nos puede ofrecer una galería de retratos. Nace en el 255. Su madre es la reina de Ts'in, pero se asegura que su padre no es el rey, sino un ministro de raza noble, Lu, personaje fatuo, muy pagado de sus talentos literarios; ha ofrecido mil monedas de oro a quien mejore, aunque no sea más que con una palabra, uno de sus escritos.

Pero ¿quién osaría competir con el terrible ministro?

El joven Che, fruto de estos amores adulterinos, no hereda el talento de su padre pero es, a su manera, un genio precoz. A los doce años ya ha arrastrado al suicidio al pobre Lu y se ha instalado en el trono de Ts'in, en plena ascensión por aquel tiempo. Hace una veintena de años que Ts'in logra victoria tras victoria. En el 249, ha conseguido barrer lo que quedaba del dominio real de Cheu, y la dinastía se ha extinguido con el último descendiente de Wen-Wang, que ya no llevaba otro título que el de Ton Cheu-klun (duque de los Cheu orientales).

En el 230 Che acaba la conquista de Han y, en el 228, la capital de Chao, Han-Tan, cae tras un sitio de un año. Para celebrar la entrada en la ciudad, el rey de Ts'in ordena la matanza de una buena parte de la población.

Dos años más tarde, el general Wang-Tsien, de Ts'in, que ya ha conquistado Chao, se apodera de Yen, saqueando la capital. El príncipe heredero que, a falta de otros medios, había intentado asesinar a Che, muere decapitado, y su padre debe huir hasta Manchuria para escapar a una venganza implacable.

En el 225 se produce la anexión de Wei y, en el 221, el rey Kien, de Ts'i, prefiere rendirse sin combatir.

La guerra se ha terminado. El trono del Hijo del Cielo está vacante. El rey de Ts'in lo ocupa y se atribuye el antiguo título de Huang-Ti, Augusto Señor, que nosotros traducimos por Emperador. Por primera vez tiene sentido esta palabra. Con Ts'in Che Huang-ti comienza una nueva dinastía que, a pesar de su escasa duración de algunos años, va a marcar profundamente al país. El mismo nombre de China viene, en efecto, de Ts'in.

Un nuevo sistema de gobierno había sido creado, aún antes de acabar la conquista, basado en el hecho de que el soberano no puede reinar sobre señores feudales. Interesa hacer desaparecer el feudalismo en provecho de un poder central y omnipresente. Y con este fin se divide el reino en distritos *(kiun)*, y cada uno de los distritos en subprefecturas *(hien)*. Al frente de cada *kiun* se encuentra un gobernador civil y otro militar, quienes a su vez son vigilados por un inspector, representante directo del poder central y responsable ante el soberano en persona.

También ha cambiado la condición del pueblo. El sistema de los nueve campos tenía sus inconvenientes, como el trabajar el «campo público». Pero, al menos, en cuanto a los otros, permitía un sentimiento de trabajo individual y de posesión. A partir de ahora, los campesinos están repartidos en grupos, destinados a vigilarse unos a otros y sin embargo, en este marco, cada familia debe vivir separada. En cuanto hay dos varones en una familia, debe fraccionarse en dos, so pena de pagar doble impuesto.

Ts'in es un Estado militar. Así ha podido realizar la conquista del resto de China. Cada hombre está sujeto al servicio militar toda su vida, y en cualquier momento debe responder a la llamada de su quinta. Sin embargo, la casta militar, la de los soldados de profesión, es una casta privilegiada.

La policía está estricta y terriblemente organizada. Las leyes son duras y los castigos están en consonancia.

Che Huang-ti organiza su nuevo imperio como había organizado su reino. Comienza por traer a su capital en destierro a todos los príncipes y duques cuyos territorios se ha anexionado. De esta manera extirpa rápidamente el feudalismo. Inaugura una nueva sociedad.

Como más tarde harán otros déspotas, se propone destruir hasta el recuerdo de todo lo que le ha precedido y, con este fin, volver a escribir la historia. No duda en hacer quemar todos los libros que no están «en la línea», comenzando por las obras de Confucio, ni en destruir todos los archivos, excepto los de Ts'in. La educación se hace monopolio del Estado.

«La posteridad, escribe Tsui-Chi, se vio obligada a admitir que la aurora se despertaba en la historia de China cuando Che Huang-ti apareció en el horizonte.»

Una vez así instalado en el trono imperial, y a costa de una vigilancia minuciosa y de una crueldad implacable, el nuevo emperador puede entregarse a su gusto por el fasto y el esplendor. Se cuenta que cada vez que sus tropas conquistaban un reino, hacía que sus arquitectos dibujaran los planos del palacio del soberano para que le hicieran una réplica. Así es como, algunos años después de su llegada al trono, dispone de seis palacios, a cual más suntuoso.

Sin duda el más soberbio es su residencia de verano, el palacio de A-Fang, en medio de un parque imperial llamado «Bosque de su Majestad». Cuenta la crónica que trabajaron en su construcción y decoración más de setecientos mil prisioneros.

Por otra parte, en un radio de cien kilómetros alrededor de la capital, se cuentan no menos de doscientas setenta residencias imperiales, provistas todas ellas de domésticos, músicos, bellas muchachas, que esperan la voluntad arbitraria del amo de China.

Sin embargo, Che Huang-ti no para a menudo en su capital o en sus residencias, pues una de sus distracciones favoritas consiste en recorrer su imperio para saciar sus ojos con sus inmensas posesiones. Para desplazarse

mejor, hace construir en las cuencas del río Amarillo y del Yang-Tse las rutas imperiales. Se asegura que las rutas tienen setenta y cinco metros de anchura, y que una doble cortina de pinos las da sombra.

Pero este asombroso potentado no dejará sólo una obra puramente negativa tras él. La lengua hablada está en decadencia, la escritura tiende a cambiar de un Estado a otro. Entonces el Emperador ordena unificar el lenguaje y adoptar un estilo de caracteres comunes para todo el mundo. Hace establecer la lista de palabras que conviene emplear y redactar el primer léxico oficial de la lengua china.

Después, emprende la unificación de los pesos y medidas para facilitar la percepción de impuestos. También procede a unificar la anchura de los ejes de los carros.

Con el nacimiento y la organización del imperio, se plantean nuevos problemas, porque se producen fenómenos inéditos, tales como la urbanización. La capital de Ts'in, ahora también capital del imperio, ha visto aumentada su población en proporciones considerables. Su abastecimiento ha introducido, a causa de la insuficiente producción de los campos de la vecindad, la noción de importación y transporte de mercancías.

¿Hasta dónde ha llevado sus fronteras el nuevo imperio? Al norte, está limitado por la orilla izquierda del río Amarillo, por lo menos en su curso superior, pues, pasado el enclave de los Ordos, la frontera sigue en línea recta hacia el este y hasta el mar. Por el oeste se apoya en las barreras montañosas del interior del continente, los macizos donde nacen el río Amarillo y el Yang-Tse. Al sur, alcanza «las regiones en las que hace tanto calor que sus habitantes orientan sus casas hacia el norte». En otros términos, el Kuang-Tung, el Kuang-Si y el Annam.

Pero el nombre de Che Huang-ti está asociado para los occidentales a una realización más fascinante y espectacular que todas las demás: la construcción, o más bien la terminación, de la Gran Muralla.

Desde el comienzo de nuestro relato, hemos visto

aparecer repetidas veces a los Hiong-Nu. Ahora ha llegado el momento de hablar de estos pueblos bárbaros, amenaza permanente y plaga periódica que se abate sobre las comunidades agrícolas asentadas en los fértiles campos del río Amarillo.

Las estepas inmensas del norte de Asia forman un verdadero océano terrestre, sin límites, de condiciones inhumanas. El clima continental extremo impone allí temperaturas que oscilan entre los treinta y ocho grados en verano hasta los cuarenta y dos bajo cero en invierno. La estepa del Asia central llega hasta el extremo del continente asiático en el este, pero se prolonga en la taiga rusa por el oeste, e incluso en la gran llanura danubiana. En el sur, toca el Cáucaso y el Irán.

En este grandioso teatro se desplazan, desde las primeras edades de la humanidad, en migraciones que a veces duran siglos, unas hordas perfectamente adaptadas a excepcionales condiciones de superviviencia. Han domesticado muy pronto al caballo. Detrás de sus rebaños siguen pistas desconocidas trazadas en la estepa por las trashumaciones seculares. Y, periódicamente, los hombres se transforman en centauros, en salvajes guerreros que arremeten encarnizadamente unos contra otros para asegurarse los mejores pastos.

De su historia, de sus combates, de su evolución, los sedentarios no han retenido nada. No han visto en los Hiong-Nu, cuyo nombre se aproxima al latino Hunnin, al indio Huna, y al de los que nosotros llamamos Hunos, más que el terror que inspiran a las poblaciones cercanas a la estepa.

Para estos eternos nómadas, pobres y a menudo famélicos, la civilización sedentaria es un objeto de perpetua codicia. Por eso sus razzias caen sobre los campos y los pueblos, la horda se abate desde la inmensidad desértica, en salvajes golpes de mano, dejando tras de sí cadáveres y ruinas. De tarde en tarde, surge en la horda un personaje de temple excepcional. Somete bajo su ley a todas las tribus errantes para conducirlas hacia el espejismo de las tierras civilizadas. En-

tonces se producen las espantosas incursiones de Atila, o los sangrientos y salvajes imperios de Gengis Kan o de Tamerlán. Pero todavía no ha llegado ese momento.

En lo que concierne a los chinos, René Grousset nos explica con sorprendente claridad el mecanismo adoptado por el jefe que surge periódicamente en la horda salvaje:

«Estos astutos bárbaros, como nuestros germanos del siglo IV, están admirablemente al corriente de las querellas bizantinas de la corte china. El hombre se aviene con una de las facciones chinas en contra de la otra. Con su horda, se declara confederado del imperio y, bajo pretexto de defenderle, se instala en las Marcas fronterizas. Pasan una, dos generaciones, y sus nietos se sentarán sin vergüenza en el trono del Hijo del Cielo.»

Veremos esto en la continuación de nuestro relato.

Hacia el 350 antes de Cristo, el peligro Hiong-Nu se ha precisado sobre China porque las tribus esparcidas por la estepa han comenzado a tomar conciencia de que formaban una entidad, en cierto modo nacional. Tal vez por estar en contacto con las naciones que componen las orillas de su inmenso océano, han adquirido un cierto sentido de la organización. Sea como sea, ahora están gobernadas por una especie de emperador, el Chan-Yu, asistido por dos altos dignatarios, los «Reyes sabios» de la derecha y de la izquierda, uno de los cuales supervisa los territorios del este y el otro los del oeste. A continuación les siguen en la jerarquía forzosamente militar de este belicoso pueblo, los generalísimos de la izquierda y de la derecha, y después los jefes de mil hombres, los de cien hombres y los de diez hombres.

Verdaderamente, los Hiong-Nu son los «Demonios» para los chinos, como para los occidentales. En primer lugar, son carnívoros exclusivamente, mientras que los chinos son en gran parte vegetarianos. Por otra parte, algunas de sus costumbres hacen estremecerse a los mismos chinos, que, sin embargo, han avanzado mucho en el terreno de la crueldad. Además, tienen una

singular concepción de la vajilla. Cuando matan a un enemigo, le cortan la cabeza y sierran el cráneo a la altura de los párpados, le recubren con una funda de cuero, guarnecen de oro su interior, y ya tienen una copa para beber.

Para consagrar un tratado, no dudan en beber sangre en semejantes calabazas, y el número de piedras del túmulo funerario de un guerrero es proporcional al número de hombres que mató en su vida.

¿Cómo visten estos bárbaros de las estepas? Llevan túnica de lino, manto de piel de rata (o de otros animales), gorro también de piel, y han inventado además el traje de montar a caballo, que adoptarán los chinos por ser más cómodo para el combate que su largo vestido arcaico.

No tienen casas y se cobijan en tiendas de campaña, acostándose sobre un montón de pieles.

La lucha contra sus escuadrones, entregados a incesantes expediciones de saqueo, es uno de los grandes problemas de los soberanos chinos del norte, desde hace ya dos siglos. Incluso tenemos noticias de un contraataque chino. El rey Wu-Ling, de Chao, que reinó del 325 al 298 antes de Cristo, conquistó la región de Ta-Tong, al norte del Chan-Si, ocupada por los Hiong-Nu.

En esta lucha incesante, los soberanos se han visto obligados a modificar su estrategia adoptando la táctica del adversario. En la época de los Reinos Contendientes, Ts'in y Chao han abandonado sus pesados carros para poner en pie una caballería ligera, de gran movilidad, único remedio eficaz contra los bárbaros.

Estos, por otra parte, se escabullen cuando se produce un contraataque. Su táctica consiste en hacer que el enemigo se adentre lo más posible en el desierto de Gobi, para acosarle cuando se encuentran demasiado lejos de sus bases sin posibilidad de avituallamiento. Entonces hacen maravillas los pequeños caballeros de la estepa. Caen como una nube, rápidos como el relámpago, disparan sus flechas y se alejan al momento, antes de que el enemigo haya podido recuperarse.

Los señores chinos han recurrido al arte de la fortificación para proteger sus fronteras septentrionales contra la marea periódica de los Hiong-Nu. Che Huang-ti emprende la ingente tarea de completar esta enorme muralla, de unir los diferentes tramos.

El visitante puede admirar todavía hoy, a menos de cien kilómetros de Pekín, esta obra gigantesca. Nunca se podrá decir lo que ha costado esta muralla de dos mil cuatrocientos kilómetros de largo. Che Huang-ti asigna a su construcción unos trescientos mil guerreros, desmovilizados al acabar sus campañas victoriosas. Les agrega una multitud innumerable de prisioneros de guerra y de prisioneros políticos: los funcionarios caídos en desgracia, los hombres de letras que no se han doblegado bajo el yugo de la ortodoxia intelectual o que no han entregado a las llamas los escritos condenados por el déspota.

Y además, los criminales de derecho común. Basta, en esta época, una falta verdaderamente leve para ser enviado a los trabajos forzados de la muralla, y centenares de esqueletos están incrustados en su mampostería.

Abundan las anécdotas de los sufrimientos soportados por los constructores de la Gran Muralla. Tsui-Chi nos transmite uno, excepcionalmente novelesco. Es la historia de una dama Mong-Kiang, cuyo desgraciado esposo, enviado a la muralla, ha muerto en el trabajo. La dama se desespera, pues el alma de su marido no encontrará descanso hasta que sus restos humanos estén sepultados. Se pone en camino para recorrer paso a paso el calvario del ser querido. Llega al pie de la muralla y no ve a su alrededor más que la montaña hostil, montones de piedras y la increíble fortificación que serpentea hasta perderse de vista en el paisaje. Desesperada, se deja caer contra la muralla y se pone a llorar durante noches y días enteros. La piedra misma no puede permanecer insensible a tan gran aflicción. Un pequeño fragmento de la muralla cae de repente, descubriendo los huesos del marido. La dama Mong-Kiang los recoge con piedad y se los lleva para confiarlos a la sepultura de sus antepasados.

El camino de ronda que corona la muralla es lo suficientemente ancho para que pueda pasar a gusto un carro. A grandes intervalos se encuentra una torre, una ciudadela ocupada por una guarnición. Otras guarniciones están situadas allí donde es preciso interrumpir la muralla para que pase el río.

La Gran Muralla, en la época de Che Huang-ti, es la frontera septentrional. Allí acaban las fértiles llanuras del río Amarillo, codiciadas por los Hiong-Nu. Y al otro lado sólo existen montañas peladas, áridas, y las altas tierras de la estepa.

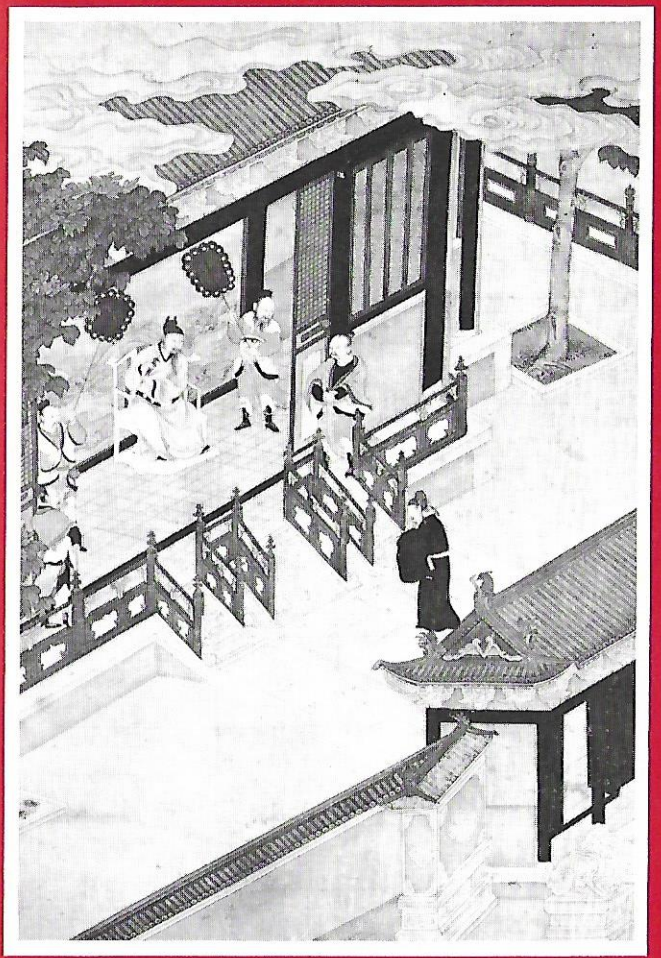
Esta frontera ya no existe hoy. La Gran Muralla sigue serpenteando en el paisaje chino, pero ya no defienden nada ni a nadie. Tan sólo es un recuerdo de la voluntad poderosa de un déspota excepcional, y del calvario de miles de hombres que han sufrido y muerto obedeciendo a esta voluntad.

Vimos cómo, por esta época, se organizan los contactos comerciales con el Occidente, a través de la cadena de oasis que pone en comunicación dos mundos sedentarios, el del Mediterráneo, el Irán y la India, y el de China.

Nos parecería injusto dejar de recordar que los primeros contactos de China con el Japón se establecen bajo el reinado de Che Huang-ti.

Los ocupantes del Japón llegaron sin duda del continente chino, pero esta migración se pierde en la obscuridad de los tiempos. El primer contacto conocido entre ambos países se remonta al segundo año del reinado de Che Huang-ti, que envió, en el 219 antes de Cristo, hacia el archipiélago, llamado entonces de las islas Inmortales, a un tal Siu-Fu con la misión de conseguir el elixir de la larga vida.

Esto es por lo menos lo que dice la leyenda. En realidad, todo induce a creer que se trata de una experiencia de colonización, puesto que Siu-Fu lleva consigo, al embarcarse, algunos centenares de niños chinos de ambos sexos. De todas formas, Siu-Fu no volverá. Fundará su pequeña colonia en las islas niponas, recibirá al morir unos honorables funerales sobre el



T'ai-Tsong, «el Grande», de la dinastía de los T'ang, que reinó un cuarto de siglo.

suelo japonés y dará su nombre... a una clase de papel especial que los japoneses utilizan todavía en nuestros días.

Pronto se multiplicarán los contactos. Los príncipes nipones visitarán China con frecuencia bajo los Han.

Che Huang-ti accede al trono en el 246 antes de Cristo. Se proclama Emperador en el 221. El destino no le ha concedido más que once años para terminar su formidable tarea.

En los últimos años de su reinado se hace supersticioso y el temor de ser asesinado le asedia a menudo. Nadie sabe en qué habitación de sus numerosos palacios pasará la noche. La misión de designar el cuarto le corresponde a un astrólogo, y cuando se sienta en su trono pone sobre sus rodillas la espada desnuda.

Su muerte se produce en el curso de un viaje por el imperio, y su cadáver es llevado en secreto a la capital. Se asegura que se hizo que le escoltase un convoy de pescado para disimular el olor que despedía.

Che Huang-ti había hecho preparar su sepultura antes de morir, y sus funerales están en consonancia con su vida déspota. Centenares de jóvenes son enterradas vivas al mismo tiempo que él, así como los porteadores de su ataúd, para que nadie pueda encontrar el camino de la cámara funeraria, cuya entrada fue sellada con cobre fundido. Allí se acumularon riquezas increíbles, joyas de toda especie.

Che Huang-ti quiere defenderse incluso después de morir. Ha hecho preparar en su tumba toda una maquinaria que, en caso de profanación, debe disparar contra el intruso tiros cruzados de ballesta. En fin, se han colocado lámparas llenas de un aceite especial, destinadas a alumbrar en el futuro los placeres del Emperador y de sus compañeras.

Tan pronto como se ha sellado la tumba, estalla el desorden. Los nobles se rebelan. Su hijo, Eul Che Huang-ti, es tan despótico como su padre. Pero le falta envergadura. Apenas ha reprimido la revuelta de los nobles, cuando ya debe hacer frente a una tentativa de golpe de Estado militar. Y, en medio de la anarquía del

Imperio, es juguete de las intrigas palaciegas, y cae bajo la dependencia de un eunuco, que literalmente dicta la ley en el palacio y, por consiguiente, en el país.

Finalmente, estalla en China la primera revolución popular, dirigida por un campesino, Hiang-Yu, y por un funcionario secundario, Liu-Pang. El primero, popular en extremo, fuerte, brillante, propietario de un caballo magnífico y de una amante, Yu, todavía más hermosa, es el brazo en esta aventura. Liu-Pang es la cabeza.

Conduciendo las tropas reunidas por Hiang-Yu, marechan juntos contra Hien-Yang, en el 206 antes de Cristo. La ciudad cae como fruta madura. Eul Che Huang-ti muere. Su heredero es Tseu-Ying, pero ante el ímpetu de la revuelta popular, prefiere conservar la vida a tambalearse en el trono, y se somete a los vencedores.

Mientras tanto, los rebeldes prenden fuego a los palacios de Che Huang-ti, y tal era la cantidad de riquezas acumuladas en ellos que el incendio, aseguran, duró tres meses.

Así se extingue violentamente una dinastía basada en la violencia. Su emperador pensaba que debía durar hasta el final de los tiempos. Se derrumba al cabo de quince años. Deja para siempre un recuerdo execrable en la historia de China, sobre todo por el auto de fe del 213, y sin embargo nos damos cuenta de que su obra está lejos de ser despreciable, aunque no sea más que por haber unificado la nación.

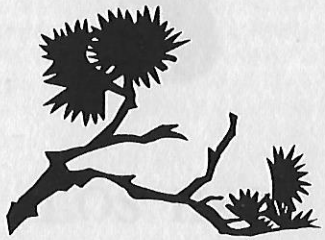
Pero volvamos junto a los dos héroes, los dos iniciadores de aquella revolución. Hiang-Yu, joven de inmensa vanidad y de cortos alcances, se considera el vencedor del Emperador y se atribuye el título de Conquistador. Considera a Liu-Pang un segundo de valor, pero un segundo de todas formas, y le concede, generosamente, el título de Príncipe de Han.

La única pena es que Liu-Pang no lo vea de esta forma. Pronto se enfrentan los dos aliados. Una rápida campaña consagra la derrota de Hiang-Yu. Llega el momento de afrontar la última batalla. Montado en su famoso corcel, hace todo lo que puede para desafiar a la muerte. Herido, va a ser capturado, entregado a su rival. Prefiere poner él mismo fin a sus días.

En esto no hace más que imitar a la bella Yu.

Liu-Pang, con el nombre de Kao-Ti, llega a ser emperador y funda la quinta dinastía, la de los Han.

Escipión, por aquel entonces, ganaba la segunda guerra púnica, poniendo a Cartago de rodillas ante Roma.



5

LOS HAN Y LOS CEJAS ROJAS

Al barrer la vieja sociedad china, Che Huang-ti ha destruido un mundo viejo para crear uno nuevo. Tan cierto es esto que su aventura ha sido considerada como un puente tendido entre la Antigüedad y la Edad Media de China.

Tal vez consciente de este fenómeno, Kao-Ti aborda su tarea con circunspección. Hien-Yang, la capital del déspota, no es más que un inhabitable montón de cenizas. Por eso traslada la suya un poco más al sudeste, fundando una nueva ciudad llamada Ch'ang-Ngan (paz duradera). Después se entrega a la labor de todo conquistador, la de consolidar su poder. Pero antes reflexiona: ¿Cómo ha podido rebelarse el pueblo contra el trono? Ha sido una consecuencia de la desaparición de las escalas intermedias de la sociedad feudal, los nobles y los señores. Kao-Ti está convencido de que sus predecesores han pagado con su trono el error de haber destruido las antiguas estructuras.

Así, pues, piensa restaurar un sistema feudal. Pero con las debidas limitaciones, pues este funcionario de segundo orden no está tan loco como para devolver sus privilegios a los antiguos príncipes, duques y condes. De este modo, tiene que apoyarse en la nueva clase que se ha formado sobre las ruinas de la antigua, en los hacendados y mercaderes que han comprado las tierras de los nobles enriqueciéndose a su vez.

Nace, por consiguiente, una nueva categoría social a la que W. Eberhard llama «la de los hidalgos». Se le

confía un cierto número de feudos y de tierras, aun cuando sigue subsistiendo paralelamente la organización centralizada de Che Huang-ti. Y, como consecuencia, los antiguos nobles y los nuevos hidalgos lucharán por la influencia, aunque la inquietud provocada por esta confrontación no impedirá que la dinastía se perpetúe.

Y sin embargo... el emperador Kao-Ti muere el año 195 antes de Cristo. No deja un heredero varón en edad de subir al trono y por primera vez en la historia de China vamos a asistir a la regencia de una emperatriz. Lu, la viuda del difunto Emperador. Del 195 al 179, se dedica sobre todo a sustituir en el gobierno a los miembros de la familia de su esposo por los de la suya, pero los primeros vuelven con fuerza cuando el nuevo Emperador, Wen-Ti, sube al trono.

Wen-Ti inaugura un período de treinta y ocho años, que será uno de los más felices y apacibles de la historia de China. Reina veintiocho años, y al morir le sucede King-Ti (el Radiante). Los dos son hombres de gran espiritualidad, profundos admiradores de Lao-Tse, impregnados igualmente de las doctrinas de Confucio. Por primera vez, Wen-Ti tiene la suerte de reinar en un país unificado y sin el drama sangriento de las guerras civiles. Lo aprovecha para animar a su pueblo a trabajar con serenidad. Hecho prácticamente único en la historia universal, abole la contribución territorial. No sólo para aliviar las cargas de los campesinos, sino para mostrar simbólicamente que la tierra es un don hecho por la naturaleza a todos los hombres, y no la propiedad de un soberano o de un señor.

Wen-Ti ha recogido la herencia de los legistas de Ts'in Che Huang-ti, y a veces hace ostentación de su virtud. Esto no impide que su sistema de gobierno pueda servir de meditación a más de un hombre de Estado moderno. Por cierto que en un decreto del 178 expone el principio básico de su legitimidad: «El cielo establece al Príncipe en beneficio del pueblo, para alimentarle y gobernarle». Incluso llega a establecer el derecho a la libertad de crítica.

También las leyes son puestas al día. Su finalidad es,

sin duda, «reprimir a los malos», pero también «animar a los buenos». Se suprime progresivamente la tortura y el viejo código penal de los Cheu se enriquece con una vasta jurisprudencia de unos diecisiete millones de palabras, repartidas en veintiséis mil doscientos setenta y dos párrafos. La colección completa de la obra (tablillas de bambú) pesa, al menos así lo asegura Eberhard, novecientas sesenta toneladas.

Con estos virtuosos soberanos asistimos a la resurrección del confucionismo y de la antigua religión del Cielo. Ciertamente los textos han padecido el auto de fe del 213. Algunas viejas inscripciones que escaparon al desastre ya no pueden ser bien descifradas. Otras son reconstituidas por la tradición oral, pero la transmisión no es del todo correcta y no deja de adaptarse a las nuevas ideas.

Pero esto no impide que el Estado, en estas condiciones, se haga liberal y virtuoso al mismo tiempo. El sistema de reclutar los funcionarios mediante examen se remonta a esta época. El examen se extiende no sólo a los conocimientos generales, sino también a los ideales, que deben ser los de la nueva sociedad. Así se constituye toda una clase de mandarines, que respeta al Estado y su jerarquía, la tradición y los ritos de Confucio. Y esta clase se perpetúa y se ensancha, pues los hijos de los funcionarios tienen derecho a una enseñanza correspondiente. Se convertirán en uno de los pilares de la sociedad Han.

Wen, el Civilizado, y King, el Radiante, extienden su política pacifista hasta las fronteras del Imperio y especialmente a sus relaciones con los Hiong-Nu, a quienes ofrecen presentes y princesas chinas en matrimonio. Esto es fuente de todo un folklore poético en el que se habla de pobres palomas ofrecidas a los lobos de la estepa.

He aquí, pues, la edad de oro del pueblo chino. Pero la tradición nos ha enseñado que después de un Wen, llega siempre un Wu. Tras un «Civilizado», viene un valiente, un «Marcial».

Todo cambia con Wu-Ti, que sube al trono en el 140

antes de Cristo. Le agrada la autoridad, el fasto, la guerra. Es dinámico, emprendedor poco inclinado a la dulce doctrina del «laisser-faire» de Lao-Tse.

Tiene dieciséis años cuando accede al poder. Pero desde el comienzo de su reinado, que durará cincuenta y tres años, nos damos cuenta de que China ha entrado en una nueva época.

El Estado refuerza su autoridad en el plano interior. Como en tiempos de Ts'in Che Huang-ti, los jefes de las familias nobles vuelven a la capital como rehenes. Wu se acuerda de que sus dos pacíficos predecesores tuvieron que reprimir, penosamente, varias rebeliones, y de que la de los Grandes Vasallos estuvo a punto de acabar con la dinastía.

Todos los nobles, provistos de cargos honoríficos, pero cuidadosamente alejados de efectivas responsabilidades, contribuyen a dar a la capital un brillo considerable.

Pero la nota más destacada del reinado de Wu-Ti, la que provoca las transformaciones más profundas de la sociedad y del país, es su decisión de cambiar el rumbo de la política imperial para con los Hiong-Nu. Wu se convence rápidamente de que sus predecesores han cometido un grave error al tratar de apaciguar a los bárbaros. Wen ha tenido que hacer frente a dos sublevacaciones, la del rey de Tsi-Pei (177), y la del rey de Hue-Nan (176), en las que los Hiong-Nu habían participado al lado de los rebeldes.

Esta intervención en los asuntos chinos no había hecho más que aumentar la audacia y arrogancia de los Hiong-Nu, cuyas incursiones del 177, 166 y 159 habían llegado a amenazar la capital.

Hasta entonces los chinos han mantenido una actitud puramente defensiva frente a los bárbaros, incluso bajo el reinado de Che Huang-ti. La Gran Muralla es la prueba más elocuente. Wu-Ti, en cambio, decide pasar a la ofensiva, llevar la guerrra a territorio enemigo.

Al principio, intenta consolidar su posición mediante la alianza con un pueblo rival de los Hiong-Nu, los Yue-Che. Habitan una región que se puede asimilar al

actual Turquestán chino. En el segundo año de su reinado, Wu-Ti envía a Chang-K'ien como embajador ante los Yue-Che. Cae prisionero de los Hiong-Nu durante el camino y permanece cautivo diez años. Incluso se casa con una de sus mujeres que le da un hijo. Sin embargo, pasado ese tiempo, consigue escaparse y alcanza, al fin, el término de su viaje. Tan sólo para descubrir que han pasado los años, que los Yue-Che no tienen prisa por combatir y que, de todas formas, no captan el interés político de una alianza con los chinos contra los Hiong-Nu. Es de nuevo capturado por los Hiong-Nu en el camino de regreso hacia el Imperio, y pasa otro año junto a ellos. No vuelve a Chang-Ngan hasta el 125 antes de Cristo.

¿Regresa con las manos vacías? No. Si su misión ha resultado un fracaso en el plano político, ha sido un brillante éxito en el de la exploración y el conocimiento. Ha visitado innumerables países que todavía no conocían los chinos. Ha encontrado un camino que conduce hasta el Afganistán, ha presentido la existencia de una vía de comunicacioón con la India que queda fuera del control de los Hiong-Nu, y trae un sinnúmero de informaciones de toda especie.

Pero el Emperador no le ha esperado para pasar a la ofensiva. Ha montado dos expediciones, en el 130 y 127, que anuncian las ofensivas del 124, 123 y 121.

Las dos primeras están destinadas a limpiar el país de los Ordos, el gran meandro del curso superior del río Amarillo, y a despejar su orilla izquierda. La tercera ha introducido francamente el hierro en la herida. Wu-Ti ha comprendido que para batir en su propio terreno a los Hiong-Nu, hay que hacerlo con sus propias armas. Ha organizado, por tanto, un cuerpo de caballería ligera, rápida, y su comandante, Ho K'iu-p'in, al frente de diez mil hombres, se interna unos quinientos kilómetros hacia el oeste. Captura a un príncipe bárbaro, somete a los reyezuelos del Kan-Su occidental, llega hasta los confines de Altai.

La campaña está marcada por un acontecimiento marginal pero digno, sin embargo, de ser mencionado.

Entre el botín de los guerreros triunfadores figura una estatua de oro que traen a Ch'ang-Ngan. Representa a un hombre corpulento, de rostro sereno, sonrisa enigmática, sentado al estilo de los moros. Es un dios bárbaro que conquista al Emperador, quien hace colocar la estatua en su palacio y ordena que se queme incienso ante ella. Los chinos todavía no saben que acaban de acoger a Buda.

Este apogeo de la expansión china por el oeste significa igualmente el primer contacto de la civilización del extremo oriente con la del Mediterráneo. Un príncipe de origen griego reina por entonces en Kabul, Menandro, quien ha reunido bajo su cetro a todos los griegos establecidos en la India desde la fundación, dos siglos antes, del Imperio de Alejandro. Menandro, convertido al budismo, ha extendido su dominio hasta el valle del Ganges.

En el transcurso del siglo I antes de Cristo, la civilización indo-afgana, llamada greco-búdica, será destruida por los partos. En el 53 el triunviro Craso es vencido y muerto en Carras. Nunca habían estado tan cerca el mundo romano y el mundo chino. Craso vencido y muerto en Carras. Nunca habían estado tan tomará otro rumbo.

Por fin, en el 119, el general Wei-Ts'ing consigue sorprender al Chan-Yu de los Hiong-Nu, al norte de la Gran Muralla, y le rechaza lejos hacia el norte, mientras que Ho K'iu-p'ing y su caballería, saliendo del macizo montañoso al norte de Che-Li, se adentran esta vez mil kilómetros en la estepa. Vuelven con un extraordinario botín, de caballos principalmente. Entre los prisioneros figuran noventa importantes jefes.

La resonancia de esta victoria es enorme tanto en China como en el resto del mundo. Ha realizado la conquista de las «Marcas del oeste», extendido el imperio y garantizado su seguridad.

A nivel mundial, obliga a los nómadas a buscar su subsistencia más lejos, en el oeste, y va a ser uno de los factores del cambio de orientación de sus futuras migraciones. A partir de ahora, la avalancha de escua-

drones turco-mogoles va a caer sobre el oeste. Debido en parte a las campañas del emperador Wu-Ti contra los Hiong-Nu, el Imperio Romano conocerá a Atila, la plaga de Dios.

Una vez conquistadas las Marcas del oeste, unido el Turquestán, bajo la influencia china, al resto del imperio por un ancho pasillo que se abre desde el Tibet a través de Mongolia, Wu-Ti dirige sus fuerzas hacia el sur. Entre el 112 y el 111, sus ejércitos ocupan Cantón y las riberas del golfo de Tonkín.

Es el apogeo. Después, se recobrarán los Hiong-Nu y será preciso hacer dos duras campañas contra ellos al principio del siglo I antes de Cristo.

China está en plena expansión, sí. Pero una vez conquistados los territorios hay que proceder a organizarlos, a su colonización. Esta es la gran empresa de los años siguientes, y una de las prolongaciones económicas de la conquista.

También existen otras. La organización del ejército, la importancia que ha adquirido en las campañas, han dado origen a verdaderas industrias de servicios. Hay que asegurar su subsistencia, su suministro, su armamento. Para él trabajan miles de artesanos. Los depósitos imperiales no son suficientes. Se alienta la iniciativa privada.

Para alimentar a una población en constante crecimiento, es necesario estimular la agricultura. Wu-Ti y sus ministros comprenden que esto sólo puede hacerse animando a los campesinos con la propiedad privada, liberalizando su actividad y facilitando los intercambios. El tránsito, el transporte de los productos agrícolas, exige a su vez el mejorar las vías de comunicación. Se prosigue con energía y constancia la obra unificadora de Ts'in Che Huang-ti.

Así se transforma la sociedad china. Aunque se glorifica la agricultura y los negocios siguen siendo «la última de las profesiones», la casta de los mercaderes no deja de prosperar, al igual que la nobleza que se apretuja en las ciudades.

El gusto por el lujo y las riquezas se desarrolla. El Emperador da ejemplo. Gracias a los tributos de las naciones sometidas, a los presentes de los soberanos extranjeros, despierto ahora su interés hacia China, a los viajes de los comerciantes que se enardecen sin cesar, el palacio de Wu-Ti y de Ch'ang-Ngan desbordan de maravillas de toda clase, que los chinos admiran deslumbrados.

La corte... Una multitud de antiguos nobles y de recién promocionados, por la fortuna o el favor imperial, se amontona en las increíbles fiestas que da el Emperador. «Sus eunucos, escribe Marcel Granet, mandan sobre compañías de juglares y músicos, su harén alberga una multitud de cantantes y bailarinas. Una vasta construcción, el palacio Kia-Yi, encierra todo un aparato de ópera. Allí se efectúan las grandes justas de las que saldrá el teatro chino. Allí se puede ver caer la nieve y elevarse las nubes, mientras que los torbellinos de la tempestad, el rodar del trueno, el estallido del rayo, hacen sentir muy cerca el poder majestuoso del Cielo.»

Este lujo desenfrenado no es obra exclusiva del Hijo del Cielo. Toda la clase privilegiada rivaliza en fasto, se arruina en fiestas y ceremonias. Una boda moviliza centenares de carros que se alargan sobre dos leguas. Un funeral devora la fortuna de familias enteras.

A este ritmo, las artes conocen un desarrollo extraordinario. Los orfebres, los joyeros, trabajan y cincelan el oro, la plata, engastan las perlas, esculpen el jade y crean, partiendo de una resina rojiza, las primeras obras maestras de un arte delicado, el de la laca.

Reinan la seguridad y el orden, los chinos viajan mucho. A distancias regulares encuentran albergues, vastas hosterías en los que los mercaderes pueden hacer escala con sus animales de carga y sus carros. Incluso encuentran enlaces postales, funcionarios a caballo, gracias a los cuales las cartas recorren rápidamente largas distancias.

El reinado del emperador Wu-Ti ha sido quizás la edad de oro de China, pero al morir en el 86 antes de

Cristo, deja la hacienda pública arruinada, un pueblo mucho menos próspero que en los reinados anteriores de Wen y King y, en la clase dirigente, un gusto por el lujo y una corrupción que anuncian la decadencia.

También deja una sucesión abierta, pues el príncipe heredero, comprometido en un oscuro complot, poco antes de su muerte, ha sido ejecutado. Es designado un consejo de regencia esperando que el sucesor, Chao-Ti, esté en edad de reinar. Está abierta una puerta a las camarillas y a las facciones.

En el momento en que Octavio recibe en Roma el título de Augusto, cuando va a elevarse en Galilea la palabra de Cristo, en Lo-Yang, que ha vuelto a ser la capital de China, todo está dispuesto para la caída.

La responsabilidad parece recaer en una mujer, la viuda del emperador Yuan-Ti, que ejerce efectivamente el poder tras la muerte de este último, en el 32 antes de Cristo, en nombre de su hijo Ch'eng. Como en otra ocasión similar, llama a sus hermanos y sobrinos y les concede toda clase de cargos. Entre sus sobrinos se halla un cierto Wang-Mang que cree poseer un «destino nacional».

Su influencia aumenta, favorecida por la muerte del joven Emperador, a la que las malas lenguas dicen que ha contribuido en mayor o menor grado, y se convierte en regente del imperio.

La tentación del trono es grande. El tiempo le parece apropiado para fundar una nueva dinastía. El año 8 de la era cristiana no puede contenerse más y depone al Emperador-niño que él mismo ha colocado en el trono, da un golpe de estado según las reglas, destituyendo de sus cargos a todos los miembros de la familia imperial, y se proclama Hijo del Cielo, fundador de la nueva dinastía Sin.

Desbordante de ideas originales, se pone a promulgar toda una serie de leyes dirigidas especialmente a la nacionalización (o a la confiscación en provecho del Estado) de las grandes propiedades. Desgraciadamente, en lo que concierne a los pequeños propietarios, están acompañadas por leyes usureras que les transforman

poco a poco en esclavos del Estado. Están sentadas las bases de una nueva revuelta, que estalla el año 18. Es la rebelión de los Cejas Rojas.

Para nosotros, ha llegado el momento de abordar uno de los rasgos característicos del temperamento chino: su gusto por el misterio y por las sociedades secretas. Organizaciones de este tipo sirven de base a la sublevación. Sus miembros se distinguen por un signo externo: llevan las cejas pintadas de rojo.

Así comienza una espantosa guerra civil, que causará la muerte a cientos de millares de hombres. No obstante, los príncipes Han intentarán recuperar el trono con un esfuerzo extraordinario, aprovechando la insurrección. Uno de ellos, Liu-Siu, consigue dominar la situación y se apodera de la capital con sus tropas. Wang-Mang, que sigue estando convencido de su destino, se pone su más hermoso traje de gala y se sienta en el trono. Los partidarios de los Han le encuentran recitando poemas cuando irrumpen en el palacio. Uno de los soldados le decapita. Es el año 22 de nuestra era. La dinastía Sin se extingue a los trece años de su fundación.

Después de esto, ya no le queda a Liu-Siu más que recoger el fruto de su victoria subiendo al trono con el nombre de Kuang Wu-ti. Así nace la segunda dinastía de los Han, a la que la historia conoce por el nombre de los Han posteriores.

El rasgo más destacado de este primer siglo de la era cristiana, en el curso del cual la sociedad china parece no perder su ímpetu, es la conquista del Turquestán chino y las divergencias a que da lugar entre «expansionistas» y «aislacionistas», y la vuelta a la ofensiva de los Hiong-Nu. Resultaría demasiado largo exponer aquí las dificultades que llevan al pueblo de las estepas a una verdadera guerra civil. Pero la expedición que los chinos envían en el 54 para detener una nueva ofensiva Hiong-Nu procura a la poesía lírica china una página demasiado bella para que la pasemos por alto.

Un ejército chino detiene la ofensiva Hiong-Nu y asedia luego la capital y mata a su Chan-Yu. Su sucesor se apresura a pedir la paz y, para sellarla mejor, pide la mano de una princesa china, y éste es el comienzo del conmovedor romance de la Dama de Esplendor.

En aquella época, el harén imperial albergaba centenares de concubinas que esperaban, a veces durante toda su vida, que el soberano se dignase mirarlas.

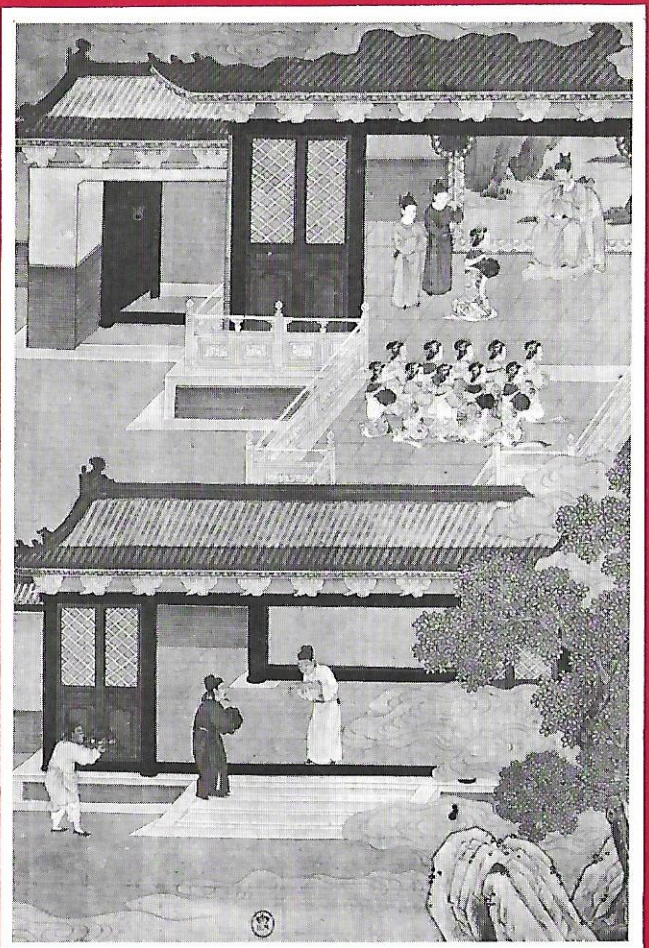
Para incitarle a ello recurren al pintor de la corte, quien, mediando algunos pequeños regalos, embellece un poco los retratos que hace de estas damas para el Rey.

La Dama de Esplendor es la más bella del harén. Pero también la más virtuosa y honesta. Le repugnan estos viles procedimientos y el pintor Mao, para vengarse, no la adorna lo más mínimo. Antes al contrario, tiende a afearla. De esta manera pasan los años sin que nadie, y el soberano menos que cualquier otro, aprecie la belleza de la encantadora Chao-Kiun.

En este estado de cosas, el rey de los Hiong-Nu pide la mano de una princesa. Sólo Chao-Kiun, que ve la ocasión de servir a su soberano y a su país, se ofrece. Todo el mundo está contento, empezando por el Emperador, quien concede una audiencia de despedida a esta princesa a la que nunca ha visto. Y entonces, se produce el efecto teatral. El emperador descubre deslumbrado la belleza de Chao-Kiun, pero desgraciadamente ya es demasiado tarde. Un gran Rey no puede dejar de cumplir sus compromisos. Con el corazón destrozado ve partir a la Dama de Esplendor hacia su doloroso y lejano destino en las estepas de Mogolia.

Se venga en el artista traidor, quien paga con su vida sus ruines maniobras.

El fin del siglo ve a los generales chinos librando batallas decisivas contra los Hiong-Nu, que son rechazados cada vez más hacia el oeste. Pero la dinastía continúa su decadencia en Lo-Yang. La corrupción se ha instalado en las altas esferas del imperio. Una vez más, aparecen tendencias centrífugas. Tres generales se



Hiuan-Tsong, de la dinastía de los T'ang, a quien le son presentadas doce jovencitas.

disputan la supremacía en las provincias, obligando al Emperador a ponerse del lado del vencedor.

El monarca, por su parte, se entrega por completo a los placeres. Se encuentra entre las manos de los eunucos, quienes se reparten las prebendas y los privilegios. Son tan arrogantes que obtienen la condena de la mayor parte de los eruditos e intelectuales de la época, un centenar de los cuales es condenado a muerte.

Y mientras tanto, el pueblo gime cada vez más bajo los impuestos y las injusticias. Además, y esto es peligroso, existe ya el precedente de una revolución popular. Tales son los elementos de la situación de finales del siglo II. ¿Cuál será el desenlace?

Los parientes de la Emperatriz han urdido un complot palaciego contra los eunucos. Sobreviene un período de desorden y confusión, que pronto es aprovechado por los generales. Uno de ellos, Tung-Chuo, se apodera del Emperador, pero entra en conflicto con sus propios soldados y muere asesinado. Un general rival, Ts'ao-Ts'ao, libera al emperador y se hace nombrar Primer ministro.

El desorden alcanza su cima y los campesinos, exasperados, se sublevan. Al igual que los Cejas Rojas, los Turbantes Rojos son miembros de una sociedad secreta, pero religiosa esta vez. Están guiados por los sacerdotes de una antigua religión agraria, opuestos naturalmente a los defensores de la religión oficial, a quienes consideran unos aprovechados del régimen.

La revuelta de los Turbantes Rojos estalla en el 184 y los generales, traidores o no, dan prueba inmediatamente de su espíritu de solidaridad de clase. Levantan un considerable ejército para combatir a los rebeldes. Y en los feroces combates del período de represión son los campesinos quienes llevan la peor parte.

Esta campaña es una buena ocasión para consagrar la superioridad de un general sobre los demás. Este militar es Ts'ao-Ts'ao, hombre brillante, pero sin vergüenza. Acoge bajo sus banderas a los Hiong-Nu, y se asegura que, para recompensarles sus servicios, instala a diecinueve de sus tribus en el Chan-Si entre el 180 y el 200.

Así es como llega a imponerse. Cuando muere en el 220, su hijo es lo suficientemente poderoso como para obligar al Emperador a abdicar y fundar una nueva dinastía.

El precio de tales victorias suele ser el desastre Ts'ao-Ts'ao, al admitir a estos bárbaros, pensaba que la civilización china los asimilaría rápidamente. Pero diecinueve tribus representan una población bastante difícil de controlar, incluso para una administración eficaz.

Añadamos a esto que la nueva dinastía de Ts'ao-P'i, la de los Tsin, está lejos de ser reconocida unánimemente. Tiene dos competidores, y en el momento en que el Imperio de los Han se derrumba, se halla dividida en tres partes, ocupando los Hiong-Nu una parte del norte.

Triste fin de una dinastía cuya aportación a China ha sido grande. A nivel estatal se ha producido una considerable evolución. La separación de poderes ha sido esbozada por los Han, se ha marcado la diferencia entre la administración civil y la casta militar. Hemos visto constituirse, alrededor del Emperador, unas oficinas que son otros tantos ministerios y componen un verdadero poder ejecutivo, mientras que el comercio se monopoliza en manos del Estado para asegurar el suministro a los ejércitos y controlar la economía.

En el plano cultural, han surgido los primeros autores de enciclopedias y se ha desarrollado extraordinariamente la poesía, el canto y la danza, favorecidos por la corte y los placeres del harén imperial.

Finalmente, no podríamos cerrar el capítulo de los Han sin hablar de la evolución religiosa. Recordemos que el primer contacto de los chinos con el budismo se remonta al año 121 antes de Cristo, cuando el general Ho K'iu-p'in trajo una estatua de oro como botín de guerra.

Acto seguido, llegaron a China ecos del budismo. Podemos estar convencidos puesto que, en el año 65 de nuestra era, el emperador Ming-Ti tiene un extraño sueño. Se le aparece un hombre de oro. Cuando habla a sus consejeros, todos ellos piensan en Buda, y se

decide el envío de una delegación para que se informe sobre el budismo en las Marcas del Oeste. Vuelve con cuarenta y dos capítulos de escrituras y son recibidos triunfalmente en la capital. Les acompañan algunos monjes indios a quienes se instala en el primer monasterio budista de China.

El año 560 antes de Cristo, nace en la India un pequeño príncipe: Siddharta Gautama. Desde muy temprana edad comienza a meditar sobre las causas del dolor universal. Su padre intenta en vano alejar estos sombríos pensamientos del espíritu de su hijo. En vano le casa y le ofrece un harén lleno de las más bellas jóvenes de su tiempo. En vano le instala en el lujo y el fasto. No consigue nada. Una noche, Siddharta Gautama abandona subrepticiamente el palacio. Tiene veintiocho años. Anda errante como un pobre durante siete años, en busca de la iluminación, y la encuentra.

En primer lugar consiste en un dogma: desde la eternidad, los mundos nacen, se desarrollan, declinan y perecen para después formarse otros nuevos. Igualmente evolucionan las almas desde la condición animal hasta la de hombre, y de ésta a la de dioses, con altos y bajos, triunfos y caídas, en el marco de múltiples transmigraciones.

Para apresurar el final, la condición divina, la doctrina budista propone cuatro verdades:

1. Todo lo que existe está sujeto al sufrimiento.
2. El origen del sufrimiento reside en los deseos humanos.
3. La supresión de los deseos lleva consigo la del sufrimiento.
4. La rectitud es el camino que conduce a esta supresión.

Cuando se ha logrado la total supresión de los deseos, se alcanza el nirvana. Así es como se llega a ser buda.

Una religión como ésta logra apagar la sed de espiritualidad de los chinos. Ahora va a desarrollarse, durante el período que se anuncia, el de los Tres Reinos.

La dinastía de los Han ha muerto, pero su civilización ha dejado una huella tan profunda en los chinos que, incluso hoy día, se llaman gustosamente Hijos de Han. En el otro extremo del mundo, una especie de santo, que tendrá, sin embargo, un fin trágico, se prepara a ocupar el trono de Roma. Alejandro Severo será degollado por los legionarios por haber propuesto un tributo anual a los germanos para evitar la guerra. Extraño paralelismo con la situación de Ts'ao-Ts'ao y los Hiong-Nu.

6

LAS SEIS DINASTIAS Y LA REUNIFICACION DEL IMPERIO

Ts'ao-P'i, hijo de un atrevido general, se ha proclamado Hijo del Cielo, fundador de la dinastía Tsin, y reina en Wei. El soberano de Chu-Han asegura ser el descendiente de los Han, los emperadores legítimos, y el rey de Wu pretende detentar los únicos sellos imperiales auténticos.

El reino de Wei es el más poderoso. Se estima que su población era en aquella época de unos veintinueve millones de habitantes. Ocupa la región más rica de China y su capital es Lo-Yang, la del imperio. Pero el Norte de su reino está ocupado por sus molestos aliados de las diecinueve tribus de los Hiong-Nu.

El reino de Wu se extiende por el Sur del imperio. Es un país pobre con menos de doce millones de habitantes. Suen reina en Nankín, la capital, y aspira a conquistar el resto del imperio.

Al oeste se encuentra el reino de Chu-Han, ocupando la región del actual Sseu-Chuan. Su capital es Ch'eng-Tu. El país, adosado al macizo tibetano, bien defendido —a excepción de dos puntos débiles— por las cadenas montañosas del norte y del este, domina además las pistas de las caravanas que van hacia la India y Yun-Nan. Pero tan sólo cuenta con siete millones de habitantes.

Esta es la situación geográfica. ¿Quién conseguirá la hegemonía? El año 265, el príncipe Sseu Ma-yen logra instalarse sólidamente en el trono de Wei y adopta el nombre de... Wu-Ti. Sus ejércitos le permiten pronto

la anexión de Chu-Han, y poco después, en el 280, absorbe a Wu. ¿Se habrá salvado el imperio de los Han? No, por desgracia, pues la anarquía, el asesinato, las revoluciones de palacio son moneda corriente en la corte de Lo-Yang, y los Hiong-Nu vuelven a ser peligrosos.

Mientras tanto, el pueblo chino se consagra a la nueva religión llegada de la India. Un monje indio llega con traducciones chinas de la ley búdica. El Emperador Fei reina entonces en Wei y se entusiasma con esta aportación espiritual. Un edicto imperial impone la ley india a los monjes chinos, quienes tienen que afeitarse la cabeza, aprender la liturgia búdica, mientras que un monje budista chino, Chu Che-hing, emprende a su vez el viaje al Turquestán en busca de documentación religiosa.

Comienza el apogeo del budismo en China, que en el siglo siguiente será tal, en la época de las Seis Dinastías, que Tsui-Chi podrá comparar el budismo en China al cristianismo en Europa.

En el reino de Wei, la lucha por el poder alcanza una rara ferocidad. Tan sólo retendremos dos de sus rasgos esenciales: las luchas se ven restringidas a la capital, y los vencidos se refugian en las tribus Hiong-Nu haciéndose consejeros suyos.

En los albores del siglo III, una personalidad de un temple excepcional está a punto de surgir entre los Hiong-Nu. El jefe supremo de las diecinueve tribus es un príncipe cuyo nombre, Liu-Yuan, nos indica que ha sufrido la influencia china. Es un hombre cultivado y gran admirador de la civilización china.

Un día plantea al Consejo de los nobles esta cuestión: ¿Es normal que los Hunos continúen siendo instrumentos de las diferentes facciones que luchan en la corte de Lo-Yang? ¿No ha llegado el momento de que ellos también entren en la lucha como candidatos al trono?

Entre los Hiong-Nu también hay juristas. Recuerdan

que Kao-Ti, primer emperador de los Han, y Mao-Tuen, el Chan-Yu de los Hiong-Nu, han declarado cuatro siglos antes que sus reinos eran «hermanos». Si son hermanos, todo se quedará en la familia. Deciden que Liu-Yuan funde la «dinastía huna de los Han».

Esto sucede el año 304.

Pretendiente al trono, Liu-Yuan comienza por dotarse de una corte, como un Hijo del Cielo. Después instala su capital, P'ing-Ch'eng, en el sur del Chan-Si.

Un primer asalto infructuoso a la capital de China se produce en el 309. Muere Liu-Yuan y su hijo Liu-Tsong repite el intento.

Pero no todo en los Hunos es armonía y sincronización. Liu-Yuan y su hijo Liu-Tsong no piensan más que en tomar el relevo de la civilización imperial. Se anuncia ya un Hiong-Nu que se llamará Wen-Ti. Pero algunos de sus subordinados no se han sacudido todavía la hierba de la estepa. Como Che-Lo quien, aquel mismo año 310, irrumpió en China a sangre y fuego, sorprendió a medio centenar de príncipes de la dinastía Tsin, reunidos en los funerales de uno de los suyos, y los pasó a todos por el filo de la espada.

Un tercer asalto se produce en el 311 y cae Lo-Yang. El emperador de entonces, Hue-Ti, es hecho prisionero y será ejecutado dos años más tarde. En el 316, su sucesor, que se había retirado a la antigua capital de Ch'ang-Ngan, se ve obligado a rendirse.

Ya está todo el norte de China en manos de un rey bárbaro. Entonces se produce el éxodo de toda la clase dirigente del imperio hacia el sur, donde vuelve a formarse un imperio chino con capital en Nankín.

Liu-Tsong, en lugar de proseguir la conquista, permanece inactivo y fascinado en la corte de Lo-Yang. Sus fieles comienzan a dirigir sus miradas con envidia hacia Che-Lo, quien se está forjando un reino en el nordeste, y más de uno se pasa a su bando.

Liu-Yao sucede a Liu-Tsong en el 319 y bautiza de nuevo a la dinastía con el nombre de Chao (los «anteriores», para la historia). Díez años más tarde, es anexionado por Che-Lo.

Che-Lo tardará en proclamarse Emperador. Lo hace en el 329, cuatro años antes de su muerte. Le sucede en el trono Che-Hu, quien traslada la capital del imperio a Ye, al norte del Ho-Nan, donde su corte adquiere cierto brillo. La dinastía de los Chao anteriores, diezmada por las luchas fratricidas de la familia imperial, desaparece unos años más tarde, en el 352.

Mientras tanto, la afluencia de refugiados en Nankín, ex-capital del reino de Wu, da a la ciudad un prestigio extraordinario. Los viajeros de aquel tiempo quedan fascinados por los vestidos de seda recubiertos de perlas, por la suntuosidad del palacio desde donde el Hijo del Cielo gobierna lo que queda del imperio chino.

Comienza el siglo v. El imperio se encuentra fraccionado en dos grandes reinos, uno en el norte y otro en el sur. Alrededor del primero, se forman y se deshacen pequeños Estados (contamos hasta dieciséis). En el sur, aunque se conserva un poco mejor la unidad, la historia de las dinastías es de lo más movedizo, por eso se llama a este período el de las Seis Dinastías y de los Cinco Hu.

Nos encontramos en un período de extraordinaria confusión, con abundantes sucesos, en el que las familias reales e imperiales se suceden y se superponen en la trama de la historia, y sus soberanos adoptan siempre el nombre de Wen, Wu, Hue o Yuan.

Intentaremos poner un poco de claridad, comenzando por el sur. La flor y nata de la sociedad china se ha refugiado en la margen derecha del Yang-Tse. Desde el 317 se encuentran reunidos en Nankín, en torno al Emperador, todos los eruditos, todos los artistas y toda la nobleza. Cien años más tarde, la dinastía Tsin se extingue por sí misma. Su último soberano no gobierna más que un año, a lo sumo.

Es el momento soñado, para un general, de fundar una nueva dinastía. Un descendiente de una de las más antiguas familias del reino, la de los Liu, tiene la audacia suficiente para intentarlo. Sube al trono con el nombre de... Wu-Ti, convirtiéndose en el primer soberano

de la nueva dinastía de los Song. Para distinguirla de la gran dinastía de los Song de la Edad Media, la llamaremos la de los Liu-Song.

Para tomar el poder y asegurarse el trono en estas condiciones, es preciso ser un general victorioso. Este es el caso de Liu-Yu, quien ha vencido no sólo a los enemigos del imperio, sino también a los partidiarios de la familia real. Estos se han refugiado, naturalmente, en el norte, donde les han prestado una ayuda interesada para montar una expedición contra el Sur.

Las operaciones no obtienen un resultado demasiado positivo, y Liu-Yu (o Wu-Ti, nombre con el que reina) consolida su poder en la China meridional y el Annam, con el concurso activo de lo que hoy llamaríamos los «medios financieros», es decir, la casta de los mercaderes que, a pesar de haber sido objeto de ostracismo para la nobleza, no ha dejado de prosperar desde hace varios siglos.

Sus sucesores intentan continuar en el camino iniciado, pero las cosas no son tan sencillas. La guerra entre el Norte y el Sur está latente. En Lo-Yang, los soberanos que encontraremos un poco más adelante, no confiando en la fuerza de las armas para conquistar el sur de China, intentan conseguirlo por la intriga. A partir del 460 comienzan a producirse rebeliones de la nobleza en Nankín animadas, sin lugar a dudas, por las gentes del Norte.

Finalmente, en el 477, Siao Tao-ch'eng, jefe de un clan que ha dominado a los otros, arregla la situación asesinando al último de los Liu-Song, al emperador Chuen-Ti, recién llegado al trono.

Las dinastías se suceden rápidamente. Siao Tao-ch'eng funda la de los Ts'i al subir al trono con el nombre de... Kao-Ti, y los miembros de la familia imperial corren a refugiarse junto al enemigo, al norte del río.

Dinastía efímera. Desde el 494 tiene que hacer frente, además de a la guerra contra el Norte, a su primer alzamiento. Los príncipes se disputan el honor y el privilegio de abatir al ocupante del palacio de Nankín. Lo consigue un cierto Siao-Yen en el 502, funda la

dinastía de los Leang y traslada la capital a Kiang-Ling, sin duda para escapar al peligro de las intrigas de la gran ciudad imperial.

Fundador de una dinastía, Siao-Yen tiene que ser forzosamente un valiente. Entonces... no le falta más que llamarse Wu-Ti. Pero en lugar de justificar el epíteto, deja que lo hagan los generales y los príncipes de la corte, y él se consagra a la religión budista, de la que es un ferviente celador. Este Emperador es una especie de santo, lo que le impide ver venir el complot que se prepara contra él. Los soberanos del Norte están a punto de conseguir lo que esperaban desde hace tantos años: instalar a uno de los suyos en el trono de Kiang-Ling, para absorberle acto seguido. Este es el motivo por el que Wu-Ti muere asesinado en el 549. Sus asesinos han trabajado en balde. Uno de los príncipes chinos marcha contra la capital, expulsa al fantoche y salva la dinastía en el 552.

Esto permite que se sucedan tres nuevos Leang... en tres años, lo que nos da una idea de las agitadas condiciones de la época.

Una vez más, es la hora de los generales. Ch'en Pa-sien se apodera del carcomido trono. El imperio se ha ido empequeñeciendo hasta el punto de no ocupar ya más que el valle del bajo Yang-Tse. La nueva dinastía Ch'en, con su fundador Wu-Ti, es la última de las Seis Dinastías. La unificación llegará del norte, una vez más, en el 589. Veamos, mientras tanto, qué ha sucedido en los dominios del norte.

Vimos a los bárbaros en acción fundando una dinastía huna de los Han en Lo-Yang. Procedían de una tribu Hiong-Nu que no era la única que pretendía ávidamente constituirse en reino. Desaparecida aquélla, los Kie ocupan el trono de los Wei del norte durante cierto tiempo. Los K'iang, por su parte, se apoderan de un territorio que se yuxtapone, hoy en día, en el Sseu-Chuan y una parte del Tibet. En el Noroeste, una cuarta tribu, ramificación de la precedente, ha formado

otro reino bárbaro. Por último, en medio del desorden y el tumulto de las comunidades nómadas de la estepa, aparece una horda más vigorosa, según parece, que las demás. Es la de los Sien-Pi.

Sin duda son extranjeros. ¿Pero se les puede seguir llamando bárbaros? Nos inclinamos a dudarlo.

Sea como sea, a finales del siglo IV, la rama más fuerte de los Sien-Pi, los To-Pa, se impone al resto de las hordas y absorbe sucesivamente todos los pequeños Estados Hiong-Nu. Así es como se forma en el Norte un nuevo Estado tribal, el de los To-Pa.

Precisamente junto a estos To-Pa se refugian los miembros de las familias chinas a cada cambio de dinastía. Los chinos ocupan puestos claves y cada vez son más numerosos. Su influencia aumenta sin cesar, y tanto más por cuanto que se celebran matrimonios entre jóvenes de ambos pueblos.

Cuando los To-Pa fundan su dinastía en el 386, la de los Wei del Norte, crean al mismo tiempo un reino de elevada cultura china, cuya primera capital es Yun-Kang (la colina de las nubes). Su territorio se extiende desde el río Amarillo hasta la Gran Muralla, y a veces llega a sobrepasarla ampliamente por el oeste.

A partir de este momento, la sucesión de las dinastías se complica: Wei del Norte, del Oeste, del Este. Después se produce un fraccionamiento del Estado To-Pa, cuya estructura era en origen tribal y militar. A medida que se van instalando en la China del Norte, los antiguos nómadas se hacen sedentarios y asimilan la cultura china. Van perdiendo progresivamente su interés por las posesiones del norte, dejando el campo libre a las tribus todavía bárbaras, e incluso llegan a construir altas murallas, imitando a los chinos, para protegerse de sus incursiones.

A partir de este momento, los Hiong-Nu tienen una responsabilidad histórica que asumir en el mundo del extremo oriente. Son la avanzada de la civilización en el universo de la estepa, su ala derecha. Pero, en la inmensa caldera de la Alta Asia, continúa la efervescencia de turcos y mogoles. Los To-Pa han sufrido ya

la experiencia. A finales del siglo IV, un pueblo nuevo, el de los Juan-Juan, confederación heteróclita de turcos y mogoles, ha comenzado ya a acosar su retaguardia. Y más tarde, a comienzos del siglo V, aparecen nuevas hordas amenazadoras: por el norte, las de los T'u-Kiue, o Turcos Gök; por el oeste, las de los Hunos heftalitas, originarios del Altai, que descienden hacia el Turquestán. Ya se perfila el imperio de Gengis Kan.

El inmenso movimiento oscilatorio, de Pekín a Budapest, tiene sus repercusiones de un extremo a otro del mundo de las estepas. Los hunos, en el momento en que los Hiong-Nu acaban de asimilar la cultura china, se lanzan sobre Europa.

A comienzos del siglo V, someten a los alanos y ostrogodos. Los visigodos, en cambio, escogen el camino del éxodo. Los hunos son dueños de las llanuras de Europa oriental, desde los Urales hasta los Cárpatos. Por los puertos de los Cárpatos descienden a la llanura húngara y se instalan en la margen derecha del Danubio. En el 440, las hordas se hallan agrupadas bajo la autoridad de un jefe único, Atila.

El historiador Goth Jornandes ha hecho un retrato de Atila que es recogido por René Grousset.

«Es el prototipo de los hunos. De poca estatura y anchas espaldas, tenía cabeza grande, ojos pequeños y hundidos, nariz aplastada, piel oscura, casi negra, escasa barba.

»Terrible en sus cóleras, utilizando el terror que inspiraba como instrumento político, encontramos en él la misma proporción, poco más o menos, de cálculo y de astucia que nos muestran los historiadores chinos en los conquistadores Hiong-Nu de las Seis Dinastías. El énfasis calculado de sus discursos, sus amenazas veladas eran preparativos estratégicos, como intencionadas eran sus destrucciones sistemáticas, intencionados sus degollamientos colectivos, cuyo fin principal era que sirvieran de lección al adversario.

»Además de esto, era un juez íntegro para los suyos, generoso con sus servidores, benévolo para con las sumisiones sinceras, de vida sencilla en medio del lujo

bárbaro de los suyos, no utilizando sino vajilla de madera en medio de los platos de oro de los que le rodeaban (...). De profunda superstición, credulidad de salvaje hacia sus hechiceros, su inclinación hacia el alcohol hacía terminar las ceremonias en escenas de embriaguez. Al mismo tiempo, se preocupaba de rodearse de ministros y escribas griegos como Onégesis, romanos como Orestes, germanos como Edeco. Sobre todo, detalle curioso en este jefe de hordas, emplea frecuentemente la astucia y la política, de preferencia en la guerra. En el combate se nos manifiesta menos como capitán que como conductor de hombres. Y siempre con la curiosa preocupación de poner al Derecho de su lado, aunque tan sólo sea en apariencia.»

Merecía la pena desenvolver este retrato. Sus rasgos se corresponden admirablemente con los de esos pueblos que hemos encontrado a lo largo de estas páginas.

Siendo la asimilación de la cultura china por los Hiong-Nu un elemento capital del proceso que llevará a la reunificación de China bajo los Suei, conviene no descuidar un factor secundario en apariencia, pero, sin embargo, importante para esta reunificación: la universalidad de la fe budista.

Hemos visto cómo el budismo se propaga por China a partir del siglo III. Es preciso analizar las razones de su éxito. Los monjes que llegaban de la India con la nueva religión acompañaban muy frecuentemente a los mercaderes, cuando no lo eran ellos mismos, y ya sabemos cómo despreciaban las clases dirigentes la condición de mercader. Estos monjes eran además extranjeros, una razón suplementaria para considerarles inferiores y mantenerles alejados.

No pudiendo obtener el favor de la nobleza, los celadores del budismo se dirigieron al pueblo y en él encontraron una vasta audiencia que permitió a la religión de Buda conquistar China.

El budismo les anunciaba una fe, de la que estaban tan necesitados, comparable en cierto modo al cristianismo en su promesa de que los buenos serán recompensados y los malos castigados.

Además de los campesinos, que constituyen la tierra fértil en la que germina el buen grano del budismo, la nueva religión tiene otros apoyos. Los encuentra primero en el norte, donde los antiguos nómadas son mucho menos «racistas» que los aristócratas chinos y acogen favorablemente a los extranjeros.

Por otra parte faltan intelectuales entre los Hiong-Nu y los monjes budistas les sustituyen a la perfección. Aprovechan la influencia que esto les da en la corte para entregarse a un proselitismo activo e inteligente. Así es como se convierten los soberanos Wei del Norte. Siuan-Wu (resplandeciente y valeroso) predica él mismo en los templos, y en las cuevas vecinas de Yun-Kang, la capital del reino To-Pa, se encuentran las estatuas más hermosas de Buda. ¿Por qué en las cuevas? Porque los To-Pa aseguraban que sus antepasados habían salido de una caverna sagrada.

«Cuando, viniendo de la llanura desnuda, escribe W. Eberhard, se desemboca en el reverdeciente valle del río, se puede, todavía hoy, descubrir centenares de nichos excavados en la pared vertical de las orillas del río. Allí es donde vivían, en sus celdas, los monjes que honraban a estas divinidades, cuyas efigies hicieron esculpir en medio o bajo relieve, tan pronto a tamaño natural como de proporciones minúsculas.»

También en el sur el budismo llega al trono imperial. El emperador Wu-Ti, fundador de la dinastía de los Leang, quiere abdicar a toda costa para entrar en un convento y no renuncia a su propósito más que bajo la presión de sus ministros. Hay que destacar, no obstante, que aunque los dos reinos están gobernados por soberanos de idéntica piedad, se entregan por aquella época a una lucha sin cuartel. Es sólo una paradoja temporal. El budismo contribuirá a unirlos antes del final del siglo.

En el sur, se ha refugiado toda la nobleza y la élite intelectual de la antigua China. Y esta élite sigue siendo refractaria al budismo. Está apegada a la filosofía de Confucio, que regula la forma inmutable de la sociedad a la que pertenece.

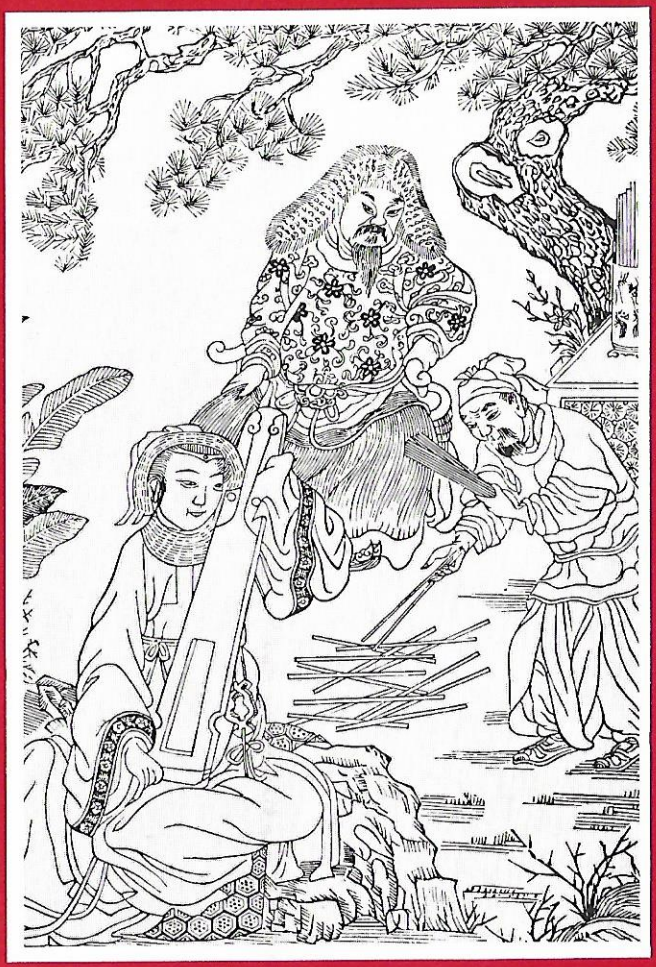
El taoísmo se encuentra también muy extendido. Es la religión, bastante compleja y extraña, para decirlo todo, que se ha formado a partir de las especulaciones de Lao-Tse.

La incertidumbre de los tiempos ha originado una corriente de pesimismo y de irreligión, sobre todo en los medios intelectuales. Los verdaderos eruditos, poco impresionados por el budismo, rechazan el conformismo confuciano. La Escuela del Discurso Puro, así se llama, es, en efecto, la de los librepensadores. Niega a los dioses, rechaza las coacciones, canta el amor, la naturaleza, el vino, la poesía. El representante más famoso de esta escuela es Yuan-Tsi, jefe de un pequeño grupo literario llamado Los Siete Sabios en la Selva de Bambú. Su influencia en la corte es considerable, donde se teme su lengua llana y su falta de respeto por los valores establecidos. En el dominio del escepticismo, sin embargo, no llega tan lejos como Yang-Chu, quien propone una verdadera doctrina de la desesperación. «La muerte será vuestro fin, escribe, viváis diez años o cien, seáis sabios, virtuosos, imbéciles o bandidos. Portaos toda vuestra vida como Yao y Chuen, no por ello vais a dejar de ser al morir esqueletos podridos. Vivid tan perversamente como Yao y Chuen y al final seréis igualmente un esqueleto podrido. Entonces, ¿para qué establecer diferencias entre dos clases de hombres?»

Esta escuela pesimista muestra al menos una cosa: a pesar de los trastornos políticos y las divisiones del país, China sigue siendo un hervidero de ideas, por lo menos en sus clases instruidas.

Muy pocas cosas sabemos acerca del proceso que siguió el primer soberano Suei para instalarse en el trono de una China unificada. Lo más que sabemos es que se llama Yang-Kien, que es Primer ministro de los Cheu del Norte (una de las últimas dinastías To-Pa) y que ha depuesto a su soberano para proclamarse él mismo Emperador en el 581.

¿Por qué consigue, en menos de diez años, liquidar los diferentes reinos vecinos, absorberlos y reunificar el



Gengis Khan consultando el ... ro.

Imperio, después de haber durado unos trescientos sesenta años la división del mismo? Esta es la pregunta que se desprende de la lectura de los diferentes autores, que en este punto son de una extraordinaria discreción.

Yang-Kien, que toma el título imperial de Wen-Ti, ni siquiera es un personaje de temple excepcional capaz de marcar un hito en la historia. Después de acabar su tarea de unificación, reina todavía quince años y su obra no es especialmente gloriosa. Originario de la región de Ch'ang-Ngan, la antigua capital, se encuentra ante un país totalmente desequilibrado. El lenguaje se ha dividido en dos y todavía en nuestro tiempo se distingue netamente el alto chino del chino de Cantón o de Nankín. Lo mismo sucede con la población. En el Norte, la llanura del Nordeste está extremadamente poblada, pero en la región de Lo-Yang los habitantes son poco numerosos a consecuencia de las terribles guerras que han pasado por allí. El mismo fenómeno se ha producido en el Sur: densidad elevada en la región de Nankín y escasa población en el valle del alto Yang-Tse.

Por esta causa, el nuevo soberano lleva la capital a su país de origen: Ch'ang-Ngan y Lo-Yang recobran su importancia política. Después reorganiza la administración sobre las más sólidas bases. El país se encontraba en manos de la aristocracia por la depravación del reclutamiento de los mandarines. Se adoptó el sistema de exámenes para que ocuparan los puestos quienes los merecieran, pero la duplicidad de los examinadores había hecho que se escogieran entre ellos. En el Sur, especialmente, una reacción de autodefensa de las viejas clases dirigentes amenazadas por los bárbaros del Norte había provocado el nacimiento de una aristocracia de altos funcionarios, seleccionada y cada vez más cerrada por los matrimonios: las Familias Honorables.

Wen-Ti emprende la tarea de acabar con todo esto y reorganizar la hacienda pública. Por otra parte, es de temperamento avaro. La austeridad, la limitación en los gastos que impone a gentes acostumbradas a llevar un

gran tren de vida, produce numerosos descontentos. Esta será una de las razones de su dramático fin.

La política exterior será la causa de la caída de su efímera dinastía. Y el factor más importante de esta política para los chinos es la presencia, en el norte y en el oeste, en la gran llanura de la alta Asia, de los Turcos Gok, la rama más numerosa, más enérgica y más turbulenta de las vastas hordas turco-mogolas. Y siguiendo un proceso bien conocido por nostros, muchos antiguos dirigentes chinos, y los To-Pa con ellos, han huido tras el aniquilamiento del último reino Cheu y la toma del poder por el nuevo Emperador Suei, y conspiran alegremente, animados por una princesa de la familia Yu que profesa, de aquí en adelante, un odio mortal a China.

Wen-Ti utiliza la diplomacia contra este peligro. Tiene la suerte de ver dividirse a los turcos en dos grupos, lo que le permite servirse del uno contra el otro, y de los dos contra los emigrados que están resultando bastante molestos.

Un segundo factor de importancia para la política exterior china ha sido siempre –y lo sigue siendo– Corea. En los primeros siglos de nuestra era, Corea se encuentra al nordeste del Imperio, y se ha establecido un modus vivendi entre los dos países. Mientras China permanece dividida, Corea (o más bien, el más importante de los tres reinos que la componen) mantiene relaciones amistosas con los diferentes miembros del mundo chino y especialmente con el Sur, con el que sus relaciones están favorecidas por una activa navegación costera.

Pero Corea se inquieta al producirse la reunificación del imperio y le parece conveniente aliarse con los turcos. Reacción de Wen-Ti: siente la amenaza de verse rodeado por un semicírculo que se abre desde el macizo tibetano hasta el mar, y pasa a la ofensiva. Su reinado y el siguiente están marcados por incesantes y costosas campañas.

Con su política interior, el Emperador va acumulando resentimientos hasta el día del año 605 en el que es

asesinado por un príncipe de su familia. Llega a decirse que se trata de su propio hijo y heredero.

Después de tantos Wen y tantos Wu, civilizados y bravos, el nuevo Emperador Yang-Ti pasará a la historia con el sobrenombre de Brumoso. Esta curiosa adición a su nombre se debe, según los autores de la época, a la aparición de una intensa niebla por el suroeste, al comienzo de su reinado, niebla que fue considerada como un mal augurio.

Yang-Ti, el segundo de los Suei, es un tirano megalómano de la misma especie que aquel ilustre precursor que levantó la Gran Muralla. El también dejará a la posterioridad una gran obra: el Gran Canal.

Los historiadores occidentales resumen esta obra en algunas líneas bastantes secas, totalmente desprovistas de poesía. Exponen que Yang-Ti, al tomar el poder, trasladó la capital de Ch'ang-Ngan a Lo-Yang, centro de una región rica en cereales. Para asegurar el aprovisionamiento de la capital en productos del Sur, facilitar la exportación del trigo de la región y realizar con mayor eficacia la unidad del imperio, emprende la construcción de una vía fluvial que una el río Amarillo con el Yang-Tse. Es una obra gigantesca, comparable punto por punto a la de la Gran Muralla, puesto que ya existen unos canales, pero son cortos y encauzan, desde hace siglos, corrientes secundarias. Se trata de enlazarlos, ensanchar y ahondar, para permitir el paso de buques de carga de un tonelaje desconocido todavía en la Europa de la época (quinientas y hasta cien toneladas).

Afortunadamente los autores chinos son mucho más prolijos y sobre todo mucho más poéticos.

Al principio de su reinado, el Emperador decide volver a ver el país del que fue gobernador en su juventud. Es una provincia del Sur, Kuang-Ling. El viaje representa una excelente ocasión para hacer una visita de inspección a las regiones meridionales, pero ofrece un sinnúmero de incomodidades. Los caminos son impracticables para un séquito imperial. Tampoco es cuestión de tomar la ruta marítima que bordea a China por el mar Amarillo desde Pekín hasta Cantón: se opone aquel

famoso presagio. Entonces, un ministro tiene una idea genial. El célebre Ts'in Che-Huang-ti hizo socavar la montaña para desviar las aguas del río Amarillo. ¿Por qué Yang-Ti no manda abrir un bulevar acuático desde Lo-Yang hasta el Yang-Tse?

El seductivo proyecto se acopla totalmente a las ambiciones del Emperador, y su ejecución comienza inmediatamente. Se decreta la movilización general. Todos los hombres válidos deben acudir a trabajar en la excavación del canal, si no quieren sufrir las severas medidas dictadas contra los refractarios. Pronto llegan a ser tres millones seiscientos mil los hombres que se ocupan del trazado de la vía fluvial.

Tsui-Chi nos precisa que «cincuenta mil soldados vigilaban su trabajo. Las columnas de desmontistas con sus palas, picos y demás herramientas se alineaban sobre varios miles de leguas. Sus movimientos, cuando se hallaban en faena, o se apresuraban en sus idas y venidas. se asemejaban al relámpago o a la tempestad, y los refuerzos llegaban sin cesar, como enjambres de abejas o hileras de hormigas».

Pero ahí no se acaba todo. Era preciso alimentar a estos innumerables trabajadores. Por eso cada grupo de cinco familias debía procurar un hombre de edad, un muchacho o una mujer para que llevase la comida y la bebida a los trabajadores.

Con estas disposiciones, se acaba el trabajo en un tiempo récord. Hay que tener en cuenta que la imaginación participa en el relato de estos detalles, pero el canal ha existido con toda certeza, y, en los mil años siguientes, será la principal vía económica de China. Mide tres mil *li*, cerca de mil ochocientos kilómetros, y todos los historiadores están de acuerdo en este punto: es la realización de un solo hombre, de un solo reinado, y Yang-Ti sólo ocupa el trono imperial doce años.

Nos encontramos, pues, ante una obra como las que sólo pueden ser realizadas por los emperadores chinos o los faraones egipcios, una obra en la que no cuentan los sudores, la fatiga, el sufrimiento, una obra a la que entregan su humilde vida millares de coolies.

El Emperador había hecho publicar una proclama en la que prometía recompensar con una pieza de seda de cuarenta pies a quien aportase un retoño de sauce. En seguida se vieron llegar sauces llorones de todas partes que pronto cubrieron toda la longitud de las dos orillas del canal.

Esta promesa del Emperador de recompensar con cuarenta pies de seda a quien aportase un retoño de sauce, nos incita a hacer una pausa para contemplar el desarrollo que ha adquirido la sericultura y la industria de la seda en China desde la Antigüedad.

Sabemos que el secreto de la seda ha sido revelado a los chinos por una legendaria emperatriz, esposa de Chuen, unos dos mil setecientos años antes del nacimiento de Jesucristo. Pero dejando aparte la leyenda, sabemos que los emperadores chinos se visten de seda desde los primeros tiempos de la historia. Bajo los Han, el precioso tejido sacado de los capullos del gusano de seda es objeto de una especie de nacionalización, reglamentándose particularmente su exportación.

Hasta este punto de nuestro relato, China y Occidente se ignoran. No han tenido todavía un contacto directo y, como Elie Faure escribe en su *Historia del Arte,* los chinos «han seguido una evolución distinta de la nuestra, constituyen una rama desgajada del árbol de la humanidad y no podemos saber si volverá a unirse a su tronco».

La comunicación entre estos dos mundos ha estado asegurada por las caravanas y los mercaderes que han jalonado, en el transcurso de los siglos, la ruta de la seda. Para los romanos, el Asia del otro lado del Ganges se llamaba Sericum. En cuanto a la ruta misma, oigamos a René Grousset:

«Según atestigua Ptolomeo, que cita a su predecesor Marino de Tiro, un comerciante de Macedonia, llamado Maes Titianos, hizo en el siglo I que sus agentes reconocieran su trazado y sus principales jalones.

»La ruta de la seda comenzaba en Antioquía, capital de la Siria romana, cruzaba el Eufrates por Hierápolis, entraba en el Imperio de los partos y atravesaba

Ecbatana (Hamadhan) Rhages o Reiy, cerca de la actual Teherán, Hecatompylos, Merv y llegaba a Bactres (Balkh), ciudad que en aquella época pertenecía a los indo-escitas, es decir, verosímilmente, a los Yue-Che de los chinos, a los Tukhara de los indios.

»Desde allí, la ruta de la seda alcanzaba Pamir. En un valle pamiriano, al pie de los montes Komedai, se encontraba una torre de piedra junto a la cual se hacía el intercambio de mercancías entre las caravanas levantinas y las de los *seres*.»

Y continúa siendo la misma hasta el siglo VI, fecha a la que hemos llegado y en la que se produce una coincidencia que merece ser subrayada. China ha recibido de la India una religión, el budismo, aportación de mercaderes y monjes, acompañando los segundos a los primeros, si los primeros no eran al mismo tiempo una y otra cosa. La religión es también el vehículo que introduce la seda en Occidente.

La primera aparición del cristianismo en China se efectúa bajo la forma del nestorianismo, que recibe su nombre de Nestorio, patriarca de Antioquía en el 428, quien emprendió la evangelización de los pueblos orientales. Sus misioneros fundaron diócesis en Asia occidental, y en la India, y algunos de ellos llegaron a aventurarse en el interior de China. Así es como, al volver, traen huevos de gusanos de seda y el secreto del maravilloso tejido a Occidente. Entonces se establecieron criaderos de gusanos de seda en Atenas, Tebas y Corinto, y el Peloponeso, por su abundancia en moreras, cambiará más tarde su nombre por el de Morea, del griego *morea*, morera.

El Emperador Yang-Ti no se cansa de contemplar su canal. Es la gran obra de su vida y no piensa más que en él. Castillos y palacios adornados de bosques y lagos, surgen sin cesar en sus orillas. El más fastuoso de todos es el Palacio imperial del Oeste, y es tal su esplendor que un escritor de la época de los T'ang le dedicó una guía, de la misma manera que los eruditos de nuestro tiempo redactan descripciones de Versalles o de Fontainebleau para uso de los turistas cultivados.

«Los paseos imperiales se extendían entre el parque y los palacios. Estaban bordeados por inmensos pinos y sauces gigantescos. En primavera, todos los senderos se cubrían de una espesa alfombra de pétalos de melocotoneros y de ciruelos sobre los que el frescor de verdorosas sombras entrelazaba sus complicados dibujos. Allí se encontraban manadas de monos dorados y gamos purpúreos. Cuando se anunciaba el frío del otoño en la caída de hojas y flores, se apresuraban en recortar, en sedas de colores apropiados, hojas y pétalos artificiales para colgarlos en las ramas desnudas de los árboles. Y en cuanto perdían sus colores eran reemplazados por otros más brillantes.

»En el gran parque se había excavado un lago de cuarenta li cuadrados. Se le llamaba mar del Norte y estaba sembrado de pequeños islotes modelados según la supuesta forma de las islas habitadas por los inmortales en el mar del Cielo. En sus aguas flotaban lirios, lotos de todos los colores, algas, pamplinas y muchas otras plantas acuáticas. Dieciséis chalets habían sido construidos en las orillas, y cada uno albergaba veinte doncellas de sobrecogedora belleza. El Emperador visitaba a veces una de estas casas y era atendido por sus habitantes, quienes le ofrecían delicados alimentos. Otras veces, se veía junto al Emperador a estas jóvenes, montadas en sus poneys, galopando por las avenidas de los paseos imperiales, bajo la claridad de la luna...»

Hay páginas y más páginas como ésta. Pero, desgraciadamente, la vida paradisíaca de este tirano amante de la belleza, de este sátrapa sibarita, tiene su reverso. Todos estos extravagantes gastos arruinan la economía del país que, además, se está atascando y hundiendo en la guerra de Corea, marcada por graves derrotas en el 611 y 614. Comienzan a producirse sublevaciones por todas partes y un gobernador de una prefectura del Norte, T'ai-Yuan, un To-Pa de la familia Yu-Wen, se pone al frente de la conjuración que derriba al soberano megalómano.

Tan grande es el odio que ha provocado el Empera-

dor con sus exasperaciones y extravagancias que, cuando intenta huir, muere a manos del pueblo.

La dinastía Suei ha durado treinta y cinco años en total y, sin embargo, le hemos dedicado un capítulo entero. Por tres razones. Primero, Wen-Ti ha tenido el inmenso mérito de reunificar China al cabo de trescientos sesenta años de fragmentación y divisiones.

En segundo lugar, Yang-Ti es, de todas formas, un personaje fuera de serie, como no habíamos encontrado hasta ahora ni uno sólo, a excepción de Ts'in Che Huang-ti.

Por último, estos treinta y cinco años son capitales en tanto en cuanto constituyen la transición entre lo que podríamos llamar el fin de la China antigua y la época gloriosa de los T'ang. «Su apogeo de potencia vital, escribe Elie Faure a propósito de China, oscila entre los siglos V y XIV. Su ocaso comienza en el momento en que Occidente comienza a dirigir la historia.»

Adentrémonos en este período de apogeo. Acudamos a calentarnos en el hogar de la civilización china. Mientras tanto, la noche merovingia recubre la Galia, Gregorio el Grande acaba de enviar a Agustín a evangelizar la tierra de los anglos, y Bretaña se convierte en Inglaterra. El Imperio romano de Occidente se ha derrumbado bajo los golpes de los bárbaros. Italia es asolada por los godos y, en Bizancio, acaba de morir Justiniano (565). Los lombardos toman al instante el relevo de los godos. Un duque visigodo, Recaredo, se convierte al catolicismo en Toledo. Un beduino de Arabia, que proclama la revelación que le ha hecho Alá, toma el nombre de Mahoma. La héjira se produce en el 622 y, antes del 642, los árabes ya han conquistado Siria, Palestina, Egipto y Persia.

1

EL APOGEO DE LOS T'ANG

El período de los T'ang marca el apogeo de la potencia y de la civilización chinas. Sus límites territoriales, su radiación política no volverán a ser igualados hasta Mao Tse-tung. Pero nosotros hablamos aquí, naturalmente, en términos de acontecimientos históricos. El comienzo de la dinastía T'ang coincide con un extraordinario desarrollo de la literatura y del arte chinos, lo que no significa, en modo alguno, que las otras épocas no se hayan distinguido por una afirmación de la cultura en su expresión popular, o en el marco más restringido de las escuelas. Sin embargo, es raro, en la historia de un país, que los artistas estén en consonancia con la expansión nacional, cosa que se produjo bajo los T'ang.

Por lo menos al principio, pues, con la nueva dinastía, se repite el ciclo inevitable de todas las demás: un período de ascensión, una etapa de equilibrio precario y frágil después, para terminar en una carrera irreversible hacia el ocaso y la caída final.

En el plano cultural, el período de los T'ang debe ser considerado como un todo, pero la cronología histórica nos impone tres períodos muy distintos: el siglo VII, en el que China alcanza su cenit; la primera mitad del siglo VIII, que se termina en la sangrienta revuelta de Ngan-Lu-chan y la posterior restauración de la disnastía; por último, el incontenible ocaso de ésta hasta una nueva fragmentación del imperio en el 1907.

Li-Yuang, gobernador de una provincia del Norte,

derriba la efímera dinastía Suei. Cuenta con el apoyo seguro de los To-Pa, y es un ejército turco quien le ayuda a asentar su poder bajo los muros de Ch'ang-Ngan, la vieja capital del imperio. Se proclama Emperador con el nombre del Kao-Tsu.

Desde el primer momento tiene que hacer frente a los importantes problemas económicos y sociales planteados por una población enorme, para aquella época, de cincuenta y dos millones de habitantes, con una capital de dos millones. Durante cinco años tiene que librar duros combates contra las diferentes facciones que se oponen a que aumente su poder con una reforma agraria que tiende a igualar los tamaños de las parcelas cultivadas por los campesinos. De esta manera, el Emperador espera apoyarse en un campesinado próspero, susceptible de asegurarle la abundancia al mismo tiempo que la paz social, y evitar la formación de latifundios y, en consecuencia, de una peligrosa clase de terratenientes.

Emprende, paralelamente, una reforma administrativa basada en la dualidad del poder civil y militar que, terminada por su sucesor, funcionará de manera muy satisfactoria.

El reinado de Kao-Tsu es bastante breve. Abdica el año 627 en su hijo, Li Che-min, quien toma el título de T'ai-Tsong, llamado «El Grande». En realidad, Li Che-min está entre bastidores desde el principio. Actúa su padre, pero él es quien lleva las riendas. De modo que una vez instalado el padre en el poder, aumenta la oposición entre Li Che-min y sus hermanos, entre los cuales se encuentra el heredero designado del trono. Estalla la crisis, brutal y sangrienta. Los hermanos se enfrentan, apoyados cada uno por sus partidarios. Li Che-min es, con mucho, la personalidad más poderosa. No sólo mata a sus hermanos, sino que también, por prudencia, pasa por el filo de la espada a sus descendientes. Después de esto, no le queda más que exigir a su padre la abdicación para reemplazarle en el trono.

T'ai-Tsong, «El Grande», tiene el temple de un conductor de pueblos. Ya hace siglos que se cierne

sobre China la amenaza del mundo turco, cuyo vasto imperio, siempre en movimiento, se extiende desde Pekín hasta Bizancio. Los chinos, al igual que con los Hiong-Nu, deben mantener una política vigilante y de compromiso. Los turcos están divididos en dos Estados, oriental y occidental, apoyando el primero a un descendiente de los Suei. En el 624, la oleada de sus hordas, que con los siglos se han convertido en verdaderos ejércitos, se lanza al asalto de los muros de Ch'ang-Ngan. Pero en el 629, los chinos aprovechan las divisiones de la nación de la estepa para obtener una victoria capital. El *Khan* de los turcos es llevado, prisionero, a Ch'ang-Ngan en el 630, y T'ai-Tsong toma el título de «Khan celeste de los turcos».

Pero en este universo extraño y sobrecogedor de Asia central nunca hay nada decisivo. Los chinos no han conseguido alejar el peligro de sus fronteras.

En el 639, comienza la campaña del Turquestán, que se encuentra bajo la dominación de los turcos occidentales. Es lástima que tengamos que pasar por alto esta parte de la política de T'ai-Tsong en la que la diplomacia y el arte de la guerra se mezclan estrechamente con respecto a los Uighur, una poderosa confederación de tribus que comienza su ascensión.

Es la empresa de varios años, durante los cuales, por otra parte, el Emperador prosigue en Corea el esfuerzo de la dinastía precedente. En el 645, Corea está bajo la dominación china, y son, en efecto, los últimos años del reinado de T'ai-Tsong los que señalan el apogeo de China. Basta con contemplar un mapa del imperio de aquella época. Por el oeste llega más lejos que en la actualidad y, en el siglo siguiente, se enfrentará a los guerreros de Alá en Samarcanda. Engloba todo el actual Sin-Kiang (Turquestán chino), se estrecha entre el macizo tibetano y la alta meseta de Mogolia, ocupada por el reino Uighur, después se abre hacia el este por las vastas llanuras del río Amarillo y del Yang-Tse. En el norte, alcanza Corea donde no tardarán en enfrentarse, por primera vez en su historia, los intereses chinos y japoneses. En el sur, ocupa la costa del golfo de

Tonkín y una gran parte de lo que ahora es Vietnam.

Cuando muere, en el 650, T'ai-Tsong, que comenzó tan mal, con la muerte colectiva de sus hermanos y sobrinos, se ha ganado el calificativo de «El Grande».

Pues su reinado no es sólo el de la conquista y la expansión territorial, el de la organización administrativa y el desarrollo económico, el de una paz interior como China no ha conocido desde hace mucho tiempo. Toda una refinada civilización, cuidadosamente preparada en los siglos precedentes, está recibiendo el impulso que la llevará a su máximo esplendor.

También esto es obra de T'ai-Tsong, que al envejecer se hace un hombre de exquisita humanidad. Se cuenta que, visitando una prisión de la capital, envió a trabajar en los campos a doscientos noventa condenados a muerte que habían prometido volver a la prisión una vez terminados los trabajos. Volvieron todos, y T'ai-Tsong, aprendiendo la lección de este suceso, decretó que en adelante ningún Emperador podría ratificar una pena de muerte sin antes haber ayunado tres días.

El resto de su vida estuvo dedicado a embellecer la capital y a atraer a su corte los más brillantes espíritus, los artistas mejor dotados del imperio.

Los reinados de T'ai-Tsong y de su hijo y sucesor Kao-Tsong tendrán ecos vibrantes en el siglo siguiente.

Examinemos primeramente el dominio de la poesía. Se escribe mucho en el tiempo de los T'ang, esperando la invención de la imprenta. Antes de contar su fascinante historia hay que evocar brevemente la del soporte esencial del pensamiento, el papel. Hace ya cinco siglos (a principios del siglo II) que un cierto Ts'ai-Lun ha inventado el papel, partiendo de una pasta hecha de corteza, cáñamo, trapos y redes de pescar. Es un progreso inmenso; hasta entonces se escribía en tablillas de bambú y se estima que el emperador Tsin Che Huang-ti manipulaba cada día cien kilos de documentos oficiales.

Después de Ts'ai-Lun, sus continuadores perfeccionaron la técnica utilizando una encoladura de liga y de gelatina y una base de pasta de almidón para reforzar

las fibras de la pasta de papel y facilitar la absorción de la tinta.

Pues Europa ha aprendido de China el arte de fabricar tinta negra con hollín y tinta roja con sulfuro de mercurio.

A la dinastía de los T'ang pertenecen los ensayistas de estilo más puro y más claro, como Liu Tsong-yuan y Han-Yu. Y también en el siglo VIII encontramos los dos poetas más grandes, quizá, de toda la historia china, Li T'ai-po y Tu-Fu.

A propósito de la poesía china, «lo que más nos choca, señala Will Durant, es su brevedad. Nos vemos inducidos a juzgar un poco ligeros estos poemas que están tan lejos de la majestad y la abundancia de un Milton o de un Homero. Pero los chinos piensan que una obra en verso debe ser corta, que existe una contradicción en pretender que sea larga, puesto que la poesía debe representar, en su opinión, un momento de éxtasis que se desvanece en cuanto se intenta fijarle en resmas y resmas de papel».

Escuchemos, pues, algunos versos de Li T'ai-po:

Recojo los crisantemos bajo el seto que está al
[oriente.
Después contemplo largamente las colinas lejanas.
El aire de las montañas es fresco al nacer al día.
Los pájaros se retiran de dos en dos.
En todas estas cosas se oculta un sentido profun-
[do...

Tu-Fu tiene unos comienzos muy clásicos para un hombre destinado a reinar en la cumbre de la poesía china: de su lejana provincia llega a Ch'ang-Ngan para hacer los exámenes de los letrados, y, naturalmente, suspende en poesía. Se desquitará más tarde y acabará llevando la vida despreocupada del poeta, recorriendo las tabernas y pagando sus copas con versos. Pero la obra de Tu-Fu nos lleva a hacer una distinción en la poesía de la época de los T'ang. Hasta la crisis del 757, que narraremos más tarde, es amable, dedicada al

amor, marcial e incluso triunfante. A continuación va a cantar las desgracias de la guerra y la nostalgia de los días felices.

Así, escribe Tu-Fu:

Ayer tarde, el gobierno ha ordenado
Enrolarse a los jóvenes de dieciocho años.
Deben defender la capital.
¡Oh mares! ¡Oh niños! ¡No lloréis así!
De tanto llorar caeréis enfermos.
Cuando las lágrimas cesan de correr, los huesos
[estallan.
Ni el Cielo ni la Tierra tienen ya piedad...

Después de haber vivido cruelmente las desgracias de su tiempo, después de haber mendigado su pan, el de su mujer y el de sus hijos durante la sublevación de Ngan Lu-chan, el poeta es tomado como secretario por el general Yen-Wu quien le instala en una casita a orillas de un lago. Tu-Fu puede entonces cantar la paz recobrada:

¿Para qué sirve una frase bella o un hermoso
[cuarteto?
Sólo tengo ante mí montañas y bosques profundos,
Siento deseos de vender mis objetos de arte, mis
[libros
Para beber sólo en las fuentes de la pura naturaleza.
Cuando el paisaje es tan hermoso
Me detengo para dejar que la belleza inunde mi
No me gusta beber vino aquí. [alma.
Puesto que bastan las flores para embriagarme.
Hasta lo más profundo de mí, me gustan los viejos
[árboles
Y las olas del mar que tienen el color del jade
[azul.

El teatro, íntimamente unido a la representación coreográfica y al acompañamiento musical, se desarrolla igualmente en esta época, así como la canción, de

expresión popular, sobre todo en el Suroeste, donde las jóvenes la difunden por las casas de té. Se adquiere la costumbre de enlazar una canción con otra, y en esto ven algunos autores el origen de la ópera.

La pintura también logra un progreso extraordinario. Vimos que, bajo los Han, la pintura era el medio de expresión de los letrados, quienes, con la ayuda de un pincel, traducían en la seda sentimientos, ideas y estados de ánimo. Con el budismo llegaron pintores de la India para enseñar a los chinos cómo convenía representar a los dioses de la nueva religión. Wu Tao-tse, budista convencido, constructor de numerosos templos, es el gigante de la nueva pintura. Dibuja sus frescos con grandes trazos animados, sinuosos, llenos de vigor, y deja que los coloreen sus ayudantes. Caracteriza perfectamente la pintura china, que descuida la perspectiva y la sombra porque intenta menos imitar la realidad que sugerir ideas y recrear con la perfección de la forma.

Las artes decorativas, como las del bronce y del jade, florecen junto al arte fundamental de la pintura. La escultura, por el contrario, está descuidada. Los chinos no parecen haber pensado en glorificar el cuerpo humano y se limitan, casi siempre, a representar santos budistas. Y, sin embargo, cuánta gracia, movimiento, serenidad y paz hay en las figurillas de tierra cocida, madera, marfil, a las que da forma el artesano para adorno de la casa.

Pues ahora se logra la expresión más alta de la civilización: el embellecimiento del decorado. Ya no se trata sólo de engalanar a las mujeres o a los señores con joyas de oro, plata y perlas. Hay que adornar la casa y los palacios. Las técnicas del tejido y del brocado se encaminan lentamente pero con seguridad hacia la perfección.

Nace entonces la porcelana, este arte mayor de los chinos. Es cosa distinta a la cerámica: se obtiene mezclando a la arcilla, tan fina como sea posible —una arcilla blanca y muy pura es el caolín—, ciertos minerales que se transforman bajo la acción del fuego

Che-tsou (Koubilaikan).

Kubilai, nieto de Gengis Khan, fundador de la dinastía Yuan.

en una materia translúcida semejante al vidrio. La porcelana hizo su aparición en el siglo IX, en el último período de la dinastía de los Han.

Bajo los T'ang se intensifica el tráfico marítimo entre China y sus vecinos occidentales. Tsui-Chi asegura que los navíos chinos alcanzan por entonces Bagdad y Arabia. Ya a principios del siglo VII, un embajador de los Suei, Ch'ang-Tsuen, había hecho una visita oficial al rey de Sumatra y había vuelto con un relato extraordinario de la recepción de que fue objeto. Un poco más tarde, bajo los T'ang, un monje budista chino, Yi-Tsing, viaja también a Sumatra y nos cuenta su escala en el país de los Hombres desnudos (las islas Nicobar).

«Al acercarse el navío, centenares de indios saltaban a sus canoas y, remando con fuerza, acudían a intercambiar algunas cosas con los miembros de la tripulación. Traían nueces de coco, bananas, muebles de bejuco y de bambú para cambiarlos por objetos de metal. Estos hombres estaban completamente desnudos y las mujeres llevan un pequeño cinturón de follaje. Habrían disparado sus flechas envenenadas contra cualquiera que se hubiese negado a negociar con ellos.»

Tres mujeres, las emperatrices Wu Tso-t'ien, Wei y la favorita Yang Kue-fe causaron la perdición de la dinastía de los T'ang.

Kao-Tsong es un débil y un místico un tanto supersticioso que lo mismo se recoge sobre la tumba de Confucio que ofrece sacrificios en los santuarios taoístas.

Su largo reinado de treinta y cuatro años hubiera podido estar a la altura de los precedentes: entre el 660 y el el 668, sus generales acaban sometiendo Corea al imperio y aunque las hordas turcas se lanzan de nuevo contra la Gran Muralla a partir de 682, son contenidas en los últimos años de su reinado.

Sin embargo, es una equivocación hablar de los dos últimos años de su reinado. Kao-Tsong tiene veintidós años cuando asciende a la majestad imperial, pero está enamorado. Enamorado de una concubina de su padre, Wu Tso-t'ien, una de las estrellas del harén imperial,

al que pertenece desde los catorce años. A la muerte de T'ai-Tsong el Grande, entra en un convento, según era costumbre, pero Kao-Tsong, que hasta entonces la amaba en silencio, la hace salir de allí.

Se hace concubina del nuevo Emperador y es además la favorita, pero esto no puede satisfacer su ambición. Para reemplazar a la Emperatriz, emplea una estratagema: un día, da a luz una niña, cuyo padre, naturalmente, es Kao-Tsong. Siguiendo la costumbre, la Emperatriz visita a la concubina para felicitarla. En el curso de esta visita y ante los ojos de las doncellas de confianza de Wu Tso-t'ien, toma en brazos al bebé, le acaricia y le vuelve a dejar en su cuna. En cuanto sale, mientras las mujeres despiden a la visitante imperial, Wu Tso-t'ien estrangula sin vacilar a su hijita. Poco después se descubre la muerte de la niña, relacionándola con la visita de la Emperatriz, a quien se acusa de haber matado al bebé por celos. El Emperador, escandalizado, repudia a su esposa e instala junto a él en el trono a Wu Tso-t'ien, no tardando en caer bajo su dependencia.

Durante varios años es Wu Tso-t'ien quien gobierna, prácticamente, el imperio, y hay que reconocer que lo hace con cierta eficacia. La gran preocupación, al menos en política exterior, es el problema turco, que reclama esfuerzos agotadores para contener la presión en las fronteras del Norte. La Emperatriz intenta sin éxito conciliarse al gran Kan de Mogolia, Bek-Chor.

En el plano interior, los favoritos se suceden a su lado, destacando un joven bonzo que se convierte en su capellán personal, con derecho a entrar en palacio sin restricciones, tanto de día como de noche. De esta manera el budismo consigue la protección imperial.

Sin duda, cansada de gobernar a través del Emperador, Wu Tso-t'ien hace que envenenen a Kao-Tsong en el año 683.

Su hijo Chong-Tsong sucede nominalmente a su padre, pero la terrible madre le depone y se proclama ella misma Emperador. Es un hecho único en los anales de China.

Prosigue su reinado autocrático con una extraordinaria mezcla de crueldad, lujuria y santurronería, no sin crearse enemigos mortales. Los grandes del imperio no dudan en conspirar con los turcos y la situación se hace tan peligrosa que, ante la amenaza de una intervención, Wu Tso-t'ien se decide a restaurar, al menos oficialmente, a su hijo Chong-Tsong.

La Emperatriz tiene ochenta y un años, en el 705, cuando los conjurados de un complot urdido contra ella invaden la cámara imperial y la obligan, con un puñal en la garganta, a abdicar.

La terrible Emperatriz muere de despecho algunos meses más tarde.

Chong-Tsong es tan débil como su predecesor y su propia esposa, Wei, le engaña con un sobrino de su suegra, Wu San-sseu. Más expeditiva aún que la precedente Emperatriz, envenena a su marido para reinar en su lugar y, sin embargo, era ella quién movía las cuerdas: asitía al consejo, escondida detrás de una cortina.

De todas formas, la Emperatriz Wei ha ido demasiado lejos. La familia reacciona violentamente, y el joven príncipe Li Long-ki está al frente de los hombres que, en la noche del 25 de julio del 705, invaden el palacio y abaten con sus flechas a Wei, le cortan la cabeza y la arrojan al pueblo.

Li Long-ki es el hombre fuerte del momento, pero es también un hijo respetuoso. Instala a su padre en el trono con el nombre de Yue-Tsong, en el 710. Este se siente rebasado por los acontecimientos y en el 713 abdica en su hijo. Li Long-ki adopta el nombre de Hiuan-Tsong. Tiene veintiocho años y unas brillantes cualidades.

Su reinado dura más de cuarenta años y permanece en la historia de China como uno de los más grandes, por los escritores, poetas y artistas que hemos visto anteriormente, pero no fue uno de los más felices para el pueblo chino.

Muy imbuido de la grandeza del imperio, se compromete desde el comienzo de su reinado a proseguir la expansión territorial de T'ai-Tsong y de Kao-Tsong. Por otra parte, le ayuda la Providencia. En 715, cuando tan sólo hace dos años que está en el poder, los turcos derriban al Kan Bek-chor, le cortan la cabeza y se la envían al Emperador. El sobrino y sucesor de Bek-Chor concluye entonces una estrecha alianza con Ch'ang-Ngan.

De esta manera se logra la paz con los turcos. Pero desde hace algunos decenios, los tibetanos se están volviendo cada vez más inquietos y han impuesto su soberanía a un pequeño reino montañoso, el de Gilgit, en la ruta del Tarim. Ahora bien, al principio del reinado de Hiuan-Tsong, una resonante victoria sobre los turcos occidentales ha permitido asegurar la hegemonía del imperio sobre los oasis del Tarim y las ciudades soberanas de Quarahahr, Kutcha, Khotán y Kachgar, etapas esenciales en la ruta de intercambios comerciales, en la que no se puede dejar las manos libres a los tibetanos. El general coreano Kao Sien-ché, al servicio del imperio, limpia por dos veces la región.

La victoria sobre los turcos occidentales significa la expansión hacia el Oeste, pero también la confrontación con los árabes y el fin de la marcha triunfal. Tras haber destruido el imperio sasánida, los árabes conquistan Transoxiana e imponen su soberanía a los reyes de Bujara y Samarcanda, alcanzando Tachkent. Es precisamente en Samarcanda donde, en el 751, el ejército de Kao Sien-ché es rodeado y aplastado por una coalición turco-árabe.

«Esta jornada histórica, escribe René Grousset, decidió el destino del Asia central, o al menos el del Turquestán. En lugar de hacerse chino, como parecía anunciar el curso de los acontecimientos, iba a resultar musulmán.»

Todas estas guerras consumen medios considerables y agotan al pueblo con las repetidas levas. La población

gime de nuevo bajo el peso de su carga, a pesar de la deslumbrante civilización de la que es partícipe.

Hiuan-Tsong vive con un lujo verdaderamente imperial, pero, desgraciadamente, sucumbe a una funesta pasión por la bella Yang Kue-fe, conocida igualmente bajo el sobrenombre delicioso de Yu-Huan (el Anillo de Jade).

El Emperador hace locuras por el Anillo de Jade. No sólo la cubre de joyas y de telas suntuosas, le da un palacio con un personal tan numeroso como un ejército, sino que además colma de presentes y favores a todos los miembros de su familia. «Sus tres hermanos y sus dos hermanas vivían como emperadores y emperatrices, dice Tsui-Chi. Todos los miembros de sus respectivas familias participaban en la vida imperial. Con sus brillantes atavíos parecían centenares de flores en movimiento.»

Ruge la revuelta ante este exceso de prodigalidad, favoritismo e injusticia. Ngan Lu-chan, gobernador de una de las provincias del Norte, dirige la irresistible marea que barre la capital. Hiuan-Tsong se ve obligado a huir hacia el oeste, hacia el país de Chu, acompañado, naturalmente, por Yang Kue-fe y su familia y escoltado por la guardia imperial.

A medida que se adentran en la montaña hostil, alejándose de Ch'ang-Ngan, brota en el corazón de los soldados la nostalgia del país perdido, de los días felices. El motín se produce pronto. Los guardias imperiales, furiosos, acusan a los favoritos del Emperador de ser los responsables de su injusto destino. Se lanzan sobre los parientes de Anillo de Jade, les degüellan, y acaban reclamando la cabeza de la hermosa favorita.

Entonces se produce una escena desgarradora. En el decorado austero del país de Chu, al borde del camino, Anillo de Jade es obligada a ahorcarse, ante los ojos de su imperial amante, desesperado. Tan sólo después de haberse cumplido este acto de justicia, a su parecer, los guardias consienten en volver a formar sus filas para proteger al Emperador. De todas formas, Hiuan-Tsong

no se repondrá. Y cuando, una vez pasada la tormenta, se restaura la dinastía, abdica y termina su vida en una reclusión voluntaria. Pero todavía no ha llegado ese momento.

La revuelta de Ngan Lu-chan, que se proclama Emperador, señala el principio de una espantosa guerra civil que va a durar ocho años. En el 755, Hiuan-Tsong continúa su marcha hacia el destierro, mientras que las tropas leales proclaman Emperador a su hijo Su-Tsong, que se había retirado al Kan-Su. Es un hombre de gran capacidad y además conserva a su lado a un ilustre general. Kuo Tse-yi, de inquebrantable fidelidad a la dinastía. Pero esto no es suficiente para arrancar el imperio de las garras del usurpador Ngan Lu-chan, instalado en la capital desde el 756. Su-Tsong pide ayuda al poderoso reino de los Uighur, que ocupa toda Mogolia, y un ejército acude a engrosar sus fuerzas.

Emprende la reconquista, pero la muerte, en el 762, le impide conocer el final de su empresa. Su sucesor Tai-Tsong consigue expulsar de la capital y vencer a Ngan Lu-chan, con la intervención personal del rey de los Uighur al frente de su caballería.

Ha sido una victoria terriblemente costosa. El imperio tenía cincuenta y dos millones de habitantes al principio de la dinastía de los T'ang y, en el momento de la restauración de Tai-Tsong, tan sólo cuenta con unos treinta.

Además, los Uighur tienen la preponderancia y no se les puede negar nada. Están en todas partes y su presencia en la capital se asemeja mucho a una ocupación.

El imperio está amputado. Los tibetanos han invadido una parte del Turquestán. Para vigilar las fronteras, es preciso conceder poderes cada vez mayores a los gobernadores militares que se están convirtiendo en verdaderos «señores de la guerra» y transmiten el cargo a sus herederos.

Las condiciones económicas se han degradado en gran manera, y ha sido necesario aumentar los impuestos de tal manera que los campesinos se han visto

obligados a vender sus tierras, lo que ocasiona el nacimiento de los tan temidos latifundios.

En fin, la confusión es extrema en el plano intelectual y sobre todo en el espiritual. El budismo se ha difundido extraordinariamente desde hace un siglo. Se han traducido al chino masas de documentos indios y la religión ha evolucionado hasta el punto de convertirse en una nueva religión, ramificándose en varias sectas de complicada filosofía.

Los eruditos y las clases dirigentes se aferran al confucionismo, y el taoísmo está sólidamente arraigado en el pueblo. En el 638, A Lo-pen (así es al menos como los chinos han interpretado su nombre), sacerdote nestoriano llegado de Persia, ha sido favorablemente acogido en la corte y el Emperador le ha autorizado la construcción de una iglesia en Ch'ang-Ngan. El maniqueísmo también ha penetrado con fuerza en el mundo chino, gracias al rey de los Uighur, quien obtuvo la protección de la doctrina a la que se había adherido.

La reacción se produce en el 845, cuando el Emperador Wu-Tsong, cediendo a los defensores de las religiones nacionales, emprende la persecución global de las otras, ordenando principalmente que se cierren cerca de cinco mil monasterios budistas y pasen los bonzos a la vida civil.

La situación económica y social que acabamos de describir reúne todas las condiciones para una nueva revolución. Estalla en el 874 y, esta vez, ya no se trata de la revuelta de un gobernador de provincia o la de un señor de la guerra, sino de una auténtica sublevación popular. Su apóstol es un erudito resentido, Huang-Ch'ao, «a quien, escribe René Grousset, una flagrante injusticia le había creado una mentalidad de marginado. Personaje muy inteligente, por otra parte, y de una energía sin escrúpulos».

Sus tropas: unos miserables a quienes el Estado no ha dejado nada y que han tomado las armas para servirse a sí mismos, en la actual región del Hu-Pei. A su lado, un jefe campesino, Wang Sien-che. En poco tiempo, las bandas reunidas en «grandes compañías»,

asolan la región a sangre y fuego. El gobernador, para luchar contra la sublevación, invita a las poblaciones a que se defiendan por sí mismas, y les entrega armas.

Naturalmente no hacen más que engrosar las líneas de Huang-ch'ao y Wang Sien-che. El gobierno intenta tratar con el segundo comprándole, pero éste se niega con altivez. El Emperador pide entonces ayuda a los turcos, la eterna amenaza del mundo chino, pero también el eterno árbitro de su política. Las hordas de los turcos Cha-T'o permiten vencer a las bandas de Wang Sien-che, a quien capturan y ejecutan en el 878. Ya no queda al frente de los rebeldes más que Huang-ch'ao, quien dirige sus ataques contra el Sur, más favorable a su causa, y conquista Cantón al año siguiente. Se asegura que unos ciento veinte mil extranjeros encuentran la muerte en el incendio de la ciudad.

Las ruinas se acumulan y el desorden en el país es espantoso. A finales del 880, Huang Ch'ao se apodera de Ch'ang-Ngan y destituye a los miembros de la familia real, pero el Emperador consigue huir y refugiarse al norte del Chan-Si junto a Li Kuo-yong, un general Cha-T'o de veintiocho años. Tiene bajo su mando a unas legiones de caballeros vestidos completamente de negro, a quienes llaman los «Cuervos de Li Kuo-yong», y con ellos se lanza contra Ch'ang-Ngan. Huang-Ch'ao se refugia en el Chan-Tung, pero su enemigo le persigue y le mata en combate.

El Emperador, restaurado, se encuentra entre la espada y la pared. Los Señores de la Guerra actúan sin freno ni control y se disputan la supremacía. Chu-Wen es el más preparado para esta clase de luchas. Es el más cruel y el más falto de escrúpulos. Para deshacerse de su más molesto rival, el caballeresco Li Kuo-yong le invita a un gran festín y le emborracha para dejar caer sobre él a una banda de espadachines. Pero los compañeros de Li Kuo-yong permanecen alerta y en el momento crítico le rocían con agua fresca y, una vez que se ha reanimado, le hacen escapar del castillo por una cuerda lanzada desde lo alto de los muros.

De todas formas, Chu-Wen acaba con la dinastía, y

en las condiciones más abominables. En el 904 consigue atraer a su feudo del Ho-Nan, con bellas palabras, a la familia imperial, y el Emperador muere asesinado. Después, para festejar el contecimiento, reúne en un banquete a los ocho hermanos de la víctima y les hace sufrir el mismo destino.

A principios del 905, Chu-Wen coloca en el trono a un joven príncipe T'ang, de trece años. La mascarada no dura más que dos años. En el 907 le ejecuta y se proclama Emperador con el nombre de T'ai Tsu, el «Gran autor». Su dinastía será conocida por la historia como la de los «Leang posteriores».

Una nueva noche —por lo menos en el plano político— comienza para China. Un período de confusión y de anarquía que dura más de medio siglo (907-960), conocido por los historiadores como la época de las Cinco Dinastías.

Sería fastidioso entrar en detalles, pues, de hecho, las Cinco Dinastías son las que han sido «homologadas»; en realidad, mientras que se suceden diecisiete monarces bajo las rúbricas de Leang posteriores, T'ang posteriores, Tsin posteriores, Han posteriores y Cheu posteriores, cambiando periódicamente la capital entre K'ai-Fong, Lo-Yang y Wei-Cheu, una decena de dinastías, no reconocidas por la historia, se reparten los reinos de la China del sur, en una fragmentación anárquica y movediza.

Los pueblos fronterizos también se ganan, uno después de otro, su parte del botín. Por otra parte, se trata de un proceso casi invariable. El bárbaro se entrega a rápidas incursiones de saqueo y devastación. Es rechazado en los períodos fastos de China. Se convierte, cuando la dinastía se debilita, en el vecino temido y amenazador a quien se intenta apaciguar, especialmente por medio de matrimonios con princesas imperiales. Este es el momento en el que el bárbaro asimila la cultura china. Después, en el último período, cuando el poder se escapa de las manos de la dinastía decadente,

se hace árbitro de las querellas intestinas y, por tanto, nuevo candidato al trono del Hijo del Cielo.

Hemos visto un ejemplo perfecto de este proceso con los Sien-Pi, que fundaron de este modo el reino y la dinastía de los Wei del Norte.

Sucede, a veces, que las tribus de la estepa se destruyen ellas mismas, como en el caso de los Uighur, que conocieron su período de apogeo, desempeñaron un importante papel en la política china, se dividieron después en dos grupos y terminaron fraccionándose y huyendo ante la oleada siguiente.

En la época de las Cinco Dinastías, es una nueva horda, los Kitat, la que surge de la estepa, en la región de Pekín, para participar en el banquete chino. En el 936, la traición de un general chino, Che King-t'ang, abre una brecha en la gran muralla a su Kan Ye Liu To-kuang. Los Kitat ayudan al traidor a fundar su dinastía, la de los Tsin posteriores, que no durará más que una decena de años, pero, a cambio, piden como pago Pekín y su región. Permanecerán allí mucho más tiempo que los efímeros Tsin posteriores. Ye Liu To-kuang y sus rudos Kitat anuncian ya a otros mogoles y, en particular, a los de Gengis Kan. Se quedarán allí más de cuatro siglos.

Lo paradójico es que China no solamente sobrevive a períodos desordenados como el que acabamos de describir, sino que además encuentra el medio de desarrollarse en esos momentos. Una vez más, la época de división de las Cinco Dinastías es una época clave. Después de la gran dinastía de los T'ang, anuncia el final de la Edad Media y el comienzo de la Edad Moderna. Por esta razón nos pararemos un momento a considerar los datos económicos y sociales de la situación.

Ante todo, a pesar de que en la capital renacen sin cesar las luchas de los príncipes y de los generales por el trono, la vida sigue su curso en el país y los campesinos siguen cultivando sus campos. La clase de los nobles subalternos y de los mandarines continúa, y los mercaderes se siguen enriqueciendo a medida que se perfecciona y diversifica la gama de productos ofrecidos

en el mercado y que se multiplican los contactos con el exterior.

Precisamente, en esta época China se convierte en una gran potencia económica y descubre mecanismos y soluciones que son, sencillamente, modernos.

Ejemplo: el té. En China, hace siglos que se bebe té. Los tibetanos difundieron su consumo entre los siglos II y IV. Entonces era una curiosa mezcla, puesto que se le añadía harina, sal y jengibre. Semejante «sopa» ocupaba un lugar importante en la alimentación china, y algunas regiones, como el Sseu-Chuan, se habían especializado más o menos en el cultivo del té.

Bajo los T'ang, el consumo de té puro, como hoy en día, se normaliza y adquiere tales proporciones que da lugar a la formación de una clase de mercaderes especializados en este negocio. Rápidamente logra lo que en nuestros días se llama «una posición preponderante en el mercado» y el gobierno intenta destruir esta potencia en cierne estableciendo un monopolio del Estado por medio de un Comisariado del Té. El intento fracasa por razones humanas: los negociantes compran a los funcionarios encargados de aplicar la política imperial.

El consumo de té está estrechamente ligado a la expansión de la porcelana. Cada familia tiene su tetera y sus tazas. Se desarrolla un arte delicado, una decoración clásica. Los T'ang dejan el recuerdo de una porcelana llamada de «los tres colores», fondo blanco decorado en verde y amarillo.

Pero la fabricación de porcelana reclama equipos cada vez más complejos y, por tanto, cada vez más costosos. Hace falta también aumentar el número de trabajadores e invertir. La inversión es el nacimiento de una industria.

Es, en efecto, la segunda industria, puesto que la de la seda ocupa, desde hace varios siglos, un lugar preponderante en la economía china. Ahora bien, no hay industria sin exportación. En la época en que Huang-Ch'ao incendia y saquea Cantón (879), esta ciudad es una de las más importantes plazas comercia-

les. Los mayores navíos extranjeros atracan en sus muelles; es el mayor almacén del tráfico marítimo. No podemos dejar de impresionarnos al pensar que cerca de ciento veinte mil extranjeros perecieron en el incendio de la ciudad. Todos estos extranjeros eran comerciantes, árabes y persas en su mayor parte. Compraban y exportaban seda, porcelana y té, pero también acíbar, alcanfor y otros productos que formaban parte de la riqueza de China.

Ya tiene su comercio exterior y está adquiriendo sus primeras nociones de balance comercial. Los emperadores chinos se han dado cuenta de que el comercio con los pueblos subdesarrollados, como las hordas de la estepa, plantea problemas. Los primeros Song pagarán de buen grado el tributo a estas hordas, al darse cuenta de que es menos costoso que las expediciones militares. Por el contrario, la extensión de la influencia china hacia el sur será mucho más provechosa. Se está ya en condiciones de importar de Annam productos de lujo, como maderas preciosas, perfumes, marfil, pero se exporta seda y porcelana. En los siglos siguientes sucederá lo mismo con Indonesia, investigada ya por los T'ang.

En el otro extremo del mundo, Francia está sumida en plena anarquía feudal. El normando Rollón se convierte, en el 911, en duque de Normandía; en el 955, el hijo de Enrique I, Otón, Emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico, detiene las invasiones de los bárbaros batiendo a los húngaros en Lechfeld; en el 987, Hugo Capeto se proclama rey y, más al sur, brilla otra civilización, la de Córdoba.

Los chinos, mientras tanto, se sumergen en los problemas fiduciarios. La moneda en vigor es la sapeca, una pieza de cobre con un agujero que permite unirlas de cien en cien o de mil en mil por medio de una cuerda. Esto resulta muy pesado y difícil de transportar. Además, no estando normalizado el intercambio entre las provincias, se producen concentraciones de

moneda en ciertas ciudades mientras que regiones enteras carecen de medios para comerciar. El gobierno, cuando existe, lo remedia haciendo transportar, con grandes gastos, cargamentos de moneda a donde hace falta.

En el período de las Cinco Dinastías, unos comerciantes tienen la feliz idea de entregarse unos a otros certificados de depósito de sus sapecas, evitando así los transportes de monedas. De ahí a utilizarlos como medio de pago no hay más que un paso, que la ingeniosidad de los mercaderes franquea alegremente.

Desde el comienzo de la dinastía, los Song captan el interés de este sistema de cambio y se hacen banqueros de los comerciantes, recibiendo en sus oficinas las sapecas y entregando certificados debidamente sellados. Este es el embrión de un sistema bancario que se verá mejorado por la imprenta que está a punto de nacer.

En el 960, Kong-Ti, el Emperador de China, es un niño de siete años que acaba de suceder a su padre Che-Tsong. El sur de China se halla dividido en siete reinos distintos y acaba de nacer un nuevo reino disidente en el Chan-Si, cuya capital es T'ai-Yuan. Las hordas de la estepa se agitan en las fronteras. Un general adicto, Chao Kuang-yin, conduce las tropas contra los bárbaros y se aleja de la capital cuando, una tarde, se produce un extraño fenómeno: un oficial llega afirmando que, al amanecer, ha visto elevarse un segundo sol por encima del primero.

No se necesita ser adivino para reconocer el presagio. Esto significa que va a nacer una nueva dinastía, que un nuevo Emperador va a sentarse en el trono del Hijo del Cielo.

A la noche siguiente, le despiertan sus oficiales y soldados diciéndole: «Te hacemos rey.»

Antes de que su jefe haya podido protestar, le han puesto el vestido amarillo de los emperadores, montado en un caballo y puesto en el camino de K'ai-Fong, la capital.

Caminan así algunos li y después Chao Kuang-yin detiene su caballo y se dirige a los oficiales que le

rodean: «Me convertiré en vuestro Emperador, pero a condición de que juréis obedecerme en todo».

Escena conmovedora, relatada con toda clase de detalles por los historiadores Song: los oficiales desmontan de sus caballos y, formando una sola voz con sus soldados, juran fidelidad y obediencia. Entonces, Chao Kuang-yin dicta sus primeras órdenes imperiales: «Prestad atención —dice—. Nos volvemos a K'ai-Fong. Allí, no atentaréis contra la vida de la Emperatriz viuda ni contra la del pequeño Emperador, mis antiguos amos. No molestaréis a los ministros, mis antiguos colegas, ni saquearéis el tesoro, ni los almacenes, ni los arsenales imperiales. Si no cumplís todos estos puntos, responderéis ante mí.»

Todo sucede según lo previsto. Al día siguiente. Chao Kuang-yin hace su entrada triunfal en la capital. Tan sólo después de prevenir la seguridad, el bienestar y el porvenir del niño imperial, se reviste con el amarillo imperial. Toma el nombre de T'ai-Tsu, el Gran Autor, y esta vez hace honor a su nombre.

La dinastía de los Song acaba de ser fundada. Es el año 960.

8

LOS SONG, LOS KIN Y LOS MOGOLES

La dinastía de los Song, escribe René Grousset, es una dinastía conforme a los deseos del pueblo chino. Esto no quiere decir que se hayan renovado en Asia las conquistas de los Han o de los T'ang. Antes al contrario, no consiguieron expulsar a los tártaros del territorio nacional, cuya posesión aún conservaban y, en la segunda mitad de su reinado, tuvieron que abandonar a estos mismos tártaros toda la China del Norte. Pero los eruditos chinos nunca han apreciado la gloria de las armas tanto como la de la cultura.

Desde este punto de vista, la civilización china culminará altas cimas en este nuevo capítulo de su historia que se extiende del 960 a 1278.

Sin embargo, los problemas con que se tiene que enfrentar el nuevo Emperador no tienen nada de literario. T'ai-Tsu reina en K'ai-Fong, ciudad situada en la actual provincia de Ho-Nan, a mitad de camino entre Pekín y Nankín, en un país que ha perdido la mayor parte de los territorios conquistados por las dinastías precedentes. Los Kitat siguen ocupando Pekín y las Marcas del Nordeste, los Tu-Fan dictan la ley en el Turquestán, y las oleadas humanas del inmenso océano euroasiático, conocidas bajo el nombre genérico de turcos, tártaros y mogoles, baten incansablemente las fronteras del imperio chino.

El país está exangüe. Bajo los últimos T'ang, numerosos campesinos se habían visto obligados a vender

sus tierras. Incluso se había producido un éxodo de pequeños granjeros, que van a instalarse en otras regiones para eludir los impuestos.

Medio siglo de guerras civiles ha agravado la situación. Provincias enteras son terreno baldío. La hierba ha borrado los senderos que separaban los campos, y los menos escrupulosos se apropian de la tierra que nadie reclama.

Otro problema es el del ejército, el de los generales que se han convertido en Señores de la Guerra. Esto es lo primero que pretende solucionar T'ai-Tsu. Reúne en un banquete a todos estos militares, a quienes, por otra parte, debe su reino, y les dice: «Me gustaría que nuestras cordiales relaciones duren eternamente y que siempre podamos gozar de tantas riquezas y poder como hoy. No existe más que un medio para lograrlo: la autoridad militar que actualmente ejercéis debe volver al Estado».

Todos los generales presentan al instante su dimisión, a cambio de puestos bien remunerados en la administración civil.

Pero todavía no ha llegado la paz. La ambición legítima del Emperador es vencer a los Kitat y reconquistar Pekín y las Marcas del Nordeste, rechazando a los extranjeros hasta el otro lado de la Gran Muralla.

Desgraciadamente, los Kitat son poderosos y de gran belicosidad. Las ofensivas del ejército imperial acaban en desastrosas derrotas. Tan sólo consigue la capitulación del reino de T'ai-Yuan, el único que conservaba la independencia, a pesar de que los Kitat acudieron en su ayuda.

T'ai-Tsu muere en el 976, pero sus sucesores continúan la guerra. En el 979, las tropas de T'ai-Tsong llegan a Pekín y asedian la ciudad, pero los Kitat ofrecen una resistencia inquebrantable y, en un contraataque victorioso, rechazan hasta Cho-Cheu a los chinos, quienes a su vez tienen que contener una ofensiva Kitat contra toda la provincia de Ho-Pei.

Cheng-Tsong, sucesor de T'ai-Tsong, realiza un nuevo intento, en el 986, que acaba en desastre. Los

chinos huyen ante el general kitat Ye-Liu Hiu-ko, quien les persigue hasta el río Cha-Ho donde un gran número de ellos perece. En esta ocasión los Kitat incluso toman tres nuevas ciudades. Finalmente, los Emperadores Song se ven obligados a resignarse a la presencia de las hordas extranjeras.

En el 1004, los Kitat emprenden una nueva campaña, invaden la parte china del Ho-Pei y avanzan hasta el río Amarillo. Cunde el pánico en K'ai-Fong, la capital imperial. Los familiares del Emperador le presionan para que se retire a Nankín, pero el soberano, por el contrario, pasa en persona al otro lado del río, a Chen-Cheu, una pequeña plaza que resiste todavía al invasor. Es la última cabeza de puente en la orilla izquierda del río. La presencia del Emperador galvaniza a sus defensores. Los asaltantes terminan por retirarse, después de firmar una paz basada en el anterior *statu quo*, es decir, conservando Pekín y su región.

Tampoco pueden oponerse los chinos a las empresas de un pueblo tibetano, los Tangut, sucesores de los Tu-Fan, que se apoderan del Ordos, en el meandro del curso superior del río Amarillo, así como del Kan-Su, donde forman el reino independiente de Si-Hia.

En el plano interior, T'ai-Tsu se entrega a restablecer el orden en su arruinado país. Para ello, vuelve a ensalzar los valores tradicionales, se apoya en los letrados de tradición confuciana, restablece el sistema de exámenes para el nombramiento de los funcionarios y termina su vida con un gesto de honradez y buen juicio: siendo su hijo demasiado joven para sucederle, designa a su hermano, quien se proclama Emperador con el nombre de T'ai-Tsong.

Este se ocupa a un tiempo de luchar contra los Kitat y restablecer el orden en la hacienda pública. Las reformas siguen su curso, y se concretizan un poco más tarde con el advenimiento de Yen-Tsong en 1025. El es quien da su forma definitiva al sistema de exámenes. Se alcanza el «mandarinato», es decir, la dignidad de

funcionario imperial, mediante un examen que versa sobre tres materias principales: el estilo administrativo, la narración y la poesía.

Los letrados constituyen la mayor preocupación de la dinastía. En las principales ciudades se crean escuelas de letrados, y en K'ai-Fong está la escuela superior imperial.

Pronto aparecen las primeras diferencias entre los letrados, en cuanto a la interpretación de la doctrina de Confucio y su aplicación a los asuntos del Estado. Se forman entonces dos partidos, los conservadores y los reformistas.

Bajo la influencia de los primeros, se constituyen, en el reinado de Ying-Tsong (1064-1067), los graneros reguladores, la más atrevida innovación en el plano económico de aquel tiempo.

Ya desde 1057, el gobierno, acosado por el fantasma del hambre, ha creado «graneros de beneficencia», donde se almacenan los granos para ser distribuidos a los viejos, enfermos y niños en las épocas de escasez. Pero la fórmula de los «graneros reguladores» va mucho más lejos, almacenando el excedente de los años prósperos para remediar la escasez de otros años y controlar al mismo tiempo los precios.

A pesar de las imperfecciones de la sociedad china, su expansión no se detiene. La población había descendido a treinta millones de habitantes en el 845. El censo de 1083 refleja la cifra de ochenta y cuatro millones, y esto en un territorio de proporciones más reducidas.

Esta población produce y exporta bienes de consumo. Los productos chinos parten hacia la India, Indonesia, Japón y los países del Oriente árabe. El presupuesto del Estado, a principios del siglo XIX, era de veinte mil millones de sapecas.

En cuanto a la técnica, abordamos ahora la época de los grandes inventos, entre los que destaca la imprenta.

Antecedente de la imprenta son los sellos de arcilla que los grandes personajes utilizaban para firmar, ya desde el siglo V. Un poco más tarde, los sacerdotes taoístas empleaban el mismo método para publicar

numerosos ejemplares de «sortilegios» en sánscrito o en caracteres chinos. A partir del siglo IX, la técnica de la reproducción por impresión se ha generalizado. El «libro» impreso más antiguo que se conoce es un rollo de papel que termina en estas palabras: «Impreso el 11 de mayo del 868 (evidentemente se trata de una fecha transpuesta) por Wang-Chieh, para ser distribuido libremente en homenaje a la memoria de sus parientes.»

La reproducción se efectúa entonces mediante bloques de madera tallada que representan una página entera. Por este método se imprimen ya los clásicos chinos y alcanzan una gran difusión. En 1041, finalmente, un cierto Pi-Cheng construye los primeros caracteres móviles de arcilla. Sin embargo, se plantea un grave problema: como la lengua china es ideográmica, la primera «caja» no tendrá menos de cuarenta mil caracteres.

Gracias a la imprenta y a partir de los certificados de depósito, nace el papel moneda que Marco Polo descubrirá perplejo dos siglos después.

Sin embargo, las reformas son insuficientes y los esfuerzos de reorganización se vuelven estériles, ya sea por las dificultades de aplicación que encuentran, ya sea por circunstancias exteriores. El ejército regular, que en tiempos de T'ai-Tsu tenía trescientos setenta y ocho mil hombres, cuenta con más de un millón doscientos mil soldados tras las guerras contra los Kitat. Una vez más, el peso de los impuestos se hace intolerable para el campesino chino.

Un gran ministro hace su entrada en la escena de la historia, aportando soluciones indispensables. Se llama Wang Ngan-che y, además de político reformista, es un gran reformador. Introduce la noción del presupuesto estatal y encarga la previsión de los ingresos y los gastos a una comisión especializada. Wang Ngan-che reduce notablemente los gastos, en un 40 por 100, rebajando al mínimo los créditos militares.

Al mismo tiempo se preocupa por la suerte de los agricultores. Mejorar sus condiciones de vida es mejorar la producción. Aparece el Crédito agrícola, o más bien el sistema llamado de los «jóvenes retoños», que

consiste en que el Estado haga adelantos en primavera, para que se los reembolsen en otoño, una vez recogida la cosecha. Así el campesino chino se libra de las garras de los usureros. Pero, desgraciadamente, se le reprocha al Primer ministro el haber sido un técnico de las finanzas más que un bienhechor del pueblo. Los intereses de los préstamos en cuestión son todavía demasiado elevados: el 20 por 100.

Para asegurar la recaudación eficaz de los impuestos, es indispensable la creación de un sistema fiscal justo. Wang Ngan-che procede a una redistribución completa del catastro dividiendo el territorio chino en cuadrados de un li de lado.

La prestación de servicio corporal era una de las maldiciones del pueblo chino hasta Wang Ngan-che, tanto más por cuanto que sólo los débiles están obligados a efectuarla. El Primer ministro la sustituye por una tasa a la que todo el mundo está sometido. Las sumas recaudadas de esta manera se destinan a los trabajos públicos.

Igualmente, reforma el ejército, reduciendo sus efectivos a los de un «ejército profesional» y dotándole de un material de calidad. Además, para asegurar el orden interno, crea una milicia nacional basándose en el principio del Pao-Kia. Pao, nos explica Tsui-Chi, es una unidad de defensa formada por la reunión de diez familias, y Kia significa «escudo» o «coraza». Según este sistema, toda familia con dos hombres debe enviar uno a la milicia. La reunión de cincuenta familias constituye un «Gran Pao», cuyo jefe debe superar un período de formación en el que los oficiales del ejército regular le enseñan en la capital a montar a caballo, a tirar con arco y a mandar. Al volver a su pueblo, el jefe del «Gran Pao» instruye a su vez a sus milicianos. De esta manera, una verdadera «guardia nacional» asegura rápidamente el orden interno y poco a poco desaparece el bandidismo y los desórdenes.

Sin embargo, las medidas de Wang Ngan-che ofrecen un cierto número de inconvenientes. A menudo son demasiado avanzadas para la época y tienen que ser

aplicadas con rigor por un cuerpo de funcionarios escogidos. Ahora bien, los mandarines se desenvuelven en un clima de corrupción y la aplicación de la ley se ve a menudo saboteada. Por otra parte, los métodos de Wang Ngan-che hieren demasiados intereses, lo que le crea enemigos irreconciliables en la corte. Pronto se forma una campaña de hostilidad y de desprestigio en contra suya, a la que él se enfrenta con serenidad durante varios años. Los monopolios y los ricos, aliados con los conservadores, presionan al Emperador para que le expulsen. Finalmente, el Cielo les ayuda: una serie de inundaciones y sequías se abate sobre China, y un cometa cruza el firmamento. Es un funesto presagio. La administración de Wang Ngan-che toca a su fin. Los conservadores vuelven a tomar las riendas del gobierno.

Hasta el fin del siglo XIX, los conservadores y los reformistas se alternan en el poder, sin que los segundos logren aplicar a fondo los principios y las doctrinas de Wang Ngan-che.

La apertura hacia una sociedad avanzada ha fracasado. Por otra parte, nuevas preocupaciones se ciernen sobre la dinastía, pues ya comienza a anunciarse quién ocasionará el desastre de China.

Huei-Tsong se sienta en el trono imperial de K'ai-Fong en marzo de 1100. Es un joven de diecinueve años, modelo en toda clase de cosas, quien, desde su más tierna infancia, no ha tenido más compañía que la de los filósofos, letrados y artistas. Todo deja prever en él que será uno de los hombres más distinguidos de su época. Nada anuncia que sufrirá, tras veintiséis años de reinado, un destino trágico llevando a su país al borde del abismo.

La preocupación constante de Huei-Tsong es la especulación filosófica y religiosa. Este era, por otra parte, uno de los rasgos de la época. Las religiones chinas evolucionaban hacia un finalismo deísta, cuya forma última es un paraíso muy semejante al de los cristianos de entonces.

El budismo se ha transformado bajo la influencia del

amidismo, o culto del *dhiyani-buddha Amitabha*. El justo, confiándose a él, puede estar seguro de que su alma, libre de las transmigraciones y de las tribulaciones de su largo viaje hacia la perfección, renacerá, a los pies de Amitabha, en la «Tierra de Pureza».

El taoísmo evolucionaba en la misma dirección con el culto a una divinidad transcendente, el «Puro Augusto», quien también conduce a las almas a una morada celestial. Huei-Tsong, por su parte, emprende una síntesis de estos diferentes datos religiosos, añadiéndoles el «Augusto Cielo» de los seguidores de Confucio, especialmente a partir de aquel día en que tuvo la visión de un palacio celeste flotando sobre las nubes.

Pero la especialidad de Huei-Tsong fue la pintura. Esteta, coleccionista y crítico de arte, reina en una academia de pintura, el T'u-hua-yuan, con sede en sus apartamentos privados, y cuyos miembros llevan insignias de oro y jade sobre sus vestidos violetas. La academia concede a los artistas de más talento la recompensa suprema: el Cinturón de Oro.

Para conquistarlo, hay que ganar el premio de uno de los concursos de pintura, cuyos temas son fijados por el Emperador, tales como «cañas de bambú envolviendo un albergue junto al puente», o «paseo de un faisán por el parque real». Y ciertamente conoce el tema, pues, pintor él mismo, se ha especializado en las flores y las plantas. Se le han atribuido centenares de obras, reunidas, hoy, en colecciones japonesas. Sin embargo, se puede ver en el museo de Boston *La Cotorra de Cinco Colores*, que ciertamente es de él, así como *Los Pinzones en los Bambúes*, perteneciente a la colección Crawford.

Pero, con los años, concibe un gran proyecto. Quiere demostrar que es un gran soberano triunfando en una empresa en la que sus predecesores fracasaron durante más de siglo y medio. Se propone recuperar Pekín y las Marcas del Nordeste.

¿Por qué ha tenido Huei-Tsong que reanimar la llama de la guerra, empleando la vieja táctica de lanzar a unos bárbaros contra otros, cuando los Kitat han asimilado

ya la cultura china, pudiéndose soportar su vecindad? Detrás de los Kitat, al noreste de su territorio, en la actual provincia marítima de la Unión Soviética, vivía un pueblo salvaje, revoltijo de tribus tungús, los Djurtchat. Todos cuantos les han visitado, en misión diplomática o en viaje de negocios, coinciden en afirmar que son peores que los lobos y los tigres. Con estas gentes va a aliarse el delicado Emperador esteta Huei-Tsong, proponiéndoles nada menos que un tratado ofensivo contra los Kitat.

El tratado favorece los planes de A-ku-ta, el hombre fuerte del clan real Djurtchat, que está reorganizando las hordas y disciplinándolas para formar un ejército eficaz que cuenta incluso con caballería.

Ya, en una serie de rebeliones contra la soberanía de los Kitat, los Djurtchat les han arrebatado toda una serie de plazas en la actual Manchuria. Esta empresa significaba, de hecho, destruir la pantalla que protegía a China del mundo bárbaro. Y los chinos les ofrecen su ayuda.

El tratado de alianza entre Huei-Tsong y los Djurtchat preveía que, una vez lograda la victoria, el reino Kitat sería para estos últimos, pero que Pekín y las Marcas del Nordeste serían restituidos al imperio chino.

En 1122 se inician las hostilidades y los chinos se muestran incapaces de tomar Pekín. Los Djurtchat lo hacen en su lugar y les entregan desdeñosamente la ciudad, al año siguiente. En 1124, el último rey de los Kitat, Ye-liu Yen-hi, opone una resistencia desesperada en torno a Wu-Cheu pero finalmente, en 1125, es capturado. El reino Kitat ha desaparecido.

Los salvajes de ayer se apresuran a obrar como civilizados, formando con sus nuevas posesiones un Estado regular. A-ku-ta funda la primera dinastía Djurtchat, a la que llama «Dinastía de Oro» (*kin* en chino), y se proclama Rey. Ya puede morir tranquilo y ceder el sitio a su hermano Wu-ki-mai, aún más ambicioso que él.

En la corte de K'ai-Fong, se ha producido una fugaz

euforia con la recuperación de Pekín y Huei-Tsong tiene motivos para estar satisfecho. Pero pronto surgen diferencias con sus antiguos aliados, vecinos ahora, motivadas por la atribución de tal o cual plaza fronteriza. Terminará estallando la guerra, una guerra muy deseada por los Kin.

Caen como un rayo sobre Pekín y las Marcas del Nordeste; después, su general, Nien-mo-ho, realiza la fulgurante conquista del Ho-Pei, de T'ai-Yuan y del Chan-Si.

Al año siguiente, otro general, Wa-li-pu, uniendo sus fuerzas a las del primero, atraviesa el río Amarillo y sitia K'ai-Fong.

Es el desastre. El desdichado Huei-Tsong no había previsto este resultado, lógico, sin embargo, para sus empresas. La capital no puede resistir y el desgraciado esteta se rinde, con su hijo y heredero, a sus vencedores. Son deportados a lo más profundo de Manchuria, por la parte de Kharbin. Es el año 1126 y Huei-Tsong no tiene más que cuarenta y cinco años. Morirá en el destierro sin haber podido ver de nuevo las cañas de bambú que rodean el albergue cercano al puente.

Los fieles de la dinastía, fuera de sí, huyeron hacia el sur y, protegidos en Nankín por la barrera del Yang-Tse, proclamaron Emperador a otro hijo de Huei-Tsong, con el nombre de Kao-Tsong.

Las hordas de ayer, naturalmente, no se contentan con sus primeras victorias. En 1127 y 1128 acaban la conquista de todo el Norte del imperio, el Ho-Pei, el Ho-Nan y el resto del Chan-Si, para pasar a la fase siguiente, la del centro, en 1129. El general Nien-mo-ho somete toda la región comprendida entre los cursos inferiores del Hue-Ho y del Yang-Tse. Después se forman dos ejércitos que atraviesan el río y se lanzan contra el último baluarte chino. Nankín cae a finales de 1129. Ahora es el Emperador Kao-Tsong quien huye hacia Ning-Po, luego hacia el puerto de Wu-Cheu. Los Kin le siguen muy de cerca, los Kin, que al principio de 1130 toman Hang-Cheu y Ning-Po.

Es una cabalgada fantástica, extraordinaria. Pero

habiéndose aventurado tan lejos en el país conquistado, el retorno presenta graves problemas para la caballería Kin. Además, este pueblo de las inmensas estepas desiertas no tarda en atascarse en la red inextricable de tierras inundadas, pantanos y canales. Pronto la población hostil, de una densidad que los Kin no podían imaginar, se cierra sobre ellos, les acosa, les cerca.

Wu-Chu, jefe del ejército Kin, se da cuenta del peligro y decide volver hacia el norte, pero cuando se encuentra ante el Yang-Tse, «ancho como el mar», el muro flotante de los juncos chinos le cierra el paso. La situación era tan crítica que faltó poco para que fuera eliminado el ejército Kin del Sur. Un traidor le indica el medio de cruzar de nuevo el Yang-Tse por la parte de Chen-Kiang, al este de Nankín.

Los chinos, que comienzan a recuperarse, se ven privados de una victoria, por tan vil motivo. Sin embargo, el Sur todavía no se ha desembarazado de los Kin, y Kao-Tsong no entra en Nankín antes de 1132.

Sus generales emprenden la tarea de recuperar, una a una, las plazas existentes entre el Yang-Tse y el río Amarillo, y el más atrevido, Yo-Fei, se dispone incluso a marchar sobre K'ai-Fong, la antigua capital, en 1138.

Pero Kao-Tsong, instalado en la nueva capital del imperio, Hang-Cheu, está cansado de esta guerra. Prefiere un reino en paz a un imperio en constante alerta. Grave error en los comienzos del siglo XII. Sin embargo, cuando Kao-Tsong propone la paz al rey Kin, Ho-lo-ma, sucesor de Wu-ki-mai, en 1135, encuentra una acogida favorable y presurosa, porque los Kin están amenazados, a su vez, por los mogoles del Gobi oriental.

En 1138, la frontera entre el imperio chino y el reino de los Kin está claramente definida. Sigue el curso del Hue-Ho, después la línea formada por las cumbres que se elevan entre la cuenca del río Amarillo y la del curso superior del Han. Hang-Cheu es la capital del imperio de los Song, la de los Kin sigue siendo Huei-Ning, en Manchuria, cerca de Kharbin, hasta 1153 en que los reyes Kin trasladan su residencia a Pekín.

Esta decisión fue tomada por el rey Ti-ku-nai, que pasó a la historia como un bárbaro pervertido, cuyo furor recordaba el temperamento salvaje de los antiguos Djurtchat. Ti-ku-nai sueña nada menos que en hacerse Emperador de China. Por eso pasa de nuevo a la ofensiva en 1161. Pero su intento de atravesar el Yang-Tse a la altura de su inmenso estuario acaba en un verdadero desastre. Sus soldados, exasperados, le matan y proclaman otro rey, Wu-Lo, quien concluye, basándose en el anterior *statu quo*, una paz que durará hasta principios del siglo XIII.

En el Sur, el imperio de los Song prosigue tranquilamente; su destino se está decidiendo en el Norte.

Por esta época florecen las catedrales góticas en occidente. En España se prosigue la Reconquista, y los reyes cristianos se enfrentan a los almohades que han ocupado Almería, en 1157.

Pero un acontecimiento de singular importancia ha pasado desapercibido en 1167. En la alta Mogolia, cerca de las fuentes del Onón y del Kerulán, un pequeño mogol nace en el seno de una de las tribus más atrasadas de la estepa.

Los mogoles constituyen una de las tres ramas de la raza altaica, siendo las otras dos la turca y la tungusa. Pero, señala René Grousset, a quien nos vemos obligados a seguir muy de cerca en este capítulo, «a pesar de su división lingüística, la mayor parte de los nómadas de la alta Asia llevan la misma vida, bajo el mismo clima, y parecen tener un parentesco étnico que ha impresionado a todos los viajeros. El retrato que hace de ellos M. Grenard apenas difiere de los de Ammien Marcellin, Rubruquis o los analistas chinos: "Tenían cara alargada, aplastada nariz, pómulos salientes, labios gruesos, poca barba, pelo negro y duro, la piel parda, curtida por el sol, el viento y las heladas, talla pequeña y cuerpo macizo sobre piernas arqueadas".»

Las tribus mogolas, nómadas, están siempre agitadas y en constante lucha. Desconocen cualquier clase de

vida urbana, así como la escritura, y su religión se reduce a un grosero chamanismo. Los mogoles, al igual que los hunos, son jinetes infatigables y diestros arqueros. Nacen literalmente a caballo y con un arco en la mano.

Las tribus mogolas habían intentado unirse por primera vez en el siglo XI contra otra confederación de hordas, enemigos tradicionales suyos: los tártaros. En el siglo XII, aparece un jefe entre los mogoles que va a representar un papel de suma importancia. La tradición no le ha relacionado todavía con los antiguos reyes, pues Yesugé, es su nombre, es precisamente el jefe del clan Qiyat, y posee el modesto título de *ba'atur*. Tiene un hijo, Temudjín, a quien va a prometer, desde la infancia, con Borté, la niña de un jefe qongirat, Dai-Setchen.

Temudjín se queda huérfano a los doce años cuando los tártaros envenenan a su padre en un banquete. Los hombres del clan piensan que es demasiado joven para que le obedezcan y se marchan por la estepa abandonándole con su madre, Olun-eké, sus tres hermanos, Qassar, Qatchiún y Temugé, y sus dos hermanastros, nacidos de otra mujer, Bekter y Belgutai. Los últimos fieles de Yesugé se han marchado con los rebaños. La pequeña y miserable familia se ve obligada a vivir de la caza y de la pesca. Su existencia es ruda, como lo demuestra el hecho de que Temudjín, con ayuda de su hermano Qassar, mata a su hermanastro Bekter a flechazos por haberle robado un pez y una alondra.

Pasados algunos años, Tarkuté Kiriltug, jefe del clan, habiendo ocupado el puesto que le pertencía a Temudjín, se extraña de que la frágil familia no haya perecido. Hace capturar a Temudjín y le somete a suplicio. Pero éste consigue escapar gracias a la ayuda de otro jefe y de sus hijos.

De esta manera, Temudjín empieza a tener amigos. Su situación material mejora y pronto se encuentra en posesión de nueve caballos, un verdadero capital para un mogol. Entonces decide visitar al jefe qongirat Dai-Setchen y reclamarle la mano de su hija Borté.

Dai-Setchen no tiene más que una palabra. Entrega su hija al pretendiente, dotándola con un abrigo de piel de marta.

El recién casado se dirige a la corte del rey de los Kerait, Togrul, quien le acepta como vasallo. Sin embargo, Temudjín quiere conseguir la antigua realeza mogola y disputa a otro joven jefe, Djamuca, el título de Kan. Desgraciadamente, no podemos relatar con detalle estos años de rivalidad. Digamos que, hacia 1195, Temudjín es elegido Kan, es decir, rey de los mogoles, y toma el nombre de Chinggis Kan, Gengis Kan para nosotros. Los jefes le prestan el pintoresco juramento de fidelidad que le consagra: «Hemos decidido proclamarte Kan. Iremos en vanguardia al combate. Si raptamos mujeres, te las daremos. Cuando vayamos a cazar, estaremos en primera fila. Si cobramos una pieza, te la daremos».

Una vez elegido, Gengis Kan lo primero que hace es ajustar las cuentas a los tártaros, haciendo entre ellos una gran matanza y consiguiendo dos bellas cautivas, Yesui y Yesugan. Pero Togrul está celoso del poder creciente de su vasallo y le tiende una trampa. Por una vez en su vida, Gengis Kan se ve obligado a replegarse ante el número de los Kerait. Su fiel lugarteniente Borogul le trae en sus brazos a su hijo Ogodai, herido en el cuello por una flecha, y el Kan de los mogoles llora.

Un hecho excepcional. Desde su retiro en el Norte, Gengis Kan envía un mensaje oral a Togrul para exponerle sus derechos, pues, como Atila, se preocupa en todo momento de que el derecho esté de su parte. Al verano siguiente, vuelve a descender hacia el sur y en el curso de la guerra que acaba de iniciarse, Togrul muere derrotado. Los Kerait se someten. Gengis Kan los absorbe repartiéndolos entre sus clanes. A continuación se lanza contra el último reino mogol que ofrece resistencia, el de los Naiman. En 1206, es proclamado Kan supremo por el conjunto de tribus mogolas y turcas, en el curso de una gran *curillai*, o asamblea, no lejos de las fuentes del Onón que habían servido de

decorado a su miserable infancia. Gengis Kan tiene entonces treinta y nueve años.

Asienta su dominación sobre bases religiosas, proclamándose representante de Tangri, dios del cielo mogol; políticas, creando oficinas y servicios, según el ejemplo de los turcos Uighur, e introduciendo la escritura; militares, finalmente, gracias al ejército, su más eficaz instrumento. Este se halla organizado jerárquicamente en mandos de diez, cien, mil, diez mil guerreros. Sus efectivos son de unos ciento treinta mil hombres. Pero el núcleo central está formado por la guardia personal del Kan, en la que un simple soldado está por encima de los comandantes de diez mil hombres del resto del ejército.

El guerrero mogol va al combate con una coraza de cuero negro, y un casco, también de cuero, le protege la nuca. Cada hombre lleva dos arcos y dos aljabas, un sable curvo, un hacha pequeña y una maza de hierro colgada de la silla, una pica provista de un gancho para desmontar a los jinetes enemigos y una cuerda de crines de caballo, de nudo corredizo.

En cuanto a la táctica, es la misma de los Hunos. Surgen del fondo de la estepa, al trote, se despliegan cerrando el horizonte, en un silencio impresionante, maniobran siguiendo las únicas señales de los portaestandartes. Después, de repente, en el momento de la carga, toda la caballería se precipita con gritos ensordecedores. Jinetes consumados, e igualmente arqueros infalibles que alcanzan a un hombre a doscientos y hasta a cuatrocientos metros.

El primer pueblo que ataca Gengis Kan es precisamente el chino. Sus hordas se lanzan contra el reino de Si-Hia, cuya formación a partir de un pueblo tibetano hemos visto anteriormente. Pero no es tan fácil conquistar ciudades como barrer la estepa. Gengis Kan se contenta con asolar los campos y termina sus hazañas aceptando el tributo del rey Si-Hia, quien le entrega, además, una de sus hijas para su harén.

El mismo proceso contra los Kin. En 1211, los mogoles irrumpen en Manchuria, en el Chan-Si, y llegan hasta el sur del Chan-Tung. El botín es considerable, pero las ciudades resisten. En esta campaña, Gengis Kan se contenta, en el fondo, con aceptar el oro, la seda, los caballos y la inevitable princesa que le entrega complacido el soberano de los Kin.

En cuanto parten los mogoles, se apresura a trasladar su capital a K'ai-Fong, y es una buena medida, pues las tropas de Gengis Kan vuelven al año siguiente. Esta vez toman Pekín y saquean la ciudad de un extremo al otro, matando a la casi totalidad de sus habitantes.

Los reinos chinos periféricos van a conocer algunos años de tranquilidad mientras Gengis Kan lleva la guerra hacia el oeste, al otro lado de su imperio. Sin embargo, vuelve a China para efectuar su última campaña contra el reino de Si-Hia que ha tenido la jactancia de oponerse a las exigencias de los mogoles. Gengis Kan muere, a la edad de sesenta años, durante el sitio de Ning-Hia, la capital, en 1227. La ciudad cae algunos días más tarde y, conforme a las órdenes dadas por el Kan supremo, son ejecutados, sin excepción, todos sus habitantes.

Del reino de los Kin tan sólo queda un reducto en el Ho-Nan.

Ogodei, el tercer hijo de Gengis Kan, le sucede al frente del Imperio de la Estepa. Fija su capital en Karakorum, donde escucha las opiniones del consejero de su padre, un Kitat hecho prisionero en el saqueo de Pekín. Se llama Ye-liu Ch'u-t'sai y explica a Ogodei: «El imperio ha sido conquistado a caballo, pero no puede ser gobernado a caballo». Y, pacientemente, pone orden en los asuntos de su dueño, organiza la administración e introduce esta innovación increíble para los mogoles: el presupuesto del Estado.

El nuevo Gran Kan está lo suficientemente imbuido de la obra de su padre como para proseguirla. Los Kin resisten todavía en el Ho-Nan. La invasión, despiadada, se produce en 1234. Los mogoles toman K'ai-Fong, cuyos habitantes deben la vida a la intercesión de Ye-liu

Ch'u-t'sai, pero el último rey de la Dinastía de Oro se suicida para no caer en manos de los conquistadores.

A partir de ahora, derribada la pantalla protectora, los mogoles están en contacto directo con el imperio chino de los Song.

Estos han seguido la marcha del huracán sin prestarle la atención que merecía. En Hang-Cheu, el emperador Li-Tsong y sus consejeros se han contentado con aplicar el antiguo remedio: emplear a unos bárbaros contra otros. Si hubieran juzgado con lucidez la situación, se habrían sentido felices al desviar el rayo y recuperar una parte del sur del Ho-Nan. Pero Li-Tsong repite la locura de Huei-Tsong. Ambiciona más y provoca la guerra. En 1236, tres ejércitos se lanzan sobre China y devastan el Sseu-Chuan y el Ho-Pei.

Esto no pasa de ser una advertencia. Los mogoles no están todavía en condiciones de efectuar el esfuerzo final contra la formidable colmena humana que representa la China meridional. Por otra parte, Ogodei muere en 1241.

No obstante, la expansión mogola continúa. Bajo su reinado, el general mogol Chormagan ha conquistado la mayor parte de Persia, y la última arremetida contra Europa se produce precisamente en 1241. Las hordas asolan Polonia, Moravia y Hungría. En julio de 1241 se apoderan de Neustadt, cerca de Viena. En 1242, uno de los generales mogoles, Kada'an, alcanza Spalato (Split) y Cattaro, en el Adriático, antes de replegarse sobre Hungría.

Al morir Ogodei, ejerce la regencia su viuda, la enérgica *khatun* (emperatriz) Toragana, antes de la elección del nuevo Gran Kan Guyuk, en 1246. Conocemos este acontecimiento con todo detalle gracias a que lo presenció un monje franciscano, enviado por el papa Inocencio IV. A Guyuk le sucede, en 1521, el gran Kan Mongka, un verdadero hombre de estado que no pretende saquear sino conquistar. Asocia a su hermano Kubilai a su empresa, nombrándole gobernador del Ho-Nan.

En 1258, toma él mismo la dirección de la ofensiva contra el imperio de los Song. Ya ha penetrado en el

Visita de Nicolao y Marco Polo al Gran Kbam. (Sacado del Libro de las Maravillas).

Sseu-Chuan cuando muere, enfermo, el 11 de agosto del año 1259.

El esteticismo de los últimos emperadores Song, su refinada sensibilidad artística, su constante especulación intelectual se deben, en gran parte, a su resignación en lo concerniente a los asuntos del imperio. Vimos cómo Kao-Tsong ponía fin a la guerra contra los Kin cediéndoles todo el norte del país. Reducido a sus provincias meridionales, el imperio chino sigue resplandeciendo.

En primer lugar, representa la parte más poblada y más activa del país. Hang-Cheu, su capital, se convierte rápidamente en la ciudad más grande y más poblada del mundo, gracias a la expansión que le proporciona el albergar los servicios del gobierno y las gentes de la corte.

Kao-Tsong, como su padre, es un esteta y ha reunido a su alrededor todo lo que puede contribuir al embellecimiento de la corte. Incluso ha reconstituido escrupulosamente la Academia Imperial de Pintura que sigue celebrando sus reuniones y concediendo su Cinturón de Oro. En la montaña, por encima del lago occidental de Hang-Cheu, Kao-Tsong ha hecho edificar un maravilloso pabellón, en el que todo un muro está decorado con un vasto fresco del pintor Siao-Chao que representa un panorama de ríos y montañas, con tanta exactitud, escribe un contemporáneo, «que no se sabía si era una pintura o el paisaje natural».

Y es que los pintores chinos se esmeran en dar a sus paisajes una expresión sutil. El gran maestro de la especialidad Kuo-Hi, escribía en el siglo precedente: «Las nubes y las tonalidades de los paisajes no son idénticos en las cuatro estaciones. En primavera, son ligeras y difusas, en verano ricas y densas, en otoño dispersas y delgadas, en invierno sombrías y salvajes. Cuando los cuadros reproducen estos efectos, las nubes y los vapores cobran vida.»

La poesía, por supuesto, permanece estrechamente ligada a la pintura. Con frecuencia, por otra parte, los

poemas parecen cuadros, como estas dos pequeñas composiciones de Ngu Yang-siu, que cita René Grousset:

La nieve amontonada desde hace días se derrite
[sobre el río helado.
Las orillas comienzan a deshelarse.
En el crepúsculo, todo el mundo vuelve a casa.
Entonces, las gaviotas acuden a posarse en las
barcas de los pescadores.

Y esta otra:

El viento arrastra el hilo de la larga caña de
[pescar:
Cubierto con un sombrero de paja, vestido con
[un abrigo de hierbas
El pescador se oculta en los cañaverales.
Se pierde de vista bajo la fina lluvia de prima-
[vera
Y la niebla que se eleva desde el agua oculta la
[montaña de enfrente.

Las demás artes florecen en la China de los Song del Sur, al igual que la poesía y la pintura. La porcelana se hace monócroma. El artista pone toda su técnica, toda su sensibilidad, al servicio de la forma, de la transparencia, de los reflejos. La arquitectura y la decoración de las casas alcanzan un refinamiento muy elevado. Los ricos señores, los grandes mercaderes, se hacen construir residencias que rivalizan en fastuosidad. Las maderas preciosas, el sándalo, el acíbar, importados de los países tropicales, se emplean para los pilares y la entibación. El suelo es de ladrillos esmaltados. Incluso se cita el caso de un rico propietario que ha hecho incrustar flores de plata en sus entarimados. Los alrededores de la casa cuentan tanto como la casa misma. Un poeta ha definido los cánones de este entorno: se debe dedicar un sexto de la superficie total a la parte habitada, la mitad para estanques, un tercio a

plantaciones. Los jardines son verdaderas obras maestras. Los jardineros dominan ya el empleo de las plantas enanas que permiten hacer extraordinarias imitaciones de paisajes naturales.

El pensamiento también se eleva y se hace más sutil, más complejo, porque los intercambios y la difusión se han acelerado gracias a la imprenta. Desde el punto de vista filosófico, el gran invento ha llegado en un momento oportuno.

Varios filósofos destacan en las diferentes escuelas, tales como Cheu Tuen-yi, Chao-Yong, Chang-Tsai, pero es, sin lugar a dudas, Chu-Hi quien marca más profundamente su época y el futuro pensamiento chino. Su doctrina es una síntesis de las diferentes escuelas, rigurosamente construida y estructurada con vigor. Pero, señala René Grousset: «Encerrando la especulación en una especie de evolucionismo mecanicista de circuito cerrado, con la única perspectiva del eterno retorno de Nietzsche, y prohibiéndole todo escape de espiritualismo, Chu-Hi detenía el desarrollo del pensamiento chino y ponía término prematuramente a la gran renovación filosófica de los siglos X-XII.»

La vida sigue siendo muy dura para los campesinos. Pero la población urbana crece a un ritmo extraordinario. Hang-Cheu pasa en un siglo (de 1165 a 1270) de menos de quinientos mil habitantes a un millón. Esto representa una concentración de medios y de riquezas que desarrolla las actividades de recreo y las artísticas, influyendo en los mercados de la pintura, de las obras de arte, de la caligrafía, de las antigüedades, que se han creado para satisfacer las necesidades de la clase de los negociantes.

Es una de las primeras manifestaciones de la comercialización del arte. Tendrá una profunda influencia en la expresión estética de las generaciones futuras.

Las asociaciones deportivas reúnen a los funcionarios militares para sus competiciones de arco, por ejemplo, o a la juventud pudiente que se entretiene con juegos que son un antecedente del fútbol y el polo modernos.

Como en nuestros actuales clubs, se paga una cotiza-

ción y se participa en los gastos comunes, particularmente en los banquetes, uno de los aspectos más frecuentes de las reuniones.

Pues la cocina china es ya muy refinada. Sus dos rasgos más importantes son la ausencia de tabúes en materia alimenticia y esa plaga crónica de China, el hambre, que ha llevado a los chinos a emplear todo para su alimentación incluidos los insectos y gusanos Ni siquiera la carne humana era para ellos objeto de gran repulsión.

Los restaurantes de Hang-Cheu, en el siglo XII, ofrecen una increíble diversidad. Tampoco faltan distracciones. Además de las casas de té y los salones flotantes, hay una veintena de barrios de diversión, una especie de vastos mercados cubiertos donde se enseña y practica la danza, la música, las artes escénicas, y no faltan domadores de animales ni continuas representaciones de payasos y saltimbanquis.

Los Song se suceden en el trono del Hijo del Cielo, sin darse cuenta, al parecer, de que sus días están contados y que la marea mogola se aproxima. Ning-Tsong, siguiendo la tradición de Huei-Tsong y de Kao-Tsong, es un esteta, un pensador, un protector de las artes. Su advenimiento al trono se produjo en 1195.

Tuvimos ocasión de describir la lastimosa situación de la clase campesina, desposeída en provecho de los grandes propietarios de los latifundios. La de la pequeña burguesía tampoco es envidiable. La felicidad está reservada a la alta sociedad, a la nobleza del imperio, a los mandarines, es decir, a los funcionarios de los escalones superiores, a los grandes propietarios de bienes raíces y a los mercaderes, agrupados en monopolios.

Esta no es la clase de situación que prepara a una nación a resistir hasta la muerte al invasor.

Los últimos emperadores han intentado algunas reformas, como la creación de oficinas de alojamiento, de asistencia pública a los ancianos y necesitados, una universidad del Estado, en 1248, un cuerpo de bomberos. Pero esto no son medidas globales. Lo que hacía falta era una reforma agraria que aliviara la situación de los agricultores.

El hombre que la sugiere es un ministro, Kia Sseu-tao, de origen burgués, pero bien situado para ser oído por ser hermano de una concubina del Emperador. Su plan intenta ser un compromiso que proteja los intereses de los grandes propietarios y los de los agricultores. Consiste en comprar con fondos del Estado todas las tierras de la alta nobleza que sobrepasen una superficie máxima fijada por el gobierno, para instalar en ellas como colonos a los campesinos que no posean una parcela.

La ley comienza a ser aplicada en 1265 en la región que se extiende al sur de Nankín, donde hay mayor cantidad de grandes propietarios. Naturalmente Kia Sseu-tao se gana la enemistad y el odio de estos últimos. Los historiadores chinos llegan a acusarle de paralizar los esfuerzos de los generales chinos en el preciso momento en que Kubilai se apodera de las ciudades chinas, una tras otra.

En realidad, parece que las clases superiores han facilitado la tarea al invasor, pactando con él para no sufrir la política social del ministro.

Para nosotros ha llegado el momento de relatar el fin de la dinastía Song. Tarea fácil, puesto que por primera vez contamos con un testigo ocular que nos ayudará en nuestro intento. Un viajero europeo, casi un compatriota, por ser de Venecia.

9

MARCO POLO Y EL IMPERIO DE KUBILAI

Marco Polo nació en Venecia en 1254. Su padre, Nicolao y el hermano de éste, Matteo, son los representantes más característicos de aquella raza de mercaderes de la Edad Media, a quienes su espíritu de lucro o su afán de aventuras les llevó a desafiar los peligros más extraordinarios, las guerras, la esclavitud y las epidemias. Nicolao y Matteo llegaron en su primer viaje a Bujara, donde permanecieron bloqueados por la guerra durante tres años; después continuaron hasta la residencia de verano del Gran Kan Kubilai, quien les recibió con toda cordialidad.

En 1271 emprenden su segundo viaje, y, esta vez, les acompaña el hijo de Nicolao, Marco, que tiene quince años. Después de un largo periplo llegan a la capital del Gran Kan, Pekín, y Kubilai es particularmente seducido por la inteligencia del joven Marco, quien será durante diecisiete años su consejero y embajador, a veces, encargado de misiones delicadas. Sin embargo no descuidará sus negocios y acumulará grandes riquezas que le permitirán armar un navío para luchar contra la República genovesa bajo los colores de Venecia. Gracias a este detalle el nombre de Marco Polo se ha hecho célebre.

Las flotas genovesa y veneciana se enfrentan en 1296. Son apresados Marco Polo y su navío. El gran mercader llega a Génova, cautivo, y allí dicta a Rusta, un pisano, un libro en el que se recogen sus viajes.

Habíamos dejado a Kubilai en 1259, cuando la muerte de su hermano mayor Mongka Kan le había convertido en Gran Kan. Por lo menos, el ejército le confirma en su título proclamándole el 6 de Mayo de 1260. Pero su hermano menor Arik-boge no está de acuerdo con esta decisión y se hace proclamar Gran Kan, en Karakorum, como convenía a un digno sucesor de Gengis Kan. Sin perder un instante, Kubilai concluye una tregua con los chinos y corre a defender su trono en Mogolia. Comienza una guerra salvaje entre los dos hermanos, que finaliza en 1264 con la sumisión de Arik-boge.

Kubilai puede concentrar de nuevo su esfuerzo sobre China. La campaña será la más dura de su vida. Nunca se habían encontrado los mogoles ante una densidad semejante de población, de ciudades, de plazas fuertes. También es cierto que los chinos se defienden con obstinación y coraje, y con mayor eficacia, pues, al irse reduciendo el imperio de los Song, están siempre cerca de sus bases.

Por ejemplo, el sitio de las dos ciudades vecinas de Siang-Yang y de Fan-Ch'eng, junto al río Han, no dura menos de cinco años, de 1268 a 1273. Al final, cuando todavía llegan provisiones a las dos ciudades por el río, los mogoles se ven obligados a recurrir a las balistas y catapultas, construidas y manejadas por técnicos extranjeros, para vencer la última resistencia.

Pero Siang-Yang y Fan-Ch'eng son la llave de la cuenca inferior del Han y del curso medio del Yang-Tse. Los mogoles se desparraman por allí y, en 1275, cuando sus diferentes ejércitos se reúnen frente a Hang-Cheu, están listos para dar la estocada final.

Por aquel mismo año de 1275, Marco Polo llegaba a Cambaluc (la ciudad del Kan) acompañando a su padre y a su tío. Veamos el retrato que nos ha dejado del soberano:

«El Gran Kan, señor de los señores, a quien llaman Kubilai, tiene este aspecto: buena presencia, ni alto ni bajo, de talla media. Es musculoso y bien proporcionado, su cara es blanca y bermeja como una rosa. Bellos ojos negros y una nariz que le sienta bien. Tiene cuatro

mujeres a las que conserva siempre como sus esposas legítimas, y el hijo mayor, que le ha dado una de ellas, será, a su muerte, el Señor del imperio.»

Desconfiemos un poco de este retrato adulador. Marco Polo fue colmado de honores por Kubilai, y el libro que dictó a Rusta es una apología del gran hombre. En realidad, el Kan come y bebe sin moderación, pero es tal el terror que inspira que su médico italiano, Essia, no se atreve a decirle que ese régimen es funesto para su salud.

Y tanto más por cuanto que no se contenta con las cuatro Emperatrices. Marco Polo cuenta cómo, cada dos años, el Gran Kan envía a sus embajadores por todo el imperio para escoger a las más hermosas jóvenes, siguiendo unos cánones muy precisos.

Las elegidas prestan sus servicios en los apartamentos del Kan, formando «equipos» de cinco, durante tres días y tres noches, y deben hacer todo lo que el Kan les pida. Al cabo de ese tiempo, son relevadas por otras cinco jóvenes, y así se van turnando hasta acabar la rueda, para luego volverla a empezar.

En consecuencia, Kubilai tiene veintidós hijos varones de sus cuatro esposas legítimas y veinticinco de sus concubinas, sin hablar de las niñas.

El último verdadero emperador Song, Tu-Tsong, espíritu cultivado y brillante, pero soberano deplorable, no llega a conocer la caída del imperio. Es a su Primer ministro, Kia Sseu-tao, a quien se hace responsable de todos los males de aquellos años terribles. Se le reprocha el haber puesto en el trono a un niño de cuatro años para gobernar él bajo la regencia de su madre. En 1275, ésta destituye a Kia Sseu-tao a quien pronto darán muerte sus numerosos enemigos. Y es en ese preciso momento cuando los ejércitos mogoles cercan Hang-Cheu.

Desesperada, la Emperatriz decide la capitulación. Algunos días más tarde, el enemigo hace su entrada en la capital de los Song. El pequeño Emperador y su

madre son enviados a Kubilai. Gengis Kan les hubiera hecho perecer, sin duda, olvidándose de todo proceso. Pero han pasado tres generaciones, y Kubilai quiere, ante todo, hacerse Hijo del Cielo. Recibe con benevolencia a sus cautivos, les concede una renta y un cargo en la jerarquía budista. El pequeño Emperador morirá, con más de cincuenta años, en un monasterio confortable.

Los chinos del Norte han vivido largo tiempo bajo la dominación de los Kin. Y como las devastaciones de Gengis Kan se han quedado ya bastante lejos, no han considerado con ojos de terror a los mogoles de Kubilai. Los chinos del Sur, por su parte, se disponen con resignación a cambiar de dueño, y ya vimos anteriormente cómo las clases elevadas pactan con el invasor.

Podríamos pensar que, con la caída de Hang-Cheu, se ha concluido la campaña. Pero, sin embargo, todavía no se han escrito las páginas más bellas, las que siempre nos ofrecen un puñado de héroes al final de cualquier guerra.

Dos príncipes de la familia imperial se han escapado de Hang-Cheu, refugiándose en la región de Cantón, donde se han puesto al frente de los últimos patriotas chinos, los últimos restos del ejército. Un general, héroe nacional de la historia china, ha puesto bajo su protección a un niño de ocho años, un pequeño príncipe que representa la última esperanza de la dinastía.

El reducto resiste todavía un año pero, en 1277, Cantón sucumbe. Chang Che-kie, el general, tiene previsto un recurso supremo: una flota que se oculta en las anfractuosidades de la costa. De esta forma, pueden resistir otros dos años. Sin embargo, Kubilai exige una victoria total y, a su vez, hace equipar una flota para perseguir a los últimos resistentes. Y, el 13 de abril de 1279, tiene lugar el último acto.

La escuadra china es rodeada cerca de la isla de Yai-Chan, al suroeste de Cantón. Algunos juncos rápidos consiguen escapar, pero el buque imperial es demasiado pesado y le van a capturar. René Grousset nos cuenta el final:

«Uno de los servidores del niño imperial se presenta ante él. "El imperio está perdido, le dice gravemente. Debéis perecer con él. Vuestro hermano se ha rendido cobardamente al enemigo, ¡no renovéis esta vergüenza!" Toma al niño en sus brazos y se arroja con él al mar.

»En cuanto al valiente Chang Che-kie, la muerte parecía haberle perdonado cuando se desencadena un tifón en torno a su junco. Se niega a tomar tierra, trepa a la gavia del mástil mayor y, alzando un bastoncillo de incienso, conjura al Cielo: "Yo, Chang Che-kie, he vivido toda mi vida para servir a los Song. Ha muerto el último de ellos. Si su causa tiene todavía alguna probabilidad, si sus sacrificios deben perpetuarse, que el Cielo me salve para continuar a su servicio, si no, ya he vivido bastante".

»En aquel preciso instante, un remolino se traga su junco, y desaparece bajo las olas.»

Un patriotismo semejante, una idéntica abnegación encontramos en el gran sabio Wen T'ien-hsien, quien, en Hang-Cheu, rehúsa reconocer la autoridad de Kubilai. Este, furioso de que un hombre de tanta valía, un letrado célebre, se le resista, le hace encerrar en una prisión. Pasa allí tres largos años, escribe en su celda algunas páginas admirables; después, el Gran Kan le hace comparecer, un día, a su presencia.

—¿Qué deseas? le pregunta.

—Soy ministro de su majestad. No puedo servir a dos señores. No pido más que la muerte.

Kubilai consiente, casi a pesar suyo. Wen T'ien-hsien marcha al suplicio con serenidad. Antes de ofrecer su cabeza al hacha del verdugo, hace una profunda reverencia, se vuelve hacia el sur, como si el último de los Song resistiera todavía en Nankín.

Este es el temple de algunos de los hombres que han escrito el último capítulo de la dinastía. Ahora, los mogoles reinan sin oposición.

China, por primera vez en su historia, ha sido conquistada en su totalidad por los extranjeros.

Y Kubilai se ha convertido en Hijo del Cielo.

Una vez anexionada China a su imperio, los ejércitos de Kubilai emprenden un cierto número de guerras asiáticas que, si contemplamos el mapa de este continente, parecen ineludibles.

Primero se lanzan contra el Japón, donde sufren el primer fracaso. Al pueblo de la estepa no pueden dejar de repugnarle las expediciones marítimas. Por eso reclutan soldados chinos y arman una flota cuyos marinos prestan servicio por obligación y a la fuerza. Se levanta un tifón y desaparece la flota. El Japón escapará así a la dominación de Kubilai.

Tienen más éxito en Corea. La península acepta con bastante rapidez la soberanía de los mogoles, y lo mismo sucede en Camboya y el Annam, en 1284, aunque las campañas no hayan sido decisivas. Los jinetes de Kubilai ven mermadas sus facultades por el clima tropical.

Su impulso les lleva hasta Java, que no puede ser defendida, sin duda por falta de efectivos. Kubilai, en 1295, se encuentra al frente del más vasto imperio que se haya conocido en la historia. Tomando el mar Negro como su eje occidental, la frontera se dirige hacia el norte a través de Hungría y Polonia, engloba Ucrania con Kiev, continúa al norte de Tver, no lejos del Báltico. A continuación sigue de oeste a este atravesando la inmensa estepa euroasiática, pasa al sur de Omsk para encontrar a través de la alta Asia la orilla izquierda del Amur, después sube hacia el norte hasta la altura de las Aleutianas.

Toda la costa del Pacífico, hasta Indochina, ha pasado a depender del Gran Kan. La frontera divide entonces en dos mitades la península de Indochina, rodea el Siam y Birmania, pasa por el norte de la India, englobando, sin embargo, el Tibet y el actual Pakistán, para llegar al océano Indico a la altura del estuario del Indo. Toda la orilla oriental del Golfo Pérsico queda dentro de la órbita mogola, con Persia, el actual Irak y Armenia, para finalizar en las fronteras de Bizancio.

Estos límites son, evidentemente, aproximados, no

definidos por tratados formales; son territorios bajo control directo, ocupados, como China, o dependientes, como Corea. Forman el imperio que los mogoles han construido en poco más de un siglo.

Pero tan sólo para conquistar China, han necesitado tres cuartos de siglo, de 1205 a 1279...

En su inmenso imperio, el Gran Kan concede toda su atención a China, como lo demuestra el hecho de que conserve dos capitales. La de su nacimiento, Karakorum, adonde acudirá principalmente en verano, cuando el clima chino se hace insoportable para estos hombres acostumbrados al frío de la estepa, y la de Pekín, o mejor Kan-Balig, donde ha fijado su residencia habitual.

Alrededor de un millón de sus mogoles ocupan China, con guarniciones en cada una de sus ciudades, pero aunque los sucesores de Gengis Kan han recorrido con pasos de gigante el camino hacia la civilización, los mogoles de su ejército siguen siendo mogoles, con todo lo que esto implica de crueldad y de desprecio hacia la civilización sedentaria.

Esta es la razón por la que se organiza la ocupación sobre unas bases hasta entonces desconocidas en Asia, las de la discriminación racial. Los súbditos del imperio se dividen en cuatro grandes categorías:

1. Los mogoles, que se subdividen en cuatro grupos: tribus antiguas, tártaros negros, tártaros blancos y tártaros salvajes.
2. Los pueblos aliados del Asia occidental, o Sseu-mu, es decir, los turcos y los tibetanos, después los otros pueblos del Asia central con quienes los mogoles tienen afinidades raciales y culturales: Maimán, Uighur, Tangut.
3. Los chinos del Norte, antiguos súbditos de los Kin y, por tanto, menos rebeldes a la dominación mogola.
4. Los chinos del Sur, los del imperio de los Song, el último baluarte de la resistencia a la conquista. Son tratados con el máximo rigor y prácticamente no tienen derecho a la justicia. Si un chino mata a un mogol, por

ejemplo, es castigado con la muerte y su familia debe contribuir a los funerales; pero cuando se produce el caso contrario, el mogol es casi sistemáticamente absuelto.

Los chinos, a partir de 1337, no tienen derecho a poseer un arma, ni siquiera un arco y unas flechas, lo que les impide cazar. En cuanto a los empleos públicos, los puestos elevados de la administración están reservados para los mogoles. Para los demás, existen en todo momento dos listas de exámenes, una para los mogoles y los Sseu-mu, la otra para los chinos, y tan sólo para los del Norte.

Kubilai no es, sin duda, el principal responsable de este estado de cosas. Los chinos tan sólo son sus súbditos porque él ha querido ser Hijo del Cielo, pero es consciente de la miserable situación en que se encuentra el país. En 1125, la China de los Song llegaba a los cien millones de habitantes. El censo de 1290 ha totalizado trece millones ciento noventa y seis mil doscientas seis familias, apenas cincuenta y nueve millones de personas. Pero, por una parte, el nuevo Emperador no concentra su esfuerzo en los mismos dominios que sus predecesores y, por otra, está al frente de una organización mogola, que ha jerarquizado la sociedad china según sus propias concepciones y necesidades.

Así es como las estructuras de la sociedad china tradicional son rápidamente trastornadas. Inmediatamente después de los altos personajes de la corte estaban, anteriormente, los letrados confucianos. Y en la parte inferior de la escala social, se encontraban los militares y los mercaderes.

La jerarquía mogola está establecida en un orden prácticamente inverso. Distingue diez clases:

1. Los altos dignatarios de la corte.
2. Los funcionarios subalternos, regionales, locales.
3. Los lamas.
4. Los taoístas.
5. Los médicos.
6. Los obreros y artesanos.
7. Los cazadores.

8. Las profesiones diversas, incluyendo al campesinado.
9. Los letrados confucianos.
10. Los mendigos.

Este desprecio de la vieja cultura china no está dictado exclusivamente, al parecer, por el deseo de humillar a la nación vencida, sino más bien por una nueva concepción de las estructuras que es un precedente, en cierto modo, de la sociedad de consumo.

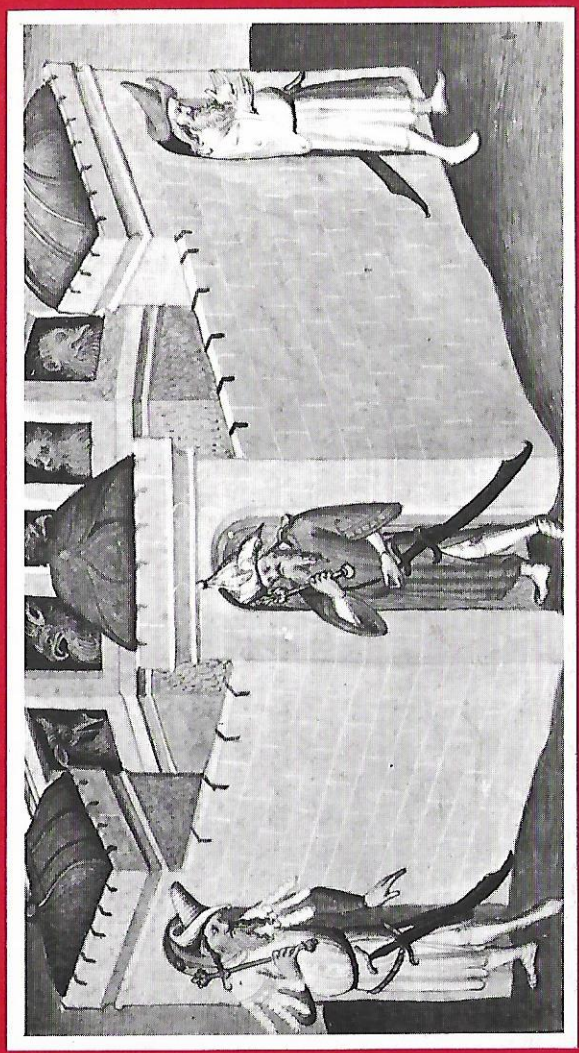
A los chinos no les gusta vivir con ostentación. Su confort no es lo que más les importa. Se contentan con adornar sus casas, sencillas, y a menudo mal calentadas, a pesar de los rigores del clima. Un diálogo frecuente, citado muchas veces como ejemplo, es éste: «¿Tiene usted frío? Se pregunta al chino. Y responde: Naturalmente».

Los nuevos amos, por el contrario, son unos sibaritas, y les importa mucho más la producción de bienes de consumo que el desarrollo cultural. De ahí el espectacular avance en la escala social de los obreros y artesanos. Se favorece, e incluso se organiza su actividad profesional.

Otra clase privilegiada es la de los mercaderes, pero sobre todo la de los comerciantes extranjeros. Estos se ven muy favorecidos en Pekín, porque aportan las riquezas del resto del mundo. Esta nueva casta va a arruinar al comercio chino, llevándose todos los beneficios de las exportaciones.

El tráfico de los puertos chinos, abiertos a partir de ahora a los barcos extranjeros, como Shanghai, Cantón, Ch'uan-Cheu, no deja de ser considerable.

La sociedad china, bajo los mogoles, se urbaniza cada vez más. La población de las ciudades se ve aumentada por las tropas de ocupación, por sus familias y por los numerosos extranjeros que gravitan alrededor de la administración mogola. Esta es incapaz, muy a menudo, de asumir su tarea por carecer de funcionarios que sepan leer, y, no fiándose de los chinos, tiene que recurrir a los pueblos más evolucionados del imperio: los turcos, los persas, los rusos y los



El palacio del Gran Khan. (Sacado del Libro de las Maravillas).

ingeniosos Uighur que rápidamente han cobrado importancia, por hablar el chino y el mogol, y se han vuelto indispensables.

Hang-Cheu, la antigua capital de los Song, impresiona profundamente a Marco Polo, quien la llama Quinsay:

«Esta ciudad es tan grande que su contorno mide más de cien millas, y contiene más de doce mil puentes de piedra, tan altos que por debajo podría pasar con toda comodidad un gran navío. Nadie debe extrañarse de que haya tantos puentes, pues yo os digo que la ciudad está totalmente edificada sobre el agua y rodeada de agua de tal manera que, por esta razón, es preciso que existan numerosos puentes para poder andar por la ciudad.

»Todas las calles de la ciudad tienen pavimento de piedra, al igual que todas las carreteras de la comarca del Mangi, de modo que se puede ir a todas partes a caballo y sin ensuciarse. Y si no existiera este pavimento, no se podría ir a caballo cómodamente, pues el terreno es muy llano y está a bajo nivel y se embarra mucho cuando llueve.

»El océano se encuentra a veinticinco millas de esta ciudad. El puerto se llama Ganfú, y en él se pueden ver muchos grandes navíos que vienen o van a la India y a otros países extranjeros, trayendo y llevando toda clase de mercancías, con lo que la ciudad obtiene grandes beneficios. Y de esta ciudad sale un gran río (es la desembocadura del Yang-Tse) que conduce al referido puerto y permite llegar a los barcos hasta la ciudad.»

Y qué bien entendemos a Marco Polo, que está al servicio de Kubilai, cuando dice:

«Y sabed que el Gran Kan hace defender muy bien esta ciudad porque ella es la cabeza de esta comarca del Mangi y porque los derechos sobre el comercio que se practica en ella le proporcionan grandes ganancias y un gran tesoro, lo que hace que sus rentas sean tan grandes que nadie que lo oyera decir se lo creería si no lo hubiera visto él mismo.»

La actividad comercial lleva a los chinos a ensanchar sus horizontes, aunque vayan a remolque de los mo-

goles. Nos enteramos, por ejemplo, de que Kubilai en persona se puso al frente de una flota de mil navíos, cuando la expedición a Java en 1292. Cerca de tres mil chinos murieron en el curso de una batalla naval, pero el rey de Java cayó prisionero, y la flota volvió a China cargada de un enorme botín de oro, perfumes y otras mil cosas valiosas.

El mundo conoció China por esta época. Los relatos de Marco Polo despertaron más de una vocación. Es también la época de los progresos técnicos que el mundo adopta en seguida. La brújula, por ejemplo. Aunque se hace remontar su descubrimiento, como un don del Cielo, al legendario Chuen, cuya esposa hizo donación al pueblo chino de la sericultura, parece que la aplicación de la propiedad del hierro imantado de señalar el norte magnético se remonta al siglo X. Los navegantes y los viajeros chinos la utilizan normalmente en el siglo XI. Se cree que Europa la conoció alrededor de 1190, pero estamos seguros de que los árabes la utilizaban en 1242, dando fe de ello un documento de la época.

Hacía siglos que los chinos conocían la pólvora negra y el secreto de su fabricación: mezclar dos elementos muy combustibles, el carbón y el azufre, con un oxidante, el salitre; y con ella hacían fuegos artificiales para las fiestas y las grandes ceremonias. Parece que fue durante la conquista mogola cuando se les ocurrió por primera vez utilizar su fuerza explosiva para lanzar proyectiles sobre los invasores. También este invento recorrerá rápidamente su camino hacia el oeste, puesto que los ingleses emplean la artillería por primera vez, en 1346, en Crecy.

La dinastía fundada por Kubilai es la número veintiocho, si contamos las dinastías paralelas y regionales de los períodos de fragmentación, y ha recibido el nombre de Yuan, es decir, Grandeza. Y, por respeto hacia su antepasado, y también por respetar la lógica, la hace remontar a Gengis Kan, a quien concede el título póstumo

de T'ai-Tsu, el Gran Autor. A continuación están sus sucesores, Ogodei, que se convierte en T'ai-Tsong, Guyuk, transformado en Ting-Tsong, y Mongka Kan en Hien-Tsong. Kubilai toma el nombre de Che-Tsu.

Che-Tsu se esmera en administrar su imperio como un hombre de Estado, y no le resulta fácil, teniendo en cuenta la lamentable situación que acabamos de describir. Primero se dedica a levantar la economía, y le parece muy ingenioso el empleo del *ch'ao*, aquel cupón de papel moneda que corresponde a un depósito de metal equivalente a un lingote de plata. Generaliza su empleo, y Marco Polo nos cuenta cómo el Gran Kan ha encontrado, a su manera, la piedra filosofal «haciendo circular, como moneda, corteza de árbol parecida al papel».

También cuenta cómo fabrica una especie de cartón con corteza de morera, que una vez recortado adquiere diversos valores. «Y todos estos cartones llevan el sello del Señor. Y cada año hace fabricar tan gran cantidad, no costándole nada, que todo el oro del mundo no bastaría para pagarle. Y estando hechos estos cartones de la manera que os he contado, manda hacer todos sus pagos con ellos, y los hace distribuir a todo el mundo por todas las provincias, todos los reinos, todas las tierras adonde se extiende su poder y señorío.

»Y nadie, por poco que se aprecie, se atreve a no aceptarlos, pues al punto sería muerto. Por otra parte, todos los aceptan de buen grado porque, en cualquier parte de los dominios del Gran Kan que se encuentren, gastan estos cartones y pagan sus mercancías con ellos como si fuesen de oro, siendo además más ligeros.»

Con su escepticismo de comerciante europeo, respetuoso para con la plata y el oro, Marco Polo acaba de descubrir el fallo del sistema y presentir los peligros de la máquina de imprimir papel moneda. El primer ministro de Hacienda de Kubilai, Seyid Edjell, mantiene la emisión de billetes dentro de unas proporciones compatibles con el metal en circulación. Pero sus sucesores, Ahmed Benakett, otro musulmán, y después un Uighur llamado Shanga se dejan llevar a una política de in-

flación tal que es la causa de la ruina del *ch'ao* y, como consecuencia, de la de Sangha, a quien Kubilai condena a muerte por malversación de fondos.

En los últimos años del siglo se vuelve al empleo del metal. Pero la crisis financiera ha tenido graves consecuencias; perturbando los intercambios comerciales, ha causado el descontento de la clase comerciante y de la población de las ciudades, directamente afectadas por los problemas de la circulación fiduciaria. Sin dejar de tener en cuenta la miseria que hace estragos en los campos y la desesperación a la que lentamente se ve arrastrado el campesinado, éstas serán algunas de las razones por las que la dinastía de los Yuan no durará, finalmente, más que unos sesenta años.

Un segundo elemento de la caída de los Yuan se encuentra paradójicamente en lo que Kubilai realiza de más constructivo para su imperio en general y para China en particular. Ha comprendido que la cohesión del imperio depende de las comunicaciones. Así es cómo, a finales del siglo XII, los mogoles han puesto a punto un sistema de correos gracias al cual las noticias viajan con asombrosa rapidez de un extremo del mundo al otro. Doscientos caballos han sido destinados a este servicio.

Se necesitan grandes vías de comunicación, canales cada vez más numerosos para asegurar el abastecimiento incesante de las grandes ciudades y los intercambios comerciales, que continúan acelerándose. Para la realización de estos trabajos se necesita mano de obra, y esta mano de obra no puede salir más que del campo, lo que es otro factor de la ruina del campesino, abrumado, por otra parte, por toda clase de impuestos que sirven para pagar los gastos suntuarios de la clase y las tropas de ocupación. Un reclutamiento de trabajadores forzados será la causa de la sublevación final contra los Yuan.

Nos acercamos al final de la dinastía de los Yuan en China. Y está relacionado, de una manera bastante curiosa, con el derrumbamiento del imperio de Gengis Kan, del que Kubilai es el responsable directo.

En efecto, el sistema de sucesión entre los hijos de la estepa, vigente desde tiempos inmemoriales, es la elección. Al morir un Gran Kan, los guerreros, reunidos en asamblea, eligen otro. Pero esto no siempre sucede sin tropiezos. Incluso desemboca, cuando falta una personalidad lo suficientemente poderosa, en la dispersión de las tribus, pero cuando un hombre las vuelve a reunir bajo su mando, lo más probable es que sea el más fuerte.

Al fundar una dinastía y entroncarla con Gengis Kan, Kubilai trastorna el sistema establecido y sustituye la elección por el derecho de primogenitura. De esto se desprenden dos consecuencias lógicas. Una inmediata: el descontento de los grandes jefes mogoles que podían pensar con todo derecho que el sucesor del Gran Kan sería uno de ellos. De esta manera se ven excluidos de una competición para la que se preparaban desde su juventud.

La otra es una consecuencia a largo plazo. Sabemos lo que sucede con las dinastías. Tras su apogeo se produce su decadencia. Y los Yuan no son una excepción.

Mientras tanto, la consecuencia inmediata no se hace esperar. En el momento mismo de la elección de Kubilai, ya se había notado la protesta de su hermano Arik-boge, a quien no le faltaban simpatizantes. Sus partidarios se vuelven a reunir en torno a Kaidu, un primo de Kubilai que no ha sido «contaminado» por la civilización. Sigue siendo el verdadero lobo de la estepa, nómada decidido, desdeñoso para con la civilización china. Poco faltó para que en 1277 arrebatase Mogolia a Kubilai, cuya reacción fue enérgica. Pero el viejo Kan se ve obligado, diez años más tarde, a luchar de nuevo contra el rebelde y la coalición de príncipes gengiskánidas que se ha formado contra él. En el Turquestán y en la Rusia meridional, estos últimos pretenden sacudirse el yugo del Emperador. En suma, los primeros crujidos se dejan oír en el momento en el que el Hijo del Cielo va a exhalar el último suspiro, en la cima de su gloria y de su poder, en 1295.

Timur-Kan sucede a Kubilai en el trono de Pekín,

con el nombre de Ch'eng-Tsong. Es el nieto de su predecesor, y prosigue valientemente su obra. Es él, en particular, quien termina con la rebelión de Kaidu. Durante trece años, mantiene la política del primero de los Yuan, realizando indiscutibles esfuerzos para organizar el imperio y estimular su actividad, sufriendo los fracasos inevitables, teniendo en cuenta las hipotecas que pesan sobre su administración.

Estas hipotecas son de diferente orden. Los mogoles continúan desconfiando de la clase dirigente china. Continúan dependiendo de «consejeros» extranjeros, como aquel Sangha a quien le faltó poco para ocasionar la bancarrota, si esto hubiera sido posible a finales del siglo XIII.

Además, han alejado sistemáticamente a los propietarios de sus responsabilidades, sin desposeerles, no obstante, de sus bienes, es decir, de su posibilidad de explotar al campesinado, al que nunca han comprendido los mogoles. ¿Acaso no aconsejó un príncipe mogol a Kubilai que expulsara de una vez para siempre a estos chinos, de los que no se podía sacar ningún provecho, y que elevase sus tierras de labor a la dignidad de pastos? De esta manera se acentúa todavía más la carga abrumadora de los campesinos, quienes se verán arrastrados a la desesperación.

En el plano religioso, los sucesores de Kubilai, después de haber rebajado a los letrados confucianos a la categoría que sabemos, siguen una política anárquica. En primer lugar, favorecen al budismo, pero este budismo tiene dos aspectos. El uno es el aspecto chino, el otro es el del lamaísmo tibetano, al que el viejo fondo chamanista de los mogoles le concede la primacía. En consecuencia vemos abatirse sobre China la inmensa teoría de los lamas, como una plaga de langostas. «Estos lamas, dice un informe administrativo de la época, se desparraman por las ciudades y, en lugar de alojarse en los albergues, se hospedan en casas particulares, a cuyos dueños alejan para abusar más fácilmente de sus mujeres. No contentos con entregarse al desenfreno, quitan al pueblo el poco dinero que posee. Son

sanguijuelas públicas, más crueles incluso que los agentes del fisco.»

Por otra parte, se conceden tierras a estos monjes para sus monasterios, tierras que, naturalmente, están libres de impuestos, una carga más para los hombros de los agricultores.

La política mogola frente a las otras religiones es de lo más tolerante. «Unos, confía Kubilai a Marco Polo. veneran a Jesús, otros a Mahoma, y otros a Buda. No sabiendo cuál de ellos es más poderoso, yo les venero a todos y les pido que me protejan.» Por consiguiente, se construyen iglesias nestorianas en Yang-Cheu y en Hang-Cheu, y el patriarca nestoriano de Bagdad puede, en tiempos de Kubilai, crear un arzobispado en Pekín. Los musulmanes no son tratados de peor manera. Como muchos de los comerciantes llegan de los países islámicos, es bueno para el negocio fingir que se practica la religión musulmana.

La crisis del ejército comienza a producirse con los sucesores de Kubilai. La paz reina en el imperio y en sus fronteras, las tropas de ocupación están ociosas. Y nada es peor para estos jinetes de la estepa. Sus hijos, educados en el oficio de las armas, les suceden, pero no han conocido la dura escuela de las batallas. No sólo su mantenimiento es una carga para el pueblo chino, sino que además pierden todo ardor combativo.

El Emperador hubiera debido considerar como una seria advertencia el incidente de 1320. Aquel año, habiéndose desarrollado el bandidaje de manera alarmante, una guarnición de la región del bajo Yang-Tse, de unos mil hombres, recibe la misión de reducir a una banda de ladrones de unos cincuenta miembros. No lo consiguen, porque prácticamente no existe disciplina en el ejército mogol, en el que la mayor parte de los soldados ni siquiera saben servirse de sus armas, o no juzgan útil responder a la llamada de sus jefes.

El Emperador no puede darse cuenta de esta advertencia, pues Ch'eng-Tsong ha sido el último soberano mogol de algún valor. Los siguientes se precipitan hacia el ocaso, en medio de las orgías de su palacio de Pekín.

Nueve emperadores se suceden entre 1307 y 1368 con mayor o menor rapidez. El último, Toghan Timur, que reina bajo el nombre chino de Chuen-Ti (el Dócil), es el más lamentable de todos. Es la presa de los lamas libertinos que han halagado sus más bajas tendencias a la perversidad. Pasa la mayor parte de su tiempo en un pabellón que ha hecho construir con especial cuidado y al que irónicamente llama el «cuarto de la inocencia», donde bullen los pederastas y las rameras especialmente adiestradas para ejecutar danzas obscenas y donde triunfan, asegura la crónica, los amores contra natura.

Para acabar de describir el decorado de la decadencia, es preciso desempolvar el cuadro hiriente de la miseria de los campos. En esta primera mitad del siglo XIV, China conoce siete épocas de hambre particularmente desastrosas, en 1326, 1327, 1336, 1341, 1342 y 1346. En 1329, según las estadísticas oficiales, naturalmente optimistas, se estima que murieron de hambre siete millones seiscientas mil personas de una población total de cuarenta y cinco millones.

En estas condiciones, no es extraño que se apoderen del campo bandas de campesinos y que se produzca una primera sublevación en 1325.

Los primeros movimientos tienen un carácter estrictamente local, gracias a lo cual, por lo demás, y a causa de la debilidad de las guarniciones mogolas, el país se desliza rápidamente hacia la anarquía total. La única preocupación de los jefes de las bandas es saquear la región en la que consiguen imponerse y defenderse contra el que penetra en sus límites.

Un movimiento mejor estructurado se produce en 1355, partiendo de las sociedades secretas, la Nube Blanca y el Loto Blanco. Esta última, formada en 1133, tiene un carácter netamente religioso y anuncia la llegada de un mesías budista, Maitreya. Posee sus ceremonias de iniciación y sus ritos esotéricos. En el curso de una de estas ceremonias, los miembros de la secta inmolan un caballo blanco y un buey negro, juran fidelidad al jefe de la secta y le proclaman continuador de

la dinastía de los Song bajo el título de «Rey Brillante». El movimiento abarca toda la región de Cantón y del bajo Yang-Tse, pero se extingue pronto porque los mogoles consiguen apoderarse del pretendiente y le dan muerte.

Pero, aquel año, el relevo está ya asegurado: en 1351, una nueva calamidad se añade al hambre devastadora: el río Amarillo ha roto sus diques. El gobierno de Pekín decreta el servicio de trabajo obligatorio y manda reclutar ciento setenta mil hombres. Esta decisión provoca una serie de revueltas en el Ho-Nan, en el Kiang-Su, en el Chan-Tung, todas ellas conducidas por hombres surgidos de las capas más modestas de la población.

Dos años más tarde, un hombre destaca claramente del resto de los jefes de bandas. Se llama Chu Yuan-chang. Es el hijo de unos pobres aldeanos y su familia ha sido aniquilada por una epidemia cuando él tenía diecisiete años. Como muchos hacían en aquella época, ha entrado en un monasterio de bonzos para escapar del hambre. Ciertamente no tenía vocación monástica, pero es verosímil que adquiriera cierta cultura.

A los veinticinco años, se une a los insurrectos de la China del Sur, entre los que pronto figura como jefe. Lejos de buscar el pillaje, intenta, por el contrario, restaurar la paz y el orden en el este de China, donde al frente de algunos miles de hombres dirige la campaña tan acertadamente que pronto acuden junto a él los letrados, y después los notables de una ciudad, confiándose a su protección.

A partir de ese momento. Chua Yuan-chang ya no es un hombre solo. Tiene consejeros que le proponen planes estratégicos. Ve agruparse a su alrededor a todos aquellos a quienes subleva el odio a la ocupación mogola. Y lo que es todavía importante, reagrupa a los notables que ante la descomposición de la infraestructura mogola, comienzan a temer seriamente a los otros jefes de bandas que actúan como Grandes Compañías.

Así llega el día de 1356 en el que Nankín abre sus puertas a Chu Yuan-chang, quien se instala en la ciudad y se proclama «rey de Wu», porque la mayor parte de

sus partidarios proceden de esta región. Allí organiza, con la ayuda de sus consejeros, un gobierno regular, e instaura en la región una paz que constrasta felizmente con la anarquía circundante.

Por otra parte, no es al invasor a quien primero tiene que combatir el «rey de Wu», sino a la competencia, comenzando por la del hijo de un pescador, Ch'en Yu-leang, quien al frente de sus bandas ha impuesto su ley en el Ho-Pei, en el Hu-Nan y en el Kiang-Si. En 1363, Chu Yuan-chang termina su campaña contra él con una victoria naval en el lago Po-Yang, en el sur del Yang-Tse.

Cinco años más tarde, el antiguo monje es dueño no sólo de Nankín, sino también de Cantón y de toda la China meridional. Entonces comienza la gran aventura: la marcha sobre Pekín.

Es una marcha triunfal. El último emperador Yuan, en medio de sus rameras y pederastas, ve acercarse el peligro sin reaccionar. En la noche del 10 de septiembre de 1368, este indigno descendiente del gran Gengis Kan abandona cobardemente su capital y huye hacia la estepa, de donde, ciento cincuenta años antes, habían salido los suyos.

Así acaba la aventura china de los gengiskánidas, como un fenómeno cósmico. La nube mogola se formó en la inmensa pradera asiática y llegó a extenderse por la mayor parte de aquel continente. Después se disolvió en el crisol chino, o más bien disolvió su fuerza y su sustancia.

Pero también ellos tienen asegurado el relevo. En el momento en el que Chuen-Ti, o Toghon-Timur, el último emperador Yuan, huye ignominiosamente de Pekín, un hombre, en el otro extremo del mundo tártaro, ha cumplido ya treinta y seis años. Nació en 1336 en Kesh, cerca de Samarcanda. Se llama Timur-Lenk, Timur el Cojo, y dejará un espantoso recuerdo en la historia bajo el nombre de Tamerlán. Morirá en 1405, en el umbral de China, cuya reconquista se había propuesto.

Es bastante difícil hacer el balance de esta dinastía de los Yuan, relativamente breve. Los historiadores chinos execran este período, que ha tenido sin embargo aspectos positivos, como la aportación de nueva savia a la China clásica y un poco anquilosada, de nuevos contactos con el mundo y medios de expresión menos exclusivos. En el dominio cultural, aunque la filosofía y la poesía no registran ninguna novedad, nace una especie de novela popular con un lenguaje sencillo, sin afectación, despreciada por los letrados.

Ciertos críticos advierten en la pintura una última fase creadora que es como el fin de la Edad de Oro de los Song. De hecho, los temas resultan más vivos, más animados. La pintura cobra vigor y frescura. Destacan dos nombres. El de Chao Mong-fu, uno de los pocos artistas adictos a los Yuan, quizás el mejor pintor de caballos de la historia china, y Ni-Tsan, cuya influencia es enorme, por la originalidad de su genio. Es él quien responde a un aficionado que le dice que sus cañas parecen cáñamo: «¡Qué difícil es lograr una falta total de parecido!».

En escultura, el lamaísmo anima a los artistas a decorar los monasterios, pero donde se alcanza mayor desarrollo es en el teatro. Bajo los Yuan, nace el drama, cuyos medios de expresión se hacen más complejos y perfeccionados, y que será característico del teatro chino. Se utilizan los efectos escénicos, el maquillaje, se combinan el canto y la danza, se fijan las reglas de la dramaturgia. Son muy estrictas: la obra debe tener obligatoriamente cuatro actos. El reparto se centra en un personaje principal que declama, cantando, versos cadenciosos, mientras que los demás personajes se expresan en lenguaje corriente. Se le llamará «drama del Norte», cuando en el Sur nazca bajo los Ming un teatro más libre.

Finalmente, podríamos atribuir a los Yuan el resurgir de una conciencia nacional que se manifiesta al caer la dinastía.

La sublevación popular, conducida por Chu Yuan-chang, estaba motivada por la desesperación, y al

principio se dirigía indiferentemente contra los mogoles y contra los ricos. Estos, alejados del poder por las medidas de discriminación raciales, prefirieron unirse a los sublevados y a partir de entonces el movimiento resultó exclusivamente nacional. Así se explica que la revolución signifique un retorno al orden vigente antes de la ocupación mogola.

Una vez aclamado triunfalmente en Pekín, Chu Yuan-chang se apresura a proclamarse un T'ai-Tsu, un Gran Autor.

En España, por aquel entonces, Pedro I el Cruel moría a manos de su hermano Enrique, en 1369.

10

LOS MING

La nueva dinastía de los Ming (la Brillante) va a hacer honor a su nombre durante más de tres siglos. El hijo de unos miserables aldeanos se ha convertido en Hijo del Cielo al cabo de trece años de luchas incesantes y de sangrientos combates, y se reclama heredero de la dinastía de los T'ang, bajo la cual conoció el imperio su mayor expansión. Puede estar orgulloso: hacía cuatro siglos que Pekín vivía bajo la dominación extranjera.

Esta ciudad fronteriza, sin particular importancia en los planos político y económico, se ha convertido en un símbolo, el del prestigio chino.

T'ai-Tsu intenta restaurar el poder de los antiguos emperadores. Sus tropas persiguen a los mogoles hasta el corazón de la estepa y, pronto, intervendrá en los asuntos del Turquestán chino, o Sin-Kiang, dividido en pequeños reinos.

La suerte acompaña a Chu Yuan-chang. Tiene ante él un reinado de casi un tercio de siglo y se encuentra en la plenitud de facultades de sus cuarenta años. El entusiasmo inicial tiene, por otra parte, su reverso: el derrumbamiento de los Yuan ha sido demasiado repentino, la liberación excesivamente fácil. No sólo los chinos han vuelto a descubrir el sentimiento nacional, sino que, con el orgullo nacional y como consecuencia, se produce un movimiento de xenofobia, fácilmente explicable por el papel que han desempeñado bajo los Yuan toda clase de extranjeros. La nueva China los

elimina, naturalmente, de los puestos directivos, pero además tiende a cerrarles sus fronteras y a replegarse sobre ella misma. Y esto es peligroso, porque en Europa se preparan ya los grandes descubrimientos. A China le hubiera interesado evolucionar con el resto del mundo.

La lucha que va a librar durante más de un siglo contra los piratas japoneses será otro de los factores que la inciten a construir sus barreras. Las primeras expediciones japonesas contra las costas chinas tienen como fin realizar acciones de represalia por los intentos de desembarco en el Japón, efectuados bajo los Yuan. Pero el botín reunido en el curso de estas razzias ha animado a los piratas a equipar poderosas flotas para saquear sistemáticamente las costas. Por este motivo, China se ve obligada a construir, durante todo este período, una verdadera línea de fortificaciones frente al mar, a implantar guarniciones en ellas y a retirar hacia el interior las poblaciones costeras, para defenderlas con mayor facilidad.

Estadista indiscutible, el T'ai-Tsu de los Ming emprende la tarea de restaurar los valores esenciales, restablecer todo el esplendor del culto confuciano, volver a poner en vigor la enseñanza tradicional y el sistema de exámenes para reclutar mandarines.

Desde el comienzo de su reinado se encuentra con dos necesidades: la de reunir un país que ha estado tanto tiempo dividido en dos, y la de aliviar los sufrimientos del pueblo, particularmente los de los campesinos.

El primer objetivo es fácilmente alcanzado. Hombre del Sur, Chu Yuan-chang gobierna al principio con la colaboración de los meridionales. Pero pronto llama junto a él a hombres del Norte. Y llega más lejos: hace que sean hombres del Sur quienes administren las regiones del Norte, y viceversa.

El sigue residiendo personalmente en Nankín, su primera capital, rodeado de letrados confucianos, pero también de monjes budistas, pues ésta es la religión que él practica. Y esto es otra forma de promover la reconciliación nacional.

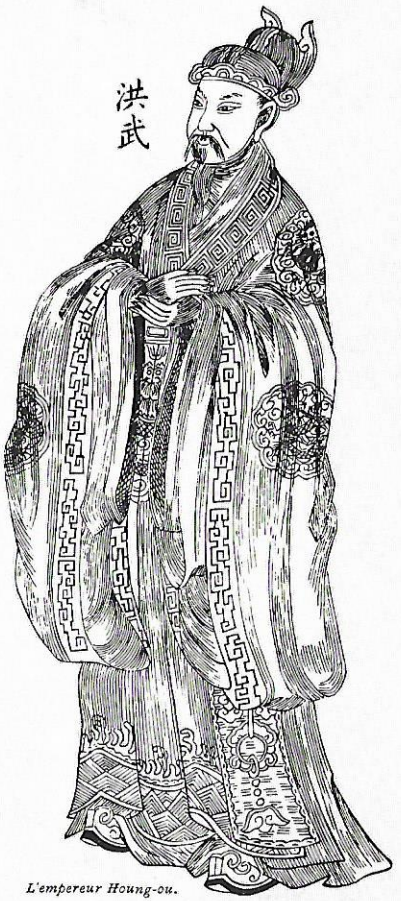
El segundo objetivo es mucho más difícil de lograr. Las primeras medidas del Emperador están evidentemente dirigidas contra los ricos y los propietarios de tierras. ¿Acaso él no es hijo de unos miserables aparceros? Lleva a cabo una reforma agraria, repartiendo tierras entre los campesinos desposeídos. Hace realizar una refundición del catastro, para evitar una de las plagas seculares de China: la evasión fiscal. Pero la ley es una cosa y su aplicación otra. La corrupción reina pronto como dueña y señora, y T'ai-Tsu, además, comete la gran equivocación, como tantos otros fundadores de dinastías, de reconstruir una especie de feudalismo, con la intención de proteger su trono apoyándose en los miembros de su familia y en sus fieles, proveyéndoles de cargos lucrativos y de feudos en los que no tardan en hacerse, si no independientes, al menos peligrosamente autónomos.

Al envejecer, además, el antiguo monje se hace cada vez más fastuoso y vive con el esplendor de los antiguos emperadores mogoles, sin preocuparse de la carga que esto supone para el Estado. Por otra parte cae en una cruel megalomanía que le hace sospechar que todo el mundo intenta su perdición. Ordena, un día, ejecutar a dieciocho altos dignatarios de la corte, sospechosos de conspiración, con toda su familia. En otro asunto de complot, quince mil condenados son ajusticiados en Nankín.

La dinastía Ming, que en sus brillantes comienzos había suscitado tantas esperanzas, cuando huían los mogoles, está gravemente comprometida al morir su fundador en 1398.

Se presenta una difícil sucesión. Su hijo, el legítimo heredero del trono, había muerto siete años antes. Por eso, designan para sucederle a su nieto, Huei-Ti, hombre muy joven, que es entronizado en 1399. Pero su tío, otro hijo de Chu Yuan-chang que reside en Pekín y lleva el título de príncipe de esta ciudad, se considera heredero natural del trono por la muerte de su hermano.

Por otra parte, manda el ejército del Norte, y se pone



L'empereur Houng-ou.

Chu Yuan-ch'ang, fundador de la dinastía Ming.

a su frente para apoyar sus pretensiones. Estalla una nueva guerra civil, del Norte contra el Sur, que asola China durante cuatro años, al término de los cuales el pretendiente consigue vencer a los ejércitos sudistas, tomar la capital, Nankín, e incendiar el palacio.

¿Cómo acaba el desgraciado Huei-Ti? La historia propone dos versiones diferentes: perece voluntariamente en las llamas de su palacio, antes de la llegada de los invasores, o bien huye por un subterráneo y gana un monasterio budista donde termina sus días.

El príncipe de Pekín se hace proclamar Hijo del Cielo y sube al trono. Sin duda es el soberano más notable de la Dinastía Brillante. El tercero de los Ming toma el nombre de Cheng-Tsu, pero es más conocido en la historia como Yong-Lo, otro nombre adoptado por el soberano para señalar una fase de su reinado, siguiendo una tradicional costumbre de los emperadores chinos, establecida a partir del siglo II antes de nuestra era.

Este hombre de grandes concepciones tiene la vocación del poder. Piensa que su padre le ha mostrado el camino a seguir con la recuperación de las Marcas del Nordeste. ¿Acaso el Gran Autor no llegó incluso a enviar a sus ejércitos a combatir a las tribus, en la estepa, entre el Khalkhagol y el Kerulán?

Esto induce a Cheng-Tsu a realizar un sueño inverso al de Kubilai.

Surgiendo de la inmensa estepa de la alta Asia, los mogoles conquistaron China. Quizás partiendo del Imperio chino no sea posible conquistar y ocupar la inmensidad de la estepa, pero tal vez sea posible imponerle la soberanía china.

Este es el gran proyecto que concibe Cheng-Tsu. O más bien, uno de sus grandes proyectos.

Pero, por el momento, el centro de gravedad del imperio sigue siendo el Sur, con Nankín como capital. Transfiriéndola a Pekín en 1403, el tercer Emperador de la dinastía de los Ming toma una decisión de graves consecuencias y de profunda significación, pues afirma con toda claridad la importancia de la China del Norte y subraya, dramáticamente, la de las Marcas del Nordes-

te. Al colocarse inmediatamente detrás de la Gran Muralla, manifiesta sus intenciones de extender la influencia china al otro lado. Finalmente se declara sucesor de los emperadores mogoles, cuyo fasto y magnificencia deslumbraron, precisamente en Pekín, a los visitantes extranjeros.

Los viajeros que llegarán más tarde, no se sentirán decepcionados. La ciudad imperial de los Ming es incluso más «brillante» que la de los Yuan. En realidad, es la misma ciudad de hoy en día, pues, a pesar de las invasiones, de los incendios, de las revoluciones, de las destrucciones, ha sido reconstruida incansablemente sobre el plano trazado por Cheng-Tsu. Tiene nueve kilómetros de lado, es cuadrada y está orientada en dirección norte-sur. Se divide en tres partes esenciales: la Ciudad prohibida, púrpura y violeta, donde reside el Emperador con su familia y sus gentes. La Ciudad tártara, reservada a la clase privilegiada, que esconde tras de sus muros palacios y jardines, y la Ciudad china, donde se amontonan los comerciantes, los artesanos y el resto de la población. El nuevo Pekín es muy diferente del que nos describía Marco Polo. Bajo los Yuan, era una especie de proyección magnífica de un campamento salvaje. La ciudad de los Ming es la capital de un mundo refinado, evolucionado. Cheng-Tsu hace ahondar y ensanchar los lagos durante varios años, elevar colinas artificiales, plantar bosques y jardines. A continuación hace construir, junto a la muralla sur, los templos del Cielo y de la Agricultura.

Al mismo tiempo, el Emperador hace restaurar, fortificar y alargar la Gran Muralla. Es un muro de contención frente a las mareas de la estepa, a la vez que un punto de partida para salir a navegar sobre su océano.

Porque, si no es posible conquistar el inmenso territorio de las tribus, un Hijo del Cielo puede, al menos, intervenir en su política fluctuante y movediza. Obrando en consecuencia, la diplomacia china de Cheng-Tsu, aplicando el principio empleado por todas las grandes potencias, «divide y vencerás», sostiene las

revueltas de las tribus contra los gengiskánidas y, alterando la influencia política con demostraciones de fuerza, envía a Mogolia en 1411 un ejército que se aventura victoriosamente hasta la región de las fuentes del Onon, la patria de Gengis Kan.

Para un hombre como Cheng-Tsu, el Sur representa una tentación tan grande, por lo menos, como la del Norte. Su política de expansión apunta también hacia Indochina. En 1407, los ejércitos de China meridional se anexionan el Annam, aprovechando el Emperador la confusa situación política de aquel país. China no ha recobrado todavía su anterior potencia, la de los tiempos de apogeo de los T'ang. Pero está volviendo a alcanzar su grandeza.

El Emperador piensa, sobre todo, en su influencia sobre el resto de Asia y del mundo.

A lo largo de todo este relato, hemos podido apreciar una constante de la política china: su falta de interés por los asuntos del mar. Los Song han abandonado prácticamente sus relaciones marítimo-comerciales con los extranjeros. Bajo los Yuan, los comerciantes persas, árabes y judíos se han beneficiado de las manifiestas preferencias, de las cuales eran objeto, respecto a los chinos. Esto tiende a cambiar bajo Cheng-Tsu.

No se puede decir que el Emperador se preocupe de restaurar el comercio exterior, de equilibrar la balanza comercial y de volver a tomar la iniciativa en los mercados extranjeros. Estas nociones son prematuras en una nación del siglo XV. Sin embargo, un cierto número de factores le permitirán escribir el capítulo marítimo de su reinado:

— La ola de xenofobia que ha marcado esta dinastía y que ha llevado a los chinos a prescindir de sus habituales compañeros en el comercio.

— El orgullo del soberano, quien después de haber restaurado el prestigio dinástico —y, por tanto, nacional— se propone imponer tributo a los vecinos reinos insulares.

— Su afición al lujo, que le hace desear los productos de los países exóticos.

— Por último, «el hombre providencial» para aquella ocasión: un notable navegante y conductor de hombres, un eunuco: Cheng-Huo.

Este prepara una expedición con no menos de veintiocho mil hombres y sesenta y dos grandes buques. Ataca sucesivamente Campa y Java, pasa por Sumatra, al volver, y regresa triunfalmente a Cantón, en la novena luna de 1407, cargado de botín y de trofeos.

En 1408, un rey de Borneo muere en su exilio de Nankín. Todavía existe su tumba, que ha sido recientemente identificada y restaurada.

El Emperador se aficiona a estas victorias prestigiosas. Cheng-Huo recibe la orden de volver a partir casi inmediatamente. Objetivo: Siam, Java, Cochinchina, Calcuta y el umbral de la India. Esta vez pasea triunfalmente los estandartes imperiales y, en nombre del Emperador, se detiene en Ceilán, en el camino de vuelta, presenta ofrendas en un templo budista y erige un monumento. Esta visita respetuosa es, sin embargo, el preludio de una especie de «guerra colonial» entre chinos y cingaleses, felizmente acabada por Cheng-Huo. En 1411 vuelve, como en todas sus campañas, cargado de botín y de cautivos.

El almirante es el gran hombre del reinado. Tres años más tarde, el Emperador le proporciona los medios para montar una nueva expedición, que permite a China intervenir en los asuntos de Sumatra. Los viajes siguientes de Cheng-Huo, en 1417, 1419 y 1422, son de carácter diplomático y de propaganda. Parte con sus bodegas repletas de seda y porcelana, para ofrecer presentes a los soberanos de los países visitados. Le acompañan sabios, médicos, ingenieros, artesanos de todos los oficios, encargados de explicar la civilización china, pero también de informarse de lo que se hace en otros lugares.

Su escuadra rodea la India, penetra en el golfo Pérsico. Cheng-Huo visita Persia. A continuación bordea la península arábiga, entra en el mar Rojo. Se le ve

en Adén y en Djeddah, el puerto de La Meca. Toca igualmente la costa oriental de Africa.

Es un descubridor, y lleva muy lejos el nombre y la fama de su Emperador. Con razón podemos preguntarnos lo que habría ocurrido si no se hubiera detenido su empuje, si, como en Occidente, Cheng-Huo hubiera abierto el capítulo de los grandes descubrimientos de la expansión colonial, si, en fin, los sucesores de Cheng-Tsu hubieran continuado su obra.

En cada dinastía, el impulso vital disminuye con el tercer o el cuarto Emperador. Los Ming no se salvan de esta especie de maldición. China a partir de aquel momento, volvía a su clasicismo y, digámoslo también, a su esclerosis. Esclerosis del pensamiento, hundido en el academicismo confuciano y en la cristalización de la filosofía de Chu-Hi. Esclerosis política de una sociedad que no puede escapar a la corrupción de sus estructuras. Los eunucos vuelven a ocupar, progresivamente, su papel nefasto en el palacio y la prevaricación se instala de nuevo en la administración pública.

Un factor particular de aquella época va a acentuar todavía más este proceso, es el nacimiento de una burguesía china.

Su aparición se debe en gran parte a la invención de la imprenta y al lugar que ocupa el libro en el mundo chino de entonces. Hasta que se comienzan a fundir los caracteres móviles, la cultura había estado reservada exclusivamente a la clase social, bien delimitada, de los letrados. A partir de ahora, se hace accesible a todos los que pueden adquirir un libro. Así se forma, principalmente en las ciudades, toda una nueva clase de gentes, y es extraño que a esta difusión de la cultura no haya correspondido una evolución del pensamiento, un nuevo desarrollo de la filosofía. Al parecer, esto es incompatible con el respeto chino a la tradición y a la conservación de las estructuras.

La nueva capa del pueblo, que de este modo tiene acceso a la instrucción, no se servirá de ella para

presentarse a los exámenes del mandarinato. Por otra parte, estos exámenes son en extremo costosos, porque exigen trasladarse a la capital durante cierto tiempo, e incluso a Pekín. Además es conveniente predisponer favorablemente a los examinadores por medio de regalos apropiados.

En estas condiciones, la instrucción se ve acompañada por una búsqueda de la posición social, de los medios de adquirirla... y de conservarla. Habrá que esperar mucho tiempo todavía para que el campesinado, la clase ínfima, la que compone el fondo y la masa del pueblo chino, acceda, a su vez, a las luces de la instrucción.

Yen-Tsong, el sucesor de Cheng-Tsu, muere prematuramente al cabo de un año de reinado. Le sucede el segundo hijo del Emperador Yong-Lo, Siuan-Tsong, quien deja tras él, en especial, una reforma que hace más equitativo el reclutamiento de los mandarines. Cuando muere en 1435, su hijo Ying-Tsong tiene ocho años.

Por aquella época, la marea del mundo venía a romper contra las rocas chinas.

En primer lugar, los eternos bárbaros, los turbulentos mogoles, el mundo de la estepa. Después de las campañas de Cheng-Tsu, se había llegado a un compromiso con los mogoles. Todos los años llegaba a Pekín una delegación mogola para testimoniar sus buenas relaciones y, sobre todo, para gozar de la hospitalidad imperial. La situación se estropea precisamente con Ying-Tsong, que está desde su juventud en manos de la *camarilla* de los eunucos y, en particular, del más nefasto de todos ellos, un tal Wang-Chen.

Cuando los mogoles, a consecuencia de un incidente en la corte, envían en 1448 un ejército contra China, los Ming no se encuentran en situación de resistir. Sin embargo, el joven Emperador, empujado por Wang-Chen, decide pasar a la ofensiva. Esto significa el desastre. Un Emperador con un total desconocimiento

de la estrategia, un eunuco pretencioso que no piensa más que en su gloria, un ejército sin víveres y sin aprovisionamiento: se le reduce a pedazos en la montaña, entre Pekín y Kalgan. Cien mil chinos encontraron la muerte en las gargantas de Siuan-Hua a manos de los mogoles, quienes matan al pernicioso eunuco y se llevan cautivo al Emperador Ying-Tsong, pensando cobrar un fuerte rescate, pues el tiempo de Kubilai ha pasado. Los mogoles han vuelto a ser lo que eran antes de la epopeya del Gran Kan, nómadas ladrones de la estepa.

Mientras tanto, la confusión reina en Pekín. Un partido dirigido por el general Yu disputa el poder a la familia Yang, bajo cuya férula ha estado, durante los años de su infancia, el Emperador, cautivo ahora, y que sostiene los derechos de su hijo, de escasa edad todavía. Por eso, nadie se preocupa de pagar el rescate exigido por los mogoles.

Estos ven con consternación cómo su «mercancía» pierde valor según van transcurriendo los meses. Terminan dejando en libertad a su prisionero, por despecho y para complicar todavía más la situación en Pekín. El desenlace de esta situación se produce por sí mismo, al morir el usurpador entronizado por el general Yu.

Esto supone la restauración de Ying-Tsong, pero China no gana gran cosa con ello. Asistimos de nuevo al fatal proceso de las dinastías chinas. Sobreviene la decadencia, los emperadores se suceden con la única preocupación de sus placeres y las diferentes facciones luchan en la corte, ávidas de ejercer el poder y enriquecerse. En 1505, Wu-Tsong, un hombre todavía muy joven, se convierte en Hijo del Cielo. Va a caer, a su vez, bajo la influencia de un eunuco, un cierto Liu-Kin, hombre de temple poco común. Obtiene de su dueño una delegación de poder que le permite dar cualquier orden, mientras el Emperador pasa el tiempo con sus favoritas.

El primer decreto de Liu-Kin condena a muerte a trescientas personalidades de la corte y del gobierno que se le oponían. Son ejecutadas...

En estas circunstancias, es natural que el imperio esté tan mal preparado para resistir a los peligros exteriores. Y, sin embargo, surgen de nuevo.

Un fenómeno inquietante se ha producido mientras tanto, a finales del siglo XV, en la estepa. Se ha efectuado una tentativa de restauración del imperio de Gengis Kan y, aunque no se ha llegado tan lejos, uno de sus descendientes, Altan, ha reunido bajo su mando a las tribus de la Mogolia interior. Con todas esas gentes ya puede emprender algunas expediciones, a partir de 1530, contra las provincias del norte de China. En 1550, llegará a las puertas de Pekín, arrasando todo lo que encuentra a su paso. Desde el palacio imperial, aquel año, se distinguía la aureola purpúrea de las llamas en los barrios extremos de la capital.

Un segundo acontecimiento tendrá consecuencias mucho más profundas para la vida china, aunque mucho menos inmediatas.

En 1498, un navegante portugués de treinta años, Vasco de Gama, enviado por su rey Manuel el Afortunado, dobló el cabo de Buena Esperanza y llegó a Calicut, abriendo una nueva ruta al comercio de las especias.

Sus compatriotas no tardan en seguir el mismo camino. Mientras que Vasco de Gama ha realizado ya una segunda expedición y fundado las primeras factorías, una pequeña escuadra, mandada por el almirante Diego López de Sequeira, hace su entrada en Malaca el 1 de Agosto de 1509. Dos años más tarde, Alfonso de Alburquerque aprovecha los disturbios que agitan la ciudad para apoderarse de ella. Ya están los portugueses instalados en una posición estratégica y comercial en el sudeste de Asia.

De hecho, en 1514, los primeros navíos portugueses fondean en puertos chinos. En 1517, están en Cantón. Entre 1549 y 1557, obtienen de los mandarines de la China meridional la autorización de fundar un establecimiento, exclusivamente comercial, en el delta del Si-Kiang. Se trata de un minúsculo territorio de dieciséis kilómetros cuadrados, abarcando también dos pequeños islotes. En una palabra, se trata de Macao, que rápidamente se convierte en un gigantesco almacén y será el gran puerto de exportación de coolies hacia el Nuevo Mundo.

Los portugueses, a quienes los chinos llaman Fulang-ki, aportan una novedad a China: el arma de fuego. Y mientras se hace una copia del primer modelo de fusil, el Emperador, vivamente interesado, ofrece su hospitalidad a los visitantes durante todo un año.

Los mogoles, los portugueses... Tenemos que hablar todavía de los japoneses. Sus incursiones, como piratas y corsarios, en la costa china, esas campeadas sangrientas y devastadoras contra las cuales ha sido preciso construir casi una Gran Muralla marítima, duraron prácticamente un siglo y no cesaron hasta 1467.

Pero en 1555 vuelven a repetirse. Aquel año una flota de piratas remonta el curso del Yang-Tse y pasa a sangre y fuego por todas las localidades no fortificadas.

¿Quiénes son estos nuevos normandos? No son, nos dice René Grousset, más que los «hijos descarriados de la expansión japonesa».

Porque también el Japón tiene miras expansionistas. Se despertó al budismo, en otro tiempo, con los primeros escribas coreanos que llegaron para predicarles la nueva religión. Sus contactos con China le han hecho adoptar estructuras bastante parecidas a las del Imperio del Medio, pero los emperadores han dejado el poder en las manos de poderosas familias, que ocupan las funciones ministeriales hereditariamente.

A finales del siglo XVI, el Japón, a excepción de algunos principados más o menos autónomos, está gobernado por Hideyoshi, un estadista fuera de serie, que sueña con conquistar el imperio de los Ming. Pero, si consideramos el mapa, y los azares de una expedición marítima, nos damos cuenta de que una política de expansión continental tiene que pasar por Corea, en el caso de los japoneses. En 1592, Hideyoshi piensa que ha llegado el momento propicio: los chinos tienen que ocuparse en el norte de los mogoles, cuyo jefe, un cierto Yen-Ta, no ha podido ser apaciguado más que

gracias a ciertas concesiones en los mercados fronterizos, que se parecen mucho al pago de un tributo. Por otra parte, han tenido que sostener una verdadera guerra colonial en Annam. Entonces, Hideyoshi prepara una poderosa expedición y desembarca en Corea con doscientos mil hombres.

El ejército nipón marcha sobre la capital de Corea, Seul, mientras que los coreanos, que consideran a los japoneses como su enemigo sempiterno, piden ayuda a los chinos. El trono de Pekín está entonces ocupado por un Emperador de diez años, que subió al trono en 1573. Se llama Chen-Tsong y Wan-Li es el nombre de su período.

El plan nipón consiste en alcanzar el río Yalu y en descender desde allí hacia Pekín. Desgraciadamente para los invasores, la resistencia de Corea ha dado tiempo al ejército chino para intervenir impetuosamente. Ante las fuerzas conjugadas de un enemigo netamente superior en número, los japoneses se ven obligados a evacuar el norte de Corea, cuando ya habían alcanzado P'yong-yang, después de abandonar Seul en 1593.

Una nueva tentativa nipona, en 1597, acaba en un fracaso más resonante todavía. Los invasores no pueden alcanzar Seul. Se ven cercados en una cabeza de puente, donde les asedian los chino-coreanos, y el desenlace llega por sí mismo: Hideyoshi muere en 1598. Nadie parece deseoso de volver a tomar la antorcha de la expansión continental. Las tropas embarcan con destino al archipiélago. No se les volverá a ver hasta tres siglos más tarde.

Desde que Marco Polo reveló a los occidentales el fabuloso mundo de las Indias y de China, las empresas comerciales y las expediciones coloniales se multiplicaron.

Los misioneros acuden con su celo evangelizador y los miembros de la Compañía de Jesús, fundada en 1534 por Ignacio de Loyola, están en primera fila. Su

compatriota, San Francisco Javier, es uno de los primeros en alcanzar el Extremo Oriente, desembarcando en Goa en 1542.

«Espero ir a China este año, escribía en 1552 a Ignacio de Loyola, su general, por el gran servicio a Dios nuestro Señor que puede resultar de ello, tanto a China como al Japón, pues cuando los japoneses vean que la ley de Dios les llega de China, perderán más rápidamente la fe en su secta.»

San Francisco Javier hace el viaje sin engañarse en cuanto a las dificultades que le esperan: «Dos son los peligros que corremos. El primero es que el hombre que nos lleva, en cuanto le hayamos pagado, nos abandone en cualquier isla desierta o nos arroje al mar para librarse del gobierno de Cantón. El segundo es que, si llegamos a Cantón y ante la presencia del gobernador, éste nos haga maltratar o arrojar a una prisión, ya que hay tantas prohibiciones en China para que nadie entre sin *chapa* (autorización oficial), puesto que el Rey prohíbe estrictamente que entren extranjeros en su país sin autorización.»

San Francisco Javier ha juzgado bien la situación. Se produce la primera eventualidad. El comerciante chino a quien se confió no quiso correr el riesgo. El jesuita muere en su isla desierta el domingo 27 de noviembre de 1552.

La evangelización de China no parece cosa fácil. La primera implantación de los cristianos, dejando aparte a los nestorianos, se remonta a los mogoles, con el viaje del enviado de San Luis, Rubruquis, y el del enviado de Inocencio IV, Jean du Plan Carpin. El primer obispo de rito católico romano de Cambaluc, bajo Kubilai, es un franciscano, Ponte-Corvino. Pero, cuando se derrumbó la dinastía mogola de los Yuan, los cristianos, como los comerciantes extranjeros, sufrieron las consecuencias de la reacción xenófoba.

Diecisiete años después de la muerte de San Francisco Javier, en 1569, el dominico portugués Gaspar da Cruz efectúa un viaje a China y renuncia a permanecer allí para llevar a cabo su obra evangelizadora porque,

escribe, «los chinos no permiten, de ninguna manera, las innovaciones. Ningún extranjero puede entrar en China, o permanecer en Cantón, sin una autorización expresa, provisional y siempre revocable.»

Y concluye el religioso: «Por ello, resulta que ningún chino del pueblo se atrevería a hacerse cristiano sin el permiso de los mandarines, o, por lo menos, son numerosos los que no querrían convertirse».

Los jesuitas, sin embargo, insisten. Están instalados a las puertas de China, desde 1552, en la minúscula colonia portuguesa de Macao, donde han abierto una residencia primero, y después un colegio, puesto bajo el patrocinio de San Pablo.

La primera incursión en el continente chino la efectúa el padre Ruggieri en 1580. Aquel mismo año desembarcaba en Macao el padre Mateo Ricci, el futuro fundador de la misión de los jesuitas.

Ambos se instalan en Chao-King en 1582, pero son expulsados rápidamente y se vuelven a Macao. Esta primera experiencia les ha enseñado al menos una cosa: de nada sirve hacer alarde de celo evangélico y correr al martirio. Hay que obrar con prudencia. Cuando los dos hombres vuelven de nuevo a China, se presentan como dos «religiosos seducidos desde el Occidente lejano por la fama del gobierno chino, y deseosos de vivir hasta su muerte en aquel país, sirviendo a Dios, el Señor del Cielo.»

Por otra parte, Mateo Ricci ha aprendido en Macao la lengua china lo suficiente para llevar a cabo su misión. Para no chocar a los chinos, adopta el hábito de los monjes budistas, y, a pesar de muchos contratiempos y de las denuncias que le llevan más de una vez ante los tribunales, consigue residir en Nankín, perfeccionando su conocimiento de la lengua china, leyendo los libros chinos, imbuyéndose del pensamiento y de la civilización de aquel pueblo.

Rápidamente descubre una cosa: vistiéndose como un monje budista, afeitándose el cráneo, se asimila a una clase muy poco recomendable de la sociedad china, la de los bonzos mendigos, ladrones y depravados que

no hacen honor a su religión. Entonces, con la autorización de sus superiores, en 1954, cambia de método, se deja crecer la barba, se pone el hábito de los monjes confucianos, y adopta el nombre de Li Si-t'ai. Estudia las costumbres locales, come a la manera china, bebe té, dejando para más tarde la evangelización, piensa que es preferible demostrar la superioridad del pensamiento cristiano en el plano científico. El padre Ricci es un sabio. Se pone a enseñar aritmética, geometría, geografía y astronomía. Su primer alumno es K'iu Tai-su, quien le abre muchas puertas en la buena sociedad.

Mateo Ricci piensa igualmente en los enfermos y funda un pequeño hospital en Nankín. Y al mismo tiempo que enseña, aprende.

Los métodos del padre Ricci parecen poco ortodoxos en la Iglesia de fines del XVI. Incluso provocan escándalo en Europa, y van a suscitar una querella doctrinal, en la que interviene la rivalidad entre las diferentes órdenes. Pero los resultados sirven de prueba. El padre Ricci ha sido autorizado a presentarse, en Pekín, ante el Emperador Chen-Tsong, al cual le ofrece como tributo un crucifijo, un ejemplar del *Nuevo Testamento*, imágenes de Cristo y de la Virgen, dos relojes, un arpa, un atlas geográfico y una solicitud para el reconocimiento oficial de su religión.

Su empresa se ve coronada por el éxito. Se autoriza al padre Ricci a edificar iglesias y a predicar en público. Al cabo de algunos años, ha convertido a varios cientos de personas, entre las cuales se encuentra el ministro de los Ritos, Siu Kuang-ki, y ha realizado una vasta tarea de erudición, traduciendo al chino obras científicas y religiosas europeas y redactando, igualmente en chino, varios tratados, entre los cuales destaca una *Geografía del Mundo* y un libro sobre *El Verdadero Sentido del Cristianismo para los Católicos*.

Al llegar a China con Ruggieri, el padre Ricci había afirmado su intención de «vivir en este país hasta su muerte». Su deseo se ve realizado. La muerte le sorprende en Pekín, en 1610, a los cincuenta y ocho años de edad.

No deja ningún discípulo capaz de sucederle. Habrá que esperar una decena de años para que aparezca el continuador de su obra, el padre Adam Schall, jesuita alemán, quien tomará el nombre de T'ang Jo-wang. También él se beneficiará de la benevolencia, e incluso del favor, del último Emperador Ming, Chuang Lie Min-ti (Ch'ong-Cheng es su nombre de período), quien le pedirá que construya una fundición de cañones en Pekín.

Pues, aunque un cierto número de chinos se interesa por la religión católica, son los cañones lo que cautiva especialmente al Emperador y a sus ministros desde que Fernando Pérez de Andrada, enviado como embajador por el «Capitán» portugués de Malaca, se presentó delante de Cantón, en 1571, con bruñidas corazas, estandartes desplegados y el estampido de sus baterías de cañones.

Por otra parte, los portugueses fabricaban cañones en Macao. Tras la guerra de Corea contra el Japón, los chinos, encontrándose ante el nuevo peligro mogol que se está formando en Manchuria, necesitan disponer de artillería. Por esto, algunos años después de la muerte de Mateo Ricci, el Emperador hace venir de Macao, concediéndoles altos grados militares, a los organizadores de su artillería: Juan de Rocha, Enmanuel Díaz, Julio Aleni y Francisco Sambiasi. De esta forma, mucho tiempo después de Marco Polo, los latinos vuelven a desempeñar funciones oficiales en Pekín.

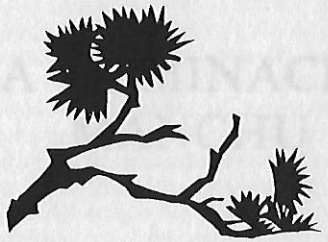
Antes de terminar este capítulo, es preciso que consideremos brevemente la actividad literaria y artística de la época, fiel reflejo de aquellos soberanos y gobernantes que no tuvieron otra preocupación que la de conservar la cultura clásica, procurando no hacer innovaciones, y de continuar en la línea de la filosofía confuciana y de Chu-Hi.

Se escribieron novelas y obras teatrales, pero no aportaban nada realmente nuevo. Y Michel Courtois exclama: «Cuán impulsiva y anecdótica, cuando no

insípida, superficial o académica parecía (la literatura) después de la de la edad de oro».

Académica, esa es la palabra. Todo es academicismo en la actividad intelectual y artística de la época Ming. La porcelana sigue siendo el arte más sobresaliente, aportando el verdeceledón, quizás menos luminoso que en tiempos de los Song, pero mucho más bello, las composiciones blancas de Fu-Kien y, en particular, las estatuillas de Buda que se exportan a todo el mundo, pero, sobre todo, la cerámica policromada en la que triunfan los artesanos.

Precisamente de los comienzos de la dinastía data la famosa torre octogonal de porcelana, de ciento sesenta y cinco metros de altura, orgullo de Nankín hasta su destrucción en 1864, durante la revuelta de los Tai-Ping.



11

LA DOMINACION MANCHU

Los Kin (la Tribu de Oro) se habían convertido en súbditos mogoles y engrosado las filas de los pueblos de la estepa, después de haber ocupado todo el norte de China, en la época que culmina con Kubilai.

Volvían a ser sedentarios, después de su aventura china, y ocupaban los territorios situados al nordeste de la Gran Muralla, en la región conocida ahora con el nombre de Manchuria. La región meridional formaba parte del imperio. Era el país de Mukden, de Leao-Yang, de Port-Arthur.

Desde los comienzos del siglo XVII, las tribus reunidas ahora bajo el nombre de Manchúes (nombre que según ciertos autores proviene del de un jefe coreano, Li Manchú, y, según otros, significa «Gran Jefe» o «Bendición») han recobrado su seguridad, animadas por la decadencia, cada vez más evidente, de la dinastía de los Ming.

La expansión manchú se inicia a expensas del imperio. En 1619, los manchúes infringen una severa derrota al ejército imperial y dominan todo el país situado al este del río Leao. Todo indicaba que proseguirían su avance si los cañones portugueses no hubieran estado allí. Desconcertados por la superioridad del armamento enemigo, los manchúes se lanzan hacia el oeste, hacia el territorio adonde los mogoles han sido rechazados tras la ruina de los Yuan y en el cual reúnen pronto a la mayor parte de las tribus de la región. Su jefe se ha

proclamado Emperador, fundando su propia dinastía, la de los Ts'ing (La Pureza). El fundador se llama Nurkatsi y, habiendo asimilado la cultura china, da a su Estado una estructura similar. En 1625, establece su capital en Mukden.

Entre los hijos de la estepa, el hijo es casi siempre un brillante continuador de la obra de su padre. En esta ocasión, el hijo se llama Abakai. El es quien concibe el proyecto de transformarse en Hijo del Cielo, y lo proclama solemnemente sitiando Pekín en 1630 y ofreciendo un sacrificio, antes de retirarse, sobre la tumba de los antiguos soberanos Djurtchat, los «Reyes de Oro» del siglo XII.

Por otra parte, el tiempo y los acontecimientos de China están a su favor. Un hambre espantosa se desata en el noroeste del Imperio en 1635. El Emperador Chueng Li Min-ti, indiferente a los sufrimientos de su pueblo que se alimenta únicamente de raíces, hierba y cortezas, deja las manos libres a sus ministros para que estrujen a las masas y poder financiar la guerra contra los manchúes y otros posibles invasores.

La revuelta se extiende, como en tiempos anteriores, por todo el país. Li Tseu-ch'eng, un campesino instruido, se pone al frente de los descontentos.

Mientras que las bandas de ladrones saquean los valles del Yang-Tse y del río Amarillo, Li Tseu-ch'eng se apodera, en 1641, del Ho-Nan y del Chen-Si.

Durante los tres años siguientes, el estado de confusión y de anarquía del Imperio se agrava, en tanto que aumenta el poder de Li Tseu-ch'eng. En 1644, decide marchar sobre Pekín. De esta misma manera comenzó la dinastía de los Ming. El último descendiente de este linaje ve acercarse el peligro, pero no es más que un hombre solo ante la tempestad. Arma a sus últimos defensores, los eunucos, pero este irrisorio ejército desaparece pronto bajo las olas de la insurrección. Los sublevados invaden Pekín y comienzan el saqueo de la ciudad. Van a penetrar en la Ciudad prohibida. Entonces el desgraciado Emperador se cuelga de la rama más alta de uno de los árboles de su parque.

Todavía hoy se puede ver en Pekín el árbol fatal sobre un pequeño promontorio al que se llama la «Colina Radiante».

Se dice que el Imperio tenía que encontrarse en total descomposición, puesto que Li Tseu-ch'eng no tuvo que vencer ninguna resistencia para llegar al corazón de la capital. Esto no es totalmente exacto. Existía el ejército, pero estaba comprometido en la frontera, a las órdenes de su comandante en jefe Wu San-kuei, haciendo frente a los manchúes en la Marca de Chan-Hai-Kuan.

Al enterarse del suicidio del Emperador, el general piensa que su deber le obliga a restaurar el orden y la monarquía. Concluye un armisticio con sus adversarios, de mejor o peor manera, y decide volver a Pekín para expulsar a los rebeldes.

Li Tseu-ch'eng es lo suficientemente inteligente para haber previsto esta eventualidad. Su banda de insurrectos no resistiría largo tiempo ante un ejército regular. Por eso piensa que es preferible obligar a Wu San-kuei a que negocie. Hace prisionero al padre del general y se apodera, igualmente, de la favorita de Wu San-kuei. Obrando como un gran señor, se la regala a uno de sus lugartenientes.

Es tal la indignación del general que, para asegurarse la venganza, no duda en pedir la intervención de los manchúes, cuyo jefe, Akabai, habiéndose proclamado Emperador en Mukden con el nombre de Huang Tai-tsi, no se atreve a creer en su buena suerte.

El ejército de Wu San-kuei y los rebeldes se enfrentan al norte de la capital, entre Pekín y la Gran Muralla. La batalla se encuentra en pleno apogeo cuando los manchúes se precipitan en ella, desbordan las alas del audaz Li Tseu-ch'eng y le derrotan. Este se repliega rápidamente hacia Pekín, carga con todos los objetos preciosos que encuentra a su paso, hace fundir el oro que llega a sus manos, y se retira con su ejército al Chan-Si.

Si tenemos en cuenta el suicidio del Emperador, éste es el fin del segundo acto de la tragedia de 1644. Se

levanta el telón del tercer acto: Wu San-kuei entra en Pekín acompañado de sus aliados, gracias a los cuales se ha conseguido una victoria definitiva. El soberano de Mukden está allí, en persona, con un ejército de cien mil hombres que recibe incesantes refuerzos. Y cuando el general chino, después de haber agradecido a sus nuevos amigos su intervención, les sugiere amablemente que vuelvan a cruzar la frontera, es demasiado tarde. Los manchúes están en la plaza y no tienen intención de abandonarla.

Wu San-kuei se da cuenta entonces de que, cegado por sus deseos de venganza, ha cometido una gran torpeza. Los enemigos de ayer le han utilizado como instrumento para sus propios fines. No obstante se alía a los invasores y lo hace de buena gana, pues al entrar en Pekín ha descubierto que su padre ha muerto asesinado. El odio del general se desata y emprende una campaña para reducir al ejército del bandido y, una vez conseguido esto, organiza la caza del hombre que acabará con la muerte, en su última guarida, del que hubiera podido llegar a ser Hijo del Cielo.

Cuando Wu San-kuei vuelve a Pekín, saciada su venganza, el manchú ya ha ocupado el trono de los Ming con el nombre de Che-Tsu. Es el primer soberano de la dinastía Ts'ing.

Pero no todo sucedió sin dificultades. En el Sur, un miembro de la casa imperial de los Ming, el príncipe Fu, había formado un gobierno en Nankín con la intención de reunir las energías de la nación para resistir a los invasores. Demasiado tarde. El nuevo Emperador, una vez asegurado su dominio en el Norte, dirige sus ejércitos, a través de la China meridional, hacia Nankín. Es una cabalgada sangrienta. La ciudad de Yang-Cheu, llave de la cuenca del Yang-Tse, resiste durante siete días y, cuando cae, se produce una espantosa matanza. El 6 de mayo de 1645, el ejército manchú entra en la capital del Sur. En un año más, el Emperador reduce los residuos de la resistencia en el Cho-Kiang y en el Fu-Kien.

Pero Abakai, el Kan de los manchúes, no ha podido

ver el final. Murió al comenzar la campaña, y el nuevo Emperador Che-Tsu tiene siete años. Sus tíos se encargan, en su lugar, de la organización del imperio, y conocen lo suficientemente bien las costumbres chinas para saber que los chinos aman el orden establecido. Ponen especial cuidado en no cambiar nada de la estructura social y administrativa del país. Los propietarios conservan sus tierras y los mandarines sus prerrogativas. A lo sumo, colocan junto a los altos funcionarios a un manchú encargado de compartir —y controlar— su actividad.

Por el contrario, los regentes se dedican por todos los medios a poner de su parte a las clases dirigentes chinas. Con este fin, y para apresurar la reunión de la región meridional del imperio, la dividen en tres grandes principados que son confiados a los chinos, uno de los cuales no es otro que el general Wu San-kuei.

Como la masa del pueblo chino, cuando no está desesperada por el hambre, cambia de dueño con soberana indiferencia, la dominación manchú se habría establecido sin la menor dificultad si no se hubiese planteado la dramática cuestión de la trenza. Tradicionalmente, los chinos se peinaban recogiendo sus cabellos en un moño sobre la cabeza. Los mogoles y los tártaros, por su parte, formaban trenzas con su pelo. Ya, bajo la dinastía de los Yuan, numerosos chinos habían tenido que adoptar la moda de la trenza. Pero en cuanto se derrumbó la dinastía volvieron a peinarse como antes.

Los nuevos dueños imponen la trenza bajo pena de muerte, y Tsui-Chi cita este diálogo clásico:

«Vuestros cabellos o vuestra cabeza, dice el manchú. —Tomad mi cabeza, no tendréis mi pelo, responde el chino.»

A consecuencia de ello, se producen las últimas sublevaciones contra el poder, en el sureste del país. Tsui-Chi cita el ejemplo de la ciudad de Kia-Ting, que opone una resistencia desesperada al ejército durante cerca de tres meses.

«Cuando finalmente cayó la ciudad, escribe, se dio la

orden de proceder a una matanza de tres días para que sirviera de lección a otros posibles resistentes. Se afirma que noventa y siete mil personas murieron en la ciudad y setenta y cinco mil en los suburbios durante aquella matanza. Como consecuencia de esta terrible hecatombe, los demás distritos del sudeste y del suroeste fueron reducidos sin resistencia, y entonces se pudo ver por todas partes, en el imperio de Che-Tsu, la trenza, símbolo de la conquista.»

Incluso se puede decir que, para los occidentales, se ha convertido en el rasgo característico, inseparable, de la silueta china.

Sólo un hombre resiste todavía a la dominación manchú y si le mencionamos es a causa de la resonancia de sus hazañas en el mundo moderno. Se trata del hijo de un corsario y de una japonesa. El corsario se llamaba Cheng Che-long. El hijo se llama Koxinga.

Para vengar a su padre, capturado por los manchúes en el curso de una de sus expediciones contra la costa china, en 1645, Koxinga ha armado una poderosa escuadra con la que emprende una guerra de corsario acosando a las autoridades del bajo Yang-Tse, del Cho-Kiang y del Fu-Kien. Su base de operaciones se encuentra en una pequeña isla, Amoy.

En 1657, remonta el Yang-Tse y se permite la audacia de asediar Nankín. Pero es rechazado y se retira entonces hacia Formosa. Los holandeses habían desembarcado en la gran isla en 1625, decididos a anexionarla a las posesiones de los Países Bajos, y habían construido una ciudadela, bautizada con el nombre de Zelanda. Koxinga y sus corsarios la sitian y, unos meses después, el gobernador holandés capitula. Koxinga, hombre galante, le concede los honores de la guerra y le permite embarcar con seguridad, pero a continuación asegura su dominio en Formosa, haciendo un reino chino independiente, y que seguirá siéndolo, bajo su hijo, hasta fines del siglo XVII.

Por primera vez, frente al continente en donde reinan los Ts'in, Formosa representa el papel de «anti-China», como en el siglo XX. Esto bastaría sin duda para

justificar este paréntesis, pero Formosa —o Taiwan— es algo más que eso:

«La aventura de Koxinga, señala René Grousset, abría en efecto la era de la gran emigración de los hijos de Han que hoy, de Cholon a Singapur, de Batavia a Manila y a las Hawai, cubren todas las costas de los mares del Sur, hecho cuyas lejanas consecuencias no pueden ser evaluadas.»

A decir verdad, es una historia de amor la que ha instalado a los manchúes en el trono del Hijo del Cielo. Hemos visto que si al general Wu San-kuei no le hubiera cegado el deseo de venganza tras la pérdida de su amada, no habría llamado probablemente a los manchúes para que intervinieran en su lucha contra Li Tseu-ch'eng.

Una historia de amor, conmovedora también, e incluso desgarradora, compromete por un momento el futuro de la nueva dinastía.

Este niño de siete años a quien sus tíos han colocado en el trono, Che-Tsu (Chuen-Che), se sacude el yugo de sus tutores cuando apenas tiene quince años y afirma su voluntad de gobernar él mismo. Con infinita sabiduría y clarividencia interviene en la querella que provocó el tratado de astronomía, llevado a China por el padre Schall, y el calendario que había sacado de él, mucho más perfecto que el de los chinos. No duda en dar la razón al jesuita alemán, a quien, por lo demás, manifiesta una particular simpatía. Le nombra sucesivamente codirector del servicio astronómico y «doctor muy profundo», título que para un sabio chino constituye la cumbre de la pirámide cultural.

Todo esto no es más que una muestra de su espíritu abierto, liberal y todo anuncia un gran reinado cuando, a los dieciocho años, se enamora con pasión de Tong Siao-wang, la maravillosa esposa de uno de los altos dignatarios de la corte. Su amor es compartido, y este es el primer drama. El Emperador languidece, pero el marido se desespera y acabará suicidándose, con lo que

se solucionan los asuntos del noble Che-Tsu. Como ya estaba casado, toma a la joven por segunda esposa, y así consigue la felicidad perfecta. Además, la joven madre le da un hijo a su esposo imperial, pero una misteriosa enfermedad acaba con Tong Siao-wang y el bebé.

La desesperación del joven Emperador no se puede expresar. Atraviesa una crisis terrible, intenta suicidarse. En esta dura prueba, un hombre le sostiene con su fiel amistad y le reconforta con la fortaleza de su espíritu: el padre Adam Schall. Pero el caso es desesperado. Che-Tsu ha renunciado al suicidio, pero también a cuidarse. La viruela se lo lleva el 5 de febrero de 1661, cuando no ha cumplido todavía los veinticinco años...

Después de este episodio, digno de uno de nuestros escritores románticos, otro niño de siete años sube al trono. Cheng-Tsu (K'ang-Hi es su nombre de período) abre una era bastante extraordinaria. Su reinado, de una longevidad casi excepcional, será muy parecido al de su biznieto. Entre ellos dos, Cheng-Tsu y Che-Tsong cubrirán ciento treinta y cuatro años de la historia de China. Un consejo de regencia se hace cargo del gobierno, iniciando una viva reacción contra los jesuitas. A principios de 1665, aparece un edicto por el que se prohíbe el cristianismo. Detenido el padre Schall es condenado a muerte, pero le salva la Emperatriz viuda. Cuando sale de la prisión es un hombre acabado. Su desesperación al ver su obra arruinada le conduce a la muerte, de pesar, en 1666.

Un año más tarde, imitando en esto a su predecesor, Cheng-Tsu se libera de sus regentes. Esto sucede el 25 de agosto de 1667, cuando sólo tiene trece años recién cumplidos.

Este príncipe ecuánime comienza su reinado con un acto de justicia: hace rendir cuentas de su gestión a los cuatro regentes que han gobernado el país durante su infancia. En 1669 hace detener a uno de ellos y le condena a ser decapitado pero, como es tan sabio como

enérgico, le conmuta después la pena por la de reclusión perpetua.

Aparte de eso, aborda las cuatro grandes tareas de su reinado:

1. La liquidación de la resistencia a la dinastía.
2. La conquista de China.
3. La restauración de la prosperidad del país.
4. La solución del problema ruso.

Colaborador, aunque un poco a pesar suyo, el general Wu San-kuei había sido recompensado por sus servicios con un verdadero virreinato, el Chen-Si. Sueña pronto en sacudirse el yugo del invasor para su propio beneficio y el de su familia. Tal vez incluso llegara a pensar en convertirse él mismo en un T'ai-Tsu.

La verdad es que, con el transcurso de los años, su gobierno se hace cada vez más autónomo, se extiende por el sudeste y, además, Wu San-kuei conspira. Conspira con los otros dos príncipes del Sur designados por los manchúes, conspira con una tribu mogola que anda errante por el norte del Ho-Pei, los Chakar, y cuando el Emperador le convoca un día a la corte de Pekín, el viejo virrey se declara abiertamente en rebelión.

Habría tenido posibilidades de prosperar, de inquietar verdaderamente a la dinastía, si Wu San-kuei hubiera contado con el apoyo de la nobleza rural por lo menos, a falta del de las capas profundas de la población. Pero vimos que los manchúes tuvieron el acierto de no cambiar en nada el régimen de la propiedad territorial, y los propietarios no responden a la llamada de la rebelión.

Wu San-kuei se pone al frente de una nueva sublevación en 1674, y las guerrillas comienzan a actuar. En menos de tres años las tropas imperiales liquidan toda resistencia en el Fu-Kien y en la región cantonesa, los territorios de los dos príncipes aliados de Wu San-kuei.

Dominan con bastante rapidez a los Chakar, cuyo Kan, Burni, es hecho prisionero.

Tan sólo queda el viejo general. Bajo la presión del

ejército imperial, abandona el Chen-Si, pasa al Sseu-Chuan y de allí al Yun-Nan en donde acaba muriendo... de vejez.

Ultimo sueño senil, o remordimiento; habiéndose comprometido a restaurar una dinastía china, él mismo se ha proclamado Emperador. Su hijo Wu Che-fan resiste todavía por algún tiempo en el sudeste pero, en 1681, Cheng-Tsu hizo que sus tropas ocuparan la parte más meridional del imperio, el Yun-Nan. El desenlace es trágico: todos los miembros de la familia de Wu San-kuei son ejecutados despiadadamente y, puesto que el rebelde ha muerto sin recibir su castigo, desentierran sus huesos, los reducen a polvo y los dispersan al viento.

Cuando, en 1683, las tropas imperiales desembarcan en Formosa y someten al reino autónomo del hijo de Koxinga, Cheng-Tsu ha finalizado con éxito su primera tarea: ya no queda en China ninguna oposición a la dinastía de los Ts'ing.

El Emperador era un hombre instruido, gran admirador de la cultura china. En Pekín, ha puesto orden en el gobierno, librándole de los elementos corrompidos. Ha expulsado a los eunucos y no tolera que se interponga ninguna pantalla entre él y sus responsabilidades.

Pero Cheng-Tsu, aunque príncipe cultivado, no olvida que no es chino. Por eso hace venir a la corte a los letrados, que ocupan los mismos puestos que en otro tiempo, y especialmente los miembros de las «Academias», las grandes víctimas del fin de la dinastía Ming. Los letrados se dejan conquistar pronto, después lo hacen los sabios, a quienes el Emperador pide que compongan para él enciclopedias que le permitan asimilar más rápidamente el conjunto de conocimientos chinos. Ku Yen-wu marca la pauta con su *Enciclopedia geográfica,* una importante recopilación, que anuncia la obra gigantesca del siglo siguiente: el *T'u-chu Tsi-ch'eng,* un inventario de la historia, ciencia y cultura chinas de la época.

Pero es preciso actuar en todos los frentes y, en especial, acabar la conquista de China, de la China

histórica, la del apogeo de los T'ang. Hay que proseguir la política de expansión por el Asia Central.

Nadie puede entender mejor que un manchú, procedente de los pueblos de la estepa, cuán necesario es para el imperio el establecimiento de un estricto control sobre sus Marcas, las del Norte y las del Oeste.

Se ha dado un primer paso en ese sentido gracias a la revuelta de Wu San-kuei. Al arrastrar consigo a los Chakar y provocar así su derrota ante el ejército imperial, ha asegurado a este último el control de la Mogolia interior, de las tribus ordos, del lazo del alto río Amarillo, del actual Suei-Yuen y del Nin-hia.

Todavía queda por solucionar, en el Norte, al otro lado del desierto de Gobi, el problema de la Mogolia exterior. Las tribus nómadas de aquella región se encuentran divididas bajo la autoridad de cinco reyes, descendientes todos de Gengis Kan y de Kubilai. Y en ningún momento se puede descartar el peligro de que alguien las reúna. Galdan lo hace a finales del siglo XVII.

El proceso, siempre igual, es bastante curioso. Los manchúes, siendo ellos mismos de origen mogol, han asimilado la civilización china. Y se han convertido en extranjeros, y pronto en enemigos, para los pueblos de la estepa. Galdan sueña no sólo con liberar a los suyos de toda soberanía con respecto a los Ts'ing, sino también con reconstituir, bajo su égida, el imperio de Gengis Kan.

Habiéndose puesto al frente de una de las tribus, los Sungar, Galdan es todavía más peligroso porque en su infancia fue monje en el Tibet y goza de la ayuda sin reservas de la teocracia de Lhasa. Comienza por asegurar su dominio sobre el grupo de tribus orientales, los Kalka, a cuyos príncipes ahuyenta para sustituirles por sus hombres. Los Kalka piden ayuda a Cheng-Tsu, quien interviene gustosamente. En el mes de mayo de 1691, los príncipes Kalka, recobrados sus derechos, acuden solemnemente a rendir homenaje al Emperador y se establece un estatuto para la Mogolia exterior, que durará hasta principios del siglo XX.

Galdan no se considera derrotado. Los cañones del

ejército imperial han dispersado sus tropas, pero la guerra se reanuda en 1695. Esta vez, Cheng-Tsu se pone él mismo al frente de sus tropas, y el padre jesuita Juan Francisco Gerbillon, el futuro autor del *Relato de Ocho Viajes a Tartaria*, está muy impresionado por «el perfecto orden reinante, la frugalidad observada por el soberano y sus acompañantes, su solicitud hacia los soldados, a quienes quería ver instalados en sus campamentos antes de entrar él mismo en su tienda».

Disciplina, mosqueteros, artillería, todo está preparado para infligir a Galdan una derrota definitiva. Perdido su bagaje y sus rebaños, muerta su mujer, huye hacia los lagos del Kobdo con los restos de sus hordas.

Veinte años más tarde, aparece un nuevo rebelde, esta vez en Mogolia occidental. Se llama Tsewand Rabdan, es el Kan de los Eleutas y debe su situación a los chinos. Piensa que es lo suficientemente fuerte para romper las ataduras de la soberanía y comienza una nueva campaña que se adentra bastante en el Turquestán. Una vez más la superioridad del ejército imperial aparece con toda claridad. Toda Mogolia está ocupada al término de esta guerra. Las tropas chinas emprenden una expedición al Tibet y llegan hasta Lhasa, donde se ha instalado un nuevo Dalai Lama. El Tibet pasa a ser un protectorado chino. Dos altos comisarios residen permanentemente allí, junto al soberano teocrático.

De esta manera, el imperio ha vuelto a recobrar sus dimensiones históricas. Los manchúes han reconstruido la «Gran China» de los T'ang. Al margen de esta gran obra se produce un acontecimiento que en nuestros días alcanza una significación profunda: por primera vez China entra en contacto directo con el occidente por medio de los rusos.

Rusia, desde hace dos siglos, ha emprendido su avance hacia el este. A finales del siglo XVI ya se ha adueñado de la Siberia occidental. Después continúa su marcha hacia el océano Pacífico a través del Asia septentrional. A mediados del siglo XVII los rusos alcanzan el río Amur y construyen un fuerte en sus orillas, en Albazín.

Los tramperos, que para cazar las apreciadas pieles de marta se adentran en los territorios de caza de los Tunguses, quienes a su vez venden sus productos a los proveedores chinos, forman la punta de lanza de la expansión.

El conflicto es inevitable, y mucho más cuando los rusos afirman sus derechos sobre la región nombrando, en 1682, un gobernador en Albazín. La guerra estalla en 1685, cuando un ejército chino de quince mil hombres provisto de ciento cincuenta piezas de artillería de campaña y de cincuenta piezas de sitio, asedian el fuerte. Tras su capitulación, es incendiado, pero el conflicto enfrenta a dos naciones civilizadas: se soluciona mediante negociaciones.

Y en esta ocasión son los jesuitas quienes sirven de intérpretes a las dos partes litigantes. Juan Francisco Gerbillon se revela como el diplomático más hábil y consigue un arreglo muy satisfactorio para los chinos. Los rusos se quedan en Nertchinsk, pero Albazín sigue siendo chino. Se fija la frontera en la confluencia del Chilka y del Argun. Toda la cuenca del Amur, con sus afluentes septentrionales, es china, y esto tiene gran importancia para Cheng-Tsu, pues Manchuria, la patria de sus antepasados, queda libre de toda amenaza.

Fuera cual fuese su importancia, parece que el acontecimiento tuvo tan sólo un alcance regional. Sin embargo estaba destinado a tener repercusiones internacionales inesperadas. Bajo la dirección del padre Gerbillon, el texto del tratado había sido establecido en cuatro lenguas: chino, manchú, ruso y francés. No obstante, las traducciones suscitaban ciertas dudas a causa de la oscuridad de ciertos pasajes, diferentemente interpretados. En 1727, el gobierno del zar envía a Pekín al conde Ragusinski, con la misión de proceder a una revisión del tratado. Al término de laboriosas negociaciones, Rusia es autorizada a abrir una legación, una agencia comercial y una iglesia en Pekín.

«Podemos decir, escribe W. Eberhard, que el sistema

de los tratados, análogo al de las capitulaciones, data de aquella fecha.» Va a servir de precedente a las pretensiones de otras naciones y será la fuente de todos los conflictos del siglo XIX. Los chinos no podían darse cuenta de eso, pues siempre habían concedido autorizaciones parecidas y no ven que exista ninguna diferencia entre las ventajas que concedieron a los hermanos Polo en el siglo XIII, o a las diferentes tribus turcas, y las que ahora otorgan a los rusos (y después, a los franceses, ingleses y alemanes). Por otra parte, el ministerio chino de Asuntos Exteriores tiene en el siglo XVIII un nombre que invita a meditar sobre la relatividad de las cosas. Es la «Oficina de reglamentación de los bárbaros».

La única diferencia radica en que los chinos no tienen más que una idea muy vaga de lo que son los nuevos bárbaros, con los cuales van a entrar pronto en contacto... y en conflicto.

El papel desempeñado por el padre Gerbillon en la conclusión del primer tratado interestatal firmado por un gobierno chino le ha merecido la gratitud del Emperador, quien ya le apreciaba en alto grado, y esto nos induce a abrir un paréntesis con la aventura de los jesuitas en China y la querella de los ritos.

El padre Ricci había abordado su misión con el realismo de un evangelizador preocupado por la eficacia de su misión y respetuoso con el pueblo que le acoge.

No subestima la cultura china, sino que, por el contrario, se da cuenta de que no se puede hablar de la «Ley de Dios» a los chinos instruidos de la misma forma que a una tribu cualquiera de Africa o de las Américas. Además sabe discernir la profundidad de la filosofía confuciana que ha dado su forma al sistema social y administrativo del Celeste Imperio, y, en vez de atacarla de frente, prefiere emplearla como aliado.

Con respecto al culto de los antepasados, Ricci se pregunta: ¿Es incompatible este culto con la enseñanza del catolicismo? Decide que no.

En aquella época el rito era algo fundamental. Toda la querella parte de esa cuestión y, por haberse visto coronada por el éxito, su obra suscita envidias.

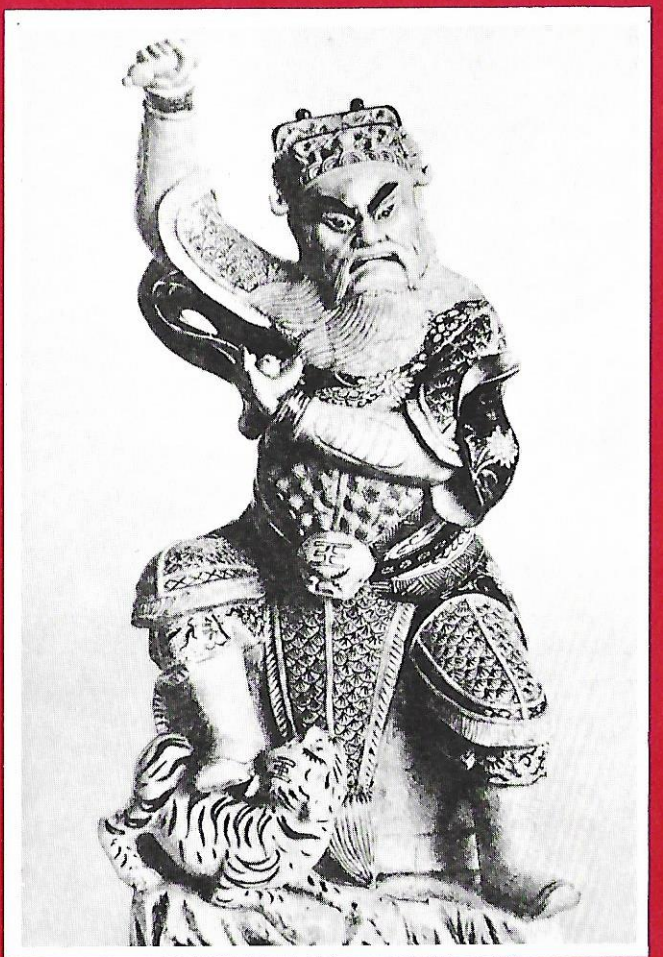
Por una parte, los sucesores del primer jesuita chino tienen un espíritu más escrupuloso. Por otra parte, llegan al Celeste Imperio representantes de otras órdenes religiosas con intención de suplantar a la Compañía de Jesús. El dominico Juan Bautista Morales y el franciscano Antonio de Santa María se apresuran en dar a conocer al Vaticano las peligrosas desviaciones del «rito chino».

El desarrollo de la querella merecería todo un libro. Los intereses nacionales subyacentes la complican todavía más. Se establece una lucha de influencia entre Francia y Portugal para la conquista de los católicos chinos. Los jesuitas franceses dependen, en lo temporal, de Francia, y esto es importante.

Un odio profundo divide a los hombres que participan en la polémica, y estos hombres pertenecen a dos categorías diferentes. Unos viven en China, han aprendido el chino y adoptado un nombre chino; los otros no conocen nada de China, lo deciden todo desde Roma, atrincherados en un sectarismo ciego que desemboca en el compromiso de 1721, según el cual las autoridades eclesiásticas permiten a los católicos chinos «el uso de tablillas con el nombre del difunto con tal de que se ponga junto a ellas la declaración prescrita (una fórmula renegando de la superstición) y que se eviten las supersticiones y todo lo que pudiera ser motivo de escándalo». Y además, «se toleran las ceremonias chinas que no estén imbuidas de supersticiones, que no sean sospechosas y que sean puramente civiles».

Este compromiso consta de ocho artículos, todos son del mismo estilo, y los espíritus preocupados por la ortodoxia del rito los combaten con ardor.

Frente a este desencadenamiento del odio y de la mezquindad, el Emperador Cheng-Tsu conserva una actitud más elevada. En 1692 publica un decreto: «Los hombres de Occidente (los misioneros) han puesto orden en el cálculo del calendario. Cuando ha habido guerra, han reparado los cañones viejos y han cons-



El dios de la guerra. Estatuilla china de la época Ming.

truido otros nuevos. Así han colaborado en el bienestar del imperio y han soportado grandes fatigas. Por otra parte, no conteniendo la religión católica nada malo y no apartándose de las buenas costumbres, sus adeptos pueden seguir practicándola con toda libertad.»

Los lazos que se habían creado entre el Emperador y los jesuitas van mucho más allá de las cuestiones religiosas. En 1693, Cheng-Tsu cae enfermo. Los padres Gerbillon, Fontaney y Bouvet le curan con un medicamento a base de quina (enviado por la misión de los jesuitas de Pondichéry). Reciben como recompensa una casa y un terreno para edificar una iglesia.

Además, el Emperador, que siente pasión por las ciencias, dedica varias horas del día, durante cuatro o cinco años, a estudiar con los jesuitas. Esto le permite intervenir en la polémica para subrayar que la filosofía confuciana y el culto a los antepasados no son incompatibles con la adoración de Dios tal como la conciben los católicos.

Pero hay demasiado odio, resentimiento y bajeza en esta querella. Los enemigos de los jesuitas obtienen del papa Benedicto XIV en 1742 la bula *Ex quo singulari providentia factum est*, seguida de la «revocación, rescisión, abolición, casación, anulación, condenación de los permisos acordados, en otro tiempo, en lo tocante a las mismas ceremonias por una carta pastoral de Carlos Ambrosio Mezzabarba, patriarca de Alejandría, comisario y visitador apostólico de la Iglesia de China» (se trata del compromiso sobre los ritos).

De todas formas, los jesuitas tienen demasiados enemigos. En 1773, se suprime la Compañía de Jesús y sus misiones chinas.

El período Kang-Hi del reinado del emperador Cheng-Tsu se revela como uno de los más beneficiosos para el pueblo chino. Difícilmente podría imaginarse mejor modelo de soberano que este manchú preocupado por la asimilación total de esta China que está bajo su poder. Es un espíritu siempre curioso, un trabajador infatigable. Se interesa por la suerte del pueblo como ninguno de sus antecesores lo ha hecho.

Su lucha contra la corrupción es eficaz. Bajo el reinado de Cheng-Tsu, la administración funciona correctamente. Su reforma agraria desemboca en una fragmentación de la tierra, ventajosa para los pequeños agricultores. Si añadimos a esto la paz que reina en el imperio, este período de calma puede ser traducido de manera tangible en términos demográficos:

— en 1578, China cuenta con 10.621.463 familias, o 61 millones de habitantes.
— en 1662, 19.203.233 familias, o 100 millones de habitantes
— en 1710, 23.311.236 familias, o 116 millones de habitantes.
— en 1729, 25.480.498 familias, o 127 millones de habitantes.

En 1795, al final del largo reinado del Emperador Che-Tsong (K'ien-Long es su nombre de período), la población se habrá doblado y pasará de doscientos setenta y cinco millones de habitantes.

Cheng-Tsu se entrega a la tarea de hacer prosperar a su país en todos los terrenos. Además de las enciclopedias, se debe a su iniciativa la publicación del primer diccionario chino, que lleva su nombre de período: *K'ang-hi Tseu-tien*. Aparece en 1716, y no dudamos de que un diccionario compuesto de ideogramas debió entrañar un sinúmero de dificultades. En esta obra, los caracteres están ordenados según el número de trazos, con doscientas catorce claves.

Encarga a los jesuitas de establecer un mapa del país. Comienza pidiendo a los padres Bouvet, Regis y Jartoux un plano de la Gran Muralla. Cuando este documento llega a sus manos, puede apreciar su calidad por ser ésta la región que mejor conoce. Asimismo, entre 1708 y 1718, hace dibujar el mapa, región por región, de toda China.

Hombre del Norte, acude sin embargo regularmente a Nankín, y conoce perfectamente a este pueblo, en cuyo honor llega incluso a redactar los dieciséis preceptos de

la sabiduría popular. Su hijo los comentará y hará de ellos el Cheng Yu Kuang, o Santo Edicto, que trata de:

1. los deberes filiales y fraternos;
2. la unión de los padres;
3. la paz entre los vecinos;
4. los trabajos agrícolas;
5. el orden y la economía;
6. la enseñanza universitaria;
8. las religiones y las sectas extranjeras;
8. el respeto a las leyes;
9. los ritos y la decencia;
10. las ocupaciones fundamentales;
11. la educación de la juventud;
12. las acusaciones falsas;
13. el peligro de ocultar a los desertores;
14. el pago de los tributos e impuestos;
15. la organización del Pao Chia;
16. el peligro de la enemistad.

Desgraciadamente, este Emperador ejemplar salió un día a cazar sin tomar las precauciones debidas a su edad, y a causa del frío enfermó. Dejó de existir el 30 de diciembre de 1722, a los setenta años, dejando un testamento que podría servir de tema de meditación a todos aquellos a quienes su destino les lleva a ejercer el poder:

«Subí al trono siendo muy joven (reinó durante sesenta y un años), y nunca me he visto obligado a derramar sangre. Durante mi largo reinado mi única preocupación ha sido obrar de manera que cada uno, por bueno que fuese, se hiciera mejor...»

Yung-Cheng, que sucede a su padre en el trono del Hijo del Cielo, no constituye más que un intermedio relativamente breve entre dos largos reinados, de unos doce años. Este soberano ponderado sube al trono a los cuarenta y seis años y muere a los cincuenta y ocho.

Se ocupa sobre todo de su pueblo y dedica su

especial atención a los agricultores. Además de los comentarios a las máximas de su padre, en su reinado destacan otros dos importantes sucesos: un espantoso terremoto que provoca la muerte de unas cien mil personas y la prohibición de la religión católica.

Exasperado por la querella de los ritos, que se desarrollaba en el seno de la Iglesia con casi total desprecio de China, de su civilización y de su cultura, Cheng-Tsu acaba declarando en su séptimo precepto sobre las religiones y las sectas extranjeras: «En cuanto a la doctrina de Occidente, que exalta al T'ien Chu (el Señor del Cielo), es igualmente contraria a la ortodoxia (de nuestros libros sagrados) y el Estado emplea a sus apóstoles por la única razón de que conocen a fondo las ciencias matemáticas. Recordadlo siempre.»

Yung-Cheng tiene tantos más motivos de seguir la recomendación al pie de la letra por cuanto que la conducta de los comerciantes europeos que frecuentan los puertos chinos y los navegantes que llegan a sus costas es a menudo deplorable.

A partir de 1723, las iglesias permanecen cerradas, los misioneros han sido expulsados hacia el territorio portugués de Macao y las sedes episcopales suprimidas, no sin que los padres hayan soportado algunas incomodidades. Sin embargo no hubo mártires. Después del período de expulsiones y expropiaciones, las relaciones con los religiosos católicos de Occidente se establecen a título estrictamente personal, en la corte, entre el soberano y los eclesiásticos a los que acoge favorablemente, tan sólo por sus conocimientos científicos.

Che-Tsong llega al poder en 1736 y será más conocido por la posteridad bajo su nombre de período, Kien-Long. Su reinado no dura menos de sesenta años y es un período crucial para el mundo en general, con profundas repercusiones en la China del siglo siguiente.

Pues las naciones de Europa, después de la época de los grandes descubrimientos, han pasado a la de la expansión colonial. Llenos de suficiencia, imbuidos de su superioridad racial, españoles, portugueses, ingleses, franceses, holandeses, libran una guerra encarnizada

por la conquista de las tierras vírgenes, la servidumbre y explotación de los pueblos «de color».

Los españoles y los portugueses dirigen sus esfuerzos hacia America del Sur, aunque los portugueses se establecen en Macao y los españoles en Filipinas. Los holandeses no vuelven a intentar la ocupación de Formosa y se instalan sólidamente en Java. La India, como el Canadá, son los campos de batalla en los que se enfrentan ingleses y franceses.

La Compañía francesa de las Indias fue fundada en 1664, cuando ya hacía medio siglo que los ingleses se habían establecido en Surat. Desde finales del siglo XVII, la actividad colonial de los dos grandes rivales es intensa. En 1668, los ingleses fundan Bombay, los franceses se instalan en Pondichéry en 1671, fundan Chandernagor en 1686, cuatro años antes de que los ingleses funden Calcuta.

Sus ejércitos se enfrentarán durante todo un siglo, hasta que el tratado de Versalles de 1783 ponga fin a la guerra, tanto en Canadá como en la India, con profunda decepción para Francia.

Miden sus fuerzas ante las puertas de China, donde también se oponen sus intereses, mientras que la expansión rusa continúa hacia el Pacífico.

China permanece completamente indiferente ante esta efervescencia de las grandes naciones occidentales que presienten ya la revolución industrial. El Emperador Che-Tsong prosigue obstinadamente la obra de sus dos predecesores y particularmente la de su abuelo Cheng-Tsu. Pero le falta irradiación personal, sentido de lo humano, aquel espíritu abierto y generosidad que aseguraron el éxito de los dos reinados precedentes.

Ciertamente rinde homenaje a esta China en cuya cumbre le ha colocado el destino: no duda en proclamarse heredero de los Ming y en ofrecer sacrificios sobre las tumbas de sus Emperadores. Manifiesta toda la veneración posible a los letrados chinos. Y siendo él mismo un erudito, experto en pintura, emprende el gigantesco trabajo de recopilar una antología china. Para eso reúne en Pekín a los principales letrados del

imperio y les confía la misión de recoger todas las obras de valor escritas en el país durante el curso de los siglos. Con este fin se lanza una vasta campaña de prospección, en el curso de la cual se compran o toman prestados de las bibliotecas públicas o privadas treinta y seis mil libros manuscritos. Después de cotejarlos forman una antología, de la que se sacan siete copias a mano para ser depositadas en siete lugares del imperio famosos por su belleza: el palacio imperial de Pekín, la residencia de verano de Yuan Ming-yuan, las bibliotecas de Mukden, Jehol y Yang-Cheu, el templo de la Colina de Oro, en Chen-Kiang, y el templo de Chen-Ying, a orillas del lago del Oeste, en Hang-Cheu.

La antología lleva el nombre de *Sseu-ku tsiuan-chu,* o *Enciclopedia de los Cuatro Tesoros,* haciendo alusión a las cuatro partes de la obra: los clásicos confucianos y sus comentarios, la filosofía y las ciencias, la historia, la literatura.

Durante el periodo K'ien-Long, igualmente, el Emperador hace construir suntuosos palacios, enriquecer y embellecer las ciudades del imperio, desplegar un lujo y una grandiosidad extraordinarios. Puede permitírselo: la hacienda pública conoce la prosperidad y el país es más rico que nunca.

Las actividades del espíritu ocupan un lugar preferente. Los chinos sienten pasión por la historia, y de esta época data la estructuración del servicio arqueológico y el comienzo de las excavaciones e investigaciones que permitirán esclarecer el pasado milenario de China.

El Emperador adora el teatro, y sus súbditos también. La producción es considerable. Un catálogo de 1781 recoge mil trece obras, algunas de las cuales se orientan decididamente hacia el folletín. Una de ellas se compone de doscientos cuarenta actos agrupados en veintisiete partes, y su representación exigiría más de dos años.

Y sin embargo todo esto anuncia ya la decadencia, ineludible, por tres razones esenciales: falta de liberalismo, empobrecimiento de las clases medias, ignorancia del resto del mundo.

El respeto que el Emperador profesa a las actividades culturales expresa en realidad un conservadurismo estricto. Este hombre se considera continuador, pero guardián ante todo, de la obra de la dinastía. Por eso es por lo que, en el transcurso de los años, se hace cada vez más despótico, más intolerante. Desconfía de sus súbditos y quiere extirpar hasta las últimas raíces de cualquier tipo de hostilidad hacia los manchúes, mientras que Cheng-Tsu y Yung-Cheng no habían tenido otra preocupación que la de seducir. La censura se ve acompañada por una represión implacable. Los libros que pueden desprestigiar la dinastía son quemados, y sus propietarios condenados a muerte. Setenta personas fueron ejecutadas por haber colaborado en una *Historia de la Dinastía de los Ming,* que no se ajustaba a la versión oficial. Tsui-Chi cita el caso de aquel poeta que pagó con su vida el dístico siguiente:

> Oh, brisa *pura,* no sabes leer bien.
> ¿Por qué sembrar el desorden en mis páginas?

Es una débil y velada alusión al régimen. La pureza es en efecto el signo de la dinastía de los Ts'ing. Ciertamente las finanzas imperiales atraviesan una situación próspera, porque en las manos del Emperador y en las de los suyos se acumulan sin cesar riquezas cada vez mayores. Ciertamente los campesinos son relativamente más felices que en cualquier otro tiempo, pero se encuentran en el otro extremo de la escala social y el hecho de haber dejado de ser miserables y hambrientos no significa que se hayan hecho ricos. Dicho de otra manera, la concentración de la fortuna en las manos de una clase extremadamente restringida de aristócratas priva a la economía china de la circulación sanguínea indispensable para el desarrollo y prosperidad de un Estado moderno.

Carentes de esta circulación, los chinos no invierten, no se industrializan, no dan el gran giro histórico de la

expansión del siglo XIX, que se anuncia ya en Francia y en Inglaterra.

No practican una política colonial que hubiera podido aumentar su influencia en el mundo asiático y asegurarles unos mercados. Sus únicos representantes en el extranjero son los industriosos y trabajadores emigrantes que van a fundar pequeñas Chinas, tan tradicionales e inmutables como la grande, en San Francisco y en Nueva York, en Londres y en Amsterdam, y, por supuesto, en todo el Pacífico y el sudeste asiático.

Van a asistir, sin comprenderlo, al gran movimiento de la revolución de las ideas y de las técnicas, al nacimiento de los Estados Unidos de América, y de la República francesa.

Llegados a este punto, nos vemos obligados a citar ampliamente al historiador Tsui-Chi, pues nadie puede explicar este fenómeno mejor que un chino.

«Por los relatos de los viajeros o de los religiosos que habían fijado su residencia en China, y mejor aún por los mercaderes que navegaban por el océano Pacífico, los gobiernos de las grandes potencias habían sabido que China podía resultar un enorme mercado para sus productos manufacturados, al mismo tiempo que un depósito casi inagotable de materias primas. A medida que la industria y el maquinismo se iban desarrollando en Occidente, era cada vez más necesario encontrar nuevas salidas y mercados para una producción en constante aumento. Por ese motivo entraron en contacto con China, con vistas a la conclusión de tratados comerciales.

»China, por el contrario, se encontraba muy satisfecha de formar ella misma su propio universo y deseaba «ignorar» a los bárbaros de más allá del óceano. El espíritu chino es conservador por naturaleza y respeta la tradición: cualquier innovación le parece sospechosa. Viviendo en un territorio enorme y muy productivo, y llevando un modesto tren de vida, la inmensa mayoría de sus habitantes se sienten totalmente felices cultivando sus tierras según los métodos antiguos, o produciendo cosas sencillas y bellas sin ayuda de las máquinas. No tenían ninguna necesidad de negociar con los extranjeros, ni el menor deseo de estudiar sus métodos.»

Esto explica el fracaso de lord MacCartney cuando fue enviado como embajador por el rey de Inglaterra Jorge III en 1793, con la misión de establecer relaciones diplomáticas y obtener concesiones comerciales. El embajador fue recibido suntuosamente, pero al volver a Londres lleva un mensaje del Hijo del Cielo, abiertamente insultante: «No concedo ningún valor a los objetos extraños o ingeniosos, y no me son de ninguna utilidad las manufacturas de vuestro país. Como vuestro embajador puede hacer constar, no carecemos de nada.

»Esta es mi respuesta a vuestro requerimiento de nombrar un representante en nuestra corte, demanda por otra parte contraria a nuestra práctica dinástica y de la que tan sólo podrían resultar inconvenientes para vuestro país.»

Sin embargo, al finalizar la guerra del Opio y según las disposiciones del Tratado de Nankín, los ingleses se establecen en Hong Kong.

Es que efectivamente ha comenzado la decadencia. Por los motivos anteriormente indicados, aumenta el descontento y lo aprovechan los antimanchúes que desean una restauración de los Ming.

Una primera revuelta estalla en 1774, en Chan-Tung. En su origen, ocasiona la detención de Wang-Luen, influyente miembro de una sociedad secreta, el «Loto Blanco», vocacionalmente religiosa, pero preocupada por la restauración de los Ming. Los seguidores del Loto Blanco, constantemente perseguidos por su oposición política a la dinastía manchú, enarbolan el estandarte de la rebelión. Siguiendo las órdenes del Emperador, el Gran Secretario, Chu Ho-te, aplasta a los rebeldes bajo los muros de Lin-Ts'ing. Wang-Luen muere abrasado en el incendio de la casa en la que se había refugiado, la ciudad sufre una enorme matanza, acusada de complicidad con los jefes rebeldes, quienes a su vez son detenidos y conducidos a Pekín, donde padecen un atroz suplicio.

En 1781 se produce una nueva rebelión, la de los Salars de turbante negro, una secta musulmana cuyos miembros matan al gobernador de Kan-Cheu y se apoderan de una ciudad de la región. La matanza vuelve a ser considerable y la rebelión se ahoga en sangre después de una tenaz resistencia.

En 1786, otra secta, la de los Pa-Kua, se subleva en el nordeste del Ho-Nan, tras la detención de uno de sus jefes, Liu-Hong. Una vez más, se detiene a los culpables. La persecución de los sectarios de Pa-Kua es cruel y sangrienta, y dura dos años.

Aquel mismo año, las exacciones de los funcionarios chinos y manchúes suscitan una seria revuelta en la isla de Formosa. El virrey de Fu-Kien, tras una dura campaña, domina la sublevación, capturando al jefe de los rebeldes y efectuando una matanza general entre sus partidarios.

Por último, en 1791, las persecuciones religiosas contra los fieles de la religión del Cielo y de la Tierra provocan una de las más serias revueltas en las provincias de Ho-Nan, de Hu-Pei y de Sseu-Chuan.

Todo esto no es más que un preludio de los disturbios del siglo XIX, pero Che-Tsong no llegará a conocerlos.

INDICE

1. Desde los orígenes hasta el final de los Chang 7
2. La dinastía Cheu 33
3. Confucio 67
4. El primer Emperador y la Gran Muralla . 83
5. Los Han y los Cejas Rojas 101
6. Las seis dinastías y la reunificación del Imperio 117
7. El apogeo de los T'ang 137
8. Los Song, los Kin y los Mogoles 159
9. Marco Polo y el Imperio de Kubilai ... 183
10. Los Ming 205
11. La dominación manchú 225

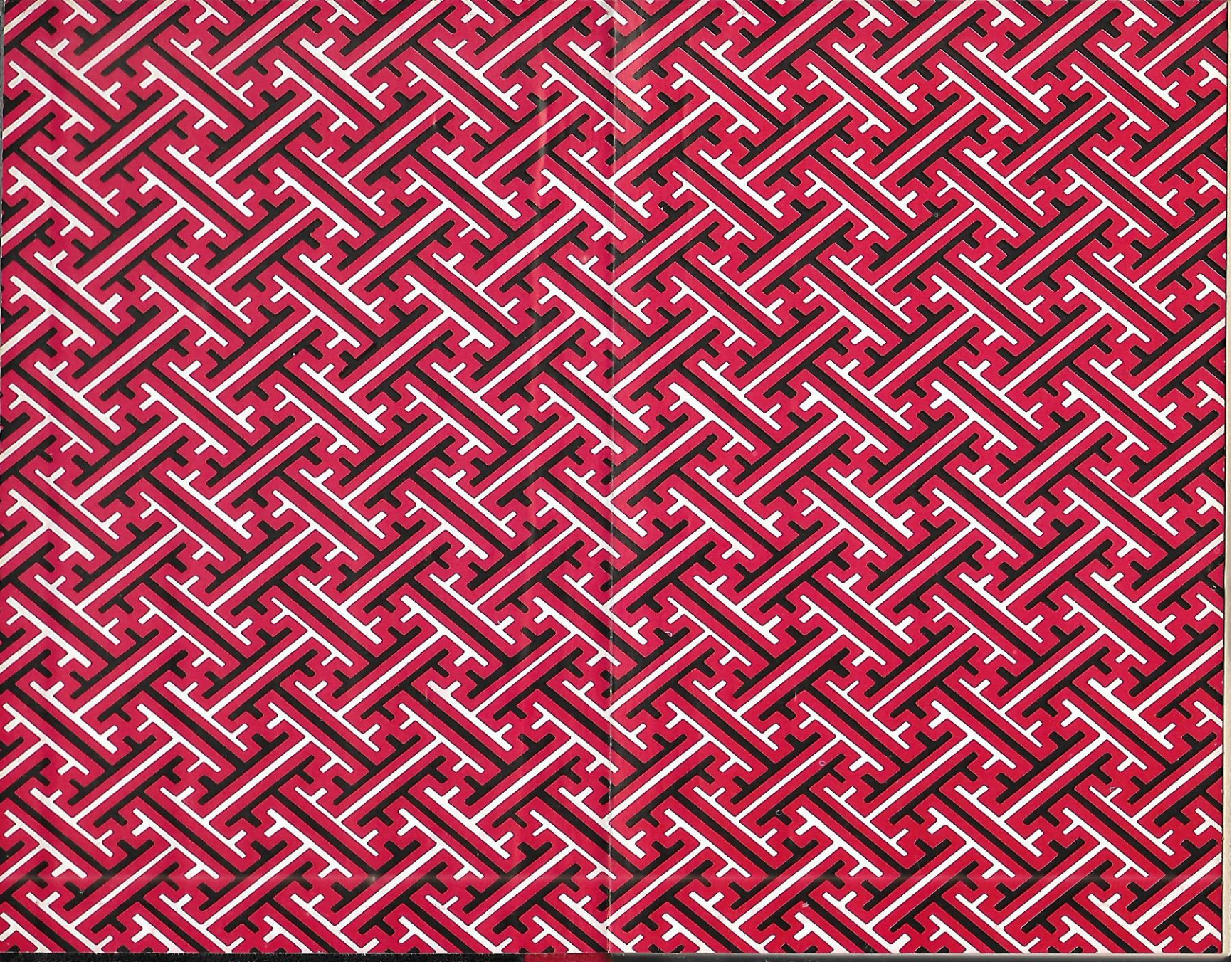
Esta obra ha sido confeccionada por
el CIRCULO DE AMIGOS DE LA HISTORIA,
según maquetas originales propiedad de
Editions Ferni, Genève.
Ha sido compuesta en tipo Times del cuerpo 9.

Esta edición está exclusivamente
reservada a los suscriptores.

Es propiedad de
LOS AMIGOS DE LA HISTORIA

Impreso y encuadernado por
Printer, industria gráfica sa Tuset, 19 Barcelona
Sant Vicenç dels Horts 1976
ISBN 84-225-0106-6 (colección completa)
ISBN 84-225-0107-4 (vol. I)
Depósito legal B. 39658-1976 (I)
Printed in Spain

毛澤東



MAO TSE TUNG
Y EL DESTINO DEL PUEBLO CHINO

presentado por
Bernard Michal

Edición reservada a
CIRCULO DE AMIGOS DE LA HISTORIA
Conrado del Campo, 9-11 - Madrid-27

© Editions Ferni - Genève 1976
Círculo de Amigos de la Historia, S. A., Editores
Madrid, 1976

P. NOUAILLE - P. LAGRON
J. DELAMOTTE

MAO TSE TUNG
Y EL DESTINO DEL PUEBLO CHINO

2

Círculo de Amigos de la Historia

1

LA GUERRA DEL OPIO

En Pekín, el viejo emperador Kien-Long está cansado. En 1795 lleva ya sesenta años en el trono y casi no ha dejado de guerrear para ensanchar su imperio. La obra iniciada por sus predecesores se ha completado. La dominación china nunca se había extendido tanto a lo largo del territorio asiático.

Los monarcas de Corea, Birmania, Annam, Siam y Nepal reconocen su soberanía y le pagan un tributo. El Tibet y Mogolia son también territorios sometidos. Los veintiún gobiernos provinciales, tres en Manchuria y dieciocho en China, parecen gozar de absoluta tranquilidad. Las sociedades secretas no actúan demasiado. Los impuestos llenan las arcas del Estado y los funcionarios no están más corrompidos que de costumbre.

El Emperador está satisfecho de su obra, y a sus ochenta y cinco años decide retirarse. El gobierno está sólidamente concentrado en las manos del secretario general del Gran Consejo, Ho-Chen, hombre de origen humilde, antiguo sargento de la guardia del Emperador, que ha sabido destacar por su inteligencia y dotes personales.

Primero fue nombrado preceptor del príncipe heredero Kia-King, y no siempre fueron fáciles las relaciones entre alumno y profesor. Se cuenta que un día Ho-Chen perdió la paciencia y le dio una suave patada a su alumno. Kia-King se vengará en cuanto ascienda al poder...

Durante la última década del reinado de Kien-Long,

Ho-Chen había consolidado su situación. Nombrado virrey, después presidente del Consejo y, finalmente, secretario general, había puesto al frente de los gobiernos provinciales a hombres de su confianza, y funcionarios de todas las clases le rendían cuentas directamente. Su ambición crecía cuanto más aumentaba su poder.

Así, pues, en 1795, Kien-Long decide abdicar y adopta el título de «Tai-Shang-huang», «excelso emperador que ha abandonado el trono». Para su protegido Ho-Chen, es la ocasión de consolidar su poder. Su palabra es ley en el imperio. Su fortuna no tiene precedente en la historia china. Un porcentaje fijo de la paga de las tropas va a parar a sus manos. Los cargos se venden según una verdadera tarifa que él mismo ha establecido. Pero la cuantía de esa fortuna será la causa de su perdición en cuanto cese la protección del Emperador. Pero, por el momento, es él quien domina la situación. Pues el anciano Emperador, aunque oficialmente ha abdicado, continúa participando en las tareas del Estado y sigue confiando en su secretario. En las audiencias imperiales el nuevo Emperador, Kia-King, permanece sentado en un pequeño taburete de cara al Oeste, mientras que su padre ocupa el trono, teniendo junto a él a su confidente.

Con el anuncio de la abdicación habían comenzado los disturbios. La sociedad secreta del «Loto Blanco» vuelve a la acción. Los campesinos y los artesanos están arruinados. Estallan sublevaciones en diversas partes del imperio.

Renace un sentimiento nacionalista. Los manchúes no han conseguido imponer su civilización en un siglo y medio. Muchos de los funcionarios que oprimen al pueblo son manchúes y manchúes también son las guarniciones de las ciudades. Y mientras que los chinos están colmados de impuestos, cada manchú recibe una pensión vitalicia en compensación de la ayuda que prestaron sus antepasados a la dinastía Ming, a mediados del siglo XVII.

La parálisis hace presa en Kien-Long durante el otoño de 1798, cuando los disturbios asolaban las pro-

vincias del imperio. Muere el 7 de febrero de 1799, a las ocho de la mañana, en la sala de los alimentos espirituales.

Kia-King, el nuevo Emperador, tiene treinta y nueve años. Es un hombre sin aptitudes naturales, dotado de un temperamento suspicaz y vengativo. Hereda un imperio en incipiente decadencia y no podrá, o no sabrá, restablecer la situación a pesar de sus actitudes valerosas.

El primer día de su reinado promulga un decreto en el que da cuenta de que las operaciones militares contra los rebeldes no obtienen resultados apreciables, acusando a Ho-Chen y a su partido, que comprende la mayor parte de los altos funcionarios civiles y militares. Cuatro días más tarde despoja a Ho-Chen de todas sus funciones, por un nuevo decreto, y ordena su prisión; otros ministros y consejeros son destituidos. Finalmente, nombra a su hermano mayor, el príncipe Cheng, Inspector del Gran Consejo, aunque esto sea contrario a las reglas dinásticas.

Dos días después, un nuevo decreto acelera la caída de Ho-Chen. En él se incluye una larga lista de todos los crímenes que se le imputan, crímenes de lesa majestad, de concusión, de traición, de abuso del poder, de fraude y de injusticia. Termina con el principal motivo de queja del Emperador:

«Acaban de ser examinados los bienes de Ho-Chen. Se ha hecho construir una mansión de cedro imperial, cuyo empleo constituye un crimen de lesa majestad; el estilo arquitectónico es imitación exacta del palacio del difunto Emperador, el de la Longevidad imperial en la Ciudad prohibida, y los jardines de recreo y los pabellones están hechos según el plano de la decoración de la «Terraza de las Islas afortunadas» en el palacio de verano. ¡No escrutemos demasiado sus motivos en esta ocasión!»

«Entre sus joyas y piedras preciosas hay doscientos collares de perlas, número muy superior al del palacio imperial. Posee una perla mayor, en tamaño y en brillo, a la que yo llevo en mi tocado imperial de gala. En su

colección se encuentran joyas que estaban destinadas al uso exclusivo del Emperador y a las que Ho-Chen no tenía ningún derecho. El número de sus piedras sin tallar sobrepasa con mucho el de la casa imperial.

»Se puede afirmar que una carrera semejante de venalidad y corrupción es única. Ho-Chen ha reconocido la veracidad de cada uno de los capítulos de la acusación expuestos anteriormente, después de haber sufrido un severo examen (la tortura) a manos de los príncipes y de los ministros.

»Ha quedado bien establecido que Ho-Chen es un traidor hasta la médula de los huesos, sin ningún sentido moral, que ha traicionado a su soberano y comprometido al Estado.

»Los crímenes de Ho-Chen contra mi padre son más numerosos que pelos tiene la cabeza. Me veo obligado a tomar penosas medidas; deseo conocer el parecer de mis virreyes y gobernadores sobre este punto. Mis funcionarios metropolitanos ya han recibido el ruego de expresar su opinión sobre la pena a imponer.»

Así, pues, se ha realizado un simulacro de investigación. El desgraciado confiesa todo lo que quieren y da los nombres de diversos funcionarios de quienes ha recibido perlas y joyas. Sobre todo, acusa a los jefes militares. El verdadero fin de toda esa comedia es determinar el montante de los bienes de Ho-Chen y descubrir los numerosos escondrijos en los que ha escondido sus riquezas.

Pero el antiguo secretario resulta difícil de convencer en este punto y es preciso apalearle una y otra vez para que se decida a dar estas informaciones.

Pero, entonces, ¡qué victoria para el emperador! Las ciento nueve listas levantadas por los encargados de la investigación revelan la increíble magnitud de las riquezas del culpable. Además de su sustuoso palacio, Ho-Chen posee veintitrés montes de piedad, trece almacenes de curiosidades, dos de jade blanco y otros dos de seda. En su tesoro de pieles se pueden contar 1.907 pieles de zorro y 67.000 pieles de otras clases. En un almacén separado se encuentran los mantos de piel

de marta u otras pieles preciosas; allí están guardados más de 6.000 vestidos, de los cuales 1.417 son de piel de marta, y grandes cantidades de zapatos y sombreros forrados de la misma piel. Veintidós grandes habitaciones encierran 8.640 piezas de las más raras maderas.

En su mansión, incluso las jofainas, barreños y otros enseres son de oro macizo o jade. En ella se pueden descubrir igualmente 144 divanes decorados con oro y laca y con piedras preciosas incrustadas. Se enumeran también 23 pequeñas pantallas de oro macizo, 40 de oro y laca, 24 de laca, todas ellas finamente decoradas. En total, las primeras apreciaciones evalúan su fortuna personal en más de cincuenta mil millones de pesetas actuales.

El 17 de febrero, quince días después de la muerte del anciano Emperador, la comisión investigadora entrega su informe. Los antiguos amigos y clientes de Ho-Chen no tienen piedad y aconsejan al trono que condene a Ho-Chen, convicto de alta traición, a morir lentamente. Es culpable, precisan, de un crimen monstruoso que no le permite esperar la indulgencia de la ley.

Kia-King ha alcanzado su objetivo; apoderarse de las riquezas mal adquiridas de su enemigo. Por eso puede demostrar su magnanimidad decretando «tomar en consideración los inconvenientes de ejecutar al Primer ministro del Estado en la plaza pública como a un traidor. Y puesto que la corte está de luto, concede a Ho-Chen el privilegio del suicidio, en atención a la dignidad nacional.»

Ho-Chen afronta su destino con la serena dignidad de un discípulo de Confucio. Permanece arrodillado durante la lectura del interminable decreto imperial que le ordena suicidarse y, al terminar, declara: «Su Majestad me ofrece una prueba de su más alta gracia; le doy las gracias por su clemencia.» Después se vuelve hacia el palacio y, arrodillándose de nuevo, toca el suelo con su frente, ejecutando el *kotoó* (saludo tradicional de un súbdito a su Emperador). Finalmente, dirigiéndose a su hijo y a uno de sus ayudantes, condenado a morir decapitado, les dice: «Vosotros y yo hemos servido juntos a nuestro antiguo dueño; según la antigua usanza, el ministro sigue a su señor hasta las nueve fuentes. Ahora voy a servir a su Santa Majestad como antes, y a recibir sus sabios consejos. El Emperador actual está rodeado de leales servidores y no tiene necesidad de hombres como nosotros.»

Sube al dosel y, sin ayuda alguna, se ajusta el nudo corredizo y se cuelga. Sus últimas palabras fueron: «El difunto Emperador estará muy indignado en el palacio de los muertos.»

La muerte de Ho-Chen, la ejecución o deportación de numerosos altos funcionarios producen gran revuelo en Pekín y en la corte imperial. Todos temen por su vida. El nuevo emperador cae en la cuenta del peligro que supone y promulga un decreto tranquilizador en el que declara que el caso Ho-Chen está cerrado y que tendría que castigar al 70 por 100 de los funcionarios superiores si quisiera escarmentar a sus partidarios.

Aun así los funcionarios no se sienten muy seguros. Conocen la rapacidad del Emperador y continúan sus prevaricaciones para darle gusto entregándole la parte que antes reservaban a Ho-Chen. Este clima de injusticia y de arbitrariedad alienta el espíritu de rebelión en la masa campesina que, habiéndose manifestado ya a comienzos del reinado de Kia-King, continúa desarrollándose y esparciéndose por todo el imperio. Los funcionarios civiles y militares no demuestran gran celo en la represión de las insurrecciones y prefieren aprovecharse de ellas para enriquecerse, desterrando a todos los ricos de las regiones sublevadas para apoderarse de sus fortunas; las víctimas engrosarán las filas de los rebeldes.

La rebelión más importante, la de la sociedad secreta del «Loto Blanco», es sofocada en 1807. Había devastado cuatro provincias durante ocho años, robando y matando a los habitantes que rehusaban enrolarse bajo su bandera. Para acabar con ella, el ejército manchú efectuó una gran matanza en todos los distritos sospechosos.

Por un instante, el Emperador pudo creer que su autoridad se había consolidado, pero aparece otra sociedad secreta, la «Razón Celeste». Se había formado en la provincia de Hu-Nan y sus fines, como los del «Loto Blanco», eran el derrocamiento de la dinastía manchú y la instauración de una nueva dinastía china. Pero ante todo era un movimiento de rebelión contra los abusos de la administración manchú que arruinaba a los campesinos, artesanos y mercaderes. Su jefe, Lin-King, cuya influencia sobre los numerosos miembros de la «Razón Celeste» era, sobre todo, mística y religiosa, decidió asesinar al Emperador para apoderarse del trono.

El primer atentado se lleva a cabo en 1812. El cocinero de la mansión imperial, un manchú, espera al Emperador en el camino del palacio de verano y se precipita sobre el palanquín con el sable en alto. Los porteadores, al verle, dejan caer la silla y huyen. Los guardias de su escolta están paralizados de miedo. El monarca, aterrado, se desvanece en el fondo del palanquín. Todo parece consumado cuando surge un oficial al galope y domina al conspirador.

Calmadas sus emociones, Kia-King hace interrogar al desgraciado cocinero, pero ni siquiera las más refinadas torturas le obligarán a revelar la identidad de sus cómplices. Lo único que dice es: «Si mis planes hubieran tenido éxito, ninguno de vosotros permanecería donde está en este momento.» Acaba muriendo despedazado lentamente tras haber sido decapitados sus dos hijos ante sus ojos.

Al año siguiente, en 1813, Lin-King piensa que ha llegado el momento de acabar con la dinastía manchú. Se infiltra en la ciudad de Pekín con una tropa numerosa y ordena a sus hombres que ataquen el palacio imperial, situado fuera de la ciudad, y maten al Emperador. Pero los preparativos de la conspiración son muy deficientes. Lin-King ignoraba que precisamente aquel día el Emperador Kia-King había ido a ofrecer un sacrificio sobre la tumba de su padre. Los conspiradores se lanzan al ataque de la Ciudad prohibida. Un texto imperial relata así los acontecimientos:

«El día 15 de la novena luna, a mediodía, una banda de rebeldes ha osado penetrar en el palacio por la puerta del Trueno Azul, siendo rechazada por los eunucos. Una hora más tarde, escaló las murallas interiores de la Ciudad prohibida y penetró en el palacio, en donde mi hijo (el futuro emperador Tao-Kuang) estaba estudiando. Viendo el peligro, el príncipe tomó una carabina y empuñó su sable. Apuntó al guía de los rebeldes que dirigía las operaciones con una bandera blanca en la mano. Mi hijo se reconoce culpable de presunción intempestiva por haber disparado. Ha obrado con verdadero valor y buen juicio, cosa notable en un joven príncipe entregado aún a sus estudios (el «joven» príncipe tenía entonces treinta y un años). Todavía no se había dado la alarma cuando él ya se precipitaba fuera matando a otros dos rebeldes y derrotando a la banda con su rápida acción. El recinto sagrado de la Ciudad prohibida guarda las tablillas de los espíritus de mis antepasados y de mi padre; la Emperatriz viuda vive actualmente allí. Mi hijo ha defendido valientemente la santidad de aquellos lugares y ha cumplido con su deber filial con lealtad.

»El ataque ha sido dominado a las tres de la tarde y han caído prisioneros doscientos rebeldes. Me he enterado, después deeeee haber hecho interrogar a varios rebeldes, de que otra banda de unos quinientos hombres se encuentra fuera de la Ciudad imperial. Pero todavía no sé si han tomado parte en el ataque y cómo se ha descubierto su presencia.»

Kia-King anula inmediatamente su visita a las tumbas de sus antepasados y se apresura a volver a Pekín. Hace unas declaraciones:

«Mi dinastía reina en este imperio desde hace ciento sesenta años. Mis gloriosos antepasados, cada uno en su momento, han mostrado un afecto benevolente hacia sus súbditos, tratándoles siempre como a hijos muy queridos. Ninguna pluma podría describir su sabia virtud y su justicia. Puede que yo no haya llegado a alcanzar su grado de perfección, pero no he sido un soberano cruel. No encuentro explicación a este desastre. La re-

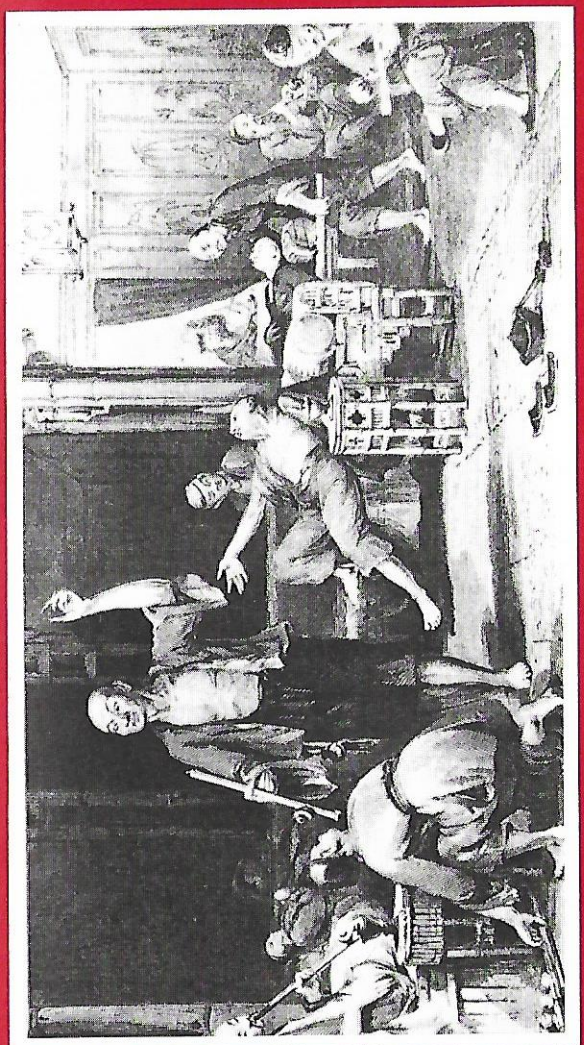
volución ha estallado súbitamente, pero ha debido prepararse desde hace mucho tiempo.»

El Emperador no sabía cuánta verdad encerraban sus palabras. Numerosos funcionarios estaban al corriente desde hacía un año. El jefe manchú de un distrito de Formosa había descubierto el primer complot, el del cocinero de palacio, y había alertado al gobernador de la isla. Pero éste no había creído necesario prevenir a Pekín. Igualmente, la víspera del día del ataque al palacio, un inspector de policía de un pueblo muy cercano había enviado un mensaje urgente al gobernador de Pekín, informándole de que Lin-King había ordenado a sus hombres que entrasen en la capital al día siguiente por la mañana. El gobernador no había tomado ninguna medida especial de protección.

Posteriores investigaciones revelan que varios eunucos del palacio habían participado en la sedición. El Emperador no oculta su furor:

«Antes del ataque al palacio, unos individuos sediciosos, acusados de haber asesinado a unos funcionarios, habían sido detenidos en Chan-Tung y en Ho-Nan. Confesaron en el interrogatorio que formaban parte de la sociedad de la «Razón Celeste» y que su jefe Lin-King se escondía en Pekín.. Estaba a punto de ordenar su detención cuando los rebeldes armados invadieron la Ciudad prohibida. (El Emperador falsea la realidad para salvar su prestigio. Aunque algunos funcionarios habían tenido noticias del complot, Kia-King no estaba al corriente.) Su jefe se escondía en un pueblo próximo a Pekín y ha sido capturado. Lin-King ha reconocido ser el instigador y organizador de la conspiración y he ordenado que sea castigado con todo el rigor de la ley.

»Me deja estupefacto el saber que varios eunucos pertenecían a esta secta sacrílega. Que unas criaturas empleadas en el palacio se atrevan a unirse a una sociedad tan perniciosa y se hagan cómplices de su traición abriendo las puertas a los rebeldes, revela una culpabilidad sin precedentes. Los eunucos detenidos serán examinados por separado, mediante la tortura, y se obtendrá toda la verdad. Todos ellos serán condenados a



Un fumadero de opio en Cantón.

ser desmembrados y sus familias correrán la misma suerte.»

Ha fracasado la rebelión. La sociedad de la «Razón Celeste» va a desaparecer como tantas otras lo hicieron anteriormente. La vida en la corte manchú recobra su ritmo habitual: ceremonias protocolarias y reuniones de trabajo. Pues no todo son placeres en el palacio imperial. Se sigue intentando administrar desde allí el inmenso imperio, de mejor o peor manera. Y el Emperador sigue siendo el jefe activo de esta empresa.

Cada mañana, por ejemplo, entre las tres y las cinco, antes del alba, preside la reunión cotidiana del Gran Consejo. En él se toman las decisiones más importantes y de él salen todas las órdenes y directrices para todos los funcionarios superiores del imperio, y a él llegan todos los informes importantes de las provincias. La administración china está, en efecto, fuertemente centralizada y, al menos en teoría, la corriente de órdenes e informaciones circula sin parar de la cima a la base y viceversa.

El Emperador se encuentra en la cumbre, asistido por el Gran Consejo y la Gran Secretaría. Junto a estos organismos políticos, seis ministerios se reparten la tarea de dirigir a los cientos de millares de funcionarios repartidos por toda China. A ese nivel, el más elevado de la jerarquía, los manchúes son más numerosos que los chinos. Pero no hay regla fija. El Emperador nombra a los titulares de estos puestos según su competencia o su lealtad al trono, más que por sus orígenes étnicos.

Cada una de las dieciocho provincias chinas y las tres de Manchuria está administrada por un gobernador. A veces, varias de estas provincias se agrupan bajo la autoridad de un gobernador general o virrey. Ademas, cada distrito tiene su administrador, cada pueblo su jefe.

Desde hace muchos siglos, los funcionarios son reclutados mediante un complicado sistema de exámenes. Los temas de estos exámenes son exclusivamente literarios, históricos, de filología y de moral, y no entrañan ninguna iniciación en el ejercicio de las responsabilidades administrativas. Las pruebas son muy formalistas,

en particular la célebre «disertación en ocho partes», cuya forma es infinitamente más importante que su fondo. Estos son, por ejemplo, dos temas escogidos por el Emperador: «¿en qué consiste la felicidad?», para desarrollarla en prosa, y «¿por qué el hombre prudente duda en hablar delante de un loro?», para escribirlo en poesía.

Estos exámenes son cada vez más difíciles a medida que se desea ascender en la jerarquía burocrática. Convierten a cada funcionario en un candidato perpetuo, desde su primera juventud hasta una edad muy avanzada. Los reglamentos tienen previsto el caso de candidatos que sobrepasen los ochenta, los noventa e incluso los cien años.

La forma de los estudios y de los exámenes es menos paradójica de lo que parece a primera vista. En el sistema chino el buen funcionario debe intervenir directamente lo menos posible. Su papel consiste en velar por el buen funcionamiento natural de los engranajes de la sociedad. Para eso, sobre todo hay que dominar los principios históricos y morales, saber distinguir el bien del mal.

La práctica administrativa china se esfuerza ante todo en ser ligera y equilibrada evitando cualquier concentración excesiva de poder. Todos los funcionarios son nombrados por el Emperador y no pueden permanecer en el mismo puesto durante más de tres años, y nunca en su provincia natal. Como no está especializado, puede cambiar de puestos según las necesidades o el deseo del Emperador.

El mandarín responsable de un distrito se encuentra generalmente al frente de una población de varios centenares de miles de personas. Por eso se ve obligado a rodearse de toda una serie de clérigos, secretarios, oficinistas, mensajeros y domésticos, a los que concede mucha iniciativa. Todos estos funcionarios auxiliares no pertenecen a la clase de los letrados, no han tenido que examinarse y lo más frecuente es que sean habitantes de la provincia en la que trabajan.

La sede de la administración local, el *yamen*, alberga al mismo tiempo las oficinas, los servicios de la policía,

el tribunal, la residencia privada del mandarín y de sus ayudantes, la prisión y los depósitos de granos y de dinero. Es el símbolo y el centro nervioso de todo el poder del Estado.

Desgraciadamente esta organización tiene un grave defecto: la corrupción. Las pagas de los funcionarios son muy pequeñas, y tienen que sostener con ellas no sólo a su vasta familia sino también a las de todos sus ayudantes, quienes a su vez tienen numerosas obligaciones. Esta es la causa de que cada funcionario recurra a los medios más arbitrarios para asumir sus cargos y se aproveche de ellos para enriquecerse. Estos procedimientos han llegado a convertirse en una costumbre y el más bello elogio que se puede hacer de un funcionario, cuando cesa en el cargo, es declarar que no ha cometido más que exacciones razonables y hasta cierto punto rituales. Entonces se construye en su honor un arco de triunfo, agradeciéndole su moderación.

La principal preocupación de los funcionarios es la de no hacerse notar, para poder seguir enriqueciéndose apaciblemente. Los castigos son severos cuando se cae en desgracia ante el Emperador. Verdascazos de bambú, deportación y decapitación son los castigos más frecuentes. Por eso la prudencia aconseja enviar informes anodinos, congratulándose de la buena marcha de las cosas y minimizando los acontecimientos que podrían hacer pensar en una mala administración. Por eso Pekín está cada vez peor informado y más alejado de la realidad.

Kia-King nunca se dará cuenta de la importancia de los movimientos revolucionarios que aceleran su decadencia. El país está en permanente desorden sin que Pekín parezca preocuparse. Dejan que los gobiernos locales se ocupen de sofocar las rebeliones, como la de los tibetanos de 1807 y la de los campesinos del Kuang-Si, de 1820. Hambre, miseria, matanzas, asolan regiones enteras mientras que la corte continúa viviendo en su formalismo anquilosado.

Kia-King muere fulminado por un ataque en 1821. Le deja a su hijo Tao-Kuang un imperio en plena descomposición.

Tao-Kuang sube al trono con treinta y nueve años. Tiene reputación de hombre decidido y animoso. La corte no había olvidado su actitud intrépida cuando se produjo el ataque de los conspiradores de la «Razón Celeste» al palacio. Desgraciadamente la decadencia está muy avanzada y los colaboradores del Emperador son muy mediocres y entre ellos apenas hay verdaderos estadistas. Durante los treinta años de su reinado Tao-Kuang gobernará de mejor o peor manera. Gastará lentamente sus energías en las intrigas palaciegas, y a los diez años de su gobierno ya habrá abandonado todos los asuntos del Estado en las manos de sus consejeros, quienes, por su parte, lucharán más frecuentemente entre ellos mismos que contra los enemigos del interior y del exterior que amenazan el trono.

Mientras tanto, el Emperador no se ocupará más que de la administración de su palacio, revelándose su tendencia a la economía en las cosas domésticas y planteando verdaderos quebraderos de cabeza a los intendentes y eunucos que no sabrán qué inventar para asegurarse sus medios de subsistencia. Así se cuenta que cierto día el emperador deseó comer una sopa de pasta preparada de manera diferente y muy delicada. El intendente, viendo la oportunidad de conseguir algún dinero, declaró que para cocinar semejante sopa era necesario construir una cocina especial y contratar un funcionario suplementario para todo el año. El gasto total ascendía a una suma exorbitante. El Emperador frunció el entrecejo: «Tanto peor, conozco, no lejos de aquí, un restaurante en donde hacen esta sopa de manera excelente. Enviaré todos los días a un eunuco para que me traiga una escudilla.» Algunos días después, el eunuco vuelve con la noticia de que el restaurante ha cerrado sus puertas. Desengañado, Tao-Kuang no hace más que esta amarga reflexión: «Siempre me he negado a derrochar el dinero en mi alimentación. Pero me parece duro que yo, el Hijo del Cielo, no pueda permitirme el menor capricho.»

Animados por la falta de autoridad del Emperador, los funcionarios nunca llegan a saciarse.

Y sin embargo, esta administración corrompida y este Emperador débil y sin recursos tendrán que hacer frente a un fenómeno nuevo que cambiará la vida de China y ocasionará a la larga la caída de la dinastía: la impetuosa llegada de los occidentales.

En Europa, por aquel tiempo, comenzaba la era de la industralialización. Habían terminado hacía poco las guerras napoleónicas. Inglaterra, triunfante, extendía su imperio a través de los mares. La India ya no le bastaba para apagar su sed insaciable de comercio y sus barcos surcaban todos los océanos en busca de nuevos mercados. Francia se recuperaba de sus derrotas y buscaba lejos de Europa nuevos motivos de orgullo. España y Portugal piensan recobrar en otra parte los imperios coloniales perdidos en América. Holanda se siente atraída desde siempre por el extremo Oriente. A Rusia le inquietan cada vez más sus fronteras meridionales y pretende encontrar en el Pacífico puertos que no estén cerrados por los hielos una parte del año. Tan sólo el imperio austriaco, sacudido por crisis internas, apenas se interesa en los países lejanos.

Han pasado ya algunos siglos desde que algunos comerciantes se aventurasen en las costas chinas volviendo con sedas preciosas, té, jade y maravillosos objetos de marfil. Los portugueses instalaron sus primeras factorías en Macao, en 1537, y desde entonces siguen comerciando con los chinos. Algunos buques ingleses llegaron a Cantón, en 1637. Un edicto imperial de 1757 había admitido oficialmente la presencia de los extranjeros y reglamentado el comercio con los europeos. En él se decía que Cantón era el único puerto al que los «bárbaros» tendrían acceso.

Cuando Tao-Kuang sube al trono, la situación no ha evolucionado mucho. Los extranjeros pueden instalar fábricas o almacenes en Cantón. Entre noviembre y febrero, que es cuando llegan los barcos de Europa, los comerciantes vuelven de Macao a Cantón para ocuparse de sus negocios. No tienen derecho a comprar o vender directamente a los chinos y el comercio debe realizarse a través de la Asociación de Comerciantes Chinos de

Cantón, el Co-Hong, que cuenta con una docena de miembros. Los comerciantes del Co-Hong tienen el monopolio absoluto y no dependen más que del inspector de aduanas, el Hoppo. Controlan el movimiento de los barcos; son responsables de la aplicación de los reglamentos imperiales. Y estos reglamentos son draconianos: los extranjeros no tienen derecho a salir del barrio de las factorías; sólo tres veces al mes están autorizados a dar un corto paseo por la explanada, escoltados por un intérprete designado por el Co-Hong. No pueden tener ningún contacto directo con los funcionarios chinos, y cualquier clase de comunicación debe pasar por el Co-Hong. Ninguna mujer occidental puede pisar el suelo de Cantón, y mucho menos permanecer en aquella ciudad.

Esta última medida ocasionó numerosas fricciones entre los extranjeros y los chinos que ponían especial atención en que se cumpliese, pues se consideraba impura a las mujeres extranjeras. Una vez estuvieron a punto de romperse toda clase de relaciones al desembarcar en Cantón las mujeres de los comerciantes, cansadas de esperar a sus maridos en Macao. El escándalo fue enorme. Las autoridades chinas declararon inmediatamente el bloqueo de las factorías. Ningún chino penetró en el recinto y a los occidentales les faltaron las provisiones. Tuvieron que ceder al cabo de algunos días, embarcando sus mujeres con destino a Macao. Entonces se reanudó normalmente el comercio.

Los comerciantes extranjeros se quejan de la incesante vigilancia de que son objeto, y mucho más de las trabas que supone para ellos el monopolio del Co-Hong. No pueden comprar el té o la seda más que al precio fijado por la Asociación de Comerciantes Chinos. Naturalmente los miembros del Co-Hong obtienen pingües ganancias, pero el gobierno imperial también se beneficia. En suma, este régimen concilia en condiciones satisfactorias para el gobierno chino la necesidad de importar ciertas mercancías extranjeras y el deseo de impedir la penetración de la influencia europea.

Los chinos, por otra parte, no sienten más que desprecio por los extranjeros, en aquella época. Y si en Europa se tiene tendencia a considerar a los chinos como animales curiosos y seres inferiores, en China domina la misma tendencia con respecto a los europeos.

Para comprender mejor la impaciencia de los comerciantes ylos acontecimientos que van a producirse, es necesario conocer Cantón. La ciudad no da directamente al mar. Para llegar a él hay que atravesar el delta, complicado y atestado de islas, del Si-Kiang, el tercer río de China. Entre la estrecha península en cuyo extremo se encuentra Macao y el islote de Hong Kong, se encuentra el lugar llamado «Bocca Tigris», en un brazo del Si-Kiang que recibe el nombre de río de las Perlas. Después de haber remontado los meandros de este río durante cuarenta y cinco kilómetros, se llega a Whampoa, límite asignado a los barcos extranjeros para echar el ancla. De allí, tras navegar cerca de veinte kilómetros en barcos de menor tonelaje, se llega a Cantón, no a la ciudad misma sino a las factorías. Los almacenes principales son los de la East India Company inglesa que, instalada allí en 1715, tiene el monopolio del comercio inglés con China, y los de la Compagnie française des Indes, creada en 1724. También se encuentran allí algunos daneses, americanos y representantes de las firmas de las Indias.

Al contrario de lo que esperaban los europeos, el comercio hace escasos progresos a partir de mediados del siglo XVIII. No sólo a causa de los reglamentos y las malas jugadas de los comerciantes del Co-Hong, sino también porque los occidentales no importan productos que interesen a los chinos. Los europeos compran ante todo té y seda. La cuestión para ellos es saber lo que pueden vender a cambio. Cuanto más cara sea la mercancía y menor volumen, mayores serán los beneficios. Pero ni los paños europeos, ni las lanas, ni los artículos de lujo, ni las herramientas o las máquinas son buenos productos de intercambio.

A los ingleses se les plantea un grave problema. El déficit de su balanza comercial con China es mayor cada año. Su lejana isla reclama cada vez más té, que

se ha convertido en la bebida nacional, mayor cantidad de sedas y objetos preciosos de jade o marfil. Los chinos, por el contrario, se encuentran cada vez menos interesados en los productos que les proporcionan los comerciantes ingleses. Hace falta descubrir un producto nuevo, y los comerciantes de la East India Company lo encuentran pronto. Se trata de una planta cuyo cultivo alcanza grandes proporciones, especialmente en Bengala, el opio.

Los chinos ya conocían esta planta, pero hasta entonces no se empleaba más que con fines médicos y su venta estaba estrictamente regulada. El gobierno del Emperador se da cuenta en seguida de los peligros que acarrea para su pueblo la introducción en masa del opio. En 1800 un edicto imperial prohíbe formalmente su comercio, pero nunca será respetado.

Esta mercancía tiene un valor enorme y un volumen pequeño. El contrabando de la droga es cada vez en mayor escala y se establece una vasta red de clientes y cómplices. Numerosos comerciantes y mandarines chinos no dudan en enriquecerse negociando con los extranjeros. Los colaboradores del gobernador general de Cantón aceptan normalmente una gratificación de ochenta taeles por cada caja de opio que dejan entrar en el puerto.

El contrabando se efectúa también en otros muchos puertos o pequeñas islas del litoral del sur de China. Un aventurero americano cuenta así una de estas expediciones de contrabando, efectuada hacia 1820:

«Por aquella época poseíamos un esbelto velero, la *Rosa,* que se preparaba para entregar, en un punto de la costa, una cantidad de opio contratada en Cantón, así como otras cajas suplementarias para explorar el mercado. El cargamento completo se componía de trescientas cajas por un valor de unos trescientos mil dólares...

»Al tercer día echamos el ancla junto a la isla de Namao, en la costa orientada hacia el continente, cerca de dos bergantines ingleses. Próximos a la costa estaban anclados dos barcos de guerra, uno de los cuales enarbolaba el pabellón de un comodoro.

»Conociendo las formalidades a las que teníamos que someternos, esperábamos la visita de un mandarín, con la certeza de que ningún junco se acercaría a nosotros antes de haber cumplido con estas formalidades. Apenas habíamos apagado las velas cuando «Su Excelencia» llegó en una especie de yola tan ancha como larga.

»Además de los remeros, podíamos distinguir a los acompañantes, oficiales o domésticos, con vestidos verdes y sombreros cónicos de junquillo cubiertos totalmente por una franja de seda roja. En cuanto a «Su Excelencia», sentado majestuosamente en un sillón fumaba con calma. Una gran sombrilla de seda bordada se mantenía sobre la cabeza del mandarín, mientras que sus servidores le protegían con abanicos de los ataques de las moscas y mosquitos.

»El capitán le recibió en la pasarela: era de porte digno y agradables modales. El «comodoro» aceptó un cigarro y un vaso de vino, y luego se interesó por el motivo de nuestra llegada. El capitán le dio a entender que el barco, que iba de Singapur a Cantón, se había visto obligado por los vientos y las corrientes adversas a detenerse en Namao para hacer provisiones de agua y de madera. Tras escuchar con atención, el mandarín nos aseguró que podríamos obtener todas las provisiones que quisiéramos, pero que, acto seguido, tendríamos que zarpar y poner rumbo a Whampoa sin perder un solo instante. El Gran Emperador no permitía que ningún navío extranjero hiciera escala en otro puerto que no fuera aquél.

»Entonces sacó sentenciosamente de su bota un extenso documento rojo (el rojo es el color imperial) y se lo dio a su secretario para que nos lo leyera. Concluida la lectura, Su Excelencia se levantó de su asiento, y todos sus acompañantes, excepto su secretario, volvieron a su embarcación.

»El mandarín y su secretario fueron invitados entonces a tomar un refresco en la cabina... y se abordó el meollo de la cuestión. El mandarín preguntó sin rodeos: «¿Cuantas cajas tenéis a bordo? ¿Están todas destinadas a Namao? ¿A continuación remontaréis la costa?,

insinuando que *allá arriba* (en Cantón), los mandarines eran particularmente estrictos, obligados a hacer respetar la voluntad del «Emperador del Universo», etc. Nuestras respuestas fueron también claras y directas: nuestro navío no seguiría al norte de Namao, y su cargamento consistía en algunos centenares de cajas. Entonces pasamos a la cuestión del *Cumsha* (porcentaje) y se solucionó mediante el viejo principio chino de «según los ritos».

»Su Excelencia dijo *Kao-tseu* (anuncio mi marcha). Le escoltamos hasta el empalletado, y lo franqueó con ayuda de su secretario. Le vimos llegar a su junco en su brillante canapé.

»Los compradores chinos subieron con toda libertad a bordo en cuanto vieron que había terminado la visita oficial. Uno o dos días más tarde llegaron del continente varios juncos con un pabellón distintivo en su mástil mayor. Izamos uno igual y los juncos amarraron a nuestra borda. Cargaron en muy poco tiempo el opio vendido y pagado en Cantón para ser entregado en este punto de la costa.»

En Cantón, la situación se degrada. Los occidentales se sienten cada vez más molestos por los reglamentos chinos. Se enriquecen, se hacen más numerosos. Soportan mal el tener que permanecer encerrados en la zona de las factorías. Con mayor frecuencia cada vez, sus barcos van a fondear ante la isla de Lin-Tin, situada en la desembocadura del río de las Perlas, en lugar de llegar hasta Cantón en donde los reglamentos aduaneros son aplicados estrictamente. En la isla, con la complicidad de los funcionarios chinos, defraudan al Tesoro Imperial comerciando directamente con los chinos. En 1831, el comercio extranjero oficial de Cantón no pasa de siete millones de dólares, mientras que en Lin-Tin alcanza los diecisiete millones, once de los cuales provienen del opio.

Los chinos responden provocando incidentes cada vez más numerosos. En septiembre de 1821 por ejemplo, un marinero italiano de un barco americano fue acusado de haber causado accidentalmente la muerte de

una mujer china, que comerciaba en su barco, al caérsele un vaso. El culpable tuvo que ser entregado a la justicia de los mandarines y fue estrangulado. El 15 de diciembre de 1821, un barco de guerra inglés se estaba aprovisionando de agua en Lin-Tin cuando sus marineros fueron atacados y obligados a huir con catorce heridos. La infantería de marina que acudió en su ayuda mató a dos chinos e hirió a otros cuatro. El comandante del navío se queja al virrey del ataque de que han sido víctimas sus hombres. El virrey contesta reclamando la detención de dos ingleses y pide que se autorice a un funcionario chino a subir a bordo para efectuar una investigación. El capitán inglés se niega. Se suspende el comercio en Cantón. Las discusiones prosiguen durante más de dos meses, permaneciendo bloqueada la zona de las factorías. Finalmente zarpa el barco en febrero y se reanuda el comercio.

Otro navío sufre el fuego de los cañones chinos que protegen el estrecho de «Bocca Tigris», durante aquel mismo año de 1822. Y dos años más tarde se produce un nuevo incidente cuando una viga de madera cae sobre un sampán amarrado a un barco de la Compañía Inglesa de las Indias, pretendiendo los chinos que había herido a un marinero.

Los roces se multiplicaban en Cantón durante todo este período, y el gobierno de Pekín se inquieta. Uno de los consejeros del trono envía directamente a la corte de Inglaterra la siguiente carta:

«Vosotros, salvajes del otro extremo de los mares, os atrevéis, según parece, a desafiar e insultar a nuestro poderoso imperio. Ciertamente ya es hora de que limpiéis vuestros rostros, purifiquéis vuestros corazones y enmendéis vuestros errores. Si os sometéis humildemente a la dinastía celeste y le juráis fidelidad, tal vez tengáis la suerte de que se olviden vuestras faltas pasadas. Pero si persistís y perseveráis en vuestros obstinados errores, serán desvastadas vuestras tres islas, vuestras poblaciones pasadas a cuchillo en cuanto los ejércitos de Su Divina Majestad pisen vuestras costas.»

¡Qué increíble desconocimiento por parte de un alto

funcionario de la debilidad de las fuerzas armadas de su propio país! China no poseía una armada digna de ese nombre. Sus pocos juncos ni siquiera son capaces de oponerse a las incursiones de los centenares de embarcaciones piratas, que llegaron a apoderarse por un momento del puerto más importante de Formosa, matando a una parte de la colonia holandesa instalada allí desde el siglo XVIII.

El ejército de tierra tampoco es mucho más brillante. Está compuesto en primer lugar por las «Banderas manchúes» que conquistaron en el siglo anterior China y por sus aliadas, las «Banderas mogolas». Estas unidades habían perdido toda su combatividad y eran odiadas por los chinos a causa de sus continuos robos y saqueos. El ejército chino propiamente dicho, los «Batallones verdes», padecía los mismos defectos que el conjunto de la maquinaria estatal.

En 1833, una decisión del gobierno británico complica aún más la situación. Hasta entonces la Compañía de las Indias tenía el monopolio del comercio inglés en China. El monopolio es abolido y a partir de aquel momento todos los comerciantes ingleses tienen derecho a probar fortuna. El contrabando, particularmente el del opio, se desarrolla notablemente y los mandarines responden con nuevas vejaciones. Los ingleses piden a su gobierno, con la aprobación del virrey de Cantón y de los comerciantes del Co-Hong, que envíe un «Superintendente del comercio de los súbditos británicos en China».

Lord Napier desembarca en Cantón dispuesto «a no pasar nada por alto». Su misión, comenzando bajo estos auspicios, tenía que acabar mal. Exige ser recibido inmediatamente por el virrey sin pasar antes por el Co-Hong, intermediario obligado. La situación se envenena rápidamente. Lord Napier se niega a ceder. El virrey decide expulsarle y, al no conseguirlo, ordena como represalia que todos los obreros y empleados de las factorías británicas abandonen sus puestos. Organiza el bloqueo y prohíbe bajo pena de muerte que se aprovisione a los ingleses. Además envía tropas para asegurarse de

que se cumplen sus órdenes. Furioso, Lord Napier ordena a la flota que habían puesto a su disposición que fuerce el paso y desembarque un destacamento para proteger la concesión. El virrey replica inmediatamente tomando medidas para cercarles. Finalmente Lord Napier se ve obligado a ceder, reembarcar sus tropas y retirarse a Macao, donde muere quince días después a causa de un ataque de malaria.

Es una victoria para Pekín, pero también un motivo de inquietud. Los ingleses han desembarcado por primera vez un contingente de tropas relativamente importante en territorio chino. De todas formas, se dan cuenta en la capital de que el imperio camina hacia su decadencia. El opio se ha convertido en el principal problema. La importación masiva hace bascular la balanza de pagos. El opio representa el cincuenta y siete por ciento de las importaciones en 1837. Entre 1828 y 1836 China ha tenido que pagar treinta y ocho millones de dólares[1] por los estupefacientes. Además, como esta importación está oficialmente prohibida, no puede percibir ningún derecho aduanero.

Pero el peligro más grave es el que amenaza a la salud del país. El vicio asola especialmente al sur de China, esparciéndose por todas las clases sociales de las ciudades entre los hombres de más de cuarenta años. Hacia 1835 los grandes mandarines y los generales consideraban que la proporción de fumadores de opio entre su personal civil y militar era de un 90 por 100. Las apreciaciones numéricas son muy imprecisas y varían mucho: cuatro millones de fumadores según un chino, doce millones según un médico inglés de Cantón. La actividad económica cede, baja el nivel de vida y se perturba el buen funcionamiento de los servicios públicos.

En 1839 el Emperador, tras escuchar durante dos años las opiniones de los dos partidos que se formaron para discutir el problema del opio, promulga un rescrito castigando con penas muy severas (incluso la pena de muerte) el tráfico de opio y su consumo.

1 En realidad se trata de dólares mexicanos, que eran moneda corriente en todo el Extremo Oriente por entonces.

Uno de los miembros del partido intransigente, Lin Tseu-Siu, es nombrado comisario en Cantón. Fue él quien envió a Londres, unos años antes, aquella carta insultante. Antes de ocupar su nuevo puesto, escribe una carta a la reina Victoria para informarla de las decisiones tomadas por el gobierno chino. El tono ha cambiado mucho y Lin habla como un alto funcionario consciente de los problemas de su país y con la preocupación de hacer que los comprenda el extranjero responsable de sus males.

Lin se dirige hacia Cantón decidido a hacer cumplir las medidas tomadas por el gobierno chino. Su llegada al puerto tiene todo el aspecto de una ceremonia oficial destinada a mostrar, especialmente a los extranjeros, la importancia de su misión. Un comerciante inglés la describió de la siguiente manera:

«El enviado imperial llegó a Cantón el domingo 10 de marzo de 1839. Estaba sentado en un gran junco oficial y pudimos distinguirle con toda claridad. Tenía un aspecto muy digno con una expresión firme y dura. Era un hombre de gran estatura con grandes bigotes negros y una larga barba, y parecía tener sesenta años. Otros muchos barcos seguían al suyo, y a ambos lados llevaban pintados en letras de oro sobre fondo negro los títulos y rango de sus principales ocupantes.

»Las tripulaciones vestían flamantes uniformes nuevos, rojos con bocamangas blancas y sombreros cónicos de junquillo de los mismos colores. En estos navíos iban los principales magistrados, desde el virrey hasta el superintendente de impuestos.

»Sobre las murallas que rodean las factorías se alzaba una fila de soldados vestidos con uniformes nuevos y brillantes. A orillas del río, cada pulgada de terreno, cada puerta y cada ventana estaba ocupada por una densa muchedumbre. Todos los navíos, excepto los juncos oficiales, estaban anclados en las márgenes, y reinaba un silencio general.»

Lin no pierde el tiempo. Una semana después de su llegada a Cantón, ordena a los comerciantes chinos del Co-Hong que cesen inmediatamente el comercio del

opio y pide a los comerciantes occidentales que le entreguen todas las existencias de esta droga almacenadas en las factorías o en los barcos anclados en Lin-Tin. Intentan negociar, pero no tiene éxito. Lin hace rodear la zona de las factorías por las tropas chinas. Y el 23 de marzo, cuenta un testigo occidental, «todos los chinos, desde el más importante hasta el cocinero, abandonan las factorías. Lin les ha advertido que serán decapitados si vuelven allí.»

«El 24, el capitán Charles Elliot, superintendente del Comercio de Su Majestad británica, llega de Macao y ordena inmediatamente entregar la totalidad del opio. Las calles cercanas a las factorías están llenas de soldados. Una fuerte guardia ocupa la plaza y un cordón triple de navíos bloquea los muelles. Toda la comunidad está ahora prisionera de los chinos. Ninguna provisión puede penetrar en el recinto de las factorías y nadie puede ir más allá de la plaza.»

En dos meses, Lin ha hecho capturar más de veinte mil cajas de opio y detener a más de mil seiscientos infractores de la ley. A finales de junio organiza una gran ceremonia ritual en el curso de la cual se dispersan en el mar las cenizas de todo el opio incautado.

Un nuevo incidente, ocurrido cerca de Cantón, hace más tensa la situación. Un grupo de marineros británicos y americanos mata a un campesino en el curso de una pelea en un pueblo, durante el mes de julio. Lin pide que el responsable sea entregado a la justicia china. Los ingleses se niegan e improvisan un tribunal que absuelve al culpable «por falta de pruebas». Lin desembarca en Macao para castigar a los ingleses y éstos huyen de la colonia portuguesa para refugiarse en Hong Kong. El comisario chino decide entonces bloquear Hong Kong. A principios de septiembre algunos navíos británicos rompen una barrera de juncos chinos que bloqueaban Kowlon, junto al peñón ocupado por los ingleses. Después, el 3 de noviembre, se libra una batalla naval en Chuen-Pi. Dos fragatas británicas que intentaban llegar a Cantón hunden seis juncos y producen daños en otros.

Las noticias, que llegan a Inglaterra con cuatro meses de retraso, provocan la cólera de los ingleses. El informe del capitán Elliot enciende la pólvora. El gabinete inglés decide en octubre de 1839, conforme al parecer de Elliot, una intervención militar. Ciertamente, señala Palmerston (Primer ministro), el gobierno chino tiene derecho a prohibir la importación de opio. Pero no que, después de haber tolerado durante tanto tiempo este tráfico, las autoridades chinas hayan tomado medidas de fuerza dirigidas indiscriminadamente contra todos los comerciantes ingleses. Esta es la tesis que sostiene el 19 de marzo de 1840 en la Cámara de los Comunes, en donde obtiene la mayoría a pesar de la fuerte oposición de Gladstone. El Parlamento decide enviar una expedición militar.

Su objeto es, dice Palmerston, «asegurar la futura seguridad del comercio británico». No se trata solamente de ampliar las posibilidades de intercambios económicos. El comandante de la expedición ha recibido también la orden de obtener la cesión de una isla muy próxima a las costas chinas que sirva de «plaza de comercio» a los súbditos británicos. El gobierno inglés dirige su atención en primer lugar hacia una de las islas Chu-San, en la desembocadura del Yang-Tse. Desde el punto de vista económico es una acertada elección, pues el río es la principal vía de penetración hacia el centro de China, una rica región que no se puede alcanzar desde el puerto de Cantón. Al final se conformará con Hong Kong.

Ha estallado la guerra. La guerra del opio, que va a durar más de dos años. Los chinos no se inquietan. Desconocen totalmente la potencia real de Gran Bretaña y están enteramente persuadidos de la superioridad casi mística del Celeste Imperio. Ven en este conflicto la ocasión de poner en su lugar a estos «bárbaros rojos» que se agitan desagradablemente en sus costas hace mucho tiempo. Lin, nombrado Gran Almirante del Imperio, reúne en torno a Cantón una flota de juncos de guerra.

Pero ni la concepción, ni el tamaño, ni el armamento

de estos juncos han evolucionado desde hace siglos. En la primavera de 1840, la flota británica se presenta en la desembocadura del Si-Kiang y bombardea los fuertes que protegen la entrada del «Bocca Tigris». Instalan su base de operaciones en Hong Kong, bloqueando así toda la desembocadura del río y los accesos a la gran ciudad de Cantón. Una gran parte de la flota de Lin se encuentra encerrada en el interior de los estrechos. Después, las escuadras británicas ponen rumbo al norte, hacia el estuario del Yang-Tse. A principios de julio, los ingleses divisan Chu-San, el objetivo fijado por el gobierno de Londres. Se preparan a desembarcar en Ting-Hai, la principal ciudad de la isla. Un oficial británico cuenta la batalla de esta manera:

«Los buques de guerra ingleses se habían alineado presentando la borda de babor a la ciudad y a una distancia de unos trescientos metros de la plaza y del pie de la colina. Allí estaban el *Wellesley*, con sus setenta y cuatro cañones, el *Conway* y el *Alligator*, de veintiocho cañones cada uno, el *Cruiser* y el *Algerine*, de dieciocho, y algunos bergantines de diez cañones. A las dos de la tarde, las tropas transportadas se colocaron detrás de los buques de guerra, formando dos líneas con sus lanchas, para desembarcar luego protegidas por el fuego artillero. A las dos y media, el *Wellesley* disparó un cañonazo al que respondieron inmediatamente las piezas de los juncos y la artillería de la playa y de la colina. Los barcos ingleses abrieron fuego entonces y pronto oímos el ruido que llegaba de tierra al desplomarse las casas, el crujido de la madera machacada por nuestras balas y los gritos de los heridos. Nuestro fuego duró nueve minutos, y, cuando ya había cesado, todavía recibimos varias balas disparadas desde los juncos en los que quedaba alguna pieza en buen estado.

»Al disiparse el humo, pudimos ver una masa de ruinas. En la costa, hacía un momento cubierta por una multitud animada, no quedaban más que algunos heridos. A lo lejos se veían tropas fugitivas dispersándose en todas direcciones.

»Desembarcamos en una playa desierta: algunos ca-

dáveres, arcos y flechas, cañones y armas rotas, fue todo lo que allí encontramos. Los chinos siguieron haciendo un fuego sostenido hasta las diez de la noche, aunque luego supimos que no era más que un medio de mantenernos alejados de la ciudad mientras la evacuaban.

»Al día siguiente descubrimos, desde las alturas que rodean la ciudad, que estaba abandonada. Se veían en los valles miles de hombres que escapaban con sus muebles y objetos de más valor. La puerta grande de la ciudad estaba atrancada y los muros que la rodean por completo nos sorprendieron por la resistencia que eran capaces de ofrecer.

»Sin embargo, los escalamos en seguida y, unos minutos después, la bandera inglesa flotaba sobre la ciudad china de Ting-Hai. Las murallas estaban sembradas de lanzas, fusiles y una especie de cohetes artificiales con la punta en forma de flecha. En los parapetos encontramos provisiones de cal machacada, destinada a cegar a los bárbaros que intentaran escalar los muros.

»La calle principal estaba casi desierta. Aquí y allá se veían gentes aterradas que se apresuraban a hacer ante nosotros el *kowtow*. Se podía leer en algunas casas: «respetad nuestras vidas». Al entrar en los templos, encontrábamos hombres, mujeres y niños, arrodillados todos y quemando incienso ante sus ídolos. A pesar de todas nuestras promesas de paz y de buena volùntad, parecía que nada podía hacerles perder su miedo.»

En Pekín las gentes enloquecen. Los partidarios de la reconciliación obtienen la destitución de Lin, a quien juzgan responsable de las derrotas chinas, y es sustituido por un manchú, Ki-Chan. Este entabla negociaciones con los ingleses en cuanto llega a Cantón y, en junio de 1841, firma con el representante británico el pacto de Chuen-Pi. Los chinos ceden a los ingleses el islote de Hong Kong a cambio de la devolución de la isla de Chu-San. Además prometen una fuerte indemnización a los comerciantes británicos para resarcirles del opio destruido por Lin.

El emperador Tao-Kuang se indigna tanto al conocer esta rendición que destituye a Ki-Chan de su cargo de Gran Secretario y se niega a firmar los acuerdos. El trono ha cambiado de parecer una vez más, ahora quiere «la guerra a cuchillo y el exterminio de los bárbaros». Ki-Chan, comprendiendo que se ha equivocado, intenta congraciarse de nuevo. Envía un mensajero secreto al capitán Elliot, representante de la Corona británica y le ofrece «una hermosa concubina y objetos valiosos» a cambio de la anulación del pacto.

La respuesta no se hace esperar. Los barcos ingleses bombardean de nuevo los fuertes del «Bocca Tigris». Y ante este fracaso, Ki-Chan eleva un informe al Trono, exponiendo francamente su parecer. Proseguir la lucha no haría más que empeorar las cosas: «No poseemos defensas inconquistables y nuestro armamento militar es totalmente inútil. Nuestras tropas son débiles y nuestros súbditos desleales. Nos espera el desastre si proseguimos las hostilidades. La prudencia aconseja las medidas oportunas.»

Sin hacer caso de estos consejos, el Emperador decide continuar la guerra. Sin embargo, ahora conoce la falta de eficacia de sus fuerzas y no se atreve a emplear sus milicias provinciales, pues, en manos de un gobernador infiel, constituirían un peligro para el poder central. En cuanto al ejército manchú, cuya fidelidad es segura, no tiene otro armamento que mosquetes de mecha, y el gobierno duda en enviarle a la región del Yang-Tse. Teme un ataque a Pekín y, por eso, concentra sus tropas en la capital. Entonces, ¿por qué prolonga la guerra?

Parecé que al principio de las hostilidades, los chinos habían pensado que los ingleses querían conquistar China, como hicieron con la India. Pero, tras los intentos de negociar en Cantón, en 1841, se han dado cuenta de que únicamente pretenden defender sus intereses económicos. A partir de entonces, surgen partidarios de la paz entre los altos funcionarios. Sin embargo, la corte se preguntaba si estos partidarios de la paz no eran unos «traidores». La continuación de la guerra se debió

en realidad a la lucha de las facciones nacidas en torno al trono. Los manchúes eran partidarios de la conciliación, los chinos, por sentimiento patriótico, de luchar hasta el final.

Las milicias campesinas, únicamente chinas y mandadas por mandarines locales, serán las que causen mayores pérdidas a las fuerzas británicas en las provincias. En el Fu-Kien y en las islas de Chu-San, las milicias de los pueblos acosan a las unidades inglesas, atacan y a veces queman las naves enemigas. El incidente más famoso se produjo en los alrededores del pueblo de Sanyuanlì, en la región cantonesa. Un batallón anglo-indio saqueaba la campiña desde hacía algún tiempo, profanando las tumbas y molestando a las mujeres. Varios miles de campesinos, armados con picas, hoces y cañas de bambú, le rodean y tiene que intervenir el gobernador manchú de Cantón para liberarle. Las pérdidas inglesas habían sido ligeras, pero el efecto moral fue considerable. El recuerdo de Sanyuanli sigue siendo en nuestros días uno de los temas favoritos del nacionalismo chino.

La guerra del opio abre todavía más el foso que separa al poder imperial de las fuerzas populares chinas. Sus consecuencias se dejarán sentir con todo su peso en los decenios siguientes.

Sin embargo, los ingleses habían reanudado las hostilidades. Las ciudades caen una tras otra a lo largo de toda la costa meridional. En marzo de 1842 los chinos deciden pasar al contraataque y reconquistar la ciudad de Ning-Po, cerca de Sanghai. Chocan con el ejército británico y la matanza es enorme. Los ingleses, sin perder un solo hombre, matan a más de cuatrocientos chinos y derrotan a un ejército manchú compuesto de ocho mil soldados.

Prosiguen su avance y toman, sin un solo disparo, el puerto de Chapu, en la desembocadura del Yang-Tse. Un testigo occidental fue uno de los primeros que entró en el barrio manchú, que estaba separado de la zona china: Quedó aterrorizado por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos:

«Los cuerpos de las mujeres y de los niños yacían en el suelo o estaban colgados de las vigas de las casas más ricas de la ciudad tártara. La sangre corría por las heridas que habían causado su muerte, sus carnes estaban hinchadas y ennegrecidas por la acción del veneno.

»También fueron encontrados muertos numerosos soldados, con la garganta cortada, aparentemente por sus propias dagas, habiendo puesto fin a su existencia de esta espantosa manera tras acabar con la de sus seres más queridos.»

Cae Sanghai. La flota británica entra en el Yang-Tse y se apodera, el 21 de julio de 1842, de la ciudad de Chen-Kiang. Después de haber conseguido la capitulación de Kua-Cheu, mediante el pago de quinientos mil dólares, el almirante al mando de la flota, sir Henry Pottinger, lleva sus naves hasta Nankín, la antigua capital imperial. Los ingleses se disponen a atacar la ciudad cuando los chinos piden el cese de las hostilidades. Llegan de Pekín mensajeros plenipotenciarios del Emperador, dirigidos por Ki-Ying. Comienzan las negociaciones y, el 29 de agosto, se firma el tratado de Nankín a bordo del buque de guerra inglés *Cornuallis*, y lo hace en nombre de Su Majestad la reina de Inglaterra el mayor general sir Henry Pottinger y en el del Emperador de China los altos comisarios Ki-Ying, miembro de la familia imperial, general al mando de la guarnición de Cantón, y Li-Pu, allegado de la familia imperial y funcionario de primera clase, condecorado con la Pluma del pavo real, exministro y gobernador general, entonces teniente general al mando de Cha-Pu. La guerra había terminado. Según las apreciaciones oficiales ha causado de dieciocho a veinte mil heridos y muertos entre los chinos y sólo quinientos veinte entre los anglo-indios.

El Tratado de Nankín satisface casi totalmente las exigencias de Inglaterra. La claúsula principal incluye la apertura de cinco puertos al comercio extranjero: Cantón, Amoy, Fu-Cheu, Nong-Po y Sanghai, que en aquella época no era más que una pequeña aldea fortificada, pero que daba acceso al Yang-Tse. En cada uno de es-

tos puertos, «los comerciantes extranjeros podrán instalarse con sus familias y realizar sus actividades comerciales sn ninguna restricción y con total seguridad». Podrán tratar directamente con los chinos; el monopolio del Co-Hong ha sido suprimido definitivamente. El tratado prevé igualmente la residencia en aquellos puertos de agentes consulares o superintendentes del comercio inglés y que ellos apliquen la justicia a los extranjeros. Así nace el principio de extraterritorialidad.

Los ingleses han adquirido definitivamente la isla de Hong Kong. Los chinos aceptan también el pago de indemnizaciones a los británicos: seis millones de dólares por el opio capturado en Cantón en el mes de marzo de 1839 y por los malos tratos infligidos a los súbditos de Su Majestad; tres millones en compensación de las sumas debidas por el Co-Hong a los comerciantes británicos; doce millones como indemnización de guerra. Estas sumas comprenden el rescate por las ciudades que no han sido ocupadas: es una compesación por el saqueo que los soldados habrían llevado a cabo si se hubieran apoderado de las ciudades. Por último, las tasas aduaneras se han limitado al 5 por 100 del valor de las mercancías importadas.

Ki-Ying no ha acabado su tarea. Ahora tiene que negociar con detalle las tarifas aduaneras y la manera de percibirlas. Y ya aparecen en el horizonte los mensajeros de Francia y de los Estados Unidos que vienen a reclamar las mismas ventajas que han sido concedidas a Inglaterra. Ki-Ying decide halagar al representante inglés, sir Henry Pottinger.

Sonríe sin descanso, recibe a menudo a sir Henry, le consagra su afecto, le envía regalos, e incluso le pide un retrato de lady Pottinger. Se esfuerza en ser amable con todos los bárbaros con los que trata. Finalmente, tras algunos meses de discusiones, todo está arreglado. Inglaterra obtiene el régimen de «nación más favorecida», además de unas tarifas ventajosas. Esto significa que las ventajas concedidas en el futuro a otros países beneficiarán automáticamente a Inglaterra. El comercio se reanuda en todos los puertos.

Apenas se han solucionado estos problemas cuando ya tiene que acudir al Sur para negociar con el enviado americano, Caleb Cushing, que ha llegado con unas pretensiones insoportables para los chinos. Quiere ir a Pekín para discutirlas directamente con el Emperador. ¡Horror! Eso es totalmente inaceptable, es un crimen de lesa majestad.

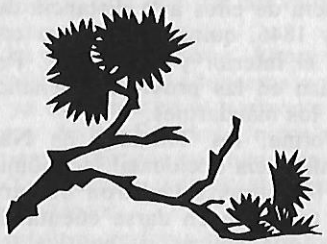
El Tratado de Whampoa, completando el de Nankín, legaliza las actividades de los misioneros en los cinco puertos. Por otra parte, el emperador Tao-Kuang promulgó en 1844 un edicto de tolerancia anulando el de 1814.

Los jesuitas se instalan inmediatamente en los alrededores de Sanghai. Llegan numerosos paúles y otros misioneros extranjeros a los puertos. Los protestantes se establecen en los barrios occidentales y al mismo tiempo que propagan la Biblia y forman catecúmenos chinos, abren dispensarios, hospitales y escuelas. Todos estos misioneros sobrepasan los límites de los privilegios concedidos por los tratados, que no les permitían residir más que en los cinco puertos y restringían sus desplazamientos fuera de ellos a la distancia de una jornada. Entre 1842 y 1846, quince sacerdotes católicos fueron detenidos en el interior y expulsados. Pero más de un centenar vivían en las provincias beneficiándose de la tolerancia de los mandarines.

De esta forma, los Tratados de Nankín abrieron China a la influencia occidental, económica y religiosa. En realidad las cosas sucedieron de otra forma y los bárbaros no tardarían en darse cuenta. Los chinos no hicieron más que aplicar su política tradicional: doblegarse ante la fuerza, pero no ceder en lo ensencial. Para ellos, el que los extranjeros se hayan instalado en los cinco puertos no es más que una necesidad pasajera. Estas cinco concesiones son tan sólo unas verrugas minúsculas en el rostro inmenso y sereno de China. Los altos funcionarios no sienten sino desprecio y desdén por los occidentales. Pero este mismo desprecio e incompresión de la potencia de los «bárbaros» les iba a costar muy caro a los chinos en los quince años siguientes.

Ki-Ying llega a tiempo a Macao y encuentra a Cushing antes de su salida hacia Pekín. Emplea todo su tacto para convencer a su interlocutor y finalmente lo consigue. El 3 de julio de 1844, los dos plenipotenciarios firman el tratado de Wangia. Además de las ventajas concedidas a los ingleses en el Tratado de Nankín, los chinos autorizan a los americanos a comprar libros chinos y a contratar profesores de chino, lo que será de gran utilidad para las futuras misiones protestantes.

Después de haber logrado este gran éxito diplomático, Ki-Ying no tiene que superar grandes dificultades para disuadir a la misión francesa, presidida por M. de Lagrenée, de que acuda a Pekín. El 24 de octubre de 1844, las dos partes suscriben el Tratado de Whampoa, redactado según los términos ingleses y americanos, pero con una cláusula suplementaria que permite el retorno de las misiones cristianas a los cinco puertos.



2

LA REVUELTA DE LOS TAI-PING

Al emperador Tao-Kuang muere en Pekín en febrero de 1850 y uno de sus hijos, Hsien-Feng, le sucede al año siguiente. Toda la corte sabe en qué circunstancias le escogió como heredero en lugar de su hermano mayor, el príncipe Kong, cuya inteligencia y cualidades eran muy superiores. Hsien-Feng debe este favor a su preceptor. En efecto, cierto día, el joven príncipe acudió junto a su profesor para anunciarle que el Emperador había ordenado a todos sus hijos que fueran a cazar al parque del Mediodía. El astuto letrado dio entonces este consejo a su alumno: «Al llegar al parque, sentaos y ved cómo cazan los demás. No disparéis ni un solo tiro y mandad a vuestros cazadores que no preparen ninguna trampa. Si el Emperador os pregunta el motivo, decidle que no está bien matar en primavera, porque los animales y los pájaros tienen que cuidar a sus crías y semejante matanza va en contra de la armonía de la naturaleza. Tened cuidado de no discutir con vuestros hermanos, pero no obréis como ellos. Todo vuestro porvenir, la gloria o la relativa oscuridad, depende de esto.»

Obedeció el príncipe, mientras su hermano mayor conseguía los más hermosos trofeos. Cuando los príncipes volvieron por la tarde al palacio y rindieron cuentas a su padre, tan sólo Hsien-Feng no había cobrado ni una pieza. Respondió a las preguntas del Emperador exactamente como le había aconsejado su preceptor, agradando totalmente a su padre, quien declaró: «Esta

es la conducta de un hombre superior». Y aquel día decidió nombrarle su heredero. Cuando Hsien-Feng sube al trono se acuerda de esta historia y nombra a su antiguo preceptor Gran Secretario adjunto.

Hsien-Feng tiene diecinueve años cuando se convierte en Emperador. Es un joven débil y depravado que se ocupa más de las doncellas de su harén que de los asuntos del Estado. Sus orgías en el barrio chino son famosas en toda la capital. El gran Imperio del Medio va a decaer rápidamente bajo su cetro. El gobierno chino deberá enfrentarse al mismo tiempo con la presión creciente de los bárbaros occidentales y con las revueltas incesantes del pueblo.

Desde principios de siglo, en efecto, la vida del chino medio es cada vez más difícil; la población ha aumentado en más de cien millones de habitantes, en 1840 sobrepasa los cuatrocientos millones de personas. Y la superficie cultivable del país sigue siendo la misma. En esta fecha un mandarín decía con melancolía que «los males de la superpoblación obligan a las gentes a plantar cereales en las montañas y a cultivar los bancos de arena. Los bosques seculares del Sseu-Chuan han sido talados y transformados en tierras de cultivo. Y sin embargo, no llegan a satisfacerse las necesidades de todas las gentes. Esto demuestra que se han agotado los recursos del Cielo y de la Tierra.»

Además, entre 1826 y 1850, las plagas naturales castigan a una población que apenas puede subsitir en los años de buenas cosechas. De 1839 a 1841 el hambre devasta el Sseu-Chuan. Las inundaciones o las sequías se extienden por el Ho-Nan en 1847, y por el valle del Yang-Tse en 1849. En 1851 el hambre asola el Ho-Nan y el Kang-Si, donde el gobernador hace matar en la plaza pública a los que incitan al motín por causa del hambre.

Los funcionarios no saben cómo reaccionar ante estas dificultades. No reciben de Pekín ninguna ayuda ni directrices precisas, y entonces caen en el defecto tradicional de su clase: la confusión. La hacienda del Estado está en un desorden increíble, la inflación aumenta.

La degradación de la administración interprovincial del río Amarillo es un claro ejemplo de la decadencia de los servicios públicos. Desde hace más de dos siglos, esta organización, una de las más importantes de China, ha dispuesto siempre de un presupuesto enorme, alrededor de una décima parte de los ingresos totales de la Administración central. Su papel es primordial. Debe ocuparse de la construcción y mantenimiento de los diques y obras de ingeniería que mantienen en su lecho a este río de espíritu vagabundo. La domesticación del río Amarillo es esencial para la economía del país. Riega el granero de China, donde crecen ricas cosechas de arroz, cereales, algodón y sésamo. La importancia del presupuesto y de su personal proporciona a sus responsables ocasión para muchas malversaciones. Esta burocracia se enriquece pronto.

A partir de 1820, los mandarines dudan en seguir una de estas dos políticas: la de grandes diques alejados del río, abandonando las mejores tierras a su arbitrio, y la de pequeños diques que contienen peligrosamente las aguas siendo incapaces de resistir la menor crecida. Los campesinos miserables prefieren, con toda seguridad, la segunda solución pues les proporciona excelentes cosechas en los ricos aluviones del lecho central entre dos inundaciones, aunque a veces resulten anegadas. Las dos clases de diques están tan mal coordinadas que se puede prever una catástrofe.

Se produce en 1852. Aquel año el río Amarillo abandonó su lecho para asolar las provincias de Ho-Nan y de An-Huei, causando considerables destrozos y un sinnúmero de víctimas. La desembocadura del río se había desplazado más de seiscientos kilómetros en un instante.

Ante todas estas calamidades e injusticias, los chinos se sublevan contra la Administración central que no ha sido capaz de vencer estas dificultades. Se agrupan en sociedades secretas que despliegan el estandarte de la rebelión. Los chinos estaban acostumbrados a trabajar siempre en grupo. Había sindicatos de riego, asociaciones para la defensa de las cosechas, organizaciones de

beneficencia, mutuas de seguros, corporaciones de toda clase de comerciantes. Incluso los ciegos, los mendigos y los ladrones tenían sus asociaciones profesionales y sus fraternidades. La mayor parte eran puramente locales, pero algunas se extendían a toda la región y otras incluso tenían ramificaciones en todo el territorio.

Además estaban las sociedades secretas propiamente dichas. En China existieron siempre, tan pronto en letargo como en plena expansión. Generalmente eran agrupaciones de contestatarios. Cada vez que la administración tradicional atravesaba un período de decadencia, cada vez que China se encontraba sometida a los invasores, las sociedades secretas se volvían poderosas y amenazaban el orden establecido. Siempre fueron la principal fuerza de la oposición política y la fuente de disidencias sociales y religiosas.

La época era propicia para un nuevo asalto de estas sociedades a la administración; el trono de Pekín estaba ocupado por extranjeros y los bárbaros occidentales amenazaban en la costa con destruir todas las virtudes de la civilización china.

La insurrección más importante será la de los Tai-Ping, que tendrá una filosofía nacionalista impregnada de una especie de cristianismo desnaturalizado. Los occidentales dudarán largo tiempo entre apoyar este intento de una nueva sociedad pseudocristiana o sostener al gobierno manchú con el que firmaron los tratados de Nankín.

El fundador y profeta de esta sociedad nació en 1814, en un pueblo situado a algunos kilómetros al norte de Cantón. Su padre era un campesino de origen Hakkan. Estos habían llegado mucho después de los primeros conquistadores, los Bendis, y habían sido confinados en las peores tierras. Las relaciones entre los Hakkas y los Bendis eran particularmente hostiles en la provincia de Kuang-Si, donde no dejaron de producirse numerosos tumultos en la primera mitad del siglo XIX.

El joven Kong Siu-Tsiuan da muestras de una inteligencia precoz y es enviado a la escuela con la esperanza de que los estudios le abran las puertas del man-

darinato, lo que reportaría honores y riquezas a su familia. A los trece años supera con éxito su primer examen oficial. A los dieciocho se hace maestro de pueblo y así no es una carga para su familia. Pero en 1835 suspende el primer examen importante, el que le hubiera conferido el estatuto de letrado asegurándole una pensión del gobierno. Se presenta de nuevo al examen en 1836 y vuelve a suspender. Las pruebas se realizaban en Cantón y, al salir de la sala de exámenes, tiene un encuentro que va a decidir su futuro.

Un extranjero barbudo (un misionero protestante) predica el Evangelio en la calle con la ayuda de un intérprete. Hong se le acerca y el misionero le da algunos folletos en chino. El joven, preocupado por el resultado de sus exámenes, apenas los presta atención y, habiendo vuelto a su casa, les aparta en un rincón sin leerlos. Fatigado y decepcionado por su nuevo fracaso, cae enfermo. No reconoce a los suyos, delira, se teme por su vida. Más tarde, escribirá el relato de las visiones que tuvo durante su enfermedad.

Subió al cielo en una silla de manos y fue recibido por un enjambre de hermosas doncellas y, después, por los dignatarios celestiales, vestidos con ropajes con dragones bordados y cubierta su cabeza por un tricornio. Le abrieron el vientre para cambiar sus vísceras por órganos nuevos. Tras lo cual, la Madre celestial, que le llama «hijo mío», le ha presentado al Padre celestial, quien le da sus instrucciones, el sello de mando y una espada que mata a los demonios. Dios le ordena liberar a su país de la esclavitud acabando con los manchúes.

El joven maestro, una vez curado, intenta otras dos veces aprobar su examen, pero no tiene éxito. En 1843, al volver después de su última tentativa, encuentra en su casa a uno de sus primos que, en su ausencia, ha leído los folletos cristianos. Impresionado por su contenido, incita a Hong a que los lea. Es una revelación; encuentra en ellos las visiones que tuvo durante su enfermedad. Ahora está persuadido de haber visitado el Cielo de los cristianos. Dios le ha escogido para propagar su fe y librar a China de los invasores.

Ayudado por algunos amigos y parientes, comienza a predicar su nueva religión. Sus discípulos van siendo cada vez más numerosos. Pero en 1847 Hong siente la necesidad de conocer mejor el cristianismo y acude a Pekín para estudiarlo junto a un misionero baptista americano, el reverendo Issachar J. Roberts, quien, no apreciando la extraña piedad de su catecúmeno, se niega a bautizarle.

Es preciso decir que la concepción que tenía Hong de las Escrituras era de lo más heterodoxo. Dios era un personaje concreto, con una larga barba dorada y sentado en medio de su familia en su corte imperial. Tiene una esposa celestial, al igual que su hijo Jesús. El mismo, Hong, es el hermano menor de Jesús y también tiene una esposa en el Cielo. Los dos hijos de Dios tienen la misma misión de aniquilar a los demonios que llevan al mundo a su perdición y, en primer lugar, a los manchúes. El Padre celestial ha concedido a Hong el título de Soberano Celeste de la Paz universal (de donde proviene el nombre de su secta, Tai-Ping) y de las Verdades fundamentales.

Sus amigos y discípulos vivían en un pequeño macizo montañoso difícilmente accesible. Allí se habían producido ya tumultos en los años precedentes y eran bien recibidos los adoradores de Dios. Por otra parte, todavía no se perseguía a esta secta. El edicto de tolerancia de 1844 les permitía practicar libremente su religión y aún no habían emprendido seriamente la insurrección.

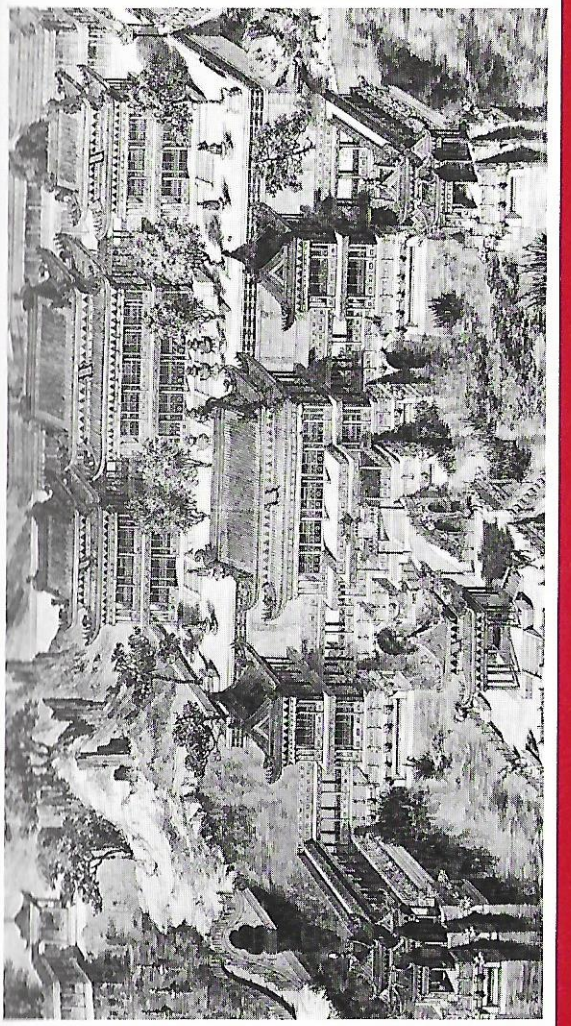
Las tropas de Hong aumentan con regularidad. Los Tai-Ping pasan de tres mil en 1848 a treinta mil en 1850. Los primeros grupos estaban formados por Hakkas. Primero llegaron mil mineros de las minas de plata, después varios soldados del ejército imperial que se pasaban al campo de sus hermanos de sangre. A continuación tres mil carboneros y algunos millares de porteadores y barqueros que quedaron en paro cuando se transfirió a Sanghai una parte del comercio de Cantón. De esta manera, la sublevación de los Tai-Ping comenzó siendo una insurrección tradicional de un grupo étnico contra las exacciones del poder imperial.

Otra sociedad secreta se agitaba en los alrededores de Cantón, la Triada, la más antigua de todas y madre de muchas de ellas. Sus miembros se comprometían a socorrer a sus hermanos en todas las ocasiones y a guardar el secreto de la organización de las células de la sociedad, bajo pena de «perecer ahogados, mordidos por un tigre o una serpiente, a espada o a cuchillo».

La Triada decide pasar a la acción en julio de 1850, al morir el emperador Tao-Kuang. Miles de sus miembros se reúnen a las puertas de Cantón, anunciando que se encuentra junto a ellos un descendiente de la dinastía china legítima, el príncipe Ming, quien en realidad se hallaba muy lejos de allí, en las montañas de Kiang-Si. Los rebeldes llegan en su audacia incluso a ofrecer una recompensa por la captura del virrey de Cantón, Hsi. Este reúne sus mejores tropas y se pone en marcha para castigarles. La enérgica campaña del ejército imperial se desarrolla primeramente en los alrededores de Cantón, para luego adentrarse cada vez más en el interior. Es una expedición despiadada. Torturan a los prisioneros para obtener información y luego les ejecutan públicamente, queman las aldeas, no respetan a las mujeres y asesinan a los niños.

Los rebeldes, derrotados una y otra vez, son rechazados hsta el Kuang-Si. Allí se encuentran las tropas de Hong, cada vez más numerosas; y allí se ha refugiado el príncipe Ming. Surge espontáneamente la alianza entre las dos sectas. Y los dos ejércitos unidos ocasionan una sangrienta derrota a los hombres del virrey que no esperaban encontrar frente a ellos a tantos rebeldes organizados. La gran aventura de los Tai-Ping comenzó aquel día.

El 11 de enero de 1851, al cumplir los treinta y ocho años, proclama la nueva dinastía del «Reino Celeste de la Paz universal», y él mismo toma el título de «Soberano Celeste». Comienza la conquista del país. Será una «larga marcha», pero casi siempre victoriosa. Desde el principio de la campaña, Hong ha dictado una serie de reglas fundamentales que serán el fundamento de la organización social de los Tai-Ping.



Vista general del Palacio de Verano de Pekín.

En primer lugar se exige una rigurosa disciplina y la total adhesión a la nueva religión. Todos los alimentos y recursos son comunes, y su distribución es decidida y controlada por los jefes. Los soldados Tai-Ping hacen voto de castidad y únicamente Hong tiene una «Esposa Celeste» y concubinas. Desaparecen los eunucos y las mujeres se encargan del servicio del Emperador. Las mujeres, por otra parte, han sido liberadas y ya no tienen la obligación de llevar vendados los pies. Son parte integrante de los Tai-Ping y pueden incluso combatir. Llegó a haber cuarenta regimientos femeninos de dos mil quinientos soldados, que, mandados por oficiales femeninos, tomaron parte en los combates. Se protege cuidadosamente a las mujeres «civiles» y a los niños. Todos los hombres Tai-Ping deben cortarse la coleta, símbolo de la dominación manchú, y dejarse crecer el pelo, cuando entran en el ejército.

Los Tai-Ping saquean las ciudades a su paso, pero no matan a sus habitantes ni violan a las mujeres. Por otra parte, Hong ha prohibido molestar a los chinos.

Las gentes huyen ante los ejércitos imperiales que siembran el terror en los campos, y se refugian junto a los Tai-Ping engrosando sus filas. El resultado es el mismo cuando son los rebeldes quienes ocupan el pueblo; invitan a los habitantes a unirse a ellos, llevando consigo todo lo que puedan, y después incendian las casas. Las consecuencias para el país son funestas: tras el paso de los rebeldes, los pueblos quedan incendiados, las tierras quemadas, las granjas abandonadas y las ciudades arrasadas.

En dos años, de 1851 a 1853, los rebeldes cruzan cinco provincias, recorriendo cerca de tres mil kilómetros y devastando todas las ciudades que encuentran a su paso. Y el 19 de marzo aparecen ante las puertas de Nankín. Un chino fue testigo de la toma de la ciudad:

«El día 19, hace explosión una mina hábilmente escondida bajo las murallas, abriendo una gran brecha. Los Tai-Ping se precipitan por ella, hacen una gran matanza entre los soldados que huyen aterrorizados y se apoderan del primer cerco de murallas, que constituye

la gran ciudad. Al día siguiente atacan la ciudad bárbara, y lo hacen con tal energía y encarnizamiento que a mediodía ya están en su interior. Entonces comienza una espantosa matanza. Los tártaros, y muchas de sus mujeres, viendo que no pueden esperar cuartel, venden caras sus vidas. Excepto doscientos o trescientos hombres que encuentran el medio de franquear las murallas, todos los soldados son pasados a cuchillo. El valor de las mujeres en el combate, que había costado la vida a numerosos Tai-Ping, exaspera a éstos, que, sin embargo, parecían dispuestos a la clemencia.

»Acaban con todo lo que se les presenta. Varios miles de mujeres, ancianos y niños sucumben bajo sus golpes. Varios miles se precipitan en los inmensos depósitos que encierra la ciudad. Otros varios miles, que se habían refugiado en los cuarteles, perecen entre las llamas al ser incendiados éstos. Dos días después, descubren a otros mil desgraciados, mujeres o niños. Sacados fuera de la ciudad, son estrangulados a orillas del canal y arrojados al agua. Se estima que en la toma de la ciudad perdieron la vida de veinticinco a treinta mil tártaros, seis mil de ellos soldados. La milicia china, de unas diez mil personas, también fue exterminada.

»Nankín es entregada al saqueo organizado; se ordena que el oro, la plata y otras materias preciosas vayan a parar al tesoro público. Igualmente se ordena separar a los hombres de las mujeres, exigir el *paisiam* o acto de sumisión al nuevo gobierno y que luego rindan culto al «Padre celestial.»

Nankín, la antigua capital de los Ming, será durante once años la capital de los Tai-Ping, con una administración y una burocracia tan bien organizada como la de los manchúes.

Mientras tanto, en el palacio imperial de Pekín se desarrolla una ceremonia que resume perfectamente la situación de China en aquella época. Es el día fijado para la elección de las doncellas manchúes que serán admitidas en palacio; los chambelanes de la corte y los eunucos han formado una larga fila de mujeres jóvenes que esperan desde el amanecer en la puerta del Descanso femenino. La noticia de la caída de Nankín altera las hermosas disposiciones para esta jornada. El Emperador se siente obligado a reunir el Gran Consejo para discutir las medidas a tomar.

Muchas mujeres, agotadas y nerviosas, están llorando. Un eunuco se lo reprocha: «¿Cómo os atrevéis a comportaros de un modo tan indigno? ¿No os da miedo el látigo?» Tiemblan y siguen llorando, salvo una de ellas que contesta: «¡No me aterra la muerte y me burlo de vuestras amenazas! ¿No se han apoderado del Yang-Tse los Tai-Ping y no se ha perdido la mitad del Imperio con la caída de Nankín? Sin embargo, el Hijo del Cielo no se ocupa de escoger a los generales capaces de rechazar a los rebeldes para salvar su imperio; dedica su tiempo a seleccionar mujeres que satisfagan sus deseos. El ejército Tai-Ping llamará pronto a sus puertas y entonces los nueve espíritus de sus antepasados dejarán de recibir el humo de las ofrendas y la adoración en los días señalados. No me da miedo la muerte ni me preocupan vuestras amenazas.»

El eunuco se esfuerza en hacer callar a la joven, pero en aquel preciso instante llega el Emperador. Los servidores atan las muñecas de la mujer y la llevan ante el soberano, ordenándole que se arrodille. Pero ella se niega y permanece de pie en actitud desafiante. Su Majestad le pregunta qué sucede y ella repite sus palabras. Hsien-Feng, encantado con su enérgica actitud responde: «Sois una verdadera heroína. Desatad sus manos y llevádsela a la Emperatriz.» Se dice que el Emperador la casó con uno de los príncipes imperiales.

La despreocupación del joven Emperador le hubiera podido costar el trono, como se lo había predicho la joven. Hong instala a su séquito en Nankín y, unos meses después, envía una parte de sus mejores tropas a conquistar Pekín. Son unos setenta u ochenta mil hombres, pero desprovistos de artillería y caballería. Se dirigen hacia el norte a marchas forzadas, evitando las plazas fuertes que encuentran en su camino. Libran una serie de batallas, venciendo la mayor parte de las veces, pero pierden un elevado número de fuerzas. Son unos

veinte mil hombres los que sitian King-Hai, a unos ciento cincuenta kilómetros de Pekín. Ha llegado el invierno y los Tai-Ping, originarios del Sur, soportan muy mal los rigores de un clima para el que no están equipados. Diezmados por la enfermedad y los incesantes ataques de las tropas imperiales, levantan el sitio en la primavera de 1854 y regresan a Nankín, tardando más de un año en llegar.

La corte de Pekín ha sentido el peligro y ha sido presa del pánico. El Emperador ha enviado el tesoro a la provincia de Jehol, a las montañas del Norte. Muchas familias ricas han abandonado la capital para guarecerse en sus propiedades más lejanas. Pero cuando parten los Tai-Ping, se reanuda la vida normal en la corte, las ceremonias rituales, las intrigas y el desenfreno.

Pero toda China se ve sometida a las rebeliones, los motines y las sublevaciones. No son sólo los Tai-Ping quienes amenazan el imperio, también lo hacen la Triada y sus sociedades afiliadas, las poblaciones musulmanas, la secta de los Nian, los piratas y los occidentales, aunque de otra manera.

La Triada se había aliado con los Tai-Ping. Pero pronto, y sobre todo después de la desaparición del príncipe Ming en 1851, había recobrado su independencia. Permanecía en el sur del país fomentando toda clase de agitaciones. Una rama de esta secta, los «Pequeño Cuchillo», se apoderó de Sanghai.
chillo» proclama inmediatamente la deposición del Emperador manchú y el advenimiento de la dinastía china de los Ming. La secta conserva Sanghai en su poder durante dos años. Finalmente los occidentales abandonan su actitud de expectativa y aceptan cooperar con el gobierno. Juntos establecen el bloqueo de la ciudad china y participan en las operaciones militares contra los insurrectos. El asalto final se lleva a cabo el 17 de febrero de 1855, y en el transcurso del mismo muere el general en jefe de los «Pequeño Cuchillo».

Más o menos por las mismas fechas comienza una rebelión musulmana, suscitada por una querella entre los mineros de la plata. Ciertas escaramuzas enfrentan a

los musulmanes más pobres con los chinos de posición acomodada y al poco tiempo se produce una matanza de musulmanes.
Los supervivientes se organizan y pronto forman un ejército de veinte mil hombres. Vencen repetidas veces y en 1860 controlan la mayor parte de la provincia. Pero como casi siempre sucede en China, las disensiones fraccionan a los rebeldes. Una parte se somete, comprada por el gobierno. Pero el grupo más numeroso continúa la lucha hasta 1873, año en el que será aplastado definitivamente.

La revuelta de los Nian sigue en importancia a la de los Tai-Ping. Comenzada al mismo tiempo, en 1853, su duración será casi la misma, y los caminos de las dos rebeliones se cruzarán más de una vez. Pero la secta de los Nian, probablemente una ramificación del «Loto Blanco», es originaria del norte de China.

A partir de 1853, las fuerzas de los Nian chocan con las tropas imperiales en el Chan-Tung, en el Chen-Si y en el Ho-Nan, roban los *yamens*, atacan las prisiones y piden rescate por los usureros, los comerciantes ricos y los grandes propietarios. Es ante todo un movimiento campesino al que se unen pueblos, familias y clanes enteros. Son «revolucionarios campesinos» que cultivan sus tierras durante el día y salen por la noche de expedición. Actúan un poco como justicieros, repartiendo entre los pobres lo robado a los ricos.

Poco a poco llenan la región de pueblos fortificados que pueden resistir los tímidos asaltos de los ejércitos imperiales. Al estar muy próximas las provincias controladas por ellos, y llegar a ser en algún momento las mismas que dominan los Tai-Ping, se establecen relaciones amistosas entre estas dos sociedades y, a veces, incluso alianzas para acciones concertadas. Los Nian ayudaron a recuperar una gran parte de la expedición Tai-Ping a Pekín. Alcanzarán el apogeo de su poder durante los años 1865-1866, dominando todo el norte de China, pero serán destruidos en medio de una gran matanza en 1868.

Muchas otras revueltas conmocionan a China en este

turbulento período. Pero la más importante, como dijimos, es la de los Tai-Ping. Volvamos a ella.

En 1853, Hong, su jefe y profeta, el «Soberano Celeste», el «Hijo Menor de Dios», se instala en Nankín con su corte. Sus discípulos, sus tropas, la inmensa caravana de sus fieles se apodera de las regiones vecinas. Controlan provincias enteras. Así se forma en China un segundo imperio que, durante varios años, cohabitará con el imperio manchú. La frontera entre estas dos potencias será siempre fluctuante, desplazándose a medida que los incesantes combates inclinan la balanza a uno u otro lado. Hong trata de organizar su imperio. Su ejército y sus discípulos suman probablemente más de tres millones de personas, sin contar los millones de personas que viven en los territorios ocupados.

Una de las primeras diligencias del gobierno Tai-Ping es la de hacer un programa completo de reorganización social con el nombre de «El régimen agrario de la Dinastía Celeste».

Según este programa, el reparto de tierras entre todos los individuos, hombres o mujeres, de más de quince años se realizará con rigurosa igualdad. Pero la tierra será propiedad del Estado, y todos los productos serán puestos a disposición de la comunidad y distribuidos por los jefes locales. El dinero se repartirá de la misma forma para que exista una total igualdad entre todos los súbditos de la dinastía.

El pueblo está encuadrado y organizado como un ejército: cinco familias forman una escuadra, cinco escuadras un pueblo o una compañía, y continúa así hasta la cumbre. Al frente de cada unidad se encuentra un oficial o un suboficial que reúne en sus manos todos los poderes políticos, económicos, judiciales, militares y religiosos. Este sistema centralizado necesita una numerosa burocracia para su buen funcionamiento. El gobierno organiza un sistema de exámenes muy parecido al de la dinastía manchú. La única diferencia radica en los temas de disertación. Los candidatos Tai-Ping deben resolver cuestiones relativas a la fe cristiana en lugar de temas filosóficos o morales.

El Estado Tai-Ping es tan teocrático como militar. La religión cristiana, tal como la ha asimilado Hong, está siempre presente. El domingo, por ejemplo, nadie trabaja en Nankín, las oficinas y las tiendas permanecen cerradas, se suspenden las operaciones militares en lo posible. Este día de descanso semanal es una concepción totalmente nueva para los chinos. Los principios de la moral cristiana, amor al prójimo, prohibición del adulterio, de la impureza (que concierne sobre todo al opio y al tabaco), de los crímenes, robos y mentiras, son la base del sistema judicial. Los castigos por las infracciones de estos principios son muy parecidos a los impuestos por los manchúes: apaleamiento, horca, desmembración o decapitación.

La mayor parte de las disposiciones del «régimen agrario de la Dinastía Celeste» son totalmente nuevas para el país. Pero las normas detalladas y precisas siguen siendo muy tradicionales en la corte de Nankín. Enumeran con todo detalle los títulos que se deben emplear para dirigirse a cada dignatario; fijan el número de porteadores asignados a cada palanquín: sesenta y cuatro para el del Emperador, cuarenta para el de su ayudante principal, treinta y dos, dieciséis, ocho o cuatro para los personajes de menor importancia, según su rango. En contraposición con la obediencia a los principios de sobriedad y de abstinencia que el gobierno exige a la población, la corte disfruta de todos los placeres reservados a las clases dirigentes chinas. El emperador Hong tiene un harén con varios centenares de concubinas, aun cuando exija a sus funcionarios el voto de castidad.

El sistema funciona de manera satisfactoria durante los primeros años, hasta 1856 más o menos. Un misionero americano nos proporciona el siguiente testimonio: «Todas las gentes que hemos visto iban bien vestidas, bien alimentadas, y no carecían de ninguna cosa necesaria. Todos parecían satisfechos y de buen humor, como si estuviesen seguros de su éxito.»

Los campesinos, menos abrumados por los impuestos, conocen la prosperidad. Los intercambios comer-

ciales sn muy activos. Estas favorables condiciones económicas, junto al atractivo de una religión inspirada en el cristianismo, fueron un factor importante de las simpatías que les dispensaron los occidentales durante cierto tiempo. Misiones diplomáticas inglesas, francesas y americanas llegan a Nankín y son bien recibidas a pesar de algunos incidentes aislados.

Pero la situación se degradará rápidamente. La guerra no había cesado en ningún momento y las pequeñas victorias o derrotas se sucedían, ocasionando grandes pérdidas de hombres y de dinero. Aparecen facciones enemigas en la corte de Nankín, rompiendo la hermosa unidad de los tiempos de la conquista. Las intrigas se suceden y llegan a amenazar el trono de Hong en 1856, ocasionándose sangrientos ajustes de cuentas que debilitan gravemente el poder Tai-Ping.

A partir de 1860 interviene un nuevo elemento en la decadencia del Estado Celeste y en la consolidación del imperio manchú: los occidentales abandonan su neutralidad para apoyar al gobierno de Pekín. El equilibrio de fuerzas se derrumba en 1861. Las grandes ciudades Tai-Ping caen una tras otra. Nankín es reconquistada en 1864; la matanza de soldados y civiles se eleva a varios cientos de millares. Los restos del ejército Tai-Ping continuarán su lucha un año más.

Según los censos de la época, con carácter aproximativo, las pérdidas de vidas humanas ocasionadas por esta rebelión y por las otras de la misma época, se elevan a cincuenta y cinco o sesenta millones.

Este movimiento, con todos sus rasgos originales, políticos y sociales, continuará gozando de gran popularidad en la tradición china moderna. Sun Yat-Sen, por ejemplo, estará profundamente influenciado por los relatos de su tío, antiguo Tai-Ping. Y la revolución de los Boxers de 1900 será una prolongación de aquélla.

3

EL SAQUEO DEL PALACIO DE VERANO

Mientras las rebeliones y revueltas desgarran la vida cotidiana de China, los «bárbaros» occidentales se asientan sólidamente en los puertos que les ha cedido el Tratado de Nankín y se esfuerzan en implantar su comercio en el interior del país, encontrándose con grandes dificultades. Para los chinos, las derrotas de 1842 no han sido más que un accidente, y la firma de los tratados ha sido una consecuencia de la mansedumbre del Emperador. Los altos funcionarios están totalmente decididos a no cumplir lo acordado. Más que las cláusulas aduaneras o comerciales propiamente dichas, lo que les parece peligroso son las estipulaciones relativas a la residencia de los extranjeros en los cinco puertos. El gobierno no quiere adaptarse a la nueva situación y establecer relaciones cordiales con los extranjeros. Su principal preocupación es la de mantenerles lo más lejos posible de la capital. Lo que menos desea es que se instalen misiones extranjeras en Pekín. Mientras sean los funcionarios locales quienes mantienen los contactos con los extranjeros se pueden retrasar las soluciones, amortiguar los choques y, si hace falta, desmentir a los intermediarios.

El derecho de residencia de los occidentales es constantemente discutido. La distinción entre la «ciudad» (prohibida en el texto chino del tratado, pero autorizada en el inglés) y el «puerto» es una fuente permanente de discordias y de roces entre los chinos y los ingleses.

Pues los funcionarios manchúes luchan ante todo contra los ingleses: ellos fueron los agresores de 1842, son los principales comerciantes y los más emprendedores, los más numerosos y, por tanto, los más peligrosos.

Las mayores dificultades se encuentran en Cantón. Los mandarines, los comerciantes del Co-Hong, desposeídos de sus privilegios, son los primeros en organizar una especie de resistencia velada. La población misma de la región es tradicionalmente xenófoba.

Los comerciantes ingleses permanecen confinados en el barrio de las factorías. Tienen la impresión de que esto perjudica sus intereses comerciales, de que podrían hacer mejores negocios si pudieran entrar en la ciudad china y tratar con toda la población. Además, según ellos, es una prohibición totalmente injustificada e ilegal según el Tratado de Nankín.

Ki-Ying intenta hacerles comprender que es por su bien. Les enseña un panfleto que circula por las calles y que, entre otras cosas, dice: «Bárbaros ingleses, si no os exterminamos por completo, a vosotros, sucios perros, no seríamos verdaderos chinos. Tendremos que despellejaros y comer vuestra carne, y entonces sabréis cuán grande es nuestra resistencia.»

Los incidentes, querellas, motines siguen produciéndose cada vez con más frecuencia. La muchedumbre ataca varias veces el barrio de las factorías y tiene que ser rechazada por las tropas británicas, pues las milicias chinas no intervienen. Como señala un testigo francés: «Los ingleses, con todos sus cañones, no han conseguido hacer cumplir los tratados y ahora están en peores condiciones en Cantón que antes de la guerra.»

En 1847, dos marineros entran en la ciudad china. La población les ataca y están a punto de morir. El representante iglés, sir John Davis, decide acabar con esta situación y hace que tres cañoneras remonten el río de las Perlas hasta Cantón. Son ocupados los fuertes chinos, que no ofrecen resistencia. Ki-Ying cede ante esta demostración de fuerza y se compromete a abrir las puertas de la ciudad china a los ingleses cuando pasen dos años. Pero una semana antes de cumplirse el plazo,

los británicos reciben un mensaje del Emperador en el que éste se excusa de no permitirles la entrada en la ciudad por oponerse su pueblo.

Los ingleses están furiosos pero no pueden oponerse a la voluntad del Emperador. Por otra parte, todos estos desórdenes perjudican al comercio. La exportación de té se ha reducido a un tercio. El mercado de la seda ha sufrido las mismas pérdidas. La decadencia del tráfico comercial provoca la ruina de toda una población de barqueros y cargadores que vivían de este mercado y que engrosarán las filas de la Triada y de los Tai-Ping.

Poco a poco, el centro del comercio occidental se desplaza de Cantón a Sanghai. Allí disponen los bárbaros de un gran espacio que dividirán en barrios y en el que permanecerán durante todo un siglo. Hacia 1850, estos barrios cuentan ya con más de un millar de residentes extranjeros, ingleses sobre todo. Los jefes de las grandes casas comerciales son los verdaderos dueños de la ciudad. En torno a la comunidad extranjera se agrupa una población que subsiste gracias a su presencia: *compradores* (intermediarios entre comerciantes chinos e ingleses), intérpretes, criados. Muchos funcionarios y comerciantes son cantoneses que han seguido a los extranjeros. Este es uno de los principales reproches que hacen los naturales de la región a los occidentales: esta invasión de «gentes del Sur» que vienen a ocupar los mejores puestos. Pero esta región es mucho menos hostil y los extranjeros pueden pasearse libremente por la comarca, haciendo caso omiso de la claúsula del Tratado de Nankín que les prohibía desplazarse a más de una jornada del puerto.

Rápidamente surge en Sanghai un barrio de mala reputación cuya fama se extenderá por todo el Oriente. Allí se reúnen contrabandistas, marineros, desertores, toda clase de aventureros, mezclándose con los comerciantes cinos de droga y los piratas. Pues con la llegada de los occidentales se había desarrollado en gran escala la piratería a lo largo de toda la costa. Cientos de juncos piratas, emboscados en las innumerables islas de la

región, acechan a los buques de carga y los toman al abordaje. Feroces batallas navales enfrentan periódicamente a las flotas piratas con la marina de guerra británica, que nunca conseguirá acabar con ellas.

La ocupación de la ciudad china y del puerto por los miembros de la secta del «Pequeño Cuchillo» en 1853 no simplificó la situación. Los Tai-Ping habían ocupado el valle del Yang-Tse, por donde circulaba todo el comercio de Sanghai con el interior del país. Los funcionarios manchúes han desaparecido y nadie sabe a quién hay que pagar las tasas aduaneras que continuamente reclama el gobierno de Pekín. Los ingleses, de acuerdo con los chinos, deciden encargarse del servicio de aduanas. Así comienza la administración directa de las aduanas chinas por los occidentales que permitirá particularmente a los ingleses controlar una partida importante del presupuesto del imperio durante varios años.

Sin embargo, los ingleses están decepcionados y descontentos. El comercio no se desarrolla como habían esperado.

De hecho, el volumen de transacciones disminuyó entre 1840 y 1850, y a partir de esa fecha aumentaba muy lentamente. Esto se debe a la crisis monetaria que se había producido en China a consecuencia de las diversas rebeliones. Una inflación galopante y toda clase de desórdenes complican enormemente los pagos. Los extranjeros, al igual que los chinos, se pierden en las complicaciones monetarias. Esta es la descripción humorística que hará un médico inglés:

«Dejadme explicaros en pocas palabras el curso monetario del Imperio del Medio. La moneda conmúnmente utilizada en China es, como todo el mundo sabe, la pieza de cobre con un agujero para poder ser ensartada en una cuerda. En teoría, una «sarta de monedas» contiene cien piezas y, en las provincias del Este, diez sartas equivalen teóricamente a un dólar mejicano. Pero China tiene dieciocho provincias y el número de piezas que forma una sarta varía en cada provincia desde el centenar completo, que nunca he visto, hasta treinta y tres. El sistema de Pekín me ha parecido deliciosa-

mente simple: el millar está representado por cien piezas y el millar de «moneda antigua» se compone de mil piezas, aunque el millar de «moneda capital» no valga más que quinientas. Cuando un chino habla de mil monedas, en ningún sitio significa mil monedas. En Tien-Tsin equivale a quinientas monedas, es decir, cinco veces cien monedas, pero estas cien representan cualquier número excepto cien, aunque generalmente se está de acuerdo en estimar noventa y ocho como cien...»

En estas condiciones es muy difícil organizar un comercio regular. Tan sólo se desarrollan los tráficos ilícitos que dejan grandes ganancias, entre los cuales destaca, naturalmente, el del opio. Después prospera el de los «coolies», al que los aventureros americanos llaman «el comercio de los puercos». Compañías de navegación y contratistas de mano de obra sin escrúpulos, publican anuncios, especialmente en Amoy y Macao, prometiendo grandes salarios a los chinos que acepten expatriarse. Campesinos pobres, trabajadores miserables, gentes en paro se dejan engañar por estos reclamos y son enviados a las plantaciones de Cuba. Perú, Australia y California, donde construirán los ferrocarriles americanos a través del Far-West. En cuanto firman el contrato se convierten en verdaderos esclavos. Los contratistas reciben una comisión fija por cada chino que llevan al centro de reunión. Una vez que han entrado en él, ya nada puede salvarles. Encerrados, y a veces encadenados, esperan a los barcos llamados «infiernos flotantes», en los que la mortalidad alcanza normalmente el 45 por 100. Cuando los contratistas no encuentran bastantes «voluntarios», recurren a la fuerza. Así fueron raptados y enviados a ultramar millares de chinos.

Los comerciantes querían tener derecho a extender sus negocios por toda China. Piden a sus gobiernos que presionen al imperio manchú para que fuerce a sus subditos a comprar productos de importación. Palmerston, el Primer ministro inglés, no está lejos de compartir este punto de vista. En 1854, su gobierno propone a Francia «aprovechar» las dificultades interiores de China para

«estrechar sus relaciones con el Celeste Imperio». El momento parece oportuno para exigir al gobierno chino el cumplimiento real de los Tratados de Nankín, e incluso para reclamar un mayor acceso al mercado interior. Está próxima la fecha fijada para la revisión de los acuerdos de 1844. Gran Bretaña se esfuerza en establecer una sólida colaboración entre ella y los Estados Unidos y Francia, incitándoles a la negociación. Teme que Rusia, tras su derrota de Crimea, busque en China nuevos campos para sus actividades. En efecto, a partir de 1848 los rusos se instalan en Manchuria y a lo largo del río Amur, y preparan la creación del puerto de Vladivostok.

Hasta el otoño de 1856 la existencia sobre la costa china será incómoda. Nadie está verdaderamente satisfecho de la situación, aunque no ha empeorado. A pesar de los numerosos conflictos entre los oficiales y los comerciantes, el nuevo sistema aduanero funciona y los derechos percibidos, sobre todo en Sanghai, proporcionan fuertes ingresos al tesoro imperial. En todos los puertos del tratado, salvo en Cantón, los misioneros cristianos enseñan, luchan, se infiltran en el interior y a veces se preguntan si no deberían ocuparse más de los Tai-Ping.La Corte de Pekín permanece altiva y distante y el alto comisario imperial, Ye Ming-Chen, hace lo mismo en Cantón. Pone obstáculos cada vez que los funcionarios chinos están en peligro de ser importunados por los diplomáticos occidentales. Además está persuadido de que los extranjeros se han aliado con los Tai-Ping, lo que es inexacto, aunque es cierto que había intercambios comerciales con los rebeldes. Como siempre, el incidente que va a encender la pólvora se produce en Cantón, en el mes de octubre de 1856. Este será el pretexto, más que la verdadera causa, que decidirá a los ingleses a iniciar las hostilidades. La guerra de los Juncos, seguida de la segunda guerra del Opio, durará, con intermitencias, cerca de cuatro años.

Todo comenzó con la inspección de sanidad que los chinos efectúan en el *Arrow*, anclado cerca de Cantón. El *Arrow* es una *lorcha* (un barco con casco europeo y

aparejo chino). Estos pertenecían a los armadores chinos de Hong Kong y a menudo estaban fletados por comerciantes ingleses que les permitían navegar bajo pabellón británico. Este era el caso del *Arrow*, mandado por un capitán inglés, pero con tripulación china. Aquel día, los oficiales de sanidad subieron a bordo y se apoderaron de los doce chinos de la tripulación de la *lorcha*, a pesar de las protestas del capitán, bajo el pretexto de que entre ellos se encontraban dos piratas buscados desde hacía largo tiempo. El hecho provocó una profunda indignación en la colonia británica de Cantón y Hong Kong. Era un suceso intolerable aunque, como se demostraría días después, el barco no tuviera derecho a enarbolar la *Union Jack* por haber expirado su autorización.

Las notas que se intercambian a continuación son cada vez más violentas. Al cabo de algunos días, Ye Ming-Chen, parece ceder y devuelve los doce chinos a los ingleses, pero sin pedir disculpas. Los ingleses no se consideran satisfechos. Primero se apoderan de un junco gubernamental, luego, el 24 de octubre, ocupan los cuatro fuertes chinos que defienden la ciudad. El 27, la flota británica abre fuego contra la residencia del comisario imperial y los chinos contestan enviando algunos obuses sobre el barrio europeo. Los días 28 y 29, los ingleses intensifican el bombardeo de la ciudad china. En diciembre, la muchedumbre incendia el barrio de las factorías, que había sido evacuado. Se bloquea Cantón y el comercio se interrumpe aunque en los demás puertos la vida continúa con toda normalidad.

Sin embargo, en Europa se está preparando una respuesta. Un incidente acaecido en China ha conmovido a la opinión francesa: el padre Chapdelaine, misionero católico, ha sido horriblemente torturado y después ejecutado en la provincia de Kuang-Tung, por orden de un mandarín local. Los ingleses y los franceses se ponen de acuerdo para enviar a China una expedición de castigo dirigida por lord Elgin y el barón Gros. Los rusos y los americanos, consultados, se declaran favorables, pero precisan que no participarán en las operaciones.

La emperatriz T'seu-Hi y sus damas de honor.

Lord Elgin y el barón Gros se encuentran en Hong Kong en octubre de 1857. Las fuerzas franco-británicas se reúnen con ellos un mes más tarde. Ye Ming-Chen recibe un ultimátum en el que se exigen reparaciones y excusas por las destrucciones de Cantón y por todos los incidentes, negándose una vez más a dar explicaciones. Es la ruptura. El 16 de diciembre, las flotas francesa y británica penetran en el río de las Perlas y la ciudad es bombardeada. El 28 de diciembre, comienza el ataque. Al día siguiente todo ha terminado. Las tropas imperiales, unos cinco mil hombres, han huido sin luchar apenas. Ye Ming-Chen es hecho prisionero y será enviado a Calcuta, donde terminará apaciblemente sus días. Los aliados entran en la ciudad el 5 de enero de 1858 y se apoderan del tesoro y de los archivos del comisario imperial. La ciudad queda abierta a los extranjeros y el bloqueo es levantado definitivamente el 10 de febrero. El antiguo ayudante de Ye, nombrado comisario por los aliados, se encargará de ahora en adelante de la administración de la ciudad.

Sin embargo, la corte imperial de Pekín no comprende la gravedad de la situación pues sigue aislada de la realidad. Además los altos funcionarios han minimizado en sus informes la importancia de la derrota. El Emperador decide esperar, influenciado por una mujer, Yehonala, que más tarde será uno de los personajes más importantes de la historia de China, la emperatriz Ts'eu-Hi. En consecuencia, responde a los embajadores que no enviará plenipotenciarios a Sanghai y que pueden volver a Cantón y negociar con el comisario del lugar. Es una afrenta para los aliados. Rápidamente toman una decisión: irán hasta Pekín si es necesario, pero obtendrán las ventajas que exigen.

A primeros de mayo de 1858, la flota anglo-francesa se presenta en la desembocadura del río Pei-Ho, que doscientos kilómetros más arriba atraviesa la capital. El 20 de mayo, el fuerte de Ta-Ku, que defiende la entrada del río, cae tras una batalla bastante violenta. El día 31, los aliados se encuentran en Tien-Tsin, la última gran ciudad antes de la capital, a unos ciento treinta

kilómetros. Entonces llegan de Pekín los negociadores chinos.

El Emperador había pensado que sería una buena medida para aplacar a los bárbaros el enviar junto con los negociadores a un antiguo conocido de los occidentales, con el que se habían entendido bien en la firma de los acuerdos de Nankín, es decir, a Ki-Ying. Pero esta iniciativa se volverá contra el Emperador. Un embajador chino cuenta el incidente:

«Ayer, el bárbaro inglés H. N. Lay hizo un comunicado amenazador. Vuestros esclavos y Ki-Ying lo vieron juntos. Cuando estábamos hablando del tratado, el bárbaro Thomas Wade puso ante nuestros ojos un documento. Era el informe secreto de Ki-Ying sobre el modo de tratar a los bárbaros en aquel año. El tono era de lo más hiriente para los bárbaros. Además figuraba en el documento el sello bermejo del Emperador (lo que significaba el acuerdo del soberano).

»Vuestros esclavos se extrañaron en gran manera. Llevaban varios días oyendo que los bárbaros ingleses pretendían vengarse del anterior engaño de Ki-Ying. Su pesar no tiene límites...»

La publicación de este documento por los ingleses es un drama para los chinos. El disgusto del Emperador y de los altos funcionarios es inmenso. Ki-Ying tendrá que sufrir las consecuencias. Cae en desgracia, es llamado a Pekín y condenado a muerte.

Abrumados por este golpe del destino, los chinos firman en junio los acuerdos de Tien-Tsin con los ingleses, franceses, rusos y americanos. Este tratado abre cinco nuevos puertos al comercio extranjero, además de un puerto en el Yang-Tse y la libertad de circular por el río en cuanto haya sido dominada la sublevación de los Tai-Ping. Por otra parte, garantiza la libertad de culto a todos los cristianos. Los chinos consienten en pagar una indemnización por los daños ocasionados por la guerra, y en especial por la destrucción de las factorías de Cantón. Por último, los chinos se comprometen a no emplear el término de «bárbaros» en los documentos oficiales.

Cumplidas las formalidades, los comisarios imperiales proponen que las negociaciones concernientes a las tarifas se efectúen en Sanghai. Los aliados, persuadidos de haber ganado, se repliegan hasta ese puerto. Pero los comisarios chinos no acuden a Sanghai; han vuelto a Pekín, donde el Emperador, aconsejado por su concubina Yehonala, decide hacer que las cosas se demoren.

Uno de los artículos, el que autorizaba a las potencias occidentales a instalar una misión diplomática permanente en Pekín, hacía que el tratado fuese inaceptable para el orgullo manchú. Sin embargo, todo parecía seguir igual. En la primavera de 1859, una flota anglo-francesa llega a la entrada del río Pei-Ho. Los aliados acuden a Tien-Tsin para la ceremonia de intercambio de las ratificaciones del tratado firmado el año anterior. Con gran sorpresa, encuentran cerrada la desembocadura por una línea de juncos militares. Los occidentales atacan confiados en sus fuerzas. Pero esta vez los chinos están bien equipados. Desde los fuertes de la costa cae un diluvio de fuego sobre la flota aliada. Fracasa un intento de desembarco, pierden varias naves y se ven obligados a retirarse con cuatrocientos dos hombres heridos o muertos. Esta será la única victoria china en toda esta guerra.

Ingleses y franceses deciden acabar de una vez por todas y preparan una expedición a Pekín para la primavera de 1860. El cuerpo expedicionario inglés está formado por once mil hombres, y el francés por siete mil. Lord Elgin y el barón Gros son otra vez responsables de la parte diplomática.

Unos tras otros caen los fuertes que defienden la desembocadura del Pei-Ho entre el 1 y el 22 de agosto de 1860. Cuatro días después, los aliados se encuentran en Tien-Tsin. Pero el Emperador, retirado en el Jehol, no está dispuesto a ceder y promulga un edicto animando a la población a resistir.

Las columnas aliadas continúan progresando hacia Pekin, a pesar de que los chinos intentan retrasarlas por todos los medios. El príncipe Kong, hermano del Emperador, realiza los primeros intentos de negociación y

se produce una tregua. Las negociaciones parecen bien encaminadas y una embajada anglo-francesa acude a Pekín con un mensaje de lord Elgin y el barón Gros. No concuerdan los testimonios de lo que sucedió entonces, pero lo cierto es que la embajada fue hecha prisionera y algunos de sus miembros fueron torturados y ejecutados. ¡Ya es demasiado! El 21 de septiembre las tropas aliadas emprenden la marcha hacia Pekín y en el curso de la misma se produce la única batalla verdadera de los franceses con los chinos, la batalla del puente de Palikao. Su vencedor, el general Cousin-Montauban, será nombrado conde de Palikao por Napoleón III. Sin embargo, no hay que exagerar esta victoria. Las tropas chinas no sabían combatir a la manera occidental. Un americano nos cuenta su forma de combatir:

«El desarrollo normal de las operaciones chinas: mirar, agitar banderas y gritar desde lejos. La idea esencial, según parece, era que los jinetes llevaran al galope los estandartes de tal manera que el asta describiese una especie de ocho. El espectáculo de una línea de hombres a caballo blandiendo estandartes y lanzándose a la carga, se suponía que espantaba al enemigo... y, de hecho, parece que tuvo éxito en alguna ocasión...

«Por lo general, los chinos nunca entablan combate sin verse obligados a ello. No es que sean cobardes, como algunos europeos imaginan equivocadamente, sino, más bien, una consecuencia de sus razonamientos, que son tan refinados que algunas veces caen en el absurdo... Si están seguros de que el adversario va a resistir, los asaltantes se fortifican cuidadosamente a distancia... pero si es dudosa la victoria del campo enemigo, seguramente se producirá el ataque y no carecerá de audacia ni de fogosidad.»

Los soldados aliados llegan el 8 de octubre al palacio de verano, situado fuera de los muros de la capital. Es la joya y el orgullo de la dinastía manchú. De allí salió el Emperador para refugiarse en Jehol. Había sido construido en el siglo XVIII, durante el reinado de Kien-Long, según los planos dibujados por los jesuitas: edificios de mármol blanco de estilo rococó chino, rodeados de jardines, fuentes y árboles dispuestos como los de Versalles.

El saqueo comienza inmediatamente. Un oficial inglés estuvo presente y nos hace la siguiente descripción:

«En la sala del trono, el suelo estaba sembrado de tesoros fabulosos. El general Cousin-Montauban me dice: «Mire eso, he hecho seleccionar algunos de los objetos más hermosos para repartirlos entre la reina de Inglaterra y el emperador de los franceses.» Mientras el inglés se pasea a través de las salas contemplando la rareza de los objetos preciosos, los oficiales franceses comienzan a apoderarse de los tesoros: Relojes de oro y valiosos adornos desaparecen rápidamente en sus grandes bolsillos. El general dejó a sus compatriotas que se sirvieran tan deprisa como pudieran durante unos diez minutos, después les sacó afuera repitiendo que el saqueo estaba severamente prohibido... el campo francés estaba cubierto de sedas y de joyas...»

Los soldados ingleses y franceses se entregan, no obstante, durante veinticuatro horas, a un saqueo en regla de todos los edificios, acompañados por una muchedumbre de chinos que ha invadido el palacio siguiendo a los conquistadores. «Al día siguiente —cuenta el mismo testigo – oficiales y soldados, ingleses y franceses, corren a través de los edificios como unas furias, rompiendo, arrancando y estropeándolo todo. Han llegado soldados ingleses con grandes sacos para llenarlos de botín. Por último, se organiza una venta de sedas, pieles, porcelanas, oro, plata, pinturas y toda clase de joyas.»

Mientras tanto, en Pekín, el príncipe Kong tiene que ceder a todas las exigencias de los occidentales. El 24 de octubre, accede a afirmar, las Convenciones de Pekín confirmando la derrota china. Lord Elgin había hecho incendiar y destruir casi completamente el palacio de verano, en represalia por el asesinato de los negociadores aliados.

A principios de noviembre, las tropas abandonan la capital con dirección al mar. El Tratado de Pekín confirma el de Tien-Tsin. Además legaliza el comercio

del opio y abre toda China al comercio occidental. Los rusos, por su parte, obtienen en noviembre los territorios situados entre el Ussuri y el mar. La frontera entre los dos países queda establecida definitivamente. Embajadores de los dos países y un representante ruso se instalan en Pekín.

China se encuentra en un estado lastimoso. Además de la derrota que acaba de sufrir a manos de los occidentales, está desgarrada por la sublevación de los Tai-Ping, la rebelión de los Nian, la insurrección musulmana. Hsien-Feng, rodeado por sus mujeres y funcionarios hostiles a todo progreso, termina su reinado en Jehol. Su hermano, el príncipe Kong, soluciona lo más urgente y dirige realmente el imperio. Con ayuda de los bárbaros, sus enemigos de ayer, se dispone a aplastar a los Tai-ing; reorganiza la flota, el ejército, la administración pública y las aduanas.

El 22 de agosto de 1861, a las tres de la mañana, el Emperador moría a la edad de treinta años, minado por el vicio y la enfermedad. La víspera, había designado a su único hijo, Tung-Che, como su sucesor. Como el nuevo Emperador tiene cuatro años, se forma un consejo de regencia para gobernar el imperio. Pero, el primero de noviembre, al llegar Tung-Che a Pekín, un golpe de Estado, fomentado por el príncipe Kong con la ayuda de la Emperatriz viuda y de la concubina Yehonala, acaba con el consejo de regencia. Una parte de sus miembros son condenados a muerte por estrangulación. Los tres personajes se hacen cargo del poder.

Yehonala se llamará, a partir de ahora, Ts'eu-Hi. Su reinado durará hasta 1908.

4

EL REINADO DE TS'EU-HI

¡Seiscientas ciudades destruidas! ¡Veinte millones de muertos! En quince años de guerra civil, la población del Kiang-Si, de quince millones de habitantes, ha sido exterminada en sus tres cuartas partes. Este genocidio no parece conmocionar a la inmensa China.

En la Ciudad prohibida, la Emperatriz «Soberana Maternal y Propicia» obedece a sus ambiciones personales, relacionadas con las de la dinastía manchú más que con las aspiraciones de la nación. Le preocupa la sombra de la Emperatriz viuda, «Soberana Maternal y Apacible», a la que el protocolo ha sentado a su lado. En la corte se intriga en vez de gobernar. Se dedican a respetar la etiqueta milenaria más que a defender el imperio contra los extranjeros y contra las sublevaciones populares.

China es un gran cuerpo inmóvil, sin defensas, entregado a los deseos de las emprendedoras naciones occidentales. Se presta a la colonización y pronto surgirán rivalidades en torno a sus fronteras, rivalidades que se resolverán a cañonazos. Una vez apagada la sublevación de los Tai-Ping gracias a la ayuda militar europea, otra no menos grave, pero que no amenaza directamente a Pekín, comienza a agitarse en el Turquestán chino, en Kashgar, excitando la codicia china. Nuevas matanzas van a producirse en el Yun-Nan, otra comarca de influencia musulmana. La represión formará ríos de sangre. Hong-Tsen, por ejemplo, ve descender su po-

blación de ochenta mil a doce mil habitantes. El número de víctimas en el Kan-Su se elevará a diez millones.

Sobre esta colina de cadáveres se yergue la imagen de una mujer. Pequeña, de mágica belleza, inteligente y vivaz, preocupada por la tradición; rencorosa, dominando el arte de la intriga; orgullosa, pero sabiendo rodearse de hombres de talento; mezcla de Lucrecia Borgia y Catalina de Rusia, impone su voluntad sin aflojar las riendas del gobierno y no vive más que para el poder; éste es el retrato de la Emperatriz del Oeste (cuyo palacio está situado en el oeste de la Ciudad prohibida). Su rival, la Emperatriz del Este (que vive en el este de la Ciudad prohibida), tiene sobre ella la ventaja del rango; es más femenina que inteligente, más resignada que intrigante.

Al morir el emperador Hsien-Feng, la sucesión abría las puertas a las pretensiones y envidias de los príncipes alejados legalmente del poder. Para su clan no existía más que un medio de apoderarse del trono: suprimir a las dos mujeres. Pero la concubina era el mayor obstáculo, pues había dado un hijo al Emperador, un sucesor legítimo. El ideal para los príncipes hubiera sido estrangular a la madre y al niño al mismo tiempo, pero la concubina ha sabido crearse una sólida situación en la Ciudad prohibida. Por una parte ha ganado para su causa al jefe de los eunucos, An Te-Lai, quien oye todo lo que se dice en palacio y descubre todo lo que se trama. Por otra parte, se ha asegurado la protección de los soldados de Jung-Lu, su amante en secreto y oficialmente profesor de equitación y de tiro con arco del heredero del trono. La concubina juega su baza en el momento oportuno, publicando en nombre de su hijo un decreto en el que acusa a los príncipes conspiradores de ingratitud monstruosa y de ofender la memoria del soberano fallecido. Condena a los rebeldes a ser desposeídos de sus funciones en el Gran Consejo. A continuación promulga un segundo decreto privándoles de su rango y de sus títulos. En una palabra, les entrega al verdugo. Junto a ellos desaparece Su-Shun, su adversario más implacable.

Nadie eleva sus protestas contra los decretos de la

Emperatriz del Oeste. Con suma habilidad, la exconcubina asegura la protección de la Emperatriz del Este, la cual se dejaría pasar un cordoncillo de seda alrededor del cuello sin emitir un solo suspiro. Por otra parte, Ts'eu-Hi posee el sello imperial por habérselo entregado uno de sus eunucos preferidos, Li Lien-Ying, quien se había apoderado de él cuando el Emperador estaba expirando.

Así comenzó su reinado la emperatriz Ts'eu-Hi. La historia la convirtió en un monstruo y ciertos cronistas chinos se han complacido en contar sus fechorías. Incluso la acusan de haber envenenado al emperador Hsien-Feng. ¿Envenenaría alguien a quien se está muriendo? Es cierto que el Emperador le había retirado su afecto. La concubina Yi (Yehonala) temía menos la desgracia que el sable del verdugo. El Emperador, movido por un último sobresalto de independencia, se había rebelado al atardecer contra la influencia de su concubina.

Un cronista de la época, sin duda antimanchú, escribe que, unas horas antes de rendir su espíritu, el Emperador habría llamado a su primera esposa, a la que no había vuelto a ver desde hacía varios años. Le habría entregado un decreto para ser publicado al día siguiente de su muerte, en el que se destituía a la concubina Yi y se la privaba de sus prerrogativas y de sus bienes. Esta sanción de ultratumba equivalía a una condena a muerte. Los términos del decreto, según otro testimonio dudoso, eran severos y precisos: «En su lecho de muerte, el Emperador decide que su culpable compañera —la había encerrado en un anexo del palacio de Jehol— no viviría para gozar del fruto de sus intrigas. Escribe con su propia mano un decreto de adiós, breve y explícito: «Se os ordena que después de Nuestra muerte matéis a la Emperatriz del Oeste para que pueda acompañar a nuestro espíritu en el otro mundo...» Ahora bien, sucedió que un eunuco, llamado Li Lien-Ying, habiendo oído la lectura del decreto, corrió a informar a la concubina.»

Generalmente se niega la existencia de una condena

tan formal. Tras la muerte del Emperador y una vez eliminados los usurpadores y asegurados sus plenos poderes, la Emperatriz del Oeste no tardó en mostrarse odiosa para con la corregente. Esta, poseyendo el arma dejada por el Emperador, habría sentido la tentación de emplearla para humillar a su rival y, si fuera posible, hacerla desaparecer.

Sin embargo, otro cronista da una versión diferente del testamento imperial. El Emperador, habiéndose revestido con su «manto de longevidad», habría entregado a su primera esposa un decreto destinado simplemente a alejar a la concubina de la política. La Emperatriz del Este no se atrevió a publicar este documento por temor al poder y a la influencia de su rival. Un día Ts'eu-Hi logró fascinar a la «Soberana Maternal y Apacible» y la persuadió de que quemara el pergamino comprometedor. Esto se hizo al momento.

Para comprender las torpezas cometidas por la última emperatriz de China, es preciso ponerse en su lugar y contemplar los acontecimientos desde su punto de vista. Para ella, China sigue siendo el centro del mundo en torno al cual gravitan los países vasallos, siendo los más conocidos Inglaterra, Francia, Estados Unidos, España, Alemania, Italia, Rusia y el Japón. Otros como Suecia, Bélgica e Irlanda, son vanas quimeras que se agitan para aterrorizar al gobierno imperial y obligarle a hacer nuevas concesiones territoriales inaceptables. Estos países son «bárbaros» en comparación con el imperio donde la civilización secular difunde la sabiduría de Confucio, la única norma de pensamiento y de conducta. Si los representantes de las naciones bárbaras no están autorizados a penetrar en el interior de las provincias, es porque siempre ha estado vedado a los extranjeros el acceso a China. La Emperatriz tolera, excepcionalmente, su presencia en las inmediaciones de Cantón y en ciertos puertos, en donde gozan de las ventajas de la extraterritorialidad a condición de que no imiten a los misioneros infiltrándose en el interior. Ts'eu-Hi está convencida de que los «caras rojas» le deben obediencia y deben arrodillarse ante ella. Piensa de buena fe que la

negativa de los embajadores británicos a someterse a los ritos de la corte es una ofensa, de la misma forma que los representantes de Su Majestad británica consideran una insolencia incomprensible la pretensión imperial de que se humillen ante el trono.

Lo que los extranjeros califican de tradiciones chinas, duplicidad y xenofobia, no es para los chinos más que una vuelta a la tradición y a las virtudes confucianas. La Emperatriz está persuadida de que China debe librarse de la invasión de los bárbaros.

El inmovilismo dentro de un capullo de seda, el conservadurismo dorado de Pekín provocan la sublevación de los campesinos hambrientos en el interior del país, y en el exterior, las apetencias de los occidentales, quienes desde la apertura del canal de Suez, se han acercado al mar de China con la intención de procurarse una buena parte de la masa inerte del gran imperio anquilosado. Desde el comienzo del reinado de la Emperatriz, se anuncian los cambios que van a transformar el aspecto de China. Los ingleses roen las costas chinas; los rusos, al norte, avanzan hacia el mar a través de Manchuria, declarándose protectores de la corona manchú. El despecho de los ingleses va a suscitar un movimiento ideológico a favor del progreso, destinado a minar los cimientos de la dinastía manchú y provocar su derrumbamiento. Para impedir que los ingleses y los rusos se lleven la parte del león, las naciones occidentales rivales deciden que lo que se concede a una de ellas es válido para las demás. De esta forma se neutralizan unas a otras y el poder de Ts'eu-Hi es sostenido milagrosamente por quienes querrían destruirlo. El Japón va a descubrir su juego con diabólica astucia: se aproxima a los ingleses para frenar las ambiciones rusas y pronto se alzará en defensor de la integridad china en nombre de la raza amarilla.

¿Qué representa China a los ojos de los occidentales? Hierro, cobre, estaño, antimonio, oro, hulla, especias, seda. Pero los intercambios comerciales son decepcionantes: mil millones de productos comprados en el extranjero por setecientos millones de ventas. El poder

adquisitivo de los chinos es el más debil del mundo. Los salarios agrícolas son de veinticinco céntimos al día; los obreros textiles cobran ochenta céntimos.

Tras la conquista territorial, los extranjeros copan los principales puestos de las finanzas. Primero se encargan de las aduanas, que en 1863 pasan a depender de la autoridad de un inglés, Robert Hart, y de agentes alemanes y franceses, con total satisfacción de la Ciudad prohibida que puede pagar unas deudas que pronto se elevan a tres mil millones. Los «colonizadores» construyen ferrocarriles y los explotan: los rusos, en el Norte, el Transiberiano, que se prolonga a través de Manchuria, la línea más larga del mundo, Moscú-Vladivostok; los ingleses, la línea Pekín-Niu-Chang; los alemanes enlazan Tsin-Tao con el río Hoang-Ho; los franceses y los belgas, Pekín-Hankeu. La explotación de las minas está asegurada por los bárbaros. Las industrias metalúrgicas y las fábricas textiles son de inspiración americana y francesa. Hankeu no tarda en suministrar los raíles que alargan incesantemente la red de comunicaciones indispensable para una nación moderna.

La transformación industrial es lenta si la comparamos con la del Japón. La China de Confucio camina despacio, como a pesar suyo, hacia el capitalismo. Pero la emperatriz Ts'eu-Hi tendrá ocasión de provocar el aborto del movimiento reformista ejecutando sumariamente a sus autores. La hostilidad al régimen manchú se encuentra en todas las revueltas que desgarran el país.

Falta una pincelada para completar este cuadro aciago. Desde lo alto de su trono, la emperatriz Ts'eu-Hi no ve la corrupción moral de su corte o, si la ve, se sirve de ella para cimentar su autoridad y su prestigio. ¿Cómo hubiera podido prevalecer a las conspiraciones, durante medio siglo, en un ambiente íntegro? Los eunucos y los aristócratas, ávidos de poder y de dinero, se hunden en un lodazal de confusión y de crueldad. Los jóvenes príncipes se divierten por la noche disfrazándose de mendigos; el hollín ensucia sus rostros y, como único vestido, llevan un pantalón lleno de grasa y des-

garrado... de calculada indecencia, y, en sus pies, sandalias de hierbas trenzadas; adornan su cabeza con una banda enrollada a la manera de los truhanes de Pekín. Frecuentan los lupanares y beben en compañía de las mujerzuelas más soeces, provocan disputas y escándalos sin que nadie se atreva a quejarse. Un funcionario de Ngan-Huei denuncia estos excesos en un libelo que circula bajo cuerda y que es leído sin ser comentado. El panfleto no provoca ninguna reacción, a no ser la cólera de la Emperatriz. El silencio no es complicidad ni cobardía, sino prudencia. Con el tiempo, se hará justicia. Unos acabarán «suicidándose» y otros serán condenados a barrer las calles y a morir de hambre.

Los mandarines se enriquecen en detrimento del pueblo, procurando no provocar el descontento de Pekín ni, al mismo tiempo, transigir con los occidentales. Su situación, entre la espada y la pared, no es cómoda. Si se enciende una revuelta contra los «diablos blancos», la sostienen veladamente para agradar a la Emperatriz mientras castigan a la luz del día a los culpables, escogidos al azar entre los inocentes de peor fortuna, para satisfacer a las autoridades de la ocupación. Cuando Pekín descubre su conducta, los mandarines complacientes son desterrados a una comarca lejana y hostil para el resto de sus días.

Sin embargo, entre estos mandarines vamos a encontrar a los pioneros de la regeneración china. Tsong Kuo-Pan, Tso Tsong-T'ang, Li Huang-Chang y Yuan Che-Kai eran los más osados de los vencedores de los Tai-Ping. Las técnicas militares y económicas occidentales les hicieron reflexionar. Animan a los jóvenes chinos a que se instruyan en las capitales extranjeras y a los comerciantes a que creen sus propias industrias sobre el modelo europeo. Los virreyes, verdaderos soberanos en sus provincias, pueden permitirse animar las reformas y la expansión. Li Huang-Chang, virrey de Chihli, se convierte en algunos años en el hombre más rico de China.

El conjunto de las exacciones de los mandarines perjudica a la unidad china. Van a provocar un gran número de revueltas esporádicas, como las de los musulmanes, que causarán la proclamación de la independencia del Turquestán. Esta lejana provincia no es una tierra típicamente china. Está separada del territorio nacional por un desierto surcado por algunas pistas, pero hace siglos que está bajo la tutela de Pekín. Rusos, turcos e ingleses quisieran anexionársela, pero sus deseos se contrarrestan unos a otros.

Las revueltas de los chinos musulmanes, llamadas *dungan*, no se inspiran en un gran ideal político-económico, como pudiera ser la creación de un gran imperio musulmán independiente. Las causas son siempre las mismas: la miseria, el hambre, las persecuciones de los mandarines. Estos, como buenos chinos, no pueden dejar de molestar a los no chinos. Su reacción de rechazo se concentra en los que se han convertido a la fe islámica y se han casado con mujeres de origen turco o mogol, creando una raza diferente. Las causas de la violenta represión deben ser atribuidas sin duda a esta escisión racial. No se produjeron menos de cinco revueltas musulmanas: la del Kan-Su (1864-1865), la de Chen-Si, la del Yun-Nan (1855-1873), un rebrote de la del Kan-Su en 1865, y, la más importante, la del Turquestán, felizmente llevada a cabo por An Tsi-Yen, gobernador de Kurama, quien se hizo llamar Yakub-Beg durante su reinado.

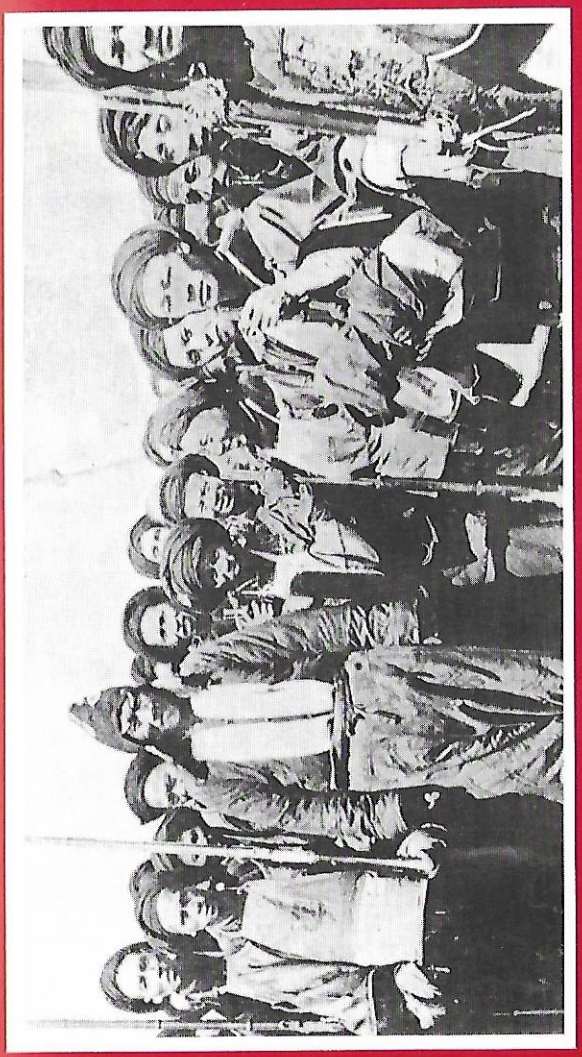
Yakub-Beg es un ambicioso que aprovecha inteligentemente el estar alejado del poder central para hacerse cargo del destino del Kashgar, más tarde del Ili y finalmente de todo el Turquestán. Arma a una tropa de un centenar de hombres y ocupa pueblos y ciudades. A medida que su autoridad se hace más grande, aumenta el número de sus soldados. Yakub-Beg vuelve la espalda deliberadamente a China y mantiene relaciones diplomáticas y de amistad con sus vecinos más próximos. Intercambia embajadores con los turcos. Firma tratados de no agresión con los ingleses y los rusos. A pesar de sus buenas relaciones, pronto se ve obligado a ejercer una dura opresión sobre la población que ha caído bajo su férula. La cortesía religiosa turca, la be-

nevolencia interesada de los ingleses, las sonrisas rusas no llenan las arcas del Estado. Los impuestos son pesados. Yakub-Beg los recauda con ferocidad. Su tiranía es más cruel que la de China. El jefe *dungan* refuerza su ejército para hacer frente a un eventual intento de reconquista de los chinos. Pide instructores turcos y compra armas modernas a los ingleses.

A pesar de sus esfuerzos, Yakub-Beg no puede organizar el país tan sólidamente como hubiera deseado. En realidad, las potencias vecinas colaboran a su debilidad. Los rusos sueñan con anexionarse toda la región; los ingleses, aunque les interesa mantener la existencia de este Estado tapón, no quieren convertirlo en un bastión poderosamente armado. Los turcos no tienen los medios de efectuar una política agresiva, y el sultán se contenta con contarle entre sus vasallos bajo el título de «príncipe Kashgario».

Esta fragilidad será explotada por los rusos que terminarán instalándose en el norte del Turquestán, en el territorio del Ili y en el oasis de Kuldja. Esta zona estratégica les permite controlar las comunicaciones con el Asia central. Los ingleses reaccionan diplomáticamente, pero se contentan con la promesa de Moscú de restituir estos territorios a China en cuanto ésta los haya reconquistado. Lo que ocurre pronto.

El general Tso Tsong-T'ang, vencedor de los Tai-Ping, ha emprendido la liberación de las provincias de Chen-Si y del Kan-Su en donde los *dungan,* dirigidos por Ma Hua-Long, maestro de la «Nueva Doctrina» islámica, se han fortificado en las ciudades y en los pueblos, a imitación de los Nian, y ocupan vastas regiones. Tso Tsong-T'ang se ha convertido en un especialista de la represión. Asedia los baluartes rebeldes y los reduce a polvo. Todos los defensores y habitantes son pasados por las armas: «Si no acabo con todos, si dejo una rama o una raíz —dice—, corro el riesgo de que sean ellos quienes acaben conmigo». El tiempo no cuenta en China. La campaña de Tso finaliza en el asedio de Suzhu que no se rinde más que al cabo de tres años. No hubo supervivientes, ni tampoco cronistas o testigos.



La sublevación de los boxers en Pekín.

Tso Tsong-T'ang es un temible adversario para Yakub-Beg. Comienza apoderándose del oasis de Hami y abre el camino hacia el Oeste. Las tropas imperiales avanzan victoriosas. En 1877, Yakub-Beg desaparece con su reino. Pekín debe insistir para que los rusos evacuen el Ili. En 1881, el Turquestán vuelve al seno del Imperio del Medio con el nombre de Sin-Kiang (nuevo territorio). El fin de la rebelión musulmana coincide con el aplastamiento de la de los Nian.

Apenas se ha liberado la dinastía manchú de los disturbios internos cuando estallan simultáneamente los conflictos con el Japón por causa de Corea y con Francia en el Tonkín. El reino de Corea era tributario de China desde hacía muchos años. Por su situación estratégica ea una presa fácil para los occidentales. Francia tantea el terreno en 1886, Rusia lo hace en 1869, los Estados Unidos en 1870 y 1871, el Japón va a jugar la «baza amarilla» en 1875 y 1876. El Imperio del Sol Naciente, en plena expansión, no puede consentir que las potencias occidentales se establezcan tan cerca de sus fronteras. El juego de Pekín es sutil pero peligroso. Li Huang-Chang, para cortar el camino del imperialismo japonés, va a intentar influenciar al reino de Corea para que firme acuerdos amistosos con las potencias occidentales y recurra a uno de sus consejeros, siguiendo el ejemplo de China que ha puesto al frente de sus aduanas a un europeo, Robert Hart, quien por sí solo garantiza el pago de la mayor parte de las deudas imperiales.

Li Huang-Chang confía a Yuan Che-Kai (quien en 1912 se convertirá en presidente de la República) la misión de intoxicar los medios políticos de Seul. Yuan se establece en aquella ciudad y hace la apología de las ventajas obtenidas por China de sus relaciones con Occidente. Finalmente consigue abrir las puertas de la capital coreana al alemán von Möllendorf, funcionario de las aduanas de Pekín, para que se encargue de la administración aduanera de Seúl.

El conflicto de China con el Japón no es nuevo. En el siglo XVI, el gran Hideyoshi estuvo a punto de apoderarse de Corea, pero la suerte no le favoreció. En 1874,

unos samurais realizan una incursión en Taiwan (Formosa) con el pretexto de que unos japoneses han muerto en circunstancias poco claras. Al año siguiente, con un pretexto análogo, las tropas japonesas se apoderaron de las islas Ryu-Kyu y China reconoció el hecho consumado en 1881.

En veinte años, el Japón, un país feudal, se ha transformado en un país moderno. Los samurais, señores locales sometidos al Chogun, el más importante de ellos, el que posee el cetro de Tokio, se enfrentan con la terrible realidad: la aparición de los occidentales con toda su potencia. El Chogun se inclina en 1854 ante los cañones de los barcos americanos y firma con Washington el Tratado de Kanagawa. Este tratado fuerza las cerraduras del Japón. El extranjero y su influencia obtienen carta de ciudadanía. Los daimios y samurais se ven humillados y despliegan la bandera de la rebelión volviéndose hacia el Emperador —el mikado—, jefe religioso que residía en Kyoto. El emperador Mutsu-Hito es un hombre enérgico y audaz. Vislumbra inmediatamente el futuro del Japón. Su primera medida es dar las gracias al Chogun y tomar, en su lugar, las riendas del país. Ratifica el Tratado de Kanagawa, elimina a los samurais y a los daimios, confisca sus tierras, libera a los campesinos, crea una nueva clase, la militar, que se convertirá en la punta de lanza de sus ambiciones. Invita a los occidentales a acudir al Japón y les hace sus consejeros técnicos y los maestros de su pueblo, con el fin de que los alumnos sustituyan rápidamente a sus maestros. En 1870 no había ni un solo diario en el Japón; en 1875 pasan de cien.

Ya está armado el Japón para imponer progresivamente su hegemonía en el Lejano Oriente. Al contrario de China, que se hunde en su tradición milenaria, el emperador Mutsu-Hito mira hacia el futuro.

El «Gran Japón» está en ciernes. Una embajada de amistad desembarca en Pekín en 1869. El primer tratado con China se firma en 1871. Se trata de no despertar a esta potencia que podría convertirse en el principal obstáculo para los sueños del mikado. A pesar de los anteriores acuerdos, el Japón se apodera de las islas de

Ryu-Kyu y declara sus intenciones con respecto a Corea. El Japón está dispuesto a enfrentarse con su adversario en un terreno favorable. Estalla una revuelta en Seul, causando la muerte de la Reina. El Rey, viéndose perdido, pide ayuda a su protector, China, pero por temor a no ser auxiliado envía también una petición de socorro a Tokio. Acuden los chinos y los japoneses. Los japoneses cambian de idea, deponen al Rey y presionan a su sucesor para que declare la guerra a los chinos. Los días 15 y 16 de diciembre, los japoneses se enfrentan con los chinos en Pyongyang y les aplastan. Unos días más adelante, atraviesan el Yalu y penetran en Manchuria. Nada les detiene antes de alcanzar el extremo de la península de Liao-Tung que forma una cedilla al sur del territorio manchú y donde se eleva la fortaleza de Port-Arthur. Los japoneses se establecen allí. Pero estas operaciones no calman su ambición. Sus navíos, cargados de tropas, franquean el golfo de Petchili, echan el ancla ante Wei-Hai-Wei, la réplica de Port-Arthur en el extremo de la punta del Chan-Tung. Wei-Hai-Wei sucumbe al primer asalto. Las fuerzas niponas dominan ya la entrada del golfo y, por tanto, las vías marítimas de comunicación de las que dependen Tien-Tsin y Pekín. La capital china está amenazada. Mediante una potente artillería de campaña, los batallones del mikado despejan los caminos que llevan a Pekín. Liao-Yang, la última plaza fuerte cae. Li Huang-Chang, el maestro de la diplomacia china, acude a Tokio para firmar el Tratado de Shimonoseki, por el que China cede al Japón la península de Liao-Tung y la isla de Formosa.

La vergüenza de la derrota fue sentida incluso en las salas reservadas del palacio de la emperatriz Ts'eu-Hi. Esta, para no desprestigiar el «mando» que le han otorgado los dioses, busca el medio de ganarse los favores de los occidentales. Es preciso que intervengan en el Japón. Pero ¿cómo obtener su mediación? La Emperatriz decide recibir a los embajadores extranjeros en el palacio, en la Ciudad prohibida, cuyo suelo nunca había sido hollado por extranjero alguno. Por otra parte, pretende que las esposas de los embajadores contradigan al menos los

rumores que corren sobre su reputación, si no pueden acallarlos. Los panfletos que ensucian a diario su fama hieren su delicadeza y feminidad. No invita a los embajadores, sino a sus esposas. Y para que esta recepción excepcional no tenga un carácter político, la da con motivo de su aniversario (cumplía sesenta y cuatro años).

Así pues, siete mujeres europeas con sombreros adornados con plumas de avestruz, engalanadas con cintas y con flores, aprisionados sus tobillos en faldas largas y estrechas, cargadas de encajes, el talle estrangulado por los lazos del corsé, descienden de siete sillas ante la puerta de la Ciudad prohibida, donde otras siete sillas las esperan para ser conducidas por los eunucos a la sala de audiencias. Allí son devoradas, desde las plumas de avestruz hasta los talones, por los treinta pares de ojos de las princesas y de las damas de honor curiosas, divertidas, falsamente admiradas, revestidas con el traje manchú de ceremonia en el que el oro se esparce en gracioso meandros sobre la seda de vivos y variados colores. Aparece la Emperatriz grácil bajo el peso de las perlas, de las piedras preciosas, de las láminas de oro macizo que cubren sus uñas y retienen los pliegues de su vestido de ceremonia. Su collar está formado por trescientas perlas finas de igual tamaño. La generosidad de la Emperatriz se manifiesta en cuanto se han intercambiado los cumplidos protocolarios: estrechando las manos de sus visitantes, les coloca en el dedo un anillo de oro con una perla de gran tamaño. «Estaba resplandeciente y dichosa, escribirá más tarde una de las siete privilegiadas, y su semblante irradiaba buena voluntad, sin descubrir ningún rasgo cruel. Nos acogió con palabras sencillas y sus gestos eran calurosos y desenvueltos.» El emperador Kuang-Siu sonreía. Estaba pálido y mudo, pero vivo, prueba tangible deque la Emperatriz no le había hecho «estrangular» como pretendía el rumor que circulaba más allá de los mares. Terminada la comida de cien platos, después de la representación teatral, las siete europeas se inclinan por última vez ante la Emperatriz y parten con los brazos cargados de regalos.

En el plano político, se había ganado el favor de las

potencias occidentales. Estas intervendrán para suavizar el Tratado de Shimonoseki. Y lo hacen de buen grado, pues Rusia no veía con buenos ojos que el Japón se instalase en Port-Arthur, donde precisamente deseaba establecerse ella misma. Los rusos, con la complicidad de los franceses y los alemanes, envían a Tokio una nota un tanto amenazadora en la que invitan al mikado a evacuar la península de Liao-Tung. El Japón no se siente todavía con fuerzas para desafiar a las tres potencias. En noviembre de 1895, el mikado devuelve a China la península manchú y ésta se la cede a Rusia. Inglaterra, que tiene gran interés en equilibrar las zonas de influencia europea en China, no negará su apoyo al Japón.

Llegados a este punto, conviene dar media vuelta y volver a encontrar a la Emperatriz Maternal y Propicia al comienzo de su reinado. Su hijo es Emperador con el nombre de Tung-Chi (Tranquilidad General). Pero no es más que un niño, cuya pasión son los caballos, y no puede ejercer ninguna influencia en la política de su país. La Emperatriz Ts'eu-Hi se encarga de las funciones del gobierno y en las audiencias se mantiene oculta por una cortina amarilla detrás de su hijo, apuntándole lo que debe decir. La Emperatriz del Este Ts'eu-An, no le disputa la autoridad que ha conquistado. Durante las audiencias imperiales Ts'eu-Hi es la única que pregunta y decide. Es breve y directa, como lo atestigua el relato de un autor chino. Cuenta cómo fue recibido el general Tseng Kuo-Fan al día siguiente de una de sus victorias sobre los Tai-Ping: «Al entrar en la sala del trono, Tseng cae de rodillas, como lo exigía su deber, y avanza algunos pasos en esta posición diciendo: «Vuestro servidor Tseng Kuo-Fan pide respetuosamente noticias de la salud de Vuestras Majestades». Entonces quitándose el sombrero, efectuó el saludo ritual y dio las gracias por los favores que le habían sido concedidos. Acabados estos preliminares, se levantó y avanzó algunos pasos para arrodillarse en el cojín preparado a este fin bajo el dosel. Entonces se intercambiaron las siguientes palabras:

»Su majestad Ts'eu-Hi: ¿Estaba acabado vuestro trabajo oficial cuando abandonasteis Nankín?

»Tseng: Sí, estaba terminado.

»Ts'eu-Hi: ¿Estaban licenciadas las tropas irregulares?

»Tseng: Sí, estaban licenciadas.

»Ts'eu-Hi: ¿Cuántos hombres había en total?

»Tseng: He licenciado a más de veinte mil irregulares y alistado más de treinta mil regulares.

»Al no hacer más preguntas la Emperatriz, la audiencia ha terminado.»

Pronto, Su Majestad Tung-Chi está en edad de casarse y de reinar. La Emperatriz del Oeste no es una de esas mujeres que inclinan la cabeza ante la fatalidad. Pretende mantenerse a toda costa al frente del Imperio del Medio. Primero intenta escoger una esposa maleable y dócil para su hijo, pero el joven Emperador no se deja manipular y, mientras la candidata de su madre se transforma en concubina, A Lu-Te, mujer de gran belleza y de inteligencia despierta, es apoyada por Ts'eu-An y se convierte en la Primera esposa. Este acto de insubordinación no agrada a Ts'eu-Hi, que se mantiene a la defensiva en espera de una ocasión para vengarse. Finaliza la regencia. Tung-Chi y A Lu-Te reinan. El joven Emperador niega a su madre el derecho a conocer el contenido de los documentos oficiales presentados a su firma. Pero la prudencia no acompaña a su espíritu de independencia. Su Majestad había perdido la salud en los antros de la capital y sigue pasando sus noches bebiendo y entre los brazos de las mujeres descarriadas. Se expone impúdicamente a las represalias de su madre. ¿Acaso no es ella quien anima a los eunucos a sumergir aún más al Emperador en el vicio? Cuando se entera de que A Lu-Te está esperando un heredero, no le queda otra solución que matar al Emperador, a su esposa y a su hijo para recuperar el poder. La historia no la acusa abiertamente, pero nadie toma la pluma para declararla inocente.

Los trágicos sucesos se suceden en la Ciudad prohibida sin que China se sobresalte. En primer lugar, un decreto da cuenta de la enfermedad del Emperador y de que deja el control de los asuntos del Estado en manos de las Emperatrices viudas. Tung-Chi desaparece. Es

preciso buscarle un sucesor rápidamente, antes de que nazca el hijo de A Lu-Te. La Emperatriz del Oeste, ayudada por los eunucos que han ocupado los sitios estratégicos del palacio, en una atmósfera de golpe de Estado, hace elegir a Tsai-Tien, hijo de Yi-Huan. Esta elección es totalmente antidinástica. La corona hubiera debido recaer en el hijo del príncipe Kong o, en otro caso, en el descendiente directo del Emperador Tao-Kuang. El príncipe Kong, que odia a la Emperatriz, se siente obligado a declinar el honor que se hace a su familia y propone que se conceda el título de Emperador al descendiente de Tao-Kuang. Un duelo de cortesía y de rabia permite a Ts'eu-Hi elevar la voz, coger por sorpresa a los miembros del Consejo e imponer una votación inmediata. La mayoría de los votos recaen en Tsai-Tien. El decreto firmado por Ts'eu-Hi y por Ts'eu-An dice que «las Emperatrices regentes se han visto obligadas a elegir a Tsai-Tien para que ocupe el trono».

El pequeño Tsai-Tien, que reina con el nombre de Kuang-Siu (Sucesión brillante), concede otros diez años de autoridad a Ts'eu-Hi. El único obstáculo que le queda por eliminar es el constituido por A Lu-Te y el hijo que lleva en sus entrañas. ¿Qué sugiere Ts'eu-Hi? ¿Cuáles son sus cálculos? Misterio. Lo cierto es que, tres meses después de la muerte de su marido, «se suicida». ¿Quién se atrevería a afirmar que el eunuco Li Lien-Ying no ha envenenado a la desgraciada Emperatriz? ¿Ts'eu-Hi es culpable? Todas las sospechas recaen sobre ella, si tenemos en cuenta que esta muerte le devuelve el poder. Pero ni los testigos de aquella época, ni los cronistas amigos, y menos aún los enemigos, aportan prueba alguna. En palacio se anuncia que A Lu-Te ha muerto de pena.

La muerte, el supremo castigo, no tiene demasiado valor en la jerarquía confuciana, ni en los labios de Ts'eu-Hi. Ts'eu-An parece más humana. Su vida discreta ha transcurrido en la penumbra. Las dos mujeres se odian. ¿Por qué no ha sucumbido todavía Ts'eu-An? Parece que Ts'eu-Hi no ha tenido ocasión de efectuar

su venganza. Por el contrario, Ts'eu-An, saliendo de su reserva, aprovecha la ocasión que se le presenta de eliminar a su más implacable adversario, al jefe de los eunucos. An Te-Lai, que estaba consagrado en cuerpo y alma a la Emperatriz del Oeste.

Como se encontraban vacías las arcas del tesoro, Ts'eu-Hi ordena a An Te-Lai que vaya a cobrar el tributo que el gobernador de Chan-Tung no ha enviado todavía. La misión del jefe de los eunucos es excepcional y, para mayor seguridad, la Emperatriz le ha entregado órdenes debidamente firmadas y autorizaciones especiales para salir de la Ciudad prohibida. El asunto es grave: las leyes de la dinastía estipulaban que sería castigado con la muerte el eunuco que franqueara los muros de la ciudad. An Te-Lai hubiera debido mostrarse menos arrogante en su desplazamiento y tal vez una modestia mayor le hubiese permitido presentarse en casa del gobernador sin atraer las flechas de su cólera.

El gobernador Ting Pao-Chen era un administrador honrado y un juez íntegro. La humillación que le hace sufrir el jefe de los eunucos refuerza su decisión de castigar con la muerte a quien ha quebrantado las leyes. Sin embargo, por imprudencia, Ting Pao-Chen pide instrucciones al príncipe Kong. El príncipe, que había soportado la insolencia del eunuco, acude junto a la Emperatriz del Este y somete a su firma un decreto por el que se condena a An Te-Lai. Ts'eu-An dice: «Firmo mi propia condenación», pero tan sólo atiende a su sed de venganza. El decreto aparece y Ts'eu-Hi únicamente conoce la verdad cuando se publica un segundo decreto, firmado también por Ts'eu-An, cuyo texto es lacónico: «Ting-Pao-Chen nos informa que el eunuco An Te-Lai ha sido detenido en la prefectura de Ti-An y decapitado en el plazo más breve. Las leyes de nuestra dinastía son muy estrictas en lo tocante a la disciplina de los eunucos y prevén castigos severos para cualquier ofensa que se pueda cometer. Siempre les ha estado prohibido desplazarse a las provincias o crear tumultos. Sin embargo, An Te-Lai ha tenido la impertinencia de violar esta ley y se ha merecido la pena de muerte.»

Después de abatirse el sable del verdugo sobre la nuca de An Te-Lai, son ajusticiados los hombres de su séquito. Seis se escapan, pero cinco son capturados de nuevo y estrangulados. El sexto conseguirá refugiarse en la Ciudad prohibida. En cuanto a los miembros de la familia del jefe eunuco, son reducidos a la esclavitud y enviados a una de las fronteras más inhóspitas del norte de China.

La emperatriz Ts'eu-Hi designa para ocupar el lugar de An Te-Lai a Li Lien-Ying, el eunuco que le manifestó su lealtad apoderándose del sello imperial de Hsien-Feng en el momento de su muerte. La Emperatriz del Este no ha conseguido nada, a no ser el tener que vigilar con más cuidado su propia vida.

Ts'eu-Hi, de momento, no puede emprender ninguna acción violenta contra Ts'eu-An, pero ha jurado vengarse. La muerte de An Te-Lai era justa. La ley es digna de respeto. En 1880, las dos mujeres deben acudir ante la tumba del emperador Hsien-Feng. Según los ritos, Ts'eu-An debe pasar primero, pero Ts'eu-Hi no lo cree así. ¿Acaso no ha dado ella un hijo al Emperador? Las dos mujeres se empujan ante los ojos espantados de la corte. Ts'eu-Hi ocupa el primer lugar a pesar del protocolo. Aquel día tomó la decisión de eliminar a su rival.

Algunos años más tarde, la Emperatriz del Este caía enferma. Era un malestar de poca importancia, pero acabaría muriendo. Se pretende que Ts'eu-Hi le había hecho llegar unas golosinas envenenadas. Es un misterio. Sin embargo, hay que saber leer el decreto que la Soberana Maternal y Apacible dicta en su lecho de muerte: «A pesar de los difíciles deberes del Estado que me han tenido totalmente ocupada, tengo una constitución robusta y espero alcanzar una edad avanzada y poder gozar de las bondades del gobierno del Emperador. Sin embargo, ayer me he visto alcanzada por una pequeña enfermedad, y Su Majestad ha pedido a su médico que se ocupe de mí... Y ahora, en contra de lo que se esperaba, acabo de sufrir una grave crisis... parece que sería vano esperar una recuperación.» ¿No es una forma de señalar el crimen de que ha sido víctima?

El pueblo no se preocupa de estas cuestiones y dirige su cólera especialmente contra los misioneros. Saqueos, incendios, ejecuciones se suceden sin cesar por todo el territorio chino. Los chinos convertidos son perseguidos. Las acusaciones de mayor bajeza se dirigen contra ellos y contra sus padres espirituales, como la de utilizar filtros mágicos para obtener conversiones. Las desapariciones de los niños son atribuidas a los sacerdotes y pastores. Un libro escrito por un letrado, critica duramente la fe cristiana y las costumbres occidentales. Acusa de brujería a los europeos e incita al pueblo a que tome las armas. En esta atmósfera nauseabunda va a producirse el conflicto que enfrentará a China con Francia. Un grupo partidario de una «política pura» cobra influencia en Pekín; se le llama el *kinglin*. Los miembros del Gran Consejo y de la Gran Secretaría le prestan atención. El *kiglin* manifiesta una violenta oposición al Tratado de Livadia por el que los rusos se han anexionado el Ili. Chong-Hu, el mandarín que se ha encargado de las negociaciones, es condenado a muerte, pero luego es indultado al firmarse un segundo tratado, poco después del primero, por el que Rusia devuelve a China el Ili. Se puede afirmar que este grupo es hostil a la política francesa del Tonkín y que será lá causa del enfriamiento de las relaciones y de la guerra.

LA CUESTION DEL TONKIN

La guerra comienza prácticamente en el verano de 1884, cuando Francia, enfrascada en la conquista del Tonkín, se da cuenta de que China no se inclina ante el hecho consumado y se niega a someterse a la protección de París enfrentando sus tropas a las francesas en Tonkín.

Para comprender la reacción de Pekín es preciso remontarse a los orígenes de la contienda. En 1872, un traficante de armas, Jean Dupuis, intenta llegar por el río Rojo hasta el Yun-Nan, donde desea entregar un importante cargamento. El río Rojo, al contrario que el Mekong, es navegable, como lo había reconocido Francias Garnier algunos meses antes, pero las autoridades de Hue, de las que dependía el Tonkín, habían prohibido navegar por él desde Haiphong hasta la frontera china. Dupuis exhibe un salvoconducto chino, al que no reconocen validez los mandarines de Haiphong, y la pequeña tropa del aventurero francés (dos cañoneras, una chalupa de vapor, siete mil fusiles Chassepot, treinta cañones y veinte toneladas de municiones) no puede pasar de allí. Después de varias semanas perdidas en conversaciones, Jean Dupuis alcanza el río Rojo por el canal de los Bambúes y llega a Hanoi donde el virrey, animado por la corte de Annam, le presenta nuevas dificultades. Un general chino interviene a favor del agente comercial, pide a los representantes de Annam que prestan chalupas a Dupuis y deja entender que las tropas chinas intervendrán si no se da satisfacción a los franceses. Dupuis

puede pasar finalmente, entrega sus armas a los chinos y emprende el camino de regreso a Hanoi, siendo bloqueado de nuevo por las autoridades de Annam. La situación es bastante grave, pues las fuerzas locales reciben ayuda de los piratas de la «Bandera Negra», antiguos Tai-Ping instalados en el Tonkín tras su derrota. En 1873, los chinos son favorables a los franceses; no se imaginaban que Jean Dupuis pueda ser otra cosa que un comerciante, ni se preguntan por qué el gobierno francés le ha confiado una escolta. Para liberar a Dupuis, Saigón, colonia francesa desde 1859. envía un centenar de hombres a las órdenes de Francis Garnier. La misión de este último consiste en llevar a cabo una investigación sobre las actividades de Dupuis a petición del emperador Tu-Duc, quien pretende que Dupuis quiere establecerse en el Tonkín. Garnier escribe a Dupuis para decirle que el almirante gobernador de Cochinchina quiere, en realidad, pacificar el Tonkín y que no abandonará los intereses comerciales comprometidos.

Francis Garnier dirige en Hanoi una proclama a sus soldados: «Os voy a exigir mucho y cuento con vosotros. Me mostraré inflexible en la represión de todo acto de violencia, de intemperancia o de indisciplina; pero no encontraréis un jefe más fervoroso que yo a la hora de proporcionaros las recompensas merecidas.» Anuncia a la población que intenta librar a la comarca de los numerosos piratas que la infestan, «para que todos los habitantes puedan dedicarse en paz a sus ocupaciones». Recuerda que el fin último de su intervención es establecer la libertad de comercio con China. Los mandarines se muestran hostiles al representante de la autoridad francesa y Francis Garnier pasa a la acción. Dirige un ultimátum al mariscal al mando de la ciudadela, pidiéndole que abra las puertas y se incline ante los deseos de los franceses. El mariscal Nguyen no se digna responder y la ciudad es tomada al asalto el 20 de noviembre, participando soldados chinos de la guardia de Dupuis. Algunos días más tarde, Garnier se apodera de las ciudadelas de Ninh-Binh, de Fu-Ly y Haid-Suong. Lejos de someterse, los mandarines piden ayuda a la

«Bandera Negra» que se dispone a atacar a los franceses en Hanoi. Garnier intenta romper sus líneas de ataque pero cae en una emboscada y muere gritando: «¡A mí, mis valientes! ¡Les venceremos...!» Finalmente se firma un tratado con Hue en marzo de 1874 por el que el Annam respetará la libertad de tránsito y de comercio en el río Rojo.

Este tratado va a herir la susceptibilidad china; hacía varios años que el Annam estaba bajo su protección y el emperador de Hue pagaba un tributo a Pekín. Ahora bien, Francia consigue que la política de Tu-Duc se someta a la de París a partir de aquel momento y piensa que las relaciones franco-annamitas no atañen al gobierno chino. Pero desgraciadamente un artículo del tratado expresa formalmente que el emperador de Annam «se compromete a no alterar sus actuales relaciones diplomáticas», por lo que el Emperador continúa legítimamente bajo la tutela china. Tu-Duc expresa su voluntad de seguir siendo vasallo del Imperio del Medio mediante el pago a Pekín del tributo de vasallaje. Los chinos, por su parte, continúan enviando efectivos militares al Tonkín bajo el pretexto de destruir a los piratas y a otros bandidos. En 1880, el embajador de China en París dirige una nota al «Quai d'Orsay» en la que precisa la posición de su gobierno ante una eventual intervención en el Tonkín: «China no podría contemplar indiferentemente las operaciones que intentasen cambiar la situación de un país limítrofe como el imperio de Annam, cuyo príncipe ha recibido hasta el momento su investidura del emperador de China.»

Tu-Duc multiplica los incidentes. Interviene en la Cochinchina y en Camboya y desafía a Francia. Actúa como si desease de París una segunda pacificación. Tolera la presencia de tropas muy diversas en el Tokín: las de la Bandera Negra, sostenidas por las autoridades de Hanoi, las de los chinos (cincuenta mil soldados), las de la Bandera Amarilla y las de la Bandera Blanca, y por fin un destacamento francés. El delta es un polvorín donde la guerra puede estallar en cualquier momento.

En 1881, dos viajeros son asesinados por las tropas

de la Bandera Negra. Francia protesta. Los representantes de Hue responden evasivamente que la responsabilidad no incumbe a las autoridades de Tonkín. Las tropas de la Bandera Negra no son otra cosa que piratas. En París se desarrolla un movimiento a favor de la intervención. Se vota la concesión de créditos. La aventura promete ser beneficiosa. El espíritu colonialista arraiga en el corazón de Francia, pues el río Rojo es una fuente de grandes recursos. Saigón envía al Tonkín al comandante Rivière con la recomendación de no recurrir al empleo de las armás más que en caso de necesidad: «Los fusiles no servirán más que para crear situaciones embarazosas.»

Sin tener en cuenta las protestas chinas, Rivière repite la hazaña de Francis Garnier, tomando al asalto la ciudadela de Hanoi. El embajador chino en París protesta con energía y el «Quai d'Orsay» responde que Francia no tiene que dar explicaciones. El embajador francés en Pekín envía una nota al ministro chino de Asunto Exteriores: «No debemos permitir, tanto en Pekín como en París, que China se injiera en la política francesa de Indochina.» Rivière cerca varias ciudadelas del delta. Pero su adversario más temible es el jefe de la Bandera Negra, Lu Ven-Fenc, quien declara que evitará llevar la guerra al interior de la ciudad por respeto a la población, insistiendo que su misión le ha sido confiada por Tu-Duc: «Me han ordenado hacer la guerra». Pero el emperador de Hue no asume esa responsabilidad: «No tengo ninguna autoridad sobre los piratas». Con los refuerzos recibidos de Saigón, Rivière va a intentar destruir el nido de piratas enclavado en Fu-Hoai, pero éstos, advertidos, le tienden una emboscada: Rivière y otros cuatro oficiales franceses mueren en ella. Jules Ferry telegrafía a Saigón: «Francia vengará a sus gloriosos hijos.» El almirante Courbet y el general Bouet se encargarán de la dirección de las hostilidades.

Los días 18 y 19 de agosto de 1883, el almirante Courbet, que ha llegado al Lejano Oriente con M. Harmand y el general Bouet, bombardea los fuertes que protegen Hue, la capital de Annam. El 20, la infan-

tería de marina desembarca y el emperador Tu-Duc se inclina ante la fuerza. El 26 de agosto, la corte de Hue firma un tratado por el que el Annam se convierte en protectorado francés. China ha perdido un vasallo y, en Pekín, la emperatriz Ts'eu-Hi, por despecho, va a envenenar las relaciones franco-chinas. En Hanoi, por el contrario, los mandarines se declaran a favor de la continuación de las hostilidades. Courbet, el único responsable de la dirección de las operaciones en aquel momento, se dedica a limpiar el delta apoderándose de Fu Lang-Toung, Thai-Nguyen y Hong-Hoa. Ya sólo tienen que dispersar las tropas de la «Bandera Negra» y rechazar a las fuerzas chinas hasta la frontera.

La diplomacia francesa se va a ver complicada en una serie de embrollos inconcebibles que conducirán a Francia y a China al borde de la guerra. La cuestión se complicará de tal manera que París pensará en desembarcar al sur de Manchuria y marchar sobre Pekín.

Aunque la Emperatriz haya tomado el partido de los belicistas, los *kinglin,* y no sepa si debe rechazar sistemáticamente ls demandas de París, existe en palacio un movimiento a favor de una solución pacífica. Li Hung-Chang es el representante de este movimiento y va a emprender una larga serie de conversaciones, en Pekín y en Sanghai, que desembocarán en el callejón sin salida del Tratado de Tien-Tsin.

Lo primero que hace Li Hung-Chang es buscar un compromiso. Discute con el representante francés, Bourée, la posibilidad de dividir Hanoi en dos zonas de influencia, una china y otra francesa. El arte de Li es hacer que las situaciones se prolonguen. La intransigencia de París podría convertirse, por cansancio, en un espíritu conciliador; además, los cambios políticos son frecuentes en las democracias.

Tras las conversaciones con Bourée, Li recibe a otro diplomático francés, Tricou. China asegura por medio de Li que no hay tropas suyas en el Tonkín, cuando es notorio que sus fuerzas atraviesan la frontera. Tricou, en representación de Francia, promete a China que respetará sus fronteras a condición de que ella cese de

El príncipe Chuen garantizará la regencia a la muerte del emperador Kuang-Sin.

apoyar la resistencia del Tonkín: «Deseamos la paz. Estamos dispuestos a examinar todas las propuestas, pero no podríamos soportar indefinidamente que se nos haga la guerra en el Tonkín, sin ocultarlo, mientras se nos entretiene con aparentes negociaciones en Pekín y en París. Ahora bien, esto es lo que sucede hoy... es una situación peligrosa porque es intolerable, porque cualquier momento puede, y a la larga incluso debe, obligarnos a tomar medidas decisivas.»

El gobierno chino hace llegar sus contrapropuestas al gobierno francés. Las relaciones China-Annam deben ser las mismas que en el pasado, y los franceses deben evacuar las ciudades que ocupan, excepto las del Sur. La Emperatriz del Oeste desafía a Francia, pero Jules Ferry toma el partido de la conciliación. Resume los puntos de un tratado que responda a los intereses de ambas naciones de la siguiente manera: «El gobierno francés se compromete a no ocupar ningún punto y a no llevar a cabo ninguna acción en la región limitada al norte por la frontera china y al sur por una línea a establecer, partiendo de un punto de la costa situado entre los veintiuno y los veintidós grados de latitud para finalizar en el río Rojo a la altura de Lao-Kai. El gobierno chino se comprometería por su parte a no ocupar ningún punto ni realizar ninguna acción en la misma zona. Los annamitas se encargarían de la administración de la región y no podrían construirse fortificaciones en ella.»

Después de un largo silencio, Pekín rechaza la oferta francesa y propone otra solución. Finalmente París anuncia a Pekín que las tropas francesas van a apoderarse de Son-Tay, de Hong-Hoa y de Bac-Ninh. «No hay peligro de que nuestras tropas se enfrenten con las vuestras, puesto que afirmáis que no hay chinos en estas regiones.» En diciembre de 1883, las tres ciudades caen en manos de los franceses. El gobierno chino, impresionado, reanuda las conversaciones, esta vez con Fournier, lo que no servirá para arreglar la situación sino todo lo contrario.

El comandante Fournier llega a bordo del *Volta* a Tien-Tsin el 5 de mayo de 1884 y se encuentra con un

viejo conocido, Li Hung-Chang. Las negociaciones se desarrollan con gran rapidez. En tres días se han asentado las bases de un arreglo. «Francia garantiza la integridad de las fronteras meridionales de China con el Tonkín, China se compromete a retirar inmediatamente sus tropas del Tonkín y a respetar en el futuro los tratados de Francia con la corte de Hue. En el plazo de tres meses, los plenipotenciarios chinos y franceses se reunirán para redactar el tratado definitivo.»

Los dos países aprueban las bases del tratado y autorizan a sus representantes a firmar el acuerdo preliminar. El 11 de mayo, las dos partes firman un texto de cinco puntos. Pero, cinco días más tarde, el ministerio chino de Asuntos Exteriores dice al representante francés, en Pekín, que todavía no hay nada definitivo. ¿Li Hung-Chang había ocultado el tratado a Pekín, o a la Emperatriz del Oeste se había negado a ratificarlo? Fournier se encuentra de nuevo con Li y ambos fijan las fechas para la evacuación. Desgraciadamente, no se podrá saber si Fournier había sido demasiado crédulo, o si Li había comprometido imprudentemente la palabra de China.

Lo cierto es que Francia cree que se ha solucionado la cuestión del Tonkín. Las tropas del cuerpo expedicionario marchan sobre Lang-Son. En Bac-Le, un oficial chino que no ha recibido ninguna orden de evacuación les cierra el paso. El coronel Dugenne entabla el combate, pero sin éxito. Jules Ferry envía un telegrama a Li Hung-Chang: «Habíamos firmado un tratado serio y ha sido violado en cuanto se ha secado su tinta. Declarasteis que el 6 de junio sería evacuado Lang-Son; confiábamos plenamente en vuestra palabra, pero no se han ejecutado vuestras órdenes. El gobierno imperial asume una terrible responsabilidad. El almirante Courbet se dirige hacia el Norte con las dos divisiones de la escuadra...»

Tsong-Li-Yamen (ministerio chino de Asuntos Exteriores) declara que nunca han llegado a su conocimiento los últimos acuerdos entre Fournier y Li Hung-Chang y que se atiene al tratado del 11 de mayo en el que no se

fija ninguna fecha para la evacuación. Francia lo reconoce pero, de todas formas, pide indemnizaciones a Pekín para las familias de los que murieron en el camino de Lang-Son. Pekín se niega al principio a reconocerse culpable, pero después admite que podría pagar una ligera indemnización. Las cifras fijadas por París son enormes. Parece que al gobierno imperial le divierte jugar con fuego. Regatea la suma a pagar, conservando la esperanza de que los alemanes o los Estados Unidos intervengan. Inglaterra actúa entre bastidores, pues ve con desagrado cómo Francia se establece a las puertas de Birmania, por lo que anima a los chinos a mostrarse huraños.

Una vez más, Jules Ferry deberá hacer que hablen los cañones. Ordena al almirante Courbet que reúna sus fuerzas y se disponga a tomar prendas a expensas del Imperio del Medio. Pero, el 16 de julio, un decreto imperial invita al virrey de Yun-Nan y al gobernador de Kuang-Si a hacer que las tropas chinas evacuen Lang-Son y Lao-Kai. El gobierno francés se entera de esta decisión, que podría haber resuelto la crisis si los chinos no hubieran especificado que se negaban a pagar cualquier tipo de indemnización. Este es el mensaje que los chinos enviaron a París: «Si el gobierno francés persiste en su intención de exigir indemnizaciones y tomar prendas, el gobierno imperial se verá obligado a exponer los hechos, con todos sus detalles, al mundo entero.» Jules Ferry se aferra a las indemnizaciones. El almirante está preparado para pasar a la ofensiva. Prosiguen las conversaciones en Sanghai pero los chinos acaban regateando alrededor de cuatro millones de francos. Es preciso recurrir a la fuerza. El 22 de agosto, sin advertencia previa, Courbet ataca Fu-Cheu, donde la flota del Celeste Imperio se encuentra inmovilizada. Una flota totalmente nueva salida de los arsenales americanos y franceses. Los navíos franceses hunden veintidós buques enemigos, bombardean el arsenal equipado con cañones alemanes y aniquilan las baterías costeras.

Es la guerra sin llegar a serlo. Ni Francia ni China desean cerrar la puerta a las negociaciones. Se discute. Los Estados Unidos intervienen. Los alemanes quieren

permanecer neutrales. Los ingleses, por el contrario, apoyan abiertamente a los chinos. Sin embargo, los franceses bloquean Formosa, y los marineros de Courbet consideran el arroz como un producto de contrabando. China acaba cediendo y firma el tratado de Tien-Tsin el 9 de junio de 1885.

El poder central, inspirado por la xenofobia de la Emperatriz del Oeste, hubiera deseado poder seguir oponiéndose a los franceses. En este conflicto se ha sentido apoyado indirectamente por Inglaterra, que había llegado a prohibir a los barcos beligerantes el abastecimiento de carbón en los puertos británicos. Navíos de guerra no existían, en realidad, más que los del almirante Courbet. Ts'eu-Hi se vio obligada a ceder porque no poseía un ejército suficientemente equipado y moderno. Prácticamente no existía un ejército del poder central. Las provincias, por el contrario, poseían su propio ejército y sus arsenales; los jefes provinciales han creado los suyos, convirtiéndose en sus propietarios. Li Hung-Chang posee sus propios arsenales y cuando cambia de puerto se los lleva con él. Zuo Zong-Chang y Zeng Guo-Fan fabrican los fusiles que necesitan: han invertido grandes capitales en esta empresa aunque, según parece, no bastaron para eliminar completamente los métodos de la artesanía. Compraron maquinaria a Inglaterra y a Francia, contrataron ingenieros extranjeros para que siguieran de cerca el proceso productivo. «Dentro de dos años serán reemplazados por los chinos», afirmaba Zeng Guo-Fan. Lo más sorprendente es que los arsenales conservan su independencia y no se ayudan mutuamente. Pronto, una vez dominadas las rebeliones y las bandas de piratas los chinos se interesan en la mecanización, quieren aplicarla a empresas más lucrativas que la fabricación de armas. Zuo Zong-Chang no duda en crear talleres suplementarios en el interior de sus fábricas. Si ciertos funcionarios se han enriquecido con las armas, esto es debido en realidad a que, a pesar de la independencia de los arsenales, el poder central conserva el monopolio absoluto de la venta de armas.

La xenofobia del gobierno chino no impide hacer concesiones a otros países. Así, el abandono de Manchuria y de una parte de Siberia a Rusia le costará caro a uno de sus aliados y muy próximo vecino. Aunque la infiltración rusa deja indiferente a China, el Japón ve con desconfianza cómo se extiende por sus flancos el colosal país de los Zares. En San Petersburgo se anima con cierto infantilismo el avance del imperio hacia el Pacífico. En primer lugar, los rusos se infiltran en Siberia. Entre 1854 y 1858 se instalan en la orilla derecha del Amur y alcanzan el mar por el norte de las fronteras de Corea. Sin que China haga ningún comentario, los pioneros rusos fundan el puerto de Vladivostok («Dominador del Oriente», en ruso). Allí el invierno es rudo y el mar permanece helado tres meses al año. La flota del Extremo Oriente no podía utilizar apenas aquella base y tendrá que encontrar otra.

Mientras tanto, era necesario instalar una vía férrea para unir a los habitantes de Vladivostok con la madre patria. El Transiberiano cumplirá esta misión. Una línea de más de ocho mil quinientos kilómetros construida apresuradamente... con el dinero ahorrado por los franceses. Este ferrocarril no tiene intenciones pacíficas; termina en el puerto perdido en el mar del Japón, pero los ingenieros, en secreto, han previsto unos enlaces con Pekín. China ha perdido su instinto de defensa, si alguna vez lo poseyó, y hace que nazcan toda clase de ambiciones.

El ahorro preside la construcción del Transiberiano bajo la dirección de un general de zapadores que no conoce más que las órdenes y los programas establecidos de antemano. «Poned traviesas de cartón, dice, raíles de papel, si es necesario, pero llegad al final en el plazo y con los créditos fijados. Resultará una línea que habrá que mantener y mejorar. De otra forma, sólo lograremos construir un trozo inútilmente.» Por eso los obreros pueden batir records: quinientos kilómetros al año. Las obras se realizan con la mayor simplicidad: no se pone balasto en las llanuras y las traviesas se colocan directamente sobre el suelo; el balasto es rudimentario

en las cuestas; entre dos colinas, se abre una zanja cuya anchura permita pasar un sólo vagón. No hay túneles porque a los rusos no les gustan y prefieren hacer desviaciones. Los raíles pesan venticuatro kilos por metro, en vez de treinta y dos. «Qué importa la solidez, dicen los ingenieros. De todas formas, en una vía de ferrocarril siempre hay que hacer reparaciones. Luego la consolidaremos... y, si hace falta, volveremos a hacerla.» En resumidas cuentas, hacen dos veces el mismo trabajo.

Esta monstruosa línea costó muy cara porque la mano de obra especializada se encontraba en el centro de Rusia y tuvo que desplazarse. Por otra parte, la despreocupación general ocasionaba el relajamiento en la gestión y grandes derroches. El preferir raíles rusos a los del extranjero no era un buen cálculo por ser de pésima calidad los primeros.

Al acercarse al lago Baikal surge una dificultad. La línea no puede rodearlo a causa de su gran tamaño y por estar rodeado de montañas. En lugar de intentar vencer las pendientes, los ingenieros rusos se deciden por el transbordo: encargan a Inglaterra dos barcos rompehielos capaces de transportar veinticinco vagones y trescientos pasajeros. Una vez franqueado el lago, la línea férrea continúa hasta el río Amur para enlazar con un barco que desciende por el Ussuri (afluente del Amur) hasta Vladivostok.

Pero los proyectos de San Petersburgo son mucho más ambiciosos. Este itinerario va a ser completado con otro más directo. El Transiberiano debe bifurcarse en la frontera manchú; en vez de seguir la orilla derecha del Amur, la nueva sección pasará el río y atravesará el territorio de China. Así nace el Transmanchuriano. Pekín debe una compensación a San Petersburgo. Se recordará que los japoneses tuvieron que abandonar Port-Arthur, tras su victoria sobre China, ante las presiones rusas. Los rusos piden ahora el pago de aquel servicio y pronto se llega a un acuerdo. Las dos partes fundan una sociedad, la Compañía del Este Chino, cuyos recursos provienen del Banco Ruso-Chino, entidad perteneciente en su mayor parte a los rusos. El director es

un chino, nombrado por el gobierno central, pero el resto del personal, la dirección de operaciones y de la explotación son rusos. Dentro de ochenta años, el Transmanchuriano pasará a ser propiedad del gobierno chino. Para asegurar la vigilancia de la vía y la protección de los pasajeros, Rusia obtiene autorización para colocar a sus soldados en las inmediaciones.

Vladivostok era, como dijimos anteriormente, un puerto prácticamente inutilizable durante una parte del año. Por eso San Petersburgo hace que China le arriende la península de Kiao-Cheu y convierte Port-Arthur en un puerto militar. Allí es donde la flota rusa, recién salida de los arsenales franceses y americanos, permanecerá a la espera de su desafortunado enfrentamiento con los navíos del almirante Togo, bajo el mando del almirante Alexeiev, defensor de la base. A partir de entonces, los rusos duplican el número de barcos que aseguran las comunicaciones entre Odessa y el Pacífico. La presencia de los rusos en Port-Arthur es un desafío que Tokio no tolerará durante mucho tiempo.

Li Hung-Chang, que ha sido recibido en la corte del Zar, no se engaña con respecto a la política rusa. «En la actualidad, escribe, Rusia es nuestra mejor amiga, y nuestra peor enemiga. Es una nación amiga porque Inglaterra y Francia se han declarado también amigas nuestras, y Rusia desea ser más amiga que estas dos naciones. Y lo que los rusos llaman el destino la convierte en nuestra peor enemiga. Domina todo el norte de Asia y espera poseer un día una influencia preponderante sobre China.» Los regímenes chino y ruso cambiarán, pero las ambiciones naturales de los países seguirán siendo las mismas.

Pronto seguirán el ejemplo ruso las demás naciones europeas. Se calcula con un cinismo inconcebible el reparto de China. Francia «alquila» la bahía de Kuang-Cheu-Wan y asegura la construcción del ferrocarril Hanoi-Lao-Kai (en la frontera del Tonkín)-Yun-Nan-Fu. Los ingleses «alquilan» Wei-Hai-Wei, la otra punta de la tenaza formada por la bahía de Kiao-Cheu, frente a Port-Arthur, provocando el despecho japonés.

6

LA SUBLEVACION DE LOS BOXERS

Los peligros que amenazan al país provocan seria inquietud en la corte imperial. El Emperador se muestra más alarmado que la Emperatriz viuda, cegada por su conformismo impotente. Las reacciones de Kuang-Siu ocasionarán una nueva crisis dinástica, la última antes de la ruina final.

Después de la elección de su pariente, la Emperatriz Maternal y Propicia comienza a odiarle. Es débil, nervioso, padece una malformación que le impide tener descendencia —detalle de gran interés para Ts'eu-Hi— y no demuestra grandes inclinaciones hacia los asuntos del Estado. El odio de la Emperatriz se acentúa a causa de la boda de Kuang-Siu. Ts'eu-Hi le había escogido una mujer de su entera confianza, cuyos pensamientos y actitudes podía manejar a su gusto. La joven Emperatriz toma el nombre de Yung-Yu, que significa «Abundancia Honorífica», término de una cortesía llena de humor cuando se conoce la enfermedad de su esposo. Este muestra un gran desprecio hacia su mujer y hiere el amor propio de Ts'eu-Hi, dedicando su afecto y solicitud a su concubina, Perla, cuyo destino será trágico.

Este desafío flagrante a la autoridad de su pariente lleva a Kuang-Siu a lograr una cierta independencia y a tomar el partido de los reformadores, tanto para sacar a China de su apatía como para desagradar a Ts'eu-Hi. A los veintitrés años, quebranta la tradición para transformar a China en un país semejante a las naciones europeas. El alma de la reforma es el historiador Kang

Yeu-Wei, que reside en Cantón y ha sido testigo de los esfuerzos realizados por el Japón para convertirse en una gran potencia. El Emperador no habría oído hablar nunca de este apóstol de la gran China si no hubiera mantenido excelentes relaciones con su antiguo maestro, Weng Tung-Ho, quien se ha convertido en el hombre de confianza de la emperatriz Ts'eu-Hi y en miembro del Gran Consejo.

Weng Tung-Ho, con gran clarividencia, se da cuenta de que la salvación del país se encuentra en la modernización. El es quien inspira, sin lugar a dudas, las medidas que el Emperador se ve inducido a tomar tras la muerte del príncipe Kung, relacionadas con la reforma de la educación y del ejército. La Emperatriz las aprobará sin descubrir en ellas el espíritu de la reforma. El pasaje más atrevido está redactado con una habilidad digna de Maquiavelo: «La educación seguirá basándose en los cánones de los Sabios, pero a ello se añadirá el profundo estudio de todos los dominios del conocimiento europeo... para poner fin a las ilusiones carentes de sentido... Deberán evitarse los plagios de teorías inútiles. La Universidad de Pekín deberá ser un modelo para el Imperio, y todos los funcionarios con el rango de secretarios ministeriales, oficiales de la guardia, futuros magistrados, hijos de altos funcionarios y de manchúes de rango hereditario, tendrán derecho a asistir a los cursos de esta Universidad, con la finalidad de que estén preparados para ocuparse de los problemas de la época crítica que atravesamos. No se tolerará ninguna contemporización ni ninguna violación de estas advertencias del trono.» Se confía la reorganización del ejército a Jung-Lu, quien vuelve a gozar del favor de la corte, después de haber sido alejado de ella cuando se le descubrió entre los brazos de una joven en la Ciudad prohibida.

El «Viejo Buda», así se llama ahora a la Emperatriz, no se opone a la publicación del decreto, pero expresa sus reservas en lo concerniente a los derechos hereditarios y a la concesión de favores. Al mismo tiempo consigue que el Gran Secretario del Gran Consejo, Weng

Tung-Ho, sea depuesto de su cargo. Los reaccionarios y la mayoría de los manchúes se alegran de esta medida. Pero, al alejarse, Weng abandona la reforma en manos de Kang Yeu-Wei, a quien el Emperador llama a Pekín para impregnarse del nuevo espíritu.

Kuang-Siu aleja a los manchúes del poder y acaba con la burocracia milenaria y con los abusos de los mandarines. Se encuentra a gusto. Ya no está detrás de él la Emperatriz viuda, que vive ahora en su palacio de Yi Ho-Yuan dedicándose a bordar o a ofrecer representaciones teatrales. Pero las quejas contra los proyectos imperiales se acumulan. El silencio de Ts'en-Hi es sospechoso. Sin embargo, el Emperador se da prisa. Crea una oficina de traductores en la que se podrán poner al alcance de los intelectuales y de los espíritus curiosos obras científicas y económicas occidentales. Su Majestad lanza una llamada al pueblo: «China y Europa, escribe, piensan que el fin último del gobierno es el bien del pueblo. Pero Europa ha llegado más lejos que nosotros en este camino. Por otra parte, las naciones extranjeras cercan nuestro imperio. Si no consentimos en adoptar sus métodos, nuestra ruina será irremediable... Los elementos reaccionarios critican nuestras intenciones, pero el pueblo puede confiar en su soberano. ¡Que el pueblo colabore en la reforma y en la reconstrucción del país!»

Cada una de estas palabras disimula los pensamientos de Kang Yeu-Wei. Este doctrinario se considera un poco como el padre adoptivo del Emperador. Es brillante, entregado, da su opinión sobre cada asunto con prodigalidad. Sin embargo, su atrevimiento sobrepasa lo que la tradición puede soportar. Kang quiere suprimir el matrimonio: Los esposos vivirán juntos un año para separarse después. En cuanto a los muertos, pretendía que se les incinerara y que sus cenizas sirvieran de abono. Tales teorías repugnan incluso a los más avanzados de los chinos.

Para que una revolución triunfe es preciso barrer a la oposición, y crear una nueva estructura social, lo que no se consigue con leyes sino por la fuerza. El Emperador medita un plan grandioso que le liberará al mismo tiempo de la aristocracia manchú, de los mandarines caducos y de la Emperatriz viuda. Recurre a Yuan Che-Kai, el cual posee una situación de primer orden en el Chihli, donde Jung-Lu es virrey.

Después de confiarle sus deseos de modernizar China y convertirla en la mayor potencia del mundo, Kuang-Siu pide a su fiel servidor que vaya a Tien-Tsin para anunciar a Jung-Lu que se le ha privado de su mando y de su título. Si es necesario, Yuan Che-Kai empleará la fuerza e incluso si hace falta asesinará al amigo fiel de la Emperatriz viuda.

La entrevista es secreta. Ni un eunuco, ni un ministro al servicio de la Emperatriz del Oeste puede captar las palabras que se cruzan. El Emperador habla y Yuan Che-Kai, de rodillas y con la cabeza inclinada, no responde más que con breves afirmaciones. Todavía no ha oído lo peor. Cuando se haya cumplido el destino de Jung-Lu, Yuan se pondrá al frente de las tropas modernizadas y marchará sobre Pekín. Cercará el palacio de Verano, en el que debe residir la Emperatriz, y la retendrá prisionera en su interior.

Al abandonar la Ciudad prohibida, Yuan Che-Kai se guarda bien de manifestar su presencia al personal de la Emperatriz viuda. Vuelve en tren a Tien-Tsin y se toma tiempo para pensar. En primer lugar, Jung-Lu es su amigo. No puede levantar su mano contra él. Ponerse del lado del Emperador es ofrecer la cabeza al hacha del verdugo. El Emperador está aislado y no cuenta con muchos amigos, fuera de los fanáticos del modernismo. Sus posibilidades de éxito son escasas. Por otra parte, el clan de la Emperatriz es homogéneo y está dispuesto a bloquear las ideas imperiales.

En Tien-Tsin, Yuan se confía al destino. Va a casa de Jung-Lu y le revela su terrible secreto. Jung lo pone en conocimiento de la Emperatriz, quien le ordena que vaya a Pekín con su ejército y ocupe los lugares estratégicos d la ciudad. Mientras tanto el «Viejo Buda» abandona el palacio de Verano y se dirige hacia Pekín. Se encienden hogueras para iluminar el camino a la es-

colta de la Emperatriz y de esta forma se enteran en la Ciudad prohibida de que la soberana vuelve a su residencia de la capital. Un eunuco despierta al Emperador para comunicarle la noticia. Kuang-Siu es presa del pánico y con toda rapidez envía un mensaje a Kang Yeu-Wei: «La pluma y el pincel no pueden expresar el profundo pesar que siento. Debéis marchar inmediatamente al extranjero y encontrar el medio de salvarme.» Kang abandona Pekín y consigue embarcarse en Tien-Tsin hacia el Japón, de donde pasará a Estados Unidos.

La audiencia que concede la Emperatriz viuda a Kuang-Siu es una de las más dramáticas de su vida. Su cólera se traduce en su rostro austero, duro, en la sobriedad de sus palabras, en la retención de sus gestos, en el tono solemne. El Emperador tiembla y una fina capa de sudor cubre su rostro.

La Emperatriz no recurre al estallido de su furia ni a las imprecaciones; no es necesario. Sabe que el Emperador es culpable de un crimen que merece el castigo más severo. Pretender privar de la libertad a quien ha reinado durante treinta y dos años, a un miembro influyente de la dinastía, es el mayor de los ultrajes. Kuang-Siu debe pagar su crimen, lo sabe y permanece sumiso. «¿Conocéis la leyes de la Casa Imperial que castigan a quien levanta la mano contra su madre?», pregunta Ts'eu-Hi. La frente del Emperador permanece pegada a la alfombra. La voz del «Viejo Buda» comienza a chillar: «Habéis ocupado en mi corazón el lugar del hijo que perdí, y así es como me lo agradecéis. Os he salvado la vida y habéis intentado arrebatarme la mía. No merecéis sentaros en el trono de los manchúes.»

El Emperador, encorvado, no responde nada. Cada palabra es un latigazo que le hiere. Sabe que está perdido: «Habéis caido en la trampa que os han tendido los cantoneses, cuyo único deseo es expulsar a los manchúes y usurpar el trono. ¿Conocéis el castigo que se abate sobre el que ha levantado su mano contra la persona de la Casa Imperial que le considera un hijo?»

Kuang-Siu responde: «Castigadme según la ley. Lo merezco. No sirvo para gobernar.»

La Emperatriz decide hacer pasar por enfermo al Emperador y sustituirle en el poder. El decreto de abdicación queda redactado de la siguiente forma: «Recordamos que Su Majestad la Emperatriz viuda se ha hecho cargo de la regencia en dos ocasiones y que las altas cualidades de las que dio prueba durante su administración del gobierno le permitieron resolver las dificultades que se presentaron... Pedimos a Su Majestad que acepte, una vez más, asumir las funciones del gobierno. Nos ha honrado graciosamente atendiendo nuestro ruego, lo que es una bendición para el pueblo.» El Emperador lo firma y, acto seguido, la Emperatriz, implacable, ordena que le encierren en un austero retiro: «Encarcelad al Emperador en Ying-Tai. No le déis de comer más que lo estrictamente necesario. Poned especial atención a que permanezca siempre bajo vigilancia; nombrad a un eunuco de toda vuestra confianza para que se mantenga siempre a su lado.» Numerosas personalidades chinas protestan contra el destino que aguarda a Kuang-Siu, especialmente el virrey de Nankín. También el representante de la embajada inglesa envía un mensaje al nuevo gobierno, con una amenaza sobreentendida, para el caso de que la vida del Emperador estuviese en peligro. Es casi evidente que, sin la intervención directa de los ingleses, sin la emoción, por no decir la indignación, causada en las capitales europeas, el «Viejo Buda» hubiera saciado su odio.

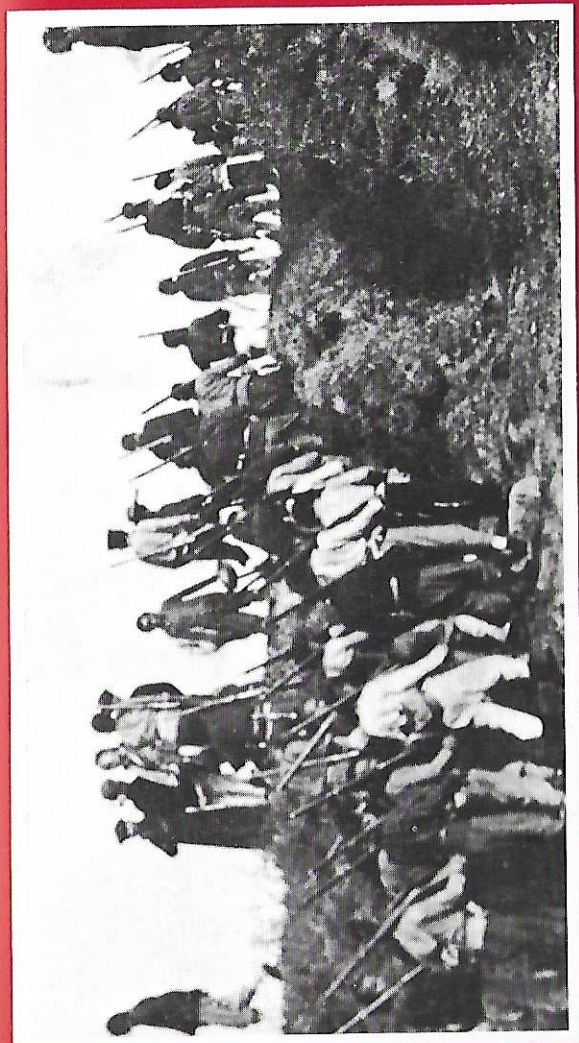
El odio que rebosa el corazón de Ts'eu-Hi va a derramarse en primer lugar sobre los instigadores del complot. Se ofrecen cordones de seda a los condenados de alto rango. El hacha del verdugo actúa dondequiera que los demás culpables se dejan apresar. Pero la cólera de la Emperatriz no se deja aplacar fácilmente y su furia se vuelve contra los «diablos blancos», los responsables del crimen cometido por el Emperador. Ellos son los instrumentos iniciales de la pérdida del mandato celeste confiado a la dinastía manchú. Ha llegado el momento de arrojar al mar a los extranjeros. Los consejeros, los funcionarios, los jefes del ejército que habían sido licenciados durante los cien días de la reforma ha-

cen su reaparición en el palacio. Su reacción es inevitable: animan a la Emperatriz para que emprenda el camino de la «liberación», para que inicie las hostilidades contra los europeos. El favorito más intransigente es el príncipe Tuan, que se declara enemigo de los extranjeros y manifiesta su aversión hacia ellos en todo momento y con cualquier motivo. Su Majestad comete el error de designar a su hijo heredero del trono. El futuro Hijo del Cielo es un joven lúbrico a quien temen todas las sirvientas del palacio. Sus apetitos son tan insondables como su ignorancia, su pereza y su desinterés por los destinos del país.

Pero su error fundamental es mantener relaciones cordiales, aunque distantes, con los jefes de la secta secreta de los «Boxers» (Boxeadores), mientras halaga manifiestamente a los representantes extranjeros, recibiéndoles en la Ciudad prohibida, demostrándoles que Kuang-Siu sigue con vida y haciendo que le visiten un famoso médico chino y un profesor francés. En la masa miserable de China arraigaron siempre las sociedades de tendencia seudo-mística como las del «Loto Blanco», de los «Ocho Diagramas» y del «Puño Rojo» que se desarrollan rápidamente. El gobierno central las había disuelto porque representaban un peligro para la dinastía manchú al propugnar el retorno de los Ming, pero quedaban raíces del «Loto Blanco» de las que pronto surgirá la secta de los Boxers.

Los Boxers aprenden a luchar con sus puños y con bastones en forma de espada, se embriagan con fórmulas mágicas y pasan por invulnerables. Un misionero que pregunta a uno de ellos por qué él y sus compañeros se entrenan para combatir, recibe la siguiente respuesta: «Para expulsar de China a los extranjeros.»

El reclutamiento de los Boxers se hace entre los jóvenes, quienes se entrenan con un coraje y una violencia impresionantes. Entre ellos, las mujeres ocupan un lugar destacado y la que manda los batallones femeninos, Huang Lian-Shengmu (Madre Sagrada del Loto Amarillo), es objeto de veneración. Sus tierras preferidas son las provincias de Chihli y de Chan-Tung, pero



La revolución china de 1911: reclutas revolucionarios.

luego se extenderán por el nordeste, donde los alemanes y los rusos se muestran crueles y brutales.

Para obtener el apoyo del trono, los Boxers cambian el slogan pintado en sus banderas. Ya no se trata de luchar contra los Ching y contra los extranjeros, sino «a favor de los Ching contra los extranjeros». A petición de los representantes americanos, la Emperatriz toma oficialmente medidas para reprimir los abusos de los Boxers (ataques a las misiones), pero oficiosamente los anula. En la corte, tres consejeros, Jung-Lu, Li Hung-Chang y Yuan Che-Kai, consiguen dominar la locura del «Viejo Buda»; sin sus apelaciones a la prudencia y a la diplomacia, Su Majestad se hubiera quitado la máscara y declarado la guerra a todo el mundo, atendiendo únicamente las diatribas del príncipe Tuan. Este era miembro de la sociedad secreta del «Loto Blanco» y de una célula de los Boxers y tenía la idea de disciplinarles, completar su armamento y formar con ellos milicias populares que reforzarían al ejército imperial. Jung-Lu rechaza esta oferta llena de veneno. Las hordas de los Boxers están formadas por bandidos y ladrones. Los campesinos hambrientos se han refugiado en sus filas. No, replica el príncipe Tuan. Cada miembro de la secta ha sido escogido por sus cualidades guerreras y ha sido entrenado con dureza. Para convencer a la Emperatriz Maternal y Propicia, hace que tres de ellos vayan a la corte, dos armados con lanzas y el tercero desarmado. Luchan ante Ts'eu-Hi, fría como el hielo, y los dos lanceros son derrotados en el combate a cuerpo limpio con una maravillosa habilidad. La Emperatriz quedó impresionada con esta demostración.

En la primavera de 1900, fortalecidos por el apoyo de la Emperatriz, emprenden su marcha sobre Pekín. La capital ve aparecer de repente en sus calles y en las proximidades de las legaciones a unos individuos poco recomendables que ostentan su participación en el movimiento Boxer mediante un turbante rojo, y que llevan diversos tipos de armas: horcas, palos, sables, etcétera.

Sus principales ocupaciones consisten en atacar iglesias y centros misionales, incendiarlos y apoderarse de

las jóvenes conversas para después despedazarlas. Atan a los hombres como si se tratase de gallinas y después les cortan las orejas y la nariz y les sacan los ojos. Los miembros de las legaciones extranjeras comienzan a inquietarse y se arman. Ingleses, franceses, alemanes y rusos llaman a sus tropas. Soldados de infantería y de marina toman posiciones ante los edificios de las legaciones. El representante inglés, en nombre de todos sus colegas, dirige una nota de protesta al ministro de Asuntos Exteriores rogándole que ponga fin a los desmanes de los Boxers. El Tsong-Li-Yamen no se digna responder y deja que la situación se prolongue. Se hace el sordo cuando le piden que asegure el transporte de tropas europeas de protección de Tien-Tsin a Pekín. Esto se debe a que el Tsong-Li-Yamen no es otro que el príncipe Tuan.

Pero en mayo, los Boxers se lanzan contra los ferrocarriles y las líneas telegráficas y cortan la vía del tren que circula entre Tien-Tsin y Pekín. Los campesinos se unen a los Boxers para arrancar los raíles. El dragón de hierro es su enemigo personal, divide sus campos, atraviesa los cementerios en donde reposan los antepasados. En Tien-Tsin, el almirante inglés Seymour, forma un pequeño ejército de socorro con mil hombres de cada país representado y se embarca hacia Pekín. El tren se detiene ante el primer corte de la vía, los zapadores echan pie a tierra y vuelven a poner los raíles. Poco después se efectúa una nueva parada. Los Boxers atacan, hostilizan repetidamente a la escasa tropa europea. Finalmente, a cincuenta kilómetros de Pekín, se tiende la gran emboscada. Más de un kilómetro de vía ha sido arrancado y el combate es serio. El día previsto para la llegada de los refuerzos, los representantes extranjeros salen a recibirles a la estación de Pekín, pero su decepción es total al enterarse de que el tren ya no aseguraba el servicio entre Tien-Tsin y la capital.

Durante varios días, el almirante Seymour permanece rodeado por los Boxers, cuyo número es cada vez mayor. Ya no encuentra mensajeros (chinos conversos) con quienes enviar cartas a Tien-Tsin o a Pekín. Por lo general, los mensajeros son capturados, registrados, torturados y ejecutados.

La Emperatriz no reacciona cuando un diplomático japonés y, después, el representante de Alemania, el barón von Ketteler, mueren apaleados en la calle, víctimas de un ataque. El príncipe Tuan propone a los diplomáticos que evacuen Pekín con sus familias. Estos, creyendo que es una trampa, rechazan la oferta y se encierran en las legaciones, que pronto se transforman en fortines. Los Boxers difunden las mayores necedades con el fin de sublevar a la población.

El 15 de junio estallan en Pekín y en Tien-Tsin al mismo tiempo los motines tan temidos. Los Lobos (Boxers), apoyados por las tropas del ejército imperial, atacan las legaciones, las iglesias y las misiones. Los cristianos se amontonan en la catedral de Pekín y se disponen a sufrir un asedio sin piedad. Ochocientas jóvenes se encuentran bajo la protección del cayado de monseñor Favier. Muchas han sido violadas y la vergüenza ha arrastrado a varias al suicidio. Los pozos están taponados por los cadáveres de las desesperadas. La legación británica abre sus puertas a unos dos mil conversos que han visto a sus parientes y amigos despedazados.

Los Boxers siguen actuando con la bendición de los gobernantes; así, un decreto imperial ordena a los virreyes y a los gobernantes de las provincias que «organicen a los Boxers en milicia para resistir la agresión extranjera». El príncipe Tuan pone en pie de guerra mil cuatrocientos batallones. Tal es la respuesta de la Emperatriz a la conquista por los escuadrones europeos del fuerte de Ta-Ku, que defiende Tien-Tsin, y del arsenal. Pero los virreyes, en especial los del Sur, formulan el deseo de que Su Majestad restablezca las buenas relaciones con los «bárbaros». ¿Iluminará la sabiduría los pensamientos de Ts'eu-Hi? Parece probable, al menos por el momento. Un decreto precisa que «China no tiene en absoluto la intención de hacer la guerra a todos los países y que el gobierno imperial va a ordenar estrictamente a los jefes militares que protejan las legaciones de la mejor manera posible y castiguen a los re-

beldes tanto como lo permitan las circunstancias». Una gran pancarta tendida sobre el puente que se encuentra al norte de la legación inglesa da a conocer a los asediados las principales decisiones. Cesa el fuego de la artillería y de los fusiles. ¿Se trata de una trampa? Ciertamente. Los Boxers reanudan sus asaltos.

Unos días más tarde, la Emperatriz proclama que la palabra «paz» debe ser borrada del corazón de los virreyes y gobernadores. Estos vuelven a la carga insistiendo en que el gobierno imperial proteja a los comerciantes ypresente sus excusas a Guillermo II por el asesinato de su representante. Piden que China indemnice a los europeos residentes en China y que no se moleste a los cristianos. El príncipe Tuan vuelve a proponer a los europeos que salgan de la ciudad, pero éstos rechazan la propuesta creyendo que se trata de una nueva emboscada.

El príncipe Tuan introduce un puñado de Boxers en la Ciudad prohibida con la intención de que maten al emperador Kuang-Siu al amparo de la noche. Su muerte sería la realización de una profecía hecha algunos días antes: «Antes de que podamos esperar que los extranjeros sean arrojados al mar debemos desembarazarnos de un dragón, de dos tigres y de trece corderos.» No hay duda de que el dragón es Kuang-Siu. Los tigres, Jung-Lu y Li Hung-Chang. En cuanto a los corderos, son los virreyes y gobernadores partidarios de la paz. Los asesinos fracasan. Han despertado con sus ruidos al «Viejo Buda». La Emperatriz interpela al príncipe, preguntándole si se ha creído que es el Emperador. Obliga a los Boxers a prosternarse ante ella y después les despide. Ruedan las cabezas de los corderos, ya que no la del dragón: seis consejeros del trono son ejecutados por haber intercedido a favor de los extranjeros.

Fue durante los cincuenta y cinco días de crímenes y de sangre cuando el emperador de Alemania habló, por primera vez, del «peligro amarillo». Europa está conmovida. Las potencias acaban reuniendo un verdadero cuerpo expedicionario para cercar Pekín y liberar las legaciones que están a punto de caer en manos de los

asaltantes. Los cuarenta marinos italianos y franceses que defienden el Peitang, el barrio de la catedral en el que tres mil mujeres y niños esperan la muerte, se baten heroicamente.

Finalmente llegan de Tien-Tsin telegramas esperanzadores. Cuarenta mil ingleses, americanos y japoneses, quince mil alemanes, cinco mil italianos, marchan sobre Pekín. El ejército de los aliados está en seguida a las puertas de la capital. Después de duros combates, las legaciones son liberadas una a una; el cerco del Peitang es roto por una pequeña tropa de soldados franceses, rusos e ingleses mandada por el general Frey. El hermano del príncipe Tuan se presenta sin aliento en el palacio imperial y anuncia: «Los diablos extranjeros están aquí.» La Emperatriz dice: «Son los batallones musulmanes del Kan-Su.» No son ellos, sino los indios Sikh, cuyo turbante ha sido la causa del error. Hay que huir. Ts'eu-Hi duda. Sin embargo, el trueno de los cañones que rueda sobre los tejados de las casas le hace comprender que el heroísmo no es una solución. Finalmente huye disfrazada de campesina en unas carretas tan miserables que a los chinos les será difícil reconocer a su soberana viajando de esta guisa. Muchos la tacharán de impostora. Al abandonar el palacio, la Emperatriz consuma su última venganza. Cuando la concubina Perla le suplica de rodillas que no se lleve al Emperador en su huida, Ts'eu-Hi ordena que arrojen inmediatamente a un pozo a esta «mala favorita». Unos eunucos ejecutan la orden y la concubina sucumbe en el pozo del Palacio de la Vejez Tranquila.

En octubre, la toma de Pao Ting-Fu, la ciudad santa del movimiento en donde se había iniciado la guerra, señala el fin de los Boxers. Incluso los australianos se encuentran junto a los franceses, ingleses, italianos y alemanes mandados por el teniente coronel Drude. China, en las horas de la derrota, no cuenta con ningún aliado. «Los Boxers tienen la culpa», repite la Emperatriz en el camino del destierro. Li Hung-Chang, cumpliendo las órdenes de Ts'eu-Hi, entabla negociaciones de paz con los europeos. Las discusiones durarán más

de un año, alargando el destierro de Su Majestad. Finalmente, el 7 de septiembre de 1901, China se compromete a pagar en indemnizaciones 450 millones de *taeles haikuan* —333 millones de dólares norteamericanos—. El «Viejo Buda» ordena la ejecución o el destierro de los jefes de la sublevación y de los príncipes imperiales que hayan manchado sus manos con la sangre de los europeos. Firma un decreto que es buena muestra de su cinismo y falta de remordimientos: «Los ministros de las potencias amigas no dejarán de reconocer que la sublevación de los Boxers ha sido obra exclusiva de estos funcionarios y que ni la actuación ni la voluntad del trono se han visto mezcladas en los hechos; hemos castigado con firmeza a los culpables.»

Su regreso a Pekín no es glorioso. El 7 de enero de 1902 entra en una ciudad casi en ruinas. Sin embargo, llena de grandeza y de mansedumbre. Autoriza la asistencia de los extranjeros a la procesión que debe conducirla, ante un pueblo arrodillado, hasta las puertas de su palacio. Aparece un decreto de bienvenida invitando a los extranjeros a una recepción excepcional. Unos días más tarde, como para exorcizar el ferrocarril, se monta en el dragón que conduce a Tien-Tsin. Los vagones del Emperador y de la Emperatriz viuda están «ricamente amueblados con objetos preciosos y tapizados con la seda amarilla imperial y cada uno posee su trono, su diván y su sala de recepción...»

La Emperatriz se muestra cada vez más humana y con mayor encanto. Se olvidan sus atrocidades. El Oriente y el Occidente forman una sola familia. Cabe destacar, sin embargo, que los Estados Unidos han sido la única nación, entre todas las que han luchado contra China, que ha dado prueba de indulgencia e incluso de conocer la política.

Durante esta «guerra», los rusos, como hemos visto, se han infiltrado en Manchuria. Ingleses, alemanes y japoneses van a aunar sus esfuerzos para cerrar el camino del Pacífico a las ambiciones de San Petersburgo. Será el almirante Togo quien cause a los rusos una de las más humillantes derrotas de su historia.

No contentos con haberse apoderado de Manchuria, los rusos reivindican Corea, considerada por el Japón como su coto de caza tras su victoria sobre China. Durante varios meses, el Japón envía notas al gobierno ruso rogándole que evacue el territorio de la Emperatriz Ts'eu-Hi. San Petersburgo tan sólo contesta para disculpar al Zar, quien, por estar muy ocupado, no tiene tiempo de examinar la situación. La última nota japonesa, del 6 de febrero de 1904, es de gran viveza: «El gobierno japonés, no pudiendo admitir los retrasos inexplicables que el gobierno ruso causa a las negociaciones pendientes ni los preparativos militares que efectúa en el Extremo Oriente..., se ve forzado a poner término a estas vanas negociaciones. Además se reserva el derecho a salvaguardar los intereses del Japón en el Asia Oriental por los medios que crea convenientes.»

En San Petersburgo se cree que es una ruptura diplomática. Pero nadie en todo el mundo piensa en la guerra. Sin embargo, el almirante Togo, al frente de la flota japonesa, pone rumbo a Port-Arthur. Cuatro grandes acorazados, de quince mil toneladas y con tan sólo dos años de servicio, alcanzan los dieciocho nudos. Los destructores pueden navegar a treinta nudos, un récord en 1904. Mientras duerme el almirante Alexeieff, Togo ataca una escuadra rusa que se encuentra anclada en la rada de Chepulpo, un puerto de Seul. El almirante Alexeieff informa del incidente al Zar. Tiene tal confianza en su propia flota, anclada en la rada exterior de Port-Arthur, que no toma ninguna medida especial para un eventual ataque. En la noche del 8 al 9 de febrero se queda encendido un proyector señalando las posiciones de los navíos a la flota japonesa, que avanza en semicírculo. De pronto, dos torpedos alcanzan a un buque de tres chimeneas. Cuatro minutos después, otros dos barcos rusos resultan tocados. Los rusos encienden los proyectores de sus navíos y registran el mar. Es la mejor manera de señalar su posición a los atacantes, los cuales siguen lanzando torpedos como si se tratase de prácticas de tiro. Cuando los cañones rusos comienzan a responder, los torpederos japoneses han desaparecido.

Al día siguiente, la escuadra de Togo se enfrenta con

la flota rusa, pero esta vez en alta mar. Los japoneses tiran con precisión. Las balas rusas se pierden. Durante cuarenta minutos, la marina rusa sufre la mayor humillación de su historia. La noche del 13 de febrero, dos cruceros japoneses se aventuran de nuevo en las inmediaciones de Port-Arthur, dejan fuera de servicio a un crucero enemigo y hunden un barco auxiliar.

Unos días más tarde, el almirante Togo llena de piedras cinco buques de carga e intenta hundirlos en la entrada de Port-Arthur para bloquear en su rada a los barcos indemnes de la orgullosa armada rusa. Al segundo intento, la operación se ve coronada por el éxito. Vladivostok también es bombardeado. Finalmente, Alexeieff es reemplazado por Makaroff. Este es más belicoso y ataca como un bravo. Pero cada uno de los golpes que lanza contra el adversario se vuelve contra él. En tierra firme, el ejército japonés aplasta al ruso. Manchuria se desploma y los rusos abandonan sus bases de apoyo batiéndose en retirada. Los japoneses atacan por tierra la retaguardia de Port-Arthur. El asedio va a durar varios meses. Pero en San Petersburgo se prepara apresuradamente la contraofensiva. Cumpliendo órdenes del Almirantazgo ruso, la flota de Port-Arthur intenta una salida. El almirante Wittheft, su jefe, cuando ya creía poder escapar al acoso de los destructores japoneses, es alcanzado por una granada y muere en el puente del *Cesarevitch*. Su sustituto desobedece las órdenes del Zar y da media vuelta. Regresa a Port-Arthur, donde los hermosos sueños de los rusos van a derrumbarse. La batalla es muy dura en todos los frentes. Al cabo de ocho meses, los ejércitos rusos están destrozados y la flota del Extremo Oriente ha sido aniquilada por los cañones de los barcos y por los de los sitiadores. Ya no queda más que una cuenta por saldar: la escuadra de Rojestvensky sale del Báltico y, después de haber dado casi la vuelta al mundo en siete meses, se enfrenta con las fuerzas del almirante Togo en el estrecho de Corea. El 26 de mayo, en un duelo gigantesco, los rusos son nuevamente vencidos.

VI

DE SUN YAT-SEN A CHANG-KAI-CHEK

La victoria de 1905, cosa fácil de imaginar, tendrá una enorme resonancia; ahora el Japón, fortalecido por su triunfo sobre Rusia, consciente de su nuevo prestigio y de su potencia, va a precisar sus ambiciones y a exigir que le consideren el líder indiscutible del mundo asiático. Esta nueva actitud irrita a las grandes potencias occidentales, que hasta ahora se repartían la explotación de la riqueza china.

Pero esta victoria resulta igualmente molesta para la mayor parte de los gobiernos asiáticos, los cuales deben su mantenimiento, cuando no su supervivencia, al apoyo de los occidentales; la inquietud de los gobiernos es tanto mayor por cuanto que el hombre de la calle se ha dado cuenta de que, por primera vez en su historia, los blancos han sido vencidos por los amarillos.

Frente a esta nueva situación, la corte de Pekín decide reaccionar. La anciana Emperatriz Ts'eu-Hi, comprendiendo que es preciso actuar antes de que sea demasiado tarde, convoca a dos hombres imbuïdos por las nuevas ideas: Chang Che-Tong y Yuan Che-Kai.

Chang Che-Tong es ciertamente un reformador, pero no de gran envergadura. Yuan Che-Kai, por el contrario, es un personaje de gran relieve, un hombre que sabe sacar provecho de cualquier situación. Además es un letrado, conocedor de las constituciones, y ha viajado mucho por Europa y América, lo cual le da una autoridad suplementaria para negociar con las grandes potencias. Vivo, enérgico, inteligente y audaz, es el

hombre ideal, a los ojos de la Emperatriz, para encargarse d modernizar el país.

En los primeros días del otoño de 1905, Yuan Che-Kai comienza su obra. Por pertenecer a la clase intelectual del país, conoce mejor que nadie la gravedad de la situación económica y sabe que no se puede recuperar en algunas semanas un retraso de varios siglos. Se tendrá que enfrentar también con las clases dirigentes, hostiles a cualquier reforma.

En octubre de 1905 envía «a todos los reinos de Oriente y Occidente» comisarios imperiales encargados de «estudiar sobre el terreno los sistemas de administración y de escoger los mejores». Dos años más tarde, el 20 de septiembre de 1907, Yuan Che-Kai, que no parece tener demasiada prisa, crea un Tribunal de control administrativo y constitucional encargado de preparar una nueva Constitución; la Constitución liberal que muchos esperan y tendrán que esperar mucho tiempo. El 27 de agosto de 1908, el Tribunal, cuyas tendencias reformistas precen atenuarse día a día, anuncia que la Constitución está preparada y que la Asamblea Nacional se reunirá... en 1917. De ahora en adelante, las reformas imperiales no engañarán a nadie. Y la creación tardía de un Consejo Provincial, asamblea regional sin grandes poderes, no cambiará en nada una situación totalmente predispuesta a no cambiar.

Yuan Che-Kai ha fracasado y caerá pronto en desgracia. En el mes de noviembre de 1908, Ts'eu-Hi muere en unas circunstancias bastante oscuras que nunca se podrán aclarar, como tampoco las de la muerte de su sucesor, Kuang-Siu. Le corresponde el trono a un sobrino de este último, Pu-Yi, quien no llegará a reinar a causa de su corta edad. Se encarga de la regencia el príncipe Chuen, un conservador radical. Unos meses más tarde firma un decreto ordenando a Yuan Che-Kai que se retire en el Hu-Nan por motivos de salud... Un cierto Na-Tong ocupa su lugar. La era de las reformas ha llegado a su fin y para muchos ha sonado la hora de la revolución.

En septiembre de 1905 se funda en Nankín el Tong

Meng-Huei («Liga de la Unión Jurada»), primer partido político organizado de la historia de China. Su manifiesto alcanza una tirada de más de cien mil ejemplares, siendo un éxito entre sus lectores. Es la primera vez que se plantea de una manera concreta el problema del futuro de China. A partir de este momento ya no se trata de reformas ni de revueltas, sino de la revolución. Todo el régimen político de China se encuentra brutalmente comprometido cuando se prepara el advenimiento de la república.

El manifiesto de este nuevo partido político es un genuino producto de la Revolución francesa y está inspirado directamente en Montesquieu. Apela a tres principios fundamentales: «La independencia del pueblo, la soberanía del pueblo y el bienestar del pueblo.» Estos tres principios se complementan con «cinco poderes: el legislativo, el ejecutivo, el judicial, el poder de control y el poder de examen».

El padre espiritual de este manifiesto es un cierto Sun Yat-Sen, quien, en este otoño de 1905, es ya un ídolo nacional. Su teoría de los tres principios y de los cinco poderes, así como el haber sido elegido presidente de la «Liga de la Unión Jurada», son en realidad el resultado de una larga lucha, de un combate incesante en el que se ha comprometido desde hace varios años con un rigor, una fe y una honradez intelectual totalmente irreprochables. Para millones de chinos, y especialmente para los jóvenes, Sun Yat-Sen representa la imagen de una nueva China, liberada del yugo de la dinastía manchú y de la tutela de las grandes potencias.

Sun Yat-Sen nació en Choy-Hung, un pueblecito de quinientos habitantes que se halla en el Kuang-Tung, a unos sesenta kilómetros al norte de Cantón. Enclavado entre dos brazos del delta del Si-Kiang, Choy-Hung es un pueblo típico de la llanura cantonesa, un pueblo reverdeciente donde se cultiva una gran variedad de productos, sorprendentes en China: caña de azúcar, patatas, plátanos... Todo esto proporciona a esta región cierta riqueza que contrasta con la miseria de la mayor

parte de las regiones chinas. La familia de Sun Yat-Sen refleja en cierto modo la imagen de la región: está a cubierto de la necesidad y algunos años vive con un relativo desahogo económico.

Por otra parte, la proximidad de Cantón y del mar ofrece unas posibilidades suplementarias que a menudo permiten paliar los daños de una mala cosecha. De vez en cuando, los hombres van a Cantón para vender los productos de la tierra, para trabajar como obreros en las fábricas recién montadas o simplemente como descargadores.

El desarrollo de la implantación industrial, la extensión del comercio internacional y la aparición de la navegación a vapor van a favorecer igualmente la emigración de numerosos habitantes de esta región del delta del Si-Kiang.

A finales del siglo XIX, todos los negreros tenían su centro de reclutamiento de mano de obra en el puerto de Cantón y algunos mandatarios poco escrupulosos habían organizado una verdadera «trata de amarillos». El escándalo saldrá a la luz pública en 1856 cuando el *John Calvin* llegue a Cuba: ciento treinta y cinco de sus doscientos noventa y ocho «pasajeros» habrán muerto durante el viaje...

Como todos los muchachos de su pueblo, el joven Sun Yat-Sen se verá marcado muy pronto por este fenómeno. Dos tíos suyos han emigrado a California en la época de la fiebre del oro y su hermano Ah-Mei, quince años mayor que él, se ha convertido en un afortunado hombre de negocios en las islas Hawai.

Precisamente en 1877 Ah-Mei vuelve a China para casarse y deslumbra con los relatos de sus viajes y de su vida en Honolulú al joven Sun Yat-Sen. Su padre también le ha oído y decide enviar a su hijo menor con su hermano para que se labre un brillante porvenir en la carrera comercial. Sun Yat-Sen tiene entonces once años (nació en 1866) y, encantado con los proyectos de su padre, piensa que no le será difícil olvidar la casa de bambú de su infancia, ni su suelo de tierra apisonada, ni la lámpara de aceite...

Dos años más tarde, en 1879, un joven embarca en el buque de vapor británico amarrado en uno de los muelles de Cantón, el *S/S Grannoch.* Sun Yat-Sen va a vivir su primera aventura, un largo viaje que le llevará al otro lado del Pacífico, a Honolulú, donde le espera su hermano mayor. Permanecerá allí cuatro años, y cuando en 1883 abandone aquel paraíso encantado, lo hará a la fuerza y obligado por su hermano.

Su hermano le lleva a una escuela religiosa en donde cursará sus primeros estudios y sufrirá la influencia del director, el obispo anglicano Alfred Willis, quien le hará descubrir el cristianismo. Y al pasar el tiempo, este descubrimiento se transformará en una profunda adhesión, en una conversión total que le hará romper con su hermano, fiel discípulo de la religión budista.

Al volver a Choy-Hung encuentra a uno de sus amigos de la infancia, Lu Ho-Tong, con el que va a pasearse y hablar durante muchas horas. Sun Yat-Sen no consigue integrarse en una sociedad que, sin embargo, es la suya. Enormemente marcado por sus nuevas convicciones religiosas, le es difícil admitir un mundo dominado por la idolatría, una especie de tablero de ajedrez en el que cada uno parece tener determinado para siempre su lugar. En el otoño de 1883, este rechazo va a manifestarse de una manera espectacular. Acompañado por Lu Ho-Tong, entra en la pagoda del pueblo, rompe las estatuas de los ídolos y arenga a la multitud.

La historia no retendrá este discurso improvisado, que, sin embargo, será el primer testimonio de un pensamiento en plena evolución. Durante su estancia en Honolulú, Sun Yat-Sen ha tenido oportunidad de conocer los problemas de los aborígenes, de los negros, que intentan conservar su independencia frente al «invasor americano». El recuerdo de esta lucha tanto como los relatos de su padre sobre la insurrección de los Tai-Ping serán los primeros gérmenes del nacionalismo ardiente que va a impulsar su acción a lo largo de toda su vida.

Ni que decir tiene que nuestro héroe sufrirá las consecuencias de su hazaña de la pagoda. Expulsado del pueblo, su padre le envía a Hong-Kong para que continúe sus estudios. Pero allí no permanecerá más que un año.

En 1885, Sun Yat-Sen decide hacerse médico y vuelve a Cantón, ciudad a la que siempre se sentirá apegado y que, gracias a él, está destinada a desempeñar un importante papel histórico. En Cantón encuentra a un personaje inglés con el que mantendrá estrechas relaciones durante muchos años, al doctor Cantlie, su profesor en el Alice Memorial Hospital. Para pagar sus estudios, Sun Yat-Sen hace horas extra como enfermero, lo cual va a permitirle estar en contacto con el pueblo y apreciar físicamente su miseria y su gran angustia.

En 1892, Sun Yat-Sen, que acaba de cumplir veintiséis años, consigue su diploma de aptitud para la medicina y la cirugía y decide instalarse en Macao. En esta ciudad va a comenzar su carrera, no la de médico sino, la de conspirador. En efecto, en cuanto llega a Macao se pone en contacto con los miembros de la «Triada», la más importante de las sectas chinas, a la que se había afiliado durante su estancia en Cantón, y participa en varias reuniones tomando la palabra con más frecuencia de la que le correspondía. La policía portuguesa que lo sabe, le expulsa.

Vuelve de nuevo a Cantón y allí comienza su acción revolucionaria. Después de haber creado un taller para la fabricación de bombas y abierto un cursillo de explosivos para los miembros de la «Triada», intenta en vano ir a Pekín para entregar una petición al virrey. Más tarde, en 1894, colabora en la creación del «Hing Chong Huei», la Asociación para la renovación de China.

Uno de los principales dirigentes de esta nueva organización es un rico comerciante cantonés, un cierto Song Yao-Yu a quien llaman Charli Song en recuerdo de su larga permanencia en Estados Unidos. Una de sus tres hermosas hijas se casará más tarde con Sun Yat-Sen y otra con un joven oficial lleno de ambiciones pero sin fortuna, llamado Chang Kai-Chek...

En la primavera de 1895, Sun Yat-Sen, que se encuentra en Honolulú fundando una rama local de la organización y recogiendo dinero entre los comerciantes

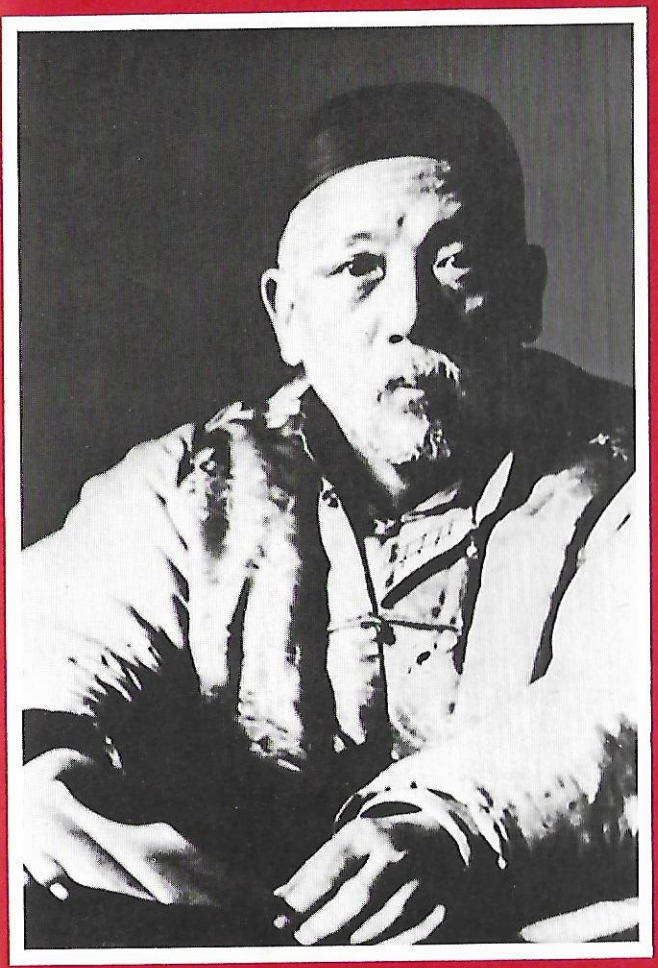
chinos, recibe un telegrama de Charli Song pidiéndole que vuelva urgentemente a Cantón.

Se trata de atacar el palacio del gobernador de la provincia de Kuang-Tung, en pleno centro de Cantón. Este palacio, una verdadera fortaleza, es el símbolo del régimen manchú. Se han preparado los planes del asalto durante varios meses y, sobre el papel, está asegurado el éxito de la empresa. Se cuenta con la complicidad, si no con la ayuda, de los mendigos de la ciudad y de los miembros de las sociedades secretas, y, en el caso de que las cosas se pusieran mal, no sería muy difícil refugiarse en los puertos tan próximos de Hong Kong o de Macao. Precisamente en Hong Kong se fabrican las armas que debe llevarles el vapor *Taian*, cuyos oficiales y la mayor parte de los marineros han sido ganados para la causa de los conjurados.

Pero el destino se vuelve contra ellos. El complot ha sido descubierto, la policía se apodera de las cajas de armas en cuanto son desembarcadas, y los conjurados se ven obligados a emprender la huída. Muchos serán apresados. Este será en caso de los oficiales y de los cuarenta marineros del *Taian*, que serán pasados por las armas poco después de su captura. Una suerte parecida correrá Lu Ho-Tong, quien había seguido a su viejo amigo en el complot y será decapitado junto con otros cuatro conjurados.

Para Sun Yat-Sen, este fracaso significa el destierro. Gracias al doctor Cantlie, su antiguo profesor, el joven revolucionario huye a Hong Kong, de donde pasa al Japón, junto punto de partida de un largo viaje alrededor del mundo. Para señalar el gran cambio que supone para él este viaje, en cuanto llega a Kobe se apresura a cortarse la coleta, a afeitrarse el bigote y a vestirse a la europea.

Después de una breve escala en Hawai, en donde encarga a su hermano de la reorganización de la sección local de la «Asociación para la renovación de China», le encontramos en 1896 en Estados Unidos cuya frontera ha franqueado haciéndose pasar por japonés. Permanece tres meses en San Francisco, ciudad que alberga



Yuan Che-Kai, presidente de la República china en 1913.

una importante colonia china, dedicándose a fundar una sección de su organización y a convencer a sus ricos compatriotas para que contribuyan económicamente al éxito de su empresa.

En septiembre de 1896, Sun Yat-Sen se embarca en el *S/S Majestic* con destino a Liverpool y en cuanto pisa el suelo inglés se dirige a Londres para visitar a su viejo amigo, el doctor Cantlie, que acaba de volver a su país natal después de una larga estancia en China. Sun Yat-Sen sigue realizando su campaña de propaganda y de financiación de su organización pero, aunque sus acciones son discretas, permanece bajo la vigilancia no sólo de la policía británica, que desconfía de las actividades de semejante agitador, sino también de los agentes secretos chinos; pero esta vigilancia va a tener unos efectos totalmente inesperados...

El 11 de diciembre de aquel mismo año, Sun Yat-Sen tiene una cita con el doctor Cantlie para ir a misa a San Martín, y como ha llegado con cierto adelanto al lugar fijado, se dedica a caminar sin rumbo fijo. Sus pasos le llevan cerca de la embajada de China, donde se encuentra con un joven compatriota de aspecto abierto y decidido. Mientras hablan, se van acercando a la embajada y, sin darse cuenta, penetran en el edificio y antes de que se dé cuenta, se ve encerrado en un despacho del último piso.

Allí permanecerá prisionero durante doce días, relativamente bien tratado y alimentado. Sus carceleros le hacen saber que va a ser trasladado a China para sufrir el castigo que la justicia reserva a los traidores. Desesperado, Sun Yat-Sen lanza por la ventana varios mensajes pidiendo socorro, pero, en vez de aterrizar en la calle, caen en el techo del edificio colindante.

Finalmente consigue conmover a su guardián y persuadirle para que lleve una nota anónima al doctor Cantlie. «Uno de vuestros amigos se encuentra apresado en la legación china desde el domingo pasado. Quieren enviarle a su país donde será ahorcado. Es un triste destino para este joven y, a menos que se haga algo inmediatamente, se lo llevarán sin que nadie se entere. No

me atrevo a firmar con mi nombre, pero es la verdad, creedlo. Cualquier cosa que intentéis debéis hacerla al momento, si no será demasiado tarde.»

Cuando el doctor Cantlie encuentra este mensaje bajo su puerta, Sun Yant-Sen lleva ya seis días prisionero. Después de haber intentado prevenir a Scotland Yard y al Foreign Office, Cantlie decide ponerse en contacto con un periodista del *Globe* amigo suyo. Como este periódico no aparece los domingos, habrá que esperar al lunes para ver desplegado a tres columnas este título: «¡Un revolucionario chino raptado en pleno Londres!»

El martes, todos los periódicos se hacen eco de la noticia del *Globe*, y la cuestión se transformará en un escándalo. Finalmente, tras la intervención personal del Primer ministro, lord Salisbury, con un mensaje de extrema sequedad a la embajada china en el que advierte cortésmente que el rapto de Sun Yat-Sen es una flagrante infracción de las leyes vigentes, el prisionero es puesto en libertad el viernes 23 de octubre.

Este asunto va a tener unas consecuencias totalmente inesperadas para Sun Yat-Sen. La publicidad dada por la prensa a su rapto le convierte, de la noche a la mañana, en un figura de actualidad. Permanece en Londres varios meses donde, además de pronunciar numerosas conferencias sobre China a las que asiste un numeroso público, mantiene frecuentes contactos con revolucionarios rusos en exilio y con otros importantes personajes.

De Londres pasa a Francia, Suiza, Alemania y Rusia. Su primera vuelta al mundo acaba en donde había comenzado, en el Japón, vía Canadá.

En junio de 1889 entra en contacto desde Tokio con el joven emperador Kuang-Siu, quien intenta, al día siguiente del conflicto chino-japonés, crear un programa de reformas. Una iniciativa sin consecuencias puesto que, como hemos visto, el Emperador no permanecerá mucho tiempo en el trono.

Por otra parte Sun Yat-Sen encuentra un apoyo inesperado en el gobierno japonés, que parece seducido por sus ideas republicanas, si no revolucionarias. El gobierno de Tokio, en efecto, vería con buenos ojos el

derrocamiento de la dinastía manchú, una dinastía que había entregado China atada de pies y manos a las potencias occidentales y que no siente más que desprecio hacia el Imperio del Sol Naciente. Los japoneses, convencidos de que Sun Yat-Sen es un idealista, le justifican su apoyo bajo el pretexto de una vasta campaña a favor de los países asiáticos víctimas de la opresión colonial. Nunca se sabrá si Sun Yat-Sen hizo ingenuamente el juego de los diplomáticos japoneses o si adivinó que quienes se proponían liberar a China esperaban convertirse, acto seguido, en sus dueños. Lo cierto es que se había decidido a no rechazar ninguna ayuda y llegará incluso a negociar con Francia.

Poco después de su llegada al Japón, se da cuenta de que la derrota sufrida por China a manos de los japoneses, junto con el fracaso del intento reformador de Kuang-Siu, han influido considerablemente en la vida política de su país. Se ha establecido una neta separación entre los burgueses, conservadores por definición, encuadrados en la «Liga para la protección del Emperador» y decepcionados por la eliminación prematura de Kuang-Siu, y los estudiantes, los intelectuales y los comerciantes emigrados al extranjero que apoyan la acción de Sun Yat-Sen. Una consecuencia importante de esta separación es que las sociedades secretas abandonan al joven revolucionario por considerarle un aventurero que puede poner en peligro la propia existencia de las mismas.

A pesar de todo, Sun Yat-Sen vuelve a la acción y su objetivo será otra vez el palacio del gobernador de la provincia de Cantón.

En esta ocasión parece que todo debería resultar bien. El plan ha sido preparado cuidadosamente y quienes se han ocupado en China de los últimos detalles del asalto han descartado toda posibilidad de huida y de traición, para que no suceda lo mismo que en 1895.

La operación debe realizarse en dos partes bien definidas: en primer lugar, los hombres de choque, gracias a un túnel perforado de antemano, se apoderarán del palacio mediante una acción discreta pero eficaz; la se-

gunda fase consiste en el alzamiento popular de los campesinos del curso medio del Yang-Tse, dirigidos por los participantes en el complot y por los mandos de las sociedades secretas partidarias de las teorías de Sun Yat-Sen.

Este alzamiento, que debe manifestarse por medio de la conquista de Wai-Cheu, tiene la finalidad de atraer a una gran parte de la guarnición de Cantón unas horas antes del asalto del palacio y justificar la «toma del poder» proporcionando al movimiento una base popular que suscite alianzas en otros sectores. En cuanto a las armas, el Japón ha prometido entregar a los «rebeldes» el material almacenado desde hace mucho tiempo para la lucha de los patriotas de las Filipinas contra los americanos.

La primera parte del plan se desarrolla según lo previsto: el número de campesinos sublevados se eleva a unos veinte mil en algunas semanas. El ejército no puede oponerse a esta formidable masa que marcha sobre Wai-Cheu, su objetivo, cuya defensa está encomendada a una débil guarnición. Pero unas horas antes del asalto, el jefe de los sublevados recibe un lacónico mensaje de Sun Yat-Sen: «Anulad la ofensiva de Wai-Cheu, suspended vuestra acción inmediatamente y ordena a vuestros hombres que se dispersen y vuelvan a sus pueblos...»

¿Qué ha sucedido? Un acontecimiento de escaso interés, aparentemente, para millones de chinos: la caída del gobierno japonés y la creación de un nuevo gabinete mucho menos favorable a la expansión asiática y, por consiguiente, poco inclinado a apoyar las «aventuras» de Sun Yat-Sen. Consecuencia práctica de este hecho: el barco con las armas y las municiones esperado por los conjurados no llegará.

El episodio dramatico se produce cuando los hombres destinados al asalto del palacio, que no han podido ser advertidos, atacan y se encuentran con una guarnición al completo que les diezma. No hay cuartel y todos los prisioneros son ejecutados. Sun Yat-Sen, abrumado y lleno de amargura, sólo tiene tiempo de volver al Japón.

«Los sucesos de 1900, escribirá más tarde, fueron la

segunda derrota de la revolución. Pero afortunadamente había cambiado la opinión pública. Después de nuestro primer alzamiento, todo el país había pensado que éramos unos viles agitadores, unos salteadores de caminos con negros designios. No nos ahorraron injurias ni malos tratos. Nos ahuyentaban como si fuéramos reptiles venenosos; el pueblo se apartaba de nosotros. Después de la derrota que sufrimos en 1900, aunque la represión conservó su brutalidad, hubo muchos chinos inteligentes que sintieron nuestro fracaso y nos expresaron su simpatía. Era un cambio notable que alegró el espíritu de nuestros compañeros y les permitió augurar el despertar de China...»

A partir de entonces, Sun Yat-Sen concentra sus esfuerzos en dos objetivos muy precisos: intentar ganar para su causa a los burgueses, demostrandoles cuán vanas son sus esperanzas, y conseguir mayores recursos económicos para poder adquirir las armas y las municiones necesarias para no depender de nadie en su próximo ataque.

Sun Yat-Sen toma otra vez su bastón de peregrino y emprende una nueva vuelta al mundo. A su paso por Hanoi, se detiene para intentar conseguir el apoyo de Francia. Piensa que podría ser un valioso aliado para el gobierno de París en la lucha de influencia que éste sostiene con los demás países para lograr satisfacer sus ambiciones en China.

Esta actitud, en un nacionalista ardiente, puede parecer bastante equívoca. Como se verá a continuación, parece que Sun Yat-Sen nunca adoptó una postura bien definida frente a las potencias occidentales que se repartían los despojos de China. Sin duda pensaba que le sería más fácil realizar sus planes con el consentimiento tácito de los grandes capitales, y que luego podría restaurar la independencia nacional distanciándose de los occidentales.

Esta segunda vuelta al mundo de Sun Yat-Sen va a durar cerca de cinco años, en el curso de los cuales visitará de nuevo Hong Kong, Honolulú, Estados Unidos, Europa y el Japón. Pero en esta ocasión será recibido

de muy distinta forma y no se verá obligado a llamar de puerta en puerta ni a celebrar sus mítines subrepticiamente. Los ricos comerciantes chinos ya no se hacen rogar para contribuir a la causa de una nueva China cuyo jefe indiscutible es Sun Yat-Sen.

En 1905, contra todo pronóstico, el pequeño Japón derrota a la gran Rusia y, como hemos visto, esta victoria tendrá grandes consecuencias. Resulta evidente a partir de este momento que la única salvación de China radica en una transformación total del país, de sus instituciones, de sus estructuras fundamentales. Esta toma de conciencia que se efectúa día a día en el seno de la opinión pública favorece las actividades de Sun Yat-Sen, quien ve cómo el número de sus partidarios aumenta sin cesar engrosando sus filas.

En septiembre de aquel mismo año nace de la fusión de dos importantes movimientos, «Renovación china» y «Restablecimiento de la Gloria», el «Tong Meng Huei» o «Liga de la Unión Jurada», cuyo primer presidente es Sun Yat-Sen. El número de adhesiones a esta liga se multiplica rápidamente y en menos de un año se distribuyen más de diez mil carnets. Se organizan secciones y se difunde clandestinamente el *Min Pao;* la *Gaceta del Pueblo,* impreso en Tokio.

Es el momento más oportuno para sublevarse y Sun Yat-Sen lo sabe. Pero el jefe indiscutible de la oposición, escarmentado por sus dos fracasos anteriores, se ha vuelto desconfiado. Ya no habrá más golpes de mano ni acciones de comando. Ahora se trata de actuar en profundidad, de entregarse a un verdadero trabajo de mina, de crear las condiciones más favorables para recoger el fruto maduro con los menores daños posibles.

Con este fin reanuda sus relaciones con las sociedades secretas y, poco a poco, obtiene el apoyo de varias de ellas, entre las cuales se encuentran las dos principales, la «Triada» y los «Grandes Hermanos». En el plano militar, emprende la implantación de células en el nuevo ejército chino, este moderno ejército que acaba de levantar Yuan Che-Kai, el jefe del gobierno, tras la derrota sufrida frente al Japón.

Sun decide pasar a la acción en agosto de 1907 y lo hace en la parte oriental del Kuang-Tung, una región bien conocida por él. Estas tierras le han sido siempre favorables y por eso piensa que aprovechando la miseria de sus gentes no le costará mucho trabajo hacer que la población local secunde su empresa. Efectivamente, se produce la sublevación y pronto consigue controlar casi totalmente dos distritos. Pero, una vez más, las municiones esperadas no llegan y Sun Yat-Sen se ve obligado a dar fin a esta nueva aventura.

Tres meses más tarde, en noviembre, realiza un nuevo intento en la parte más occidental de China, cerca de Chen Nan-Kuan. Los rebeldes se apoderan de un fuerte y apresan a su guarnición, pero los refuerzos prometidos por las sociedades secretas locales no llegan, y el franco se produce una vez más.

En abril de 1908 se efectúa otro intento junto a la frontera china. La importante guarnición de Ho-Keu cae en manos de los insurrectos, los cuales tienen el gozo de ver cómo cerca de un millar de soldados se unen a ellos, que eran unos cien. Pensando que esta vez era la definitiva, Sun Yat-Sen envía desde Singapur a su amigo Huang-Hing para que tome el mando de la «región liberada». Pero, un mes después, todo se ha acabado: los «rebeldes» gravemente amenazados y con escasas municiones se ven obligados a dispersarse.

Sun Yat-Sen no pierde la esperanza. Se da cuenta de que cada sublevación, a pesar de que su final sea frecuentemente un desastre, consigue más partidarios. En las ciudades adonde le lleva el azar de su nueva vuelta al mundo, se entera de que brotan sublevaciones, de mayor o menor importancia, en diversos puntos del país. Estas efímeras acciones refuerzan la confianza de Sun Yat-Sen, que está a punto de cumplir sus cuarenta y cinco años, y se encuentra convencido de que la hora de la victoria va a llegar muy pronto.

En abril de 1911, Huang-Hing, en quien Sun Yat-Sen ha delegado sus poderes, organiza un nuevo asalto contra el palacio del gobernador de Cantón. Dispone de hombres bien entrenados y armados a los que ha orga-

nizado en secciones de asalto que deben apoderarse no sólo del Yamen, el palacio del gobernador, sino también de todos los edificios públicos de la ciudad.

Se produce un primer contratiempo cuando, a consecuencia de un atentado cometido por un cantonés que ni siquiera formaba parte de los conjurados, la policía efectúa una gran redada entre los miembros de la oposición. Huang-Hing se ve obligado a retrasar algunos días el ataque. Es una decisión afortunada, pues la víspera de la nueva fecha fijada los conjurados se enteran de la llegada de unas tropas extremadamente favorables a su causa: pero se produjo una trágica confusión. Los comandos de choque de Huang-Hing, a consecuencia de un estúpido desprecio, abren fuego sobre estas tropas que no esperaban más que una orden para unirse a los rebeldes. El enfrentamiento durará varias horas, el tiempo necesario para que los defensores de la ciudad, las fuerzas manchúes, se sobrepongan y acaben con este nuevo intento. La represión será despiadada: el 29 de marzo setenta y dos rebeldes son ejecutados en la plaza mayor de Cantón. Todavía hoy, la China Popular celebra todos los años en esa misma fecha la «Fiesta de los Mártires», en memoria de los setenta y dos dirigentes de la «Liga de la Unión Jurada» que pagaron con su vida su lucha por la libertad...

Algunos meses más tarde, en octubre de 1911, Sun Yat-Sen recibe en Denver un telegrama anunciándole que se prepara un nuevo alzamiento. Aquel mismo día se entera por el periódico local de la gran noticia: el alzamiento se ha llevado a cabo con éxito. Sus amigos acaban de apoderarse de Wu-Chang, la principal plaza fuerte manchú, emplazada en el Yang-Tse. El proceso revolucionario está en marcha y el Imperio más antiguo del mundo va a derrumbarse.

Wu-Chang, sede del virrey de la China central, es también el principal centro de los manchúes en esta región. Es una ciudad fortificada, rodeada por enormes murallas y defendida por una importante guarnición. Está situada enfrente de otras dos grandes ciudades, Hankeu, sede de las concesiones extranjeras, y Hang-

Yang, importante centro industrial donde se encuentran las fundiciones de acero y los astilleros navales.

Todo empezó con un atentado. El 9 de octubre de 1911, estalla una bomba ante la casa del gobernador de la provincia y el gobierno toma duras medidas de represión. En la ciudad vecina de Hankeu, se detiene a un centenar de personas, conocidas por su afiliación al partido de Sun Yat-Sen. Diez de ellas serán fusiladas en la plaza pública. Estas detenciones arbitrarias y estas ejecuciones, que son una prolongación de un largo período de brutalidad policíaca y de graves excesos cometidos por los soldados manchúes, provocan una viva indignación en el pueblo.

Al día siguiente, son los soldados de la guarnición quienes primero reaccionan. Conducidos por sus oficiales, se dirigen a la prisión y todos los detenidos políticos son puestos en libertad al instante. Su coronel, un hombre viejo, sin autoridad y poco enérgico, encontrándose ante el hecho consumado, se une a la sublevación. El entusiasmo popular se desata y la muchedumbre, rodeando a los soldados, se encamina hacia el palacio del gobernador para hacerle sufrir un destino trágico, pero logra huir por el Yang-Tse en una cañonera.

Al día siguiente, 11 de octubre, la revuelta se propaga a las dos ciudades vecinas, Wu-Chang y Han-Yang, cuyos gobernadores las abandonan rápidamente. Los militares se unen en todas partes al movimiento que se extiende como una mancha de aceite. En menos de tres semanas, Cantón, Nankín, Sanghai, Fu-Cheu y la mayor parte de las provincias de Chan-Si, del Hu-Nan, del Chan-Tung y del Yang-Tse caen en manos de los sublevados. El 20 de octubre se crea en Cantón un gobierno provisional de la República a cuyo frente se pone Huang-Hing en espera del regreso de Sun Yat-Sen.

Por el momento, éste se encuentra en el camino de vuelta. De Denver, donde ha conocido la noticia del triunfal alzamiento de Hankeu y del desarrollo glorioso de los acontecimientos, se dirige a Nueva York, se embarca en el primer buque que zarpa hacia Europa, desembarca en Francia. Una breve estancia en París le

permite encontrarse con diversos líderes políticos y Georges Clemenceau le testimonia su simpatía. Luego se traslada a Marsella y desde este puerto sale hacia Sanghai.

Después de una coarta escala en Singapur y en Hong Kong, donde le reciben prácticamente como a un personaje oficial, Sun Yat-Sen llega a Sanghai el 24 de diciembre de 1911, cuando ya ha transcurrido algo más de un mes desde el comienzo de la revolución.

Los ancianos de Sanghai todavía conservan el recuerdo de la acogida que se dispensó en aquella ocasión a quien había consagrado los más hermosos años de su vida a luchar contra la dinastía manchú y en pro de la restauración de la independencia nacional y el advenimiento de una república que cada día se afirmaba más en el país como la única realidad política auténtica y realmente representativa de las aspiraciones populares. Miles y miles de personas, obreros, estudiantes, miembros de las sectas religiosas, viejos compañeros de lucha, estaban allí para festejar el retorno del libertador.

Pero esos momentos de gloria, por muy emocionantes y embriagadores que puedan ser, no pueden prolongarse indefinidamente. Todavía no se ha ganado la batalla; el gobierno de Pekín aún no ha dicho su última palabra. Por tanto, hay que ponerse inmediatamente a trabajar, instalar el nuevo gobierno, legitimarlo (no pudiendo legalizarlo), en una palabra, crear las mejores condiciones para negociar o combatir con los manchúes.

Cinco días después, el 29 de diciembre, los delegados de todas las ciudades aliadas se reúnen en Cantón en una Asamblea Nacional cuya primera sesión se dedica a la elección de Sun Yat-Sen, por dieciséis votos de los diecisiete existentes, para la presidencia de la primera República china.

El vicepresidente de esta joven república no será, en contra de lo que cabía esperar, el viejo compañero de lucha y de destierro de Sun Yat-Sen, Huang-Hing, sino un cierto Li Yuan-Hong, el antiguo jefe de la guarnición de Hankeu, que se había unido en el último momento a la causa de los sublevados bajo la presión de sus oficiales y de sus soldados. En realidad, Sun Yat-Sen pretende demostrar con esta designación la liberalidad del nuevo régimen que no sólo sabe perdonar sino también apoyarse en todos sus elementos, ya sean civiles o militares, si se presenta la ocasión. Y esta demostración va especialmente dirigida al resto del ejército, de un ejército con el que tal vez en un mañana no lejano se tenga que enfrentar.

Prosiguiendo la puesta en marcha de las instituciones, Sun Yat-Sen crea el 28 de enero una asamblea senatorial, inspirada en el sistema parlamentario francés, para que complete la acción de la Cámara de Diputados. En cuanto al gobierno, será una sabia dosificación entre las diversas tendencias del país.

Entretanto Pekín es víctima del pánico. El regente, que parece totalmente desbordado por la amplitud de la sedición, no encuentra mejor solución que volver a llamar al antiguo jefe del gobierno, Yuan Che-Kai, autor de un intento frustrado de emprender ciertas reformas.

El 14 de diciembre de 1911, dos meses después de la caída de Hankeu y unos días antes del regreso triunfal de Sun Yat-Sen a Sanghai, Yuan Che-Kai es nombrado virrey para que se encargue de dominar la sublevación.

Yuan Che-Kai, brillante mandarín, demagogo astuto y ambicioso, se da cuenta de la importancia del poder que le ha sido confiado imprudentemente, y va a utilizarlo para satisfacer sus ambiciones personales y vengarse de la corte de Pekín a la que no le perdona el haberle eliminado al día siguiente de la muerte de la Emperatriz.

En una primera etapa, el nuevo virrey afirma su autoridad y su poder con los éxitos militares conseguidos sobre los rebeldes gracias al moderno ejército de Pei-Yang, formado por los occidentales.

Una vez estabilizado el frente, Yuan Che-Kai emprende una campaña de seducción, tanto entre los representantes de las naciones europeas como entre los elementos más conservadores de la burguesía china, y no tarda en recoger sus frutos. Pronto le consideran unos y otros como el guardián del orden, como el único hombre capaz de defender los intereses de los que po-

seen algo y de mantener la paz interna del país mientras intenta las reformas necesarias.

Sun Yat-Sen adivina en seguida el juego de su nuevo adversario e intenta adelantársele, pues evidentemente el apoyo de las grandes potencias es vital para ambos bandos. En consecuencia, anuncia a los representantes extranjeros que está dispuesto a respetar todos los tratados y compromisos adquiridos por el gobierno de Pekín. Incluso llega a afirmar su intención de garantizar igualmente los privilegios concedidos a las concesiones extranjeras y de respetar el derecho de extraterritorialidad otorgado a los súbditos extranjeros. Sun Yat-Sen reclama una y otra vez el reconocimiento diplomático del nuevo régimen, pero lo hace en vano.

La respuesta de las grandes potencias no se hace esperar. En un memorándum común, Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia, Estados Unidos y el Japón piden a los dos bloques contendientes que se pongan de acuerdo, lo cual resulta un estímulo para Yuan Che-Kai y una desautorización para el gobierno republicano. Sun Yat-Sen, que parece impresionado por las profesiones de fe republicanas manifestadas recientemente por Yuan Che-Kai y que no tiene la intención de arrastrar a su país a una guerra civil cuya duración nadie podría predecir, decide entablar negociaciones con su rival.

A mediados de enero de 1912, Sun Yat-Sen comunica a Yuan Che-Kai que presentará su dimisión si él, por su parte, logra obtener que el Emperador abdique. Si lo consigue, piensa Sun Yat-Sen, una vez eliminado definitivamente el régimen imperial, ya nada podrá oponerse al establecimiento de las instituciones republicanas ni a que Nankín se convierta en la capital.

El 13 de febrero de 1912 el Emperador de China abdica. La corte se retira a la Ciudad prohibida con la modesta pensión anual de cuatro millones de dólares... Yuan Che-Kai se apresura a informar a Sun Yat-Sen:

«El mundo entero admite generalmente que la república es el mejor sistema político. Gracias a la energía y a la sangre que habéis gastado durante tantos años, la nación ha sido capaz de pasar de la monarquía a la república que es una fuente inagotable de bendiciones para el pueblo.»

Sun Yat-Sen, con bastante ingenuidad, casi llega a derramar lágrimas de emoción y dimite según lo acordado. Aquel día 14 de febrero de 1912, la Asamblea nacional elegió a Yuan Che-Kai presidente de la República.

Creían haber encontrado una joya, pero pronto descubrirán que han elegido a un dictador. Este, en efecto, va a traicionar a la república como acaba de traicionar a la monarquía. Para Yuan Che-Kai la única cosa que cuenta es el ejercicio del poder, de su poder.

Sin embargo, el hombre de la calle no se da cuenta del engaño. Todo el país celebra el advenimiento oficial de la república y las gentes aplauden con entusiasmo las pocas decisiones tomadas por el nuevo régimen: sustitución del calendario lunar por el gregoriano, medidas contrarias a que las niñas se venden los pies, corte de coletas...

La alegría popular culmina en una procesión conducida por el mismo Sun Yat-Sen ante la tumba del primer emperador Ming, restaurador de la gloria nacional.

El 10 de marzo, Yuan Che-Kai es instaurado solemnemente en sus funciones. Así acaba una página de la historia de China...

No tardará en llegar de nuevo la hora de la dictadura.

La primera manifestación de la oposición se produce en agosto de 1912 al crearse el Kuomintang, el «Partido Nacional del Pueblo», con un programa demagógico que rápidamente le asegura un éxito considerable por la tranquilidad que ofrece su conservadurismo. Naturalmente, consigue este éxito a expensas de la «Liga de la Unión Jurada», partido demasiado revolucionario que asusta un poco a los notables y a los burgueses y que pronto se verá obligado a desintegrarse.

Sun Yat-Sen, un tanto decepcionado por no haber podido llevar a cabo su misión, emprende de nuevo el camino del destierro. Pero su vuelta al mundo se interrumpe en el Japón al encontrarse con algunos de sus fieles compañeros quienes le informan de la situación de su país y de la nueva postura de Yuan Che-Kai.

En agosto de 1912 Sun Yat-Sen vuelve intrigado a China y se entrevista en Pekín con el Presidente. Pero éste, astuto, seductor, elocuente, consigue engañar de nuevo a su visitante, quien, siempre entusiasta, no se limita a creer lo que le cuenta Yuan Che-Kai (una obra magnífica nos espera, pero tenemos que proceder con calma...) y llega a aceptar el puesto de director general de los ferrocarriles.

Sun Yat-Sen se toma el asunto muy en serio. Durante algunas semanas recorre el país de un extremo al otro, se pone en contacto con industriales y hombres de negocios a quienes manifiesta sus intenciones. Sus ideas son grandiosas. Piensa crear una gigantesca red de ferrocarriles de unos ciento veinte mil kilómetros que pueda servir a los sectores industriales existentes, alentar el nacimiento de otras industrias y, sobre todo, abrir el país al progreso eliminando la ausencia de contactos que durante tanto tiempo ha impedido la aparición de una conciencia nacional en el espíritu de los ciudadanos. Pero este proyecto, como era de esperar, no conocerá nunca la luz del día...

Para afirmar su poder Yuan Che-Kai va a eliminar todos los obstáculos que se alzan ante él, comenzando por la Asamblea y el Senado que en principio disponen de los cinco poderes definidos por Sun Yat-Sen. La ley electoral promulgada en septiembre de 1912 preveía la creación de un Senado de doscientos setenta y cuatro miembros, elegidos por las asambleas provinciales, y de una Cámara de quinientos noventa y seis diputados elegidos, mediante sufragio universal, por todos los ciudadanos mayores de veintiún años que pudieran justificar el pago de sus impuestos o la obtención de un diploma.

A pesar de todos sus esfuerzos, a pesar de sus convincentes discursos y de su intento de comprar a los candidatos de la oposición, Yuan Che-Kai no logra impedir que el Kuomintang gane las elecciones legislativas, las primeras de la historia china, en marzo de 1913.

Consecuencia dramática de este éxito, el presidente del Kuomitang, Son Ma-Jo, que no se había reservado sus críticas contra el presidente de la República, muere

asesinado en plena estación de Sanghai. Jamás se detendrá al culpable.

Al mes siguiente, a pesar de los gritos de indignación general a los que se une Sun Yat-Sen, Yuan Che-Kai consigue obtener una mayoría en este Parlamento, mediante las generosas gratificaciones distribuidas, para hacer votar un crédito de veinticinco millones de libras esterlinas oro destinadas a «reorganizar» el país.

A partir de este momento Yuan Che-Kai ya no puede hacerse ilusiones. Esto es al menos lo que piensa Sun Yat-Sen, quien decide pasar de nuevo a la acción armada para expulsar al usurpador. Pero, una vez más, no se verá secundado en su empresa. Triunfa la demagogia del dictador y la mayor parte de los poderosos parecen estar satisfechos con este presidente sostenido por el ejército, por las grandes potencias y por la burguesía del país.

En agosto de 1913, Sun Yat-Sen y sus seguidores pasan a la acción en el sur del país, una región que les ha sido siempre favorable. Esta acción se desarrolla en tres frentes: en el bajo Yang-Tse, donde sus tropas se ven obligadas a capitular, en Nankín, donde la resistencia durará un poco más, y en Sanghai, donde un ataque suicida contra el arsenal de la ciudad termina en una matanza.

Sun Yat-Sen, que se ha puesto abiertamente al frente del movimiento, es buscado por la policía y toma una vez más el camino del destierro. Llega a Tokio el 8 de agosto de 1913.

«No es nuestro propio pueblo, no son nuestras faltas personales, confiesa, las que nos han expulsado de China, sino el poder del dinero occidental empleado deliberadamente para causar la ruina de nuestro país. Los banqueros extranjeros del Consorcio han mantenido el fiel de la balanza del poder entre el Norte y el Sur. Cuando estábamos nosotros en la cumbre, nos han privado de todo subsidio, y sólo nos lo concedieron en las condiciones más humillantes. El préstamo personal de veinticinco millones de libras concedido a Yuan, a quien todos los chinos fieles a la Constitución han com-

batido hasta en su último reducto, ha proporcionado al Norte los medios para destruir nuestro campo. Esta es la única causa de que ahora nos encontremos aquí.»

Este exilio de Sun Yat-Sen va a durar tres años. Volverá al país en 1916 con su joven esposa Song King-Ling, fiel compañera en los futuros combates.

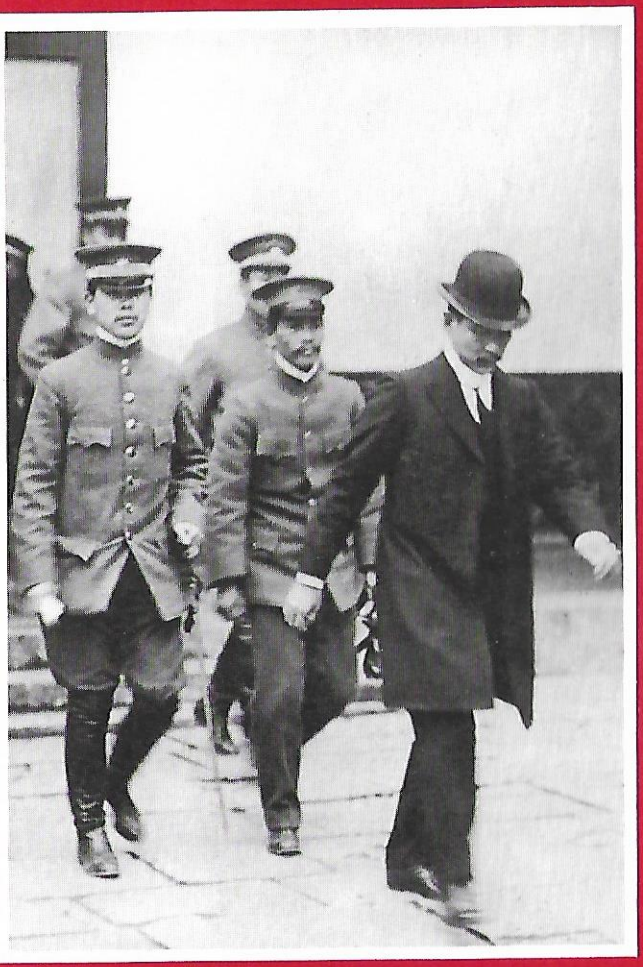
Para Yuan Che-Kai, este intento de insurrección es ante todo una buena oportunidad para afirmar su poder eliminando a sus adversarios, en la represión del movimiento, y sustituyéndoles por hombres totalmente adictos a su causa.

En una primera fase, pone al frente de cada provincia a unos gobernadores enérgicos, en su mayor parte militares sin escrúpulos, que van a convertirse en verdaderos dueños de la guerra y que desempeñarán más tarde un importante papel en la historia del país. Una vez asentada su autoridad de este modo, disuelve el Kuomintang. Cuatrocientos de sus miembros, senadores o diputados, son expulsados o apresados.

Consecuencia lógica de este proceso: en diciembre de 1913 Yuan Che-Kai disuelve lo que queda de las dos Cámaras y, el primero de mayo de 1914, promulga una nueva Constitución, «provisional» por supuesto, que le atribuye todos los poderes. Esta Constitución, llamada del «Templo del Cielo», le convierte en un dictador vitalicio.

En 1914 estalla la primera guerra mundial. China va a sufrir de nuevo las consecuencias de un conflicto que no le concierne.

El 18 de enero de 1915 el embajador del Japón despierta en plena noche a Yuan Che-Kai para entregarle un largo memorándum, tristemente conocido en China bajo el nombre de «Memorándum de las veintiuna demandas». Esta nota pretende convertir a China en una verdadera colonia japonesa y, según los términos de las «demandas», el Japón se reserva el monopolio de todos los recursos de Manchuria, de Mogolia, del Fu-Kien, del Chan-Tung y del Yang-Tse. Después de varios meses de conversaciones y de evasivas, Yuan, acorralado, acepta el 9 de mayo de 1915.



Sun Yat-Sen, a la derecha, en traje civil, con su Estado Mayor, se dirige a una reunión del gabinete.

Esta aceptación encenderá de nuevo la pólvora. Nunca se han sentido los chinos tan humillados en su amor propio nacional y esta humillación se transformará pronto en rebelión. En octubre de 1915 se desencadena una nueva guerra civil y, como en anteriores ocasiones, el sur del país es también ahora el principal foco de la insurrección.

Yuan Che-Kai no parece impresionado ante la situación y, llevado por su sed de poder, decide hacerse proclamar Emperador. El 13 de febrero de 1915 la Asamblea Nacional «le suplica que suba al trono». El nuevo monarca adopta el nombre de Hong-Hieu, pero esta decisión levanta inesperadamente una muralla de escudos en el seno del ejército, que amenaza con marchar sobre Pekín. Hong-Hieu abdica y restablece el Parlamento. Estos hechos alientan la insurrección.

El 6 de junio de 1916 Yuan Che-Kai muere. ¿Asesinato? ¿Suicidio? ¿Muerte natural? Nunca lo sabremos. Sea lo que sea, con su desaparición acaba otra página de la historia de China. Pero, paradójicamente, el país va a sumergirse en un espantoso caos, en un período sombrío que durará muchos años...

Aquel mismo verano de 1916 Sun Yat-Sen vuelve a China en compañía de su mujer y se instala en Sanghai. En cuanto llega, establece las estructuras del nuevo partido que ha fundado durante su destierro en el Japón, el nuevo Kuomintang, «partido que desafía al destino» y que se declara abiertamente revolucionario. Su programa se encamina a conquistar el poder en tres etapas: una acción militar seguida de una tutela política y de un gobierno constitucional. Pero entre el programa y su realización se abre un abismo que parece difícil de franquear si se tiene en cuenta la difícil situación por la que atraviesa el país.

Tras la desaparición de Yuan Che-Kai, le sucede un gobierno fantoche bajo la dirección de un cierto Li Yuang-Hong, hombre de poca autoridad y sin demasiadas ilusiones. Este gobierno se mantiene únicamente por el apoyo de las grandes potencias, mientras los Tukims, los «Señores de la Guerra» nombrados goberna-

dores por Yuan Che-Kai, siguen teniendo en sus manos la mayor parte del país.

Este largo y turbulento período de confusión estará marcado por una lucha incesante de todos los partidos existentes para conseguir la totalidad del poder. En primer lugar se produce en Pekín un intento de restauración de la dinastía manchú y Li Yuang-Hong es sustituido por Fong Kuo-Chang cuyo poder será igualmente efímero. En agosto de 1917 el mariscal Tuang Ki-Juei está al frente del gobierno y, creyendo que va a ganarse los favores de las grandes potencias, declara la guerra a Alemania. Esta decisión tardía no tendrá ninguna repercusión en el plano militar y en el político tampoco logrará sus objetivos.

Sun Yat-Sen, por su parte, condena esta intervención en un conflicto que no es de la incumbencia de China y se declara a favor de una neutralidad intransigente manifestando que lo más importante, por el momento, es realizar la unidad nacional y restaurar las instituciones republicanas.

En un pequeño folleto titulado *«Cuestión de vida o muerte para China»*, Sun Yat-Sen justifica su posición:

«Querer que China luche contra Alemania es una gran necedad. ¿Qué es peor a los ojos de China: la inmoral anexión de Bélgica por parte de Alemania o el que Inglaterra exporte de las Indias todos los años una masa enorme de productos mientras que en diez años han muerto de hambre diecinueve millones de indios? ¿Es humano que Inglaterra haga recaer sobre el pueblo indio unos gastos militares de un millón de libras esterlinas? ¿No es un acto arbitrario la anexión de Hong Kong y de Birmania por parte de Inglaterra? ¿Es justa la importación del opio en China? El pueblo chino apenas establece diferencias entre todos los pueblos imperialistas.»

Para Sun Yat-Sen, una vez más, lo esencial es reanudar el combate. El 20 de julio de 1917 desembarca en Cantón con un puñado de fieles y gracias al apoyo de numerosos marineros y descargadores consigue apoderarse de la ciudad. Pero su táctica ya no es la misma:

pretende fijar allí una sólida base de operaciones mediante el establecimiento de un gobierno provisional y negociar con quienes detentan el poder, con los «Señores de la Guerra».

En septiembre del mismo año, Sun Yat-Sen realiza la primera parte de su plan: trescientos parlamentarios le eligen Gran Mariscal y le encargan de organizar el gobierno de las «provincias liberadas del sur». Parece que el padre de la revolución china prefirió este título y el aparato pomposo del uniforme únicamente para impresionar a aquellos con quienes había decidido negociar.

Sun Yat-Sen es otra vez víctima de un nuevo engaño. Sus intentos de negociación con los Tukims fracasarán y los pocos acuerdos que consigue firmar con algunos de ellos serán efímeros. Es difícil imaginar que estos potentados locales, dotados a veces de poderes impresionantes, reinando frecuentemente en inmensos territorios, viviendo de la corrupción, disponiendo de ejércitos temibles y apoyados en secreto por las grandes potencias, van a negociar con un hombre de escasa representación.

Sun Yat-Sen acaba discutiendo incluso con los militares que le rodean, que son los que detentan realmente el poder en Cantón. En abril de 1918, inquietados por el prestigio creciente del Gran Mariscal, le destituyen de su cargo. Esta decisión debía ser el preludio de toda una serie de incidentes y fricciones entre Sun Yat-Sen, aislado con un puñado de fieles, y su estado mayor militar. Poco después, reducido a una posición minoritaria en el seno del colegio de siete directores creado por él para gobernar la región, se retira a Sanghai despechado de la vida pública. En esta ciudad Sun Yat-Sen va a asistir como mero espectador a la jornada histórica del 4 de mayo de 1919.

Esta jornada del 4 de mayo, esta unánime explosión popular, es una consecuencia directa de la Conferencia de Paz reunida en Versalles. A pesar de la tardía declaración de guerra de China a Alemania, los participantes se ponen de acuerdo a expensas de China y en provecho del Japón. Los aliados, inducidos por Wilson,

deciden poner los bienes que los alemanes poseían en China bajo un protectorado internacional administrado y controlado por Tokio y así no comprometer las ventajas adquiridas por las «Ventiún demandas».

La noticia cae en China como una bomba. La cólera es tanto mayor por cuanto que al mismo tiempo se enteran de que el gobierno fantoche de Pekín había firmado un tratado secreto con los japoneses autorizándoles a ocupar la rica provincia del Chan-Tung. Los estudiantes de Pekín son los primeros en manifestar su indignación. Uno de ellos, Mao Tse-Tung, organiza una manifestación en masa, que debe celebrarse el 4 de mayo en el centro de la capital, para protestar contra la perfidia de las potencias aliadas y la cobardía del gobierno que acepta sin reaccionar este nuevo atentado contra el honor y la unidad nacional.

Casi cincuenta mil personas conducidas por un estudiante de veintiséis años se unen a los gritos de «¡Libertad!», «¡Soberanía!», «¡Fuera los japoneses!». Esta manifestación de protesta degenera a causa de la indignación y rápidamente adquiere proporciones espectaculares. Algunos de los edificios oficiales son saqueados, otros incendiados, y el embajador de China en el Japón, que se encontraba casualmente en Pekín, sufre el peor de los tratos. Después de varias horas de choques violentos, las tropas gubernamentales consiguen restablecer el orden.

La noticia de la manifestación del 4 de mayo se esparce como un reguero de pólvora por todo el país y durante algunos días surgen espontáneamente numerosas manifestaciones en la mayoría de las grandes ciudades. El movimiento, nacido en los medios universitarios, se extiende como una mancha de aceite y arraiga pronto en la clase obrera. En Sanghai, un compañero de infancia de Mao Tse-Tung, Liu Chao-Chi, organiza la huelga general de los veinticinco mil trabajadores textiles.

Este «Movimiento del 4 de mayo», tal como le designan todavía hoy los historiadores chinos, es conmemorado todos los años por la China popular.

Con respecto a esto escribiría más tarde Mao:

«El movimiento del 4 de mayo es tanto un movimiento antiimperialista como antifeudal. Su excepcional significación histórica radica en que reviste un carácter que no poseía la revolución de 1911, el carácter de una lucha implacable contra el imperialismo y el feudalismo. Si el movimiento del 4 de mayo tiene este carácter es porque la economía capitalista china de la época había dado un paso hacia adelante y porque en aquel momento los intelectuales revolucionarios chinos, habiendo visto el derrumbamiento de las tres grandes potencias, Rusia, Alemania y Austria-Hungría, el debilitamiento de las dos grandes potencias imperialistas, Inglaterra y Francia, la fundación de un estado socialista por el proletariado ruso y la revolución efectuada por los proletariados de Alemania, de Austria y de Italia, concibieron una nueva esperanza en cuanto a la liberación del pueblo chino. Este movimiento del 4 de mayo es una respuesta a la llamada de la revolución mundial, a la llamada de la revolución rusa, a la llamada de Lenin y forma parte de la revolución proletaria mundial de la época.»

Las consecuencias de esta jornada serán decisivas para el futuro del país. Por primera vez, la cólera y la indignación reflejan un sentimiento nacional; por primera vez, aunque no sean conscientes de ello, los chinos acaban de expresar su descontento colectivamente.

En octubre de 1920, Sun Yat-Sen vuelve a Cantón. Llega conducido por el ejército del general Chen Kiong-Ming, quien ha puesto a su disposición su pequeña unidad, unas fuerzas suficientes, sin embargo, para permitirle establecer de nuevo su poder. Pero en esta ocasión Sun Yat-Sen va a entrar por la puerta grande y es acogido con extraordinario entusiasmo, fruto de la semilla sembrada el 4 de mayo.

Animado por el apoyo popular, Sun Yat-Sen decide restaurar la república y, el 5 de mayo de 1921, doscientos supervivientes de la primera Asamblea Nacional le eligen presidente de la República China. En su discurso, anuncia su intención de emplear todos los medios ne-

cesarios para la reunificación del país, que siempre ha estado fragmentado en una multitud de pequeños estados controlados por un puñado de Tukims con mayor o menor dependencia del gobierno central.

Pero antes de lanzarse a una empresa de semejante envergadura, Sun Yat-Sen piensa que primero es necesario poner orden en el modesto territorio sobre el que puede ejercer su poder.

En Cantón, bastión de la República, pone en funcionamiento un Consejo Municipal de treinta miembros, que es una sabia dosificación de representantes de todas las capas sociales y políticas de la ciudad. Su joven hijo Sun-Fo es elegido alcalde. Al mismo tiempo, corta las alas a los militares que pudieran sentirse tentados a apoderarse del poder, suprime los puestos de gobernador militar y de comisario de defensa y, al cabo de algunos días, los setenta y tres mil mercenarios que llenan las calles de la ciudad y se entregan a toda clase de fechorías son licenciados.

En el plano económico, emprende un saneamiento de las finanzas, intenta que los inversionistas extranjeros recobren la seguridad, idea un plan de grandes obras al mismo tiempo que elimina todo lo que pueda recordar de cerca o de lejos la corrupción del antiguo régimen. El 20 por 100 del presupuesto es asignado al sector de obras públicas: las viejas murallas de Cantón son derribadas, se abren bulevares modernos..., se crean oficinas de agricultura, de comercio y de industria para ayudar al levantamiento de la economía. Por otra parte, toma otras decisiones, más o menos importantes, que reflejan su preocupación por mantener limpio el país: aparece el permiso de construcción, la censura del teatro pornográfico, la lucha contra la prostitución; se prohíben los juegos de azar y las apuestas en las peleas de gallos y se realiza una vasta campaña contra la droga. El 27 de octubre de 1921 se queman en la plaza pública cuatro mil toneladas de opio.

El erario público se encuentra en un estado lamentable. Sin embargo, gracias a los esfuerzos de Lia-Chong-Kai, a quien se le ha confiado la gestión del presupuesto, el dinero sigue entrando en las arcas del Estado. Liao Chong-Kai consigue poner un poco de orden en las finanzas ayudado por las prestaciones de los comerciantes chinos que viven en el extranjero.

En resumidas cuentas, la situación mejora cada día y en comparación con las otras regiones del país la República de Cantón es un ejemplo. En marzo de 1922, el embajador de los Estados Unidos en Pekín rinde homenaje a los esfuerzos realizados en Cantón.

Las potencias occidentales, aún cuando reconocen oficialmente el aspecto positivo de la obra de Sun Yat-Sen, siguen luchando en secreto contra quien, antes o después, volverá sus ojos hacia los monopolios que éstas poseen en el país, y el apoyo que prestan a Wu Pei-Fu, el cual se encuentra al frente del gobierno de Pekín, va a provocar de nuevo la caída del régimen republicano de Cantón.

En agosto de 1921, Sun Yat-Sen se pone a la cabeza de un pequeño ejército para ir a «liberar» la provincia vecina de Kiang-Si. Comete el error de confiar Cantón a Chen Kiong-Ming, el general que le ayudó unos meses antes a restaurar la República, y cuando ya se encuentra en el frente, le llegan de la capital unas noticias alarmantes. Los burgueses de Cantón que han apoyado a Sun Yat-Sen en su política de saneamiento no comparten sus intenciones de emprender una «reconquista nacional» por considerarlo un gasto inútil, y consiguen sin gran esfuerzo convencer a Chen Kiong-Ming de que él es el único hombre apto para hacerse cargo de los destinos de la República, que se encuentra amenazada por el afán de aventuras de Sun Yat-Sen. Este vuelve inmediatamente a Cantón y destituye a Chen Kiang-Ming.

Creyendo que la situación ha vuelto a la normalidad, se dispone a volver al frente cuando el 15 de junio de 1922 se produce un hecho inesperado.

Sería la una de la mañana cuando Sun Yat-Sen se despierta sobresaltado por un toque de clarín. Dos de sus hombres penetran en tromba en su aposento y le anuncian que las tropas de Chen Kiong-Ming se disponen a asaltar el palacio. No hay más que una solución:

la huida. Sun Yat-Sen se pone apresuradamente un viejo uniforme de cabo que le ha procurado uno de sus oficiales y sale tranquilamente del palacio. Ante la reja, se mezcla a la muchedumbre.

—¿A dónde vais? —pregunta a los soldados.

—Atacamos la mansión del Presidente —le contestan.

Sun Yat-Sen logra embarcarse en una cañonera y, después de un vano intento de hacerse con la situación, se dirige a Hong Kong de donde pasa a Sanghai.

En el destierro, Sun Yat-Sen medita sobre su fracaso y lo atribuye, como en anteriores ocasiones, a la acción oculta de las grandes potencias. Sin embargo, él también había intentado granjearse sus favores.

No pudiendo avenirse con los grandes de este mundo, va a buscar en otra parte la ayuda indispensable para el éxito de su empresa. En este otoño de 1922 la encontrará en Moscú.

El primer encuentro de Sun Yat-Sen con la Revolución rusa tuvo lugar en Londres durante su estancia en la capital británica, una estancia, como se recordará, bastante agitada. Allí, en el curso de unas largas veladas llenas de animación, tuvo ocasión de mantener profundas conversaciones con numerosos revolucionarios rusos en el destierro y especialmente con Chitcherina. Durante el verano de 1921 se relaciona en Sanghai con Voitinski y con Gregori, jefe del Departamento Oriente en el Kremlin, con el que entablará verdadera amistad. Gregori había acudido a Sanghai para ponerse en contacto con cualquier partido comunista que se formase.

Fue, en efecto, el 30 de junio de 1921 cuando yuvo lugar, en una escuela femenina de la concesión francesa, la primera reunión del partido comunista chino. Asistieron doce personas, entre las cuales se encontraban Chen Tu-Siu, profesor de economía política, a cuya iniciativa se debía la creación del partido, y uno de sus estudiantes, Mao Tse-Tung.

Esta reunión resultó bastante agitada y se interrumpió en seguida ante la llegada de la policía.

La influencia de este nuevo partido, manifiestamente revolucionario, se deja sentir rápidamente en las ciuda-

des, especialmente entre los estudiantes y los obreros. Y a finales de 1922, cuando Sun Yat-Sen llega a Sanghai después de su huida del palacio presidencial de Cantón, encuentra la ciudad en plena ebullición. Los obreros han organizado sus sindicatos, las reivindicaciones se multiplican, las huelgas se suceden y los manifestantes desfilan por las calles. Este movimiento, aparentemente inspirado y controlado por el joven partido comunista, no se limita a la ciudad de Sanghai. La agitación se extiende por las ciudades industriales, y especialmente en los puertos, gracias a la activa lucha de los descargadores.

Algunos meses antes, en enero de 1922, la Federación de los marineros y descargadores había decretado en Hong Kong una huelga general reivindicatoria y tras mes y medio de huelga habían obtenido satisfacciones por parte de sus patronos británicos.

Sun Yat-Sen, aunque no lo demuestre, se siente impresionado favorablemente por esta evolución revolucionaria de la clase obrera y decide aliarse con los comunistas y buscar el apoyo de Moscú. En enero de 1923 llega a Sanghai el enviado especial del Kremlin, Alex Joffe, para negociar un acuerdo con Sun Yat-Sen. Según las conclusiones de este acuerdo, Moscú, que había abandonado cuatro años antes todas sus prerrogaticas económicas en China, reconoce el gobierno republicano de Sun Yat-Sen y se compromete a prestarle ayuda para que logre alcanzar sus objetivos y establecer sólidamente su régimen en todo el país.

El 21 de febrero de 1923 Sun Yat-Sen vuelve a Cantón, siendo acogido triunfalmente por la población. Este retorno es el fruto de un gran esfuerzo. Ha tenido que emplear mucha astucia para neutralizar a los militares lanzando a unos contra otros. Poco después de su llegada, Sun Yat-Sen desencadena una vasta campaña contra los «imperialistas» que alcanza un gran éxito entre la población. Paralelamente, pone en vigor los tres principios que guiarán sus futuras acciones: apoyo al movimiento obrero y campesino, estrecha cooperación entre su partido, el Kuomintang, y el partido comunista y la alianza de Cantón con Moscú.

En lo concerniente al primer punto, los comunistas le prestan su eficaz colaboración, sintiéndose obligados a seguir el juego de Sun Yat-Sen por las estrechas relaciones que mantienen Moscú y Cantón. Pero en el fondo esperan que su integración en el Kuomintang les permitirá crear células entre sus numerosos miembros.

Con respecto a la alianza con Moscú, en otoño de 1923 llegan varios consejeros especiales del Kremlin. Borodin, en diciembre de 1923, emprende la reorganización del partido y orienta la acción política de Sun Yat-Sen. Es un experto en la materia puesto que unos meses antes se encontraba junto al nuevo líder de Turquía, Mustafá Kemal. También ha llegado Galen, especialista en cuestiones militares y en las de la guerra revolucionaria, para encargarse de levantar un sólido ejército capaz de enfrentarse con cualquiera de los «Señores de la Guerra». Galen se pone al frente de la Academia Militar de Whampoa, creada hace algunos años y que será confiada al cuñado de Sun Yat-Sen, Chang Kai-Chek, quien será asistido por un tal Chu En-Lai. Por otra parte, Chang Kai-Chek es enviado en viaje de estudios a Moscú, donde será recibido por Stalin y Trotski.

En la primavera de 1924 Sun Yat-Sen decide emprender la batalla de la «liberación nacional». Nunca ha ocupado una posición más fuerte ni ha disfrutado de mayor apoyo, como tampoco nunca ha estado más débil el gobierno «fantoche» de Pekín. Pero en el mes de septiembre, cuando se disponía a lanzar contra el Norte una expedición militar, se produce un suceso inesperado: el comandante en jefe de los ejércitos de Pekín toma el poder y hace saber a Sun Yat-Sen que está dispuesto a negociar la unidad del país.

Es evidente que si se puede conseguir sin lucha la unidad del país, sería una torpeza dejar pasar semejante ocasión. Sin embargo, muchos de los que rodean a Sun Yat-Sen no son fervientes partidarios de esta negociación que podría no conducir a ninguna parte. Así piensan Mao Tse-Tung y otros comunistas.

De todas formas, el primero de febrero de 1925 se

abre en Pekín una conferencia de «reunificación nacional», pero dominada por los militares, y las tendencias más conservadoras no producirán ningún resultado.

Este es el último fracaso de Sun Yat-Sen. El 12 de marzo de 1925, el padre de la revolución china muere en el hospital americano, en el que había sido internado el 27 de enero, víctima de un cáncer de hígado. Sus funerales se celebrarán el 5 de abril, y sus despojos mortales, ante los que numerosos chinos siguen inclinándose en la actualidad, serán trasladados a Nankín en 1928.

«Durante cuarenta años me he entregado a la causa de la revolución de nuestro pueblo, dice en su testamento, y mi única meta ha sido colocar a China en una posición de libertad y de igualdad entre las demás naciones. Mis experiencias de estos cuarenta años me han convencido firmemente de que, para alcanzar este objetivo, debemos despertar a nuestro pueblo y aliarnos con los pueblos del mundo que nos tratan como a iguales y luchar al unísono con ellos. La obra de la revolución todavía no se ha realizado. Sigan todos nuestros camaradas mis «Planes para la reconstrucción nacional», mis «Fundamentos de la reconstrucción nacional», los «Tres principios del pueblo», y el manifiesto publicado por el primer Congreso nacional de nuestro partido, y se entreguen de lleno a ponerlos en práctica. Además, nuestras recientes declaraciones en pro de la convocatoria de una Convención nacional deben realizarse, y los tratados desiguales deben ser abolidos en el plazo más breve posible. Esta es mi última voluntad.»

Chang Kai-Chek sucede a Sun Yat-Sen. La misión heredada por este joven militar es difícil, sobre todo teniendo en cuanta que todavía se le conoce poco fuera del ejército. Se sabe que es el cuñado de Sun Yat-Sen y eso es todo.

Chang Kai-Chek había nacido el 31 de octubre de 1887 en el seno de una familia de agricultores de posición bastante desahogada y su infancia se vio profundamente marcada por el estricto confucionismo de sus padres, especialmente por el de su madre.

Las ambiciones del joven Chang se precisan muy

pronto y su nombre (Kai-Chek, ambición y piedra dura) no tardará en justificarse plenamente. En 1905, a los dieciocho años, sigue sin demasiado interés, según parece, los cursos de la Escuela de Derecho y de Política de Hang-Cheu cuando se produce el conflicto ruso-japonés. Esta victoria de un país asiático sobre una nación europea provocó un entusiasmo extraordinario entre los jóvenes y cuando Yuan Che-Kai, llamado al poder por Ts'eu-Hi, emprende el levantamiento de un ejército moderno, no encuentra dificultad en el reclutamiento necesario.

El joven Chang Kai-Chek, sintiéndose mucho más atraído por la carrera militar que por la administración, es uno de los primeros en responder a esta llamada y en alistarse. En 1906 es enviado al Japón para que siga un cursillo y allí no sólo aprende la lengua del país sino también descubre las realidades de una gran potencia en plena expansión y se encuentra con varios amigos de Sun Yat-Sen que le esbozan el cuadro de la China del futuro.

Al año siguiente, después de una corta estancia en China, Chang Kai-Chek sigue los cursos de la Escuela Militar preparatoria en Tokio, ciudad en la que permanecerá dos años en compañía de otros cincuenta cadetes chinos, procedentes todos de la mejor sociedad y que más tarde formarán el núcleo del futuro ejército chino. Fue durante esta segunda estancia cuando Chang Kai-Chek comenzó a militar en el primer partido de Sun Yat-Sen que precedió al Kuomintang y rápidamente se convierte en uno de los más fervorosos y fieles partidarios de la acción de su cuñado, llegando a desempeñar un importante papel en el éxito de la revolución del 10 de octubre de 1911.

En junio de 1924, Sun Yat-Sen envía a Chang Kai-Chek a Moscú para que conozca el mundo militar moderno. Este viaje le será de gran provecha, peinsa Sun Yat-Sen, no sólo para entrar en contacto con las realidades de la revolución bolchevique, sino también para dirigir, a su vuelta, la Academia Militar de Whampoa. En efecto, en aquel mismo mes de junio Chang Kai-Chek

se pone al frente de la célebre academia militar, creada algunos meses antes, de donde saldrán los mandos del futuro ejército revolucionario. chino.

En julio de 1926, con un ejército bien entrenado y provisto de armas modernas, Chang Kai-Chek emprende la reconquista de China. El 7 de septiembre conquista Hankeu y Han-Yang y el 10 de octubre, aniversario de la Revolución, se apodera de Wu-Chang. La batalla es encarnizada pero, en algunas semanas, consigue vencer a los cien mil soldados de Wu Pei-Fu, quien dominaba en esta región, y el mismo Wu Pei-Fu se ve obligado a huir con los restos de un ejército diezmado por las deserciones provocadas por la derrota.

Esta victoria, la primera gran victoria de los ejércitos revolucionarios, va a tener un considerable impacto sociológico no sólo entre las gentes que por fin descubren el poder de la revolución, sino también en el mismo Chang Kai-Chek cuyo prestigio aumenta de la noche a la mañana.

Animado con este primer éxito, el ejército revolucionario prosigue su acción en las regiones que permanecen bajo el control de los Tukims y, remontando victoriosamente el curso del Yang-Tse, conquistan con rapidez el Fu-Kien, el Che-Kiang y el Kiang-Si. Mientras tanto, otro ejército de menor importancia que opera en el Norte se apodera del Chen-Si. En marzo de 1927 cae Nankín y, poco después, Sanghai.

Finalmente, en junio de 1928, los ejércitos revolucionarios entran en Pekín. El 2 de junio, Chang So-Lin, el último «Señor de la Guerra» que se opone al poder popular, abandona apresuradamente la capital y se refugia en Manchuria, donde morirá poco después en circunstancias misteriosas.

El 4 de octubre de 1928, Chang Kai-Chek anuncia la promulgación de una nueva constitución y el traslado de la capital de Pekín a Nankín. Cinco días más tarde, Chang Kai-Chek es elegido presidente de la República. Por primera vez en más de medio siglo, China parece reunificada.

Sin embargo, esta unidad no será duradera. En

efecto, intervienen tres factores de peso en la evolución política del país: Rusia se apodera de Mogolia, Manchuria cae en manos de los japoneses y el conflicto latente desde hace algunos meses entre Chang Kai-Chek y los comunistas va a estallar en pleno día.

Chang Kai-Chek no se parece a Sun Yat-Sen, como la historia lo probará más tarde. Al rigor moral y a la honradez del padre de la Revolución se oponen la ambición desmesurada, el amor a la intriga y el compromiso y la demagogia del nuevo jefe de la República.

Para Chang Kai-Chek, el apoyo de Moscú y la alianza con los comunistas, herencia de la política de Sun Yat-Sen, son simples peripecias en su lucha armada para eliminar el régimen de Pekín. En ningún momento ha pensado en transformar a China en una segunda Rusia, en un país revolucionario. Desde que se casó con la hija de un chino rico, descubrió el mundo de las finanzas, de los negocios, un mundo más próximo a la China de las concesiones internacionales que a la China revolucionaria en la que algunos todavía creen.

Una vez eliminados los Tukims, habiéndose adueñado sus ejércitos del país, ocupando el primer puesto de la República, Chang Kai-Chek se lanza a alejar a los comunistas antes de que sea demasiado tarde.

El 3 de abril de 1927, en la madrugada, unos camiones militares se detienen ante los locales de las diferentes secciones del partido comunista de Sanghai. Bajan los soldados, entran en los edificios, detienen a las personas que se encuentran en su interior y se apoderan de los ficheros y documentos. Así, en algunas horas, todos los jefes comunistas de Sanghai son apresados y muchos de ellos serán ejecutados.

Este golpe de fuerza, montado con el consentimiento tácito de las grandes potencias, debía marcar la ruptura definitiva entre el Kuomintang y los comunistas, entre Chang Kai-Chek y Mao Tse-Tung. Unas semanas más tarde, el partido comunista será disuelto y muchos de sus miembros serán detenidos y condenados. En el mes de julio del mismo año, se ruega cortésmente a los consejeros soviéticos que abandonen el país.

8

UN HOMBRE EN VEINTIOCHO PINCELADAS

En los primeros meses del verano de 1919 Mao Tse-Tung había cumplido ya los veintiséis años. Alto y muy delgado, parecía más un rudo campesino que un estudiante. En los pasillos de la Universidad de Pekín, su rostro curtido por el sol, sus manos encallecidas, sus dedos rugosos y su austero traje gris chocan curiosamente con el aspecto deliberadamente intelectual de la mayoría de los estudiantes.

Impresiona la redondez de su frente, sus pómulos salientes, sus ojos negros, su abundante cabellera de ébano cuyos mechones rebeldes caen sobre su cara. Tiene una boca pequeña, unos labios finos, su sonrisa es amplia, fresca y espontánea. En una palabra, es un personaje austero del que emanan una energía y una convicción irresistibles, y, aun cuando tan sólo lleva unos meses en Pekín, goza de una gran popularidad entre sus compañeros. Esta popularidad es debida tanto a sus funciones de ayudante bibliotecario en la universidad, un trabajo que le permite conocer casi a todo el mundo, como a su aspecto de campesino. Mao está muy orgulloso de su origen provinciano y habla a menudo de su provincia, el Hu-Nan, verdadero pulmón agrícola del país. Le gusta contar la vida de los labradores de su tierra, y sus narraciones, que son escuchadas con el mayor interés, están salpicadas a menudo con expresiones del terruño que provocan la hilaridad, cuando no es con groserías aprendidas años atrás mientras trabajaba en los campos con los obreros de su padre.

Quienes se precien de conocer al hombre que acaba de hacer salir a la calle a las gentes de Pekín, afirman también que les ha impresionado su sed de cultura, su necesidad de intercambiar ideas, su espíritu discursivo y su pureza ingenua. Mao se beneficia admirablemente de las circunstancias. Su empleo en la universidad le permite devorar una gran cantidad de libros en pocos meses. Descubre, como miles de jóvenes de su edad, a Rousseau, a Montesquieu y a la mayor parte de los enciclopedistas franceses y de los economistas británicos.

También se dice que lleva una vida de asceta y esto, que para muchos puede parecer una actitud filosófica, en realidad no hace más que reflejar lo precario de su situación económica. Su paga de bibliotecario es tan modesta que ni siquiera puede ofrecerse el lujo de dos comidas diarias ni de un abrigo para soportar los rigores del invierno. Habiéndose negado su padre a ayudarle económicamente, Mao se ve obligado a vivir miserablemente, y comparte su miseria con otros siete camaradas que vinieron con él de su lejana provincia a probar fortuna en la capital y con los que vive en un minúsculo apartamento de dos piezas. De esta manera, más o menos ignorado de los profesores y despreciado en secreto por los estudiantes, descubre el foso que separa a los intelectuales de los trabajadores.

Sin embargo, al paso de los días y de las semanas, Mao consigue hacerse admitir por unos y otros. Su inteligencia discreta, su convicción y su clarividencia le llevan a animar numerosos debates con sus condiscípulos y no tarda en destacar ante el decano de la facultad de letras, quien a partir de entonces ejercerá sobre él una influencia decisiva. El decano se había conmovido en extremo ante el éxito de la revolución rusa y, bajo su férula amistosa, el joven Mao descubre a Lenin y a Bakunin. Pronto, Mao Tse-Tung franquea el Rubicón, la revuelta se hace revolucionaria.

Cuatro meses después de su llegada a Pekín parte hacia Chang-Cha, capital del Hu-Nan, más o menos encargado por su maestro de difundir la revolución en aquel lugar. Mao había vivido en aquella ciudad varios

años y contaba con numerosos amigos. Por tanto, no le sería muy difícil llevar a cabo su misión. En cuanto llega a Chang-Cha, donde desempeña las funciones de redactor de la *Revista mensual del río Hsiang*, reúne a sus antiguos compañeros de la escuela de magisterio y crea la «Liga para la Renovación del Hu-Nan». Multiplica las reuniones clandestinas, alienta a unos, persuade a otros y cuando, a finales de abril, vuelve a Pekín, puede considerar que ha triunfado en su misión.

Al salir de esta ciudad que tantos recuerdos le suscita, Mao Tse-Tung no puede dejar de pensar en todo el camino recorrido desde el día en que llegó a la capital de la provincia procedente de su pueblo, Chao-Chan. Entonces tenía dieciocho años.

Era el mes de abril de 1911. En diversos puntos del país, los miembros de la Unión de Ligas Revolucionarias provocaban escándalos, huelgas, manifestaciones y toda clase de alborotos. En la escuela superior de la ciudad en la que Mao acaba de matricularse, los estudiantes se pasan en secreto el diario de Sun Yat-Sen, *La Fuerza del Pueblo*, impreso clandestinamente. Es la primera vez que Mao lee un periódico y en sus hojas descubre, también por primera vez, unos valores distintos de los del confucionismo y del budismo. El movimiento de Sun Yat-Sen no recurre ni a la pasividad del primero ni a la timidez del segundo y posee sus mártires, sus leyendas y sus héroes. De este modo, a causa del impacto de algunas líneas, se derrumba todo el edificio moral del joven Mao, un edificio sabiamente elaborado por su madre durante tantos años.

Para Mao es la revelación. Publica un manifiesto y lo fija en las paredes de la escuela, lo que le proporciona una popularidad espontánea entre sus compañeros de clase. Pero no se contenta con eso y forma una asociación secreta que agrupa a un centenar de estudiantes: «Los Espartanos del Hu-Nan».

Pero los «Espartanos» no tendrán tiempo de pasar a la acción. Se produce la revolución del 10 de octubre. Ha llegado la hora final de la dinastía manchú. En todo el país, especialmente en el sur y en el centro, se le-

vanta una ola de entusiasmo que hace engrosar día a día las filas de los ejércitos revolucionarios. Los estudiantes, naturalmente, son los primeros en alistarse y Mao Tse-Tung se encuentra entre ellos.

La experiencia militar de Mao será decepcionante. Los seis meses que pasará vestido de uniforme va a vivirlos sin pasión, sin bandera y sin gloria, limitándose su universo a servir la mesa de los oficiales y a realizar faenas de cocina y de limpieza. Su única gran alegría la recibirá en Nankín, dos horas después de su desmovilización. Perdido en la muchedumbre con un compañero, oye a Sun Yat-Sen leer el texto de la constitución de la república que acaba de proclamarse: «Igualdad sin distinciones de clase, de religión o de color; libertad de expresión y de prensa; libertad de asociación, etc.» Cada artículo aumenta el entusiasmo de la muchedumbre que no cesa de aplaudir al orador. Tan sólo Mao Tse-Tung y su compañero permanecen en calma.

El amigo de Mao se llama Liu Chao-Chi.

Como tantos de los que acaban de cumplir su servicio militar, Mao Tse-Tung se encuentra desorientado y antimilitarista en los primeros meses de 1912. Tardará más de un año en encontrar su camino.

En Chang-Cha, adonde ha vuelto con Liu Chao-Chi, Mao intenta sucesivamente seguir los cursos de la Escuela de Policía, de Derecho, de Comercio y finalmente se matricula en una escuela técnica. Pero siempre interrumpe sus estudios al cabo de algunas semanas, cuando no es después de algunos días. La mayoría de las clases se desarrollan en inglés, una lengua poco practicada por el joven Mao. Su escaso dominio de las lenguas extranjeras le proporcionará frecuentes disgustos. Más tarde no podrá realizar una estancia en Francia, organizada para los estudiantes y en la que había sido incluido su nombre, y se verá obligado a ceder su plaza a un compañero. De todas formas, estos seis o siete meses de inactividad no le resultan totalmente inútiles. Viviendo, miserablemente, de la generosidad de sus amigos o de sus parientes lejanos, Mao emplea sus jornadas en devorar cientos de libros en la biblioteca de

la ciudad. Por fin, en octubre de 1913, se decide a entra en la Escuela de Magisterio de Chang-Cha. Allí permanecerá cinco años.

Durante estos cinco años Mao va a conocer, de cerca o de lejos, una serie de acontecimientos decisivos. En China, el rapto de la república por parte de Yuan Che-Kai, su dictadura y los grandes desórdenes políticos que se producen al desaparecer éste. En Europa, la Gran Guerra, y en Rusia la revolución. Estos acontecimientos provocan en Mao una toma de conciencia política que va a traducirse de una forma bastante desordenada pero que ya deja prever su elección. En 1915, a los veintidós años, publica su primer artículo en una revista reformista, «Llamada solemne a la juventud». Dos años más tarde funda la «Nueva sociedad de estudios del pueblo» y publica un *Estudio sobre el Atletismo*, firmado con el seudónimo de «El hombre de las veintiocho pinceladas» por ser éste el número de trazos necesario para escribir su apellido.

Con la revolución soviética de 1917, Mao descubre el socialismo. Lee el *Manifiesto comunista* de Karl Marx y la *Lucha de clases* de Kautsky. La revolución rusa le impresiona en cuanto es la prueba de que una revolución puede triunfar, pero sigue creyendo que la revolución que puede salvar a China debe ser una revolución original que se acomode al carácter chino. Por eso no comparte el entusiasmo de su amigo Liu Chao-Chi, quien ha comenzado a aprender ruso para poder leer a Lenin en su lengua.

Mientras completan su formación política, Mao y Liu recorren su provincia en todas direcciones para mantener este contacto indispensable con la masa que, en su opinión, debe proporcionar los fundamentos de una revolución típicamente china. Con esta finalidad dedican las vacaciones de verano y las de invierno a efectuar largas caminatas por todo el país. Esta experiencia tampoco será inútil.

En 1918, Mao Tse-Tung sale de la Escuela de Magisterio. Ha obtenido buenos resultados de sus estudios y consigue un puesto de ayudante bibliotecario en la Uni-

versidad de Pekín. Por su parte, Liu Chao-Chi decide marchar a Sanghai, ciudad industrial en pleno desarrollo, para estudiar sobre el terreno las condiciones de vida del proletariado. La separación es difícil para los dos jóvenes. No se volverán a ver antes de diez años. Liu y Mao se habían conocido en la escuela de Hsin-Shiang, cuando el primero tenía nueve años y el segundo catorce. A pesar de la diferencia de edad los dos muchachos estaban en la misma clase y desde el primer momento fueron amigos inseparables. Liu, alumno precoz y brillante, ayudaba a su amigo a componer sus disertaciones mientras que Mao hacía los innumerables trabajos corporales que su joven camarada no podía realizar. La amistad entre los dos jóvenes se estrechó más y más en el transcurso de los meses y los años, cimentándose luego en su pasión común por la política. Su profesor, miembro activo de la «Liga de la Unión Revolucionaria» de Sun Yat-Sen, contribuyó sobremanera a desarrollar en ellos el odio y el desprecio hacia los manchúes. En el caso de Mao, las quejas que sentía contra los invasores extranjeros no tardaron en confundirse con las que se dirigían contra su propio padre. Mao, en efecto, nunca quiso a su padre, un hombre adepto al confucionismo y partidario de los manchúes que no comprendía las aspiraciones intelectuales del joven Mao. Agricultor enriquecido, deseaba que su hijo le relevase en los negocios de la familia, pero Mao tiene otros propósitos. Más tarde llegará a decir: «Mi padre fue el primer capitalista que conocí.»

Estos choques permanentes entre el padre y el hijo se harán más violentos a medida que se precise la tendencia de Mao hacia la lectura y el estudio. Cuando Mao se encontraba en Chang-Cha o en Pekín, su padre dejó de enviarle dinero con la esperanza de que así volvería a casa.

Tal es el hombre que acaba de levantar a la población de Pekín contra el poder manchú. Pero esta manifestación, por muy importante y espectacular que sea, no es más que una gota de agua en el océano. El gobierno legal que ha sucedido al dictador Yuan Che-Kai tiene

otros motivos de preocupación. Esta reunión de cuarenta mil descontentos en las calles de Pekín no significa nada en comparación con los problemas que debe afrontar cada día. Pero para que los innumerables asuntos que reclaman una solución urgente pudieran ser resueltos, se necesitaba un gobierno que tuviera la posibilidad de ejercer su poder, lo cual no parece ser el caso en los primeros meses de 1919.

China, como entidad política, ha desaparecido del mapa del mundo. El país se encuentra en manos de «los Señores de la Guerra» que intentan agrandar sus feudos luchando unos contra otros. La única fuerza política organizada que destaca dentro de la anarquía reinante es el Kuomintang.

Sin embargo, la manifestación del 4 de mayo tiene importantes consecuencias para el joven Mao. Se le abren ciertas puertas, que hasta entonces no había podido franquear en su condición de ayudante bibliotecario, y entonces se encuentra con la muchacha que al año siguiente se convertirá en su mujer y con un cierto Chen Tu-Siu, profesor de economía política. Este último encuentro es decisivo para Mao. Chen Tu-Siu «traduce» al joven estudiante todos los textos de Lenin y Kautsky, que éste ya había leído aunque sin asimilarlos.

Más tarde encuentra a Joffe, un soviético, quien se encargará de disipar las pocas reservas que aún conservaba Mao para con el sistema comunista.

— ¿Por qué no hay un partido comunista en China? —pregunta a Chen Tu-Siu.

— A China le hace mucha falta, deberíamos fundar uno.

— Si hubiera aquí un partido comunista, creo que me inscribiría en él.

— Lo fundaremos nosotros.

El primer Congreso del partido comunista chino, como hemos visto, se celebró el 30 de junio de 1921 en una escuela femenina de Sanghai y fue interrumpido por la policía. Al día siguiente, en la calma apacible del pueblo de Chao-Chiang, prosiguen sus trabajos. Para estar seguros de que nadie les molestará, se instalan en una gran barca anclada en medio del lago.

De los doce hombres que participan en esta reunión Mao es el más joven y el único representante del mundo campesino. Un año después, en julio de 1922, se celebra en Hang-Cheu el segundo congreso, al que Mao no podrá asistir por haber sido enviado en misión de propaganda a su provincia natal. Tampoco estará presente en el congreso de Cantón que se reunirá en junio de 1923. Sin embargo, este congreso tendrá un interés especial por celebrarse seis meses después de la firma del famoso acuerdo de «cooperación» con Moscú. Tras varias horas de difíciles deliberaciones, los comunistas chinos se ven obligados a admitir que este acuerdo les obliga a seguir el juego del Kuomintang, colocándoles en una posición delicada. Es el comienzo de la primera alianza.

Al año siguiente, en enero de 1924, la alianza queda sellada en el primer congreso del Kuomintang en el que se autoriza a los miembros de los dos partidos a pertenecer a ambos al mismo tiempo. Es el «Frente Popular».

Sea como sea, esta curiosa alianza de burgueses nacionalistas e intelecuales comunistas va a permitir que Mao Tse-Tung salga de la sombra y establezca definitivamente su autoridad personal. En Chang-Cha, donde es el representante del PCC y adonde ha vuelto acompañado de su mujer, se apresura a reunir a sus antiguos amigos para reanudar la acción revolucionaria. Publica el primer número de la *Crítica del Hu-Nan*, y él mismo lo vende en las calles ayudado por su mujer y algunos amigos.

Periódicos semejantes aparecen en todas las provincias donde hay responsables comunistas. Chu En-Lai publica el *Boletín de las Federaciones estudiantiles* y Liu Chao-Chi, que se dispone a marchar a Moscú, lanza la *Revista del Domingo*. Gracias a estas publicaciones y a las numerosas reuniones de información organizadas por los dirigentes del partido, el PCC se hace más popular cada día y el número de sus miembros aumenta

sin cesar. Sin embargo, Mao Tse-Tung y sus compañeros no se sienten totalmente satisfechos. Se dan cuenta de que su organización no abarca más que una parte de la población y de que difícilmente llega a la masa, ya sea de campesinos o de obreros. Por tanto, es preciso cambiar de táctica y pasar a la acción en el plano sindical de la manera más espectacular posible.

Ya en enero de 1922, como se recordará, la Federación de los marineros de Hong Kong, empujada por su minoría comunista, había desatado una huelga general para obtener de las autoridades británicas un aumento salarial y, al cabo de mes y medio, había logrado sus propósitos.

Esta capitulación de los ingleses tiene particular importancia. Es la prueba de que la unión sólida de los trabajadores puede conducir a resultados positivos. Es el triunfo del sindicalismo y también el triunfo de los comunistas que, de la noche a la mañana, se dan cuenta de que han establecido contacto con la clase obrera. Siguiendo el ejemplo de Hong Kong, los movimientos de huelga se multiplican por todo el país.

En el plano político, los comunistas son conscientes de que la alianza con el Kuomintang no durará demasiado. Es evidente que esta amalgama de revolucionarios y de conservadores acabará resquebrajándose un día u otro. Por tanto, hay que preparar esta ruptura, establecer las condiciones que les sean más favorables. En una palabra, se trata de crear y organizar celulas en el seno del Kuomintang.

En algunos meses, los «rojos», como comienzan a llamarles, instalan hombres de su partido, o al menos simpatizantes, en los engranajes esenciales del Kuomintang. Mao Tse-Tung en persona logra obtener la confianza de los dirigentes del partido rival y, en virtud del acuerdo de doble pertenencia, representa al Hu-Nan en el Comité central del Kuomitang. Mao consigue ganarse la confianza de numerosos responsables políticos y en 1924 le encontramos como secretario particular del vicepresidente del partido de Sun Yat-Sen y de Chang Kai-Chek.

9

LA RUPTURA CON CHANG KAI-CHEK

Chang Kai-Chek tenía treinta y siete años cuando sucedió a Sun Yat-Sen. Hombre frío y austero, posee una enorme confianza en sí mismo. Orgulloso, cree en su buena estrella y está íntimamente persuadido de su papel histórico. Se dice que es honrado, y ciertamente lo es, pero está rodeado por gentes corrompidas. Declara que es socialista cuando a lo sumo es «social».

En realidad, es ante todo un militar.

«Cuando era joven, cuenta, cultivaba mi espíritu para hacerme soldado. Siempre he creído que pertenecer al ejército es la mejor experiencia de la vida, al mismo tiempo que la expresión más elevada de la actividad revolucionaria. Todos los conocimientos que poseo, mi espíritu y mi personalidad, los he ganado en la carrera militar.»

Tradicionalista, cree en la superioridad de la civilización china, lo que en él se traduce por una xenofobia aguda que no admite excepciones. Incluso sus simpatías por los americanos son más aparentes que reales. Idealista en extremo, opone el confuncionismo tradicional al dinámico materialismo de los comunistas.

No existe ninguna afinidad entre Chang Kai-Chek y Mao Tse-Tung. El PCC, por su parte, sabe que la alianza con el Kuomintang ha durado ya demasiado tiempo. Sin embargo, es Chang Kai-Chek quien va a tomar la iniciativa. La chispa que va a prender la pólvora se enciende el 10 de mayo de 1925, en Sanghai. Aquel día

se desencadena una huelga en una fábrica textil y se extiende en algunas horas a toda la industria del ramo. Se producen manifestaciones y la policía interviene cargando sobre la muchedumbre y haciendo uso de sus armas. El balance es de doce muertos. Rápidamente se extiende la huelga a otros sectores de la ciudad y unos días después toda Sanghai se encuentra paralizada. El 30 de mayo, los obreros todavía no se han reincorporado al trabajo y toda la población desfila por las grandes arterias gritando slogans hostiles a los extranjeros. La reacción no se hace esperar y al día siguiente, el primero de junio, los navíos de guerra americanos, ingleses y japoneses desembarcan sus tropas, las cuales se entregan a una sangrienta represión cuyo único resultado es aumentar la determinación de los obreros. La huelga durará cerca de tres meses y provocará numerosas manifestaciones de solidaridad en otras ciudades, particularmente en Hong Kong donde el trabajo permanecerá interrumpido durante once meses.

Chang Kai-Chek que intenta sacar provecho de esta huelga organizada por los comunistas, percibe claramente que el poder y la influencia del PCC no deja de aumentar y decide romper la alianza y eliminarles totalmente del gobierno.

El pretexto inventado para esta ruptura es tan inconcebible que cuesta trabajo creer que los comunistas hayan podido caer en semejante trampa. El 18 de marzo de 1926, el jefe del Kuomintang envía uno de sus cruceros, el *Sun Yat-Sen*, a Whampoa. El comandante del barco ha recibido la orden de poner rumbo a este puerto y esperar allí instrucciones complementarias. No las recibirá nunca. Por el contrario, el responsable del Kuomintang en la Academia Militar de Whampoa, recibe un telegrama personal de Chang Kai-Chek anunciándole que los oficiales comunistas de la academia, apoyados por los marinos del *Sun Yat-Sen*, se disponen a dar un golpe de Estado. Las consecuencias son imaginables. Ante el Comité Central de su partido, Chang Kai-Chek pide la eliminación de todos los comunistas instalados en los puestos de mando del Kuomintang y la denuncia

de todos los funcionarios sospechosos de pertenecer al PCC.

Los comunistas no reaccionan ante esta situación. Se contentan con doblar el espinazo convencidos, como lo afirma su líder, Chen Tu-Siu, de que controlan eficazmente todos los engranajes del país. Además, el mismo Chen piensa que no es necesario romper la alianza puesto que los ejércitos conjuntos del Kuomintang y del PCC se disponen a emprender la campaña contra los señores locales. Está convencido de que, una vez reunificada China, la absorción y la eliminación del Kuomintang se producirán espontáneamente pues los comunistas dominan los puntos claves del país.

Como vimos anteriormente, la expedición salida de Cantón a finales de julio de 1926, fue un verdadero éxito. Las tropas se hallaban repartidas en varios cuerpos expedicionarios, mandados unos por oficiales comunistas y otros por hombres de Chang Kai-Chek que comenzaban ya a llamarse «nacionalistas».

En todas partes, ante el avance de los ejércitos, los campesinos se sublevan y formaban unidades de voluntarios bajo el mando de los comunistas. Por todas partes también, según parece, la propaganda comunista precedía a la llegada de las tropas ganando a la masa campesina para las nuevas ideas. Aunque todo esto facilitaba la tarea de los ejércitos de liberación, su jefe, Chang Kai-Chek, no dejaba por eso de preocuparse al advertir la fuerza del comunismo y su implantación en el país. En cuanto una región quedaba liberada, aparecía a la luz del día la infraestructura comunista y se hacía cargo de los destinos de los pueblos, ciudades y provincias.

Esta campaña perjudicó a los europeos. En los territorios conquistados, las concesiones extranjeras eran atacadas, los misioneros y hombres de negocios morían asesinados y se incendiaban y saqueaban los almacenes. Esto no beneficiaba a Chang Kai-Chek, quien deseaba congraciarse con las grandes potencias tanto como deshacerse de los comunistas y romper el pacto con Moscú. Necesitaba la ayuda económica extranjera para

eliminar a sus adversarios, pero éstos, que lo saben, provocan incidentes para desacreditarle en el exterior. Chang Kai-Chek aprovechará la primera ocasión que se le presente.

Conociendo la próxima llegada de los ejércitos de liberación, la sección comunista de Sanghai desata una huelga general seguida de una insurrección armada contra el poder de Pekín y, al cabo de algunas horas, logra adueñarse de la ciudad. Chang Kai-Chek, después de entrar en la población al frente de sus tropas, exige que los comunistas le entreguen las armas. Estos se niegan, causando su perdición.

Por una orden personal de Chang Kai-Chek, el partido comunista es declarado fuera de la ley y sus miembros, desde el más importante hasta el último, son perseguidos, apresados, torturados y ejecutados por centenares, por millares. En Pekín, Cantón y Sanghai las ejecuciones no se cuentan. El mismo Chu En-Lai es detenido y condenado a muerte. Llevado ante el pelotón de fusilamiento, salvó su vida gracias a que el oficial que lo mandaba era uno de sus antiguos alumnos de la Academia de Whampoa.

El 9 de agosto de 1927, Mao Tse-Tung se encuentra ya desde hace varios meses en su feudo de Chang-Cha, capital del Hu-Nan, intentando canalizar y controlar la revuelta campesina que está a punto de estallar, si todavía no se ha producido, en varios pueblos. Mao está muy mal informado de lo que sucede en Sanghai y, aunque le llegan noticias y rumores de la caza de comunistas organizada por Chang Kai-Chek, a veces se niega a dar crédito a lo que oye. El Hu-Nan está en perfecta calma y en manos de los comunistas.

Muy de mañana, en aquel día 9 de agosto, Mao Tse-Tung salió a pasearse por los suburbios en compañía de su mujer, que esperaba un feliz acontecimiento, y decidió pasar la jornada con unos primos suyos que vivían en un pueblo situado a algunos kilómetros de allí. Al caer la tarde se despiden de sus parientes y emprenden el camino de regreso. Antes de llegar a la ciudad y de franquear sus puertas, se detienen en casa de un

amigo para saludarle. Allí encuentran a uno de los responsables de la sección comunista de la ciudad, un joven formado por el propio Mao.

Sentado ante una mesa y con aspecto abatido cuenta a su jefe cómo siete mil soldados escogidos personalmente por Chang Kai-Chek habían rodeado la ciudad al amanecer y se habían infiltrado en ella disfrazados de civiles. Después de haber desarmado a las tropas comunistas, cogidas por sorpresa, se habían apoderado de los principales jefes rojos. Su rostro se endurece y su mirada permanece fija mientras cuenta los detalles de la matanza subsiguiente: ejecuciones sumarias en las calles, maridos decapitados ante sus mujeres, madres violadas ante sus hijos, ancianos estrangulados...

Mao cree que no es cierto lo que escuchan sus oídos y decide comprobarlo en el lugar de los hechos. Deslizándose por las calles más estrechas, preguntando a unos y a otros, se da cuenta de que la situación es peor de lo que le ha contado su ayudante. Sin embargo, pasa el resto de la noche intentando reunirse con sus amigos, al menos con los que siguen con vida, para decidir «algo», alguna medida milagrosa.

Al amanecer, Mao Tse-Tung y su mujer son apresados. Separan a la pareja y Mao es conducido ante un pelotón de fusilamiento. Justo cuando el oficial nacionalista va a dar la voz de fuego, uno de los soldados reconoce a Mao. Como se trata de un preso de importancia le desatan y, después de maltratarle «por principio», le meten en la primera celda que encuentran.

Como cualquier prisionero, Mao tiene una sola meta: evadirse. Inspecciona cada pared y cada rincón de su celda y termina descubriendo en el techo una tabla menos resistente que las demás. La hace saltar y al llegar la noche se encuentra de nuevo en libertad. Por la mañana, mezclado con la muchedumbre silenciosa, ve pasar un largo cortejo de prisioneros conducido a un campo vecino donde se eleva una larga fila de postes de ejecución. Para economizar las balas de fusil, los prisioneros no son fusilados, sino «simplemente» estrangulados. Mao descubre entre ellos a Yang Kai-Hui, su mujer.

Una sombra se desliza en la noche por un campo de las afueras de Chang-Cha. Es Mao que acude a decir su último adiós a su compañera. Mao se ha quedado solo, completamente solo. Su partido ha sido aniquilado y acaba de perder al ser querido. Lentamente camina bajo el cielo nocturno hacia las montañas fronterizas del Hu-Nan y del Kiang-Si. Se detiene un instante para escribir unos versos:

Me he cortado las manos en las cuerdas del garrote.
Pero no ha manado ni una gota de sangre,
En vez de sangre, he visto derramarse mi piedad.

Después de vencer mil dificultades, Mao consigue romper el aislamiento de las montañas que le rodean y reunir un puñado de fieles. Y, acto seguido, reanuda la lucha contra Chang Kai-Chek y el Kuomintang.

Mao pretende convertir el Hu-Nan en un verdadero centro de resistencia comunista, pero antes debe conocer los planes del partido. Por lo tanto, envía a Chu En-Lai a sondear a los dirigentes. Li Li-San, que preside el comité central «en ausencia» de Chen Tu-Siu se muestra extremadamente reservado ante las preguntas de Chu En-Lai. En realidad, se trata de algo más que de una reserva: Moscú piensa que hay que evitar la ruptura con el Kuomintang. ¡A buena hora! ¡La ruptura se ha consumado y decenas de millares de militantes comunistas han sido sus víctimas!

En este verano de 1927, cuando ya hace varios meses, si no es uno o dos años, que se han manifestado totalmente las intenciones de Chang Kai-Chek, Stalin está decidido a permanecer fiel a la alianza firmada cuatro años antes con el Kuomintang. Al día siguiente de los combates librados en Sanghai por los obreros de la ciudad contra las tropas nacionalistas, el órgano oficial del Komintern de Moscú escribía a propósito de estos «incidentes»:

«No podemos pensar que se haya producido una escisión en el seno del Kuomintang ni que existan sentimientos hostiles entre la clase obrera de Sanghai y el

ejército revolucionario. Un revolucionario como Chang Kai-Chek no puede cooperar con los contrarrevolucionarios. El único peligro para los trabajadores de Sanghai lo constituye la provocación de los imperialistas.»

Un poco más tarde, casi en el momento en que las tropas de Chang Kai-Chek están efectuando el saco de Chang-Cha, Stalin declara:

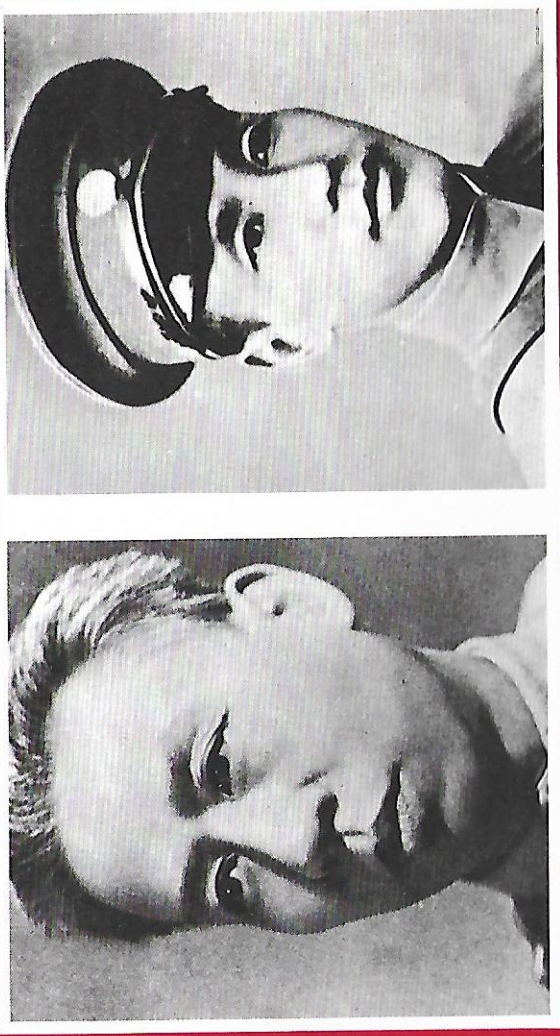
«¿Por qué desalentar a la derecha si nosotros poseemos la mayoría y la derecha nos escucha? Los de derechas están en relación con los generales, los Señores de la Guerra, y saben cómo inducirles a pasarse al bando de la revolución con armas y bagajes sin disparar un solo tiro. Por tanto, hay que utilizarles hasta el final, exprimirles como un limón antes de desembarazarse de ellos.»

Y, a finales del verano de 1927, las instrucciones que Li Li-San da a Chu En-Lai son bastante significativas:

«Contened a los campesinos y pensad que el fundamento de la revolución lo constituye la clase obrera.»

Una rabia loca se apodera de Mao al conocer las decisiones supremas del partido. No comprende cómo Estalin, después de haber ordenado el alzamiento, manda ahora dar marcha atrás, deseando en secreto que el Kuomintang en bloque se adhiera a las tesis comunistas. Pero lo que más le choca es que los dirigentes del Kremlin se obstinen en ignorar el poder de la masa campesina y pretendan a cualquier precio que la revolución se apoye en el proletariado obrero. Mao Tse-Tung, que conoce mejor que nadie el coraje y la voluntad de la gente de su «raza» por ser él mismo un campesino del Hu-Nan, reacciona. Decide dar a conocer la lucha de esta clase campesina que todo el mundo parece querer ignorar y con esta finalidad publica el siguiente informe:

«Los campesinos han tomado como principales blancos a los señores locales, a los malos señores, y a los propietarios sin ley, atacando al mismo tiempo la ideología y las instituciones patriarcales, a los funcionarios corrompidos de las ciudades y las nefastas costumbres del campo. Este ataque posee la fuerza y la



El joven Chang Kai-Chek.
Liu Chao-Chi.

velocidad de una tempestad o de un tifón. Los que se someten salvan su vida y los que se le resisten la pierden. Como resultado de su acción los privilegiados feudales que existían desde hace varios miles de años son destruidos, el prestigio y la dignidad de los terratenientes desaparecen. Al derrumbarse su poder, el campesinado organizado se convierte en el único órgano de autoridad.»

«(...) Para decirlo con toda claridad, concluye Mao Tse-Tung, ha sido necesario hacer que el terror reine durante un corto período en todas las regiones rurales. De otra forma no hubiera sido posible suprimir las actividades de los contrarrevolucionarios en los campos ni derribar la autoridad de los señores locales. Para reparar una injusticia es necesario extralimitarse, y los daños no pueden ser compensados sin ir demasiado lejos.»

Mao es bastante elocuente. Cree demostrar que es posible acentuar la lucha apoyándose casi exclusivamente en la masa campesina. Pero nos vemos obligados a creer que sus argumentos y sus análisis no son lo suficientemente convincentes pues, de la noche a la mañana, tal vez a instancias de Moscú, es excluido del comité central del partido comunista chino y, por tanto, de la dirección del partido.

¡Qué importa! Va a continuar la lucha con «sus» campesinos, piensen lo que piensen los teóricos burocráticos del partido.

En este mes de agosto de 1927, Mao no es el único que quiere batirse a toda costa contra los hombres del Kuomintang. Aparte de las sublevaciones obreras que estallan en numerosas ciudades y que son reprimidas implacablemente por las tropas del Kuomintang, aparecen en todas partes focos de oposición dirigidos frecuentemente por oficiales comunistas del que hasta entonces era ejército conjunto de los blancos y de los rojos.

El primero de agosto, Ho-Lung, el antiguo comandante del vigésimo ejército, desata una revuelta militar en Nan-Chang. Después de haberse mantenido en la ciudad con sus tropas durante algunos días, se ve obli-

gado a emprender la huida al haberse señalado la presencia de importantes refuerzos nacionalistas. Acompañado de uno de sus fieles, Ye-Ting, intenta luego una expedición contra Sua-Teu que acaba en un sangriento fracaso. La huida le lleva esta vez a la provincia del Hu-Pei, donde otro de sus antiguos compañeros, Chu-Teh, acaba de organizar un foco de resistencia. En noviembre, tres meses después, las tropas de Ho-Lung y de Chu-Teh mandadas por este último, son reducidas a algunos centenares de hombres.

La primera manifestación armada de Mao Tse-Tung contra el nuevo régimen del dictador de Nankín se produce el 12 de septiembre del mismo año. Aquel día, rodeado de un puñado de campesinos, de mineros llegados de Hen-Yang y de algunos desertores del ejército nacionalista, Mao intenta apoderarse de Chang-Cha. Sus mal armadas tropas son diezmadas y los supervivientes, acosados sin cesar por el enemigo, logran alcanzar con gran esfuerzo la ciudad de Lei-Yang. Pensando que este refugio es poco seguro, Mao reune a sus fieles después de algunas horas de descanso y emprende una nueva retirada hacia el sur que finalizará en el macizo montañoso y árido de Chin Kan-Chan. Durante el invierno de 1927-1928, Mao, consciente de su propia debilidad, pasa largos días y largas noches preparando su futura táctica, táctica que se resume en este cuarteto:

Cuando el enemigo avanza, nos retiramos.
Cuando nos esquiva, le acosamos.
Cuando se retira, le perseguimos.
Cuando está cansado, le atacamos.

En el curso de este difícil y penoso invierno Mao comprende una campaña de seducción entre los campesinos de la región, lo que le permitirá alimentar a su pequeña tropa hambrienta. Por otra parte, entra en contacto con los jefes militares disidentes, con Ho-Lung que acaba de crear un embrión de soviet en el Hu-Pei, con Su Siang-Chiu y Chang Kuo-Tao que combaten en el Seu-Chuan, con Ye-Ting que se ha refugiado de

nuevo en Hai-Lo-Fen después de haber organizado, el 11 de diciembre, la sublevación de la «Comuna de Cantón», cuya implacable represión terminó en una matanza general.

Finalmente, Mao intenta establecer contacto con Chu-Teh, el jefe rojo de las incontables hazañas. Envía a su hermano menor, Mao Tse-Ming, a entrevistarse con él en el Kiang-Si. La respuesta de Chu-Teh es entusiasta: va a emprender inmediatamente el movimiento que ha de llevarle, a él y a su tropa, hasta el refugio de Mao en Chin Kan-Chan.

La marcha de Chu-Teh comienza en enero de 1928 y durante tres meses se suceden las emboscadas, escaramuzas y furiosos combates con los ejércitos enemigos que le persiguen. En la segunda semana de abril, llega al pie de la montaña Tsingkang. Cae la noche cuando el jefe rojo oye un grito lanzado por uno de sus hombres al descubrir una masa sombría en el horizonte. Chu-Teh mira a través de sus gemelos: es la «Primera División del Ejército de los campesinos y obreros chinos». Su bandera es roja con una estrella blanca sobre la que destacan una hoz y un martillo. El encuentro entre los dos ejércitos pasará a la historia.

¿Quién es este glorioso capitán que ha sembrado la derrota en el campo enemigo? El futuro jefe del ejército rojo tiene cuarenta y dos años y asombra a los que le ven por primera vez tanto por su gran estatura como por su fino bigote negro. Toda su vida ha sido una aventura. Tres años antes era un «Señor de la Guerra» que vivía lujosamente en un suntuoso palacio repartiendo su tiempo entre su harén, la bebida y la lectura. En 1921 caen en sus manos unos folletos revolucionarios que le causan una viva impresión y se decide a cambiar de vida. Al día siguiente, después de repudiar a sus mujeres y a sus numerosas amantes, parte hacia Sanghai donde sigue una cura de desintoxicación antes de embarcarse para Europa. Estudia en Alemania, en la Universidad de Magdeburgo, y luego en Francia y en Rusia, descubriendo el marxismo durante estos años. En 1925 vuelve a China y dos años después le encontramos junto

a Chu En-Lai en la sublevación de Nan-Chang. Al fracasar ésta se incorpora al «maquis» en compañía de su ayudante, un tal Lin-Piao.

Así como Mao es un brillante teórico de la revolución y un gran político, Chu-Teh es un fino estratega y un gran militar. A partir de ahora los dos jefes se reparten la tarea. Mao decide consagrarse exclusivamente a los problemas planteados por la organización y la implantación del partido, mientras Chu-Teh toma el mando del ejército.

Los dos ejércitos, el de Mao y el de Chu-Teh, a los que se une unos días más tarde el de Ye-Ting, se reagrupan para formar el IV Cuerpo de Ejército. En realidad no se trata de un verdadero ejército pues está compuesto por tan sólo tres mil quienientos hombres, mejor o peor armados, a los cuales conviene añadir unos siete mil campesinos del Hu-Nan insuficientemente equipados. Esta tropa es, por tanto, demasiado débil para intentar emprender cualquier acción de envergadura con posibilidades de éxito.

Sin embargo, el sexto Congreso del partido comunista chino, reunido en junio de 1928, se pronuncia a favor de una inmediata y espectacular acción que reconforte a los militantes que han sido sometidos a dolorosas pruebas en las sangrientas purgas de los dos años precedentes.

Mao y Chu-Teh se niegan categóricamente a correr los riesgos de una aventura semejante, cuyos resultados son fáciles de adivinar. A lo sumo, aceptan montar algunas operaciones de guerrilla en la retaguardia del enemigo. A finales de julio de 1928, el ejército rojo recibe un refuerzo inesperado en la persona de Peng Teh-Huai, general nacionalista que mandaba la escuela militar de Ping-Shiang, en el Hu-Nan, y que se ha rebelado al frente de varios regimientos. Sus tropas, unidas a las muy reducidas de Mao y de Chu-Teh, van a constituir el V Ejército rojo.

Ahora es cuando Mao decide pasar a la acción. Dejando al nuevo ejército de Peng-Teh-Huai en las montañas, parte con sus tropas hacia el Este y, después de

varias escaramuzas y emboscadas que le permiten arrebatar algunas armas al enemigo, llega a principios de febrero ante Tapo-Te, donde por primera vez va a enfrentarse en campo abierto con las tropas nacionalistas. Al final de la batalla el ejército rojo encaja un sangriento fracaso, casi una derrota. Mao y Chu-Te se retiran dejando unos dos mil muertos en el campo de batalla.

A finales del mismo mes, los restos del IV Ejército llegan a Tung-Ku y a Sing-Kuo y se instalan en estas dos ciudades que durante cerca de cinco años van a ser su base de operaciones.

En diciembre de 1929 el Comité central, desoyendo a Mao Tse-Tung, aprueba una moción que «pide» a los militares nuevos sacrificios. A principios de junio se lanza un ataque contra la ciudad de Chang-Cha que resulta un intento fallido y sangriento. Un mes más tarde, el V Ejército de Peng Teh-Huai consigue apoderarse de la plaza, luchando uno contra cuatro, y aplastar a la guarnición. Su victoria es efímera y diez días más tarde, ante la noticia de la llegada de un importante ejército nacionalista, se ve obligado a evacuar la ciudad y a reunirse a marchas forzadas con el IV Ejército de Chu-Teh.

Ante este segundo fracaso Mao toma la determinación de hacer caso omiso de las instrucciones del Comité central del partido y tener en cuenta únicamente las decisiones de sus jefes militares, en especial la de su fiel Chu-Teh. En consecuencia, durante los meses siguientes los dos hombres van a entregarse a la reorganización de sus fuerzas y a la implantación de su política en el mundo rural.

El mismo Mao define su estrategia en su libro *La Estrategia de la Guerra revolucionaria:*

«Resulta muy claro que la orientación estratégica que nos conviene adoptar en este momento consiste en oponernos a las aventuradas operaciones ofensivas tanto como al conservadurismo de las acciones defensivas y en distribuir nuestras fuerzas. Nos declaramos en contra del «guerrillerismo» del Ejército rojo, pero de-

bemos admitir su carácter de guerrilla. Nos oponemos a las campañas largas y a una estrategia de decisión rápida, y en cambio creemos en una estrategia de guerra larga y en las campañas de decisión rápida. En la misma medida en que somos contrarios a los frentes establecidos y a la guerra de posiciones, creemos en los frentes fluidos y en una guerra de maniobra. Estamos en contra de la formación de importantes retaguardias y creemos en las retaguardias ligeras. No somos partidarios del mando totalmente centralizado, pero creemos en un mando relativamente centralizado. No estamos de acuerdo con un punto de vista puramente militar, antes al contrario pensamos que el Ejército rojo debe ser un organismo de propaganda y un factor de la organización del poder popular. Estamos en contra del pillaje y creemos en una estricta disciplina política. Nos oponemos al sistema de los Señores de la Guerra y creemos en una organización democrática dentro de ciertos límites (es decir, en la medida en que esto es compatible con la naturaleza de una organización militar), y en la disciplina militar...»

Mao pasa de la teoría a la práctica. Los nuevos reglamentos del Ejército rojo, son votados por los mismos soldados reunidos en un vasto mitin. La pena de muerte es requerida para el entendimiento con el enemigo, el asesinato, la violación, la deserción de las armas, la desobediencia ante el enemigo, la revelación de los secretos militares y el pillaje. Esta estricta disciplina responde a una doble necesidad. Por una parte, naturalmente, dotar al ejército de la mayor eficacia; por otra parte, ganarse las simpatías de los campesinos, poniéndoles en contacto con un ejército que, por primera vez en la historia de China, no se dedica a matar, saquear y violar. A estas reglas fundamentales se añaden otras ocho, dictadas por la misma preocupación de atraerse las simpatías de los campesinos:

1. Repón en su lugar todas las puertas cuando dejes una casa (en China, en el campo, se quitan las puertas por la noche para utilizarlas como tablas de separación en las cuadras).

2. Vuelve a colocar en su sitio la paja sobre la que has dormido.
3. Sé educado y cortés con el pueblo y ayúdale siempre que puedas.
4. Devuelve todo lo que te presten.
5. Repón todo lo que rompas.
6. Sé honrado en las transacciones que hagas con los campesinos.
7. Paga todo lo que compres.
8. Sé higiénico y, en especial, instala las letrinas lejos de las viviendas.

Estas medidas no tardan en revelar su eficacia. Independientemente del hecho de que los rojos expulsen a su paso a los señores que tiranizan a los campesinos y de que procedan a la redistribución de las tierras, pongan en fuga a los recaudadores de impuestos, entreguen nuevos títulos de propiedad, liberen a las mujeres de su servidumbre, prohíban la prostitución y el consumo del opio y den la libertad a los esclavos, el comportamiento del Ejército rojo basta por sí solo para atraerse a los campesinos a la «justa causa».

En diciembre de 1930, Chang Kai-Chek, soliviantado por las fanfarronadas de Mao, decide acabar con sus hazañas. Lanza la «Primera campaña de exterminio» en la que participan cien mil hombres perfectamente equipados. Estas tropas, divididas en ocho columnas, se dirigen a marchas forzadas hacia el refugio de los ejércitos rojos situado en el sudeste del Kiang-Si. La batalla va a durar cinco días, del 27 de diciembre de 1930 al 1.º de enero de 1931, y permitirá a Mao dar prueba de su genio militar y llevar a la práctica sus ideas sobre la estrategia revolucionaria. Atacando por separado a las columnas enemigas, aplastando a una y volviéndose a continuación contra otra, inflige tales reveses a los nacionalistas que éstos se baten en retirada perseguidos durante cientos de kilómetros por pequeños comandos que multiplican sus emboscadas y operaciones de hostigamiento hasta convertir la retirada del enemigo en una franca desbandada. Nueve mil «blancos» son hechos prisioneros, y entre ellos se encuentra un general.

Para demostrar la superioridad y la determinación de la revolución comunista, Mao ha ideado una táctica particularmente astuta para emplearla con los prisioneros. Se les trata con gran corrección, se cura a los enfermos y luego se les «invita» a participar en un mitin en el que se explican las metas y las razones profundas de la revolución de los obreros y de los campesinos. Después se les propone integrarse en el Ejército rojo. Los que aceptan se incorporan inmediatamente y los que se niegan son puestos en libertad. Los rojos piensan que los prisioneros liberados, transformados psicológicamente, servirán de agentes de propaganda y sembrarán la duda y el escepticismo.

A pesar de este fracaso, Chang Kai-Chek no renuncia a sus propósitos y, en la primavera, lanza la «Segunda campaña de exterminio». Cerca de doscientos mil hombres, repartidos en tres ejércitos y en cinco divisiones, se adentran en las regiones controladas por los comunistas guiados por el propio ministro de la Guerra. Pero se vuelven a cometer los mismos errores que en la campaña anterior y, en lugar de atacar con el grueso de las fuerzas, su jefe las divide en siete columnas que, en principio, deben rodear al enemigo. Como no ha cambiado la maniobra de los blancos, no existe motivo alguno para que Mao modifique su táctica. Después de haber dejado que los nacionalistas se infiltren peligrosamente en su dispositivo, Mao pasa al ataque hostigándoles por la izquierda y por la derecha, efectuando una falsa retirada hacia un terreno escogido de antemano para revolverse luego y dar el golpe decisivo a su adversario, con lo que se asegura la victoria. Esta campaña, iniciada en 16 de mayo, termina quince días más tarde con un triunfo resonante de los comunistas. Capturan veinte mil fusiles y gran cantidad de material, y miles de blancos son hechos prisioneros. Muchos de ellos se alistarán en el Ejército rojo.

Chang Kai-Chek se encarga personalmente de la preparación de la «Tercera campaña de exterminio de los bandidos rojos». En ella van a intervenir trescientos mil hombres, apoyados por doscientos cañones y cien aviones pilotados en su mayoría por mercenarios extranjeros. Para hacer frente a esta ofensiva Mao no dispone más que del III y el XII Ejército, mandados por él mismo, del XX de Peng Teh-Huai, del V de Huang Kung-Lu y del VIII de Chen-Yi. En cuanto a su aviación, se compone de tres viejos aparatos pilotados por aviadores chinos poco experimentados.

Una vez más, Mao Tse-Tung y Chu-Teh deciden compensar su inferioridad con la movilidad de sus tropas. Sus ejércitos maniobran en plena noche para situarse a espaldas del enemigo. Pero su plan es descubierto por el enemigo. Afortunadamente para Mao, el ejército nacionalista, excesivamente lento, pierde toda una jornada en maniobrar. Al llegar la noche, los treinta mil soldados rojos consiguen deslizarse entre dos divisiones enemigas y desandar el camino. Así logran salir de una situación muy comprometida colocándose ante cuatro divisiones nacionalistas. Mao, con su antigua táctica, lanza a sus tropas sucesivamente contra cada una de las divisiones enemigas y las destruye.

Apenas ha terminado esta serie de combates cuando el grueso del ejército nacionalista cae sobre la retaguardia roja, pero los comunistas, amparándose en la oscuridad de la noche, se refugian en las montañas. El enemigo pierde sus huellas y no se produce ningún combate durante quince días. Las tropas nacionalistas comienzan a dar señales de fatiga y de indisciplina y Chang Kai-Chek ordena la retirada.

Mientras tanto, se produce un acontecimiento que aportará una paz total a los hombres de Mao durante año y medio. Se trata del incidente de Mukden.

En el mes de agosto de 1931, a consecuencia de un error, un oficial japonés que patrullaba de paisano por una callejuela de Mukden es detenido y ejecutado al instante por la policía del Kuomintang que le había tomado por un agente comunista. Los japoneses protestan ante Chang Kai-Chek, quien presenta oficialmente sus excusas y promete una reparación material. El 18 de septiembre, cuando se cumple un mes justo de la muerte del oficial, las tropas del Imperio del Sol Na-

ciente, escudándose en el tradicional pretexto de la «provocación», entran en Mukden y desarman rápidamente a la guarnición. El 21, Chang Kai-Chek informa a la Sociedad de Naciones y ésta envía una comisión investigadora al lugar del incidente.

Esta será la única protesta oficial del dictador chino contra los japoneses. Después asiste en silencio al derrumbamiento de sus tropas en Manchuria y, lo que es peor, ordena que se retiren para evitar todo enfrentamiento entre los dos ejércitos. El primero de marzo de 1932 Chang Kai-Chek acepta incluso la creación de un Estado fantoche, el Manchukuo, al que se anexiona la provincia china de Jehol. Los japoneses ponen al frente de este Estado a Pu-Yi, el último emperador de China.

Aunque Chang Kai-Chek no parece excesivamente impresionado ni alarmado por esta amputación de una parte del territorio nacional, los comunistas se muestran escandalizados. Después de la Tercera campaña de exterminio, los ejércitos rojos se han desarrollado y modernizado y continúan extendiendo su influencia a zonas cada vez mayores. El partido comunista chino es ahora una fuerza real que ejerce su poder y aplica sus métodos sobre una superficie ocupada por unos veinticinco millones de chinos.

Consciente de su fuerza, Mao decide dar un paso más. En noviembre de 1931, mientras Chang-Kai-Chek intenta sacarse la espina japonesa, se proclama el gobierno soviético chino a instancia de los dirigentes del PCC que se ha reunido en Jui-Kin. Mao es nombrado presidente a propuesta de Chu En-Lai y de Liu Chao-Chi. El 7 de noviembre nace la República soviética de China que cubre una parte del Kiang-Si y del Fu-Kien. Moscú, que ha comprendido sus errores un poco tarde, condena formalmente a los desviacionistas, en los que el Kremlin confiaba hasta entonces, y se concilia con Mao Tse-Tung, «el nuevo héroe de la revolución proletaria».

10

¡CAMINAREMOS!

Mao Tse-Tung aprovecha este período de calma para hacerse de nuevo con el aparato político del partido y para consagrarse a las cuestiones económicas, mientras Chu-Teh emprende una nueva reorganización del Ejército rojo. Sus efectivos han aumentado considerablemente y se compone ahora de dieciocho ejércitos, en total unos trescientos mil hombres, armados con unos ciento cincuenta mil fusiles, cerca de diez mil pistolas, ochocientas ametralladoras, ciento cincuenta morteros y setenta y cinco cañones. Recibe incesantemente refuerzos y a finales de 1931 es un ejército completo de Chang Kai-Ckek, el XXVIII, el que deserta para pasarse íntegro a las filas comunistas.

Encontrándose ante una situación semejante, Chang Kai-Chek escoge el mal menor. Dejando que los japoneses ocupen una parte del país, decide lanzar el ataque decisivo para librarse de los comunistas. Aconsejado por oficiales alemanes, en especial por Falkenhausen, va a proceder esta vez por etapas. La primera consiste en eliminar los innumerables islotes de resistencia diseminados por todo el territorio chino, y en su realización obtiene una serie de pequeños éxitos, explotados al máximo por sus servicios de propaganda. Acto seguido, en abril de 1933, lanza la «Cuarta y última campaña de exterminio», montada con unos medios más poderosos que los de las anteriores. Pero la capacidad de maniobra de los comunistas, la determinación

de sus tropas y el genio estratégico de los jefes rojos provocan una nueva derrota de los ejércitos nacionalistas, muchos de los cuales son aniquilados totalmente, otros se desbandan antes de entrar en combate o se pasan con armas y bagajes al enemigo.

«Es la mayor humillación de mi vida», declara Chang Kai-Chek al conocer la magnitud del desastre. Con anterioridad, se había producido un hecho que permitió al jefe del Kuomintang consagrarse plenamente a la lucha anticomunista. El 5 de mayo de 1932, Chang Kai-Chek firmó en Sanghai un tratado de paz con el Japón en el que se confirmaban las anexiones territoriales y la ocupación militar de una parte del país. Este tratado ponía fin a una «campaña» de ocho meses, marcada especialmente por constantes huelgas y por numerosas manifestaciones antijaponesas, la más importante de las cuales, organizada el 4 de noviembre de 1931 por los estudiantes de Nankín, fue reprimida salvajemente por la policía del Kuomintang. En el plano militar, el único hecho digno de mención fue la defensa de Sanghai efectuada por el XIX Ejército nacionalista, que logró contener y rechazar a las tropas japonesas, más numerosas y mejor equipadas.

La «Quinta campaña de exterminio» está preparada personalmente por Chang Kai-Chek y va a dirigirla él mismo sobre el terreno. Novecientos mil hombres apoyados por cuatrocientos aviones, carros blindados y artillería van a participar en ella.

En esta ocasión, aconsejado eficazmente por Falkenhausen, no se van a cometer los mismos errores. Antes que nada, emprende el cerco total del «reducto» comunista del Kiang-Si. El avance de los nacionalistas es lento pero seguro. Empleando la táctica de la tierra quemada y apoyándose en una línea concéntrica de fortines, Chang Kai-Chek va estrechando el cerco día a día. Este asedio gigantesco va a durar cerca de un año. Para los rojos, la situación se hace insostenible. Miles de ellos mueren de hambre y no pueden esperar ninguna ayuda del exterior pues los campesinos comienzan a tener miedo. Es la agonía. Mao Tse-Tung es parti-

dario de abrise paso a través del enemigo: «Es preciso salir antes de que sea demasiado tarde». Sin embargo, los otros jefes no son del mismo parecer y, animados por los éxitos conseguidos en las cuatro campañas anteriores, piensan que no existe ningún motivo para que la fortuna deje de sonreírles. Y como las decisiones militares están sometidas a votación, triunfan sus planes.

Muy pronto se demuestra que era correcta la apreciación de Mao. Los pocos ataques realizados contra laretaguardia y los flancos del enemigo resultan desastrosos, y, al cabo de un año de continuos fracasos, los líderes comunistas se ven obligados a adherirse a la postura de Mao. Hay que abandonar el reducto del Kiang-Si que de día en día se va transformando en una espantosa ratonera.

El 11 de octubre de 1934, los principales jefes del Ejército rojo se reúnen en torno a un inmenso mapa de China para escuchar el plan de Mao:

«Según las informaciones que han logrado hacernos llegar nuestros observadores avanzados, el punto débil del dispositivo enemigo se encuentra en el límite del Hu-Nan, del Kiang-Si y del Kuang-Tung, en un sector ocupado por unas otropas a las que el Estado Mayor enemigo considera poco seguras. Se trata, pues, de escapar de la ratonera por esta región mal defendida, habiendo montado con anterioridad una importante operación de distracción destinada a atraer la atención del enemigo y a obligarle a concentrar sus reservas en el punto elegido.

— ¿Y a dónde iremos? —pregunta Chu-Teh.

— Iremos al norte del país. Instalaremos nuestro campamento en las montañas que dominan el río Amarillo. Esta es la única región que nos conviene en la medida en que su relieve natural la convierte en una fortaleza inexpugnable y en que, por otra parte, está situada a miles de kilómetros de las bases estratégicas del Kuomintang. Es cierto que los japoneses se encuentran allí, pero no nos costará mucho desalojarles. Esta lucha contra el invasor será un motivo más para que la población nos aporte su ayuda.

— Pero el Chen-Si está a más de diez mil kilómetros, interviene de nuevo Chu-Teh. ¿Cómo nos las arreglaremos para llegar allí?

—Caminaremos.»

En la noche del 16 de octubre de 1934 unas sombras silenciosas se deslizan en la oscuridad de la noche Son los diez mil hombres del VI Ejército del general Siao-Ke, los primeros en atravesar las líneas enemigas. Cuando al día siguiente se levante la aurora en las colinas del Kiang-Si, unos cien mil soldados y campesinos, acompañados por varios millares de mujeres y niños, habrán conseguido escapar de la trampa. Unos días más tarde, Chang Kai-Chek entra como un gran vencedor en Jui-Kin, la capital de la República soviética del Kiang-Si. Sonriendo, el generalísimo del Kuomintang anuncia al mundo el aplastamiento definitivo de los bandidos rojos y el aniquilamiento del comunismo en China.

Bajo la luz de las estrellas, la inmensa columna de fugitivos marcha por los solitarios caminos del Kuang-Tung. Es una lenta y larga marcha, pues aunque los cincuenta mil soldados regulares del Ejército rojo aguantan perfectamente el ritmo infernal impuesto por Mao, no sucede lo mismo con los millares de campesinos que, acompañados de sus mujeres y de sus hijos, han querido seguirles por temor a las represalias del Kuomintang. En estos primeros días de octubre, el Ejército rojo en retirada nos ofrece una curiosa imagen. La mayoría de los hombres, incluso los militares, van cubiertos de harapos y tan sólo una estrella roja de tela groseramente recortada distingue a los militares de los civiles. Para no frenar la marcha, los jefes comunistas se han visto obligados a destruir y a abandonar la mayoría de las armas pesadas capturadas al enemigo en duros combates. La única carga, aparte del tesoro de guerra del partido, son una imprenta y lo esencial de los archivos.

A principio de diciembre, dos meses después de emprender la marcha, Mao y sus hombres, hostigados sin cesar por las tropas nacionalistas durante la travesía del Kuang-Tung y del Hu-Nan, se refugian en las montañas

del Kuang-Si y del Kuei-Cheu, cuyos caminos, aunque más difíciles, les ofrecen mayor seguridad. Quince días más tarde, se ven obligados a abandonar la protección de la montaña y a descender al valle para atravesar el temible obstáculo formado por el río Wukiang: puentes destruidos, aguas agitadas por las crecidas, y el enemigo esperando en la otra orilla.

El 11 de diciembre, al amanecer, Mao reúne a sus compañeros y les pasa revista, descubriendo que, cuando apenas acaban de recorrer un tercio del trayecto, ya se han producido siete mil bajas. Las mujeres y los niños han sido los primeros en abandonar, y muchos de los presentes, atenazados por el hambre y la sed, no están en condiciones de combatir. Sin embargo, Mao les dice que es preciso luchar para pasar el río y ganar su libertad. Por tres veces intentan los comandos de voluntarios, embarcados en balsas improvisadas, alcanzar la otra orilla, pero el enemigo, atrincherado en los acantilados, barre a los asaltantes con un fuego nutrido y mortífero. Finalmente, en la noche del primero de enero, una compañía logra desembarcar al otro lado y mantenerse en él a duras penas. Cuando dos días más tarde las tropas del Kuomintang se baten en retirada los rojos toman posesión de la sangrienta orilla y hacen el balance de esta terrible operación: cerca de trece mil muertos y otros tantos heridos.

Pasado el Wukiang, el Ejército rojo, cuyas filas presentan cada vez mayores claros, recorre a continuación cerca de quinientos kilómetros hacia el norte para llegar a la frontera del Sseu-Chuan en donde piensan tomar algunos días de descanso. Pero en cuanto cruzan esta frontera Chu En-Lai, que manda las unidades de vanguardia, llega al puesto de mando de Mao y le informa de que numerosas unidades del Kuomintang se encuentran emboscadas a algunos kilómetros. El Ejército rojo da media vuelta y a marchas forzadas, durante tres días y tres noches, se dirige hacia el sur y hacia la ciudad de Tsuenyi, donde tiene la seguridad de encontrar víveres y poder descansar algunas horas. Por otra parte, durante toda la *Larga Marcha*, los observadores avan-

Chu En-Lai, Mao T'se-Tung y Chu-Teh en su base de Yenan.

zados de Chu En-Lai descubrirán numerosas emboscadas tendidas por los nacionalistas.

Tsuenyi está defendida por más de tres mil hombres, todos ellos bien armados. El 6 de enero de 1935, doscientos cincuenta hombres reciben la orden de asaltarla. Para cumplir esta misión, el oficial que manda el destacamento va a emplear una estratagema tan vieja como la guerra.

A las once de la noche, el centinela apostado en la torre de vigilancia que domina las fortificaciones de la ciudad oye un ruido confuso de voces y unos instantes después distingue una pequeña tropa que se acerca a la puerta.

— ¡Alto! ¿Quién vive?

— ¡Somos de los vuestros!

— ¿De qué regimiento?

— Pertenecemos al batallón del puesto avanzado. Hemos sido atacados por los bandidos comunistas. Yo soy el capitán de la primera compañía y he conseguido escapar con algunos de mis hombres. ¡Abridnos! ¡Rápido! ¡Nos persiguen!

Se abre la puerta y unos soldados, que lo único que tienen de nacionalistas es el uniforme, entran, lo que sigue es fácil de imaginar: centinelas silenciados, oficiales apresados mientras duermen y llegada de la retaguardia que ocupa la ciudad, detienen a los representantes del Kuomintang, se apoderan de los stocks de armas y de municiones...

El Ejército rojo va a efectuar una importante parada en Tsuenyi. Mientras los jefes militares reorganizan sus unidades (han muerto veinticinco mil hombres desde que salieron del Kiang-Si), los líderes del partido celebran una importante reunión política. Mao Tse-Tung, que ha sido reconocido finalmente por Stalin, es nombrado miembro del Comité central del PCC. De hecho, no se trata de una promoción, sino más bien de una rehabilitación.

Profundamente emocionado, Mao entra en su cabaña donde le espera su joven mujer, su segunda mujer, con la que se casó en los años gloriosos de la República de

Kiang-Si. Le anuncia la noticia y le dice también que al día siguiente proseguirán su marcha hacia el norte. Cinco horas después muere ella a causa de la fatiga y del agotamiento.

Después, el Ejército rojo pasa de nuevo el Wukiang, atraviesa rápidamente la provincia de Kuei-Cheu y llega al Hu-Nan donde se les incorporan las fuerzas de un señor local, comunista no muy convencido. Fortalecido con estos inesperados refuerzos, Mao logra cruzar el Kinchakiang, un río mucho más temible que el Wukiang, y penetra en la provincia del Si-Kiang donde se ven detenidos durante algunos días por un obstáculo infranqueable: el río Tatu. Nunca se ha encontrado Mao en una situación tan crítica. Con un poderoso ejército nacionalista pisándole los talones se ve bloqueado por este río cuya otra orilla está defendida por varios regimientos enemigos. El Tatu, cuyo caudal ha aumentado a causa de las crecidas, no es vadeable y el único puente metálico existente está en manos del enemigo. Entonces es cuando uno de los observadores avanzados de Chu En-Lai informa de que hay un transbordador totalmente intacto en una ciudad situada a unos veinte kilómetros. Se destaca una patrulla para que vaya a buscar este don de la Providencia que permitirá efectuar varios transbordos bajo un intenso fuego enemigo antes de ser hundido. Cuando esto sucede, ya han desembarcado en la otra orilla cerca de cuatro mil hombres. El resto de las tropas pasará al otro lado, amparándose en la noche, por lo que queda del puente metálico que ha sido destruido por los nacionalistas.

Después del agua, los hombres de Mao se enfrentan con las nieves eternas de las Grandes Montañas Nevadas situadas en la frontera del Si-Kiang y del Sseu-Chuan. Los supervivientes del Kiang-Si van a emplear todo un mes en franquearlas antes de derrumbarse, agotados y medio muertos de hambre y de frío, en un pueblecito. Mao consciente de la terrorífica situación en que se encuentra su ejército concede tres días de descanso, cosa que todavía no se había producido desde que iniciaron la marcha.

Y más allá de las montañas se elevan otras montañas, y después de los ríos vienen otros ríos. Cuando llega el verano, las filas se han deshecho. El 20 de junio de 1935, a los ocho meses de marcha, la columna de Mao se funde con las tropas de un revolucionario local. Las dos columnas unidas descansan algunos días y luego continuan su camino para llegar, el 20 de octubre de 1935, a su nueva base de operaciones, el Chen-Si. Más tarde llegan las otras columnas del Ejército rojo, que han partido de diferentes puntos del país. La Larga Marcha se ha terminado. Pero a qué precio.

Es cierto que han sobrevivido todos los jefes, Mao Tse-Tung, Chu-Teh, Chu En-Lai, Chen-Yi, Lin-Piao y Peng Teh-Huai, pero cuando se pasa lista el 20 de octubre de 1935 al pie de la Gran Muralla, de los ciento treinta mil comunistas que partieron del Kiang-Si el 16 de octubre de 1934 tan sólo responden veinte mil. Entre los supervivientes no hay más que nueve mujeres.

El Ejército rojo ha franqueado dieciocho cadenas montañosas, veinticuatro grandes ríos, doce provincias diferentes y ha aniquilado diez ejércitos nacionalistas en unas regiones que no habían sido holladas por ningún ejército chino desde hacía cientos de años.

Dejando aparte sus recuerdos, Mao se pone en seguida a trabajar. Ayudado por Chu En-Lai, que cumple las funciones de ministro de Hacienda, de Economía, de Agricultura y de Planificación, secundado por Chu-Teh que intenta reorganizar lo que queda del Ejército rojo, Mao endereza rápidamente el timón de la nave. En algunos meses, aprovechando el respiro que le da provisionalmente Chang Kai-Chek, transforma a la nueva República soviética del Chen-Si en un Estado modelo, mejor organizado y más poderoso que la República del Kiang-Si...

La odisea de la Larga Marcha, difundida de provincia en provincia, se esparce por las grandes ciudades. En Pekín, en cuanto reciben los primeros detalles de esta fantástica aventura, los estudiantes preparan una manifestación de simpatía.

El 9 de diciembre de 1935, día previsto para esta ma-

nifestación, un clima de fiebre se apodera de la ciudad. A los varios centenares de estudiantes que se agrupan ante el palacio de Invierno, se unen pronto miles de personas que, lanzando gritos de «¡Guerra al Japón!» y de «¡Un chino no lucha contra otro chino!», ocupan durante varias horas las grandes arterias urbanas. El 16 de diciembre, una segunda manifestación, organizada también por los estudiantes, obtiene un éxito de mayor resonancia.

El mismo día se producen manifestaciones semejantes en otras ciudades y especialmente en Nankín, Tien-Tsin, Sanghai, Cantón y Hankeu.

Ciertamente no todos los manifestantes son comunistas, pero tratan de expresar sus sentimientos nacionalistas, heridos por la ocupación japonesa, tanto como su desprecio hacia Chang Kai-Chek.

Nunca ha sido tan impopular el dictador chino. Siendo un general, no ha logrado dominar la rebelión de los «bandidos rojos». Como gobernante ha fracasado, pero nunca se ha extendido tanto la corrupción como bajo su gobierno. En este año de 1935, el 70 por 100 de los capitales chinos se encuentra en las manos de cuatro familias, los Chang, los Chen, los Kung y los Soong. La última de ellas es ilustre por otro motivo. Una de las tres hijas Soong es la viuda de Sun Yat-Sen, el padre de la revolución, y otra es la mujer de Chang Kai-Chek. Siendo jefe de Estado, a pesar de algunas realizaciones de escaso alcance, se desentiende de los asuntos del país. Siendo revolucionario, se aleja deliberadamente de los principios de Sun Yat-Sen, que debían, en principio, presidir su gobierno. Finalmente, siendo un patriota, multiplica las concesiones a los japoneses. En junio de 1935, les «entrega» todo el Hu-Pei, evacua el Chahar y llega incluso a predicar la confraternización con los «hermanos japoneses».

Abandonado por los intelectuales y los estudiantes que le acusan de haber traicionado la revolución de 1911, despreciado por el pueblo que no le perdona su debilidad ni el no haber reaccionado ante el invasor, Chang Kai-Chek ve cómo su estrella palidece día a día.

11

ENTRE LA LUCHA ANTIJAPONESA Y LA GUERRA CIVIL

Atrincherado en su puesto de mando de Ye-Nan, Mao percibe con toda claridad las ventajas que le ofrece la situación del momento. Si se presenta como el campeón de la lucha antijaponesa y logra canalizar la vasta corriente nacionalista que domina actualmente el país, podrá ganarse las simpatías de todos, incluso las de los anticomunistas radicales. Este es el motivo de que el primero de agosto de 1935 el Partido Comunista Chino declare la guerra al Japón y lance una llamada en pro de «la unión para expulsar al invasor».

El primer eco de esta llamada lo constituyen las decenas y decenas de «maquis» que se han formado espontáneamente en las regiones ocupadas por el enemigo. Estas diferentes guerrillas, dirigidas por un cierto Yang Tsing-Yu, se agrupan en un «Nuevo Ejército aliado antijaponés». Por otra parte, el ejército de Chang Kai-Chek no es insensible a esta llamada. La mayoría de sus jefes no llegan a comprender la política de inmovilismo frente al invasor practicada por el generalísimo. Muy pronto comienzan a producirse deserciones a favor del Ejército rojo y nace una inesperada confraternidad entre dos ejércitos que hasta ayer mismo se libraban una lucha sin cuartel.

Así, a lo largo de todo este año de 1936, mientras Liu Chao-Chi, que ha vuelto de Moscú transformado en el agitador número uno del partido, multiplica en las ciudades las huelgas y las manifestaciones, la paz de los

campos no se ve alterada prácticamente por ningún combate entre «rojos» y «blancos».

Entonces es cuando se produce el incidente de Sian, una ciudad situada a unos doscientos cincuenta kilómetros al sur de Ye-Nan, el puesto de control rojo, y donde se ha instalado el estado mayor del ejército del Kuomintang dirigido por el general Chang Siu-Liang.

El 3 de diciembre de 1936, los jóvenes oficiales de la guarnición, empujados por sus soldados, obligan a su jefe a montar una operación contra la guarnición de los japoneses que ocupan Pai-Ling-Miao. Las tropas chinas conquistan la ciudad en algunas horas y pasan a cuchillo a los soldados nipones. Como es natural el embajador japonés protesta enérgicamente ante Chang Kai-Chek y éste monta en cólera. El jefe del Kuomintang está convencido de que los comunistas han implantado sus células en la guarnición de Sian y tanto para demostrar su buena voluntad a los japoneses como para castigar a los culpables, decide presentarse en la ciudad. El 7 de diciembre llega a Sian, reúne a los oficiales y les comunica que próximamente lanzará desde allí la «Sexta y última campaña de exterminario». En esta campaña no intervendrán las tropas acontonadas en Sian, precisa el generalísimo, ya que con su indisciplina han puesto de manifiesto que no son dignas de confianza.

El general Chang Siu-Liang, militar disciplinado y profundamente anticomunista, herido en su amor propio por estas declaraciones envía un mensajero al puesto de mando del Ejército rojo para que pida instrucciones a Chu En-Lai, con quien mantiene relaciones «fraternales» bajo el pretexto de la confraternidad antijaponesa.

Chu En-Lai y Mao Tse-Tung no dan crédito a sus ojos. ¡El comandante en jefe de las tropas nacionalistas del norte de China les pide instrucciones! ¿Qué hacer? ¿Apoderarse del jefe del Kuomintang y asesinarle? Esto no parece difícil, pero ¿y después? Los dos jefes comunistas rechazan esta posibilidad. Prefieren tratar con él, organizar un frente conjunto antijaponés y, una vez que hayan expulsado al invasor, saldar definitivamente sus cuentas.

En la medianoche del 11 de diciembre Chang Siu-Liang, siguiendo los consejos de Chu En-Lai, entra en el aposento de Chang Kai-Chek y le anuncia que está arrestado.

«El futuro del país, le dice, exige negociar con todos los partidos».

A las diez de la mañana del día siguiente, Chang Kai-Chek se encuentra sentado ante una mesa en compañía de su carcelero y de un tercer personaje, Chu En-Lai. Este último, cubierto con su famoso gorro en el que destaca la estrella roja, una débil sonrisa en sus labios, es el primero en hablar. Transmite las proposiciones de Mao Tse-Tung. El partido comunista se compromete a dar por terminada la secesión del Estado independiente del Chen-Si y a reconocer la autoridad suprema de Chang Kai-Chek con tal de que éste firme un armisticio y se obligue a formar un frente común contra los japoneses.

El jefe del Kuomintang acepta finalmente estas proposiciones, que no tienen nada de desmesurado y responden a los deseos de la mayoría del pueblo chino. Este «compromiso» es una nueva victoria de Mao, quien al aceptar el sucidio de su partido demuestra que el interés supremo de los comunistas es la salvación de la patria.

Puesto en libertad, Chang Kai-Chek cumple su palabra y, el 7 de julio de 1937, declara la guerra a los japoneses. Por otra parte, se ve obligado a hacer esta declaración de guerra tras el incidente acaecido en el puente Marco Polo, en las afueras de Pekín, a primera hora de la mañana. Una pequeña tropa japonesa que pasaba sobre el puente es atacada y aniquilada por elementos «incontrolados» del ejército nacionalista. Este incidente, que coloca a Chang Kai-Chek ante el hecho consumado, provoca la ruptura de relaciones diplomáticas por parte de los japoneses y el comienzo de las hostilidades.

Las tropas niponas, barriendo rápidamente las escasas y débiles guarniciones chinas, algunas de las cuales resisten heroicamente hasta la muerte, inician el 7 de julio su marcha hacia el Sur, hacia Sanghai, adonde llegan el 13 de agosto convencidas de que su conquista es una cuestión de horas. Pero no será así. Galvanizada por el acuerdo Mao-Chang, toda la población, obreros, estudiantes, intelectuales y ricos comerciantes, se lanza a las barricadas y comienza una resistencia encarnizada que sorprende y contiene a los japoneses durante cerca de tres meses.

El 20 de agosto de 1937, a miles de kilómetros de allí, una larga fila de soldados se estira sobre la carretera de Ye-Nan acompañada y aclamada por la población de la ciudad: es el Ejército rojo, transformado después de la tregua en el VIII Ejército regular, que parte a la guerra. Conducido por Chu-Teh, que cuenta con la ayuda de Lin-Piao, este ejército no se parece en nada al que antaño combatía en las montañas del Kiang-Si, o al que tres años antes efectuaba la Larga Marcha. Ahora es un ejército mucho más temible, mejor entrenado y bien equipado, cuyos hombres tienen por primera vez un uniforme. Todo esto se debe principalmente a los dos años de calma que han permitido a Chu-Teh reorganizar sus fuerzas.

El VIII Ejército se dirige hacia el este en busca de los japoneses. En la noche del 24 de septiembre, los observadores de Lin-Piao informan de la llegada de un poderoso ejército nipón y, aunque sus fuerzas son inferiores en número, Chu-Teh decide atacar. Protegido por la oscuridad, sitúa sus tropas, unos treinta mil hombres, en las escarpadas pendientes del desfiladero de Ping-Shing-Kuan, por donde el enemigo se verá obligado a pasar al día siguiente por la mañana. Al amanecer, según lo previsto, la imponente columna japonesa penetra en el desfiladero, abriendo marcha la infantería seguida de algunos carros y de una importante artillería. La emboscada es un éxito total. Los japoneses, atrapados en esta ratonera infernal, son aplastados en algunas horas. Al terminar el combate, el VIII Ejército ha capturado un importante botín con el que va a doblar su potencial militar. El Japón acaba de sufrir su primera gran derrota sobre el suelo chino. No será la última.

Esta victoria comunista aumenta el prestigio creciente

de Mao Tse-Tung y de su partido. En su puesto de mando de Ye-Nan, desde donde coordina las operaciones militares, recibe noticias de que por todo el país se están formando «maquis» rojos que quieren reunirse con el VIII Ejército. Algunos, especialmentre los del Hu-Nan y del Kiang-Si, son tan importantes que los dirigentes comunistas, en lugar de incorporarles a un ejército ya existente, deciden formar con ellos uno nuevo. Este será el IV Ejército, que operando en un terreno cuyos senderos, barrancos y colinas les son familiares, va a hacer sufrir al invasor una serie de sangrientos reveses.

De hecho, sólo el Ejército Rojo, o más exactamente el VIII Ejército y el IV, lucha contra los japoneses y,aunque de vez en cuando algunos elementos del ejército regular del Kuomintang chocan con el enemigo, los únicos partes de victoria pertenecen a los hombres de Mao Tse-Tung. Chang Kai-Chek, después de haber instalado sucesivamente su gobierno en Sanghai y en Hankeu, acaba de establecerse en Chung-King, en la punta más occidental del país, casi en la frontera de la Indochina francesa, y parece estar sumergido en una inactividad total.

Su actitud no es del todo equivocada. Por un lado, recibe una importante ayuda militar de los maericanos a través de Indochina y de Birmania, lo que le permite reforzar el material de sus tropas; por otro se beneficia también del apoyo de los rusos, ya que no de su amistad. El 21 de agosto de 1937, Stalin firma con el líder nacionalista un tratado de paz y de no agresión acompañado de un importante envío de armas y hasta de algunos aviones.

En consecuencia, Chang Kai-Chek tiene motivos para estar satisfecho y para dejar solos a los comunistas en la lucha contra los japoneses. Sea quien sea el vencedor, piensa el jefe del Kuomintag acertada o equivocadamente, saldrá debilitado de esta guerra en beneficio de los nacionalistas que se librarán entonces con toda facilidad de sus enemigos. Incluso ha previsto la victoria de los japoneses, el aplastamiento de los rojos y el

posterior estallido de un conflicto mundial del que saldrá derrotado el Japón.

La táctica de Chang Kai-Chek, bastante sumaria a pesar de todo, no pasa desapercibida ante la vigilancia de Mao, quien en ese momento está particularmente furioso por la nueva «torpeza» cometida por Stalin. Mao no deja de protestar contra Moscú y sus protestas llegan a oídos de los dirigentes del Kremlin. Liu Chao-Chi es quien va a sufrir las consecuencias de la cólera soviética y será trasladado a una lejana provincia del país.

No contentándose con permanecer inactivo, Chang Kai-Chek aprovecha la circunstancia de que los comunistas se encuentran en plena lucha antijaponesa para darles una puñalada por la espalda. En noviembre de 1939 lanza sus ejército al asalto de la ciudadela roja del Kiang-Si, pero sus tropas, que preferían luchar contra el invasor, no demuestran un gran ardor combativo y son derrotadas rápidamente por algunos elementos comunistas conservados prudentemente en la retaguardia. Dos años después, repite su intento y obtiene un éxito relativo que se traduce en la muerte de cerca de ocho mil soldados en las gargantas de un desfiladero.

La situación de Mao Tse-Tung, solo, sin apoyo, frente a dos ejércitos, es de los más amargo. A pesar de sus recientes éxitos, especialmente de su victoria del 20 de agosto de 1940, la llamada Campaña de los Cien Regimientos, que le ha permitido poner fuera de combate a cerca de cuarenta mil japoneses, sabe que sin ayuda no podrá sostenerse mucho tiempo. Entonces es cuando, el 22 de junio de 1941, Alemania ataca a la Unión Soviética y, el 7 de diciembre, la aviación japonesa destruye en Pearl Harbor la flota americana del Pacífico. Estos dos transcendentales acontecimientos leventan la moral de Mao.

Teniendo que abrir otro frente contra un nuevo enemigo, los japoneses deciden liquidar sus operaciones en China y acabar con los comunistas que son los únicos que les presentan resistencia armada.

En mayo de 1942, los japoneses cambian de táctica inspirándose en el plan trazado por el general alemán

Falkenhausen durante la campaña del Kiang-Si. En algunas semanas, la mayor parte de los pueblos del Chen-Si han sido cercados y aislados por barreras de encañizada. Cada pueblo es objeto de cuidadosas investigaciones y cientos y miles de chinos sospechosos de pertenecer al ejército comunista son detenidos, torturados y fusilados por los hombres del ejército japonés o, lo que es peor, por los de la temible Kempetai, la Gestapo nipona. Lin-Piao es quien encuentra el remedio contra esta táctica. Habiendo constatado que las mismas encañizadas sirven de protección a los japoneses, siembra en la llanura centenares de pequeños comandos de tres o cuatro hombres, vestidos de paisano, y el 2 de diciembre de 1942, un gigantesco incendio se declara en medio de la noche. Miles de soldados japoneses mueren abrasados, mientras otros que intentan huir caen en las emboscadas que les han tendido. Durante los años siguientes Lin-Piao realizará tantas operaciones que a partir de 1943 Tokio empleará más soldados en el suelo chino que en su lucha contra los aliados.

La agresión japonesa a Pearl Harbor, el 8 de diciembre de 1941, va a hacer que los americanos contemplen desde otro ángulo el mapa del Sudeste asiático. Y en el preciso instante en que sus tropas son expulsadas de las principales islas del Pacífico, en Washington, los estrategas del Pentágono se complacen en ver cómo China se une a los Aliados mientras sus jefes rivales observan una tregua para combatir al invasor. Pero, por el momento, no se puede considerar la posibilidad de una intervención directa en este teatro de operaciones y lo más que pueden hacer es aumentar la ayuda económica y militar. Habrá que esperar largos meses antes de que los aviones de la Air-Force surquen con su estrella blanca el cielo chino.

Chang Kai-Chek no ha esperado al bombardeo de Pearl Harbor para dotarse de una fuerza aérea. Hace ya varios años que la aviación china es una realidad y con su gran potencia logrará paliar a menudo los desmayos de una infantería endeble enderezando por sí sola situaciones comprometidas. Su eficacia no proviene

de sus aparatos, bastante viejos y mucho peores que los japoneses, sino del valor de sus pilotos. Desde el comienzo del conflicto, un gran número de pilotos europeos, que en su mayoría habían participado en la guerra civil española, seducidos tanto por esta nueva aventura como por un sueldo halagador, se pusieron a disposición de Chang Kai-Chek. Más tarde, este puñado de hombres se vio reforzado por los pilotos americanos de Lee Chennault.

Claire Lee Chennault, descendiente de unos hugonotes de Lorena que habían seguido a La Fayette en la Guerra de la Independencia de 1778, es el símbolo de una raza de hombres que está en trance de desaparición, los Caballeros de la Aventura. Había sido capitán de las fuerzas aéreas estadounidenses hasta que se vio obligado a abandonar el Ejército en el período de entreguerra. Luego, durante un cocktail, entró discretamente en contacto con el representante personal de Chang Kai-Chek en los Estados Unidos, quien le propusó que reuniese y formase una escuadrilla de voluntarios americanos para luchar en el ejército del Kuomintang.

Al frente de esta escuadrilla, llamada oficialmente «American Volunteer Group» pero más conocida bajo el nombre de «Tigres voladores», Chennault consigue en algunas semanas unos triunfos tan relampagueantes como espectaculares a expensas de los japoneses. Con ello se gana la confianza total del dictador chino y, en especial, la de la mujer de este último con la que, según se dice, mantiene unas relaciones particularmente amistosas. La presencia de esta escuadrilla en el seno del ejército nacionalista será el origen, si no la base, de incesantes conflictos entre Roosevelt, Chang Kai-Chek, Stalin, los ingleses y Mao.

El origen de esta situación falsa se sitúa en la Conferencia Interaliada de Chung-King, en la que se nombró a Chang Kai-Chek comandante en jefe de las fuerzas aliadas en China y al general americano Stilwell, a petición personal de Roosevelt, ayudante de operaciones de este último con la misión de controlar la entrega y el reparto del material concedido a China por la ley de

«Préstamo y Arrendamiento». Pronto se demuestra que los dos hombres no pueden cooperar eficazmente. En un informe dirigido al Pentágono, Stilwell, a quien llaman «Joe Vinagre», habla del régimen de Chung-King en los siguientes términos:

«Una banda de apaches que no tienen más que una idea: subsistir, ellos y su sistema. Los jefes sólo piensan en el dinero, en el poder, en los cargos. Abundan las intrigas, las maniobras solapadas, los informes falsos. Sus manos están siempre dispuestas a apoderarse de cuanto se ponga a su alcance. Su único pensamiento: dejar que luchen los demás.»

Stilwell querría que Chang Kai-Chek cesara en su oposición contra las fuerzas de Mao Tse-Tung; desea crear un verdadero frente común y convertir a Mao, cuya organización político-militar aprecia tanto como su energía en el mando, en el verdadero líder del país. Por su parte, Chang Kai-Chek, beneficiándose astutamente del conflicto interno que enfrenta a Chennault con las fuerzas americanas, aprovecha la influencia de éste junto a Roosevelt para intentar eliminar a Stilwell, lo que se produce el 17 de abril de 1944.

El general Patrick Hurley es el sucesor de Stilwell y sus informes no difieren apenas de los de este último:

«La posición del Kuomintang y del generalísimo es más débil que nunca. China está en vísperas de un derrumbamiento económico. El generalísimo está perdiendo el apoyo de China. La debilidad interior se acentúa sin cesar. La moral es baja y el desaliento cunde. La estructura del país, desde la cima hasta la base de la escala social, se encuentra viciada por una corrupción sin precedentes. El Kuomintang ha dejado de ser una fuerza unificadora.»

Estos violentos reproches van acompañados de unos informes que en su espíritu, si no en su letra, tienden a un acercamiento con los elementos «progresistas» de Mao Tse-Tung, la única fuerza organizada del país a la que también se puede separar del comunismo... Roosevelt no tendrá en cuenta estas indicaciones...

Stalin, por su parte, ya ha decidido que Mao sea el

único representante de las fuerzas de la Revolución china y, dando marcha atrás, se dispone a prestar su ayuda a quien unos meses antes era considerado desviacionista por los dirigentes del Kremlin.

En 1943 empieza a enviar armas directamente a las tropas del Ejército Rojo, sin que tengan que pasar por las bases nacionalistas. Junto a las armas llega un *Manual de la Guerrilla*, y Lin Piao, después de leerlo, dirá simplemente: «¡Gracias al cielo no hemos recibido este libro en 1940. Si no, ya estaríamos todos muertos!»

En 1944, los japoneses lanzan una última ofensiva con el propósito de conquistar toda China. Se apoderan de cinco provincias pero no alcanzan una victoria decisiva, ya que los comunistas, siguiendo su táctica, rehúyen el combate y se retiran con sus armas, bagajes y provisiones de trigo. La hora final se acerca. En el Pacífico, las tropas americanas se han recuperado y emprenden victoriosamente la conquista de las islas abandonadas algunos años antes ante el empuje japonés. Los comunistas pasan entonces a la ofensiva multiplicando los hostigamientos a los convoyes, las emboscadas, los ataques relámpago contra la retaguardia. Los japoneses empiezan a flaquear. En la primavera de 1945, cuando ya ha finalizado en Europa la Segunda Guerra Mundial, las tropas comunistas, a las que finalmente se han unido las fuerzas nacionalistas, controlan diecinueve provincias. El 8 de agosto, Rusia declara la guerra al Japón y éste acepta, dos días más tarde, los términos de la capitulación sin condiciones, impuesta por MacArthur.

A partir de este momento ya no se puede perder ni un sólo minuto. Comienza la carrera hacia el poder. Aquella misma tarde, Chu-Teh ordena una ofensiva general contra los japoneses dando instrucciones complementarias para que se ocupe la mayor cantidad posible de terreno.

Los comunistas pierden la carrera. Habiendo exigido los americanos que los japoneses se rindieran únicamente a los oficiales del ejército regular chino, es decir al Kuomintang, Chang Kai-Chek recoge los sables de

los samurais que, por otra parte, son el único beneficio de la victoria. De este modo, a finales de agosto de 1945, Mao Tse-Tung, héroe sin gloria, se encuentra tan sólo como diez años antes. La guerra civil es ahora ya inevitable.

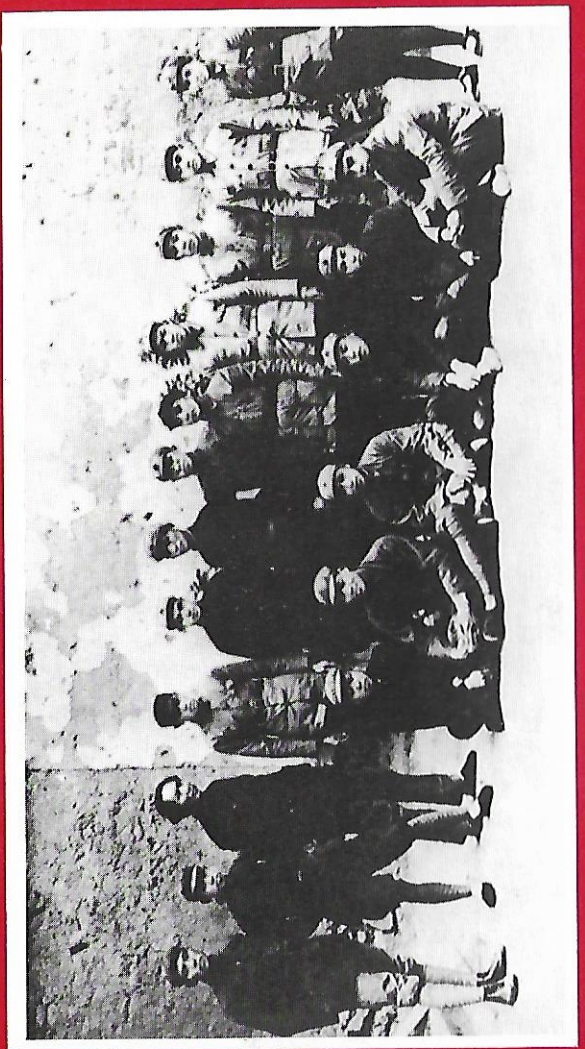
Chang Kai-Chek percibe la gravedad de la situación y pide por radio a Mao Tse-Tung que venga a verle a Chung-King para «disponer el conjunto de medidas que deben evitar al país una sangrienta guerra civil».

Mao, que teme la perfidia del dictador chino, rechaza la invitación, pero luego, bajo la presión de los americanos y garantizando su libertad el embajador de Washington, Hurley, decide acudir a Chung-King.

En una ciudad perdida en medio de las montañas, en Chung-King, hace ya varios días que Mao ha entrado en conversaciones con Chang Kai-Chek. Impresiona el contraste entre el jefe nacionalista, y el adversario comunista, imperceptiblemente desconfiado y casi siempre pensativo. En el descanso entre dos sesiones, Mao, con la mirada perdida en el humo de su eterno cigarrillo, pasa revista a las ventajas del otro.

En primer lugar, la China de Chang Kai-Chek es la única que existe para el extranjero, ha salido victoriosa de la guerra y se ha librado de la carga de los tratados desventajosos. Las concesiones extranjeras se han convertido en un mal recuerdo, aparte de Hong Kong... donde Inglaterra vive en estado de alerta continua. Los Estados Unidos son los mejores amigos del «Gimo». Reorganizan sus tropas y atienden incluso al aprovisionamiento de sus hombres en Indochina: gracias a los americanos, el general Lu-Han podrá alimentar oficialmente, durante varios meses, a su ejército... un ejército de langostas que se abate sobre los campos del Tonkín. La URSS debería estar de parte de Mao... pero no sólo no hace nada por ayudar a Mao, sino que se entiende con Chang Kai-Chek para facilitarle su asentamiento en el país, sin tener en cuenta que ha sido el Ejército Rojo quien ha luchado contra los japoneses.

Moscú está comprometido por los acuerdos de Yalta y por el Tratado chino-soviético del 14 de agosto. Se-



Mao T'se-Tung (con la cabeza descubierta) y algunos supervivientes de la Gran Marcha.

gún estos diversos convenios, la URSS reconocía al gobierno de Chang Kai-Chek como el único legal en China y admitía que Manchuria retornaría bajo su potestad, una vez que los japoneses hubieran sido desarmados y hechos prisioneros. Stalin no confía en las posibilidades de éxito de Mao y de su revolución campesina.

En el preciso instante en que Mao piensa en Stalin, Chu En-Lai le toca en el brazo. Ante ellos se encuentra Wang Jo-Fei, el tercer delegado comunista en la conferencia, para anunciarles que, el 30 de septiembre, la Primera División de «Marines» americanos ha desembarcado en Tien-Tsin. ¡Una rendición más que no será recogida por los comunistas! Finalmente, Chang, ayudado por los americanos e incluso por los japoneses, va a conseguir suceder al invasor en todas las grandes ciudades. Las tropas nacionalistas han entrado el 15 de agosto en Nankín, el 10 de septiembre, en Sanghai y, el 17, en Pekín, y los japoneses han conservado cuidadosamente en su poder estas dos últimas ciudades hasta la llegada de las tropas nacionalistas. Mao se enfurece al pensar que este retraso en la evacuación de las poblaciones por los japoneses se debe a las órdenes de MacArthur.

Antes de que se reanude la sesión, Mao y Chu discuten la situación en voz baja. El gobierno de Ye-Nan ejerce su autoridad en un territorio que se extiende desde Kalgan hasta la desembocadura del Yang-Tse, y desde el Chan-Si hasta el mar de China, con casi la totalidad de las provincias del Chan-Tung, del Hu-Pei y del Kiang-Su, o sea un 20 por 100 de la superficie total de las dieciocho provincias chinas. Las fuerzas de Chu-Teh han ganado mucho terreno desde el 9 de agosto... pero los soldados de Chang Kai-Chek, transportados en barco y en avión a expensas de los Estados Unidos, ocupan las grandes ciudades y los nudos ferroviarios. El «Gimo» está ganando la batalla de la sucesión japonesa.

Sin embargo, Mao Tse-Tung está convencido de la victoria final del comunismo chino que ha conseguido movilizar al noventa por 100 de los campesinos. Por eso, antes de entrar en la sala de conferencias, seguido

de Chu En-Lai y de Wang Jo-Fei, Mao sonríe fugazmente.

Las conversaciones de Chung-King se caracterizaron por la atmósfera de desconfianza en que se desarrollaron. Al final las dos delegaciones se pusieron de acuerdo sobre ciertos puntos y dejaron otros en suspenso, terminando oficialmente las sesiones el 10 de octubre. Al día siguiente el gobierno publicaba un comunicado en el que se informaba de los resultados obtenidos. El principal era la próxima creación de una «Conferencia política consultiva» en la que se reunirían los representantes de todos los partidos para examinar los grandes problemas del país.

Pero se quedaron sin resolver dos puntos importantes: el del Ejército rojo y el de la administración de las «regiones liberadas» por los comunistas. En lo concerniente al primero, Mao aceptaría reducir el número de sus divisiones a veinticuatro (había cien divisiones chinas) —quizá incluso a veinte que era lo que pedía Chang Kai-Chek— pero para ello tendría que reogarnizarse todo el sistema militar. Chang contesta que esa reorganización ya se está realizando y finalmente se decide aplazar las conclusiones hasta la creación de un Comité de los Tres que deberá aportar sus sugerencias.

En cuanto al segundo punto, Mao Tse-Tung aceptaría evacuar ocho de los dieciocho sectores liberados, es decir: el Kuang-Tung, el Che-Kiang, el Kiang-Su sur, el An-Huei sur, el An-Huei central, el Hu-Nan, el Hu-Pei y el Ho-Nan sur. El número de gobernadores y alcaldes que deberían designar los comunistas fue objeto de largas discusiones. En esta cuestión casi consiguieron entenderse y decidieron que los detalles serían solucionados por la Conferencia política consultiva. En cambio, no se consiguió nada positivo en lo concerniente a la demanda de Mao, el cual quería que sus soldados recibieran la rendición de los japoneses. Chang Kai-Chek eludió la cuestión.

Por otra parte, ni los nacionalistas ni los comunistas chinos tenían una idea muy clara de lo que es la democracia occidental. Por eso les resulta fácil a ambos escribir: «La victoria china en la guerra contra el Japón abre a nuestro país las puertas de una era nueva de restauración nacional en la paz. Se deben aunar todos los esfuerzos, bajo la dirección del presidente Chang-Kai-Chek, para construir sobre una base de democracia, de solidaridad y de unidad la cooperación duradera que permitirá evitar la guerra civil, levantar una China independiente, libre, rica y poderosa, y realizar por completo la aplicación de los Tres Principios del doctor Sun.»

Mao confirma la relativa euforia del momento antes de subir al avión americano que le llevará a Ye-Nan: «Sólo apoyando sin reservas al presidente Chang Kai-Chek en la realización de los Tres Principios del Pueblo, promulgados por Sun Yat-Sen, los obstáculos que actualmente se elevan ante la nación podrán ser superados.»

En aquel mismo momento, en las calles de Chung-King, los periódicos anuncian a grandes titulares: «El gobierno y los comunistas trabajarán por el bien de la nación en un clima de mutua tolerancia.» Al atardecer, Mao aterriza en Ye-Nan. En el rostro del jefe comunista, la euforia ha desaparecido para dejar paso a la seriedad.

Es la hora de las grandes decisiones. Chung-King, con sus miedos y sus errores, queda ya lejos. Ahora se trata de tener la cabeza despejada y de no equivocarse: el único problema existente es la conquista de Manchuria, pero es un problema capital. Quien la posea habrá ganado casi la batalla.

Precisamente Chu-Teh acaba de anunciar a Mao que los «Marines» han desembarcado el día anterior en Tsing-Tao. Contando los de Tien-Tsin, los de Pekín, los de Tu-Ku y los de otros lugares, los Estados Unidos han situado más de cincuenta mil hombres en las ciudades claves de la China del Norte.

«Está claro, dice Mao: los americanos quieren mantener abiertos para Chang-Kai-Chek los caminos de acceso a las provincias del Este (Manchuria).»

Mao supervisa las grandes decisiones estratégicas de

acuerdo con Chu-Teh, el comandante en jefe. Hace ya mucho tiempo que ve acercarse esta batalla indispensable en la que se comprometerá el 20 por 100 de la propia China, pero, sobre todo, una riqueza económica decisiva. Manchuria es la única región que posee una verdadera industria pesada, conseguida gracias a sus recursos naturales, a su abundancia en hierro y carbón, pero especialmente gracias a su puesta en explotación por los japoneses. Con treinta millones de toneladas de hulla anuales, la Manchuria de 1945 produce tanto como todo el resto de China, y tres veces más que antes de 1931. Además, la red de comunicaciones ferroviarias y por carretera es bastante amplia y está organizada inteligentemente. Por último, el país es susceptible de un desarrollo mucho mayor. No falta espacio, como tampoco materias primas, y la población se encuentra todavía diseminada. Ciertamente es la tierra del futuro para una China renovada. Según los acuerdos chino-soviéticos del 15 de agosto, las tropas rusas de ocupación comenzarán a evacuar Manchuria el 15 de noviembre. Falta un mes... y las fuerzas nacionalistas avanzan sin cesar hacia el Norte, rechazando a las unidades del Ejército rojo que se retiran destruyendo el ferrocarril.

Es cierto que Mao cierra los accesos de Manchuria a las tropas del gobierno, a pesar de los desembarcos americanos y nacionalistas en varios puertos de la China del Norte.

También es cierto que los elementos comunistas se infiltran cada vez más en las «provincias del este», sobre todo a partir del Jehol.

Mao se ha decidido ya: abandonará todo el terreno situado al sur del Yang-Tse y concentrará sus fuerzas al norte del río. Se intensificarán las acciones para retrasar al enemigo y la destrucción del ferrocarril. Se impedirá que las fuerzas nacionalistas se apoderen del país... y después... la victoria llegará a su tiempo.

La decisión del jefe comunista es dada a conocer oficialmente el 21 de octubre.

Frente a Mao y a Chu-Teh, Chang Kai-Chek dispone de un ejército de gran potencia: cuatro millones de

hombres, dos y medio de los cuales pertenecen al ejército regular y el resto a las milicias. Aunque las mejores unidades se encuentran en el Sur, a miles de kilómetros de Manchuria. Este es el caso de los nuevos Ejércitos, el I y el VI instruidos y equipados por los Estados Unidos, veteranos de los combates de Birmania, donde han luchado con coraje.

En el curso del año 1945 el heterogéneo ejército de Chang Kai-Chek se encuentra en plena fase de modernización. El número de divisiones «americanas» —incluidas las del I Ejército y las del VI— se eleva ya a treinta y seis, muchas de las cuales, sin embargo, aún no han recibido todo su material. El valor militar de estas unidades es desigual, pero existe. Por el contrario, el resto del ejército del Kuomintang ofrece el pintoresco espectáculo de las fuerzas chinas tradicionales: soldados mal alimentados, mal vestidos, mal armados y mal mandados por unos generales que hacen de la guerra un asunto personal y desprecian a sus oficiales y a sus hombres tanto como a la población civil de las regiones por las que atraviesan. Esta es la causa de que el pueblo chino deteste sin distinción a todos los ejércitos, que siempre le han despojado y explotado sin piedad.

Siguiendo la tradición milenaria, los nacionalistas que avanzan hacia el Norte durante el mes de octubre de 1945 siguen viviendo a expensas de la población y, lo que es peor, restablecen los comités locales del Kuomintang, con lo que florecen los arreglos de cuentas a su paso. Los campesinos, que siguen esperando la realización de las reformas de las que se habló en Chung-King, están profundamente decepcionados y se pasan, esta vez definitivamente, al bando de Mao.

Pues el jefe comunista ha dado órdenes formales a sus hombres: total honradez y ayuda a la población en los trabajos civiles. Se estima que el soldado comunista dedica tres meses del año a tareas no militares y los otros nueve a completar su instrucción, en lo cual ocupa un lugar destacado el adoctrinamiento. El combatiente del Ejército rojo sabe por qué lucha y lucha bien, sólidamente apoyado por el pueblo chino.

El Ejército rojo, en 1945, está formado por trescientos mil soldados regulares, a los que hay que añadir unos setecientos mil guerrilleros diseminados en su mayoría por las provincias del Sur. La mayor parte del material que poseen es japonés y proviene de los stocks del ejército imperial. El material ruso no abunda, aunque existe. De cada dos hombres uno dispone de un fusil. Los guerrilleros refuerzan su arsenal con hoces y guadañas, con granadas de fabricación casera repletas de chatarra y con cañones de madera sujetos por aros de hierro. A los blindados nacionalistas, a menudo protegidos por la aviación, Mao Tse-Tung sólo puede oponer su potencial humano. Sin embargo, está seguro de su victoria.

Pero tendrá que esperar, pues, a finales de octubre, la victoria tiene tendencia a alejarse de su lado. Gracias a la ayuda de los americanos y de los rusos, su adversario va a conseguir los primeros éxitos en la batalla de Manchuria.

A instancias de Chang Kai-Chek, que está furioso porque sus mejores tropas se encuentran retenidas en el sur de la inmensa China, el general Stratemeyer, comandante de la aviación americana, le presta la X Air Force, gran unidad de transporte que dispone de doscientos treinta y cinco *Dakotas*. Resultado: el 26 de octubre, el XCIV Ejército chino llega a Pekín, procedente de Liu-Cheu, después de salvar los dos mil kilómetros que separan ambas ciudades. Dos días más tarde, se reúne con él el XCII, que se encontraba en Hankeu, a unos mil kilómetros de Pekín. Una tercera gran unidad, el III, de reciente formación, es transportada, antes de acabar el mes, de Chi-Kiang (Hu-Nan) a Nankín. Estos tres ejércitos están constituidos por divisiones «americanas». Al mismo tiempo, pero por tierra, Chang Kai-Chek concentra en Pekín el III Ejército, el XXIV y el XXVII, dispuestos para lanzarse sobre Manchuria.

Ya sólo queda introducir toda esta gente en la tierra prometida. Y entonces empiezan las dificultades. Por una parte, los hombres de Mao han arrancado las vías férreas. Por otra, no hay ningún sitio donde desembarcar. Los rusos, en virtud del acuerdo chino-soviético, no permiten que los barcos americanos fondeen en Dairén ni en Port-Arthur, puertos de entrada naturales de Manchuria. En cuanto a los pequeños puertos pesqueros de la bahía de Liao-Tung, los rusos los han evacuado un poco antes de la fecha fijada y los comunistas se han asentado rápidamente en ellos. El almirante Barbey, que dirige las operaciones de desembarco, no sabe que hacer con sus pasajeros. Deja a algunos en Ching-Wang-Tuo el 1.º de noviembre y se esfuerza después, el día 4, en obtener de los rusos la autorización para fondear en Ying-Cheu. Entonces, los comunistas protestan ante el general Wedemeyer, jefe de las fuerzas americanas en China.

Chang Kai-Chek se decide a emplear la ruta terrestre. No hay elección posible: a menos que arriesgue a sus soldados en las montañas ocupadas por el enemigo, será preciso seguir la cornisa marítima, llamada con razón «el pasillo de Lia-King». Por ella pasa el ferrocarril Pekín-Mukden y por ella van a pasar también las mejores divisiones de su ejército.

En la cornisa se lucha encarnizadamente. Al final, el 16 de noviembre, los carros nacionalistas derrumban la barrera del Ejército rojo y comienzan su lento ascenso hacia el Norte, siguiendo el trazado de la vía férrea. El 24 de noviembre, llegan al puerto de Hu-Lu-Tao, uno de los que el almirante Barbey había encontrado en manos de los comunistas. Pero éstos detienen el avance de sus enemigos y, mientras tanto, los rusos siguen preparando su impedimenta, tarea que requiere muchas horas, pues parece que el único objetivo de los comunistas en Manchuria era el apoderarse de la maquinaria pesada instalada allí por los japoneses.

Chang Kai-Chek, ante la posibilidad de que los comunistas se instalen en los grandes centros manchúes, se resuelve a entrar en contacto con los rusos y pide a Malinovsky que retrase un poco la evacuación. Este acepta al punto y el 27 de noviembre se concluye un acuerdo. A la maquinaria de las fábricas desmontadas, al material móvil de ferrocarril, los soldados rusos podrán

añadir un botín heterogéneo, llevándose incluso muebles de oficina y traviesas de las vías férreas.

Pero aunque todo va bien en el plano militar, en el político empiezan a surgir dificultades para Chang Kai-Chek. Inducido por Hurley, siempre preocupado de avenir a las partes rivales, hace nuevas proposiciones a los comunistas, el 10 de noviembre, justo cuando sus tropas comienzan a forzar la resistencia del pasillo de Liao-King.

Pide a Chu En-Lai, quien se encuentra todavía en Chung-King, que las fuerzas comunistas cesen de cortar las comunicaciones y terminen provisionalmente sus movimientos. En compensación, la conferencia consultiva política designará para el Consejo de Estado casi igual número de comunistas que de nacionalistas, siete y ocho respectivamente, mientras que los demás partidos estarán representados por trece delegados y los que no pertenezcan a ninguno por nueve.

Mao rechaza inmediatamente estas proposiciones. Hace ya algunas semanas qué ha llegado a sus manos el *Manual sobre la Supresión de los Bandidos*, distribuido por Chang Kai-Chek a sus tropas escogidas. Los bandidos, naturalmente, son los soldados del Ejército rojo. Las veleidades del intento de reconciliación mantenidas artificialmente por los Estados Unidos están a punto de apagarse ante el tornado que se levanta en Manchuria. Mao llama a su lado a Chu En-Lai. El 26 de noviembre el diplomático comunista abandona Chung-King.

Al día siguiente, el embajador Patrick Hurley presenta su dimisión. Clama a los cuatro vientos que los comunistas se han beneficiado de la complicidad consciente o inconsciente de «demasiados americanos». En realidad, algunos de sus compatriotas empiezan a darse cuenta de que Mao posee armas poderosas capaces de proporcionarle la victoria. A los ojos de estos americanos clarividentes, Chang Kai-Chek no se encuentra en estado de acabar definitivamente con los comunistas y le aconsejan que se asiente primero en la China del sur del Yang-Tse y que proceda a una reforma radical del Kuomintang. Sólo más tarde, cuando sea lo suficientemente fuerte, podrá enfrentarse con Mao Tse-Tung y volverse a establecer en la China del Norte y en Manchuria. Esto mismo es lo que el general Wedemeyer ha repetido con frecuencia a Chang Kai-Chek.

Pero Chang Kai-Chek tiene otros pensamientos. ¿Por qué contemporizar cuando sus tropas continúan su avance hacia Manchuria? Los comunistas han sido expulsados del Jehol y los soldados nacionalistas están ya a cien kilómetros de Mukden. Si la ayuda americana se mantiene al ritmo actual, las cuestiones militares no le causarán preocupaciones. Por lo tanto, va a tenerse que ganar las simpatías del general Marshall, el nuevo «mediador» enviado por el presidente Truman tras la dimisión de Hurley.

El antiguo jefe del Estado Mayor americano tiene fama de hombre ponderado. Para halagarle será preciso que la fachada democrática del Kuomintang no presente demasiadas grietas. Todo esto lo sabe Chang Kai-Chek, pero el subjetivismo con que analiza a su régimen le impide ver el deterioro de China y del Kuomintang. Está convencido de que el mal no es aún tan profundo.

El 11 de diciembre visita con su esposa la ciudad de Pekín, adonde no había vuelto desde hace diez años, y es acogido triunfalmente por la población. El 21, regresa a Chung-King y, dos días después, se entrevista con Marshall. Pero, desde el 17 de diciembre, Chu En-Lai se ha reincorporado a su puesto de Chung-King y, a partir de entonces, su sonrisa estará siempre presente en las conversaciones entre Marshall y Chang Kai-Chek.

El mismo presidente Truman ha definido el punto de vista de los Estados Unidos sobre las cuestiones chinas en unas declaraciones publicadas el 15 de diciembre:

«El gobierno americano cree firmemente que la existencia de una China fuerte, unida y democrática es de vital importancia para las Naciones Unidas y para el mantenimiento de la paz mundial...»

Truman añadía que, por tanto, Washington se esforzaría en obtener el cese de las hostilidades y la reunión

de una conferencia de todos los partidos para buscar una solución de la crisis.

La declaración presidencial no era ciertamente el planteamiento de una política sino, más bien, la manifestación de unos deseos. Sin abandonar sus sueños, Truman envía a un hombre conla misión de «reconciliar» a las dos Chinas, y sofocar así en secreto el comunismo.

Marshall parece hacer milagros. Chang Kai-Chek se muestra extremadamente dócil y Mao Tse-Tung no ignora los beneficios que le pueden proporcionar unas buenas relaciones con los Estados Unidos. Se impone una tregua.

El 31 de diciembre el generalísimo anuncia que el 10 de enero se reunirá la Conferencia política consultiva y preconiza igualmente la creación de un «Comité de los Tres», con un comunista, un nacionalista y Marshall en la presidencia, para solucionar las cuestiones militares. Mao Tse-Tung acepta. Chu En-Lai defiende sus intereses.

El 10 de enero, Marshall, rebosante de alegría, preside la declaración de una tregua, cuyos principales puntos son los siguientes:

1. Cese inmediato de las hostilidades.
2. Suspensión de los movimientos de tropas, excepto los de las fuerzas gubernamentales encargadas de restablecer la soberanía china en Manchuria.
3. Fin de la destrucción de los medios de comunicación.
4. Creación de una comisión ejecutiva con tres representantes, el americano, el nacionalista y el comunista, para hacer respetar el acuerdo de alto el fuego, con sede en Pekín.

El mismo día, Chang Kai-Chek, cumpliendo su promesa, abre la Conferencia política consultiva en la que están representados los nueve partidos existentes y declara:

«El gobierno está dispuesto a aceptar cualquier resolución de esta asamblea que pueda ayudar a la restauración nacional, mejorar el nivel de vida del pueblo, hacer progresar la democracia en el país.»

El jefe del gobierno anuncia a continuación que ha decidido proteger las libertades del pueblo y de los partidos políticos, reformar los gobiernos locales, organizar elecciones generales y poner en libertad a los prisioneros políticos.

Todos los partidos aprueban este programa. Unos días más tarde, la conferencia decide convocar una asamblea nacional para el próximo 5 de mayo y someter a su aprobación un proyecto de constitución.

Al mismo tiempo, el Comité de los Tres se ocupa de los problemas militares. El 25 de febrero se llega a un acuerdo: Chu En-Lai acepta la integración del Ejército Rojo y el principio de que las fuerzas armadas pertenecen al Estado. En cuanto al número respectivo de divisiones, después de la reducción prevista, será de diez comunistas y setenta nacionalistas.

Aquella misma noche, en Ye-Nan, Mao Tse-Tung se encuentra sumido en profundas reflexiones ante una pila de informes. Los de Chu En-Lai no son desagradables, pero los de Lin-Piao, que manda el «Ejército democrático unido del Nordeste», son más prometedores. Los soldados rojos, los voluntarios manchúes y los campesinos armados de Lin-Piao se están apoderando del norte y del oeste de Manchuria.

Mientras tanto, Chang Kai-Chek sigue preparando febrilmente la ocupación de Manchuria por el sur... La Marina americana le ha cedido cerca de trscientos navíos y siete ejércitos nacionalistas se encuentran en las orillas del golfo de Petchili.

Están esperando a que los rusos desalojen la ciudad, pero Stalin parece «haberse olvidado» de sus soldados. Finalmente, el 12 de marzo, las tropas del general Malinovsky salen de Mukden, enorme metrópoli industrial de dos millones trescientos mil habitantes. El mismo día, los comunistas entran en ella. Pero no se quedarán allí mucho tiempo: los ejércitos de Chang Kai-Chek han ocupado durante las últimas semanas las aldeas del sur de la ciudad. Pronto se entablan feroces combates callejeros y, a las cuarenta y ocho horas, dos ejércitos nacionalistas se han apoderado de la plaza.

Los comunistas han fracasado en su intento de adueñarse de Mukden. Pero no todas las ciudades manchúes están tan cerca de la costa. A medida que los rusos abandonan el suelo chino, los hombres de Lin-Piao —el VIII Ejército está formado por trescientos mil hombres, en su tercera parte soldados regulares— se infiltran en los pueblos y en las aldeas. Cuando no pueden conquistar una aglomeración urbana, la asedian para aislar a la guarnición nacionalista del resto del mundo.

El fracaso de Mukden se ve compensado por la ocupación de Chang-Chun, capital del antiguo Manchukuo con el nombre de Sin-Ching, un importante nudo ferroviario poblado por un millón de habitantes. En los primeros días de abril, los comunistas la habían cercado cuidadosamente ocupando los pueblos vecinos. La infiltración se ha producido sin combatir: los ejércitos de Chang Kai-Chek estaban limpiando los accesos del inmenso Mukden en la línea del ferrocarril Surmanchuriano, y se encontraban a doscientos kilómetros en el Suroeste. El 14 de abril, el día que parten los rusos, son detenidos ante Se-Ping-Kai, a ciento cincuenta kilómetros de allí. Atacada por fuerzas comunistas diez veces superiores en número, la guarnición —algunos miles de voluntarios manchúes del «Cuerpo para la conservación de la paz», creado por Chang Kai-Chek para atender a las necesidades locales— se ve obligada a capitular después de tres días de combate.

Lin-Piao toma después Ghirin, y luego los dos centros ferroviarios e industriales de Kharbin y de Tsitsikhar, el primero con una población de un millón doscientos mil habitantes y el segundo de setecientos mil. A principios de mayo de 1946, Mao Tse-Tung se ha adueñado de las ciudades claves de la industria manchú, pero esta situación no será duradera.

12

EL GRAN ATAQUE

Desde hace varias semanas, la comisión ejecutiva constituida el 10 de enero para vigilar el cumplimiento de la «tregua» se ve prácticamente desbordada. Sus miembros ocupan tres plantas del «Union Medical College», hospital fundado por Rockefeller en Pekín; ocupan la primera los delegados americanos, bajo la dirección de un hombre de negocios, Walter Robertson; la segunda, los comunistas con el general Ye Kien-Ing; y la tercera, los nacionalistas, a las órdenes del general Cheng Kie-Min. Las quejas afluyen constantemente y los comisarios se tienen que multiplicar para acudir a los diversos puntos señalados. Mientras los nacionalistas les llaman desde el Jehol, los comunistas reclaman su presencia en el Ho-Nan Sur, y su tarea se hace cada vez más difícil, pues a menudo los reciben a tiros.

La situación no es más prometedora en el plano político. La reunión de la Asamblea Nacional, prevista para el 5 de mayo, no se ha celebrado por negarse los comunistas a tomar parte en ella mientras no dispusieran de catorce asientos para ellos mismos y para los representantes de la «Liga democrática», partido de la intelectualidad china procomunista. Esta cifra les aseguraría un tercio de los votos y la posibilidad de oponer su veto en los asuntos importantes. La reunión de la Asamblea se ha aplazado hasta el 12 de noviembre.

El 1.º de mayo, cuando sus ejércitos ya han iniciado la reconquista de Manchuria y prosigue el avance de

sus tropas a los largo de la línea del Surmanchuriano, Chang Kai-Chek hace su entrada en Nankín, que vuelve a ser la capital de su gobierno. El período de Chung-King se ha terminado. Comienza una nueva era y las noticias que le llegan parecen confirmarlo: sus fuerzas han conquistado, el 23 de mayo, el inmenso Chang-Chun tras duros combates en los que ha sido necesaria la participación de los blindados. La línea del Surmanchuriano ha quedado totalmente despejada hasta la capital manchú, e incluso más allá. A primeros de julio, los carros nacionalistas se encuentran a cien kilómetros de Kharbin.

Pero, mientras tanto, el Ejército rojo ha desatado una ofensiva más al sur, en el Jehol, el Chahar, el Hu-Pei, el Kiang-Su y el Chan-Tung, se apodera de numerosas ciudades —Cheng-Te, Lan-Tsun, etc.—, bloquea Tsing-Tao y Tsi-Nan, y se acerca a Pekín.

El 23 de mayo, Chang Kai-Chek se encontraba en Mukden para asistir a la toma de Chang-Chun. Ha decidido súbitamente hacer una gira de inspección. Y entusiasmado por lo que ha visto durante su recorrido, llama por teléfono al día siguiente a Marshall para decirle que acepta una nueva tregua. Una vez que ha contemplado la ocupación de las principales ciudades de Manchuria por parte de sus soldados, Chang Kai-Chek está dispuesto a ordenar un alto el fuego.

Al volver a Nankín a principios de junio, el mariscal cede finalmente a las presiones del «Mediador» y publica las siguientes declaraciones:

«Acabo de prohibir a las tropas gubernamentales de Manchuria que ataquen, avancen o persigan a las tropas rojas a partir del mediodía del 7 de junio y durante un período de quince días. De esta forma concedo a los comunistas chinos una nueva oportunidad para que cumplan las obligaciones que se desprenden de los compromisos contraídos. Esto no ocasiona ningún perjuicio al derecho del gobierno a restablecer la soberanía china en Manchuria, según lo previsto en el Tratado chino-soviético.»

A consecuencia de esta declaración, se inicia una

serie de conversaciones, entre Chu En-Lai, Marshall y los representantes nacionalistas, y como el 21 de junio todavía no se vislumbra ningún resultado, Chang Kai-Chek prorroga el alto el fuego hasta el 30 del mismo mes.

El jefe del Kuomintang pedía que los rojos evacuasen el Kiang-Su, casi todo el Chan-Tung y varias ciudades de Manchuria. Chu En-Lai rechaza estas propuestas y Mao Tse-Tung responde con toda claridad en un manifiesto publicado el 7 de julio con motivo del «aniversario del incidente del 7 de julio de 1937, comienzo de la guerra de resistencia», exigiendo: el cese de todos los movimientos de tropas en Manchuria, sin excepción. Esto equivale a rechazar el acuerdo del 10 de enero. También pide a Chang Kai-Chek que «devuelva» todo el material americano.

En Nankín, los miembros más extremistas del Kuomintang empiezan a ver con malos ojos las continuas intromisiones del general americano en los asuntos chinos. Le van a reprochar durante largo tiempo el haber inmovilizado a las mejores divisiones nacionalistas, a causa de la tregua de junio, cuando se encontraban a cien kilómetros de Kharbin. Afirman que esta inexplicable detención ha disminuido la moral de sus tropas al permitir que Lin-Piao consolide sus posiciones. Marshall comienza a perder sus ilusiones.

El 10 de julio, Chang Kai-Chek lanza una gran ofensiva con ocho de sus mejores ejércitos para limpiar de «bandidos rojos» el Kiang-Su y el Chan-Tung. Es la batalla decisiva y, cuando termina, Mao se ha alzado con la victoria.

Cansado de la confusión de las cuestiones chinas, Marshall mira en torno suyo buscando un sucesor. Hace nombrar embajador de los Estados Unidos —puesto vacante desde la dimisión de Hurley— a un buen conocedor del país por haber nacido y vivido siempre en él: Leighton Stuart, rector de la Universidad americana de Yeng-Ching en Pekín.

El 26 de julio, Stuart dice adiós a los jardines y a las pagodas de la vieja universidad que dirigía desde 1919.

Después de haber conferenciado en Nankín con Marshall, parte hacia Kuling, residencia de verano en la que se encuentra Chang Kai-Chek. En la conversación que ambos sostienen, Stuart habla de las realidades económicas y su interlocutor le contesta que un país como China, agrícola y muy dividido en compartimentos, es menos sensible que otros en ese aspecto. Cuando el embajador, citando a Marshall, declara que los éxitos militares no significan nada mientras no se destruyan las fuerzas comunistas, Chang Kai-Chek responde: «Hay que tener paciencia. ¡Dentro de cinco años ya no existirán!» Stuart no se atreve a abordar la cuestión del Kuomintang y del gobierno nacionalista. Por otra parte, Chang Kai-Chek termina la entrevista recordando que el 12 de noviembre se reunirá la Asamblea Nacional para votar la constitución y reorganizar el nuevo gobierno.

El embajador cae en la vieja rutina de pretender la reconciliación de los dos adversarios. ¿Qué repetía Chang Kai-Chek?, piensa Stuart... «¡Querer concluir un acuerdo con Mao Tse-Tung sobre la integración del Ejército rojo, es querer que un tigre venda su hermosa piel rayada!»

Sin embargo, el 1.º de agosto, Stuart propone la creación de un nuevo comité —de los Cinco esta vez— para estudiar las cuestiones relativas a la Asamblea Nacional y a la reorganización del gobierno. El comité estará formado por dos nacionalistas, dos comunistas y un americano. Chang Kai-Chek pone como condición la retirada de los rojos de algunas posiciones recientemente ocupadas en el Jehol, en el Chan-Si y en el Chan-Tung. Mao Tse-Tung no acepta mientras que no se solucione la cuestión de los territorios ocupados por él.

Mientras tanto, los pesados ejércitos nacionalistas y las ligeras formaciones del Ejército rojo siguen esquivándose en las resecas mesetas del interior. Chang Kai-Chek domina en el Jehol; Mao, en el Chahar. A primeros de agosto, el jefe del Kuomintang se lanza hacia Kalgan, ciudad de doscientos mil habitantes situada en los confines de Mogolia, al pie de la Gran Muralla.

Los combates se desarrollan a la china, es decir, no

siempre son encarnizados. Como de costumbre, una parte de los generales nacionalistas se preocupan más de negociar su retirada que de preparar una estrategia. El ejemplo más bello de los repliegues de moda nos lo ofrece el ejército comunista de Li Sien-Nien que ocupaba la región del Hu-Pei y del Ho-Nan al empezar la primavera de 1946. Bloqueado en China central, sin avituallamiento y con ochenta mil hombres, consigue alcanzar las bases de Mao Tse-Tung en el Chen-Si durante el verano, haciendo un desvío de varios miles de kilómetros por el Este, jalonado por la conquista de varias ciudades. Li llegó a conseguir de las autoridades nacionalistas locales un enorme préstamo que le sirvió para abastecer a sus tropas. A finales de agosto, Mao ve llegar de improviso este formidable refuerzo.

El 10 de agosto, Marshall y Stuart publican un comunicado declarando que existen ciertos puntos de conflicto entre los nacionalistas y los comunistas sobre los que no parece posible que las dos partes se pongan de acuerdo. Por su parte Chang Kai-Chek declara el 14 que su gobierno se remite a los primeros acuerdos y que tan sólo pide a los comunistas que abandonen ciertos sectores. El 19 de agosto, Mao Tse-Tung proclama la movilización general en los territorios bajo su control. El 28, los nacionalistas toman Cheng-Te.

A partir de este momento, las posiciones empiezan a aclararse. Los informes militares que recibe Mao refuerzan su confianza en la victoria. Lin-Piao en Manchuria, Chen-Yi en el Kiang-Su, Peng Teh-Huai en el Chantung dan fe de la debilidad de las tropas nacionalistas. Chang Kai-Chek, por su parte, no tiene en cuenta más que el número de ciudades tomadas, sin pararse a considerar que cuando sus tropas entran en ellas los enemigos ya las han abandonado y es su gobierno el que tiene que encargarse de alimentar a la población. Los Estados Unidos anuncian la supresión del préstamo previsto de quinientos millones de dólares, prohíben la entrega de armas, de piezas de repuesto y de municiones y suspenden la formación de ocho grupos de aviación que habían prometido. Pero esto no basta para detener a Chang Kai-Chek cuando acaba de conquistar Cheng-Te y está a punto de apoderarse de Kalgan. Todavía tiene abundantes reservas de material militar y piensa que antes de que termine el año habrá infligido un severo castigo a Mao Tse-Tung.

El 4 de septiembre de 1946, en las ceremonias conmemorativas de la capitulación japonesa, Chang Kai-Chek hace en Nankín el balance de la situación:

«Deploramos la lentitud de los progresos de nuestra renovación. Los problemas más acuciantes son la interrupción del proceso productivo, la desorganización económica, el elevado coste de la vida. La causa principal de todo esto es el bloqueo de las comunicaciones y la falta de medios marítimos de transporte. Las principales líneas del ferrocarril, Pekín-Hankeu, Tien-Tsin-Pukeu, Tsi-Nan-Tsing-Tao han sido destruidas y cortadas repetidas veces. Por esta causa, los centros industriales carecen de materias primas, los productos agrícolas y mineros no tienen salidas. Los buques de carga se amontonan en los puertos, pero al interior no llegan los productos esenciales. Además, los comunistas ocupan numerosa localidades, en las que han instaurado un sistema económico peculiar con moneda propia. Esta situación impide el buen funcionamiento de la economía nacional, el control de los precios y la deflación. En una palabra, detiene la reconstrucción.»

Por aquellos mismos días, Mao Tse-Tung expone su punto de vista a una periodista americana:

«Chang Kai-Chek y los reaccionarios americanos que le apoyan son tigres de papel. Cuando hablan del imperialismo americano, las gentes piensan que su poder es terrible... Pero el futuro se encargará de demostrar que los reaccionarios americanos, como todos los reaccionarios de la historia, no son tan fuertes como parecen. En América hay otros hombres verdaderamente fuertes: el pueblo americano.

»En lo referente a la situación china, tan sólo podemos apoyarnos en el mijo y en los fusiles; pero la historia acabará demostrando que con nuestro mijo y nuestros fusiles somos más fuertes que Chang Kai-Chek con sus

aviones y sus blindados. Aunque esperan numerosas dificultades al pueblo chino, aunque el pueblo chino tenga que sufrir todavía durante un largo período la miseria producida por los ataques conjugados del imperialismo americano y de los reaccionarios chinos, llegará un día en que les venceremos, porla sencilla razón de que los reaccionarios representan la reacción, mientras que nosotros representamos el progreso.»

El equilibrio de fuerzas se mantiene. El Ejército rojo se retira cuando es necesario y no pretende conservar una ciudad, síno que a menudo las abandona voluntariamente, por estar alejadas unas de otras, para aislarlas después con el enemigo en su interior.

Las unidades nacionalistas pierden carros, cañones y ametralladoras, pero también hombres. Mao Tse-Tung ha creado centros de reeeducación de los prisioneros de los que, al cabo de algunos meses, «el esclavo embrutecido» sale transformado en «un combatiente valeroso y convencido». La primera fase de este lavado de cerebro consiste en dejar que el soldado se desahogue expresando sus amargas quejas. Luego se le inculcarán las nuevas ideas acompañadas de un trato agradable.

A mediados de septiembre, Mao Tse-Tung había pedido a Chu En-Lai que endureciera su actitud en las esporádicas negociaciones que se celebraban gracias a los esfuerzos de Marshall. El día 16, antes de abandonar Nankín para acudir a Sanghai, Chu En-Lai presiona a Marshall: «Decid a Chang Kai-Chek que si continúa atacando la ciudad de Kalgan, se habrá perdido la última posibilidad de llegar a un acuerdo».

Sorprendiendo a todos, Chang Kai-Chek no sólo acepta, sino que, el 5 de octubre, propone una tregua de diez días. Sus tropas se detienen. Ante las propuestas del jefe del Kuomintang, Chu En-Lai reitera sus condiciones entre las que se encuentra el volver a las posiciones del 13 de enero. Chang Kai-Chek las rechaza y ordena conquistar Kalgan. El 11, cae la ciudad desde la que los comunistas amenazaban Pekín y Tien-Tsin. A finales de octubre, los nacionalistas terminan de limpiar el Hu-Pei y el Ho-Nan y se apoderan de Antung.

Chu En-Lai protesta enérgicamente ante Marshall, quien realiza una última gestión moderadora, manifestando a Chang Kai-Chek que la situación no depende tanto de las armas como de la política y de las finanzas.

La reunión de la Asamblea Nacional está próxima —el 12 de noviembre— y Chang Kai-Chek, habiendo alcanzado la mayor parte de sus objetivos estratégicos, piensa realizar ahora una ofensiva en el plano «democrático-parlamentario». Por tanto, solicita el alto el fuego.

Su obcecación no beneficia a China. Tras quince años de guerra, la economía del país se encuentra en una situación ruinosa. Manchuria, que representa el 70 por 100 de la producción industrial, no está integrada en el ámbito nacional y la hacienda pública se ve arrollada por el mismo torbellino que asoló Alemania en 1930. Una inflación galopante hace que el dólar americano pase de un valor de dos mil dólares chinos en el primero de enero de 1946 a otro de seis mil un año después. Y a medida que las condiciones de vida se hacen más difíciles, la corrupción tradicional se acentúa. En las listas de la contabilidad militar figuran divisiones de soldados «fantasmas» que permiten obtener grandes beneficios a generales de escasa honradez. Numerosas fábricas cierran sus puertas y el desempleo aumenta. Un nuevo tratado comercial permite que las mercancías americanas atraviesen la frontera china prácticamente sin tasas aduaneras. La industria china no resiste esta situación. Los obreros, indiferentes hasta entonces a los grandes problemas políticos, comienzan a alejarse de Chang Kai-Chek.

Florece el mercado negro y mientras unos acumulan grandes fortunas, otros caen en la miseria. Desde Sanghai, Chu En-Lai describe este edificante espectáculo a Mao Tse-Tung. Wu, el alcalde nombrado por Chang Kai-Chek, lanza a finales de año una gran ofensiva contra el mercado negro, contra el pequeño mercado negro. Casi todos los días la policía detiene a los traficantes de las calles, pero miles de buhoneros clandestinos se reúnen y van a las prisiones para liberar a sus «cofrades».

Cuando la Asamblea Nacional se reúne el 15 de noviembre, ni los comunistas ni los miembros de la Liga Democrática se encuentran presentes y se vota una constitución conforme a los principios aprobados por todos los partidos en la Conferencia Política Consultiva.

Chu En-Lai, que ha vuelto a Nankín hace unos días llamado por el Tercer Partido, de reciente formación, conserva su actitud hostil y se niega a proseguir sus negociaciones con Chang Kai-Chek mientras éste no ordene a sus tropas que se retiren a las posiciones de enero. Finalmente, vuelve a Ye-Nan el 19 de noviembre. Mao Tse-Tung, en una declaración pública, declara que no reconoce a la Asamblea Nacional —pedirá su disolución el 4 de diciembre— y se niega a negociar en el futuro con Chang Kai-Chek.

Marshall no ha podido impedirlo. En un exhaustivo informe publicado por el Departamento de Estado después de su vuelta a Washington (6 de enero), Marshall estima que los dos campos son responsables, aunque acusa especialmente a los extremistas de no haber permitido la reconciliación. Según Marshall, los comunistas «no ocultan sus intenciones de instaurar en China un gobierno de tendencia comunista, *aunque quieran lograr sus fines por medio de un gobierno de forma democrática al estilo inglés o americano*». ¿Cómo podía ver claro el «mediador» si se equivocaba por completo al apreciar la situación de ánimo de uno de los bandos? Marshall *sabía* que Chang Kai-Chek se oponía formalmente a «un gobierno de tendencia comunista». Pero *no sabía* que Mao Tse-Tung pretendía conquistar el poder sin reparar en los medios. Sin embargo, Mao Tse-Tung no disimuló en ningún momento sus intenciones. Según él, el poder pertenece al pueblo, es decir, a los pobres y a los miserables oprimidos por los ricos. Por tanto, no importa qué medios se utilicen para entrar en posesión de este derecho natural.

Para Mao Tse-Tung, la palabra «democracia», tal como la entienden los reaccionarios, no es más que un término que oculta el poder usurpado, cuya conquista no exige ningún proceso «democrático» o «parlamentario». En este punto, Mao es un comunista ortodoxo y Marshall demuestra su ingenuidad al ignorarlo.

Al final de su informe, Marshall declaraba:

«Para salvar la situación, pienso que los liberales y los partidos de la minoría deberían arrebatar el poder al gobierno. Cuentan con unos hombres magníficos que hasta ahora no han podido ejercer una influencia eficaz por faltarles el poder político.»

Dicho de otra manera, Marshall se equivoca también en sus apreciaciones sobre Chang Kai-Chek. La «Liga Democrática» a la que se refiere constituye una gran preocupación para el jefe del Koumintang pues representa la única posibilidad de un cambio político. Chang Kai-Chek nunca permitirá que se instale en el poder. Los «neutralistas», como él les llama, podrían sustituirle poco a poco en el corazón de los americanos y luego en la dirección del país.

En resumidas cuentas, la misión de Marshall ha sido un cúmulo de ilusiones. El mismo día en que Marshall vuelve definitivamente a los Estados Unidos, Lin-Piao pasa el Sungari y ataca en Manchuria.

Lin-Piao ataca con la finalidad de distraer a las tropas de Chang- Kai-Chek que habían iniciado una gran ofensiva en el Chan-Tung, la puerta de China Septentrional. Los comunistas dominaban en esta zona y ello les permitía controlar el enlace ferroviario del Norte con el Sur, es decir, el acceso de Manchuria.

En el Chan-Tung, el general Chen-Yi defiende su cuartel general de Lin-Yi contra las divisiones nacionalistas llegadas del Sur. Chen-Yi había estudiado durante su juventud en Europa y había trabajado en una fábrica Michelin. Como en sus tiempos de Clermont-Ferrand, sigue llevando la boina vasca y una colilla en los labios. Es un viejo zorro y a pesar de que no tiene más que cuarenta y siete años, se dibuja una sonrisa irónica en su rostro enérgico. Sin embargo, ahora está en verdaderas dificultades. A finales de diciembre y principios de enero, Chang Kai-Chek le hostiga con ocho divisiones, cuatro de ellas equipadas a la americana.

Esta es la causa de que Lin-Piao atraviese el Sungari,

el 6 de enero. Y en el Norte, para proteger el Sur, comienza un extraño baile que va a durar varios meses, vigorizando a los comunistas y desjarretando a los nacionalistas.

Lin-Piao llega a las puertas de Chang-Chun y de Kirin, pero, el 15, tiene que volver a sus bases. Sus hombres son poco numerosos... pero ¡qué importa! Mao sólo pretende que efectúe ataques de diversión. Y mientras Chen-Yi libra unos magníficos combates defensivos en el Chan-Tung aprovechando la movilidad de sus fuerzas, Lin-Piao marchará otras dos veces sobre las grandes ciudades manchúes, capturará millares de prisioneros y gran cantidad de material, pues los nacionalistas no se preocupan de destruir lo que abandonan. Los generales sitiados se enteran siempre, tanto en febrero como en marzo, de la proximidad de los hombres de Mao Tse-Tung por la falta de agua y de electricidad. Es un rito: Lin-Piao llega hasta las centrales y después se ve obligado a retirarse.

El cuarto «descenso» de Lin-Piao hacia el sur es un poco más grave. En mayo, el general aparece de nuevo, apoyado esta vez por jinetes mogoles y llega incluso a amenazar Mukden. Se corta el agua y la electricidad. Perdido en la inmensa ciudad asiática, el cónsul general americano da cuenta de la situación:

«Existen pruebas suficientes de la apatía, del resentimiento y del derrotismo que se esparcen rápidamente por las filas nacionalistas provocando deserciones y rendiciones. Los principales factores de esta situación son el constante aumento de la superioridad de los comunistas y el desaliento de los soldados nacionalistas que han perdido la esperanza de ver llegar refuerzos... se oponen a combatir lejos de sus hogares entre una población «extranjera» y «hostil», se indignan ante su escasa paga y el enriquecimiento de los ofociales.»

Pero lo extraño de esta situación es que el mundo sigue enterándose de las continuas victorias nacionalistas. Mientras que Mao Tse-Tung fija en sus campamentos carteles de este tipo: Chang ha reconquistado X... La operación le ha costado diez mil hombres y tiene

que reemplazarlos. Total, veinte mil nacionalistas neutralizados. Chang Kai-Chek continúa su juego de avances sistemáticos, cueste lo que cueste. El 15 de febrero, se apodera del cuartel general de Chen-Yi; el 19 de marzo, de Ye-Nan, la capital de Mao Tse-Tung. Naturalmente, su enemigo se ha retirado antes de la llegada de las tropas, pero, una vez más, en todo el mundo se hacen cálculos sobre el fracaso final de los comunistas. Ni siquiera Moscú cree en su éxito militar... Demasiado pronto, demasiado pronto..., piensa Stalin. Al igual que sus colegas, no puede saber que antes del otoño Mao Tse-Tung habrá aprovechado su retirada forzosa para apoderarse de todo el Chan-Si.

Por otra parte, la maniobra del generalísimo no era una sorpresa. Hacía varias semanas que sus tropas avanzaban en dirección a Ye-Nan. Cuando sus fuerzas, siguiendo una línea paralela al río Amarillo, llegan allí por las colinas del sur y por el valle del sudeste, la ciudad de las grutas está vacía. Pocas horas después, se encuentran en Sui-Te, donde han sido evacuadas las mujeres y los niños. Pronto, toda esta gente se encontrará en la ruta del Chan-Si. Y pronto también, los comunistas habrán ocupado toda la provincia. Mao Tse-Tung ya ha escogido su nueva capital: será Shi-Chua-Chuang, a un tercio del camino Taiyuan-Pekín. Shi-Chua-Chuan será «liberada» durante el otoño. Pero Mao no concede demasiada importancia a esta pérdida. El gobierna desde la montaña y la montaña es tan hospitalaria como la ciudad.

Mientras tanto, Chang Kai-Chek, instalado en Nankín a orillas del poderoso Yang-Tse, acaba, según su parecer, de consolidar su posición. Confirmada su supremacía militar, quiere que su gobierno parezca democrático. Con esta finalidad, hace honor a sus promesas constituyendo, en abril, un gobierno de coalición presidido por un moderado: el general Chang-Chun. No forman parte de él los comunistas ni la Liga Democrática, pero, teniendo en cuenta su ausencia, el nuevo gobierno es todo lo representativo posible. Chang se ha ocupado especialmente de alejar del poder a ciertas personalida-

des demasiado destacadas del Kuomintang, T.V. Soong, por ejemplo, Primer ministro saliente.

Pero todo esto son puras apariencias, pues Chang Kai-Chek es incapaz de reformar su partido. ¿Acaso sabe que sus deseos nunca atraviesan la barrera de los que le rodean? ¿Y, si lo sabe, piensa que podrá llegar a traspasarla? De todas formas, una vez solucionada la cuestión del gobierno, Chang Kai-Chek se dispone a asestar el golpe decisivo a Mao Tse-Tung. Al empezar el verano de 1947, piensa que lo habrá logrado «dentro de dos o tres meses».

Al cabo de tres meses, los ejércitos chinos continúan efectuando sus inútiles evoluciones. Cuando los nacionalistas ocupan la mitad del Chen-Si, los comunistas se trasladan al Chan-Si y se apoderan de las tres cuartas partes de la provincia. Ya en pleno verano, los soldados de Chang Kai-Chek expulsan a Chen-Yi del Chan-Tung. Mao Tse-Tung ordena a éste que irrumpa en el Hu-Pei. Liu Po-Cheng, que se encontraba allí, es enviado hacia el sur, hacia el Yang-Tse, donde desde la ocupación japonesa existía una importante base de guerrilleros comunistas.

Liu Po-Cheng desciende hacia el sur atropellando todo a su paso. Estamos en el mes de agosto. Para colmar la medida, Mao Tse-Tung envía al general Chen-Keng, uno de los lugartenientes de Liu, a reunirse con su jefe, para lo cual tiene que atravesar el río Amarillo. Estos ejércitos, en su marcha, se esparcen por la región del Yang-Tse y se instalan en los puentes de Tapie. Es una importante expansión. Nankín se encuentra amenazada, y también Wu-Han y todo el valle del Yang-Tse. Las perspectivas de Chang Kai-Chek son bastante negras, y, para empeorarlas, Mao Tse-Tung lanza a Chen-Yi hacia Su-Cheu.

La China en armas de 1947 se parece a un gigantesco y múltiple sistema de vasos comunicantes. Mientras que unos pasan del Ho-Nan al Chen-Si, otros lo hacen del Chen-Si al Chan-Si y del Hu-Pei al An-Huei. En estos enormes trasvases desaparecen algunos ejércitos enteros. Pero siempre son los de Chang Kai-Chek. Los de

Mao Tse-Tung, por el contrario, llegan a triplicar sus efectivos.

Finalmente, la superioridad numérica, tan citada a favor de Chang Kai-Chek, no es más que de dos a uno. En 1945, era de cuatro o cinco a uno.

Chang Kai-Chek empieza a encontrar dificultades para abastecer a sus hombres. A menudo, sus carros y cañones caen en manos de los comunistas sin haber sido empleados por los nacionalistas. El Ejército rojo dispone así de una aceptable artillería y la utiliza contra las plazas fuertes de Manchuria.

Lin-Piao tiene ahora bajo su mando unos trescientos mil hombres, incluidas las unidades coreanas y mogolas. Después de las lluvias torrenciales de julio y agosto, lanza el 15 de septiembre su quinta ofensiva y consigue cortar las comunicaciones entre las ciudades nacionalistas de Mukden, Chang-Chun y Kirin.

Casi al mismo tiempo, desembarca en Nankín un hombre de un gran temple, el general Wedemeyer. Su llegada causa una gran alegría, como si fuese la prueba del vivo interés que conceden los americanos a la miseria china. Pero Chang Kai-Chek se sentirá decepcionado, Wedemeyer ha venido en misión de información. En su informe a Truman, declarará que Chang Kai-Chek sólo conservará la adhesión del pueblo chino si realiza urgentes reformas, lo que es imposible en la actual situación. El 9 de septiembre se reúne el comité central del Kuomintang y Chang Kai-Chek advierte que su influencia ha sido anulada por los extremistas del partido.

En el plano militar, Wedemeyer es pesimista. No se le escapa la espantosa moral de las tropas ni el descenso de efectivos en hombres y en material. ¿Cuál es la solución? Wedemeyer pone en guardia a su gobierno contra el régimen de Chang. Sin embargo, los Estados Unidos son incapaces de hacer otra cosa que aumentar su ayuda militar.

El 15 de diciembre, Lin-Piao lanza la sexta y última ofensiva de 1947. Las fuerzas comunistas dominan cada vez mejor la situación. Manchuria caerá pronto como un fruto maduro.

En su discurso del día 25 de diciembre pronunciado ante el Comité Central del PCC, Mao Tse-Tung anuncia que el Ejército Popular de Liberación (éste es el nuevo nombre del Ejército rojo) ha pasado a la ofensiva.

Este gran giro en la historia de la lucha del comunismo contra el imperialismo ha sido posible gracias a los grandes principios estratégicos de Mao:

«1. Atacar primero las unidades enemigas dispersas y aisladas; a continuación, las unidades enemigas concentradas y poderosas.

2. Apoderarse primero de las ciudades pequeñas y medianas, y de las vastas regiones rurales; tomar después las grandes ciudades.

3. El objetivo principal es aniquilar las fuerzas vitales del enemigo, y no el conservar o conquistar ciudades y localidades.

4. En cada batalla, concentrar una superioridad absoluta de fuerzas (dos, tres, cuatro e incluso cinco o seis veces las del enemigo) para cercar al enemigo por todas partes y procurar su total aniquilamiento.

5. No entablar nunca un combate improvisado, ni un combate cuyo resultado victorioso no sea seguro.

6. Desarrollar el espíritu tradicional de audacia en el combate, de intrepidez ante los sacrificios, la fatiga y la acción militar continua.

7. Aniquilar al enemigo cuando está en movimiento. Al mismo tiempo, insistir en las tácticas de ataque de las posiciones defendidas, apoderarse de los puntos de apoyo y de las ciudades del enemigo.

8. En lo concerniente a la conquista al asalto de las ciudades, apoderarse con resolución de todas las ciudades y de todos los puntos de apoyo que están defendidos débilmente, apoderarse en el momento propicio, cuando las circunstancias lo permiten, de todas las ciudades y puntos de apoyo enemigos moderadamente defendidos, esperar el momento oportuno para conquistar todas las ciudades y puntos de apoyo enemigos fuertemente defendidos.

9. Reforzar nuestras propias fuerzas con la captura de todas las armas y de la mayor parte de los efectivos

enemigos. La fuente principal de nuestro armamento y de nuestros efectivos es el frente.

10. Aprovechar hábilmente el intervalo entre dos campañas para permitir a nuestras tropas que descansen, se reagrupen y se entrenen.»

Después de exponer su estrategia y recibir los aplausos de los asistentes, Mao Tse-Tung aborda la cuestión de la reforma agraria, declarando con su voz reposada y apasionada a la vez:

«Ahora, la retaguardia del Ejército Popular de Liberación es mucho más sólida que hace dieciocho meses. Este es el resultado obtenido por nuestro partido, que se mantiene resueltamente al lado de los campesinos para realizar la reforma agraria... Después de la capitulación japonesa, los campesinos reclamaron la tierra con insistencia, y nosotros tomamos la oportuna decisión de cambiar la política agraria de reducción de las rentas e intereses rurales por la distribución de la tierra a los campesinos. Las directrices dadas por el Comité Central de nuestro partido el 4 de mayo de 1946 reflejaron este cambio. En septiembre de 1947 nuestro partido convocó una conferencia nacional agraria, elaboró el programa fundamental de la ley agraria china, e inmediatamente lo puso en práctica en las diferentes regiones.

«Este paso hacia adelante no sólo confirmó la línea del 4 de mayo del año anterior, sino que supuso una clara rectificación en lo referente a la falta de firmeza (permitía, en efecto, que los propietarios obtuvieran mayor cantidad de tierras y de bienes que los campesinos, y en principio no se tocaban las tierras ni los bienes de los campesinos ricos).»

Después de una pausa, Mao continúa exponiendo su política agraria. Los terratenientes y los campesinos ricos también deben recibir una parte de las tierras, pero no mayor que la de los campesinos pobres. Los grandes propietarios representan el 8 por 100 de la población y tienen en sus manos el 70 u 80 por 100 de las tierras. Por tanto, la reforma agraria beneficiará a más del 90 por 100 de la población rural. Destaca dos principios fundamentales:

«1. Las demandas de los campesinos pobres y de los obreros agrícolas deben ser satisfechas. Esta es la tarea fundamental de la reforma agraria.

»2. Debe mantenerse firmemente la unidad con los campesinos medios, respetando sus intereses.»

Así, pues, Mao Tse-Tung da unas directrices tan precisas para la reforma agraria como para la acción militar. Esto es lo que confiere a sus soldados el poder —verdaderamente extraordinario en China— de conquistar al mismo tiempo los pueblos y el corazón de sus habitantes.

Además de su disciplina y de su comprensión de los problemas de los pobres, los soldados aportan también la organización de Mao Tse-Tung, consistente en un puñado de cuadros especializados que poseen una habilidad especial para orientar los menores deseos de la población, especialmente en lo concerniente a la eliminación de las personas molestas, fáciles de liquidar si se les pone la etiqueta de pronipones o de explotadores del pueblo. En algunas semanas, gracias a la reforma agraria, a la organización comunista, a la atmósfera general de promoción de unas gentes olvidadas hasta entonces, Mao Tse-Tung se introduce en todos los lugares.

No sólo posee una gran clarividencia y sabe cómo ganarse al pueblo, no sólo tiene fuerza suficiente para hacer que se ejecuten sus órdenes, sino que también tiene el poder, más raro, de eliminar las reacciones indeseables entre los suyos. Así es como hasta en el pueblo más pequeño, siguiendo sus instrucciones, se mantiene en sus puestos a los hombres competentes, cualquiera que sea su condición política, a condición de que cooperen. El resultado es doble: los hombres capaces siguen contribuyendo al buen funcionamiento de los asuntos públicos y las personas sometidas a la autoridad de Mao viven, en apariencia, según las reglas de la democracia más idílica. En realidad, ninguna autoridad fue más dictatorial y no sucede casi nada sin que Mao lo mande o lo autorice.

En el otro bando, la desintegración continúa su proceso bajo la mirada impotente de Chang Kai-Chek. En

Manchuria, Lin-Piao sigue atacando a los ejércitos nacionalistas que han pasado en todas partes a la defensiva. Aisla completamente las ciudades de Mukden y de Chang-Chun; conquista Ghirin y Se-Ping-Kai. Pero Chang Kai-Chek se niega a abandonar Manchuria y declara al general americano Barr, quien se encuentra al frente del JUSMAG (agrupación de consejeros americanos), que no puede retirarse de esa zona por razones «políticas». Necesitará razones militares para evacuar Manchuria.

En el resto de China, el jefe del Kuomintang no tiene mayores posibilidades. Mao conquista Ye-Nan el 22 de abril, un año después de haber salido de allí. Peng Teh-Huai, que dirigía las operaciones, se lanza rápidamente hacia el sur, en dirección al Sen-Chuan. Sin embargo, ha confiado demasiado en sus fuerzas y sufre una derrota en la línea del ferrocarril Lan-Cheu-Sian-Kai-Feng, a la altura de Sian.

Los generales de Mao Tse-Tung, sintiendo que se acerca el momento de la victoria, se precipitan un poco. Se produce un nuevo fracaso en Kai-Feng, una ciudad de setecientos mil habitantes situada a orillas del Hoang-Ho y muy próxima a Ching-Cheu, donde se cruzan las líneas norte-sur y este-oeste del ferrocarril. Durante la primavera Chen-Keng se apodera de Lo-Yang, situada también a orillas del Hoang-Ho, pero más al este. Finalmente, Chen-Yi conquista Kai-Feng el 19 de junio, pero tiene que evacuarla el 27. El fruto no está todavía maduro y Mao Tse-Tung se da cuenta perfectamente. En julio, reúne en una ciudad del Hu-Pei un congreso extraordinario del partido para decidir el camino que conviene seguir.

Precisamente Liu Chao-Chi acaba de volver de Moscú con la opinión de Stalin sobre este punto: conservar el fruto en el árbol. Esperar, seguir efectuando operaciones de guerrilla. Esto debilitará a América.

Después de una metódica discusión, los chinos llegan a la conclusión de que basta un esfuerzo final para acabar con Chang Kai-Chek y con su régimen. Finalmente, se deciden a atacar. Mao se siente el más fuerte. El

gold yuan nacionalista, basado teóricamente en el oro y que ha sustituido al dólar chino como unidad monetaria a partir del 19 de agosto, está perdiendo rápidamente su valor. En todas las ciudades del sur en las que la única autoridad es la de Chang Kai-Chek, la situación social se deteriora y la alimentación escasea. En Sanghai, el desempleo es casi total y el mercado negro aumenta la miseria de las gentes acaparando los pocos artículos existentes. Chang Ching-Kuo, el hijo del generalísimo, no consigue mejorar la situación con sus esfuerzos.

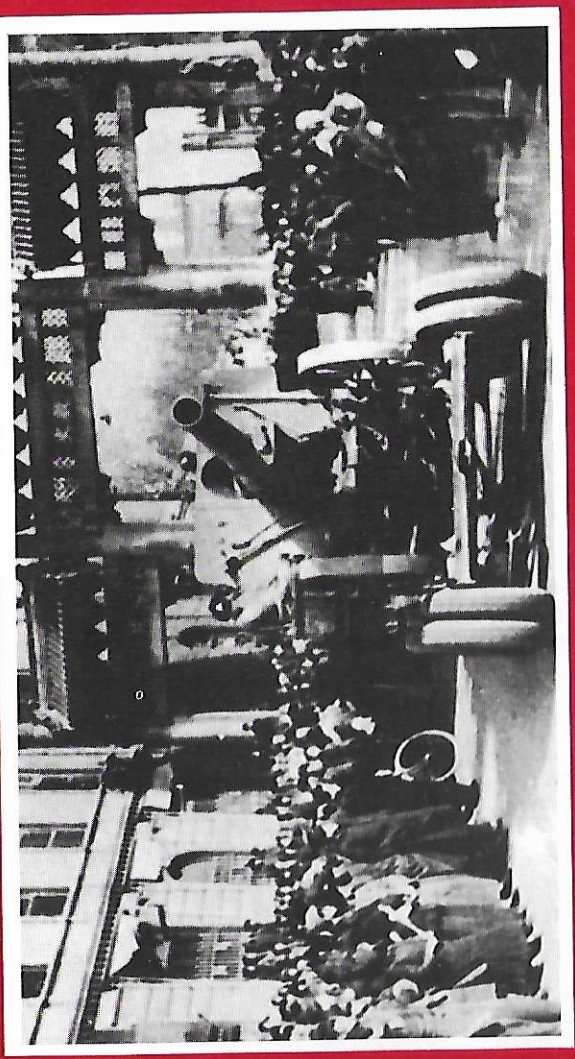
En septiembre Mao Tse-Tung lanza tres de sus generales. Lin Po-Cheng y Chen-Keng entre ellos, al asalto de la ciudad de Tsi-Nan (setecientos mil habitantes), capital del Chan-Tung, que es la única que resiste, con excepción de Tsing-Tao donde se encuentran los «Marines» americanos.

Una vez más, el general Barr pide con insistencia a Chang Kai-Chek que no se empeñe en conservar una ciudad aislada. El 14 de septiembre, unos días después del comienzo del ataque comunista, se celebra una reunión en Nankín, en el Ministerio de Defensa. El general americano cuenta lo que dijo el jefe de operaciones:

«El jefe de operaciones declaró que, aunque Tsi-Nan estaba completamente cercada, seguían llegando productos alimenticios del campo. Pensaba que se podía transportar por aire una división para reforzar la defensa. Yo me declaré contrario a esta opinión, creyendo que la ciudad estaba perdida y que los nacionalistas iban a perder una división más.» Tsi-Nan cae a finales de septiembre y, con ella, la división aerotransportada.

Al mismo tiempo que la ofensiva contra la capital del Chan-Tung, Mao Tse-Tung ha aprobado el proyecto de Lin-Piao para liquidar la guerra en Manchuria. Más de medio millón de combatientes comunistas se reúnen para el asalto final el 12 de septiembre.

Esta vez Lin-Piao se apodera de toda la región que se extiende al sur y al suroeste de Mukden, donde ya han perdido toda esperanza de recibir refuerzos. La guarnición efectúa una salida y varios intentos de fuga hacia el suroeste (los comunistas toman Ching-Cheu el 17) y



Entrada de las tropas comunistas en Pekín.

hacia el sur (Yin-Keu es perdida y recuperada por los nacionalistas). Todo está perdido. Chang-Chun, la capital manchú se rinde y la mitad de su guarnición se pasa a las filas de Mao Tse-Tung después de una campaña de propaganda —de las muchas que se realizan en China desde hace meses— especialmente activa. Este es el informe de un testigo:

«En el terreno de nadie se oían unas voces que gritaban: ¡Hermanos, arrojad las armas! Nunca habéis querido utilizarlas. ¿Os habéis alistado voluntariamente en los ejércitos del Kuomintang? No. Os han llevado al cuartel como si fuerais prisioneros. Venid junto a nosotros. Si lo hacéis, os enviaremos a vuestras casas. Pero podréis hacer algo mejor: uniros a nosotros y liberar vuestros pueblos de la misma manera que nosotros hemos liberado los nuestros...»

«Los comunistas fabricaron bombas de papel llenas de octavillas y las lanzaron sobre el campo enemigo. Hasta el interior de la ciudad llegaban por el río los botes llenos de folletos de propaganda que habían soltado los comunistas. Incluso en la ciudad aparecieron inscripciones y carteles sobre las paredes y hasta en las garitas de los centinelas...

«En algunas semanas, trece mil soldados y oficiales —más de la décima parte de las fuerzas sitiadas— se pasaron al campo enemigo...»

Finalmente, uno de los ejércitos asediados se pasa a los comunistas y los otros se ven obligados a rendirse.

La guarnición de Mukden, en sus torpes intentos de alejar al enemigo, se ha dispersado fuera de los muros de la ciudad. Lin-Piao aprovecha la ocasión para aniquilar todo lo del exterior y capturar lo que ha quedado en el interior. El 30 de octubre, la enorme metrópoli con todos sus defensores ha caído en manos del general comunista. Al día siguiente Chang Kai-Chek, que se ha trasladado en avión a Pekín unos días antes para dirigir la resistencia, se entera de que todo ha terminado. Ha perdido medio millón de hombres, pero lo que más siente es la pérdida de Manchuria. A partir de este momento, Pekín y Tien-Tsin se encuentran directamente

amenazadas. Son sus últimos bastiones en la China Septentrional. Chang Kai-Chek regresa apresuradamente a Nankín.

Antes de apoderarse de la antigua capital del Norte, Mao Tse-Tung va a liquidar la China Meridional hasta el Yang-Tse lanzando al ataque los seiscientos mil hombres que ha reunido en ella bajo el mando de Chen-Yi, Liu Po-Chen y Chen-Keng. Se trata de conquistar Su-Cheu, un punto clave para dominar la ruta del Yang-Tse-Kiang, de Sanghai y de Nankín, sólidamente defendido por los nacionalistas. La batalla empieza el 8 de noviembre.

Los nacionalistas se encuentran clavados en sus posiciones desde hace días esperando angustiosamente. Los jefes gubernamentales no conocen otra táctica que la defensiva y sus hombres tienen que esperar, esperar eternamente la llegada del adversario.

La batalla de Su-Cheu será decisiva. Por una vez parecía que los nacionalistas tenían alguna posibilidad de alzarse con la victoria. Ellos también contaban con seiscientos mil hombres y además disponían de muchos carros, particularmente útiles en aquella llanura, y de una aviación suficiente para hostigar con eficacia a las columnas de Mao Tse-Tung lanzadas al descubierto.

Pero todo es inútil. Como siempre, los nacionalistas no sólo son rechazados, sino que una parte de sus tropas se pasa al enemigo. Dos de sus ejércitos se unen a Mao Tse-Tung y obligan a los otros a replegarse. Pronto las fuerzas gubernamentales combaten —más bien se retiran— al sur de Su-Cheu. Tan al sur que la guarnición acaba por evacuar la ciudad el 1 de diciembre. Desde Nankín, situada a menos de doscientos cincuenta kilómetros, Chang Kai-Chek interviene personalmente en la batalla. Día tras día, lanza sus aviones desde los aeropuertos de la capital del Sur a un ritmo de quinientas salidas diarias. Los comunistas se detienen durante algún tiempo. Por el momento Nankín está salvada. Pero los ejércitos nacionalistas siguen descomponiéndose al sur y al oeste de Su-Cheu. Las guarniciones del oeste, del sur y del suroeste se entorpecen mutuamente, se

abandonan recíprocamente, cuando no se traicionan las unas a las otras, mientras los soldados del Ejército Popular de Liberación aíslan, siembran el hambre, matan y capturan. En sus agujeros —nunca los mismos— los restos de las cincuenta y cinco divisiones que Chang Kai-Chek había concentrado en Su-Cheu, mueren de hambre y de fatiga.

Los últimos soldados nacionalistas se rinden el 10 de enero. Al momento, los más fuertes se apostan en las orillas del Yang-Tse junto a sus nuevos camaradas, los hombres de Mao. Nankín, la capital de Chan Kai-Chek, está a punto de caer.

Mientras que Chang Kai-Chek compromete en la resistencia del Sur hasta el último de sus soldados, uno de sus mejores generales está empezando a ceder en el Norte y terminará rindiéndose.

El general Fu Tso-Yi conserva en su poder las importantes ciudades de Pekín, Tien-Tsin y Kalgan, un sector estratégico que bloquea la ruta de invasión del Sur. Hasta ahora había logrado resistir, pero los tiempos han cambiado y, durante los meses de noviembre y diciembre, Lin-Piao le va a arrebatar sus fortalezas, una tras otra, llegando a amenazar seriamente a las tres ciudades más poderosas: Pekín, Tien-Tsin y Kalgan. En realidad, Fu Tso-Yi no abandona el terreno. El 25 de diciembre, por ejemplo, unos aviones han aterrizado por primera vez cerca del Templo del Cielo, en pleno Pekín. Para conseguirlo ha sido necesario improvisar un aeropuerto talando cuatrocientos grandes cipreses, pero de esta forma ha quedado asegurado el abastecimiento de la capital. Las apariencias están a salvo... Sin embargo, Fu Tso-Yi, imperceptiblemente, hace que sus tropas retrocedan hacia el Oeste. Para quienes conocen China resulta evidente que se está «adaptando» a unos acontecimientos contra los que no puede luchar.

Mao Tse-Tung es el primero en comprenderlo. El también sabe acomodarse a las circunstancias. ¿Para qué emplear la fuerza cuando el fruto está maduro? ¿Por qué incendiar y matar cuando basta entrar en la ciudad? La propaganda es la mejor solución.

Pero Chang Kai-Chek no ha dicho su última palabra. Envía a su mujer a Estados Unidos para que ponga en funcionamiento todos los mecanismos que puedan colaborar para una mejor prosecución de la lucha. Su esposa parte armada con la mejor sonrisa, pero su encanto no ejerce gran influencia en los americanos, pues parecen estar impresionados por los últimos éxitos de Mao Tse-Tung. El presidente encarga a Hoffmann investigar la situación y éste, después de pasar dos semanas en China, regresa a Estados Unidos el 20 de diciembre pidiendo la suspensión inmediata de la ayuda al gobierno de Nankín.

Habiendo fracasado en este intento, Chang Kai-Chek lanza el 1 de enero una «ofensiva de paz». Los aviones nacionalistas sueltan miles de octavillas sobre las principales ciudades pidiendo a Mao Tse-Tung y a sus principales colaboradores que dejen de matar a sus hermanos.

Mao no tarda en responder; el 14 de enero declara oficialmente sus condiciones:

1. Castigo de los «criminales de guerra» (Chang Kai-Chek entre ellos).
2. Abolición de la constitución, en cuya votación no han participado los comunistas.
3. Desaparición del Kuomintang.
4. Reorganización de las tropas nacionalistas según unos principios «democráticos».
5. Confiscación del capital «burocrático» (el de los capitalistas).
6. Reforma agraria.
7. Abolición de los «tratados de traición».
8. Reunión de una nueva conferencia política consultiva, pero sin ningún elemento «reaccionario».

Chang Kai-Chek no puede aceptar las condiciones de su enemigo. Eso supondría quedar a su merced. El 21 de enero dirige a los chinos un «mensaje de despedida» y parte hacia su región natal, el Che-Kiang, después de abandonar la presidencia de la República para la que fue elegido el 19 de abril de 1948 por la Asamblea

Nacional. Le sustituye el vicepresidente, Li Tsung-Yen, conforme a lo dispuesto en la Constitución.

Dos días después cae Pekín y, al cabo de una semana, Tien-Tsin.

La capital ha sido ocupada sin lucha. El 23 de enero, Lin-Piao ha firmado un compromiso con Fu Tso-Yi autorizando el estacionamiento de las tropas nacionalistas en los suburbios. En la ciudad quedan las unidades necesarias para el mantenimiento del orden hasta la llegada de los comunistas y la vida de la población se desarrolla normalmente. Una oficina mixta (cuatro representantes del PCC. y tres nacionalistas) se encargará de la administración de la ciudad milenaria hasta una futura reorganización. Una vez solucionada esta cuestión, un regimiento del VII Ejército comunista entra aquel mismo día en Pekín sin ser visto por nadie. El 31 de enero hace su entrada oficial el Ejército Popular de Liberación.

Un sinólogo americano, Bedde, nos describe así la escena:

«Abría la marcha un camión (aparentemente suministrado por la municipalidad) desde donde se vitoreaba a las fuerzas comunistas: «¡Pekín recibe con satisfacción al Ejército de Liberación! ¡Viva el Ejército del Pueblo!» A ambos lados del camión y detrás de él iban doscientos o trescientos soldados comunistas en uniforme de campaña, formando seis columnas. Avanzaban con paso precavido y parecían tener calor, como si hubiesen recorrido una larga distancia. El color rojo de sus mejillas era la prueba de su buen estado de salud. Su moral parecía elevada. La multitud reunida en las aceras aplaudía.»

Unos días más tarde, el 3 de febrero, en medio de una tempestad de polvo, Bodde asistía mezclado con la muchedumbre al desfile de la victoria:

«Miles de estudiantes y de trabajadores pertenecientes a las escuelas y organizaciones de la ciudad ocupaban un importante lugar en el desfile. Muchas de sus banderolas de papel y sus retratos de Mao Tse-Tung se desgarraban a causa del viento y caían a tierra. Algunos

conocidos profesores iban en medio de los estudiantes. Había grupos que bailaban el «Yang Ko», o «Canto del Repique», al ritmo de los tambores y de los gongs. Esta tradicional danza campesina se baila en grandes grupos y se había hecho muy popular gracias al interés que los comunistas conceden al folklore. Me resultaba familiar el espectáculo de unos hombres vestidos con trajes de colores que se desplazaban alegremente sobre unos grandes zancos por encima de la gente. Otros grupos, dirigidos por el «jefe de aclamaciones» salmodiaban durante su marcha los «ocho puntos» de Mao Tse-Tung.

»Evidentemente, lo más interesante era el Ejército de Liberación. No pude ver los primeros contingentes de infantería y de caballería, ni tampoco una parte de las unidades motorizadas. Pero entre las cosas que vi durante casi una hora, conté más de doscientos cincuenta vehículos con potentes motores: carros, blindados, camiones llenos de soldados, plataformas con ametralladoras, piezas de artillería pesada. Detrás iban numerosas ambulancias, jeeps y otros vehículos pequeños. Esta demostración de la potencia militar china, probablemente la más importante de toda su historia, era un espectáculo impresionante.

»Pero lo que más destacaba a mis ojos era que se trataba de material militar americano capturado a los ejércitos del Kuomintang, en dos años y medio, por la fuerza de las armas o la del dinero.»

El ejército de Mao Tse-Tung es el más fuerte a partir de este momento. El agregado militar de los Estados Unidos en Nankín estima que, entre septiembre de 1948 y enero de 1949, el Ejército Popular de Liberación había capturado cuatrocientos mil fusiles y veinte arsenales de primera importancia. Las fuerzas comunistas poseen la superioridad numérica, en proporción de tres a dos, y el mismo oficial americano piensa que en aquellos meses habían absorbido seiscientos mil hombres de Chang Kai-Chek.

En la orilla sur del Yang-Tse, a algunos kilómetros de los puestos de vigilancia comunistas instalados al norte

del río, Li Tsung-Yen, el nuevo presidente de la República China, se ha quedado completamente solo en los edificios gubernamentales de Nankín. Sun-Fo, el jefe del gobierno, y la mayor parte de sus ministros se han marchado a Cantón el 30 de enero. El embajador soviético ha sido el único miembro del cuerpo diplomático que ha seguido al gobierno nacionalista en su retirada. Stalin, enfurecido por la «desobediencia» de Mao Tse-Tung, a quien le había pedido que no aspirara al poder por el momento, sigue negándose a reconocer la victoria de los comunistas chinos. Sin embargo, Mao se siente vencedor en su nueva capital de Shi-Chua-Chuang, al pie de las primeras colinas del Chan-Si. El 17 de febrero recibe en su despacho a los tres enviados de Li Tsung-Yen que han acudido para entablar negociaciones. Sonriente y amable, Mao discute con ellos durante varios días, pero sin la menor intención de hacer concesiones. Por otra parte, ¿por qué habría de hacerlas? Sus exigencias se reducen a los «ocho puntos».

Sin prestar atención a aquellos que van a desaparecer de la escena china, Mao Tse-Tung toma las medidas necesarias para ganar a su causa a los que van a permanecer en ella. El 21 de febrero, el cuartel general de Lin-Piao en Pekín y el de Fu Tso-Yi anuncian los detalles de la reorganización militar esperada por las tropas nacionalistas de la antigua guarnición. Mao hace gala de una extraordinaria indulgencia que servirá para derrumbar los últimos focos de la resistencia gubernamental. Las veinticinco divisiones de Fu Tso-Yi se integran en el Ejército Popular de Liberación. A los que piden la baja, se la conceden con tres meses de sueldo y los que prefieren continuar en servicio activo conservan su graduación.

Li Tsung-Yen carece de recursos, ha perdido el apoyo de los Estados Unidos y la oposición ruge en el seno del Kuomintang. Mao Tse-Tung advierte la desorientación de su enemigo, pero antes de lanzar el ataque decisivo quiere reorganizar el aparato civil y militar del comunismo chino.

El 26 de marzo, el Comité Central del PCC reunido

en Shi-Chua-Chuang acepta la propuesta de Mao Tse-Tung de que se inicien nuevas conversaciones de paz con los representantes de Li Tsung-Yen. El 1.º de abril se efectúa la apertura de las negociaciones en Pekín.

No se obtendrá ningún resultado positivo. Mao propone a los delegados de Nankín una sola alternativa: aceptar los «ocho puntos» o continuar la guerra. Por otra parte, no les oculta que tendrán que permitir que sus tropas pasen el Yang-Tse. Li Tsung-Yen contemporiza. Mao fija la fecha del 15 de abril como último plazo, aunque luego lo alarga hasta el 20. Li Tsung-Yen intenta negociar por última vez, pero Mao Tse-Tung ya no tiene nada que esperar. El 20 de abril ordena que sus tropas atraviesen el Yang-Tse y, el 21, publica la siguiente orden:

«Os ordenamos que os lancéis hacia adelante con valor para aniquilar a los reaccionarios del Kuomintang que se atrevan a oponer resistencia, para liberar a todo el pueblo, para defender la soberanía y la integridad nacional de China.»

Dos días más tarde, el 23, las primeras patrullas comunistas entran en Nankín. La ciudad ha sido abandonada por el gobierno, que ha huido a Cantón. Sanghai, con sus seis millones de habitantes, no se encuentra más que a trescientos kilómetros al este. Chen-Yi lanza sus divisiones hacia el sudeste para aislar la gran ciudad comercial, mientras Liu Po-Cheng desciende hacia el sur con dirección a Fu-Cheu y Lin-Piao se dirige a Wu-Han conquistándola el 16 de mayo.

Por aquellos días, los soldados de Chen-Yi llegan al mar en la región de Hang-Cheu, cercando definitivamente Sanghai. La guarnición nacionalista no ha podido impedirlo, pero declaran que resistirán hasta la muerte. Chang Kai-Chek llega en un avión para arengar en las calles a la muchedumbre. Sin embargo no hay nada que inspire menos confianza que las gentes de Sanghai en este mes de mayo. La población se compone de trabajadores en paro y de comerciantes arruinados por la deplorable administración del régimen.

Cuando, el 25 de mayo, los jóvenes soldados de Mao

entran en la ciudadela del capitalismo occidental, no se oye un solo disparo. Los jefes militares han huido en avión a Cantón o a Hong Kong. Chang Kai-Chek se ha refugiado en Formosa.

Las calles están preparadas para acoger a los vencedores. Los estudiantes comunistas se han congregado para recibirles en medio de un mar de pancartas y carteles de todo tipo: «¡Viva el Ejército Popular de Liberación!», «¡Viva Mao Tse-Tung!» Serenos en apariencia, pero profundamente emocionados, los blancos de Sanghai simulan estar ocupados en lo que queda de sus negocios. En el césped maravillosamente cuidado del «French Club», a la sombra de los parasoles multicolores, americanos, ingleses y franceses se esfuerzan en saborear una vez más una buena comida francesa. Se está derrumbando la ciudadela de sus intereses en China. Sin embargo, disimulando sus emociones, en las semanas siguientes multiplicarán sus elogios del buen comportamiento de las tropas de Mao Tse-Tung, de la excelente administración impuesta por Chen-Yi, se regocijarán ante la total ausencia de retratos de Stalin y la gran difusión de los de Mao.

Sólo los más clarividentes atemperan el forzado optimismo de la mayoría de los occidentales. Recuerdan, por ejemplo, el triste desembarco de heridos ingleses poco antes de que llegaran los comunistas. ¿No era la primera vez en cincuenta años que muchos de ellos habían visto a los soldados de Su Majestad alcanzados por las balas chinas?

El régimen del Kuomintang continúa derrumbándose: Ho Yin-Ching dimite el 2 de junio y le sucede en la jefatura del gobierno el mariscal Yen Shi-Shan, gran militar y buen administrador. Su oportuna llegada a Cantón para tomar el relevo se debe a que ha perdido su feudo: hace tan sólo unos días estaba al frente del Chan-Si. En realidad, hacía mucho tiempo que los comunistas ocupaban una parte de la provincia, pero es ahora cuando han terminado de conquistarla, apoderándose de la capital.

El 20 de mayo, Sian, la capital del Chen-Si, cae a su

vez en manos de Peng Teh-Huai. Todo se desploma pero, sin embargo, Chang Kai-Chek siente renacer sus esperanzas cuando el mariscal Yen llega a Formosa: Peng Teh-Huai, que se había lanzado hacia el sur como en 1948, acaba de ser barrido por «el Gran Caballo».

«El Gran Caballo» es Ma Pu-Fang (*Ma* significa caballo), el jefe musulmán de la provincia del Kan-Su. Su caballería, viniendo del oeste, ha caído de flanco sobre las unidades comunistas que habían salido de Sian con dirección a Sseu-Chuan. Peng Teh-Huai se retira en desorden hacia el Norte.

Chang Kai-Chek, emocionado, envía un telegrama de felicitación al «Gran Caballo», le nombra comandante de la región del Noroeste y le promete un importante abastecimiento de armas y municiones. Su satisfacción es tanto mayor por cuanto que en el Sur parece haberse detenido el avance de los soldados de Mao Tse-Tung. Chang Kai-Chek está demasiado ciego para darse cuenta de que el estratega comunista espera el fin de las inundaciones que desorganizan su retaguardia.

En su nueva residencia de Formosa, recibe un informe sobre el discurso pronunciado por su enemigo el 1 de julio con motivo del veintiocho aniversario de la fundación del PCC. En él encuentra Chang Kai-Chek la prueba del verdadero carácter del régimen de Mao y una ocasión más para criticar duramente a su enemigo.

En efecto, Mao ha declarado en este día:

«Se nos pregunta: ¿instaurais una dictadura? Sí, respetados señores, no os equivocais. Efectivamente, estamos estableciendo una dictadura. La experiencia acumulada por el pueblo chino desde hace algunas decenas de años nos ha demostrado que es necesario instaurar la dictadura de la democracia popular. Esto quiere decir que debemos privar a los reaccionarios del derecho a expresar su opinión. Este «pueblo», ¿quién es? En la etapa actual, el pueblo, en China, es la clase obrera, la clase campesina, la pequeña burguesía y la burguesía nacional. Bajo la dirección de la clase obrera y del partido comunista, estas clases se han unido para formar su propio Estado y escoger su propio gobierno,

para instaurar una dictadura sobre los lacayos del imperialismo: sobre la clase de los terratenientes, sobre el capital burocrático, para aplastarles y no permitirles actuar más que dentro de ciertos límites, para no dejarles sobrepasar esos límites, ni con sus actos, ni con sus palabras. Si lo intentan, se lo impediremos y serán castigados inmediatamente. El sistema democrático debe ser establecido por el pueblo, él es quien debe conceder la libertad de expresión, de reunión y de organización. La dictadura de la democracia popular contiene dos aspectos: democracia para el pueblo y dictadura sobre los reaccionarios.»

Después de haber leído este texto, Chang Kai-Chek se levanta excitado y dice a sus colaboradores: «¡Esta es la democracia de Mao Tse-Tung! Me gustaría que Marshall estuviese aquí para que al fin comprendiera el significado de la palabra «democracia» en el vocabulario comunista.»

De pronto, unos días más tarde, reanimado por los éxitos del «Gran Ma», aguijoneado por los preparativos de la Conferencia Política Consultiva que Mao organiza en Pekín y a la que él no podrá asistir, Chang Kai-Chek crea en Formosa un «Consejo Político» del Kuomintang y se hace nombrar presidente. Después emprende una especie de cruzada por las capitales de Asia para formar una liga anticomunista. Visita al presidente de Filipinas, y al de Corea del Sur, el famoso Syngman Rhee. Su proyecto tal vez hubiese podido realizarse, pero no en el momento en que millones de soldados comunistas, con la efigie de Mao en sus macutos, se ponen otra vez en marcha por los caminos de China continental.

Ma Pu-Fang es el primero que sufrirá las consecuencias de esta última ofensiva. Mao envía a Peng Teh-Huai todos los refuerzos necesarios. Después de concentrarse en Sian, los jóvenes soldados rojos se lanzan en persecución de la caballería musulmana que en su huida llega hasta Lan-Cheu. El 26 de agosto, las tropas de Mao Tse-Tung se apoderan de la ciudad.

A partir de este momento, las fuerzas nacionalistas ya no pueden resistir. El «Gran Ma», que se había refu-

giado en el Ningshia, se ve obligado a huir a finales de septiembre: el océano comunista absorbe toda la provincia y, el día 20, se rinden sin combatir los seis ejércitos que la guarnecían. El 29, se desploma el Sin-Kiang (Turquestán chino) y queda liberado todo el Noroeste. Unos meses más tarde será ocupado el Sur y las islas chinas, excepto Formosa. Antes de la caída de Cantón, Stalin modifica radicalmente su actitud para con Mao: el diario oficial «Pravda» anuncia que el régimen de Chang Kai-Chek «se ha derrumbado».

Por otra parte, ya en julio había enviado una misión militar soviética, la primera, para que colaborara en el desarrollo posterior del Ejército Popular de Liberación.

El 21 de septiembre, Mao Tse-Tung inaugura en Pekín la «Conferencia Política Consultiva de la China Popular». Más de seiscientos delegados le aplauden y muchos de ellos no son comunistas sino tan sólo hostiles al Kuomintang. Entre los asistentes destaca la presencia del general Fu Tso-Yi y la de Song King-Ling, hermana de la mujer de Chang Kai-Chek. Hasta tal punto es nacionalista el discurso de Mao que, en algunos momentos, el auditorio podría creerse en los tiempos en que el joven jefe del Kuomintang dominaba la escena política. Mao habla del orgullo nacional:

«El desarrollo económico se verá acompañado necesariamente por el desarrollo cultural. Los tiempos en que se consideraba a los chinos como bárbaros han pasado. Apareceremos ante el mundo como una nación altamente civilizada.

»Reforzaremos nuestra defensa nacional y ningún imperialismo podrá volver a invadir nuestro territorio. Debemos conservar las fuerzas armadas de nuestro pueblo y desarrollarlas sobre la base de nuestro heroico Ejército Popular de Liberación. No sólo tendremos un poderoso ejército de tierra, sino también una aviación y una marina potentes.»

Esta sesión plenaria de la Conferencia Política Consultiva termina el 29 de septiembre. El 30, Mao Tse-Tung es nombrado presidente del primer gobierno central del pueblo chino.

INDICE

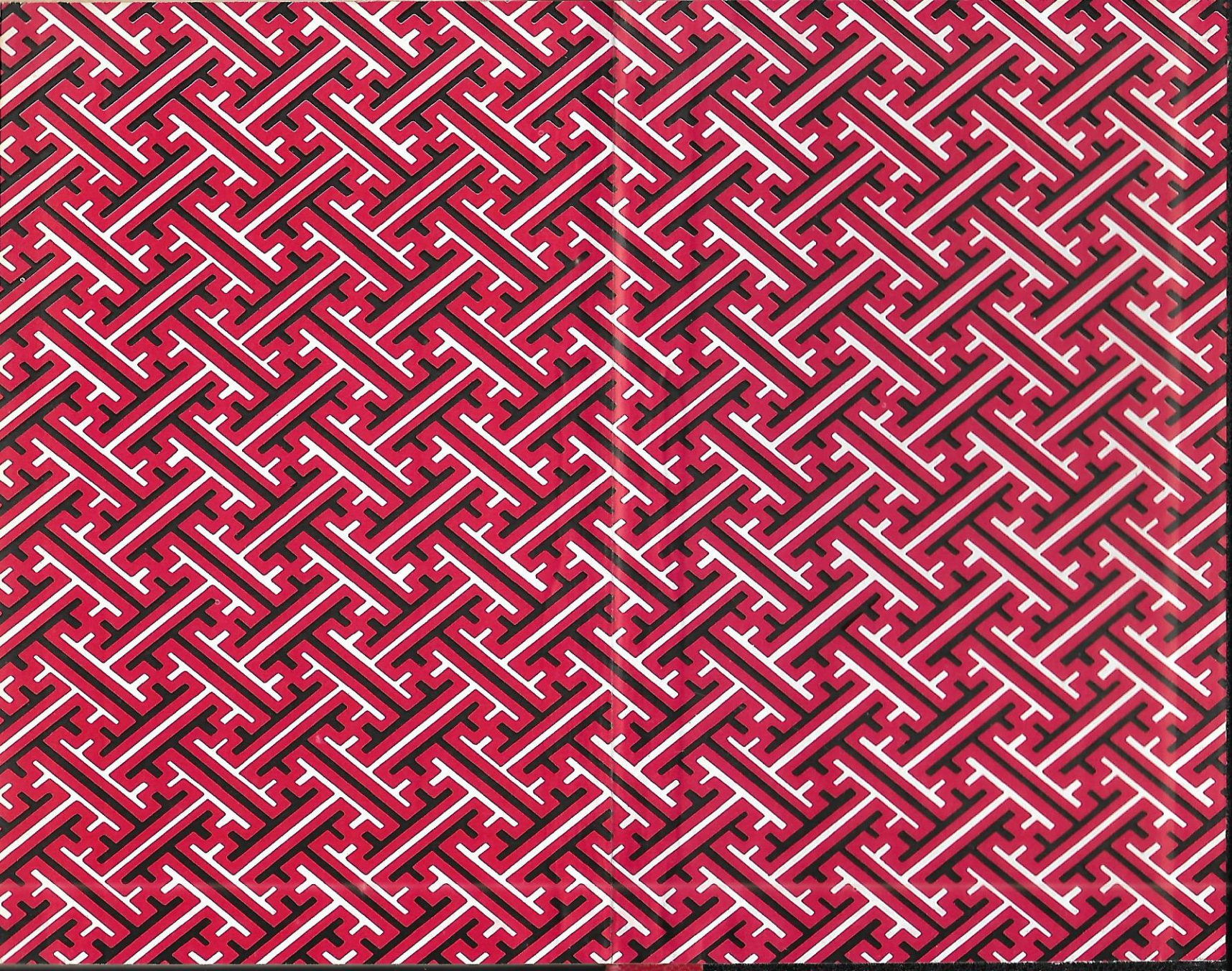
1. La guerra del opio 7
2. La revuelta de los Tai-Ping 41
3. El saqueo del Palacio de Verano 57
4. El reinado de Ts'en-Hi 71
5. La cuestión del Tonkín 91
6. La sublevación de los Boxers 105
7. De Sun Yat-Sen a Chang Kai-Chek 121
8. Un hombre en veinticuatro pinceladas 159
9. La ruptura con Chang Kai-Chek 169
10. ¡Caminaremos! 187
11. Entre la lucha antijaponesa y la guerra civil .. 197
12. El gran ataque 221

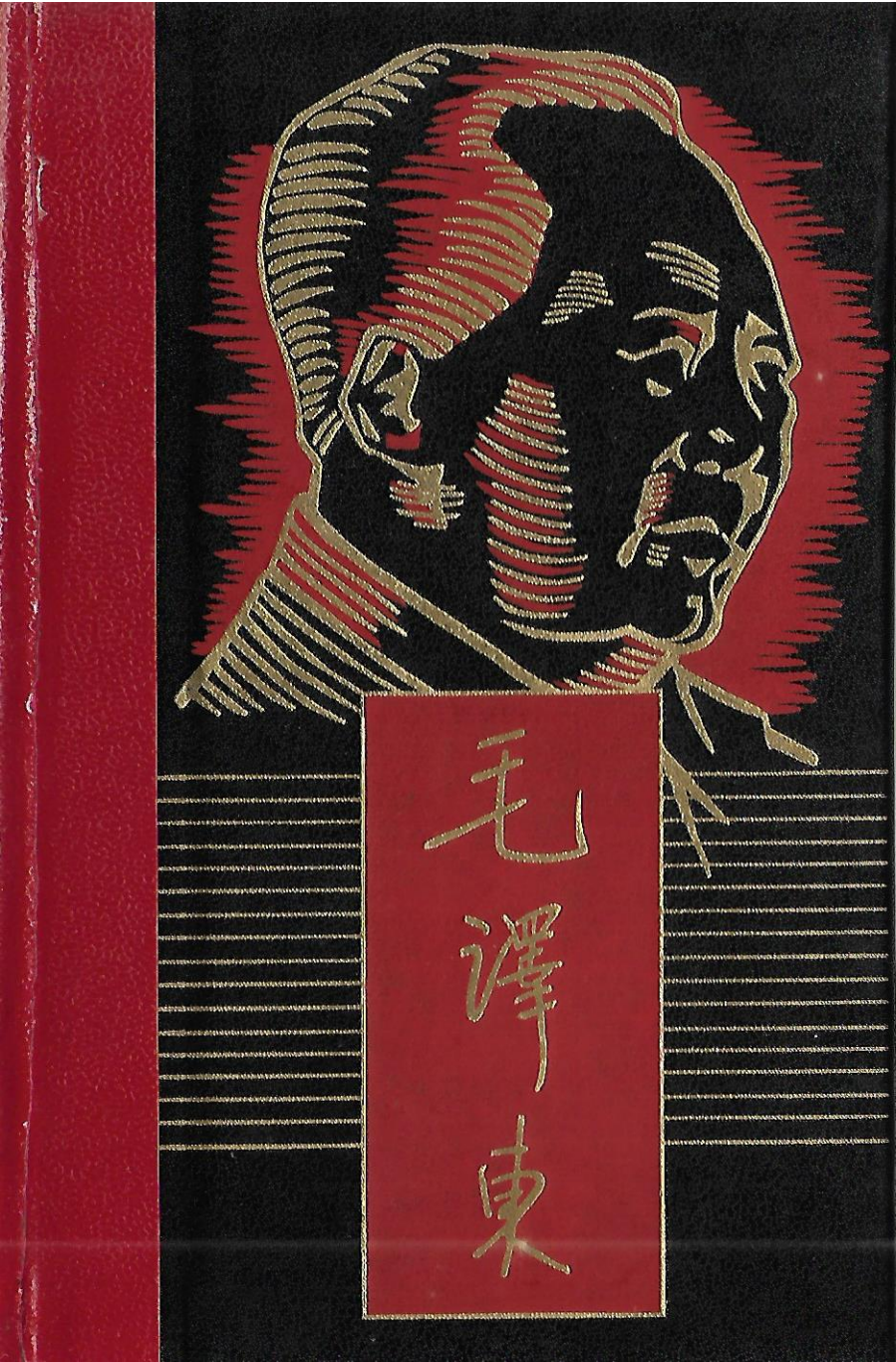
Esta obra ha sido confeccionada por
el CIRCULO DE AMIGOS DE LA HISTORIA,
según maquetas originales propiedad de
Editions Ferni, Genève.
Ha sido compuesta en tipo Times del cuerpo 9.

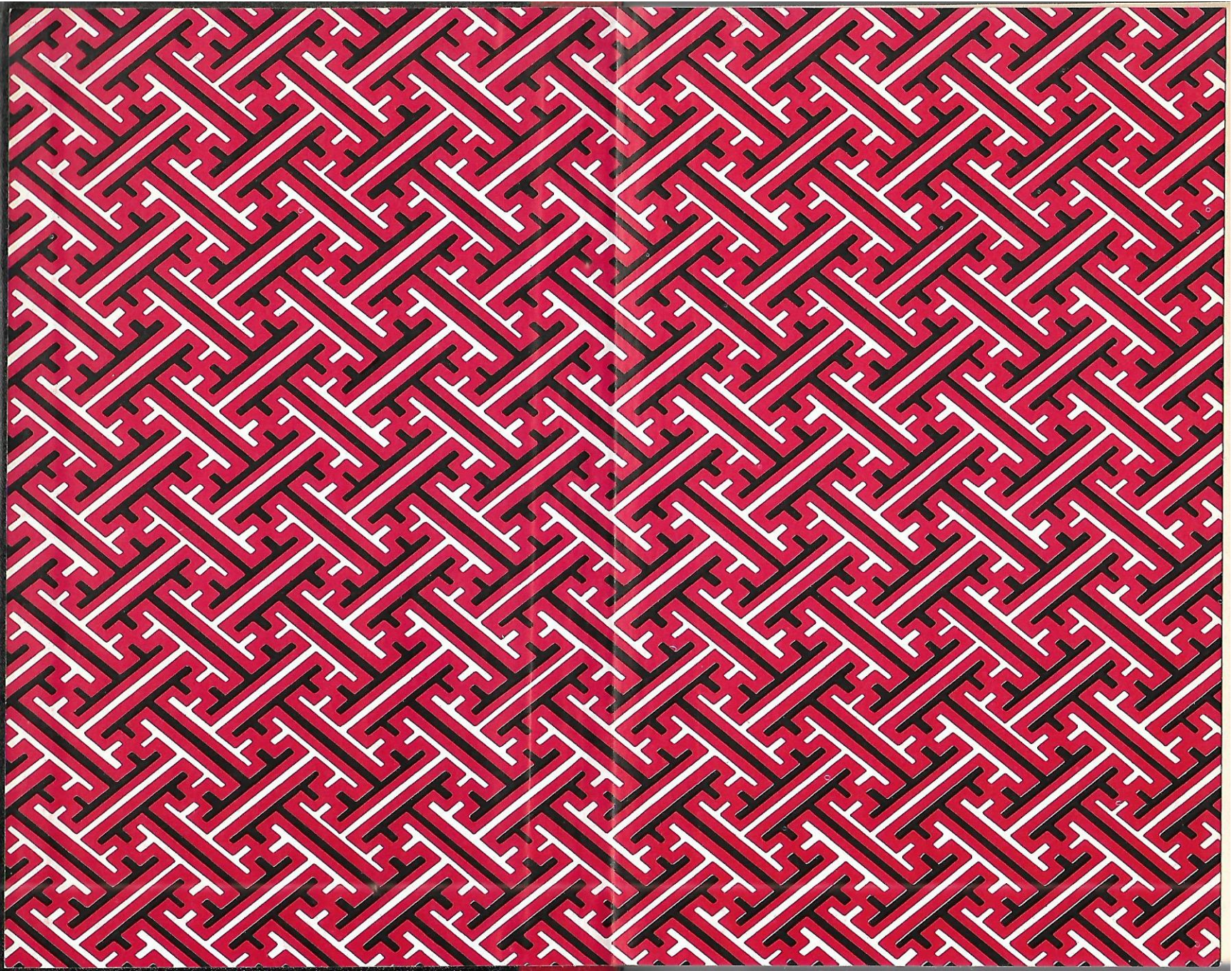
Esta edición está exclusivamente
reservada a los suscriptores.

Es propiedad de
LOS AMIGOS DE LA HISTORIA

Impreso y encuadernado por
Printer, industria gráfica sa Tuset, 19 Barcelona
Sant Vicenç dels Horts 1976
ISBN 84-225-0106-6 (colección completa)
ISBN 84-225-0108-2 (vol. II)
Depósito legal B. 39658-1976 (II)
Printed in Spain




毛澤東



MAO TSE TUNG
Y EL DESTINO DEL PUEBLO CHINO

presentado por
Bernard Michal

Edición reservada a
CIRCULO DE AMIGOS DE LA HISTORIA
Conrado del Campo, 9-11 - Madrid-27

© Editions Ferni - Genève 1976
Círculo de Amigos de la Historia, S. A., Editores
Madrid, 1976

P. NOUAILLE - P. LAGRON
J. DELAMOTTE

MAO TSE TUNG Y EL DESTINO DEL PUEBLO CHINO

3

Círculo de Amigos de la Historia

¡YA ESTAMOS EN PIE!

Trescientas mil personas se hallan reunidas en la plaza Tien An Men, de Pekín. Desde hace algunas horas ningún pájaro surca el pálido azul del cielo de la gran ciudad que vuelve a ser la capital de China en este 1 de octubre de 1949. Sobre la muchedumbre flotan los estandartes con el dragón rojo, mezclados con algunas banderas sobre cuyo fondo escarlata se recortan cinco estrellas amarillas y con gran cantidad de oropeles. Un confuso griterío se alza de esta marea humana para elevarse sobre una atmósfera cargada de polvo.

De pronto, el silencio se abate sobre la muchedumbre como un espeso manto. Todas las cabezas se vuelven, todas las miradas convergen hacia el largo balcón que domina la plaza. Allí acaban de aparecer las diminutas siluetas de una veintena de personajes. Una de ellas algo más voluminosa destaca ligeramente. Una prematura calvicie agranda su frente sobre el amplio rostro coronado por una oscura cabellera. Por encima de su casaca abotonada hasta el cuello, sobre sus mejillas rojizas, unos ojos pequeños, pero profundos, contemplan la multitud. Mao Tse-Tung saborea su triunfo, su victoria, el fruto de casi treinta años de lucha encarnizada, incesante, sin cuartel. Exceptuando Cantón, que no tardará en caer, el inmenso territorio chino se encuentra a sus pies.

Chang Kai-Chek, su implacable enemigo, se ha refugiado en Formosa. Estados Unidos y Rusia han com-

prendido que acaba de nacer una tercera gran potencia. En Washington, Harry Truman se pregunta para qué han servido los millones de dólares gastados en ayudar a los nacionalistas. En Moscú, Stalin ha decidido retirar su embajador a Chang Kai-Chek para acreditarle ante el nuevo Gobierno chino. ¿Acaso Mao Tse-Tung no estará pensando en el jefe del universo comunista que le ha prodigado sus humillaciones, mientras pronuncia su discurso?

«A partir de hoy, el pueblo chino no se dejará insultar por nadie. ¡Ya estamos en pie!» Y al proclamar la República Popular China, Mao la califica de «centinela de la paz asiática». ¿Es una alusión a la primera bomba atómica soviética que acaba de hacer explosión en el centro de Asia, precisamente en la frontera que separa ambos países?

Después de izar con sus propias manos la bandera roja de las cinco estrellas, el símbolo de la nueva república cuya presidencia ha aceptado el día anterior, Mao Tse-Tung exclama: «¡Y ahora, que se mantengan alerta los reaccionarios de nuestro país y los del extranjero!»

El entusiasmo de la multitud se desencadena sobre la plaza Tien An Men. Nadie ha interrumpido el discurso de Mao y ahora todo el mundo da rienda suelta a su alegría, a su odio, a su esperanza. Por todas partes se oye la *Marcha de los Voluntarios* (pues todavía no ha sido compuesto el himno nacional de la nueva república) y las diversas orquestas la interpretan sin ninguna coordinación. Estalla la pólvora de los petardos, tiembla el suelo pisoteado por más de medio millón de pies, el viento levanta nubes de polvo que ocultan el sol y cubren los techos de las pagodas. Las carracas de bambú marcan con su ritmo infernal el gigantesco rumor que se eleva desde la plaza hacia el salvador de China. Mao Tse-Tung sonríe a la multitud delirante, ante la cual desfilan ahora los batallones compactos, con sus uniformes deslucidos de color gris ocre, del Ejército Popular, el heredero del Ejército Rojo. Mao-Tse-Tung se vuelve hacia sus compañeros, los hombres

que han guiado a sus fuerzas hacia la victoria; el general Chu-Teh, que había sido un «señor de la guerra» hasta su adhesión al comunismo en 1927; Lin-Piao, cadete de la Academia Militar de Whampoa, coronel a los diecinueve años, que después de permanecer diecisiete años en Moscú había vuelto para conquistar Manchuria, ocupar Pekín y recibir a Mao en la capital; Chen-Yi, otro militar de carrera, que acaba de liberar el sur de China; Li Li-San, fundador de un partido comunista chino en París, que fue obrero metalúrgico en Saint-Chamond y desapareció también durante quince años en Moscú; Chu En-Lai, de origen burgués, estudiante en Francia, diplomático frío y hábil que negoció los acuerdos con Chang Kai-Chek en los tiempos de la guerra contra el Japón...

Mao se acerca al más fiel de sus compañeros para agarrarle del brazo. Es Liu Chao-Chi, alto y delgado, con las sienes grises y unas gafas cabalgando sobre su nariz. Es su segundo, el más abnegado, el más fanático, el organizador de todo el aparato del partido. El es quien ha compartido con Mao los años terribles de Ye-Nan, y, como él, originario del Hu-Nan.

Después de dirigir una última mirada hacia la muchedumbre que sigue gritando «¡Mao Wan-sui!» («¡Que Mao viva cien años!»), el jefe de la cuarta parte de la población del globo se retira de la tribuna oficial. ¿En qué piensa? Tal vez en que no le queda más que un objetivo por alcanzar: la potencia que proporciona el arma atómica. El otro gran estado comunista, aunque tres veces menos poblado, la posee desde hace una semana.

¿Qué camino deberá seguir para lograr la consagración suprema de la independencia y de la fuerza? Será largo, sin duda, puesto que China no es más que un inmenso territorio cubierto de ruinas y dominado por el hambre y la miseria, acechado por la prosperidad y el potencial económico de otros países, recorrido por bandas de ladrones que parecen ejércitos... Pero la plaza en la que acaba de proclamar su poder ¿no se llama Tien An Men, «Puerta de la Paz Celeste»?

Mientras la noche comienza a cubrir con su manto el regocijo de Pekín, una ciudad alegre donde dos o tres millones de habitantes no saben si podrán comer al día siguiente, Mao trabaja con Liu Chao-Chi en su despacho del palacio de Verano en el que ha fijado su residencia, dejando la «Ciudad prohibida» de los Emperadores al Consejo de Estado, presidido por Chu En-Lai. Los dos hombres están de acuerdo en que el nuevo régimen debe apoyarse en el campesinado, tesis contraria a las ideas que Li Li-San trae de Moscú. Mao y Liu son de origen campesino y creen en las virtudes ancestrales de la población rural. Saben que es más maleable y que está menos influenciada por las ideologías extranjeras que el proletario urbano. El campesino, ante todo, sigue siendo chino. Ha sufrido la opresión de los grandes propietarios, de los capitalistas, de los señores de la guerra, pero no ha sido víctima de las «plagas» importadas del extranjero contra las que Mao combate: la prostitución de los puertos, el opio traído por los ingleses, las religiones cristianas difundidas por los misioneros. Para las masas urbanas, la transformación radical de la economía no se traducirá, al principio, más que en un cambio de explotación: el «cooli» seguirá trabajando tanto o más que antes. ¿Comprenderá el sentido de la revolución?

Por el contrario, la reforma agraria permitirá que los campesinos medios y pobres salgan de su apatía y de su pasividad secular. Para ellos, el marxismo-leninismo significará una transformación radical de su condición. Y las masas campesinas suministrarán el dinamismo y la mano de obra que China necesita para convertirse en una potencia mundial. Por tanto, será preciso convencer a quienes, como Li Li-San y Lin-Piao, se han formado en la escuela de Moscú. ¿Y qué mejor manera de conseguirlo que ir a la Meca del comunismo para que el mismo Stalin bendiga sus teorías?

Por otra parte, China no podrá resurgir económicamente ni crear una moderna industria sin la ayuda de una gran potencia. Esta es otra de las razones por las que Mao Tse-Tung y Liu Chao-Chi deciden que lo más

urgente es arreglar sus relaciones con la U.R.S.S. Pero pasarán veinte días antes de que Stalin reconozca oficialmente al nuevo Gobierno de Pekín, y no abandonará definitivamente a Chang Kai-Chek hasta el 20 de octubre, cinco días después de la caída de Cantón.

Sin embargo, mientras las calles de Pekín continúan en fiesta, el redactor diplomático del prudente y mesurado *Times* somete a la aprobación de su director el texto del editorial que aparecerá veinticuatro horas más tarde:

«Los hombres que durante el fin de semana se han hecho cargo del poder en Pekín son los vencedores de una revolución tan importante por sus consecuencias como la revolución rusa de 1917. Las victorias militares conseguidas durante los últimos meses han transformado el mapa político y estratégico del Este asiático. Detrás de las columnas en marcha, millones y millones de chinos han sido arrastrados por el remolino social... El nuevo Gobierno será juzgado menos por lo que dice que por lo que hace.»

El 16 de diciembre de 1949, Molotov acude a recibir en la estación de Moscú a Mao Tse-Tung y a la numerosa delegación china. Y, aquella misma tarde, el viejo dictador ruso, que dentro de cinco días cumplirá setenta años, recibe al presidente de la República Popular (catorce años más joven que él). Es la primera vez que los dos hombres se encuentran.

Mao no oculta su admiración por Stalin, cuyo realismo político y geniales maniobras ha sabido apreciar. El dictador ruso, por el contrario, le ha considerado hasta hace muy poco como un intelectual de ideas peligrosamente desviacionistas, un presuntuoso, un general rebelde que se ha levantado contra su aliado, Chang Kai-Chek... Y mientras que la prensa de Pekín declara que el encuentro de ambos jefes de Estado «cambiará el curso de la historia», el *Pravda* se limita a decir que China «acaba de liberarse del yugo de la opresión colonial» y distingue al régimen de Pekín de los estados de Europa oriental que son «unas democracias populares comprometidas en el camino del socialismo».

La réplica de Mao Tse-Tung no se hace esperar. Cuando toma la palabra en la manifestación que se celebra el 21 de diciembre en el teatro Bolchoi para festejar los setenta años de Stalin, evita reconocer a sus anfitriones cualquier función de «guía política» y califica a la Unión Soviética de «gran aliado de China».

Así pues, el primer contacto entre las dos potencias es más bien frío y las negociaciones durarán casi dos meses. El 20 de enero, Mao llama a su Primer Ministro y ministro de Asuntos Exteriores, Chu En-Lai, para que acuda en su ayuda. El 14 de febrero de 1950, se firman finalmente los acuerdos chino-soviéticos que no han resultado desastrosos para Pekín gracias a Washington y Londres.

En efecto, el 5 de enero de 1950, el presidente Truman había declarado que no era su intención intervenir en la guerra civil china, y al día siguiente el Gobierno de Su Majestad británica había atentado contra el Pacto Atlántico, firmado ocho meses antes, reconociendo «de iure» al Gobierno de Pekín como el único de toda China.

Estas decisiones inglesas y americanas reforzaban la débil posición de Mao Tse-Tung en sus conversaciones con el potentado ruso. Stalin reinaba sin discusión en la Unión Soviética, la segunda potencia atómica del mundo. Se había desembarazado de Idanov y hacía ejecutar a los amigos de este último. En todo el Este europeo, sus fieles, como Rakosi, en Hungría, perseguían a todos los que, siguiendo el ejemplo de Tito, se oponían a la supremacía de Moscú.

Mao no era más que el representante de un pueblo inmenso, pero miserable, atrasado, inclinado a la anarquía y al individualismo. El extenso territorio chino se hallaba devastado, carecía de las estructuras modernas y estaba sometido prácticamente al bloqueo mundial. La autoridad de Mao se basaba en su prestigio personal, en su notable tenacidad y habilidad, pero se la discutían no sólo sus enemigos sino también varios de sus lugartenientes, más sensibles a las palabras de Stalin que a las suyas.

Precisamente en ellos está pensando Mao mientras en el maravilloso decorado blanco y oro de la inmensa sala San Jorge, del Kremlin, corren ríos de vodka, de champaña de Crimea y de vino del Cáucaso. Bajo la mirada miope, pero vigilante de Beria, la multitud de dignatarios soviéticos parece un mar negro y blanco salpicado del oro y plata de las hombreras y las medallas de los uniformes militares. Diseminados por la sala, unos hombres enfundados en casacas azules deslucidas o grises parecen no pertenecer a la reunión: son los chinos.

Stalin ha organizado una grandiosa recepción para festejar la firma del acuerdo del 14 de febrero de 1950. Se eleva el murmullo de las conversaciones. Resuena el eco de las carcajadas. Desde la tercera grada de la monumental escalera un coronel de la N.K.V.D. dirige con un transistor la orquesta que, encaramada en un balcón, destila valses. Los chinos siguen sonriendo. El rostro alegre de Mao Tse-Tung también sonríe, pero sus ojos vivarachos están enjuiciando esta asamblea de notables. Su mirada se cruza con la de Stalin.

El «batiuchka» («padrecito») está emocionado. Le gusta el vals, y también el espeso vino tinto de su país, Georgia. Se acerca a Mao, con dos copas en la mano. Quiere brindar. Sus bigotes se congelan ante este rostro bonachón. Este condenado amarillo es catorce años más joven que él, pero parece no tener edad. Acaba de aceptar que los rusos permanezcan en Dairen y en Port Arthur; acaba de reconocer la «satelización» de Mogolia Exterior; acaba de introducir a los soviéticos en el Sin-Kiang y en Manchuria, bajo el pretexto de la creación de sociedades «mixtas» de explotación; acaba de prorrogar, al menos por dos años más, la manumisión rusa de los ferrocarriles manchúes; se contenta con una ayuda económica de trescientos millones de dólares para cinco años (menor que la concedida a Polonia), cuando China necesita dos mil millones de dólares por lo menos... Acaba de aceptar todo esto y, sin embargo, permanece allí, sonriente, un poco distante, como si tan sólo la cortesía y una amistad condescendiente le

retuvieran en esta recepción que para muchos jefes comunistas más importantes que él sería la consagración suprema, un motivo de humildad y agradecimiento.

Molotov, Beria, Malenkov y Vorochilov quedan impresionados por el modo como se observan el zar rojo y su huésped. Un algo indefinible que impone respeto, quizá sólo una vaga aprensión, se desprende de Mao Tse-Tung. ¿Ha encontrado Stalin a alguien tan fuerte como él?

Mao acepta la copa que le ofrece.

—¡Por la amistad chino-soviética! —dice Stalin.

—¡Por el gran Lenin! —contesta Mao.

Los rusos se sobresaltan. Nadie pensaba en Lenin y Mao acaba de suscitar la cuestión ideológica. Stalin no tiene la costumbre de no ser citado en un brindis. Sin embargo, bebe. Mao le imita y chasca la lengua. Luego, con aire de entendido, murmura algo en chino:

—El «tsinandali» es muy buen vino.

Stalin muestra una amplia sonrisa. Los rusos se miran preguntándose: ¿Cómo se habrá enterado este chino, que nunca ha salido de su país, del nombre del vino preferido por el amo de todas las Rusias?

2

LAS HORMIGAS AZULES

Tras su triunfal regreso a Pekín, Mao Tse-Tung se entrega a la organización de su imperio. Ahora va a poder hacerlo según sus propias ideas, y los que, como Lin-Piao o Li Li-San, se oponían a su forma de entender el comunismo chino, ya no podrán criticarle abiertamente ni emprender ninguna acción positiva, pues Stalin ha reconocido que Mao es un buen dirigente comunista. Es la gran victoria de Mao Tse-Tung, el fruto de su ruptura con Occidente y con sus importantes concesiones políticas y económicas.

La prensa mundial afirma que China se ha convertido en un satélite más de la Unión Soviética. En realidad, lo que Mao ha comprado en Moscú es su libertad de acción. La oposición prosoviética ha quedado reducida al silencio. La oposición anticomunista no puede levantar cabeza. El inmenso pueblo chino permanece pasivo, resignado, dispuesto a entregarse en cuerpo y alma a su nuevo amo, y no espera más que una cosa: no morir de hambre.

Stalin, aunque conoce el poder que Mao conserva en sus manos, cree que le tiene a su merced: ¿de qué medios dispone para alimentar a quinientos millones de personas hambrientas? No le quedará más que una salida: volver a Moscú, pero, esta vez, suplicante. Entonces, se verá obligado a prestar juramento de fidelidad.

Sin embargo, Mao Tse-Tung se enfrenta con las dificultades. Sabe que el hambre es el mayor problema de China y, para solucionarlo, emprende una reforma

agraria sin precedentes, comenzando por clasificar a los chinos en cuatro categorías:

—Los propietarios que no trabajan ellos mismos sus tierras.

—Los campesinos ricos que trabajan ellos mismos, aunque con la ayuda de colonos.

—Campesinos medios que poseen un poco de tierra y la explotan por sí mismos.

—Campesinos pobres, sin tierras, que trabajan las de otros como colonos, obreros agrícolas o jornaleros.

De estas cuatro categorías, sólo las dos últimas deben subsistir. Los propietarios y los campesinos ricos deben desaparecer, de grado o por fuerza. Cientos de millones de chinos miserables van a convertirse, de la noche a la mañana, en pequeños propietarios. Mao se contenta con acomodar a sus intenciones diversas formas de cooperación, más relacionadas con las antiguas tradiciones comunitarias que con el comunismo staliniano.

La reforma agraria se lleva a la práctica en medio del entusiasmo popular, a menudo feroz, y las marchas militares acompañan a las explosiones del odio contra los antiguos propietarios, a los procesos públicos de los «señores feudales», a los juicios sumarios, a las penas de horca y a los fusilamientos. La masa celebra esta revolución que le permite saciar su sed de venganza al mismo tiempo que le proporciona un trozo de tierra, por pequeño que sea (por término medio, una hectárea para cada cinco familias). Aumenta la extensión de la superficie cultivable. Crece la producción de arroz en un 5 ó 6 por 100. Durante el invierno de 1950-1951, el familiar espectro del hambre parece haber desaparecido para siempre. ¡Nunca un chino había visto tal cosa!

Los propietarios de fábricas, los pocos industriales que no han sido barridos por la tormenta de la guerra civil, no dan crédito a sus ojos: mientras los terratenientes son exterminados con brutalidad, ellos reciben la orden, no de presentarse ante un tribunal popular sino de ir a conferenciar con el presidente Mao Tse-Tung.

Una extraña asamblea se reúne en el palacio de Verano. Decenas de «capitalistas» acuden, con la espe-

ranza brillando en sus ojos mientras sus manos tiemblan de miedo, a la llamada de Mao, más amable que nunca. ¿Qué va a suceder? Algunos habían huido ya a Hong Kong y han vuelto creyendo, aunque no demasiado, que tal vez exista alguna posibilidad de llegar a un acuerdo. Mao les habla como un padre de familia:

«Hay entre vosotros grandes capitalistas, esclavos del extranjero, malos patriotas. Estos no tienen nada que esperar. Pero también hay entre vosotros capitalistas nacionales. A ellos me dirijo. No olvidemos que vamos a construir el comunismo. No encaremos el futuro con prejuicios. Voy a haceros unas propuestas a corto plazo: revisad vuestras cuentas, decid cuántos obreros necesitáis, calculad vuestros costes de fabricación. Pagaréis los salarios que nosotros fijemos; compraréis vuestras materias primas al Estado y le venderéis vuestros productos, obteniendo tan sólo un beneficio razonable, el equivalente al sueldo de un buen director. Si estáis de acuerdo, podéis seguir trabajando en China. Si no, tendréis que partir después de pagar vuestros impuestos atrasados, cuyo montante será fijado por nosotros. Se os indemnizará por vuestras instalaciones, dentro de unos límites razonables...»

Los «capitalistas nacionales» (lo son todos los que participan en la reunión del palacio de Verano) comprenden que no hay elección posible. Si rechazan las propuestas de Mao, lo pierden todo, pues cualquiera puede adivinar que los impuestos atrasados representan una suma mucho mayor que la indemnización. Al igual que la agricultura, lo que queda de la industria china se pone de nuevo en marcha, de peor o mejor manera. La industria textil es la primera que comienza a funcionar, pues no basta con alimentar a los chinos, sino que también es necesario vestirles.

Millones de uniformes, chaqueta y pantalón de tela azul, inundan el territorio de la China roja eliminando el tornasolado tradicional. ¿Por qué azules? Porque el tinte azul es el más barato. A propósito de precios, la inflación galopante y la devaluación del «yuan», la moneda nacional, han sido detenidas enérgicamente.

Una vez asegurado el buen funcionamiento de la vida económica para los meses siguientes, Mao Tse-Tung se dedica a reorganizar la vida social, a transformar las costumbres ancestrales utilizando una curiosa mezcla de marxismo-leninismo, patriotismo nacionalista y culto del campesinado. Ataca las costumbres más antiguas, las prácticas concernientes al matrimonio: comprar esposas, concubinato múltiple, secuestros de mujeres, mutilación de los pies, todo esto es barrido por la «ley del matrimonio» que introduce la noción de la pareja como base de la célula familiar. El amor libre queda prohibido. La prostitución, quizá el negocio más próspero de los grandes puertos chinos, es declarada fuera de la ley. Sólo en la ciudad de Sanghai existen más de cuarenta mil prostitutas. De la noche a la mañana, se encuentran en «centros de reeducación para el trabajo» de donde no saldrán antes de haber reconocido «los errores de su clase de vida». Sólo entonces se incoporarán al trabajo en los campos o en las fábricas.

También se prohíbe el uso de la droga, aunque esto no quiere decir que no se pueda cultivar la adormidera. Al contrario, la exportación del opio debe proporcionar las divisas necesarias para comprar en el extranjero los productos que China, a pesar de ser casi autárquica, no encuentra en su territorio. La reeducación, los trabajos forzados y el «lavado de cerebro» (para Mao Tse-Tung este término no encierra ningún matiz peyorativo: es una cuestión de higiene mental) serán los medios de disuadir a los chinos que se sientan tentados por los paraísos artificiales.

Hay también otro opio que, según la terminología comunista más tradicional, enajena al hombre de su actividad creadora de bienes materiales: la religión. Político demasiado hábil para atacarla de frente, Mao Tse-Tung empleará diversas tácticas para eliminar, o al menos neutralizar cada una de las religiones que se reparten los quinientos millones de almas chinas, puesto que Mao Tse-Tung está convencido de que todas ellas son superfluas. En 1954 dirá al Dalai Lama, el «Buda viviente» que ha bajado de sus montañas para visitarle:

«Creedme, la religión es un veneno. Produce dos efectos: debilita a una raza y retrasa el progreso de un país. El Tibet y Mogolia han sido envenenados por la religión.»

Pero el budismo, al que pertenece una quinta parte de los chinos, será tratado precisamente con la mayor consideración. Mao le manifiesta su respeto:

«Los budistas son casi tan buenos como los miembros del partido comunista chino, puesto que predican la no-violencia y la cooperación con el poder establecido.

Sin embargo, pone especial cuidado en canalizar los sentimientos budistas hacia una integración en el régimen. De esta forma consigue alcanzar dos objetivos al mismo tiempo: se apodera del territorio tibetano y coloca a uno de sus fieles en la cima de la jerarquía budista. Chu En-Lai es el encargado de llevar a cabo esta misión. Por segunda vez, después de su viaje a Moscú, va a hacer una brillante demostración de su habilidad diplomática.

Las tropas chinas comienzan a infiltrarse en el Tibet. La Organización de las Naciones Unidas se conmueve ante lo que el Dalai Lama, en su capital de Lhasa, considera una invasión. De hecho, se producen algunos combates entre los soldados chinos y las tropas tibetanas, formadas en su mayor parte por los temibles guerreros khampas que reinan sobre las montañas más altas del mundo. El ejército tibetano no cuenta con más de ocho mil quinientos hombres, pero ofrece una dura resistencia a los chinos que pretenden restablecer la soberanía de su país sobre el Tibet cuando ya han pasado treinta y ocho años desde que la perdió. En la orden del día de la O. N. U. no figurará la cuestión del Tibet. Es un gran éxito de Chu En-Lai, quien ha convencido a Nehru —protector y consejero, sin embargo, del Dalai Lama (un joven de dieciséis años)— para que apoye la tesis china. Lhasa debe, pues, resignarse a la ocupación, recibir una guarnición china y entablar con Chu En-Lai la negociación de un tratado por el que el Tibet se una definitivamente a China, aunque como región autónoma.

La patria del budismo ha quedado integrada en el imperio de Mao. Esto supone un gran éxito religioso e ideológico, sin mencionar la ventaja estratégica que confiere a Mao Tse-Tung el control del Himalaya, cuyas cumbres dominan la península indostánica. Pero la presencia del Dalai Lama, venerado como un dios por millones de chinos, no deja de ser un peligro para la China comunista. El Dalai Lama conserva sus prerrogativas espirituales y temporales. Tocar un solo cabello de su cabeza equivaldría a lanzar a la rebelión a millones de sus fieles. Por otra parte, el Dalai Lama puede escapar a todo control en cualquier momento, refugiándose en la India, adonde ha tenido la precaución de enviar su tesoro. Por eso se ocupa Mao de minar su autoridad resucitando al Panchen Lama.

En la jerarquía budista, el Panchen Lama, otra reencarnación divina, apareció en el siglo XIV de la era cristiana y fue considerado como el «número dos», compartiendo con el Dalai Lama la autoridad espiritual, pero no la temporal. Los dos lamas vivieron en perfecta armonía hasta 1910, fecha en que los chinos invadieron el Tibet. El Dalai Lama se refugió entonces en la India británica, mientras que el Panchen Lama permanecía en Lhasa y colaboraba con el invasor. Cuando los chinos se retiraron, marchó con ellos y murió en 1937.

En tanto que el actual Dalai Lama, la catorce encarnación de Chenresi, el Buda de la misericordia, fue descubierto por los sacerdotes de Lhasa, en 1935, dos años después de la muerte de su antecesor, estos mismos sacerdotes siguen discutiendo, en 1950, para elegir, entre dos candidatos posibles, la reencarnación del Panchen Lama.

Entonces es cuando Mao Tse-Tung «descubre» en China a su propio Panchen Lama. Es un muchacho de once años educado según las costumbres chinas. El Dalai Lama se ve obligado a aceptarle bajo la amenaza de que no se firme el Tratado Chino-Tibetano. Los sacerdotes de Lhasa exigen que el pretendido Panchen Lama se someta a los exámenes tradicionales, pero los chinos se niegan a dejarle salir de China. Finalmente, se

reconoce la legitimidad del Panchen Lama –un auténtico tibetano, por otra parte— y éste comienza a firmar proclamas de fidelidad al régimen comunista. Para las masas budistas de China, que desconocen todo lo referente a la maniobra, su religión se ha integrado en el sistema. Mao es grande. Mao es poderoso. Mao sigue el camino trazado por Buda.

Mao emplea una táctica diametralmente opuesta con los taoistas que poseen una sólida tradición de conspiraciones y sociedades secretas. Les persigue incesantemente y no consiente en tolerarles más que en la medida en que abandonen todo lo que prácticamente es fundamental en su religión, una extraña mezcla de adoración a los espíritus de la naturaleza y a los antepasados. Piensa que el taoísmo es irracional y, por tanto, un peligro para la sociedad racional que pretende edificar en su país.

En cambio, se muestra extremadamente tolerante con los musulmanes, bastante numerosos en China, cuya religión corresponde a particularidades étnicas, a unas minorías nacionales. No conviene despertar en ellas ninguna idea de rebelión.

En cuanto a los cristianos, decide extirpar el catolicismo lo más rápidamente posible. Los misioneros, los sacerdotes y los obispos europeos o americanos son expulsados de la República Popular. Se encarcela a los que no quieren partir. Unicamente podrán ejercer su ministerio los sacerdotes chinos, aunque su subordinación al Papa, un «jefe extranjero», les confiere un olor de agentes del imperialismo, e incluso de espías. Sólo podría tolerarse una Iglesia Católica Nacional, separada de Roma o, al menos, que mantenga escasas relaciones con el Vaticano.

El problema de los protestantes es muy diferente. Ciertamente son cristianos y, por tanto, un residuo de la colonización occidental, pero también son mucho más vulnerables por estar repartidos en varias sectas. Esta es la causa de que Mao, venciendo la aversión que le inspiran (Chang Kai-Chek era protestante metodista), decida tolerarles para aprovechar su organización social, sus dispensarios y hospitales, pero con la condición de que se vayan los misioneros extranjeros, que los pastores no salgan de China para hacer sus estudios teológicos y que el protestantismo se haga chino de la misma manera que el budismo. Chu En-Lai tiene que repetir la maniobra de los «capitalistas nacionales» con los protestantes. El hábil diplomático convoca a los representantes del Consejo de las Iglesias Protestantes y les explica la voluntad de Mao:

«Os dejaremos continuar vuestra enseñanza y vuestros intentos de convertir a los chinos con la condición de que no abandonéis vuestra labor social. Los comunistas, al igual que los cristianos, creen que al fin prevalecerá la verdad. Creemos que vuestra doctrina es falsa. Si la razón está de nuestra parte, la gente terminará rechazándoos. Al vernos juntos, el pueblo podrá comparar y vuestra iglesia saldrá perjudicada. Pero, seguros de que sois vosotros los equivocados, estamos dispuestos a correr el riesgo.»

¿Qué otra cosa pueden hacer los protestantes chinos sino inclinarse y aceptar todas las condiciones impuestas por Mao Tse-Tung? El golpe más duro ha sido la expulsión de los misioneros extranjeros, a través de los cuales les llegaban los subsidios de América y de Inglaterra. Algunos de ellos consiguen ver a Mao y le piden que rectifique sus decisiones o que, al menos, haga una excepción con ellos. Mao les escucha, finge reflexionar y acaba diciendo:

«De acuerdo. ¿Cuántos sois? ¿Ocho ingleses y siete americanos? Pues bien, podéis quedaros en China y predicar vuestra religión, pero a condición de que vuestros gobiernos autoricen a otros tantos «misioneros» chinos a predicar el comunismo en Inglaterra y en Estados Unidos, tal como nosotros lo concebimos y con la misma libertad...»

Mao Tse-Tung puede considerarse satisfecho. Su prestigio es inmenso en China y el mundo entero, tanto sus amigos como sus enemigos, comienzan a tomarle en serio. El jefe de la familia comunista, Stalin, le escatima su ayuda y conserva importantes ventajas en el interior

de China, pero le ha confirmado como miembro del comunismo ortodoxo y se abstiene de intervenir en su manera de aplicar e interpretar el marxismo-leninismo.

Por primera vez, desde hace largo tiempo, China es la unidad real. Unicamente Manchuria y el Tibet conservan particularidades pronunciadas, aunque integradas en el conjunto chino.

Manchuria se ha convertido en una verdadera república soviética, organizada según el modelo ruso, atestada de técnicos soviéticos que aplican sus propios métodos en la reconstrucción de la industria manchú, colmada de guarniciones soviéticas, la más importante de las cuales es la de Port-Arthur. Es cierto que al frente del gobierno local se encuentra un miembro de la oficina política del partido comunista chino, Kao-Kang, pero es uno de los más fervorosos stalinianos del equipo de Mao.

En el Tibet, una callada hostilidad rodea a las guarniciones chinas, y la asistencia técnica de Pekín, confundida con la penetración de la ideología de Mao Tse-Tung, es acogida con la mayor reticencia. Es tal el poder espiritual del Dalai Lama y de los sacerdotes de Lhasa que, aun formando parte de la República Popular, el Tibet conserva sus estructuras feudales.

Pero a pesar de estas anomalías, el mundo entero —sobre todo, Asia— comienza a volver los ojos con sorprendida admiración hacia este coloso, al que creían de pies de barro, cuando se está levantando con su impresionante mole. Los chinos comen, se visten, trabajan, producen, están realizando un esfuerzo inconcebible del que nadie les creía capaces, dirigidos por un hombre decidido cuya estrella se eleva rápidamente en el firmamento de la política mundial. Mao Tse-Tung puede sentirse satisfecho. Decide abandonar el Palacio de Verano para instalarse en la Ciudad Prohibida, indicando de esta forma que él es quien dirige personalmente el trabajo del gobierno, el del partido y el del comité militar que rige los destinos del Ejército Popular, cuya desmovilización ha sido interrumpida a causa de los acontecimientos de Corea.

3

EL GRAN VENCEDOR DE COREA

Cuando el 1.º de octubre de 1950 Mao Tse-Tung contempla desde el balcón que domina la plaza Tien An Men el gigantesco desfile que conmemora el primer aniversario de la proclamación de la República Popular, sus ojos se detienen sobre las formaciones grises y compactas de los soldados de su ejército.

Mientras el entusiasmo general se desata en medio del estallido de los petardos y del ritmo de las orquestas que interpretan la *Marcha de los Voluntarios* (el nuevo himno nacional), el hombre que tiene en sus manos el destino de China se entrega a profundas cavilaciones. ¿Debe enviar sus soldados a Corea? ¿Debe hacer frente a los ejércitos del general MacArthur que se acercan por el Yalu a la frontera china? ¿Debe correr el riesgo de una guerra abierta con los Estados Unidos? ¿Debe exponer a su país, cuando acaba de salir de las tinieblas, a una nueva invasión que implicaría el retorno de Chang Kai-Chek?

La plaza está llena de grandes pancartas que denuncian «la infame agresión del imperialismo americano». Los discursos que acaban de pronunciarse en Pekín han proclamado que los chinos no mantendrán sus armas en descanso mientras sus hermanos coreanos están siendo aplastados. Pero la guerra psicológica no es la guerra total. Mao Tse-Tung puede entrar en la contienda, pero nadie puede predecir con exactitud cuándo y cómo acabará esta guerra. Por otra parte, si acude en socorro

de los coreanos nadie le ayudará a él si se encuentra en dificultades. Stalin le ha prevenido. La Unión Soviética no se comprometerá directamente.

Y sin embargo Stalin es el responsable de esta guerra que dura ya tres meses. Ciertamente no ha sido él quien la ha declarado, pero ha dejado que estalle. En el encuentro de Moscú había negado a Mao el derecho de supervisar los partidos comunistas asiáticos, especialmente el de Corea del Norte, y se había reservado la tutela de todos estos partidos. Pero Moscú no ha vigilado con la suficiente atención a Pyongyang, puesto que los comunistas coreanos han tomado la iniciativa —con el pretexto de una cierta agresividad de los sudistas de Syngman Rhee— para reunificar la península dividida por el paralelo treinta y ocho. Stalin les ha dejado actuar, reservándose, según su costumbre, la posibilidad de apoyarles si las acciones militares se desarrollaban favorablemente, y de reprobarles en caso contrario. Su representante, Jacob Malik, se abstuvo de participar en la reunión del Consejo de Seguridad de la ONU que declaró país agresor a Corea del Norte. Ante la intervención masiva del ejército americano bajo la bandera de las Naciones Unidas, Moscú —al igual que Pekín— se limitó a protestar enérgicamente y a suministrar algunos carros y aviones a los norcoreanos.

Al cabo de dos meses, la situación parecía evolucionar favorablemente, es decir, hacia un resonante fracaso de los Estados Unidos, que apoyaban a Chang Kai-Chek, y de la ONU, que prohibía la entrada en su areópago a China Continental. Las tropas americanas estaban siendo rechazadas en una estrecha cabeza de puente situada en torno a Fusan. Los asiáticos, bajo la bandera comunista, iban a conseguir su primera gran victoria. Los Estados Unidos parecían perder su principal base estratégica, situada en los flancos de China y de Siberia y muy próxima al Japón.

Pero la máquina de guerra americana, siempre lenta al comienzo, se había puesto en marcha. La cabeza de puente de Fusan recibía considerables refuerzos humanos y de material. La mayor parte de los países

occidentales enviaban contingentes simbólicos o efectivos, los cuales se unían a los «GI's» y a los restos del ejército surcoreano. Los temibles «Marines» desembarcaban en la retaguardia de las líneas comunistas, en Inchon, y se unían al grueso del cuerpo expedicionario de MacArthur. Los aliados reconquistaban Seul y, después de atravesar el paralelo 38, entraban en Corea del Norte y se apoderaban de Pyong-yang...

Y en este momento se acercan al río Yalu, que marca la frontera con China, más exactamente con Manchuria, y se aproximan a las bases rusas de Port Arthur y Vladivostok.

«¿Qué vais a hacer?» cablegrafía Mao a Stalin.

«No puedo hacer nada, contesta Stalin, excepto suministrar armas, carros, cañones, aviones. Si intervengo directamente, entro en guerra con todas las naciones de la ONU. Sería la guerra atómica. Sois vosotros los que tenéis que intervenir, vosotros que no formáis parte de la ONU, vosotros que no mantenéis relaciones diplomáticas con Estados Unidos. Yo no os apoyaré abiertamente, pero os enviaré armamento y os protegeré con mi potencia atómica de cualquier ataque nuclear americano.»

Mao Tse-Tung ha comprendido cuál es el juego de Stalin. Sabe que los rusos temen a los chinos. Adivina los pensamientos de Stalin: Mao interviene, detiene la ofensiva de MacArthur, pero se agota y no consigue vencer; entonces yo, Stalin, propongo mi mediación y arreglo las cosas; se borran los efectos de toda esta desgraciada operación, pero, en el ínterin, Mao se habrá debilitado y tendrá que depender en mayor grado de mi ayuda; yo habré demostrado a quienes empiezan a dudarlo que ni China ni ningún otro país comunista puede hacer nada sin consultarme.

En la oficina política del PCC, el debate se hace violento. Los viejos compañeros como Liu Chao-Chi o Chu-Teh, los diplomáticos como Chu En-Lai comprenden, al igual que Mao, los cálculos de Stalin. «¡Que Stalin haga frente a sus responsabilidades!».

El clan «soviético» —Lin-Piao, Li Li-San, Kao-

Kang— se indigna ante esta actitud, alude a la solidaridad del bloque comunista, propugna la intervención china: «¡Nos lo pide el camarada Stalin! ¡Rusia no puede arriesgarse a provocar un apocalipsis atómico!»

Mao Tse-Tung escucha en silencio. Parece no asistir a este debate, pero cuando las dos tendencias reclaman su arbitraje sus labios esbozan una grave sonrisa:

«Vamos a ayudar a nuestros hermanos coreanos, dice reposadamente. Combatirán en el Yalu tantas divisiones chinas como sea necesario, pero estarán formadas por «voluntarios». El Ejército Popular no intervendrá como tal. Nuestras tropas estarán bajo el mando teórico de los generales norcoreanos. De esta manera protegeremos nuestras fronteras al mismo tiempo que liberamos a Corea del Norte.»

Una vez más Mao ha demostrado su habilidad política: se compromete en la batalla, pero no en la forma deseada por Stalin. La solución de los «voluntarios» —inspirada en lo que todo el mundo hizo durante la guerra de España— le permite limitar los riesgos de su intervención. Si los acontecimiento toman un rumbo desfavorable, siempre podrá retirarse. Si las tropas de la ONU son derrotadas, los «voluntarios» chinos habrán sido los artífices de la victoria. Si todo acaba en un compromiso (el resultado más probable), China saldrá airosa puesto que sólo han intervenido unos «voluntarios» chinos.

La sutileza de la maniobra que acaba de realizar Mao Tse-Tung, aunque no escapa a la mirada atenta de Stalin, es captada por muy pocos observadores. Una gran revista como *Paris-Match* no duda en escribir que Mao ya no representa nada en China, que su intervención en Corea demuestra que en Pekín manda Stalin.

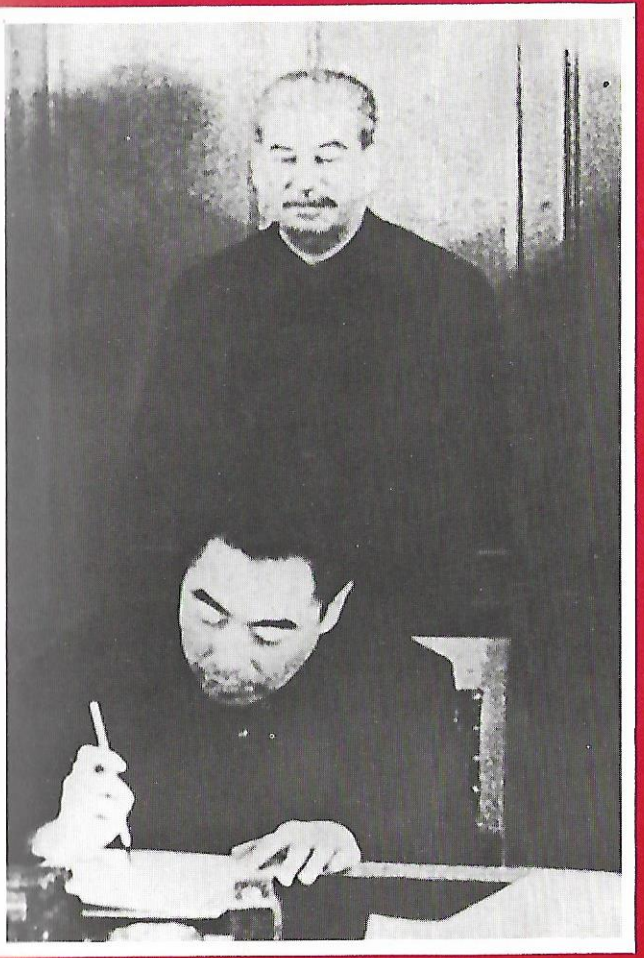
En pocos días, millares y millares de chinos se ofrecen «voluntarios» para combatir en Corea, respondiendo a la llamada de Mao Tse-Tung. Las divisiones chinas, apoyadas por la aviación que Stalin se ha visto obligado a proporcionar, rechazan a los aliados que habían alcanzado el Yalu. La batalla se estabiliza en las proximidades del paralelo treinta y ocho... MacArthur,

que quería bombardear el «santuario chino» (es decir, las bases de la aviación comunista en territorio chino), es reemplazado por el general Ridgway. América quiere limitar los daños.

Mao Tse-Tung tampoco quiere ir mucho más allá del paralelo treinta y ocho. Aprovecha la fijación de los frentes para hacer que obre a su favor el reflejo de solidaridad asiática, y para lanzar unas campañas de propaganda, verdaderas obras maestras en su género, en las que se denuncia la «guerra bacteriológica» y se difunde una imagen terrible de la «brutalidad americana», eliminando el recuerdo de la agresión norcoreana. En una palabra, Mao explota a fondo las ventajas que le ofrece el conflicto de Corea. Su política interior cambia radicalmente y, beneficiándose de la psicosis de guerra santa, los comienzos relativamente liberales de la República Popular desembocan en un período de terror sangriento que permite eliminar a millares de miembros de la oposición.

Y cuando el 24 de junio de 1951 el representante de Stalin en las Naciones Unidas, Jacob Malik, propone un alto el fuego y los americanos lo aceptan, el gobierno de Corea del Norte no pide instrucciones a Moscú, sino al gobierno chino. La guerra de Corea ha durado un año y ahora comienza el célebre maratón de las negociaciones de Pan-Mun-Jom, con sus violentos debates, sus rupturas y sus nuevos contactos.

Cuando, finalmente, el 25 de julio de 1953, el general norcoreano Nam Il y el general americano William Harrison firmen en la «Pagoda de la Paz» de Pan-Mun-Jom el armisticio definitivo, la guerra de Corea habrá causado un millón doscientos mil muertos, incluida la población civil. Habrán muerto veinticinco mil soldados americanos y doscientos cincuenta mil «GI,s» habrán sido heridos. Y, por primera vez en su historia, los Estados Unidos firmarán un armisticio que no es una capitulación del enemigo. América habrá roto su gloriosa tradición militar, precisamente bajo la dirección del mismo general Eisenhower, el que había recibido la rendición sin condiciones de Alemania y había sido



Chu En-Lai firma el Tratado chino-ruso de 1950 en presencia de Stalin.

elegido presidente de Estados Unidos porque se había comprometido a sacar a su país del avispero coreano.

Esta semiderrota de la mayor potencia mundial es, a los ojos de Asia y a los de todos los pueblos que luchan contra las potencias occidentales, una gran victoria de los «voluntarios» chinos. Mao Tse-Tung es el único vencedor en Pan-Mun-Jom. En el ciclo asiático, la estrella de Nehru palidece ante el brillo de la de Mao, cuyo prestigio no admite comparaciones en el campo comunista: Stalin ha muerto cinco meses antes del armisticio coreano y le ha sustituido Malenkov, un tecnócrata sin relieve al lado de Mao.

4.

GRAN TEORICO DEL MARXISMO-LENINISMO

Bajo la tormenta de nieve que inunda la Plaza Roja de Moscú, un grandioso cortejo acompaña los restos mortales embalsamados de Stalin que van a ser inhumados en el mausoleo donde reposa el cuerpo de Lenin. Entre las personalidades que siguen el féretro destaca en primera fila, delante incluso de Molotov, la figura gris, azotada por el viento, de Chu En-Lai.

En vida del difunto dictador, China, considerada como un país atrasado, no ocupaba más que un tercer lugar, detrás de Polonia y Checoslovaquia. Hoy, su representante precede a todo el mundo. Mao, después de haberlo pensado, ha renunciado a acudir personalmente a Moscú y se ha contentado con publicar un artículo necrológico, en términos mesurados, exaltando las cualidades del desaparecido líder del comunismo, «que ha sido, es y seguirá siendo nuestro modelo».

La agencia *Nueva China* ha comunicado al mundo entero que Mao Tse-Tung ha manifestado una profunda emoción al enterarse de la muerte de Stalin. «Sus ojos se han cubierto de lágrimas». Ciertamente era de buen tono derramar una lágrima por el hombre que había excluido a Mao del partido comunista, que había apoyado a Chang Kai-Chek, que había escatimado su ayuda a la renaciente China... La muerte de Stalin impedía el enfrentamiento entre los dos hombres, y permitía plasmar en la imaginería popular de la China de Mao los rasgos del «maestro admirado, seguido y

respetado». Su desaparición evitaba plantear la cuestión de quién era el heredero de Lenin y permitía a Mao reclamar su sucesión. A partir de ahora, el jefe del comunismo chino podrá dirigirse a sus «hermanos» soviéticos en un tono de igualdad total, incluso con una ligera superioridad.

Mao no se equivoca en sus apreciaciones. Veintiún días después del fallecimiento de Stalin, Chu En-Lai firma en Moscú un nuevo acuerdo por el que Rusia se compromete a financiar en los seis años siguientes ciento cuarenta y un proyectos industriales de gran envergadura: presas, complejos metalúrgicos, fábricas de tractores, refinerías petrolíferas, centrales eléctricas e industrias químicas.

El cambio de actitud de Moscú no se manifiesta únicamente en la ayuda económica. Se traduce también —y ésto es mucho más importante para Mao— en el plano ideológico. El día en que Mao cumple sesenta años, el Comité Central del partido comunista ruso le dirige un mensaje en el que se puede leer: «gran teórico del marxismo-leninismo». Es un hecho sin precedentes. En este mes de diciembre de 1953, Mao ocupa una firme posición en el terreno de las ideas.

Los chinos continuarán su luna de miel con los sucesores de Stalin.

El 1.º de octubre de 1954, Kruchev, Bulganin y Mikoyan, que se disponen a tomar el poder en el Kremlin, van a Pekín para asistir a la celebración del quinto aniversario de la República Popular. Medio millón de chinos, reunidos en la plaza Tien An Men, observan maravillados las muestras de consideración y de respeto que los líderes rusos prodigan a su jefe.

Un nuevo acuerdo, firmado con motivo de esta visita, transforma el tratado de 1950 en una verdadera alianza y subraya que «las amistosas relaciones que unen a China con la URSS son la base de una estrecha colaboración entre ambos países, conforme a los principios de la igualdad de derechos, de las concesiones recíprocas, del respeto mutuo, de la soberanía nacional y de la integridad territorial». Los rusos aumentan su

ayuda económica a China, pero sobre todo «teniendo en cuenta la consolidación militar de China» evacuan definitivamente Port-Arthur y transfieren a los chinos las participaciones que poseían en las sociedades mixtas creadas en 1950. La ocupación soviética del Sin-Kiang y de Manchuria se relaja.

Mao Tse-Tung aprovecha la ocasión para desembarazarse de su oponente más peligroso, Kao-Kang, hasta entonces defensor de la penetración soviética en Manchuria. El 31 de marzo de 1955, el Comité Central del PCC anuncia la exclusión del partido del «dictador del Nordeste», acusado de «múltiples desviaciones y crímenes», denunciado como «traidor, conspirador, individualista ambicioso, agente del imperialismo, renegado incorregible», quien «no sólo no ha reconocido nunca sus faltas sino que se ha suicidado para manifestar su última traición hacia el partido»...

Cinco años más tarde, Kruchev dirá en Bucarest que el único crimen de Kao-Kang fue oponerse a la política errónea de su partido para con la Unión Soviética. Pero, por el momento, la prensa moscovita, controlada por el mismo Kruchev, felicita a Mao por su firmeza en castigar a «los oportunistas, a los renegados y a los agentes del imperialismo internacional». Con la desaparición de Kao-Kang y la adhesión incondicional de los restantes dirigentes chinos pro-soviéticos, como Li Li-San o Lin-Piao, Mao ha conquistado, si no el primer lugar en el movimiento comunista internacional, al menos una especie de condominio del campo socialista junto a los dirigentes soviéticos. Ahora, Mao pretende conquistar el «liderato» de lo que ya se comienza a llamar el «tercer mundo», es decir, de la inmensa masa de antiguas colonias que buscan su lugar en el tablero de la política mundial. La Conferencia de Bandung será su trampolín.

—¿Cuál es la importancia de esta conferencia? —pregunta a Nehru un periodista americano.

—El hecho de que tenga lugar —responde el Primer Ministro indio, que piensa imponerse como líder del «tercer mundo».

Nasser causa buena impresión. Se pone al frente del mundo árabe y hace ratificar su tesis sobre el problema palestino. Pero es Chu En-Lai quien en la tarde del 24 de abril, cuando las agencias de prensa difunden por todo el mundo «la declaración de Bandung» y los «diez principios», figura como gran vencedor. Y, a través de él, la silueta de Mao Tse-Tung domina el conjunto del «tercer mundo», que acaba de tomar conciencia de su fuerza.

Ya nueve meses antes, en la Conferencia de Ginebra sobre Indochina —la primera gran conferencia internacional en que China ha estado representada—, Chu En-Lai se había impuesto triunfando sobre Molotov, a quien se veía inquieto, sin instrucciones precisas, a punto de ser desautorizado por el hervidero de intrigas del Kremlin. Ya en Ginebra, Chu En-Lai se había beneficiado del prestigio misterioso, pero en constante aumento, de Mao, de la impresión causada por los «voluntarios» chinos en Corea y por la batalla de Dien-Bien-Fu, en la que detrás de las divisiones de Giap se había advertido la influencia del director de orquesta de Pekín.

Mao Tse-Tung ha alcanzado su segundo objetivo en Bandung. Su representante, en una semana de discursos, declaraciones y recepciones, ha logrado para China el liderato del grupo afroasiático, dejando desconcertados a los occidentales y demostrando a Kruchev que Mao Tse-Tung no es únicamente el co-director del campo socialista, sino también el caudillo potencial de todos los que discuten la supremacía del hombre blanco.

La Unión Soviética no ha sido invitada a la Conferencia de Bandung y China —a la que no se podía dejar de invitar a pesar de que la mayoría de los participantes eran anticomunistas— no ha insistido en que se reconozca a Rusia como nación asiática. ¿No era esto una manera de dejar que prevaleciera la duda sobre la legitimidad de la presencia rusa en Siberia y Asia Central?

Por otra parte, Chu En-Lai ha escuchado en silencio los discursos más anticomunistas, las acusaciones más

graves contra el «colonialismo soviético», fruto de la indignación y la inventiva de Nehru, para convertirse luego en el campeón de la coexistencia pacífica, en el maestro de la conciliación, en la encarnación misma de la afabilidad. No ha dudado en invitar a visitar Pekín a los oradores más anticomunistas.

«Tenéis que cambiar impresiones con Mao...» les decía mientras declaraba fríamente desde la tribuna:

«La delegación china ha venido aquí en busca de la unidad, no para discutir. Nosotros no podemos ocultar que tenemos fe en el comunismo y que pensamos que el sistema socialista es un buen sistema. No es útil que cada uno proclame su ideología en esta conferencia. La delegación china ha venido aquí para buscar unas bases comunes, no para crear divergencias...»

La habilidad diplomática de Chu En-Lai ha conseguido otro importante éxito en Bandung. Al iniciarse la Conferencia tan sólo siete de los veintiocho países representados habían reconocido el régimen de Mao. Una semana más tarde, el 24 de abril de 1955, en la recepción de clausura el presidente indonesio Sukarno invita a sentarse a su derecha no al partidario de la neutralidad, Nehru, sino al comunista Chu En-Lai. Ya, la mayor parte de los veintisiete países han manifestado su intención de reconocer al gobierno de Pekín. El grupo árabe, con Egipto a la cabeza, lo hace inmediatamente. Otras delegaciones han establecido ya acuerdos comerciales con China. Incluso la India ha reconocido la anexión del Tibet por parte de los chinos.

Después de haber obtenido la dirección del bloque comunista, Mao Tse-Tung se convierte en el inspirador de los países «no alineados». En su residencia de la Ciudad Prohibida, rodeado por los miembros de la oficina política, Mao puede escuchar con satisfacción, en esta primavera de 1955, el informe de Chu En-Lai. Nunca han alcanzado una cima tan alta su prestigio ni su autoridad.

Cuando ya se ha retirado todo el mundo y después de cambiar algunas impresiones con su fiel Liu Chao-Chi, cada vez más delgado y encorvado, Mao se reúne con

su mujer y con su hija. Un gran cansancio le invade. Empieza a sentir los achaques de la vejez. Cada vez le queda menos tiempo para bañarse en el Yang-Tse o en el lago del Palacio de Verano. Le abruma el peso de sus responsabilidades.

Se acerca su mujer y le sirve *mao-t'ai,* un licor de su tierra, del Hu-Nan. Mao se había casado por tercera vez en 1939 durante su retiro en Ye-Nan. Antes de enamorarse de aquel jefe presuntuoso que desafiaba con sus escasas tropas a Chang-Kai-Chek, a Europa, a América y al Japón, a Stalin y... a la inmensa China, su esposa había trabajado en el cine con el nombre de Lan Ping. Su hija no se interesa por la política más que en la medida en que es su deber de ciudadana de la China roja. El otro hijo de Mao, procedente de un matrimonio anterior, es ingeniero y tampoco destaca en la provincia donde está trabajando.

Mao tiene sesenta y dos años... Sin embargo, no son demasiados para un jefe de Estado. Pero precisamente ahora, cuando su imperio ha logrado ocupar un lugar privilegiado en la esfera política, cuando China sale de su aislamiento, cuando empieza a desempeñar el papel que le corresponde por sus seiscientos millones de habitantes, ¿no habrá llegado el momento de retirarse?

Mao Tse-Tung se lo pregunta a veces, pero enseguida aleja estos pensamientos. Todavía le quedan tantas cosas por hacer... China tiene que entrar por la puerta grande en la ONU y conseguir el arma atómica sin contar con la ayuda de la Unión Soviética. Por tanto, es preciso que la economía china se organice, que su industria se haga comparable, al menos, a la de Inglaterra, que se ha convertido en la tercera potencia nuclear.

Mao no puede ceder a la tentación de librarse de la carga del poder para consagrarse a la literatura y a la pintura, para redactar la obra que tiene en su cabeza: una nueva doctrina del comunismo, una doctrina inspirada pero tan sólo inspirada en el marxismo-leninismo, una doctrina que aportaría soluciones modernas a esa mitad de la humanidad que pretende salir de la miseria en que se encuentra. Pero todavía no ha llegado el

momento de dejar a la posteridad la carta fundamental de un nuevo comunismo, nacional, rural, revolucionario, basado en los pueblos y no en las clases sociales. Pero lo más urgente es continuar la reforma de China, pues la revolución se encuentra en terreno movedizo.

Y, antes de escoger un nuevo camino para la República Popular, Mao Tse-Tung hace el balance de los últimos años transcurridos.

Las primeras medidas tomadas por Mao en 1950 eran transitorias. Si se quería evitar la parálisis general del país, había que alentar a los tibios, ganarse a la oposición moderada e incluso a los adversarios que podían contribuir a la edificación de una gigantesca nación colectivista.

La guerra de Corea, con la extraordinaria psicosis de «guerra santa contra el imperialismo y el colonialismo» que suscitó, había permitido que el terror sucediera a la tolerancia. Mao Tse-Tung redactó entonces la famosa ley del 21 de febrero de 1951 sobre la «supresión de las actividades contrarrevolucionarias». Es una ley única en su género. En ella son consideradas a priori como sospechosas las siguientes categorías de la población:

— los guerrilleros nacionalistas, los espías, los miembros de las sociedades secretas y los «asociales»;

— los miembros de las profesiones burguesas o liberales, los comerciantes que hayan trabajado en el extranjero y los intelectuales de la oposición.

Los sospechosos no disfrutan de ninguna garantía legal. Basta una simple denuncia para que sean juzgados sumariamente por un «tribunal popular» improvisado que no exige ninguna prueba.

Inmediatamente se organizan gigantescos procesos públicos en los estadios de las capitales, en las plazas de los pueblos y de las ciudades. Una atmósfera exaltada, una mezcla de entusiasmo, delaciones y terror reina en todo el país. En una sola noche, veinte mil personas son detenidas y juzgadas en Sanghai. Las ejecuciones masivas de decenas o centenares de condenados, fusilados a la vista de todos, son el resultado lógico de los procesos en los que la multitud con sus

gritos y sus invectivas «juzga» a los grupos de «sospechosos». Chu En-Lai anuncia que el 16 por 100 de los procesados son ejecutados. Las estimaciones más prudentes cifran entre uno y tres millones el número total de las víctimas de esta campaña de terror.

Cuando, en octubre, cesan los fusilamientos, los intelectuales que han sobrevivido al período de terror se sientan en el banquillo de los acusados. Mao Tse-Tung encarga a Kuo Mo-Jo de obligar a todos los intelectuales que se hayan apartado de la «línea» a realizar su autocrítica. Kuo Mo-Jo había pertenecido al antiguo régimen y desempeña en la misión que le ha sido encomendada el celo habitual de los neófitos.

Al mismo tiempo, Mao reforma la enseñanza obligando a los maestros a abandonar su tradicional inclinación hacia el arte y la filosofía para volverse hacia las ciencias, la técnica, la especialización de los alumnos y estudiantes.

Habiendo hecho así tabla rasa de los compromisos iniciales, Mao Tse-Tung, infatigable, ataca ahora los engranajes mismos del sistema, las costumbres públicas y privadas de sus funcionarios, cuyo número crece desmesuradamente. Es la campaña de los «tres anti»: anticorrupción, antiderroche y antiburocracia. Acto seguido, acometerá a los «capitalistas nacionales», a los «burgueses» y a los comerciantes con nuevos «anti»: anticorrupción de los funcionarios, antifraude fiscal, antimalversación de los bienes públicos, y antiextorsión de informaciones en detrimento del Estado.

Esta segunda campaña prepara sobre todo la liquidación de la influencia de las clases sociales «burguesas» que han sobrevivido a la revolución y al terror, y la transferencia de sus empresas al Estado, que ya se ha hecho cargo de toda la industria pesada y de más de la mitad de las industrias de bienes de consumo.

China se sumerge de nuevo en un ambiente de locura colectiva. Podría pensarse que las denuncias, las reuniones públicas, la desorganización de la administración y de los circuitos de producción y de distribución iban a desembocar en la anarquía. Pero el puño de hierro de

Mao Tse-Tung restablece el orden. En el plano rural, el Presidente fomenta la constitución de «equipos de ayuda mutua» en los pueblos. Empieza a despuntar el día de la colectivización general. Las rigurosas medidas aplicadas tras el hermanamiento de la victoria empiezan a dar sus frutos: la producción agrícola e industrial alcanza en 1952 un nivel tan elevado como el de los tiempos anteriores a la guerra contra el Japón; se construyen nuevas presas y nuevas líneas de ferrocarril.

Este es el punto de partida del primer plan quinquenal de levantamiento económico que, supervisado por el mismo Mao, va a permitir que la industria aventaje a la agricultura, pasando a depender del Estado la totalidad de la misma. Los artesanos se reúnen en cooperativas y los campesinos empiezan a colectivizar sus tierras, sus animales y sus instrumentos de labranza, aunque cada uno puede conservar todavía un pedazo de tierra, una vaca o un cerdo.

Poco a poco, China va adquiriendo la forma del molde ideado por Mao. Pero el proceso es lento y el levantamiento económico se debe en gran parte a la ayuda, a los técnicos y a las máquinas soviéticas. Ahora bien, Mao quiere librarse de esta dependencia que está resquebrajando su prestigio a los ojos de las nuevas generaciones chinas. Los miles de «consejeros» soviéticos que se encuentran en China empiezan a comportarse como sus predecesores americanos, ingleses, franceses o alemanes... En ello interviene el racismo, latente a veces en los rusos, y el complejo de superioridad de quienes se encuentran en un país menos desarrollado que el suyo.

Después de examinar las implicaciones de los acontecimientos que han marcado el desarrollo de su país en los últimos seis años, Mao decide actuar con dos objetivos precisos: fomentar en los chinos el amor al trabajo, especialmente en los cuadros intelectuales y técnicos, lacerados por los años de terror, y el renacimiento de la burocracia; mejorar sus relaciones con la Unión Soviética, cuya política internacional le inquieta y cuyo jefe no posee, en su opinión, demasiada envergadura.

5

EL «GRAN SALTO HACIA ADELANTE»

Durante la noche del 24 al 25 de febrero de 1956, en el transcurso de una sesión secreta del XX Congreso del Partido Comunista Soviético, celebrada en el Kremlin sin asistencia de delegados extranjeros, Nikita Kruchev pronuncia su famoso discurso denunciando el «culto a la personalidad» y los errores de Stalin.

El informe de Kruchev es secreto pero, poco a poco, llega su contenido a manos de Mao Tse-Tung. Y cuando Mikoyan visita Pekín durante el mes de abril, el presidente de la China Popular le pide explicaciones y se indigna ante el hecho de que no se haya consultado a los «partidos hermanos» antes de efectuar una modificación de la «línea» de tal amplitud. Aunque aprueba «ciertas» tesis políticas del XX Congreso, Mao critica duramente los procedimientos del Kremlin y la poca consideración que parecen merecerle sus más próximos aliados.

Mikoyan intenta apaciguar a su interlocutor, pero éste ya ha encontrado el pretexto de una separación real entre Moscú y Pekín. Mao sigue alabando en público a la Unión Soviética y a sus dirigentes, pero comienza a alentar en secreto a los adversarios de Kruchev, tanto a los «stalinistas» como a los «revisionistas» que quieren llevar la «desestalinización» hasta sus últimas consecuencias, principalmente en Polonia y en Hungría.

La agitación provocada por el informe de Kruchev sale a la calle rápidamente en Polonia. En 1956 se

produce un motín obrero en la ciudad de Poznan. Los dirigentes polacos temiendo una insurrección general, quieren excluir del partido a los stalinistas y entregar el puesto de Primer Secretario del PCP a Gomulka, quien pasó cuatro años encarcelado en tiempos de Stalin después de haber sido depuesto de su cargo (ahora volverá a ocuparlo) por una orden personal del dictador ruso. El Primer Secretario en funciones, Ochab, está de acuerdo, pero Kruchev se opone por considerar a Gomulka antisoviético. Polonia está en plena efervescencia. Ochab va a representar al partido comunista polaco en el VIII Congreso del PCC que se celebrará en septiembre. En Pekín, Mao Tse-Tung aprueba solemnemente, en presencia de Mikoyan, la solución Gomulka y, concediendo la protección china a los «revisionistas» polacos, envía a Varsovia a su fiel Liu Chao-Chi. En el Comité Central del partido comunista polaco Gomulka pronuncia un violento discurso contra el «imperialismo» stalinista. Las tropas soviéticas rodean Varsovia. Kruchev, acompañado de Molotov, Bulganin, Mikoyan y un grupo de mariscales soviéticos, entra en Varsovia y exige que Gomulka sea alejado del poder. Las tropas polacas se disponen a enfrentarse con las tropas soviéticas y la población de Varsovia se manifiesta en las calles a favor de Gomulka. La situación es explosiva. El choque armado parece inevitable. Entonces es cuando Liu Chao-Chi ofrece a Gomulka y a sus amigos el refugio de la embajada de China y parte a Moscú en compañía de Kruchev para advertir al Kremlin que Mao Tse-Tung no tolerará que se emplee la fuerza contra los «camaradas polacos».

El 23 de octubre, Kruchev cede: las tropas soviéticas reciben la orden de volver a sus bases. Gomulka puede convertirse en Primer Secretario del PCP. Por primera vez Mao ha actuado como árbitro supremo del bloque comunistas y los rusos han debido acatar sus decisiones.

Pero los acontecimientos se precipitan. El mismo 23 de octubre se produce un enfrentamiento en Budapest entre las tropas soviéticas y la población de la capital húngara, enfurecida por la designación de Geroe, el

sangriento acólito de Rakosi, para ocupar el puesto de Primer Secretario. Las noticias llegadas de Polonia electrizan a los húngaros que quieren colocar en el poder a Nagy, quien también había sido depuesto y encarcelado por los stalinistas. Los rusos, aconsejados por Mao Tse-Tung, ceden una vez más. Pero, desbordado sin duda por la ola antisoviética, Nagy anuncia que Hungría se retira del Pacto de Varsovia.

Los dirigentes del Kremlin creen enloquecer. Kruchev consulta a Mao. Pekín responde: está en juego la integridad del campo socialista. Ya no se trata de intervenir en los asuntos internos de un partido hermano, sino de mantener a Hungría en el seno del movimiento comunista. Si es necesario se recurrirá al empleo de la fuerza.

Todo el mundo conoce el desarrollo posterior de los acontecimientos. Los carros rusos aplastan la insurrección. El gobierno de Nagy es capturado y su adjunto Kadar toma el poder, apoyado por China y la Unión Soviética. Los occidentales, comprometidos en la cuestión de Suez, no reaccionan.

En el plazo de un mes, Mao Tse-Tung ha impuesto la solución —si nos atenemos a la versión china— en dos ocasiones: en Polonia, mediante el compromiso; en Hungría, por la violencia. En ambas crisis, él ha sido el defensor de la unidad y los intereses del bloque comunista, actuando como lo hubiera hecho el mismo Stalin.

El papel desempeñado por Mao Tse-Tung en los sucesos del 23 de octubre ha aumentado su prestigio en el interior de su propio partido. Por eso, una vez rotos todos los lazos de subordinación a Moscú durante la crisis de la desestalinización, Mao piensa que ha llegado el momento de efectuar en China una experiencia revolucionaria. Ciertamente no toda la oficina política del partido seguirá a su jefe con entusiasmo en este nuevo intento, pero nadie se puede oponer a la voluntad inquebrantable de Mao y Mao pretende ahora, después de los años del terror, conquistar a los intelectuales y a los cuadros profesionales aun cuando se hallen atemorizados, indiferentes o en la oposición.

Mao asiste a un gran desfile, junto a él Chu-Teh.

Quiere persuadirles para que pongan toda la inteligencia y su saber a disposición de las necesidades chinas. ¿Acaso no ha afirmado Chu En-Lai que de los cien mil «intelectuales superiores» tan sólo cuarenta mil estaban en las «línea» del partido? Para ganarse a los sesenta mil disidentes Mao ha inventado la táctica de las «cien flores».

Hace ya casi un año que los dirigentes rusos repiten el slogan de las «cien flores»: «Que todas las flores se abran, que la rivalidad florezca en las escuelas». El pensamiento debe ser libre y expresarse libremente. De la confrontación de las diversas opiniones nacerá la verdad. El 27 de febrero de 1957, Mao Tse-Tung hace uso de la palabra en la conferencia suprema del Estado para anunciar una nueva campaña de «rectificación de los métodos de trabajo en el seno del partido y del Estado».

«Algunos preguntan: ¿Se puede criticar el marxismo cuando ya ha sido aceptado por la mayoría? Naturalmente, puesto que el marxismo constituye una verdad científica que no teme a la crítica. Antes al contrario, los marxistas deben templarse, desarrollarse y mejorar sus posiciones en medio de la crítica y la discusión tempestuosa. La lucha contra las ideas falsas es una especie de vacunación: tan sólo cuando la vacuna ha surtido efecto, el cuerpo humano aumenta su resistencia a la enfermedad. Las plantas criadas en invernadero difícilmente tendrán gran vitalidad.

La aplicación del principio de las «cien flores» no puede debilitar la posición del marxismo en el terreno ideológico, sino que, por el contrario, la reforzará.»

Estas sensacionales declaraciones desencadenan una avalancha de críticas que rápidamente —y en contra de lo que esperaba Mao— abren las compuertas a una oleada de descontento manifestado abiertamente. Unos denuncian con violencia los métodos de los dirigentes comunistas. Otros atacan la supremacía del partido. La rebelión verbal surgida en medios no comunistas penetra en las universidades de provincias. Un profesor llega a proponer el asesinato de los dirigentes indignos.

El nuevo programa de Mao alcanza las proporciones de una verdadera insurrección intelectual contra el régimen que se extiende por todo el país. En la Ciudad Prohibida de Pekín tiene lugar una dramática reunión en la sede del partido: Liu Chao-Chi, el fiel compañero, despliega el estandarte de la rebelión. Reprocha a Mao el haberse embarcado a la ligera en esta campaña. El anciano jefe permanece impasible. No reconoce su error, pero tampoco se opone a que se «rectifique» la campaña misma de rectificación.

El *Diario del Pueblo* del 8 de junio precisa que las críticas deben dirigirse únicamente contra los «derechistas» y que los que han criticado al partido deben realizar ahora su propia autocrítica...

La represión sucede a las «cien flores». Una vez más, el terror se instala en la China Popular. La «ligera brisa» deseada por Mao se transforma en huracán. Comunistas notorios y «compañeros de camino» se ven obligados a dimitir. Cuarenta diputados de la Asamblea Nacional son destituidos. Un millón trescientos mil intelectuales y cuadros profesionales son enviados a trabajar en los campos con el sudor de su frente «para que entren en contacto con las realidades populares». Mao Tse-Tung ha cometido su primer error táctico,y, como si tuviera la impresión de que podía borrarlo quemando etapas y acelerando el curso de la historia, se inventa una nueva fórmula: el «gran salto hacia adelante».

Durante el año 1958, los seiscientos millones de chinos van a vivir una serie de aventuras, grandiosas unas, peligrosas otras y algunas ridículas. La totalidad de las masas quedan movilizadas en permanencia: los viejos trabajarán la tierra, los inválidos se volverán útiles, cien millones de chinos levantarán presas y diques con sus solas manos y abrirán canales con sus palas; cincuenta millones de chinos emprenderán la campaña del «hierro popular» que consiste en construir hornos rudimentarios para fundir todo lo que contenga hierro; toda la población ha sido invitada a luchar contra las «cuatro plagas» (ratas, moscas, mosquitos y

gorriones) y la gente se abofetea en la calle para matar mosquitos; miles de perros son víctimas de la campaña contra las bocas inútiles; la juventud tiene que cumplir los «cinco principios» (difundir las decisiones del partido, trabajar con energía, constituir tropas de choque, velar por los intereses de la comunidad y respetar a los ancianos campesinos); los cuadros profesionales se benefician del sistema del «dos-cinco» (dedicar dos días a los estudios políticos y económicos y cinco a vigilar las actividades de cuantos les rodean) y de la regla de los «cuatro juntos» (participar en la vida de las masas, en su alimentación, en su existencia cotidiana, en su trabajo y con sus consejos); todo el mundo es requerido a «caminar con ambos pies» (es decir, a mantener el equilibrio entre la industria y la agricultura, entre la tradición china y las técnicas modernas), a ser «rojo y experto» (a cultivar al mismo tiempo la formación ideológica y el conocimiento técnico)...

Este alud de slogans interiores está acompañado por una floración impresionante de consignas contra el «imperialismo» americano, el «revisionismo» yugoslavo y el «oportunismo» soviético. La coexistencia pacífica, tan deseada por Kruchev, se convierte en una infame traición. Se acusa a la URSS, aunque no abiertamente, de capitular ante Estados Unidos, y Kruchev, que ha viajado a Pekín en agosto de 1958 para pedir explicaciones y predicar prudencia y moderación, vuelve con las manos vacías después de haberse encontrado con un Mao Tse-Tung despectivo y glacial. Parece inminente la reconquista de Formosa y, ante la amenaza de invasión de la isla, la VII Flota americana se despliega a lo largo de las costas chinas. Moscú muestra una actitud indecisa que es interpretada por Pekín como una nueva debilidad. La prensa china declara que la única posibilidad de salvación de los países coloniales está en la insurrección armada, en la revolución sangrienta. En una palabra, China se ha movilizado una vez más contra todo el mundo, excepto contra Albania, cuyos dirigentes están agradecidos a Mao por intentar rehabilitar a Stalin y humillar a Kruchev, y defender al «tercer

mundo» a cuyo liderazgo aspira China. Los técnicos soviéticos abandonan, unos tras otros, el territorio chino.

Finalmente, cuando Kruchev viaja por tercera vez a Pekín en octubre de 1959 para predicar la coexistencia pacífica y el fin de la guerra fría, después de haberse entrevistado con Eisenhower en Camp David, tropieza de nuevo con la repulsa despectiva de Mao. Pero Mao, como veremos más adelante, ha dejado de ser el presidente de la República Popular China, aunque conserva la presidencia del PCC. Liu Chao-Chi el sucesor de Mao, habla en esta ocasión en nombre del Estado y escucha el argumento supremo de Kruchev:

«Puesto que no queréis adheriros a la coexistencia pacífica, retiramos la promesa que os hicimos hace dos años y no os ayudaremos a fabricar la bomba atómica.»

Liu Chao-Chi responde:

«La tendremos antes de cinco años.»

Kruchev abandona Pekín furioso y decepcionado, sin llevar consigo un comunicado conjunto de las dos potencias, pero más tarde, alentado por la impresión que le ha causado su gira por América, declarará:

«Nosotros, los comunistas de la Unión Soviética, consideramos que nuestro deber más sagrado, nuestra tarea más esencial, es agotar todas las posibilidades de poner fin de una vez para siempre a la guerra fría.»

Se ha consumado la ruptura con la China de Mao, y muy pronto la prensa soviética acusará a los chinos de «desviacionismo», especialmente por haber creado «comunas populares». Ahora bien, estas «comunas populares» son la clave del «gran salto hacia adelante» ideado y puesto en práctica por Mao Tse-Tung.

La idea de las «comunas populares» es comparable a la del «hierro popular», aunque el fracaso casi inmediato de la campaña de los «altos hornos campesinos» le haya restado importancia a esta última. Las dos han nacido en el cerebro de Mao Tse-Tung.

El principio de la «comuna popular» responde a una voluntad de colectivización inmediata y total de los campos. La «pequeña familia» debe disgregarse en beneficio de la «gran familia socialista» y todo el mundo

debe vivir en grandes alojamientos, pasar la noche en dormitorios comunes y comer en las cantinas. Los hombres, la mujeres y los niños se agrupan por separado. Los pueblos deben desaparecer para dar paso a las «comunas» que, con una población de diez mil a cincuenta mil habitantes, centralizan la existencia de varias cooperativas agrupadas. Todas las actividades deben ser comunes. El individualismo es perseguido implacablemente y desarraigado mediante la supresión de las parcelas individuales. Las tierras, los animales y los intrumentos de trabajo pertenecen a la comuna, todo es gratuito y cada uno recibe «según sus necesidades».

Esto es, al principio, un comunismo utópico y no funciona. Los campesinos oponen a las comunas una resistencia pasiva que, al unirse con las desatinadas normas de producción exigidas, y con la falta de competencia y la burocratización de los cuadros profesionales, va a paralizar esta experiencia.

En diciembre de 1958 se anuncia que Mao Tse-Tung abandona la presidencia de la República para consagrarse exclusivamente a sus responsabilidades de presidente del partido. Liu Chao-Chi, quien desde hacía año y medio se hallaba en la oposición, le sucede en la Jefatura del Estado. Después de veinte meses de tormenta, causada por un súbito delirio creador de su soberano, China se encuentra de nuevo en manos de fríos calculadores que van a canalizar las ideas geniales del maestro hacia las realidades cotidianas.

Se abandona la campaña del «hierro popular» y las energías que consumía son aprovechadas por la siderurgia tradicional. Los cuadros profesionales se ven sometidos a un implacable proceso de reeducación. Cien mil oficiales del ejército, entre ellos setenta y cinco generales, son degradados, «para que practiquen la modestia», y deben consagrarse a los «cinco grandes bienes»: rozar los campos, labrar las tierras, explanar terrenos, construir diques, asentar traviesas de ferrocarril... En cuanto a las «comunas populares», en las que se hallaba comprometido todo el prestigio de Mao Tse-Tung y del comunismo chino, pasarán a figurar en la panoplia de los

símbolos después de haberse realizado un intento de organización menos «mesiánico», más racional, y un proyecto de extensión a las comunidades urbanas. Los campesinos recuperan sus parcelas de tierra y venden sus frutos en el mercado de artículos alimenticios. Se establecen primas para los que sobrepasan los niveles de producción establecidos. Todo lo que queda del sistema imaginado por Mao es la difusión de las cooperativas y una mejor organización de la explotación. Pero el utópico slogan de «a cada uno según sus necesidades» es sustituido por el aguijón del lucro.

¿Cuál puede ser la causa de lo que en 1957 parece un repentino desbordamiento de la imaginación de Mao Tse-Tung, hasta entonces tan apegado a la realidad?

La clave de esta precipitación, tan desacostumbrada en él, nos la ofrece su visita a Moscú de noviembre de 1957. En esta fecha, después de las grandiosas ceremonias conmemorativas del cuarenta aniversario de la Revolución Bolchevique, se celebra en la capital soviética una conferencia ultrasecreta de los partidos comunistas de todo el mundo. El objetivo es efectuar un examen de conciencia tras el XX Congreso, los sucesos de Polonia, el aplastamiento de la revolución húngara y el lanzamiento de los dos primeros «Sputniks».

Entre los delegados, la flor y nata del comunismo internacional, se encuentra Mao Tse-Tung, quien se ha dignado salir de su país por segunda vez. Confiando en el papel que desempeñó durante la crisis del 23 de octubre, en el ascendiente que posee sobre numerosos partidos comunistas seducidos por su campaña de las «cien flores», persuadido de que va a encontrar en Moscú una asamblea dispuesta a reconocerle sucesor de Lenin, Mao se siente, sin embargo, en una situación falsa.

La desbandada en la que ha terminado el nuevo programa y la represión que se ejerce en China hacen dudar a unos hombres cuyas simpatías creía poseer, a unos dirigentes, como Kadar y Gomulka, que le deben todo. Por su parte, Kruchev, el destructor del ídolo de

Stalin, parece seguro y esgrime tres argumentos que propone a la consideración del comunismo mundial:

— Es necesario permitir que cada partido nacional siga su propia vía hacia el comunismo (Mao no puede sino estar de acuerdo en este punto);

— la Unión Soviética, que acaba de demostrar con el lanzamiento de sus dos «Sputniks» su superioridad sobre el resto del mundo, debe servir, sin embargo, de guía y de ejemplo (en esto Mao ya no está totalmente de acuerdo, a pesar de lo que dice en sus discursos);

— habiendo demostrado su potencia, la Unión Soviética propone que se ponga fin a la guerra fría y que la confrontación con el mundo capitalista se efectúe en el terreno económico dentro de la «coexistencia pacífica» (aquí Mao ya está resueltamente en contra).

La actitud «pura y dura» de Mao Tse-Tung le hace perder las simpatías de quienes un mes antes eran sus más fieles aliados: Gomulka y Togliatti, seducidos por las perspectivas abiertas por la «coexistencia pacífica», se adhieren a Kruchev. Entonces Mao se convierte en campeón del «centralismo» y en defensor del derecho de veto de todos los partidos en las decisiones importantes. Al momento, los partidos «duros», aterrorizados por las previsibles consecuencias de la desestalinización, al igual que los asiáticos —japoneses, vietnamitas, indonesios, coreanos— se alinean a su lado.

Luchando con habilidad y perseverancia en la mesa de la conferencia, Mao Tse-Tung logra acorralar a Kruchev. Acepta que la resolución final especifica que la Unión Soviética está «al frente del bloque comunista», pero precisa el sentido de esta fórmula:

«Pensamos que estar al frente del movimiento no supone contradicción con el principio de igualdad entre los partidos hermanos. Esto no proporciona al partido soviético ningún derecho a disponer de los demás partidos, sino la carga de un deber y una responsabilidad mayores.»

Kruchev comprende muy bien las intenciones de Mao: el chino quiere hacer que los rusos beneficien a

todo el mundo con su riqueza y su potencia, incluida la nuclear. Furioso, responde sustancialmente:

«¿De qué nos servirá nuestro «liderato»? Ciertamente, no nos proporcionará ni pan, ni leche, ni legumbres. ¿Cuál es su significado en el plano moral? ¡Ninguno! Entonces, ¿para qué lo queremos?»

Pero Mao ataca incesantemente. Ahora discute la teoría de la «coexistencia pacífica». Declara que el campo socialista ha adquirido tal potencia que renunciar a la ofensiva directa y permanente contra el imperialismo equivaldría a traicionar a los pueblos que viven «bajo el yugo capitalista»:

«La característica de nuestro tiempo, dice, es que el viento del Este domina al viento del Oeste. ¡El imperialismo no es más que un tigre de papel!».

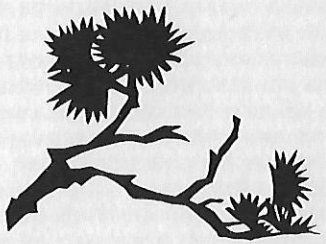
Cuando Kruchev le indica que, en caso de guerra, su país, el único que posee armamento nuclear en el campo socialista, correría los mayores riesgos de ser aniquilado, Mao, con un maravilloso desdén, le responde: «¿Pueden evaluarse las pérdidas humanas que ocasionaría una guerra atómica? Tal vez muriera la tercera parte de los dos mil setecientos millones de habitantes del planeta, es decir, tan sólo novecientos millones... Ciertamente, sería horrible. Pero aunque desapareciera la mitad de la población del mundo, no sería tan terrible. ¿Por qué? La culpa no sería nuestra, sino de ellos...

»Si la mitad de la humanidad fuese aniquilada, todavía quedaría la otra mitad, y el imperialismo habría desaparecido y en el mundo reinaría el socialismo. En medio siglo, tal vez en uno, la población aumentaría de nuevo, ¡y quizá más de la mitad!»

La oposición entre Kruchev y Mao es también total en la cuestión de si los partidos comunistas de los países «burgueses» deben seguir las vías parlamentarias del sistema liberal para conquistar el poder, o bien implantar sus células en secreto para luego pasar a la lucha armada. Frente al líder soviético, que es partidario de la paciencia y la moderación, Mao, sabiendo que le escuchan atentamente las delegaciones de Asia, Africa y América latina, preconiza la lucha abierta.

Finalmente, la larga resolución que sale de esta conferencia —la última en la que el movimiento comunista internacional aparece como un conjunto coherente— es una yuxtaposición de las dos tesis, una mezcla de principios contradictorios en la que cada uno puede encontrar argumentos a favor de sus ideas. No ha habido vencedores en este enfrentamiento. Kruchev y Mao Tse-Tung se han contentado con una solución de compromiso.

Mientras que Kruchev se siente apoyado por los partidos europeos y empuña el bastón de peregrino de la «coexistencia pacífica», Mao Tse-Tung vuelve a Pekín decidido a replegar a China sobre ella misma, a quemar etapas, a dar ejemplo de un comunismo «puro y duro», a arrastrar a los partidos de los países pobres a una maravillosa aventura, digna de la que vivió Rusia tras la Primera Guerra Mundial. Mao ha podido apreciar en Moscú el atractivo que ejerce sobre todo el mundo el slogan de la paz. Para resquebrajar la influencia suavizadora de Kruchev, Mao tiene que ofrecer un ejemplo nuevo, grandioso, del comunismo en marcha. Esa es la causa de su prisa, de su falta de realismo y de prudencia: del «gran salto hacia adelante» y de las «comunas populares».



6

LA BOMBA ATOMICA CHINA

Han pasado siete años. El «gran salto hacia adelante» ha quedado olvidado. Las «comunas populares» subsisten, pero no tienen nada en común con la idea original de Mao Tse-Tung. China, sin embargo, ha recorrido una parte del camino. No hay ni un solo «consejero» soviético en su territorio. Fábricas, presas, refinerías de petróleo, complejos químicos y metalúrgicos cubren el país allí donde hasta hace poco aparecían en el mapa grandes manchas blancas.

El 14 de octubre de 1964 podría parecer un día como los demás de no ser porque en una de las pocas manchas blancas que subsisten en el mapa chino, en el centro mismo del desierto del Sin-Kiang, unos extraños andamiajes de viguetas de hierro rompen la armonía de la naturaleza. Una gran torre se eleva en un paisaje lunar.

Lejos de allí, a varios kilómetros de la rocalla gris ocre que tapiza el desierto de Tarim, se han construido fortalezas de hormigón erizadas de antenas, periscopios y radares. En su interior, unos hombres de mirada penetrante se agitan en una atmósfera tensa. Unos están instalados ante los tableros de mando en los que se encienden y apagan luces intermitentes; otros parecen efectuar cálculos interminables; otros observan a través de unos tubos la extensión desértica que se abre hacia el Este. Las túnicas grises o azules y las blusas blancas se mezclan a las charreteras doradas de los oficiales superiores del Ejército Popular. Circulan órdenes en

voz baja. Un altavoz transmite indicaciones técnicas. Se inicia la cuenta atrás:

«Wu... Si... San... Er... Yi» (Cinco... Cuatro... Tres... Dos... Uno...)

Un segundo de silencio total... y, de pronto, a lo lejos, en la cúspide de la gran torre metálica, brota un fulgurante relámpago vertical. Una intensa luz de color azul amarillento, cegadora, se extiende por todo el cielo, mientras que en el lugar donde ha surgido el relámpago, gigantescas nubes de humo, vapor y polvo forman un enorme y majestuoso hongo.

A miles de kilómetros de allí, tres hombres acaban de ser informados de lo que ha sucedido en el desierto de Tarim, en el Sin-Kiang.

Mao Tse-Tung tiende sus manos a los dos jefes del Gobierno chino: Liu Chao-Chi, presidente de la República, y Chu En-Lai, Primer Ministro. Mao ha aumentado de peso con los años, pero su figura voluminosa permanece siempre alerta. Una inefable sonrisa ilumina su dilatado rostro. Chu En-Lai parece saborear con especial agrado el momento.

«China posee el arma nuclear», murmura. Mao Tse-Tung no dice nada. Sus pensamientos le llevan a aquella tarde del 1.º de octubre de 1949 en la que exclamó ante la delirante multitud reunida en la plaza de la «Puerta de la Paz Celeste»:

«Y ahora, ¡que se mantengan en guardia los reaccionarios! ¡Los de nuestro país y los del extranjero!»

Los reaccionarios son todos aquellos que han deseado la perdición de la China Roja, los que han esgrimido ante Mao la amenaza atómica, tanto los rusos como los americanos. Hoy, China ha hecho estallar la primera bomba atómica asiática. Es el primer arma nuclear que no pertenece al hombre blanco, ¡que escapa a su control! Ha hecho explosión en este mismo Sin-Kiang que Stalin había intentado colonizar en provecho de la Unión Soviética, en esta enorme provincia cuya prolongación occidental, la franja del Kazakstán soviético, es reclamada por Mao, quien alega que le fue arrebatada a China por el imperialismo de los zares...

Han sucedido muchas cosas en los siete años transcurridos desde que Mao Tse-Tung abandonó el poder efectivo para acantonarse en la presidencia del partido, en su papel de guía, inspirador y teórico supremo de la China Popular.

Pasaron los terribles años del hambre. Tres años —1960, 1961 y 1962— en los que se han alternado las sequías, los diluvios, las inundaciones, las heladas y las canículas. China ha vadeado los obstáculos bajo la fría y lúcida dirección de Liu Chao-Chi y Chu En-Lai, y la producción agrícola asegura ahora a todos los chinos su escudilla de arroz cotidiano y su albóndiga semanal de carne o de pescado. La industria se desarrolla y China casi ha dejado de ser un país subdesarrollado. Su producción industrial representa ya más de un cuarto de la de la URSS. Los chinos han aprendido a trabajar, rechazando lo que no es productivo: la religión, el amor, la frivolidad. Sus distracciones son serias, educativas.

La escritura, la hermosa escritura china, ha sido reformada y simplificada. El analfabetismo retrocede. Se multiplican los cuadros científicos y técnicos. El individualismo, tan profundamente arraigado en el suelo chino, es perseguido sin piedad. El régimen es fuerte y estable. Se han producido cambios de «línea», destituciones y sustituciones en la cumbre del poder, pero se han evitado las purgas sangrientas y el retorno al terror. Liu Chao-Chi y Chu En-Lai siguen siendo los líderes indiscutibles a la sombra de Mao, el padre, el sabio, el árbitro, el recurso supremo de China. Ni sus errores ni su semirretiro han empañado su prestigio.

Su popularidad es inmensa. Sus retratos gigantescos aparecen por todas partes. Mao sigue visitando las provincias y no ha renunciado a su deporte favorito: hace apenas dos años se ha bañado una vez más en las aguas del Yang-Tse. Puede sentirse satisfecho de haber renunciado, a finales de 1958, a los cargos directivos del poder. Sabe que es más facil manejar las ideas que los hechos, la teoría que la realidad. Se han olvidado las faltas del estadista y no ha desaparecido el grandioso prestigio del pensador. Sus ideas, la irradiación de sus

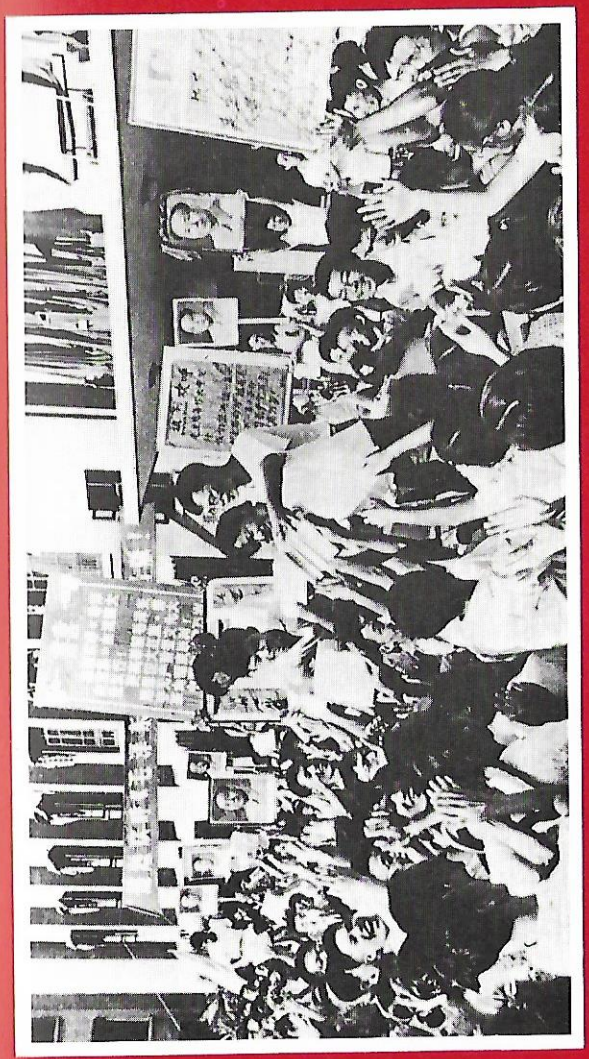
obras, han impulsado los éxitos de China: el triunfo de los levantadores de peso al igual que la producción del complejo industrial de Manchuria; el título de campeón del mundo conseguido por el equipo chino de ping-pong, así como la explosión atómica del Sin-Kiang; la felicidad conyugal del matrimonio Weng y la excepcional cosecha del Hu-Nan; el invento de un obrero de Sanghai que permite abaratar la fabricación de cartuchos y el reconocimiento del Gobierno de Pekín por la Francia de De Gaulle.

Pues también en el plano internacional China se está convirtiendo en una potencia reconocida, respetada y temida. Tan sólo los Estados Unidos se obstinan en sostener a Chang Kai-Chek, quien permanece refugiado en Formosa. Pero la isla caerá por sí sola, dice Mao, como un fruto maduro. Francia, cuyo embajador se encuentra en Pekín desde enero de 1956, se ha puesto al frente de un movimiento a favor de la entrada de China Popular en las Naciones Unidas. Pero Mao, gran señor, finge despreciar a la ONU. Incluso lanza la idea de formar una organización de las naciones del tercer mundo, cuyo liderato está acaparando, y, para evidenciar que él es el único que puede inspirar al enorme mundo excolonial, no duda en atacar la influencia soviética en Yakarta y en Argel, en Conakry y en La Habana. No desperdicia ninguna ocasión de demostrar hasta qué punto la sinuosa política de «coexistencia pacífica» sostenida por Moscú se parece al «neocolonialismo» de los «imperialistas» occidentales. En toda Asia, Africa y en América Latina, los consejeros y los técnicos chinos compiten con los rusos y a veces les desbancan. Kruchev ha abandonado a Cuba al producirse el enfrentamiento entre Fidel Castro y Kennedy. ¡Qué buen tema de propaganda! La Indonesia de Sukarno siente devoción por Mao. Ha muerto Nehru y sus sucesores tienen que aceptar la «rectificación de fronteras» impuesta por China. El Tibet, tras el aplastamiento de la revuelta de Lhasa en 1959 y la huida del Dalai Lama, anegado por la masiva inmigración china, parece domado definitivamente. En Vietnam del Sur, el

Vietcong, más unido a Pekín que a Moscú, hace la vida difícil a los americanos y a sus amigos. El príncipe Sihanuk, alineado junto a China, ha preferido que Camboya permanezca neutral. En cuanto a Hong Kong, los chinos saben esperar: «Bastará, dice Mao, una llamada telefónica cuando expire el plazo de arrendamiento en 1997.» Mientras tanto es una ventana abierta al mundo y útil para el comercio.

En las fronteras occidentales y septentrionales de China los problemas permanecen en suspenso. Centenares de incidentes fronterizos se declaran en los confines del Kazakstán, de Siberia y de esta Mogolia exterior que los rusos mantienen de hecho bajo su protectorado. Mao tiene presente el hecho de que setecientos millones de chinos —pronto serán mil millones— se amontonan en un país relativamente estrecho mientras que las inmensas tierras casi vírgenes de Siberia están y estarán todavía largo tiempo subpobladas. La enorme extensión de los territorios siberianos y mogoles ejerce sobre China una gran fascinación y no sólo por motivos históricos, demográficos o económicos.

Si Mao Tse-Tung ha planteado el problema, con gran indignación del Kremlin, esto es debido a que la querella ideológica ruso-china, suscitada en 1956, ha adquirido tales proporciones que se ha roto la unidad del campo socialista. A pesar de una conferencia maratoniana celebrada en Moscú en 1960, a pesar de las angustiosas llamadas de los «partidos hermanos», que se encuentran aterrorizados por el resquebrajamiento del bloque socialista, el conflicto entre los dos países se ha agravado. Moscú y Pekín se acusan mutuamente de desviacionismo, traición y falsedad mientras citan a su favor textos de Lenin. Mao Tse-Tung no se preocupa de disimular sus sentimientos y niega a Kruchev y a sus lugartenientes cualquier lazo de parentesco con el comunismo ortodoxo, del que él se proclama único heredero auténtico y legítimo. En su opinión, Kruchev se ha convertido en siervo y agente de los «imperialistas capitalistas» y es un «renegado» de la misma especie que Tito.



La Revolución Cultural: distribución del «Libro Rojo».

Apenas han pasado veinticuatro horas desde la explosión de la bomba «A» china, cuando las noticias se atropellan en los teletipos de las agencias de prensa del mundo entero:

«China ha hecho estallar su primera bomba atómica.»

«Kruchev, destituido.»

Una extraordinaria efervescencia se apodera de las cancillerías de todos los países. En el ambiente sosegado de la Ciudad Prohibida de Pekín Mao Tse-Tung, Liu Chao-Chi y Chu En-Lai leen el comunicado oficial de la embajada soviética:

«El Comité central del partido comunista de la Unión Soviética ha relevado de sus funciones de Primer Secretario del partido y de Presidente del Consejo de Ministros de la URSS a Nikita Serjiovich Kruchev. El camarada Brezhnev ha sido nombrado Primer Secretario del partido; el camarada Kosyguin ocupa la presidencia del Consejo...»

LA REVOLUCION CULTURAL

Millones y millones de jóvenes de ambos sexos, desfilando con sus brazaletes rojos por la inmensa plaza de Tien An Men, coreando slogans comunistas y aclamando a un hombre impasible cuya gorra azul se hunde hasta las cejas en su cara redonda, tal es, para Occidente, el principal aspecto de la Revolución Cultural que se desencadena en China a partir del verano de 1966.

En los países del Oeste, donde la China de Mao Tse-Tung está considerada como un mundo aparte, no se comprende esta revolución sostenida y alentada por un hombre que se declara el único defensor del marxismo y que está manteniendo la hegemonía de la ley comunista desde hace casi veinte años. Incluso llega a pensarse que el calificativo de «revolución» resulta un tanto exagerado, ya que, en realidad, sólo se trata de algunas manifestaciones de jóvenes, quizá del tipo Komsomol, pero con el gigantismo peculiar del Celeste Imperio.

Pasarán muchos meses antes de que el mundo comprenda que se trata de una revolución preparada desde hace largo tiempo por el mismo Mao Tse-Tung para eliminar a sus adversarios del partido.

Todo comienza en 1956, con ocasión del VIII Congreso del PC chino, cuando el «centro», es decir, el equipo dirigente, decide la operación de las «cien flores». Aunque los obreros y campesinos no aprovechan más que moderadamente la libertad de crítica

concedida al pueblo, los intelectuales se apresuran a formular sus quejas y los líderes del partido, impresionados, deciden detener la campaña de las «cien flores». Los intelectuales son obligados a efectuar su propia autocrítica, al mismo tiempo que se emprende una gran ofensiva contra los «desviacionistas de derechas». Durante este año de 1957, Mao no interviene activamente en la política.

El nuevo plan quinquenal se pone en marcha en 1958. Pronto, en la segunda sesión del Congreso, salen a la luz las divergencias entre Liu Chao-Chi y Mao Tse-Tung. En tanto que el primero es partidario de una rápida industrialización y modernización, Mao permanece fiel a sus antiguas concepciones propugnando la colectivización del campo, donde se están organizando las comunas populares.

Parece que va a prevalecer el punto de vista de Liu Chao-Chi cuando el Congreso adopta la línea general para la construcción del socialismo que debe permitir alcanzar resultados «más importantes y más rápidos». Sin embargo, se aprueba el slogan del «gran salto hacia adelante», ideado por Mao, cuyo elemento principal deberá ser la producción de hierro y acero en miles de rudimentarios altos hornos construidos en los pueblos.

Según el pensamiento de Mao, esta producción artesana será válida si al mismo tiempo se prosigue la colectivización agrícola. Pero la creación de comunas populares suscita las protestas de quienes confían más en la industrialización. Este es el caso de Liu Chao-Chi, a quien, algunos años más tarde, se le reprochará el haber escrito el siguiente comentario a un informe:

«Una vez realizada la reforma agraria, y al desarrollarse la economía, comienzan a manifestarse en el campo tendencias al capitalismo y a la diferenciación de clases. Hay camaradas en el seno del partido que sienten temor ante la aparición espontánea de estas tendencias e intenta impedir el desarrollo de este fenómeno. Piensan que pueden utilizar con esta finalidad las cooperativas de venta y aprovisionamiento.

Algunos han llegado a formular la siguiente opinión:

«Es preciso debilitar y aniquilar gradualmente la propiedad privada, y transformar los grupos de ayuda mutua de la producción agrícola en cooperativas de producción agrícola. Así aparecerán fuerzas nuevas, capaces de vencer los factores que engendran la tendencia espontánea hacia el capitalismo. Este punto de vista referente a la agricultura es erróneo, peligroso y utópico.»

Ahora bien, éste es precisamente el punto de vista de Mao, y Liu no es el único que le ataca. Las críticas se acentúan tras el fracaso del «gran salto hacia adelante».

En el curso de una reunión del Comité central, celebrada en agosto de 1959 en Lushan, se leerá una carta de Peng Teh-Huai, ministro de Defensa, en la que se denuncian los errores cometidos durante el «gran salto hacia adelante» y la política de colectivización. Peng y algunos otros son acusados de «oportunistas de derechas» y condenados, pero, entre sus defensores, figuran Liu Chao-Chi y Chu En-Lai. Liu piensa que es demasiado severa la condena de Peng:

«El gran salto hacia adelante lo único que ha logrado en dos años, 1958 y 1959, es que aumentemos en número y perdamos el tiempo... ¡Y Mao Tse-Tung ha acusado de oportunista de derechas a quien no estaba de acuerdo con él!»

Y Chu En-Lai reconocerá más tarde:

«Yo también me opuse al gran salto hacia adelante... Pero yo he hecho mi autocrítica.»

Mao Tse-Tung no permanece indiferente ante los ataques lanzados contra su política. Se da perfecta cuenta de que los argumentos de sus adversarios no carecen de fundamento, y, a finales de 1958, decide preparar su revancha con su parcial retiro.

El Comité central permanece reunido en Wu-Han desde el 28 de noviembre de 1958 hasta el 10 de diciembre. Se vuelve a examinar el tema de las comunas populares y el Comité declara que serán precisos de diez a veinte años, en lugar de los tres previstos por Mao, para que se cumpla el período de transición de la propiedad colectiva a la de todo el pueblo.

Entonces es cuando Mao, sorprendiendo a todos, propone su renuncia a la presidencia y no conservar más que la del partido. El Comité acepta. Le sucederá Liu Chao-Chi.

Mao logra, sin embargo, que el mariscal Lin-Piao, uno de sus compañeros más leales, ocupe un puesto de responsabilidad en el ministerio de Defensa, donde más tarde sucederá a Peng Teh-Huai conservando la jefatura del Ejército Popular de Liberación. Teniendo asegurada la fidelidad de Chu En-Lai, Primer Ministro, Mao cuenta con unos peones bien situados que le permitirán recobrar el poder absoluto cuando lo juzgue conveniente.

Durante cerca de tres años apenas se hablará del presidente del partido comunista. Mao aparece raramente en público y deja que Liu Chao-Chi y su equipo gobiernen China.

Después de un largo silencio, toma la palabra en el VIII Congreso del Comité central del partido comunista chino. Su actitud no deja adivinar, en este mes de septiembre de 1962, que está anudando los hilos de una intriga que, cuatro años más tarde, conmoverá los cimientos de la sociedad china. Sin embargo, ya había declarado anteriormente ante el Comité central:

«¡No olvidéis nunca la lucha de clases!»

A pesar de ello, numerosos intelectuales no tienen en cuenta este consejo. La «hierba venenosa de los revisionistas» se multiplica de tal manera que el equipo de Liu Chao-Chi, aunque poco favorable a las tesis de Mao, se impresiona y decide que los diarios del partido repliquen a los escritores. Neu Yang-Chan, un famoso novelista, es acusado de «envenenar el espíritu de la juventud con ideas de conciliación entre las clases». El vicepresidente de la Unión de escritores de China, Choa Tsuan-Liu, es duramente criticado por haber afirmado en público que «los escritores ni siquiera tienen libertad para crear sus personajes...»

No obstante, continúan apareciendo publicaciones que se alejan de la línea. Sus autores lo pagarán cuatro años más tarde...

El Frente, un periódico editado por la Municipalidad

de Pekín cuyo alcalde, Peng-Chen, es amigo de Liu Chao-Chi, publica un artículo titulado «Tratamiento especial de la amnesia» en el que se ataca duramente a Mao. El autor afirma que el presidente del partido está muy enfermo, que hace varios meses que no aparece en público y que pierde la memoria. Según *El Frente,* Mao permanece postrado durante varios días sin poder tomar parte en una conversación. La conclusión es feroz:

«Es preciso golpear al enfermo en la cabeza con un martillo especial para provocar un estado de chock.»

En los meses siguientes, aquellos a quienes Chu En-Lai califica de «reaccionarios, imperialistas y revisionistas modernos», reclaman el restablecimiento de la propiedad privada, apoyándose en el fracaso del tercer plan quinquenal. Desean una apertura de fronteras y un cambio en la política exterior de China, según el ejemplo ruso.

En 1964 se manifiesta una idea de reforma por primera vez. El *Kuangming Yen-Pao,* un periódico, publica un ensayo de dos estudiantes bajo el título de «Dividir uno en dos y fundir dos en uno». Se trata de un estudio sobre la dirección del partido que va a suscitar apasionadas discusiones en los medios intelectuales y estudiantiles.

Ahonda más en el espíritu de las masas la campaña de las cuatro prioridades, lanzada en el otoño de este mismo año de 1964. Basándose en un pensamiento de Mao, se escogen cuatro temas: el hombre es más importante que las armas; la labor política, más que cualquier otra; el trabajo ideológico, más que el de rutina; las ideas dinámicas y las cuestiones ideológicas, más que las teorías de los libros.

Lin-Piao, jefe del ejército, intensifica la instrucción ideológica de sus soldados y oficiales y les incita a imbuirse de los pensamientos de Mao. Este, por su parte, acusa a los intelectuales y a los artistas de no participar en «una gran revolución desde el frente de la cultura». La Opera de Pekín se ve obligada, en consecuencia, a modificar su repertorio incluyendo temas adecuados para exaltar la lucha de clases; así surgen los

ballets de *La montaña del Tigre tomada al asalto, El Fanal rojo,* o *El destacamento femenino rojo.*

El término de «revolución cultural» se pronuncia por primera vez a finales de diciembre de 1964. En efecto, Chu En-Lai, en un discurso pronunciado ante el Congreso Nacional del Pueblo, evoca «el torrente de la revolución cultural». Al mismo tiempo, el Primer ministro denuncia a los intelectuales, quienes habían creído que podían criticar a Mao en mayor o menor grado.

El año 1965 parece aportar mejores perspectivas para Mao y sus fieles. Se ha incrementado la producción agrícola y parece que progresa el rendimiento de la industria. Por otro lado, el comercio exterior comienza a desarrollarse y adquieren especial importancia los intercambios con el Japón. Pero todo esto se ha conseguido con una fórmula poco relacionada con las ideas marxistas —el «economismo»— que consiste en conceder primas de producción.

Ahora bien, Mao Tse-Tung espera lograr mejores resultados fomentando el espíritu de sacrificio en las masas mediante la inculcación de los «tres amores»: la austeridad, la lucha y la revolución. Quiere hacer que el hombre chino actúe por ideales y no por el estímulo del dinero, concepción esencialmente burguesa.

Con una paciencia incomprensible para los occidentales, el viejo líder está preparando de esta forma lo que un día será la Revolución Cultural. Sin abandonar ninguno de sus argumentos, repite incansablemente que tan sólo la política puede asegurar el futuro de China y permitir la eliminación de todos cuantos cometen el error de pensar de otra manera, a quienes Mao Tse-Tung engloba bajo la apelación de «revisionistas de derechas».

Entre éstos figuran numerosos funcionarios sobre los que Mao no ejerce gran influencia. No siempre se ejecutan las órdenes del Comité Central e incluso se las ignora en las provincias más lejanas. Cada uno obra a su manera y el aparato del partido parece no poseer ninguna eficacia. Mao quiere remontar la corriente y reemplazar este ablandamiento por una dureza implaca-

bles. Es preciso que los responsables, a todos los niveles, antepongan la teoría política a las consideraciones prácticas. Pero ¿cómo puede combatir este abandono el presidente del partido cuando en las altas esferas se desdeña su autoridad?

Mao percibe este desprecio en la reunión del Comité Central celebrada en septiembre de 1965. El presidente del partido pide en un largo discurso que se intensifique la campaña contra la burguesía y los revisionistas, pero su propuesta recibe pocas adhesiones y, aunque Chu En-Lai y Lin-Piao le apoyan, la oposición parece ser muy fuerte. Liu Chao-Chi, el presidente de la República, recuerda los fracasos precedentes en una intervención no exenta de ironía, refiriéndose, sin mencionarlo, al «gran salto hacia adelante». Y Liu Chao-Chi está sostenido por hombres como Peng-Chen, el alcalde de Pekín, y por el secretario general del partido, Teng Siao-Ping.

Todavía no ha llegado la hora de Mao Tse-Tung. Por tanto, se retira a Sanghai en compañía de sus fieles para preparar allí su respuesta y su venganza. En aquella ciudad permanecerá ocho meses, ocho meses decisivos en la historia de China.

Desde su retiro, Mao maneja los hilos de «su» revolución. En primer lugar pretende asegurarse la lealtad del ejército y, para ello, cuenta con la ayuda de Lin-Piao. Ya a finales de 1964, el mariscal había reaccionado enérgicamente ante un artículo publicado por el nuevo jefe del Estado Mayor, Lo Yui-Ching, en el que éste anteponía la formación militar a la ideológica, y había ordenado una depuración limitada de los cuadros de oficiales, pero tropezó con la resistencia del Estado Mayor.

En junio de 1965, el mariscal suprime las divisas de los mandos del ejército y ordena una nueva depuración que no llega a realizarse. Un nuevo enfrentamiento entre los dos jefes militares se produce cuando Lo Yui-Ching se declara partidario de una defensa activa y afirma que no es preciso esperar el ataque del enemigo. El 3 de septiembre Lin-Piao replica en un artículo publicado por *El Diario del Pueblo:*

«No hay que hacer ninguna concesión al imperialismo americano, pero el conflicto frontal no es la mejor manera de combatirlo.»

El mariscal no habla del envío de tropas al Vietnam, sino de la necesidad de una estrategia activa contra los americanos, consistente en la movilización de todos los pueblos subdesarrollados y oprimidos para que participen en la lucha.

En octubre, cuando Mao ya está en Sanghai, Lin-Piao llega más lejos al declarar que el pueblo chino debe prepararse para una guerra inevitable, y, el 18 de noviembre de 1965, publica sus directrices para el trabajo del ejército durante 1966. Estas normas conciernen a la guerra popular, previniendo una situación en la que China, por estar rodeada, debe prepararse a combatir en su propio suelo. «Finalmente, para que se comprenda mejor la oposición de los dos hombres, es preciso señalar que Lo Yui-Ching es amigo personal de Liu Chao-Chi y de Peng-Chen.

En el plano internacional, la situación política china es alarmante durante este periodo. Los meses de es alarmante durante todo este período. Los meses de diciembre de 1965 y los meses de enero y febrero de 1966 están marcados por una amenaza de guerra en varios frentes.

Cada vez se endurece más la posición de China frente a la URSS. Pekín acusa a Moscú de querer aislar a los chinos en el mundo comunista y de hacer causa común con los imperialistas para derribar a la China de Mao. Moscú, por su parte, trata a los dirigentes de Pekín de «desviacionistas de izquierdas» y afirma que «hacen el juego a los imperialistas americanos». El problema del tránsito de armas soviéticas con destino al Vietnam, a través del territorio chino, suscita una larga querella: Pekín asegura que el gobierno soviético se ha negado en tres ocasiones a recibir un memorándum chino en el que se pedían «aclaraciones sobre los rumores de que China obstaculizaba el tránsito de material militar.»

Las relaciones con Indonesia no son mejores. Las matanzas de chinos en Yakarta, el saqueo de la emba-

jada china y, por otro lado, el buen trato que recibe en Pekín el embajador indonesio, hostil a Sukarno, aumentan la tensión.

El gobierno indio no olvida la cuestión del Tibet. Según una nota china dirigida el 12 de diciembre a Nueva Delhi, «las tropas indias han atacado a los guardias fronterizos chinos».

Dos países africanos, el Dahomey y la República Centroafricana, suspenden sus relaciones diplomáticas con Pekín. Pero lo más grave, a los ojos de los chinos, es el conflicto que les enfrenta con Fidel Castro. El líder cubano ha procurado en todo momento mantenerse en buenas relaciones tanto con la URSS como con China, por necesitar su ayuda económica. Los súbditos cubanos gozan de un trato de favor en Pekín y Che Guevara ha sido recibido por Mao. Sin embargo, a principios de enero de 1966 surge una seria tensión entre los dos países. El día 2, Fidel Castro anuncia que China reduce a la mitad sus exportaciones de arroz a Cuba. Un mes más tarde, acusa a los chinos de «hacer el juego al imperialismo *yanki*». Un diplomático chino es expulsado de La Habana y Pekín responde con una medida similar.

La importancia de este conflicto radica en los lazos ideológicos que unen al gigante asiático y a la pequeña isla, una base avanzada del comunismo en el continente americano. Castro ha afirmado siempre que Mao era un modelo para él. Pekín considera la situación lo suficientemente inquietante como para convocar una conferencia de todos sus jefes de misión diplomática. Al finalizar esta conferencia, se toma la decisión de aceptar, al menos por unos años, el aislamiento de China en el plano internacional.

Mientras tanto, desde su retiro, Mao dirige su ofensiva contra sus más temibles y peligrosos enemigos: los intelectuales.

Todo comienza el 15 de noviembre de 1965 cuando el diario de Sanghai, el *Wenhui Pao,* publica un artículo de Yao Wen-Yuan criticando la obra de Wu-Han, *La Destitución de Hai-Yui.*

Yao, un joven protegido de Chiang-Ching (la mujer de Mao Tse-Tung) parece destinado a un brillante futuro. Milita desde 1958 en la Federación de la juventud panchina y se ha convertido en el portavoz del grupo radical animado por Chiang-Ching. Publica artículos a favor de una nueva orientación de las artes y las letras y su celo es recompensado con el nombramiento de redactor jefe del *Wenhui Pao.* Después se responsabilizará del *Liberación* y se hará miembro del Grupo de revolución cultural antes de ser elegido para el *Politburó* del Comité Central.

Wu-Han es un historiador especializado en la dinastía Ming, además de alcalde adjunto de Pekín y amigo de Peng-Chen. Escribió su obra, *La Destitución de Hai-Yui,* en 1961, después de haber sido relevado de su cargo el ministro de Defensa, Peng Teh-Huai, por criticar la política militar, agrícola y económica de Mao.

Esta obra cuenta la historia de un señor feudal de la época Ming, a quien el Emperador le había encomendado ciertas reformas agrarias. Unos poderosos señores, que se habían apropiado de tierras pertenecientes a los campesinos, le hacen caer en desgracia.

El tema de la restitución de las tierras, defendido por Hai-Yui, es considerado como un ataque velado contra Mao y su política de colectivización. Yao Wen-Yuan acusa a Wu-Han de ser «un enemigo que recurre a la historia para desviar el espíritu chino de la lucha de clases». Inmediatamente surge la controversia entre los partidarios de Yao y los de Wu-Han. Los periódicos de Pekín, controlados por Peng-Chen y sus amigos comunistas, se declaran a favor del historiador. *El Diario del Pueblo, El Frente* y el vespertino *Pekín,* ponen en tela de juicio al *Wenhui Pao* de Sanghai. Finalmente, el 3 de febrero, se somete el problema a la consideración del «Comité de los Cinco», encargado de la Revolución Cultural bajo la presidencia de Peng-Chen. Once miembros del «Centro» asisten a la reunión en la que se redacta un informe condenando a Wu-Han por su «visión del mundo demasiado burguesa». Nueve días más tarde, el Comité Central del partido aprueba estas

conclusiones que recibirán después el nombre de «Tesis de Febrero».

Peng-Chen ha logrado que las «Tesis» lleven la impronta de una moderación conservadora. En ellas se afirma que no se podrá resolver la querella sin mejorar el nivel de la competencia profesional de los historiadores chinos, y se anuncia la publicación de artículos modelos que les sirvan de inspiración. Aunque Wu-Han ha cometido un error no ha sido condenado como deseaba Chiang-Ching. Pero la mujer de Mao no considera zanjada la cuestión y el 16 de mayo lanza una nueva ofensiva contra Peng-Chen y las autoridades de Pekín.

En esta fecha, *El Diario de Pekín* y *El Frente*, que hasta entonces habían apoyado a la Municipalidad, publican sendos artículos criticando ciertos escritos de Wu-Han, Teng-Tuo y Liao Mo-Sha, conocidos bajo el título general del *Pueblo de las Tres Familias*. Ahora bien, todas estas obras habían sido publicadas en 1961 y 1962, lo que nos permite descubrir desde cuándo preparaba Mao Tse-Tung su campaña.

Las universidades no están todavía dominadas por la fiebre, pero los estudiantes empiezan ya a discutir apasionadamente un asunto que al principio no entienden demasiado bien. El joven Dai Siao-Ai, alumno de la Escuela de grado medio de Kaochung —un futuro guardia rojo que más tarde huirá de China—, escribe:

«A finales de abril nos dimos cuenta de que los medios literarios y artísticos, así como algunos círculos literarios, estaban repudiando a Wu-Han y al *Pueblo de las Tres Familias*. Los periódicos casi no hablaban de otra cosa. Supusimos que el torrente de dos años de críticas estaba a punto de desbordarse. Pensamos que el conflicto podría transformarse en un movimiento capaz de encuadrar a unos estudiantes como nosotros, pero esto no era más que una idea.

»Nos aturdió la convocatoria a la reunión... Me quedé estupefacto cuando el director nos anunció que íbamos a participar en la Revolución Cultural lanzando un movimiento de denuncia contra Wu-Han y el *Pueblo*

de las Tres Familias. Era una noticia totalmente inesperada.»

En una asamblea celebrada al día siguiente bajo la presidencia del director de la Universidad, se decide que todos los estudiantes redacten carteles de grandes caracteres —los *da zi bao*— denunciando a los revisionistas y analizando las causas y posibles soluciones de la situación.

Mientras Dai Siao-Ai y cientos de miles de sus camaradas comienzan a redactar los *da zi bao*, que muy pronto cubrirán los muros y calzadas de toda China, el enfrentamiento entre «conservadores» y maoístas adquiere grandes proporciones en Pekín. Se multiplican las autocríticas y una de las más resonantes es la de Kuo Mo-Yo, presidente de la Academia de ciencias y el más famoso escritor del régimen.

En Sanghai comprenden que la alcaldía de Pekín pretende resistir.

Chiang-Ching manda imprimir miles de pequeños folletos en los que se reproduce el artículo de Yao y que serán distribuidos por todas las provincias, excepto en Pekín, donde Peng-Chen los bloquea en las oficinas de correos. Pero de esta forma no consigue nada, pues las emisoras de radio recogen las palabras del periodista y las difunden comentándolas.

Sin embargo, algunos días más tarde la Municipalidad de Pekín envía mensajeros a Hang-Cheu y éstos pueden apreciar el apoyo de que dispone Yao Wen-Yuan cuando en una reunión en la que participa el mismo Mao, Lin-Piao afirma que Yao no ha hecho más que expresar ideas acordes con la justicia y que son Peng-Chen y sus amigos de la alcaldía de Pekín quienes están equivocados.

Al día siguiente se celebra otra reunión en torno a Mao y con asistencia de sus incondicionales: Ten Siao-Ping, secretario general del PC, Tao-Chu, sucesor de Lin-Piao en las funciones de primer secretario de la oficina política del PC de China central y encargado de la Propaganda y Asuntos culturales en sustitución de Cheu-Yang, y Chen Po-Ta, antiguo secretario de Mao y miembro del *buró* político. Estos tres hombres denun-

cian la actitud revisionista del Consejo Municipal de Pekín.

Mao sabe que puede contar con ellos. Por eso les da instrucciones para endurecer la ofensiva contra Peng-Chen:

«Partid al combate», les dice.

Aun cuando Pekín resiste, Mao dispone de toda la prensa regional y de las emisoras radiofónicas. Pronto, la lucha ideológica alcanza su punto culminante. Los muros de las ciudades y de los pueblos se cubren de *da zi bao*, pues resulta indispensable la movilización general de la opinión de los obreros y campesinos. Los representantes del partido organizan mitines hasta en las más pequeñas aglomeraciones con el fin de sacar al pueblo de la apatía.

Entonces es cuando el periódico del Ejército de liberación, el *Yefang Yun Bao*, relativamente neutral hasta ese momento, publica un artículo feroz contra *La Destitución de Hai-Yui*. Ya nadie puede engañarse: Lin-Piao declara oficialmente su posición. Y quien dice Lin, dice Mao.

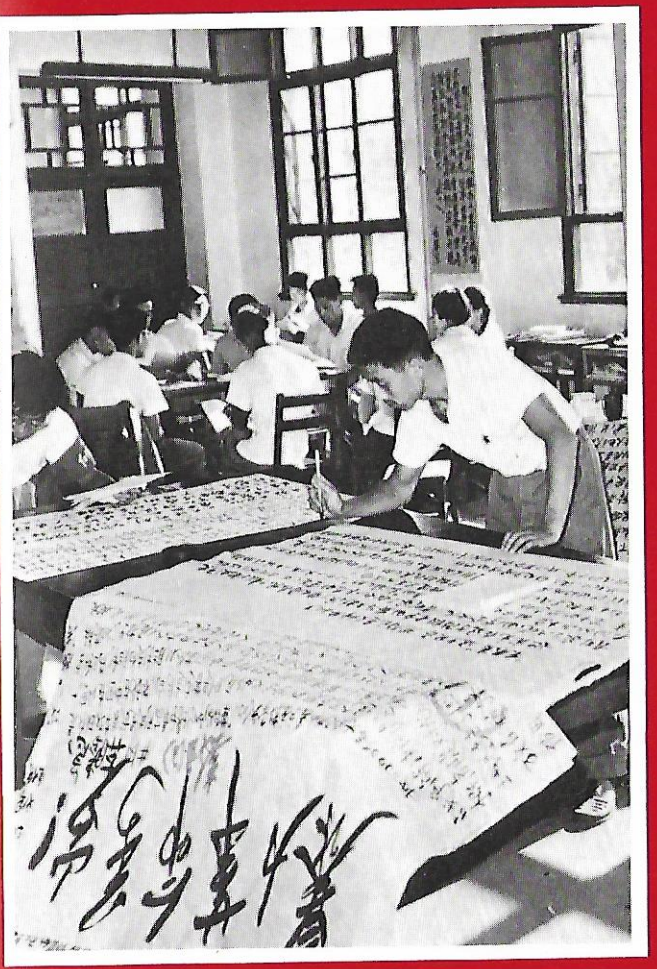
Liu Chao-Chi, que había observado hasta entonces el desarrollo de la campaña sin intervenir, llama por teléfono a Lin-Piao:

«El asunto es grave, dice el mariscal. Peng-Chen y la alcaldía de Pekín conspiran. Es absolutamente necesario que les desaprobéis. Alejaos de ellos. ¡Alineáos junto al pensamiento de Mao Tse-Tung!»

Liu Chao-Chi, perplejo, no responde. Todavía no sabe lo que debe hacer. En realidad, se está jugando su futuro político, pero no puede adivinarlo. Se dará cuenta de ello cuando aparezcan folletos en los que se le atribuye el sobrenombre de «Kruchev chino».

El 16 de mayo de 1966, el Comité Central declara su posición en una circular que será traducida a todas las lenguas. Este «gran documento histórico» lleva como prefacio una cita de Mao:

«Los representantes de la burguesía se han infiltrado en el partido, el ejército y los medios culturales constituyen un desordenado conjunto de revisionistas contra-



Los «guardias rojos» de la Universidad de Pekín preparando personalmente los carteles de propaganda de la Revolución Cultural.

rrevolucionarios. Si se presentase la ocasión, se apoderarían del poder y transformarían la dictadura del proletariado en dictadura de la burguesía.»

Y el Comité Central comenta:

«La Gran Revolución Cultural actual no es más que la primera en su género. Revoluciones de este tipo tendrán que repetirse necesariamente en el futuro.»

La larga circular del Comité Central comienza anulando el plan establecido por el informe del «Comité de los Cinco» y disolviendo este mismo Comité. Se forma un nuevo grupo encargado de la Revolución Cultural que dependerá directamente del Comité permanente de la oficina política. El documento constituye un profundo análisis ideológico de la situación y hace frecuentes referencias a textos de Mao:

«El presidente Mao ha repetido con frecuencia que no puede haber construcción sin destrucción. La destrucción es la crítica, la revolución. Para la destrucción, es necesario el razonamiento, y éste significa la construcción es la crítica, la revolución. Para la destrucción lleva en sí el germen de la construcción.»

En su conclusión, el Comité Central confirma:

«La lucha que se está desarrollando actualmente concierne a la cuestión siguiente: aplicar la línea definida por el camarada Mao Tse-Tung para la Revolución Cultural, o bien oponerse a esta línea.»

Al atardecer del 22 de mayo, se inician en la Universidad de Pekín los enfrentamientos entre los partidarios y los adversarios de Wu-Han. La circular del Comité Central ha puesto al rojo vivo los ánimos de los estudiantes. Durante toda la noche se suceden las discusiones, las refutaciones de los artículos de los periódicos y las citas de Mao, pero enseguida se imponen los partidarios de Mao Tse-Tung, quienes, entre aclamaciones, hacen aprobar una resolución para que al día siguiente se celebre una reunión masiva. Mientras tanto, se invita a todos los jóvenes a redactar y pegar carteles.

Cuando en la tarde del 23 se abre la reunión, los árboles y los muros aparecen cubiertos de *da zi bao*.

Peng-Chen comienza a inquietarse ante las informaciones que le llegan a través de Lo-Ping, secretario del partido en la administración de la Universidad, e intenta obtener el apoyo del ejército, pero los oficiales no pueden obedecer más que las órdenes de la Comisión militar. Para Peng es el comienzo de la desgracia.

Los amigos de Mao comprenden enseguida la importancia de las manifestaciones estudiantiles. El 24 por la mañana, Cheng Po-Ta, acompañado por dos personalidades del partido, Kang-Cheng y Teng Siao-Ping, acude a la Universidad. Allí leen los carteles que denuncian a Lo-Ping y a sus ayudantes y oyen los ataques que los maoístas dirigen contra los «conservadores» partidarios de Peng-Chen y Wu-Han. Los grupos más encarnizados son la «Bandera roja» y los «Combatientes de la bandera roja». Los tres delegados deciden enviar a la Universidad un «equipo de trabajo» formado por irreprochables comunistas para que se encargue de la dirección de los estudiantes.

El Comité Central sigue con gran interés el desarrollo de la revolución entre los estudiantes. El equipo de trabajo organiza numerosos mitines en los que, a veces, toman la palabra Chu En-Lai, Chen Po-Ta, Tao-Chu e incluso Chiang-Ching, la mujer de Mao.

Una joven estudiante de filosofía, Ni Yuan-Cheu, adquiere una gran notoriedad cuando al frente de un grupo de siete compañeros protesta contra la prohibición, impuesta por Lo-Ping, de pegar carteles en los muros de la Universidad. Al no conseguir la autorización que pretendía, la joven Ni Yuan-Cheu, ayudada por sus camaradas, compone un *da zi bao*, y lo pega en la pared más visible del recinto universitario. Este cartel va a tener una extraordinaria importancia en la Revolución Cultural y puede ser considerado como el germen del que nacerán los guardias rojos. Millones de jóvenes aprenderán de memoria su texto y lo recitarán en las manifestaciones.

En efecto, al día siguiente de la destitución de la Municipalidad de Pekín, Mao Tse-Tung, que encuentra en este *da zi bao* un perfecto reflejo de sus concepciones revolucionarias, ordena difundir su contenido por todas las emisoras de radio y en todos los periódicos. Es digna de mención la conclusión de este cartel:

«Unámonos los unos a los otros. Despleguemos el estandarte rojo de los pensamientos de Mao Tse-Tung, agrupémonos en torno al Comité Central del partido y al presidente Mao y eliminemos totalmente las huellas de la influencia del revisionismo así como sus trucos y sus trampas. Con resolución y a conciencia, a fondo y con rectitud, destruyamos a los monstruos y fantasmas, a los antirrevolucionarios del tipo Kruchev y continuemos la revolución socialista hasta el final.»

Mao, sin embargo, no aparece en público. En su vasta villa de Hang-Cheu, a orillas de un lago tranquilo y lejos de Pekín, recibe a sus fieles y les da sus consignas, cuando no se las transmite por medio de su mujer, que viaja con frecuencia a la capital.

Ahora bien, cabría preguntarse si Mao se da cuenta del alcance de la Revolución Cultural. Tal vez Lin-Piao comprende mejor que él la importancia de los slogans y de las consignas transmitidas por las autoridades comunistas. Pues Lin, tras haber impuesto al ejército el estudio de las obras de Mao, sabe hasta qué punto pueden condicionar a las multitudes chinas unos pensamientos leídos y vueltos a leer, aprendidos de memoria y repetidos en forma de slogans. Lin-Piao está convencido de que lo ha hecho en el ejército puede repetirlo extendiéndolo a la totalidad del territorio chino y así inculcar una sola idea en sus setecientos millones de habitantes: seguir a Mao.

Los estudiantes han captado la trascendencia de la Revolución Cultural. ¿No son ellos la «punta de lanza» de esta nación, los forjadores de la China del mañana? Lin-Piao quiere hacérselo ver a Mao. Pero lo único que cuenta para el viejo líder es la intervención de las masas y, ante todo, las campesinas. Finalmente, Mao adopta el punto de vista de Lin, aunque con algunas reticencias, y entonces comienzan a partir de Hang-Cheu las nuevas consignas que proporcionarán toda su magnitud a la Revolución Cultural.

Los dirigentes del partido se preguntan en Pekín si deben tolerar lo que parece una desviación del comunismo, pero prefieren no expresar sus pensamientos en voz alta y esperar el desarrollo de los acontecimientos. Por el contrario, en la mayor parte de las universidades y de las escuelas superiores se produce una explosión de alegría. La «bandera roja» de la Revolución ha sido izada hasta en las provincias más lejanas. Los estudiantes de la Universidad de Pekín, los primeros que han enarbolado el estandarte de Mao, reciben cartas entusiastas.

El partido envía entonces a todas las universidades «grupos de trabajo» para que adoctrinen a los estudiantes. Desgraciadamente, muchos de estos grupos desconocen las últimas consignas de Mao y permanecen fieles al comunismo tal como lo concibe Liu Chao-Chi. Por otra parte, estos enviados especiales pretenden demostrar su autoridad a los estudiantes, lo que ocasiona frecuentes roces. El antiguo guardia rojo nos cuenta:

«Había tres obreros en el grupo de trabajo... Ni siquiera sabían expresarse convenientemente. Al principio, siguiendo el ejemplo de sus compañeros, dieron breves conferencias en las reuniones de clase sobre las recientes instrucciones del jefe de grupo. Pero cuando los estudiantes comenzaron a burlarse de ellos porque decían banalidades, se batieron en retirada visiblemente embarazados para refugiarse en la modesta organización de mitines, cuya presidencia dejaban en manos de los responsables estudiantes.»

En realidad, la intervención de los grupos de trabajo tenía la finalidad de hacer respetar la Revolución, pero acantonándola en las discusiones académicas, es decir, lejos de los deseos de los estudiantes y del pensamiento de Mao. Para Li Sue-Feng, quien más tarde se adherirá al maoísmo después de hacer su autocrítica, «oponerse a los grupos de trabajo es oponerse al Centro». Esta toma de posición será severamente criticada en el *Plenum* del 8 de agosto.

Mao vuelve a Pekín el 18 de julio y asiste a un verdadero pronunciamiento contra los grupos de trabajo. Chiang-Ching acude a la Universidad de Pekín para alentar a los estudiantes. El 24 de julio, Mao suprime definitivamente los grupos de trabajo y aprovecha la ocasión para anular un cierto número de decisiones de Liu Chao-Chi.

Por esta época, exactamente el 20 de julio, aparece por primera vez el término de «guardia rojo». Once alumnos de la escuela secundaria de Chinghua lo adoptan para firmar una carta abierta en la que protestan contra la actuación de un grupo de trabajo. Entre ellos figuran los hijos de los más altos dignatarios del régimen, ya que la «aristocracia» frecuentaba Chinghua. Una de las firmas es, en efecto, la de Liu-Tao, hijo de Liu Chao-Chi.

La mayor parte de estos jóvenes, por otro lado, serán criticados por sus condiscípulos, a causa de su origen y acabarán siendo detenidos a principios de 1967.

Mientras tanto, la iniciativa de los once alumnos de Chinghua va a extenderse como una mancha de aceite. Animados por Chu En-Lai, que proclama la «Gran Revolución Cultural» —dos años antes había lanzado la idea—, los estudiantes de todo el país arden en deseos de imitar a sus camaradas de la capital. Nacen las brigadas de guardias rojos y, frente a ellas, formaciones conservadoras. Pronto se imponen las primeras, alentadas por los fieles maoístas, y la fuerza sustituye a los argumentos ideológicos.

En Pekín, donde Mao ha empuñado de nuevo las riendas, las universidades y las escuelas son presa de la efervescencia de la Revolución Cultural, pero los obreros parecen ajenos a toda esta agitación.

Para demostrar que Mao Tse-Tung está en plena posesión de sus facultades, los periódicos del partido publican el 16 de julio una foto en la que aparece el presidente descendiendo a nado por el Yang-Tse... Unos días después, el primero de agosto, en el XXIII aniversario del Ejército de Liberación, *El Diario del Pueblo,* publica el editorial «Todo el país debe una gran escuela al pensamiento de Mao». Y el mismo día se inaugura en presencia de Mao el onceavo *Plenum* del

Comité Central del partido. Sus trabajos van a durar doce días. Pero el día 10, después de haber escuchado los aplausos del Comité Central durante casi media hora, Mao baja a la calle y hace abrir las puertas del Chung Nan Hai, la residencia de los líderes del partido. En contra de la costumbre, no ha advertido a nadie de esta iniciativa, ni al secretario del partido, ni a los servicios de propaganda, ni a la prensa. El entusiasmo se desborda al verle aparecer. Miles de personas se amontonan para contemplar su rostro. Resuenan los gritos de «Mil años de vida para Mao», «Mao es nuestro sol rojo», mientras algunos repiten: «¡Bombardeemos el Cuartel General!», título del primer *da zi bao* redactado por Mao y pegado el 5 de agosto en la Universidad de Pekín. En él se podía leer:

«¡Qué bien escritos están el primer *da zi bao* marxista-leninista (el de la Universidad) y el texto de la redacción del *Diario del Pueblo*. Todos vosotros, camaradas, leed una vez más este *da zi bao* y este ensayo. En todas partes, durante los cincuenta últimos días, ciertos camaradas dirigentes han defendido la opinión contraria. A partir de una posición burguesa y reaccionaria, han ejercido la dictadura de la burguesía, reprimido el movimiento tempestuoso de la Gran Revolución Cultural del proletariado, invertido el bien y el mal, rodeado y atacado a los revolucionarios...»

El 13 de agosto se publica el comunicado final de la reunión del Comité Central en el que se anuncia la entrada de China en una nueva era y se recomienda que se ponga en práctica el pensamiento de Mao Tse-Tung para realizar la Revolución Cultural, cuyo objetivo es precisado de esta manera:

«...consolidar la dictadura del proletariado y el sistema socialista en nuestro país, impedir una usurpación revisionista de la dirección del partido y del Estado y asegurar la transición gradual hacia el comunismo.»

El comunicado afirma, por otra parte, «que no se han de temer los desórdenes... Es necesario oponerse a que las masas tengan las manos atadas por múltiples restricciones.» Y promete la protección necesaria contra las persecuciones y las represalias del aparato político. Finalmente, incluye una clara advertencia a los «enemigos clasistas», es decir, a Liu Chao-Chi y a sus amigos.

Enardecidos por estas declaraciones, los estudiantes «radicales» pasarán pronto a la acción. El 1 de agosto aparecen en las calles de Pekín los primeros guardias rojos. Todavía no son muy numerosos y se desplazan en pequeños grupos de cinco o seis, vestidos con camisas blancas y pantalones azules —el uniforme de la mayoría de los chinos en este periodo canicular— y con un brazalete rojo en el brazo izquierdo con los tres caracteres amarillos: *Hong wey bin* (guardia rojo).

Al filo de las horas aumenta sin cesar el número de jóvenes de ambos sexos. Suben a los autobuses y arrastran a los pasajeros a cantar himnos revolucionarios, o bien corean ellos mismos pensamientos de Mao.

Hacen su aparición los primeros *Libros rojos*, encuadernados en plástico, que han sido impresos por orden de Lin-Piao. Saldrán de las imprentas más de un millón de ejemplares. Cada guardia rojo tiene el suyo y lo enarbola amenazador cuando se cruza con un posible adversario. Por otro lado, un buen guardia rojo debe conocer prácticamente de memoria todos los pensamientos del «gran timonel» cuya efigie aparece en el pequeño libro, nueva biblia de la Revolución Cultural.

El 17 de agosto, miles de guardias rojos se reúnen en la plaza Tien An Men y en los barrios periféricos de Pekín para participar en el homenaje tributado a Mao. Pero no todos llevan el brazalete rojo. Tan sólo los miembros de las cinco clases de rojos, las clases «cinco veces buenas», tienen derecho a pertenecer a los «Aguilas», a la «Bandera roja», o a los «Rebeldes revolucionarios». De estas formaciones quedan excluidos los «siete negros»: los terratenientes, los campesinos ricos, los contrarrevolucionarios, los malos elementos, los derechistas, los monstruos y los anormales, los ladrones capitalistas. En virtud del principio de la filiación familiar, también serán «negros» aquellos cuyos padres pertenezcan a los «siete negros». Estas distinciones van

a provocar un debate encarnizado que se prolongará durante varios meses. La tarea esencial de los «cinco rojos» es hacer desaparecer la antigua cultura, sus ideas y costumbres.

El 17 de agosto, pues, una multitud compuesta por guardias rojos y soldados del Ejército Popular se aglomera en la plaza Tien An Men y en las calles y avenidas adyacentes. La noche no disminuye el ardor de los manifestantes y, al mediodía del 18, todas las arterias del centro de Pekín están bloqueadas por centenas de millares de jóvenes sentados en las aceras y en las calzadas. ¿Qué esperan?

La mayor parte parece ignorarlo. De pronto, una gran ovación se desprende de la inmensa marea humana: Mao Tse-Tung, acompañado de Lin-Piao y Chu En-Lai, acaba de aparecer. Después de saludar a sus jóvenes partidarios desde la tribuna que domina la plaza, se mezcla a la muchedumbre para estrechar miles de manos. Mao se pasea a través de la multitud llevando de la mano a una joven, de la que algunos dicen que es su nieta y otros su enfermera. Se le ve aceptar un brazalete de guardia rojo, conversar con Lin-Piao y Chu En-Lai. Con la cabeza descubierta y vestido con una chaqueta kaki de mangas demasiado largas, sonríe, pero parece cansado.

Al día siguiente aparece un número mayor de guardias rojos en las calles de la capital. Algunos no tienen más de trece años, y llega a decirse que basta con tener seis —¡y haber asimilado perfectamente el pensamiento de Mao!— para convertirse en miembro de esta «guardia». La edad máxima está fijada en treinta y cinco años.

A partir de esta fecha, 19 de agosto, los maoístas comienzan a llevar a la práctica en Pekín la lucha contra la cultura antigua. El diplomático occidental Stein nos cuenta en su libro *El largo mayo de Mao:*

«El 20 de agosto, algunos grupos de guardias rojos, en número aún limitado, se dirigieron a Wang Fu Ying al principio de la tarde para indicar a los comerciantes que ciertos letreros reflejaban un espíritu antiguo y que

debían retirar de los escaparates y de la venta todos los artículos de lujo. Yo me encontraba en una tienda cuando cuatro muchachos y una joven entraron en ella y, después de pasar al otro lado del mostrador, empezaron a explicar al responsable del establecimiento, en un tono muy firme, que la revolución debía extenderse a todas las actividades y que suponía un rejuvenecimiento de los espíritus y la eliminación de las huellas de un pasado lleno de errores.

Con buena voluntad. el comerciante pedía detalles, sobre lo que debía hacer, y preguntaba si tenía que retirar las dos pieles que se encontraban en el escaparate. Se inició un gracioso debate entre los cinco guardias rojos, pero desgraciadamente descubrieron mi presencia y me dieron a entender, sin posibilidad de equívocos, que, siendo extranjero, estaba de más en aquel lugar.»

Al principio no hay señales de violencia. Los guardias rojos intentan mostrarse persuasivos en vez de amenazadores. Se ven aparecer los primeros carteles, algunos pegados en los escaparates, dando a los comerciantes un plazo de tres días para incorporarse a la revolución. La operación iniciada en el centro de la capital contra la cultura antigua se extiende rápidamente a los barrios periféricos. Nada pasa desapercibido a la atención de los jóvenes censores. Cambian los nombres de las calles por otros más revolucionarios en los que casi siempre figura el calificativo «rojo». Queman libros mientras recitan slogans «culturales», amonestan a las mujeres por llevar el pelo largo y a los hombres de zapatos puntiagudos.

Poco a poco, sin embargo, los guardias se van volviendo más agresivos. Nuevos carteles anuncian que a partir del 25 de agosto quienes no hayan observado las normas de la Revolución Cultural corren el riesgo de sufrir las consecuencias. Grupos de chiquillos, convencidos de su importancia, entran en las peluquerías y hacen cortar el pelo a las mujeres que se lo rizan. A los hombres vestidos «indecentemente», es decir, con un traje, les quitan la chaqueta y se la destrozan en un instante.

Otros *da zi bao* cubren las lunas de los bancos amenazando a los banqueros y a quienes poseen una cuenta corriente. Jóvenes revolucionarios montan puestos de control para inspeccionar la identidad de los ocupantes de los vehículos privados y ni siquiera los diplomáticos escapan a su vigilancia, pues comienzan a manifestarse reacciones xenófobas.

Al no ponerse ningún freno a la actividad de los guardias rojos, se producen las primeras brutalidades. El mismo Stein nos cuenta una escena que presenció por aquellos días: una anciana, demasiado elegante para el gusto de algunos adolescentes que ostentan el brazalete rojo, escucha primero sus amenazas y recibe luego golpes de cinturón que la humillan en el suelo; interviene un policía, pero tan sólo para coger del brazo al diplomático y alejarle del lugar. En otra calle vemos a un hombre de cierta edad perseguido por un grupo de muchachos. Hacen su aparición las primeras pancartas ultrajantes colgadas del cuello de «burgueses reaccionarios», y los primeros gorros de papel.

Los guardias rojos de Pekín han codificado sus pretensiones en los veintitrés puntos siguientes:

1. Todos los burgueses deben trabajar manualmente.
2. El retrato de Mao Tse-Tung debe decorar los cines, teatros y librerías.
3. En todos los lugares, tanto en el interior como en el exterior, deben aparecer las citas de Mao Tse-Tung.
4. Deben desaparecer las viejas costumbres.
5. Reorganización de los establecimientos comerciales para servir a los obreros, campesinos y soldados.
6. No se debe tener delicadeza con la oposición.
7. Carecen de justificación los restaurantes de lujo.
8. Los intereses financieros privados deben ser remitidos al Estado.
9. Primacía a la política.
10. Los slogans tienen que estar escritos en caracteres rojos, y no dorados.
11. Las denominaciones revisionistas deben desaparecer.

12. Instalación de altavoces en las calles para difundir las directrices oficiales.
13. Deberá comenzarse el estudio del pensamiento de Mao en el jardín de la infancia.
14. Los intelectuales tienen que ir a trabajar a los pueblos.
15. Abolición de los intereses bancarios.
16. Comida comunitaria, para volver a las costumbres de las primeras comunas populares.
17. Es preciso renunciar a los perfumes, joyas, cosméticos, vestidos y calzado no proletarios.
18. Supresión de los vagones de primera clase y de lujo.
19. Proscripción de las fotos de las supuestas mujeres atractivas.
20. Necesidad de coordinar la acción de las masas en lo concerniente al cambio de los nombres de las calles y a la conservación de ciertos monumentos.
21. Todos los cuadros y cualquier tipo de expresión artística deben estar de acuerdo con el pensamiento de Mao.
22. Debe ser abolida la pintura tradicional que evoca bambúes y temas no políticos.
23. Serán quemados los libros que no reflejan el pensamiento de Mao.

¡Sorprendente catálogo de «consignas» donde se mezclan toda clase de consideraciones políticas, económicas y artísticas!

En el plano artístico, sin embargo, el gobierno comienza a dar muestras de prudencia sellando las puertas de los museos y bibliotecas en cuanto las primeras incursiones de los guardias rojos destruyen obras de inapreciable valor. Por otro lado, hay que tener en cuenta que lo esencial del tesoro del arte chino fue trasladado a Formosa por Chang Kai-Chek. Pero los monumentos y las estatuas que se encuentran al aire libre serán cubiertos de pintura o de alquitrán, aunque se restauran después rápidamente.

Enseguida se agrava la situación. Con la seguridad de estar en la línea de Mao y de que nadie les detendrá,

los guardias rojos se vuelven más violentos a partir del 25 de agosto y se ve con cierta frecuencia cómo personas, a veces de edad avanzada, son golpeadas en las calles de Pekín por revolucionarios que a menudo no llegan a los doce años. Es difícil precisar cuántos murieron a causa de las heridas. En realidad no pretendían la muerte de sus víctimas —esto sería contrario a las reglas dictadas por el «centro»—, sino «corregir» a golpes de cinturón o a bastonazos.

También se efectúan operaciones de registro, y cuando los guardias rojos deciden visitar el domicilio de un sospechoso no se andan con contemplaciones. Entran cinco o seis en su apartamento y desgraciado de él si encuentran restos de la vieja cultura, tales como jades, porcelanas antiguas o libros condenados. Lo rompen todo y lo arrojan por la ventana. Y si descubren un vestido «decadente» lo transforman en hilachos. Los desgraciados propietarios de estos objetos se encuentran al punto en la calle, cubiertos ridículamente con pancartas y gorros de papel. A veces, después de una corrección «severa pero justa», son llevados en camiones hacia un destino desconocido. Sin duda, se les envía a algún pueblo, donde el trabajo de la tierra —cuando no son tareas más desagradables— lesabrirá el espíritu al pensamiento de Mao.

Ni siquiera los cementerios se libran del celo de los jóvenes revolucionarios. Las tumbas de los burgueses del pasado son profanadas y los altares de los antepasados destruidos. De esta forma, escritores y artistas, tales como Chi Pai-Chi, son víctimas, después de muertos, de la Revolución Cultural.

Todo esto se explica y justifica con una floración de *da zi bao*. Pues el cartel de grandes caracteres sigue siendo el mejor impulsor de la Revolución Cultural. Sus reglas son inmutables: provocar un gran choc, emplear expresiones explosivas, expresarlas de la mejor manera posible y desarrollar sólidos argumentos.

Nadie escapa a la Revolución Cultural: Peng-Chen morirá y Liu Chao-Chi será ampliamente criticado. El presidente de la República permanece enclaustrado en

su villa del Chung Nan Hai, desde donde oye el clamor de los guardias rojos que piden su cabeza y la de su mujer. Pero, por el momento, sólo se trata de ataques verbales. El futuro será más cruel para el jefe del Estado chino.

Si bien es verdad que Mao está satisfecho con sus guardias rojos de Pekín, esto no le basta. Quiere que todos los jóvenes revolucionarios puedan desplazarse de un lado a otro, salir de su provincia y, sobre todo, acudir a la capital.

El 31 de agosto, el Centro invita a todos los estudiantes, a una parte de los alumnos de las escuelas superiores y a uno de cada diez de los de grado medio, a visitar la antigua ciudad imperial. Esta invitación es una importante decisión táctica y política, puesto que va a permitir que todos los jóvenes, incluso los de las provincias más lejanas, entren en contacto. Las consecuencias económicas serán graves... Los estudiantes son admitidos en los trenes sin pagar billete.

La razón profunda de este movimiento, el *ko-ming ta ch'uan-lien* («gran intercambio de experiencias revolucionarias»), que va a durar hasta diciembre de 1966, es la hostilidad de numerosos dirigentes del partido a la aplicación de los dieciséis puntos del undécimo *Plenum* del Comité Central. Mao sabe que únicamente los movimientos de masas le permitirán triunfar sobre sus adversarios. La fórmula no es nueva, pero hasta entonces sólo se había empleado para mostrar a los ingenieros y obreros especializados los adelantos de la técnica china.

Si el nuevo *ch'uan-lien* comprendiera a toda la población, incluyendo a los obreros, se correría el riesgo de que se paralizase la producción y toda la economía quedaría gravemente afectada. Mao piensa que los desplazamientos de los estudiantes, a los que se les acaba de conceder un año de vacaciones, no producirán trastornos económicos. Pero se equivoca...

Los trenes de jóvenes, formados con todo el material disponible, van a perturbar rápidamente todo el tráfico ferroviario, al tener prioridad sobre los de mercancías

—lo mismo sucede con los barcos— con lo que se comprometera el aprovisionamiento de las fábricas. Cuando esto se compruebe será demasiado tarde.

Tan pronto como las emisoras de radio y la prensa difunden el nuevo programa del Centro, numerosos chinos que no pertenecen al grupo de los «profesores y estudiantes revolucionarios» deciden aprovechar la ocasión para viajar. Obreros descontentos con la dirección de su fábrica viajan a Pekín para exponer sus quejas. Otros son animados por sus dirigentes a abandonar el trabajo para ir a la capital o a cualquier otro lugar. (Algunos directores emplean esta táctica para demostrar los errores del poder.) Otros, que no se encuentran a gusto en su pueblo o en su empleo, encuentran un motivo para «cambiar de aires».

En cuanto a los estudiantes, ven en ello una aventura más que una operación de carácter político. Pocos son —por lo menos al principio— los que piensan que se les quiere hacer partícipes de los «asuntos del Estado», como lo demuestra un joven de Cantón que escribe en un cartel mural:

«¡Gracias, presidente Mao, por habernos permitido viajar gratis por todo el país!»

De todas formas, el *ch'uan-lien* es una aventura. Dai Siao-Ai cuenta así su propio viaje a Pekín:

«Cuando nos presentamos en la estación del Este de Cantón, algunos guardias de la doctrina examinaron nuestros papeles. Como la mayor parte de nosotros éramos guardias rojos oficiales provistos de brazaletes, no tropezamos con ninguna dificultad. En cambio, los que no eran guardias rojos fueron obligados a detenerse y a declarar su estatuto de clase social. Por fortuna, los pocos miembros de nuestro grupo que no eran de los «cinco rojos» pertenecían a la categoría de «campesino medio» o a la de las profesiones liberales; ninguno procedía de las siete clases de negros...»

El tren está tan lleno que el grupo tiene que contentarse con tres asientos para cada cuatro y todo el mundo ocupa su lugar en medio de las discusiones y el griterío general. Cuando el convoy se pone en marcha,

se entonan cánticos y slogans revolucionarios. Todos están locos de alegría, pues, para muchos de ellos, es la primera vez que suben a un tren. Hay pasajeros por todas partes: en las redes destinadas a los equipajes, en los pasillos y hasta en los lavabos, lo que provoca algunos dramas.

«Cuando nos deteníamos en una estación se organizaba un gran alboroto, cuenta Dai. Como las paradas eran cortas, la oleada compacta de nuestros guardias rojos se precipitaba a los andenes en busca de algún alimento. Siempre se podían conseguir algunos pastelillos, sin pagarlos, en el desorden que se producía. Era igualmente indispensable robar agua caliente y más de uno se quemó las manos en el intento. En cuanto se oía el primer pitido, todo el mundo tomaba el tren al asalto para amontonarse en su interior. No existía ninguna disciplina.»

Al llegar a Pekín, los viajeros son recibidos con entusiasmo por los guardias rojos de la capital, pero enseguida tienen que someterse a un nuevo examen, esta vez muy estricto. Numerosos estudiantes fueron puestos bajo vigilancia antes de ser devueltos a sus lugares de residencia por haberse considerado que pertenecían a los siete negros.

Los guardias rojos se encargan de los estudiantes reconocidos como miembros de los «cinco rojos» y les conducen a los albergues preparados para «profesores y estudiantes» venidos de lejos para tomar parte en el *ch'uan-lien*. Los conductores de los autobuses que trasladan a los recién llegados a sus alojamientos procuran pasar siempre por la plaza Tien An Men, provocando gritos de entusiasmo entre sus pasajeros. Durante el recorrido, los jóvenes se intercambian insignias, tráfico interesante, pero prohibido, pues algunas de ellas se venden a elevado precio.

Los visitantes han sido instalados en los ministerios, en las escuelas y en todos los locales disponibles. Su lecho está formado por una estera de bambú extendida sobre un montón de paja y durante la noche el olor se hace insoportable, ya que no se han desvestido ni

lavado desde hace varios días. Pero no tienen en cuenta estas pequeñas penalidades ante la inmensa alegría de encontrarse en Pekín.

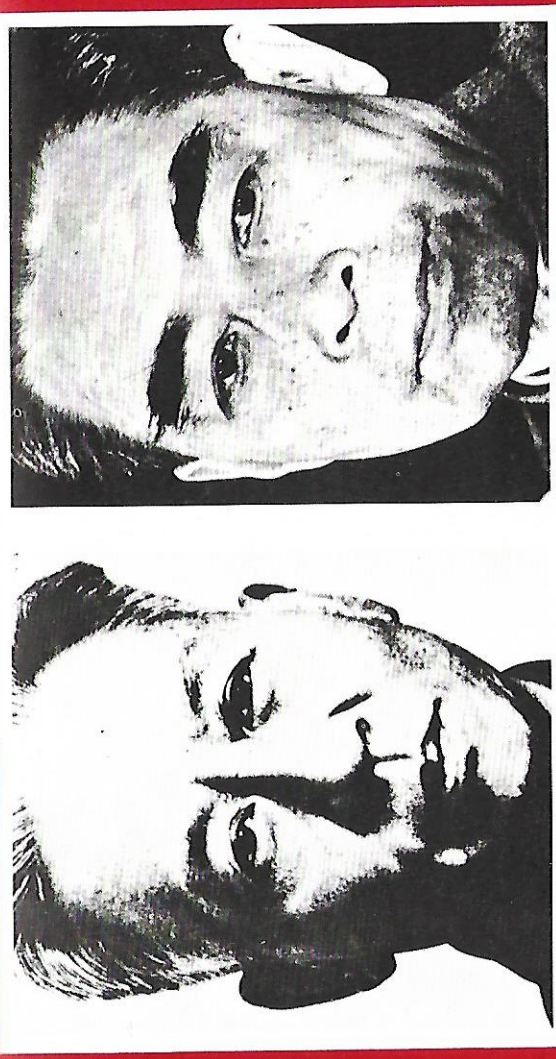
La alimentación no es demasiado buena. Se distribuye pan cocido, de sabor áspero, y muchos de estos jóvenes descubren que el nivel de vida es menos elevado en la capital que en sus provincias. Sin embargo, se sentirían satisfechos si pudieran pasearse por la ciudad. A las nueve de la mañana comienzan los entrenamientos para desfilar en líneas de a quince enarbolando el *Libro Rojo* y gritando «¡Viva el presidente Mao!». Se alternan las filas de los que marchan cogidos del brazo con las de quienes llevan grandes pancartas que, al unirse, forman una cita de Mao. Después de la primera experiencia, algunos prefieren perderse en la plaza Tien An Men o en el célebre jardín Yi Ho, que ahora se llama «Jardín del pueblo».

Sin embargo, los desfiles preparatorios no son inútiles: Mao Tse-Tung debe pasar revista, una vez más, a los guardias rojos. Sigamos escuchando a Dai Siao-Ai:

«El 30 de septiembre nos acostamos hacia las cinco o las seis de la tarde, pero nos despertaron a las once para ultimar los preparativos del desfile. Cada uno recibió un saquito con un poco de pan y tres huevos para ser comidos al día siguiente, pero algunos no esperaron. Partimos a las doce...

«A las doce de la noche las luces son escasas en Pekín y la mayoría de sus habitantes ya se han acostado. Ese día, sin embargo, una multitud de guardias rojos corría en todas direcciones gritando bajo las banderas rojas que formaban un verdadero techo. El que se detenía un instante, tenía que correr luego para reincorporarse a su grupo y cuando las primeras filas se paraban, nosotros nos parábamos también. Quienes se ausentaron en la oscuridad para descansar un momento, ya no volvieron a encontrar sus unidades; se oían sus llamadas y sus gritos. Muchos perdieron un zapato al ser pisados por los que iban detrás.»

Los jóvenes corren así durante cinco horas antes de alcanzar el punto de reunión de donde partirá el desfile.



Liu Chao-Chi, uno de los principales blancos de la Revolución Cultural. Chu En-Lai, el número 2 del régimen comunista chino.

Para combatir el sueño, algunos entonan cantos revolucionarios que no son coreados por sus compañeros. Otros caen dormidos al suelo. Finalmente, aparece la aurora transformando en neblina el rocío que cubre los uniformes. Para recobrar las fuerzas, algunos abren sus saquitos y encuentran en ellos el *man-t'u*, tosco pan candeal que constituye lo esencial de la alimentación de China septentrional. Endurecido durante la noche, este pan es prácticamente incomible. Algunos quieren tirarlo al suelo, pero los guardias rojos de la capital les reprenden duramente:

— Tenéis suerte. Este *man-t'u* es sólo para los oficiales. ¡Los habitantes de Pekín no tienen los medios de procurárselo!

A las diez de la mañana, los altavoces entonan el canto revolucionario *el Oriente es rojo* mientras miles de gargantas gritan: «El presidente Mao ha llegado», «¡Viva el presidente Mao!». Chen Po-Ta declara abierta la reunión y Chu En-Lai y Lin-Piao toman la palabra para repetir las mismas fórmulas de siempre glorificando a Mao y a la Revolución Cultural.

«La voz de Chu era la más fuerte y la más clara de todas, dice Dai Siao-Ai. Se expresaba correctamente y con buen estilo. Pero Lin-Piao, compañero de armas del presidente Mao y jefe adjunto de nuestros guardias rojos, estuvo espantoso; tenía una voz ridículamente débil y vacilante; balbucía un texto incomprensible; si la prensa no hubiera publicado su discurso al día siguiente, nunca habríamos sabido lo que dijo.»

A las once, decenas de millares de guardias rojos reciben la orden de prepararse para desfilar. Bajo un bosque de pancartas, banderas y estandartes rojos, se forman filas de ciento treinta y cinco jóvenes agrupados de quince en quince. Casi a la carrera, llegan a la plaza Tien An Men, envueltos en una espesa nube de polvo, y descubren en la tribuna oficial a Chu En-Lai, Lin-Piao y Mao Tse-Tung.

Al pie del palco presidencial, un grupo de guardias rojos repite incansablemente:

«Sé resuelto, no temas ningún sacrificio y vence

todas las dificultades para conseguir la victoria.»

Durante los dos días siguientes, los que han venido de provincias tienen derecho a pasearse por la ciudad y visitar sus jardines y monumentos. Las órdenes son formales: no pueden permanecer más tiempo en Pekín, ya que el aprovisionamiento plantea serios problemas. Pero, ¿quién puede hacer que se cumplan las órdenes cuando dos millones de jóvenes se han incrustado en la capital con la esperanza de ver a Mao?

Ha comenzado el otoño y el frío se hace intenso en el Norte. Las autoridades se inquietan, pues los estudiantes que han llegado de fuera no poseen ropa de abrigo y viven en condiciones críticas, a menudo albergados en rústicas barracas. Se teme una epidemia. Y mientras tanto, siguen llegando nuevos trenes que descargan a sus pasajeros sobre la multitud, en constante aumento, que invade las calles sin ninguna disciplina.

Los poderes públicos han declarado ya doce veces que no es necesario que acudan más estudiantes a Pekín, y se invita a los que se encuentran en la ciudad a practicar el esfuerzo físico volviendo a sus casas a pie, según la tradición de la «Larga Marcha».

Sin embargo, la desorganización de los transportes exige que se tomen medidas de urgencia. Los ferrocarriles están saturados y quienes obedecen las consignas del Comité Central encuentran las mayores dificultades para conseguir un sitio en los trenes. Finalmente se publica un comunicado anunciando que, durante algunos días, no se podrá emplear la red ferroviaria, para permitir su reorganización.

El 16 de noviembre, el Comité Central y el Consejo de asuntos del Estado deciden la suspensión de los viajes de «intercambios revolucionarios» hasta el mes de abril del año siguiente. Al mismo tiempo se dan algunos detalles sobre el *ch'uan-lien:* nueve millones de profesores y alumnos han sido transportados gratuitamente. Por otro lado se prolongan las vacaciones escolares, pues cientos y miles de estudiantes se encuentran todavía dispersos por las provincias.

Los guardias rojos continúan, sin embargo, su lucha

contra el revisionismo burgués y las viejas constumbres. Si bien es verdad que el redoblar de los tambores ha acompañado su actuación en Pekín, en las provincias, por el contrario, su tarea resulta menos fácil. Las autoridades del partido, en efecto, no aceptan la crítica de los guardias rojos. Mao se indigna. En la Conferencia de trabajo del Comité Central celebrada en Pekín del 8 al 25 de octubre, clama:

«¡Ha sucedido algo que nunca se os hubiera ocurrido! Los Comités rechazan la crítica de los estudiantes. Pues bien, es preciso que la acepten sinceramente, sin excepciones.»

Pero la fuerza de las palabras del «gran timonel» no es la misma en Pekín que a cientos de kilómetros, y una especie de resistencia a los guardias rojos comienza a manifestarse por todas partes. Los jefes locales del partido incitan a los obreros y campesinos a reaccionar. Nacen comités «conservadores» que chocan con los guardias rojos e incluso envían delegaciones a Pekín para que transmitan sus quejas, lo cual ciertamente no ayuda a mejorar la situación de los transportes.

Los guardias rojos acuden también a la capital para denunciar el conservadurismo de ciertos jefes locales y Chu En-Lai les promete que su seguridad no se verá amenazada, que el «Centro» efectuará una investigación y que los responsables de los comités culpables de brutalidad para con los estudiantes serán sancionados, pues con bastante frecuencia las discusiones políticas acaban en verdaderas batallas campales, y los obreros no suelen llevar la peor parte cuando se enfrentan a los guardias rojos.

Las primeras dificultades surgen en Sanghai. Desde mediados del verano de 1966, los obreros manifiestan su mal humor frente a los estudiantes. El Comité del partido favorece entonces la creación de un organismo cuyos miembros toman el nombre de «guardias escarlatas». Algunos trabajadores, por el contrario, deciden simpatizar con los estudiantes y forman un grupo de «rebeldes revolucionarios». Al aumentar la tensión entre las dos formaciones, los «rebeldes» deciden enviar una

delegación a Pekín para denunciar a los«guardias escarlatas». Estos detienen el tren en que viajan los emisarios a dieciocho kilómetros de Sanghai y les dejan abandonados sin víveres en medio del campo.

Cuando Mao recibe la noticia, hace abrir una investigación y se entera de que los «guardias escarlatas» son una organización inspirada por los sindicatos. Mientras tanto, la situación se agrava y se producen enfrentamientos entre obreros y estudiantes armados, el más importante de los cuales es el de la fábrica textil número veinticuatro, en Sechih. Durante el mes de diciembre se multiplican los choques armados, causando numerosos muertos y heridos. Finalmente, los guardias escarlatas deciden ir a la huelga.

Ahora bien, decir sindicatos, es decir Liu Chao-Chi. El presidente de la República es, en efecto, el fundador y sigue siendo el inspirador de las formaciones obreras.

Los ataques dirigidos contra él desde el principio de la Revolución Cultural se han intensificado con el tiempo. Pero hasta el otoño de 1966 no han sido lanzados de frente contra su persona, pues esto hubiera significado atacar al partido. Por eso, hasta ahora, se ha recurrido a las insinuaciones y se ha calumniado a sus amigos y a su familia. A partir de octubre, los guardias rojos le acusan directamente de «revisionista» y la prensa fiel a Mao publica artículos en los que se denuncian sus «monstruosidades». Se le acusa de haber permitido la venta de muchachas destinadas a las casas de placer en la antigua Manchuria (suprimidas en China en 1949) y se le hace responsable de las desviaciones políticas del mundo del espectáculo... Y el 23 de noviembre aparece en Pekín un folleto de la estudiante Ni Yuan-Cheu, famosa por su célebre *da zi bao,* con una biografía de Liu Chao-Chi llena de habladurías y calumnias. En él llega a decirse que desciende de una familia judía...

Sin embargo, a pesar de esta ofensiva que se despliega en los periódicos, en los mitines y en los grandes carteles murales, Liu Chao-Chi conserva sus funciones de presidente de la República, aunque ya no ejerce

ningún poder y vive enclaustrado en su villa de Chung Nan-Hai. Pero muchos de sus fieles ocupan todavía puestos importantes en los comités provinciales y, entre ellos, se encuentran los dirigentes de los sindicatos que organizan la resistencia a las órdenes de la capital en Sanghai, Cantón o Nankín.

Por lo tanto, Chen Po-Ta y Chiang-Ching aprueban y animan a los «obreros rebeldes revolucionarios» que el 27 de diciembre se apoderan en Pekín del control de la Federación de Sindicatos. La nueva Federación —sin duda aconsejada por el «Centro»— pide que se concedan ventajas económicas a los obreros temporales o destacados. *El diario del Pueblo* escribe que todas las retenciones de salarios que hubieran podido sufrir los obreros temporales revolucionarios —campesinos que van a trabajar a las fábricas en invierno— deben ser compensadas.

El Comité Central se ha dado cuenta, en efecto, de que la Revolución no podrá triunfar sin el apoyo total de los obreros. Sin embargo, el conceder ventajas a ciertas categorías puede representar un peligro, que más tarde sería denunciado como «economismo». Algunos días más tarde, Chu En-Lai declara que estos aumentos de salario son inaceptables, ya que pueden ocasionar un movimiento de resistencia entre los campesinos.

Sin embargo, Mao necesita que los obreros participen en la revolución. El 1 de enero de 1967, el *Diario del Pueblo* y *La bandera roja* publican un artículo editorial de desacostumbrada extensión definiendo la nueva etapa de la Revolución. En él se afirma:

«La lección de la experiencia soviética plantea un problema crucial al proletariado internacional: el de saber si los trabajadores podrán conservar el poder adquirido o no, es decir, si se puede prevenir, o no, la restauración del capitalismo.

»La gran revolución proletaria desatada y dirigida por el presidente Mao Tse-Tung en persona pretende resolver este problema... En este año de 1967 la lucha de clases se extenderá a todos los niveles de la escala nacional, y el proletariado, unido a las masas revolucio-

narias, iniciará una ofensiva general. Es preciso hacer la revolución tanto en las fábricas como en los campos, al mismo tiempo que promover la producción....

»Ciertas gentes enredadoras oponen la revolución a la producción. La experiencia histórica internacional de la dictadura del proletariado nos enseña que únicamente si llevamos a buen puerto la Gran Revolución Cultural proletaria podremos garantizar el progreso de nuestra economía en la vía del socialismo y del comunismo.»

En el mismo texto se ataca a cierto número de especialistas de la economía cuyas concepciones, diferentes a las de Mao, son, según los periódicos, la fuente de todos los males que sufre el país... Entre estos «conservadores y revisionistas» figura Chen-Yu, quien ha cometido la torpeza de criticar la política del gran salto hacia adelante y la de los altos hornos rudimentarios.

Esta concepción «errónea» de la economía ha dado origen al «economismo» y a la intervención del Estado para proteger a los menos favorecidos por la fortuna. En consecuencia, se ordena el cierre de las «oficinas de bienestar», verdaderos despachos de beneficencia encargados de socorrer a los necesitados.

De esta manera, al alborear el año 1967, el «Centro» comprende que es necesario extender la Revolución Cultural a la totalidad de la población, para impedir que los disturbios que se han producido en las provincias —y que siguen produciéndose— causen daños irreparables.

Y, en el momento en que la situación económica es particularmente grave por la desorganización de los transportes, la cólera de los obreros y el desaliento de los campesinos, se hace incapié en la reanudación de la producción.

Pero, antes de observar las reacciones de quienes están en la base de esta producción, resulta conveniente volver los ojos hacia atrás y examinar el comportamiento de los guardias rojos frente a los extranjeros establecidos en China.

El ejemplo citado por Stein en *El largo mayo de Mao* nos muestra que los extranjeros no deben asistir a ciertos «actos», como tampoco a los desfiles de Tien An Men. Pero, muy pronto, la xenofobia de los guardias rojos se manifiesta en operaciones más directas.

Las primeras víctimas de esta llamarada de violencia son las ocho religiosas europeas de la escuela del Sagrado Corazón de Pekín. Estas monjas que han pasado la mayor parte de su vida atendiendo a los huérfanos y a los desgraciados, son apresadas por los guardias rojos, el 25 de agosto, bajo la acusación de espionaje.

Ante los ojos de una multitud que corea slogans de Mao, privadas de su toca, se las obliga a realizar ejercicios de gimnasia que, al prolongarse durante varias horas, resultan un verdadero suplicio. A continuación, les cuelgan del cuello unos carteles insultantes y las pasean por las calles. Finalmente, serán expulsadas de China, pero una de ellas, cardiaca, morirá cinco días antes de salir del país.

Al mismo tiempo, se cierran todas las iglesias católicas y protestantes. El 29 y el 30 de agosto, miles de guardias rojos se manifiestan ante la embajada soviética contra Kruchev —quien ya hace dos años que no está en el poder— y contra el revisionismo. Pero esto no es más que un ensayo. Algunos meses más tarde, la mayor parte de las embajadas sufrirán un cerco en regla, y las casas de numerosos diplomáticos serán incendiadas.

Virulentos *da zi bao*, atacando a los extranjeros, comienzan a aparecer en los muros de las calles. En uno de ellos se lee: «El imperialismo americano envía sin cesar refuerzos al Vietnam. ¡Esfuerzo vano! Si los americanos quieren la guerra, peor para ellos. ¡Les daremos una lección! En un abrir y cerrar de ojos, podemos movilizar cien millones de hombres, sin contar las mujeres. ¡Nuestras milicianas también están bien entrenadas!»

Mientras los *da zi bao* recuerdan a los chinos que antes de la liberación «los extranjeros les golpeaban y les trataban como a perros», la Revolución Cultural, en este 1.º de enero de 1967, toma un nuevo giro: es la «toma del poder» por los revolucionarios maoístas. Se producen múltiples excesos por parte de los «rebeldes

revolucionarios» que atacan a los jefes locales del partido y, sobre todo, a los de distrito. Muchas de las víctimas abandonan su puesto y la anarquía se instala en la administración. Por otro lado, los jóvenes que habían ido a trabajar a Sanghai, Cantón o Nankín, vuelven a su región para poner en práctica las nuevas consignas. Chu En-Lai admitirá el 10 de enero ante los ferroviarios que, desde principios de mes, diez mil jóvenes han abandonado el centro petrolero de Taching. No eran estos los objetivos del «Centro»; por eso, el *Diario del Pueblo* afirma en un editorial que «la igualdad absoluta es imposible y que los dirigentes pueden situarse un poco aparte».

Dai Siao-Ai nos cuenta cómo se realiza en Cantón —aunque la fórmula debe ser la misma en todas partes, pues proviene de Pekín– la toma del poder:

«La táctica inicial fué comúnmente llamada «las tres vías simultáneas», lo cual quería decir que se enviaban grupos al comité provincial del partido, al departamento provincial de seguridad y a la oficina municipal de seguridad. Sólo esta última ofreció seria resistencia, y, el día 25, se produjeron allí unos incidentes que pueden ser considerados como el segundo ataque efectuado contra las autoridades de la ciudad.»

Uno de los objetivos de la toma del poder era conseguir que el secretario del comité provincial (Chao Su-Yang, en Cantón) delegara su autoridad en los revolucionarios, de grado o por fuerza.

En Cantón, los nuevos representantes de la autoridad crean la «Alianza provincial revolucionaria», organismo que practica una política de control y supervisión de los mandos destituidos del partido. El secretario provincial podía seguir viviendo en su casa, pero tenía que acudir a diario a las oficinas de la Alianza, con lo cual quedaban sometidas todas sus acciones a los revolucionarios.

«Quienes criticaban este sistema, dice Dai Siao-Ai, afirmaban que no era más que una toma de poder disfrazada, imaginándose sin razón que los líderes habían pactado con Chao.»

En realidad, la Alianza no representa un nuevo gobierno provincial. No es más que una organización bien estructurada de grupos rebeldes, cuya única meta es arrebatar toda autoridad a la administración existente y «barrer a los conservadores», pero sin proponer ningún programa. Este organismo está dirigido por un pequeño comité, a cuyas órdenes se encuentran tres «grupos de vigilancia», encargados respectivamente de controlar al comité principal del partido, al departamento provincial de seguridad y a la oficina municipal de seguridad. En estos grupos están representados los obreros, pero su presencia sólo sirve para legitimar la toma del poder y satisfacer al «Centro». Los estudiantes poseen una amplia mayoría en el seno de la Alianza aunque no se hallan de acuerdo entre sí. Las primeras divergencias se manifiestan cuando la Alianza decide ampliar el número de sus miembros.

En efecto, cierto número de rebeldes revolucionarios se oponen al criterio de selección familiar, alegando que los «cinco rojos» eran válidos en mayo de 1966 cuando se trataba de formar una organización pura y dura. La Revolución, dice, ha hecho grandes progresos desde entonces y un gran número de los que no eran dignos de pertenecer a los guardias rojos han comprendido la importancia del presidente Mao.

Estas divergencias se ven agravadas por la diferente manera de concebir la acción: unos piensan que ha llegado el momento de «castigar con rapidez y energía» a los conservadores, mientras que otros creen que es preciso conseguir la unidad antes de pasar a la acción. Estos últimos reciben el nombre de «escuela lenta», por oposición a los «activistas inmediatos». Pronto se producen enfrentamientos entre las diversas fracciones de la alianza.

Los activistas deciden tomar el poder en las comunas populares rurales, pero los resultados no corresponden a sus esperanzas.

Dai Siao-Ai comenta:

«Incluso ciertos servicios de producción, en las comunas populares, hicieron la experiencia de una toma

de poder. Mi tío (un granjero que vivía cerca de Mafan) nos contó que la acción había sido a menudo formalista y carente de sentido. A veces, los campesinos se habían contentado con apoderarse del sello oficial de un servicio, cuyos jefes no podían volver a usarle. En realidad, esto perjudicaba a los miembros de la comunidad, pues algunos papeles, en especial los documentos de circulación, tenían que estar sellados para que fueran válidos.»

Los activistas se sienten más fuertes en las ciudades y actúan con menos precauciones. A menudo se presentan en las fábricas para incitar a los obreros a que eliminen a sus jefes, pero los obreros no conceden demasiada importancia a sus argumentos, ya que saben que su salario depende de su trabajo y que la producción tiene que estar dirigida por hombres competentes. Ante este fracaso, ciertos rebeldes intentan recurrir a la fuerza y, entonces, los obreros, defendiendo a sus jefes, expulsan de las fábricas a los estudiantes. Los jóvenes, fortalecidos con el pensamiento de Mao, vuelven a la carga provocando nuevos choques.

Una vez más, el exceso de celo de los guardias rojos enciende la cólera de los obreros. Hacia el 5 de febrero de 1967, estallan violentos incidentes en Nankín y en Sanghai.

El ejército mismo, que hasta entonces no ha intervenido oficialmente en la Revolución Cultural, manifiesta su hostilidad a los guardias rojos en ciertas provincias. Unos oficiales del Sseu-Chuan, situado en la retaguardia del Tibet, expulsan sin contemplaciones a los revolucionarios que han llegado de Pekín. En Cantón, el jefe del grupo de la Revolución Cultural de la región militar impide por medio de hombres armados las investigaciones previstas por los guardias rojos locales para la toma del poder. En el Kiang-Si se producen violentos choques entre soldados y revolucionarios de la capital. Veteranos y militares desmovilizados participan en las operaciones efectuadas contra los guardias rojos.

Pero los incidentes más graves se desarrollan en Nankin, donde se desborda la cólera de los obreros.

Según ciertos *da zi bao*, unos obreros conservadores, procedentes de Sanghai y de Wuhsi, no han podido entrar en la ciudad más que con la ayuda de una parte del ejército. Los enfrentamientos acaban con numerosos muertos y heridos.

Estos sucesos, al unirse a los incidentes y a las huelgas desatadas en Sanghai, provocan la interrupción de los enlaces ferroviarios entre el Norte y el Sur durante varios días.

El primer acto oficial en relación con la entrada del ejército en la Revolución Cultural es aquel por el que se le confía la custodia de las prisiones. Por primera vez aparecen en el mismo documento las firmas del Comité Central, de la Comisión militar, del Consejo de los asuntos del Estado y del grupo encargado de la Revolución Cultural. La transmisión de poderes no se efectúa sin algunas dificultades, pues los guardias rojos se dan cuenta de que la dirección les retira una parte de lo que les había concedido. Lo mismo sucede con las emisoras de radio. En algunos lugares, como en el Tibet, los revolucionarios se niegan a retirarse.

A los pocos días se da a conocer una decisión por la que se subordinan todas las unidades a un mando revolucionario unificado. Esta resolución suscita vivas reacciones por parte de ciertos jefes militares y está a punto de quebrantar la unidad misma del Ejército.

El cambio se confirma cuando el 22 de enero Chu En-Lai hace transmitir instrucciones al grupo de la Revolución Cultural del ejército por medio de Chen Po-Ta y de Chiang-Ching (la mujer de Mao), dirigentes del grupo central. Para explicar esta medida, Sie Tang-Yung —quien transmite las instrucciones— declara:

«Las instrucciones destinadas a algunos millones de soldados provienen directamente del mando de la Defensa; las instrucciones del presidente Mao y del vicepresidente Lin emanan de la misma fuente. Los camaradas de la Defensa nacional deben obrar en consecuencia con las instrucciones de Chen Po-Ta y de Chiang-Ching...»

Sin embargo, al principio, el «Centro» prescribe que

no se comprometa al ejército en la Revolución Cultural en asuntos civiles. Pero el 23 de enero de 1967, ante la alarmante situación de numerosas ciudades de provincia, se decide dejar que el ejército apoye a los revolucionarios cuando éstos se lo pidan. Al instante, un cierto número de regimientos prestan su colaboración a los revolucionarios para tomar el poder en Pekín. Los soldados ocupan las sedes del partido, de la Seguridad pública y de la Administración. En Fangshan, a unos cincuenta kilómetros de la capital, los militares ayudan a los maoístas a apoderarse del Laboratorio de la Energía y de la Escuela de Electrificación.

Con la finalidad de que el pueblo no se inquiete al ver al ejército tomando parte en la Revolución, el 28 de enero se ordena que no se ponga en tela de juicio la obediencia a los mandos jerárquicos y que la Revolución Cultural en el seno del ejército no debe desbordar el marco de las unidades. Igualmente se prohíbe a los soldados apoderarse de las personas y hacerles llevar «gorros vergonzantes», practicar requisas e incautarse de los bienes.

Al mismo tiempo, el «Centro» decide tomar medidas contra los jefes que no ocultan su hostilidad a las nuevas directrices concernientes a sus tropas. Sobre todo en las fronteras, varios comandantes de grandes unidades se inquietan al ver cómo sus regimientos se adentran en el interior. Temen que de esta forma se abra una brecha en el dispositivo de defensa. Lo mismo sucede en regiones claves, como el Sin-Kiang, donde se encuentran las instalaciones atómicas. En esta región, la situación no ha vuelto a la normalidad después de las agitaciones que se han producido.

Prudentemente, Mao anuncia que «se difiere» la Revolución Cultural en los distritos militares donde existen dificultades. Esta decisión afecta no sólo al Sin-Kian, sino también al Tibet, Mogolia interior, el Kuang-Si y el Fu-Kien. Al mismo tiempo, Mao decide privar de su empleo a los mariscales Chen-Yi y Chu-Teh, cuyos puestos son ocupados por Lin-Piao y Siao-Hua.

Una vez conseguido el apoyo de la mayor parte del

ejército, Mao se vuelve ahora hacia aquellos a quienes siempre ha considerado la base de su régimen: los campesinos. Para regular su participación en la Revolución Cultural, el «Centro» publica unas instrucciones en diez puntos, parecidas en la forma a las consignas dadas a los obreros, pero de fondo muy diferente, ya que en ellas se mezclan las preocupaciones económicas y las intenciones ideológicas.

Hasta entonces, los campesinos, alejados de las universidades y de las fábricas, tan sólo han conocido los ecos de la Revolución Cultural y no han reaccionado a sus manifestaciones. La desconfianza innata de los hombres del campo ante cualquier cambio brusco y sus duras condiciones de vida les han hecho mantenerse en una prudente reserva. Esta es la causa de que Mao acentúe en sus instrucciones la progresividad de los cambios y su carácter de provisionalidad.

Las normas del «Centro» confían la dirección de la Revolución Cultural en los pueblos a los campesinos pobres y medios, que deberán actuar por medio de sus comités, y precisa que los hijos de las clases poseedoras no tienen el derecho de convertirse en guardias rojos; el único camino que pueden seguir es el del retorno a la tierra.

Al mismo tiempo se recomienda a los campesinos que aprovechen los períodos de inactividad para hacer sus «intercambios de experiencias» y se regulan las visitas de los estudiantes a las comunidades rurales.

Parece que la principal preocupación del Comité Central es la de mantener el orden y la calma en un momento en que la totalidad del país necesitaba urgentemente los productos de la tierra. Por otro lado, se ordena que vuelvan a sus granjas los jóvenes que las habían abandonado para participar en los «intercambios de experiencias» y se prohíben todas las tomas de poder durante los trabajos agrícolas de primavera.

Con la finalidad de que los campesinos no se sientan frustrados en comparación con los obreros que tienen el derecho y el deber de celebrar reuniones masivas, el Comité Central les invita a reunirse... para hablar de las

faenas agrícolas a la luz del pensamiento de Mao Tse-Tung.

El ejército mismo contribuirá, cumpliendo una orden del 23 de febrero, en las labores del campo. De hecho se encargará también de vigilar las comunas populares, pues en muchas ocasiones los habitantes de los pueblos se han aprovechado de la desorganización de los órganos del partido para repartirse los sobrantes de producción agrícola y las semillas destinadas a la comunidad...

Finalmente, el 14 de marzo, el Comité Central prohibirá que se celebre en los campos cualquier manifestación masiva que no esté relacionada con la producción agrícola.

Mientras tanto, en Pekín, Mao y su equipo afirman su autoridad. El principal enemigo sigue siendo Liu-Chao-Chi, que encerrado en su casa de campo no constituye un peligro. Pero, mientras no haya reconocido sus errores, sus fieles pueden levantar cabeza un día u otro. Por consiguiente, es preciso que Liu haga una verdadera autocrítica.

Ya en octubre de 1966, Liu Chao-Chi se había acusado ante el Comité Central de algunas equivocaciones, pero lo había hecho con tanta habilidad que nadie encontró argumentos para derribarle, pues, en realidad, demostraba que su actuación respondía a sus deseos de complacer a las masas.

En el espíritu de Chiang-Ching nace un nuevo plan, que pretende minar la autoridad del presidente de la República, ya que por el momento no es posible derribarle, atacando a los suyos y en primer lugar a su esposa, Wang Koang-Mei.

Ping-Ping, una de sus hijas, será el cebo para hacerla caer en las redes de los guardias rojos, pues la mujer del Presidente se niega con altivez a presentarse ante ellos. El diario *Guardias Rojos*, órgano de los jóvenes militantes de la enseñanza superior de Pekín, nos narra los hechos:

«Wang Koang-Mei, la célebre y principal farsante de la Universidad de Tsing-Hoa de Pekín, debía ser puesta a prueba y sometida a la autocrítica. Tenía que reconocer su culpabilidad ante veinte mil profesores, estudiantes, empleados y obreros de la Universidad. Ahora bien, el 25 de diciembre, diez días después de la publicación de nuestro ultimátum, la hermosa farsante de múltiples recursos no había hecho acto de presencia.»

El autor del artículo sigue contando en un extenso relato cómo los guardias rojos, adoptando la estrategia consistente en «hacer salir a la serpiente del agujero», se trasladan en camiones a la Escuela normal donde Ping-Ping estaba haciendo su autocrítica. Después de apoderarse de Ping-Ping, van al centro gubernamental de transmisiones para impedir que Liu Chao-Chi telefonee a su domicilio y, acto seguido, una parte de los estudiantes se presentan en un hospital desde donde llaman al Presidente y le dicen que su hija acaba de ser atropellada por un automóvil y se encuentra herida de gravedad.

Poco después, un soldado, acompañado de una joven de catorce años, Ting-Ting, la hermana de Ping-Ping, entran apresuradamente en el hospital. Los guardias rojos les rodean y obligan a Ting-Ting a denunciar a sus padres. El soldado, un guardia personal de Liu, no puede negarse a telefonear al Presidente para comunicarle que su hija reclama la presencia de sus padres.

«Hacia las ocho de la tarde, prosigue el periódico, un pequeño vehículo se detenía ante el hospital.

—¡No es posible! ¡Liu Chao-Chi!

«Los revolucionarios no se habían imaginado que Liu Chao-Chi caería en la trampa. A continuación bajó del coche Wang Koang-Mei.

»Liu Chao-Chi tenía los ojos enrojecidos, así como Wang Koang-Mei. Esta se llevaba de vez en cuando el pañuelo a la nariz. Quizá hubiera llorado amargamente al enterarse de que su hija había sido atropellada.

—¿Dónde está Ping-Ping? –pregunta a quemarropa Liu Chao-Chi.

—¡Han caído en la trampa! —gritaron los guardias rojos.»

Al momento, el jefe de los maoístas ordena a Wang Koang-Mei que se siente en un banco y que se marchen

todos los demás. Liu Chao-Chi, furioso al ver que no puede hacer nada frente al desafío de los jóvenes, se encamina hacia la salida, seguido de sus dos hijas y de su guardia personal.

Su esposa es conducida a la Universidad para que haga su autocrítica ante la multitud.

«Hacia las diez de la noche, comenta el periódico, Wang subía al estrado del campo oeste de la Universidad de Tsing-Hoa. Calzada con unos zapatos de algodón apelmazado que le había prestado una estudiante, comenzó a pagar su deuda frente a nuestros profesores y estudiantes revolucionarios de la escuela, en medio de los gritos de «¡Abajo Liu Chao-Chi!».

Pero el «proceso» de Wang no se limitará a una simple autocrítica. Los partidarios de Mao necesitan que confiese unas faltas tan grandes que causen un perjuicio irreparable a su marido. En el espacio de tres meses, Wang Koang-Mei comparecerá tres veces ante sus jueces y, a pesar de ser miembro del partido comunista desde hace veinte años, será tratada como un verdadero criminal. Una de las principales acusaciones era que en una recepción a la que había asistido en Indonesia acompañando a su marido se había presentado luciendo un vestido de seda, un abrigo de pieles y unos zapatos de tacón. *Los tres procesos de la ladrona Wang Koang-Mei,* un pequeño folleto editado por los guardias rojos, nos han dejado un testimonio de la escena:

«El acta judicial señala que los estudiantes han pedido a Wang que se ponga el vestido que llevaba en Indonesia, pero ésta se ha negado a hacerlo. Entonces se produce un cambio de palabras entre el acusador y la acusada:

—¡Es preciso que os pongáis ese vestido!

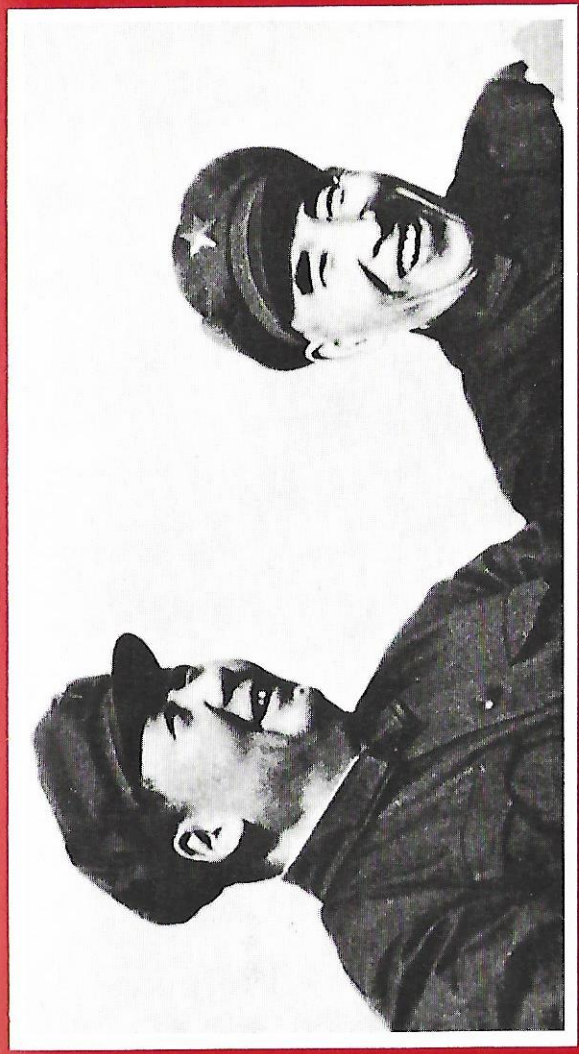
—¡No me lo pondré!

—¡No podéis elegir!

Wang, batiéndose en retirada y señalando el vestido con el dedo:

—Es lo más adecuado para acudir a una recepción.

El acusador (severamente):



Mao T'se-Tung y Lin-Piao, su presunto sucesor.

—¿Acudir a una recepción? Hoy sois el centro del combate.»

Finalmente, después de un diálogo de varios minutos, un grupo de jóvenes le ponen el vestido a la fuerza. Continúa el proceso, mientras los asistentes repiten incansablemente pensamientos del «gran timonel». Pero pasarán varias semanas antes de que Wang, agotada por los interrogatòrios, haga su autocrítica. Esta se produce el 28 de junio y en el curso de la misma Wang reconoce haber cometido gran cantidad de faltas, pero niega todos los crímenes que le reprochan sus acusadores.

Sin embargo, los guardias rojos han encontrado otra víctima: Tao, hija de la primera mujer de Liu Chao-Chi. Estudiante en la Universidad de Tsing-Hoa, no ofrece dificultades cuando se trata de atacar a su padre:

«En el plano político, Liu Chao-Chi se ha opuesto siempre al pensamiento de Mao. Se ha servido de su ideología burguesa para contradecir al presidente Mao y ha dado muestras de su exacerbada ambición política.

»... Liu Chao-Chi no nos ha enseñado nunca a considerar el pensamiento de Mao Tse-Tung como nuestra filosofía política, antes bien nos ha incitado a instruirnos en el idealismo feudal de Confucio y de Mo-Di...»

Tao sigue desgranando su letanía de acusaciones contra su padre, afirmando que es ambicioso, egoísta e incluso indiferente a la eventualidad de un ataque americano contra China.

Mientras los guardias rojos de la Universidad se dedican a buscar la perdición de Liu Chao-Chi, otros se entregan a ocupaciones más movidas atacando a los extranjeros y, en especial, a los rusos. Ya vimos cómo los guardias rojos asediaron en agosto durante cuarenta y ocho horas la Embajada soviética. La situación se ha agravado desde entonces y Moscú ha retirado de China todos los ingenieros y expertos enviados en los tiempos de la gran hermandad. La marcha de los técnicos rusos ha causado una nueva herida a la economía china.

La situación sē hace más tensa cuando, en enero de 1967, unos estudiantes chinos se manifiestan en Moscú

ante la tumba de Lenin y chocan con la policía soviética resultando varios heridos. Los guardias rojos replican en Pekín con mítines de protesta en los que muestran a la multitud unas camisas manchadas de sangre que habrían pertenecido a las «víctimas» de los revisionistas soviéticos.

En Francia, los estudiantes chinos de París se manifiestan ante la Embajada de la U.R.S.S., al mismo tiempo que sus camaradas de Moscú, para dar a conocer su oposición a la nueva línea trazada por el Kremlin. La policía prohíbe esta manifestación, pero los jóvenes maoístas intentan alcanzar la Embajada y se producen enfrentamientos que, aun no siendo graves, serán hinchados por la propaganda de Pekín. Cuando los jóvenes chinos expulsados de Francia llegan a Pekín son recibidos por una multitud de guardias rojos que les pasean en triunfo por su «coraje» y «fidelidad al pensamiento de Mao». Pero estas «diferencias» franco-chinas no pasarán del nivel de las injurias.

No sucede lo mismo en lo concerniente a las relaciones chino-soviéticas. Los guardias rojos han excitado a la opinión pública y la prensa no ceja en sus ataques contra el gran aliado de la víspera. Ante esta situación, los súbditos rusos se refugian en su Embajada, que pronto será rodeada por los revolucionarios y sus gritos de odio. El cerco se prolongará durante dos semanas y los asediados se encontrarán faltos de provisiones, pues las masas compactas de manifestantes se amontonan día y noche contra las rejas.

Al paso de los días, las manifestaciones cambian de tono. Ya no se ven alrededor de la Embajada ni policías ni soldados y los guardias rojos se han convertido en los dueños de la calle. La situación es tan tensa que los rusos deciden enviar sus mujeres y sus hijos a Moscú. Lady Hopson, una francesa casada con un oficial inglés entonces en misión diplomática en Pekín, nos cuenta en qué condiciones pudieron finalmente salir de la capital las desgraciadas esposas de los diplomáticos rusos:

«Antes de llegar a la pista, había que atravesar una sala atiborrada de guardias rojos, donde hombres y mujeres gritaban como posesos slogans e insultos contra los rusos, los «imperialistas» y los «reaccionarios...» Los gritos histéricos de las mujeres dominaban el tumulto y, en este reducido recinto, el alboroto alcanzaba proporciones insoportables. También se veían balancearse en el extremo de unas pértigas grandes caricaturas del jefe del Estado soviético y de otros políticos rusos que estaban representados con figura de monos o de perros con una cuerda al cuello... Franceses e ingleses zigzagueaban en la fila india a través de la muchedumbre vociferante de los guardias rojos, cuyo aliento apestaba a ajo. El olor a sudor recalentado que emanaba de sus espesos trajes de lana producía náuseas...»

Mientras se producen estos incidentes en un Pekín sobreexcitado, prosiguen las tomas de poder con mayor o menor fortuna, pues, a veces, los guardias rojos son mal recibidos. La dirección del partido se da cuenta de que un nuevo enfrentamiento entre obreros y «revolucionarios» tendría las más graves consecuencias, y Chu En-Lai predica la moderación:

«Es preciso —dice— poner el acento sobre su propia unidad. No es posible coordinar la total conquista del poder de una sola vez. Primero se ha de tomar el poder en las secciones, después en el interior de las secciones... No estamos de acuerdo con las organizaciones revolucionarias de dimensión nacional...»

En realidad, Chu En -Lai —como la mayoría de los miembros de la dirección— pretenden asegurar el futuro del partido. Pero los guardias rojos quieren seguir en la línea que se han trazado. ¿No han realizado algunos de ellos «tomas de poder» en los órganos del Comité Central?

El mismo Mao interviene. Pero quiere conceder una satisfacción a los rebeldes revolucionarios, su más firme soporte, hasta el momento en que se haya hecho dueño de la situación. «Lo primero es tomar el poder. Las discusiones vendrán más tarde...» —habría dicho Mao.

En esta época, la dirección colegial no cuenta más que con seis personas. Esto habría hecho decir al viejo

mariscal Chen-Yi, protestando porque los guardias rojos están perdiendo el sentido político:

«No creer más que al presidente Mao, al vicepresidente Lin-Piao, al primer ministro Chu En-Lai, a Chen Po-Ta, Kan-Cheng y Chiang-Ching —más cinco viceprimeros ministros—, ¡esto es el gran partido! ¿No lo forman más que diez hombres y una mujer? ¡Tomadme y mostradme a las muchedumbres!»

Es precisamente en este momento cuando estallan nuevos incidentes, pero esta vez en el seno mismo del ejército. En el Sin-Kiang, los militares se enfrentan entre sí y se producen varias víctimas. Los rebeldes revolucionarios del Instituto de agricultura de la región, el «Cuerpo de producción y de construcción» administrados por el ejército, aprovechan estos combates para efectuar una toma de poder en una fábrica textil y apoderarse de un cierto número de oficiales «reaccionarios». Al momento, unas tropas atacan el «Cuerpo de producción y de construcción» y hacen prisioneros a unos oficiales favorables a los guardias rojos. La situación es de lo más confuso. Sobre los muros de la capital aparecen *da zi bao* acusando al jefe militar del Sin-Kiang, Wang En-Mao, de reaccionario. Los carteles añaden que nueve de las diez divisiones que se encuentran bajo su mando comparten sus ideas.

Estos incidentes y otros del mismo género ocasionan «purgas» en el seno mismo de la comisión militar, que está en desacuerdo con Lin-Piao. Este se venga en el viejo mariscal Chu-Teh acusándole de ser un militar de papel.

A pesar de todos estos choques en el seno del alto mando, la vigilancia de las fronteras sigue siendo el objetivo esencial, pues «las fuerzas del imperialismo occidental son hostiles a la Revolución Cultural». Y llega a afirmarse: «Los movimientos de aviones soviéticos sobre las regiones fronterizas del Sin-Kiang han alcanzado un grado de intensa actividad y las fuerzas terrestres de la U.R.S.S. se han movilizado. Todas las unidades de primera línea deben ser puestas en estado de alerta. Las regiones militares de Tsinan, Nankín, Fucheu, Cantón y Kunming también deben hacer sus preparativos. Si es preciso se puede retrasar un poco la Revolución Cultural.»

De esta manera se da satisfacción a los jefes militares, que afirman que la principal misión del ejército es la de proteger el país y que la acción política interior queda en segundo lugar. Estas diversas tomas de posición, a veces separadas de la línea dura preconizada por el «Centro», muestran que éste no está todavía muy seguro del porvenir. Entonces los guardias rojos conciben la idea de depurar el partido mismo. Pero el «Centro» reacciona publicando un documento en el que se hace saber que el partido es el único que puede sancionar a sus miembros, aunque esta consigna no surtirá efecto, en muchas ocasiones, en las provincias.

La política del «Centro» se aplica en Pekín, donde se crea un «grupo de verificación de casos particulares», compuesto exclusivamente por miembros del partido. Su misión esencial es «el estudio del informe sobre los crímenes de Liu Chao-Chi».

Esto no impide que el desorden sea considerable, incluso en la capital, ya que una parte de los servicios están en manos de los revolucionarios —incapaces de hacerlos funcionar— y en ciertos sectores los guardias rojos mantienen una lucha encarnizada entre sí para apoderarse del poder. Chu En-Lai, secundado por sus viceprimeros ministros, se dedica a poner un poco de orden en este caos procurando sobre todo mantener la calma y la producción, lo cual le obliga a tomar ciertas medidas que no convienen a los rebeldes revolucionarios.

Los «izquierdistas» —así se llama a los revolucionarios que quieren «ir más lejos»— atacan entonces al ministro de Agricultura, Tan Chen-Li, quien intenta afirmar su autoridad para levantar de nuevo la producción agrícola. Pronto se ve acusado de «represión» y de acción antirrevolucionaria, y el «Centro» acabará desautorizándole.

En realidad, el asunto Tan, del cual se ha dicho que simboliza la «contracorriente de febrero», es el primer síntoma de una reacción frente al desorden. Y si bien es

cierto que los responsables del partido abandonan al ministro de Agricultura para complacer a los revolucionarios, también es verdad que son conscientes de que la calma de los campesinos y la agitación de los obreros pueden dar lugar a una revuelta si la Revolución Cultural no desemboca en un nuevo sistema político y económico.

Ahora bien, las dificultades que tienen que superar los líderes de Pekín provienen de que los revolucionarios se han mostrado incapaces de sustituir a los que han expulsado, a los cuadros profesionales intermedios o inferiores, y sin éstos ninguna organización puede funcionar. Por tanto, a partir de la primavera de 1966, el «Centro» comienza a efectuar un giro en su política, y el primer hecho revelador de este cambio es la nueva orientación de las críticas dirigidas contra Liu Chao-Chi. Hasta entonces se había atacado al presidente, ahora se van a poner en tela de juicio sus obras y, en particular, su tesis sobre el «perfeccionamiento individual de los comunistas». Según los maoístas, los revolucionarios «no deben esperar pasivamente ni hacer su examen de conciencia entre cuatro paredes con la esperanza de quedar «liberados» un día de improviso».

La dirección revolucionaria afirma que, finalmente, pocos directivos serán perseguidos y que la lucha consiste en atacar a los más altos dirigentes que siguen la línea capitalista.

La nueva línea concerniente a los cuadros directivos insiste en que no deben ser considerados como el símbolo del poder que se ha de abatir y desaprueba la postura de los «ultras» de la Revolución, para quienes todos los directivos deben ser excluidos del movimiento revolucionario. Incluso el ejército mismo es llamado al orden, pues algunos de sus elementos revolucionarios tienden a tratar sin consideración a todos los responsables del PC.

Los obreros ven las cosas desde otro ángulo. Para ellos, la Revolución Cultural debe ser el medio de conseguir ciertas ventajas, tesis que, naturalmente, es combatida por el «Centro». En este punto, el Comité

Central intenta encontrar una solución de compromiso confirmando los grados de cualificación y de salario de los trabajadores y anunciando que se podría considerar una reforma del estatuto de los trabajadores temporales. Pero, unos días más tarde, el «Centro» condena estas concesiones. Entonces prepara el plan económico nacional para 1968 y se da perfecta cuenta de que la situación no permite larguezas en el mundo del trabajo. Esta retirada provoca una nueva ola de reivindicaciones que, esta vez, no tienen ninguna relación con la Revolución Cultural. Los obreros defienden sus derechos y algunos revolucionarios llegan a rechazar la jornada de ocho horas en las minas bajo el pretexto de que fue impuesta por el antiguo régimen. De hecho, y a pesar de los esfuerzos de los dirigentes, la producción minera disminuirá considerablemente durante varios meses y no volverá a la normalidad hasta mayo de 1968, dos años después del comienzo de la Revolución Cultural.

La inmensa masa de los campesinos permanece un poco apartada de la Revolución. Por otra parte, el gobierno había tomado un cierto número de precauciones con respecto a ellos. Las instrucciones del 4 de diciembre de 1966 habían aportado dos elementos nuevos a favor de los hombres del campo: un programa y unas garantías. Seguía vigente el sistema de las «tres clases» —antiguos campesinos pobres, antiguos campesinos medios y antiguos campesinos ricos— que se basaba en los equipos de producción. Las parcelas de tierra concedidas por Mao en el momento de la colectivización constituían una ventaja poco importante sin duda, pero a la cual se sentían apegados los campesinos.

Sin embargo, a pesar de estas precauciones, los hombres del campo se sienten descontentos, especialmente los «pobres» que se ven privados por los «medios» del derecho a participar en la gestión de las granjas colectivas. En enero y febrero de 1967, se producen ciertos tumultos que aunque limitados, inquietan al «Centro».

Entonces es cuando se lanza un nuevo ataque contra Liu Chao-Chi, quien siempre se ha mostrado partidario

de una avanzada mecanización agrícola en oposición a la tesis de Mao que sostiene que la mecanización debe efectuarse después de la colectivización. La propaganda del partido dirigida a las masas campesinas insiste en que no se pueden adquirir los recursos necesarios para la construcción del socialismo más que con la colectivización previa. Por otra parte, no hay que olvidar que la revolución social se ha realizado, ocho años antes, en los campos. Por eso emplean los dirigentes de Pekín con tanta frecuencia el término «consolidación». Quieren que la Revolución Cultural llegue a los campos —puesto que concierne a todos los chinos—, pero no demasiado...

¿Qué sucede mientras tanto en los medios dirigentes de Pekín? Contando con el apoyo del ejército del Ho-Pei que rodea la ciudad y que ha sido formado por Lin-Piao para ser el instrumento del pensamiento de Mao Tse-Tung, el «gran timonel» empuña firmemente las riendas del poder, como lo demuestra esta «Circular del Consejo de Asuntos del Estado» suspendiendo las vacaciones de los trabajadores:

«La Gran Revolución Cultural proletaria china ha entrado en una nueva fase. Nos encontramos en el momento crucial en que los revolucionarios proletarios se unen y luchan en todos los frentes, con la potencia de una avalancha, para arrebatar el poder al puñado de responsables que, aun siendo del partido, se han comprometido en la vía capitalista (alusión a Liu Chao-Chi). Conforme a las aspiraciones de las grandes masas revolucionarias y con el fin de aplicar el principio formulado por nuestro gran dirigente, el presidente Mao: hacer la revolución y estimular la producción..., el Consejo de Asuntos del Estado decide suprimir el permiso de la Fiesta de primavera de 1967 y suspender las vacaciones de los trabajadores durante la Revolución Cultural. Las vacaciones serán concedidas más tarde.»

Chu En-Lai multiplica las conferencias para lanzar una campaña de rectificación, insistiendo en el peligro que suponen las destituciones abusivas que decapitan la

administración. El Primer ministro, por otra parte, acaba de enviar a la cárcel al viceministro de Hacienda, quien se ha negado a responder a sus convocatorias en tres ocasiones.

Una vez que Mao ha consolidado su poder y que la gran mayoría del ejército le es fiel, parece abandonar a los guardias rojos, quienes con sus abusos han desorganizado la administración y la producción. Chu En-Lai se encarga de hacer comprender a los jóvenes revolucionarios que ha pasado su hora y que ahora deben poner en práctica el pensamiento de Mao participando en la producción.

Lin-Piao es enviado al Sin-Kiang para «firmar la paz» con el ejército Wang. Mao quiere estar seguro de que esta provincia de diez millones de musulmanes, donde se encuentran las instalaciones nucleares, no sufrirá nuevas agitaciones.

Con respecto a los extranjeros, se aplica la ley del péndulo, aunque los rusos, por supuesto, siguen siendo tratados como enemigos. El «Centro» quiere persuadir al mundo exterior del éxito de la Revolución Cultural.

El ejército, la única organización sólida en este momento en que se trata de formar el esqueleto de la administración y de la economía, no comparte totalmente las ideas de Mao. Lin-Piao sólo ha podido conseguir la neutralidad de sus jefes por medio de un cierto número de concesiones. Así, el 1.º de mayo se verá reaparecer al viejo mariscal Chu-Teh.

Los militares se dan cuenta de la posición ventajosa que ocupan en relación con los políticos y los propagandistas de la ideología marxista y, en el momento en que el «Centro lanza una llamada en favor de la reincorporación de los cuadros directivos eliminados durante las tomas de poder, el ejército conserva su cohesión al mantenerse intacta en su seno la organización del partido. Esta estabilidad le proporciona, por otra parte, el apoyo de elementos «conservadores» que no cuentan más que con él para enderezar la situación. Incluso llega a verse cómo ciertas organizaciones revolucionarias piden pasar a depender del mando del ejército,

lo cual despierta la inquietud de algunos «rebeldes» que piensan que una situación tal no puede sino oponer al grupo de la Revolución Cultural y a la comisión militar.

Sin embargo, tanto el grupo de la Revolución como la comisión militar parece que se mantendrán sin dificultad en el «Centro», cuando, con ocasión del 1.º de mayo, se produce un incidente que está a punto de sublevar a los militares contra el poder.

Es costumbre que el 1.º de mayo y el 1.º de octubre de cada año, la prensa publique la lista de las personalidades del partido, del ejército y del Estado que figuran en la tribuna de honor, al lado de Mao, durante el desfile. La radio, en sus reportajes «en directo», y la prensa, al día siguiente, no dejan de dar cuenta de este hecho. El orden en que son citados estos dignatarios es de gran importancia, no sólo para los chinos, sino también para las capitales extranjeras.

El 1.º de mayo de 1967, los ojos permanecen fijos en la tribuna de Tien An Men. Se piensa que al día siguiente todos los periódicos comentarán la composición de la nueva dirección del Estado. Pero, el 2 de mayo, ningún periódico es puesto a la venta. El día 3, aparece el *Diario del Pueblo* con fecha del 2, y entonces se nota una sensible diferencia entre la lista que ofrece en primera página y la ofrecida por la agencia *Nueva China*, transmitida la noche anterior: los militares ocupan un rango inferior en las columnas del *Diario del Pueblo* que en la información de la agencia.

Los cinco miembros menos antiguos del grupo de la Revolución Cultural —Wang-Li, Kuan-Feng, Chi Pen-Yu, Sie Tang-Yung y Mu-Sin— ocupan un lugar preferente ante los jefes del ejército. Se trata de una satisfacción dada a los líderes de la «extrema izquierda» que se encuentran así a la altura de los viejos compañeros de Mao, Chen Po-Ta, Kang-Cheng y Chiang-Ching. Sin embargo, el «Centro» ha querido compensar esta promoción de los revolucionarios «duros» rehabilitando al economista Chen-Yu, quien había sido destituido por sus concepciones conservadoras.

8

EL FIN DE LOS GUARDIAS ROJOS

La integración en «Triple alianza revolucionaria» —en la que deberán agruparse, junto a los guardias rojos, los militares y los elementos dirigentes del partido y del Estado menos comprometidos con el aparato político de Liu Chao-Chi— es ahora la consigna principal admitida y asimilada por los «cuarteles generales» de los estudiantes de Pekín, pero, para los guardias rojos más turbulentos, significa el final de una gran aventura.

Los comités revolucionarios funcionan ya en Sanghai y en el Heilung-Kiang, como también en el Chan-Tung, el Kuei-Cheu y el Chan-Si. En Pekín, Sie Fi-Chi, el ministro de Seguridad, no ahorra energías para poner en marcha el comité de la capital, consiguiéndolo antes del 1.º de mayo. Pero con esto no se han solucionado todos los problemas que plantea la alianza. Los cuadros dirigentes considerados como recuperables no se han convencido todavía de que este primer frenazo a la actividad anárquica de los guardias rojos más jóvenes no es tan sólo una maniobra destinada a tranquilizar a los responsables que se ocultan en sus casas. Esta es la razón de que sólo un miembro de la antigua dirección del aparato del partido de la municipalidad de Pekín, Wu-Te, se encuentre en el nuevo comité.

Sie Fi-Chi publica el 14 de mayo un «aviso urgente» a la población. Es un grito de alarma. En efecto, las «Huelgas de protesta», los «sabotajes», dice Sie, se multiplican. Los veinte mil obreros de la fábrica de

automóviles de Chang-Chun han abandonado el trabajo para ir a desalojar a los guardias rojos del edificio en el que habían establecido su cuartel general. Los de Chiying-Chan —la fábrica piloto orgullo de la metalurgia china— se sientan en grandes grupos ante la sede del Comité Central para protestar contra la desorganización de su empresa. La situación no es mejor en el Sseu-Chuan, ni en el Chung-King, ni en las demás regiones que han visto nacer los primeros comités de la «triple alianza». La población de Pekín se entera por medio de los *da zi bao* de que a veces se enfrentan con las armas decenas de millares de hombres. Por otra parte, los jóvenes maoístas que deben defenderse de los grupos de obreros, campesinos y soldados cansados de sus excesos, luchan entre sí con mayor violencia que nunca, pues todos se creen los únicos depositarios del pensamiento de Mao Tse-Tung. A ellos va dirigido el editorial del *Yenmin yibao* del 22 de mayo: «¡Cesad inmediatamente la lucha armada! La violencia que destruye la producción y amenaza la vida y los bienes de la población compromete el éxito de la Revolución Cultural.

Los enfrentamientos entre las diversas tendencias son menos sangrientos en Pekín gracias al encuadramiento efectuado por Sie Fi-Chi. El destino reservado a Liu Chao-Chi es una de las cuestiones que dividen a los dirigentes del «Cuartel general proletario». El grupo de los guardias rojos del Instituto de arquitectura es uno de los que peor soportan el retraso que padece la liquidación política de Liu Chao-Chi. Como otros muchos maoístas, se extrañan de que todavía no se le haya hecho comparecer en persona ante el pueblo para confesar públicamente sus «cincuenta crímenes» y humillarle como se humilló a su mujer el año anterior.

El 3 de junio, con el apoyo de «setecientas organizaciones revolucionarias», según dicen, se reúnen ante el edificio del Comité Central y montan una tienda de campaña coronada por una banderola que proclama: «¡Sacad a Liu Chao-Chi y encarceladle!» Durante todo un mes hacen guardia ante los muros de la Ciudad

Prohibida, pero el «Centro» no parece dispuesto a abandonar a Liu en manos de la muchedumbre. Aparentemente ha pasado el tiempo de los gorros puntiagudos y de las pancartas humillantes.

Esto es, sin lugar a dudas, una victoria de Chu En Lai, el cual maniobra hábilmente entre las diferentes corrientes, como el nadador que se deja arrastrar por el torbellino esperando el momento de poder escapar. Pero, al igual que Chiang-Ching y Kang-Cheng, piensa que es preciso calmar los ánimos de los jóvenes arquitectos. Por medio de Chi Pen-Yiu, un historiador del partido, el «Centro» les hace saber que reconoce que es necesario que Liu Chao-Chi haga una nueva autocrítica. Este, en efecto, escribe una carta a los estudiantes, unos días más tarde. Y eso es todo.

Los estudiantes se sienten traicionados y denuncian una y otra vez a Liu sin conseguir ninguna otra concesión del «Centro». Este tiene otras preocupaciones, causadas por la situación del país. Los desórdenes amenazan en efecto la seguridad nacional en diversas partes del país en especial en Han, en Mogolia, en el Tibet y en el Sin-Kiang. Sin embargo, en esta última provincia, aislado en medio de la estepa, un pequeño grupo de hombres se mantiene ajeno al trastorno general: son los sabios del Lob Nor, responsables del programa nuclear. Su director, Chien San-Chiang, había sido denunciado por los izquierdistas como «precapitalista» cuando acusaron a Liu de «crimen científico», de «veneración de la ciencia atómica occidental y soviética». Lo cierto es que el equipo de Chien, sin contacto de ninguna clase con sus colegas extranjeros desde hace dos años, prepara un nuevo artefacto; una bomba H. El 17 de junio hace explosión, año y medio después de la primera bomba A. Es un récord: ningún otro país ha conseguido quemar tan rápidamente las etapas sucesivas de la creación del arma nuclear.

Tan sólo una sombra ha oscurecido el cuadro de los partidarios de la autonomía absoluta del programa nuclear chino. La bomba ha sido lanzada desde un Tupolev 16. Incluso en ese estadio han tenido que

recurrir a la técnica rusa... La debilidad de la aviación china limita considerablemente el alcance del acontecimiento del 17 de junio. Los sabios de Lob Nor perciben esta circunstancia, al igual que los militares.

Estos saben que su misión es «sostener a la izquierda» aun cuando ésta sea minoritaria; están tomando conciencia de la posición clave que ocupan en la batalla política. Su papel está simbolizado por una insignia con la efigie de Mao y la divisa «servir al pueblo» que se entrega a todos los soldados en las ceremonias solemnes. El ejército se ha convertido en el «pilar de la Revolución». Esto limita naturalmente la libertad de acción del grupo de la Revolución Cultural de Chiang Ching, Chen Po-Ta y Kang-Cheng, los cuales pueden presentarse con toda razón como los intérpretes autorizados de la voluntad del jefe supremo, aun cuando Lin-Piao sea designado como «el íntimo compañero de armas del presidente Mao», «el modelo vivo del estudio de la aplicación del pensamiento de Mao». Pero, Lin, por su parte, debe tener en cuenta la influencia de sus poderosos subordinados. Las circunstancias hacen que cada vez sea más difícil armonizar las posiciones de los diferentes grupos en la cumbre y en todo el país.

Con frecuencia, el gran problema para los militares es reconocer cuál es la izquierda en el confuso espectáculo que ofrece cada ciudad. Esto es particularmente difícil en Wu-Han, uno de los centros vitales del país que domina los accesos por ferrocarril a las provincias del Sur. Wang Yen-Chung, el antiguo alcalde, que había acompañado a Mao en su baño histórico del Yang-Tse, hace cerca de ocho meses que ha sido depuesto de sus funciones, pero sigue teniendo gran influencia a través de los hombres que había situado en los puestos de mando del partido y de la industria. El comandante de la región, Chen Tsai-Tao, quien al mismo tiempo está al frente del Hu-Nan, ha servido bajo las órdenes de todos los rivales de Mao y, como otros muchos comandantes locales, es hostil a las iniciativas del grupo de la Revolución Cultural y aún más a las de los guardias rojos de Wu-Han. Chen apoya al «Millón de héroes»,

organización de obreros y campesinos. A pesar de la vigilancia de las tropas de Chen, los maoístas y sus adversarios luchan encarnizadamente y cada uno de los dos bandos se ha apoderado de barrios enteros, edificios administrativos y estaciones. La actividad económica está paralizada por una huelga declarada por el «Millón de héroes» en las fábricas y en los muelles. El puente ferroviario que cruza el río se ha mantenido cerrado en varias ocasiones, incluso para los convoyes que se dirigían hacia Nan-Ning y el Vietnam. Los muertos se cuentan por centenares y miles de personas han sido encarceladas.

El 14 de julio de 1967, Sie Fi-Chi, acompañado de Wang-Li (uno de los más inquietos adjuntos de Chiang-Ching), de Yu Li-Chin, comisario político del ejército del aire, y también de un grupo de guardias rojos del Instituto de aeronáutica, llega a Wu-Han después de haber efectuado una gira de inspección por el Sseu-Chuan y el Yun-Nan. Los emisarios de Pekín son agasajados por los maoístas locales, pero su presencia provoca nuevos choques entre los clanes enemigos.

Durante la noche del 19 al 20, los hombres del «Millón de héroes», apoyados por el regimiento 8201, ocupan los aeropuertos y la estación central. Sie es encerrado en su hotel. Wang-Li, al amanecer, es arrancado de su lecho por unos soldados y maltratado ante la muchedumbre. Se reanuda el tiroteo en los edificios.

En Pekín, Chiang-Ching y sus amigos están furiosos. La solución podría ser enviar tropas más seguras para aplastar la rebelión de Chen Tsai-Tao, pero Lin-Piao no quiere arriesgarse a que se forme un frente común de varios jefes militares locales en contra suya. Lo peculiar de los chinos es la negociación y ésta es la vía elegida. Chu En-Lai desembarca en Wu-Han unas horas después de recibir la noticia del ataque efectuado contra Sie y Wang-Li. Con habilidad, esforzándose en no ofender a Chen, se ocupa de lo más urgente y consigue la liberación de los dos rehenes. Pekín está en plena efervescencia y la muchedumbre se vuelca sobre la plaza Tien An Men mientras Chiang-Ching acude al

aeropuerto para recibir a los dos héroes: Sie, visiblemente agotado, y Wang-Li, cojeando y con el rostro tumefacto.

La situación evoluciona en Wu-Han cuando la marina interviene a favor del «Centro». Dos cañoneras de Sanghai remontan el curso del Yang-Tse y sus marinos ocupan los centros vitales de la aglomeración urbana. Los destacamentos del «Millón de héroes» a los cuales se habían unido campesinos de la provincia son reducidos. Se ha restablecido el orden. Chen Tsai-Tao y sus ayudantes deben abandonar su feudo y serán reemplazados por militares más comprensivos con la izquierda. La única sanción que se les impone es la de asistir a una sesión de estudio del pensamiento de Mao.

El compromiso de Wu-Han sólo ha servido para evitar lo peor: la guerra civil y un enfrentamiento general en el seno del ejército. Por otra parte ha acelerado la crisis que se estaba incubando en el estado mayor y entre los ideólogos de la Revolución Cultural.

Una fracción militar desea intervenir más directamente en las decisiones políticas y no acantonarse en operaciones de mantenimiento del orden. Este es el caso de Yang Cheng-Wu, el jefe interino del estado mayor central (oficialmente nunca hay un titular de este puesto) y por tanto el principal adjunto de Lin-Piao. Yang ha desempeñado un papel decisivo, junto con Fu Chong-Pi, el comandante de la guarnición de Pekín, en la eliminación de Lo Yui-Ching y de otros partidarios de Liu Chao-Chi para asegurar a los maoístas el control de la capital. Piensa que es preciso efectuar una depuración del ejército y se ha aproximado a los elementos más extremistas de la Revolución cultural. Para el jefe del departamento político del ejército, Siao-Hua, lo esencial es, por el contrario, evitar el enfrentamiento entre los militares, posición muy similar a la de Chu En-Lai, quien defiende el apaciguamiento sin humillación de los vencidos. Situación paradójica en el plano estrictamente ideológico, puesto que Lin-Piao está más cerca de Yang que de Siao.

Las posiciones de unos y otros inquietan al «Centro»,

que desconfía de las iniciativas de los militares, cualesquiera que sean. Chiang-Ching, en particular, tiene una antigua deuda que saldar con Siao-Hua, quien desde el comienzo de la Revolución Cultural se ha defendido encarnizadamente contra la intromisión de la esposa de Mao en las actividades del departamento político del ejército. Por el momento, el conflicto entre Yang y el «Centro» se limita a una pequeña guerra de editoriales en los periódicos.

La fiesta del ejército, el 1.º de agosto, cuando Chu-Teh aparece en la tribuna junto a Lin-Piao, podría dar la impresión de que el movimiento hacia la normalización se efectúa sin demasiadas dificultades, pero no es así. Alrededor de la tienda de campaña de los guardias rojos del Instituto de Arquitectura se han amontonado centenares de barracas improvisadas de otras organizaciones, transformando las proximidades de Chungnanhai en una gigantesca «kermesse» revolucionaria. Todos los activistas de la capital se hallan reunidos en aquel lugar y de los pueblos más alejados de la región de Pekín llegan cortejos de obreros y campesinos. Las puertas de Chungnanhai están prácticamente bloqueadas por los guardias rojos que difunden los rumores más alarmistas y se permiten exigir que se les entregue Liu Chao-Chi. Han llegado a lanzar un ultimátum: el 4 de agosto, antes de medianoche, el «Kruchev chino» debe estar en sus manos.

Cada vez resulta más difícil para el grupo central encontrar una salida que no le desprestigie. Pero, al mismo tiempo, Chiang-Ching, Chen Po-Ta y Kang-Cheng se ven obligados a acercarse un poco más a Chu En-Lai. El es quien, una vez más, descubre el medio de salir del atolladero. El 5 de agosto, acompañado de Chiang-Ching en la tribuna de Tien An Men, preside una nueva sesión de autocrítica de Liu... sin Liu. Es decir, Liu no está totalmente ausente: la multitud le hace llegar sus críticas por medio de altavoces, y él contesta desde su apartamento de la misma manera...

Naturalmente, la extrema izquierda juzga inaceptable esta autocrítica y siente con toda claridad que ha sido engañada por Chu En-Lai.

Aunque la prensa, en la que el grupo de Wang-Li sigue ocupando posiciones importantes, se haga eco de las reivindicaciones de los izquierdistas, resulta bastante claro que el «Centro» no está dispuesto a hacerles concesiones. Los guardias rojos oyen cada vez con mayor frecuencia que los pensamientos de Mao sobre la necesidad de la autocrítica no se dirigen únicamente a los revisionistas, sino también a los más celosos maoístas.

No pudiendo atacar de frente al Primer ministro, los rebeldes revolucionarios deciden lanzar contra su fiel compañero, el mariscal Chen-Yi, ministro de Asuntos Exteriores, una dura campaña por medio de octavillas y *da zi bao*, acosándole sin descanso. Sin embargo, Chen hace frente a los ataques de los guardias rojos y no pierde nunca su proverbial sentido del humor, ni siquiera cuando se encuentra ante una jauría vociferante. Cuando se le habla de las purgas que habría que realizar, Chen lanza una gran carcajada y les recuerda que él mismo dirigió en 1930 la de los adversarios de Mao en el Fu-Kien. Pero el anciano militar se encoleriza cuando unos estudiantes que han asediado su despacho le reprochan su pasado: «¿Dónde estabais vosotros cuando yo protegía con mis hombres la retaguardia de las columnas de la Larga Marcha en el Kiang-Si?» Con la misma energía defiende su actuación política desde la victoria de la Revolución y añade: «Yo nunca he tenido mi propia línea, sino la del gobierno.» Esta es otra manera de protegerse detrás de Chu En-Lai, quien tiene que contentarse con desautorizar a los que piden la destitución del mariscal, no pudiendo asegurarle el ejercicio de sus funciones.

Mientras que en todas las administraciones se recibe la consigna de volver al orden, el 7 de agosto se crea en el ministerio de Asuntos Exteriores una «dirección de la toma del poder», constituida por un pequeño grupo de activistas del ministerio y por Wang-Li y sus amigos, miembros de la organización 516 (también llamada del 5 de mayo y formada a partir del Grupo de los siete del filósofo Chu-Ching). Yao Dang-Chang se pone al frente de esta Dirección y durante algunas semanas dirige la

política exterior china. Yao acaba de ser recibido triunfalmente en Pekín, después de haber sido declarado en Indonesia *persona non grata,* y pretende desempeñar un papel primordial en la lucha contra la diplomacia «revisionista».

Chen-Yi deja de acudir a su despacho y declara que no es responsable de las decisiones tomadas por los usurpadores. Sus ayudantes permanecen prácticamente prisioneros en sus despachos y son obligados a firmar los documentos preparados por la «Dirección de la toma del poder». Los diplomáticos son tachados de aristócratas que se consideran por encima del resto de los mortales y acusados de sentirse inclinados a hacer valer su calidad de expertos, lo cual es interpretado por los izquierdistas radicales como una desviación particularmente grave. La «Dirección» publica unas disposiciones aplicables de inmediato: «Suprimir los elevados salarios de la clase privilegiada del ministerio de Asuntos Exteriores.» Esta es la revancha de los estudiantes del Instituto de lenguas extranjeras (donde se implantó el Grupo de los siete del filósofo Chu-Ching) que suministraba los funcionarios subalternos de la diplomacia china. Las embajadas —casi todas sin embajador por el momento— reciben estrictas instrucciones de limitar los gastos, las recepciones y otras actividades mundanas.

Las relaciones con la URSS, como cabía esperar, son las más directamente afectadas por las decisiones de Yao Dang-Chang. En Dairen, que sigue siendo el principal centro de intercambios chino-soviéticos, el buque de carga *Svirsk* es invadido el 10 de agosto por los guardias rojos. Alexis Kossyguin envía un telegrama de protesta a Chu En-Lai y el capitán del barco es puesto en libertad tres días después. Pero se vuelven a producir nuevos incidentes en Pekín y en Dairen. Cuando el *Svirsk* pone rumbo a Vladivostok, una brigada del 516 penetra en el consulado soviético de Pekín y lo saquea. Por primera vez, están a punto de suspenderse las relaciones diplomáticas entre los dos países, según afirma una nota de protesta de Moscú.

Los rusos contraatacan en un punto más sensible: acusan a los chinos de haber violado los acuerdos sobre la navegación fronteriza por el *Ussuri.* Esta vez no se trata de la seguridad de algunos ciudadanos soviéticos, sino de la «inviolabilidad» del territorio de la URSS.

Los mogoles también multiplican sus notas de protesta, las cuales no llegan a su destinatario, Chen-Yi. Al igual que los búlgaros y los alemanes orientales, sus diplomáticos son perseguidos y a veces agredidos por guardias rojos en las calles de Pekín. La ofensiva antirrevisionista de Yao Dang-Chang se encuentra en pleno apogeo.

Si la vida de un diplomático soviético o pro-soviético es peligrosa en Pekín durante este verano de 1967, aún lo es más para un súbdito de Su Majestad británica desde que los guardias rojos de Hong Kong han desatado su campaña en la colonia. A consecuencia de los alborotos producidos en los barrios populares de Koulon, han sido cerrados tres periódicos y detenidos cincuenta y tres de sus colaboradores. La reacción a esta «ofensa al pueblo chino» no se hace esperar. Chu En-Lai en persona ha presidido un mitin de protesta y ha aprobado el cierre del consulado británico en Sanghai. Tampoco se ha opuesto a la detención del periodista Anthony Grey, quien permanecerá encerrado en su domicilio como rehén durante dos años.

El 20 de agosto, la «Dirección» lanza un ultimátum a los ingleses exigiendo que en el plazo de cuarenta y ocho horas se levante la prohibición que pesa sobre los tres diarios comunistas y que sus periodistas sean puestos en libertad. El representante británico, M. Donald Hopson, lo rechaza inmediatamente. Durante la noche del 22, activistas del 16 de mayo invaden su residencia y la incendian. Los soldados y policías que intentan interponerse resultan heridos. M. Donald Hopson y sus veintitrés subordinados permanecerán detenidos en un hotel, tal vez para salvarles del furor de los guardias rojos.

Las presiones sobre la colonia se acentúan. El suministro de agua desde el continente se reduce al mínimo

y los incidentes entre militares chinos y policías ingleses se multiplican en la frontera. ¿Habrá decidido Pekín terminar la dominación británica en Hong Kong? No es por ahora la opinión del Foreign Office.

La distribución del *Libro de las Citas y Medallas de la Revolución Cultural* es la actividad principal de las embajadas chinas. Cuando los gobiernos recuerdan a los representantes de Pekín que deben someterse a las reglas tradicionales de la reserva diplomática, Yao ordena intensificar la propaganda maoísta. En Ceilán, el gobierno de la señora Bandaranaike, que protesta contra esta actividad abiertamente subversiva, recibe la contestación de que «tiene miedo de las insignias que llevan grabada la efigie del presidente Mao». El general Ne-Win, en Rangún, permite que una prensa estrechamente controlada declare que las notas que le llegan de Pekín le recuerdan el lenguaje de los conquistadores manchúes de hace dos siglos. ¿Seguiría siendo Birmania un protectorado chino como en los tiempos de los antiguos emperadores? El rey Mahandra del Nepal reacciona casi de la misma forma contra los mítines organizados en las plazas de Katmandú.

El príncipe Norodom Sihanuk, quien hasta el momento ha conseguido mantener unas relaciones bastante buenas con Pekín, al igual que con Hanoi y Moscú, es también objeto de ataques cada vez más violentos por parte de la «Dirección de la toma del poder». Los khmers rojos reciben un telegrama incitándoles a sublevarse contra el príncipe neutralista y eso sucede algunas semanas después de que el Gobierno de Pekín ha reafirmado la amistad de China Popular con Norodom y el respeto de la integridad territorial de Camboya... Sihanuk es invitado, en un tono conminatorio, a «dejar que los chinos de Camboya amén al presidente Mao», y el príncipe, como respuesta, expulsa a los periodistas chinos de su país haciendo el siguiente comentario: «Queremos estar unidos a China sobre la base de los Cinco principios de Bandung, pero no sobre la base de la Revolución Cultural.»

Los acontecimientos posteriores demostrarían, sin duda, que sólo se trata de un pequeño incidente, pero, durante algunas semanas, los soviéticos —y quizá también los americanos— han podido pensar que el celo de los revolucionarios del ministerio de Asuntos Exteriores de China Popular iba a permitirles retornar a la situación de Pnom-Penh.

Chen-Yi es hostigado cada vez con mayor frecuencia por los ocupantes de su ministerio y en el curso de una de sus interminables discusiones con los izquierdistas que afirman «rebelarse» contra el revisionismo, perdiendo por una vez su humor y sangre fría, les grita: «¿A qué esperáis para ir a rebelaros contra los americanos en el Vietnam? Eso sería ciertamente más peligroso...»

Chen sabe sin duda que sus palabras son una verdadera provocación. Hace más de un año que los americanos cubren de bombas los alrededores de Hanoi y de Haiphong, muy próximos a la frontera china. Sin embargo, los soldados chinos no han ido a enfrentarse con el «tigre de papel», lo cual suscita las acusaciones de la falta de solidaridad de China con el pueblo vietnamita por parte de los soviéticos. Algunos adversarios de Mao llegan a declarar que esta actitud pone en peligro la seguridad de China.

En realidad, los mismos americanos se esfuerzan en tranquilizar a los dirigentes chinos y el presidente de los Estados Unidos precisa el 18 de agosto: «Los bombardeos no son una amenaza para China.» Los dirigentes chinos lo saben y Mao mejor que nadie. Pero, sin embargo, es una buena medida manifestar verbalmente, y con la mayor energía, la solidaridad del pueblo chino con sus camaradas vietnamitas y que China realizará los mayores sacrificios para que el país hermano consiga la victoria.

De hecho, la amenaza contra la seguridad china radica más bien en la evolución de la situación interna del país. En muchos lugares, la formación de comités revolucionarios parece señalar un retorno a la confusión que existía antes de la formación de la Triple alianza. Incluso en Pekín, la situación se degrada visiblemente día a día. La criminalidad y el desempleo, los proble-

mas de aprovisionamiento y el mercado negro se desarrollan paulatinamente. En el centro de la capital se producen constantes enfrentamientos entre los guardias rojos y la policía que recibe órdenes contradictorias. Los maoístas luchan con más ardor que nunca y a una batalla de carteles sucede otra con bastones y balas de pistola. En las calles vecinas de la plaza Tien An Men, comienzan a aparecer las necrologías y las fotografías de los militantes muertos en combate.

Las noticias que llegan del Nordeste o del Chan-Tung no son mejores, a pesar de que los maoístas habían anunciado ya a finales de febrero su conquista del poder en estas provincias y sus comités habían recibido la aprobación del «Centro». Cada vez se habla más de la Gran Alianza para subrayar la necesidad de abandonar todo sectarismo en la realización de la unión. Esta llamada a la moderación es menos atendida en el Sur que en cualquier otro lugar. En Sanghai, después de algunos meses de calma, se ha reanudado la lucha y la oposición posee tal fuerza que los responsables locales del mantenimiento del orden tienen que recurrir a medidas extremas como la ejecución de «contrarrevolucionarios». En el vecino Che-Kiang, especialmente en Wen-Cheu, las huelgas paralizan los ferrocarriles.

Todo indica que la destitución de Tao-Chu no ha sido suficiente para que Cantón se incline definitivamente hacia el lado de los maoístas fieles al Grupo central. Los partidarios de Tao son tan numerosos y activos como sus adversarios.

En el Kuang-Tung, las «brigadas de defensa roja», que cuentan con el apoyo de un gran número de campesinos, se oponen en la lucha por el poder a las organizaciones de la «Bandera roja» y a sus amigos de la Alianza de los obreros revolucionarios. La batalla durará varias semanas. Ambos bandos disponen de un poderoso armamento conseguido en los arsenales del ejército y pronto entran en acción las ametralladoras. Los golpes de mano y las ejecuciones ilegales se multiplican mientras los soldados intentan disminuir los daños sin ponerse de parte de ninguno de los dos campos.

Las demás ciudades tan sólo reciben noticias de estos acontecimientos por los viajeros que llegan del Kuang-Tung, pues la prensa observa un mutismo absoluto. Finalmente interviene el ejército con sus tanques y desarman a los combatientes.

El *Yenmin yibao* del 29 de agosto se dirige de nuevo a los guardias rojos que han comprendido mal las instrucciones del «Centro»: «No tratéis a vuestros camaradas como si fuesen enemigos. Solucionad vuestras diferencias por medio del diálogo.» Dos días después, en Cantón, los representantes de las distintas organizaciones y del ejército y los antiguos dirigentes rehabilitados se reúnen en un mitin para celebrar la realización de la Gran Alianza, lograda gracias a la intervención del Ejército popular de liberación.

Mao permanece silencioso desde hace seis semanas sin pronunciarse a favor de ninguna de las tendencias —Wang-Li y la extrema izquierda, los militares, y el grupo de Chu En-Lai—. Dejando a los otros dirigentes con los problemas inmediatos, Mao ha emprendido una gira por las provincias del Norte, del Centro y del Este, acompañado de Yang Cheng-Wu. Su retorno a la capital anuncia un cambio político reflejado en las nuevas consignas de Mao que se esparcen por todo el territorio. Todos aquellos que respondiendo a su llamada han hecho la Revolución Cultural y se han lanzado contra el «Kruchev chino» son felicitados de nuevo por el «Gran Timonel». Los guardias rojos han tenido razón en rebelarse contra el revisionismo y la ideología burguesa y, en esto, han sido los herederos legítimos del movimiento del 4 de mayo. «Cuando aparece un forúnculo, dice Mao, es que hay un germen, y, por lo tanto, debe reventarse.»

La advertencia viene después de la aprobación: «Si una carreta va demasiado deprisa, volcará.» Es decir, la extrema izquierda no ha comprendido bien las consignas de Mao concernientes a las otras tendencias más moderadas y a los miembros del partido y del Estado que no han seguido el movimiento más que de mala gana. Pues «son buenos en un 95 por 100.»

Mao, que sigue siendo el dueño de la situación, ha cor-

tado las iniciativas que podían haber provocado la fragmentación de China en pequeños reinos independientes. En Pekín, las consecuencias del veredicto de Mao salen a la luz inmediatamente y los dirigentes de la extrema izquierda desaparecen antes de que hayan podido reagrupar sus fuerzas. Mu-Sin, Lin-Chie y otros responsables de la prensa central, cuyos editoriales incendiarios habían dado la señal de ataque a los guardias rojos, son detenidos. Wang-Li y Kuang-Feng son puestos bajo la vigilancia de Sie Fi-Chi, quien se ha vuelto ahora contra su antiguo compañero de Wu-Han. Chi Pen-Yiu es el único de los grandes activistas que se ha salvado a pesar de su participación en la última ofensiva contra Chen-Yi y esto se debe a su estrecha colaboración con Chang-Ching. De todas formas, ha dejado de ser un miembro activo del Grupo central.

Destacamentos del Ejército popular se ocupan de recuperar las armas que poseen los guardias rojos. Las proclamas oficiales denunciando las nefastas actividades de Wang-Li y de la organización del 16 de mayo, calificada de formación contrarrevolucionaria dirigida por «inmundos elementos», cubren los *da zi bao*. Kang-Cheng y Chiang-Ching lanzan una campaña contra sus antiguos asociados y les acusan de haber fomentado el robo de las armas destinadas al Vietnam. La purga antiizquierdista proporciona la ocasión para realizar una vasta operación contra la criminalidad, y desaparece la frontera entre el crimen de derecho común y el político. Yao Dang-Chang será castigado con mayor severidad que cualquier otro responsable de los excesos cometidos durante el mes de agosto. Acusado de «gangster político», será encarcelado como un vulgar ladrón.

El grupo dirigente que rodea a Mao se volverá contra los derechistas después de haber asestado un duro golpe a la izquierda. Siao-Hua, el jefe del departamento político del ejército, es destituido. Ye-Chun, la mujer de Lin-Piao, forma parte de la dirección colegiada que sustituye a Siao-Hua, junto al jefe del estado mayor del ejército del aire, al comisario político de la armada y al

del departamento de logística general. Al mismo tiempo, la mujer de Lin entra en el grupo dirigente del «Centro». Todos están de acuerdo en reconocer que Ye-Chun viste el uniforme militar con más elegancia que su marido y que Chiang-Ching.

La *kermesse* de la Ciudad Prohibida se ha terminado. Desaparecen también los carteles manuscritos bajo el pretexto de que proporcionan información a los servicios secretos del enemigo. El 1.º de octubre, la capital parece haber recobrado su aspecto tradicional. Podría creerse que se ha acelerado la purga para que se pueda manifestar la unión del grupo dirigente en torno a Mao durante la celebración de la Fiesta nacional. La presencia de Chen-Yi junto a Chu En-Lai, Lin-Piao y Chiang-Ching en la tribuna de la plaza Tien An Men confirma el cambio que se ha operado tras el viaje del presidente y permite prever que repercutirá en la política exterior.

China se encuentra más aislada que nunca. Tan sólo cinco gobiernos están representados en la celebración del 1.º de agosto: Albania, Vietnam del Norte, el Congo-Brazzaville, Tanzania y Pakistán. Tal vez el único de los presentes que puede halagar el amor propio de los dirigentes chinos sea el enviado de Ayub Khan. La asistencia del representante de Albania más bien hace sobresalir la debilidad del impacto chino en el continente europeo y en el movimiento comunista internacional, y la significación de la del vietnamita está ensombrecida por el envío masivo de armas soviéticas al ejército del general Giap. La llegada de los representantes de Dar Es-Salaam y de Brazzaville no es tampoco una compensación satisfactoria a la degradación de las relaciones chinas con todo el continente africano. El Gobierno de Pekín no quiere «mantener ningún contacto» con el Comité de solidaridad afro-asiático de El Cairo, y el refuerzo de la influencia soviética en el seno de esta organización no es ajeno a esta decisión.

Los más lúcidos de los compañeros de Mao —Chu En-Lai entre ellos— piensan que ha llegado el momento de dar marcha atrás y suspender las acusaciones contra

los dirigentes de los países africanos y asiáticos que se niegan a alinearse al lado de Pekín y en contra de Moscú. Este retorno a una actitud más realista no producirá resultados inmediatos, pero el giro debe ser efectuado sin tardanza.

Las grandes escaramuzas políticas del verano han aclarado, al menos en apariencia, las posiciones en el seno del grupo dirigente. La de Chiang-Ching ha quedado francamente deteriorada y su calidad de esposa del presidente parece ser ahora su único triunfo. Mao lo sabe y piensa que es conveniente que se mantenga un tanto retirada durante cierto tiempo, por lo que le ordena que viaje a provincias, oficialmente para descansar. Lin-Piao y Chu En-Lai son los únicos que se han beneficiado de los acontecimientos, aunque de manera muy diferente. Lin se esfuerza en subrayar su papel de intérprete de las instrucciones ideológicas de Mao y de modesto ejecutivo: «Para navegar en alta mar —dice— hay que ponerse en manos del timonel.» La fórmula recoge las citas del presidente. Chu, según su costumbre, se ocupa de los problemas prácticos.

El año 1968 ha sido colocado, en los editoriales y discursos del 1.º de enero, bajo el signo de la reconstrucción del partido, y Chu va a esforzarse en acelerar esta evolución. Una de sus principales preocupaciones será la de convencer a los cuadros profesionales para que se hagan cargo de sus responsabilidades sin temor a que se critiquen sus decisiones.

El Primer Ministro reúne el 2 de febrero a los delegados de los comités revolucionarios de los ministerios para lanzar la campaña de normalización de la Administración central. «Ahora —dice Chu— están en juego el interés público y los intereses particulares, el espíritu de partido y el de facción. Han dejado de ser válidos los criterios que en 1966 y 1967 permitían distinguir a los buenos de los malos, a los partidarios de la vía capitalista y sus enemigos.» Al mismo tiempo propugna el levantamiento de la economía y estigmatiza a todos aquellos que, bajo el pretexto de luchar contra las tendencias económicas y tecnócratas de la antigua dirección, han

puesto en tela de juicio la necesidad de una rápida modernización de la industria. Por otro lado, recuerda a los asistentes que no se ha podido cumplir la promesa de alcanzar a Inglaterra en cuanto a la producción industrial. Todo esto encierra una terrible acusación contra la política mantenida por Mao Tse-Tung.

Ni el nacionalista más ciego puede dejar de ver que, a pesar de los deslumbrantes progresos de la ciencia china, el desarrollo técnico y económico no responde a las ambiciones históricas de los fundadores de la República Popular. Las estadísticas de 1969 reflejan que la producción eléctrica de China es equivalente a la de Bélgica. Los militares menos conservadores saben que, aun cuando disponen de una fuerza nuclear, el ejército popular debe contar ante todo con sus inagotables reservas humanas, ya que le faltan los medios estratégicos y tácticos intermedios: la artillería moderna con sus misiles, los submarinos y, sobre todo, la aviación. La industria aeronáutica se encuentra en estado embrionario y utiliza poco los últimos descubrimientos de la electrónica. La producción de petróleo, localizada en las agitadas regiones del Norte y del Noroeste, supone otro hándicap que explica por sí solo el número insuficiente de camiones, no compensado por el desarrollo de la red ferroviaria. Precisamente la Revolución Cultural acaba de dejar al descubierto esta esencial debilidad estratégica: los guardias rojos podían bloquear una línea durante varios días con sólo apoderarse de un tren.

Al abordar esta cuestión, Chu En-Lai se refiere al viejo problema de la Revolución maoísta: bombardear los estados mayores sin destruirlos, corregir a los cuadros profesionales sin aterrorizarles, democratizar el funcionamiento de las fábricas sin poner en peligro la eficacia de la industria, desarrollar al máximo la potencia de China sin rechazar indistintamente los logros de la técnica extranjera, exaltar la dignidad y la grandeza de la nación sin aislarse del resto del mundo.

Mao, en realidad, se esfuerza en hacer olvidar estas contradicciones por medio de principios generales, dejando a Chu la tarea de superarlas. Los dos dirigentes

están de acuerdo en un punto: los cuadros profesionales deben ser expertos y rojos. Pero, si no pueden reunir las dos cualidades en el mismo grado, Chu prefiere que sean más expertos que rojos mientras que Mao se inclina por todo lo contrario. Sin embargo, Chu En-Lai, Chen-Yi y otros dirigentes han logrado convencerle de que la Revolución Cultural, sin pretenderlo, ha llevado a China al borde del abismo. Mao acepta la pausa en espera de que llegue el momento de lanzar un nuevo asalto contra los expertos aburguesados.

Lin-Piao está más cerca del punto de vista de Mao que del de Chu, y esto no facilita la tarea del Primer ministro. Lin sigue siendo un encarnizado enemigo de la prioridad del desarrollo técnico y un partidario de la «guerra popular», la cual debe apoyarse esencialmente en la infantería. El hecho de que el material del ejército de tierra se encuentre al nivel de la segunda guerra mundial, no le inquieta demasiado. Lo esencial para él es que el ejército se mantenga unido bajo su mando. Por eso le causa una profunda satisfacción la composición de los comités revolucionarios, en los que los principales puestos están ocupados por militares.

Lin concede mayor importancia a la acción política del ejército en las provincias fronterizas, especialmente en las del Norte, donde el deterioro de las relaciones con la U.R.S.S. proporciona una justificación evidente a que sean administradas por militares. En Mogolia, la Revolución Cultural, iniciada más tarde que en cualquier otro lugar, todavía encuentra una fuerte resistencia a principios de 1968, cuando ya se ha formado el comité revolucionario. Teng Hai-Ching, el general que preside el comité y está al frente de la región militar, ha sido enviado especialmente por Pekín a Huhehot para dominar la violenta oposición de los mogoles, los cuales han visto desaparecer una gran parte de los cuadros profesionales locales. Teng los reemplaza por chinos y, de esta forma, la Revolución Cultural se convierte aquí en sinónimo de asimilación cultural. Los autóctonos, que representan en su propio territorio apenas una décima parte del total de la población, acogen cada vez con

mayor agrado las llamadas a la resistencia que les llegan del otro lado de la frontera.

Teng Hai-Ching se inquieta menos por la falta de eficacia de las actividades subversivas de los agentes chinos que por la aparición de un enorme dispositivo militar soviético en los países vecinos. Los rusos se han puesto en acción a lo largo de la línea del ferrocarril que atraviesa Mogolia, línea que adquiere una gran importancia estratégica. Se levantan campamentos militares en la estepa y los puestos avanzados están ahora situados alrededor de Zamir-Ude, a menos de cien kilómetros de la frontera. En esa parte se ven muchas más barracas del ejército soviético que tiendas de campaña mogolas.

Una situación muy semejante es la del extremo noroeste de la frontera, en el Sin-Kiang. Pero los Uigur, pueblo musulmán de origen turco, tal vez sean más sensibles a las llamadas que les lanzan los miles de compatriotas refugiados en el Kazakstán. Estos disfrutan de unas condiciones de vida muy superiores y poseen todo aquello de lo que carecían unos años antes en el territorio chino, incluso disponen de sus propias escuelas y periódicos.

Wang En-Mao sigue siendo el hombre fuerte de Urumchi y se comporta como un «señor de la guerra», pero su puño de hierro hace que se olvide este defecto. Teniendo en cuenta la subversión rusa, Wang puede juzgar que ejerce eficazmente su mando y que nadie podría garantizar mejor que él la seguridad de la Marca del Noroeste.

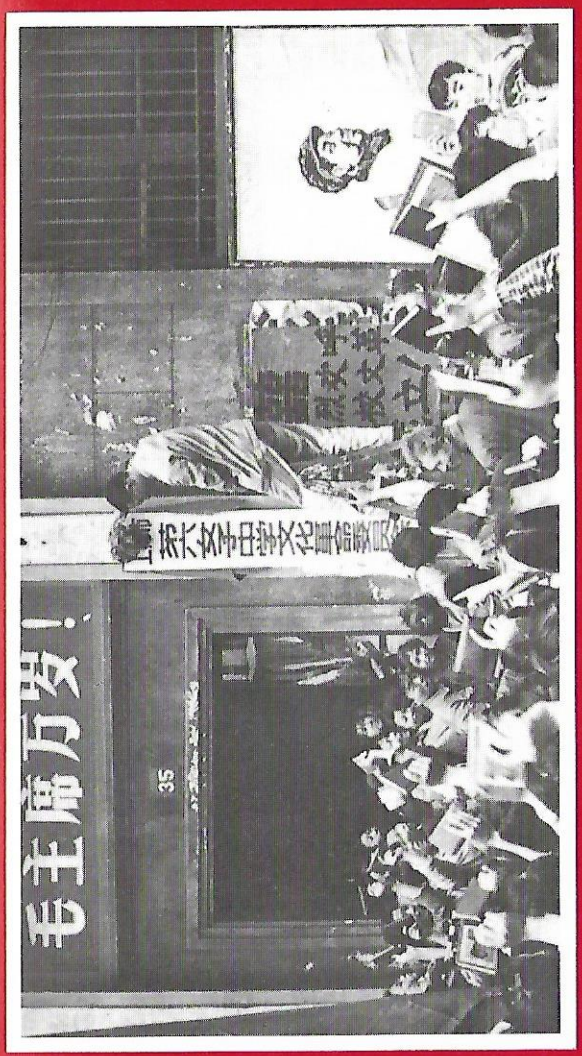
La importancia estratégica del Sin-Kiang como la del Tibet (donde los partidarios del Dalai Lama siguen mostrándose muy activos y se oponen, al igual que los Uigur, al maoísmo chino), la del Fu-Kien (puesto avanzado de la defensa contra Formosa y la VII Flota americana), la del Kiang-Si y sobre todo la del Yun-Nan que domina los accesos del Vietnam, de Laos y, por tanto, los de Tailandia, permite a los jefes militares de aquellas regiones justificar el retraso en la formación de los comités revolucionarios. Pero esto puede parecer también un

deseo de no compartir su poder con los civiles. Lin-Piao se ve obligado, desde hace varios meses, a sostener la depuración de líderes izquierdistas que quieren impedir que los militares acaparen los comités de provincias, lo cual es una muestra de los límites de su poder. Chu En-Lai se da perfecta cuenta de esta circunstancia y aprovecha la ocasión para llevar adelante su plan de restaurar a los civiles en el poder, por lo menos en Pekín.

La paulatina vuelta a la normalidad parece que se va a interrumpir de nuevo en el mes de marzo. En realidad no es más que una de las últimas repercusiones de la crisis del verano de 1967.

Chi Pen-Yiu, quien durante su última aparición en público, el 31 de diciembre, aparecía como el octavo personaje del Grupo central, va a unirse con su amigo Wang-Li en el campo de los vencidos de la Revolución Cultural. Ha sido acusado de haber conspirado con los grupos del 16 de mayo contra Chu y Lin y de haber apoyado las iniciativas más insensatas de Yao Dang-Chang. Pero la reprobación de quien había iniciado la ofensiva contra Liu Chao-Chi con su artículo «Patriotismo o traición» va a suscitar de nuevo una turbulenta agitación. Los carteles aparecidos en las calles denuncian un contraataque del revisionismo, pero el desarrollo de los acontecimientos va a demostrar que la extrema izquierda, diezmada, no posee gran fuerza. En efecto, la manifestación celebrada el 26 de marzo dentro del mayor orden en la plaza Tien An Men solicita la destitución de Yang Cheng-Wu, de Yu Li-Chin, el comisario político del ejército del aire, y de Fu Chong-Pi, el comandante de la guarnición de Pekín.

Las peticiones de la muchedumbre serán atendidas rápidamente. Al día siguiente, Mao preside una concentración de diez mil jefes militares, realizada para celebrar el éxito alcanzado por el estudio del pensamiento del «Gran timonel» en el seno del ejército. Pero Lin-Piao hace olvidar este punto de la orden del día en cuanto toma la palabra para anunciar la destitución de Yang Cheng-Wu, a quien reemplazará Huang Yong-Cheng. Es una afrenta más para los guardias rojos, los cuales consi-



Escena cotidiana durante la Revolución Cultural.

deraban a Huang como «el hombre de Tao-Chu» y «el carnicero de Cantón».

La derrota de Yang supone una nueva victoria de los jefes militares de las provincias, a quienes éste había intentado doblegar el año anterior, al mismo tiempo que libra a Lin de un adjunto embarazoso. Pero el nuevo número dos del ejército posee una gran personalidad y no se contentará con desempeñar un papel honorífico. Su nombramiento ha sido impuesto al ministerio de Defensa por la dirección colegiada y no es difícil descubrir en esta sutil maniobra la intervención de Chu En-Lai, el gran beneficiado.

Pero el Primer ministro también se ve obligado a hacer concesiones, renunciando a intentar salvar a su amigo Tan Chen-Lin, el «derechista» con quien Mao tenía una vieja cuenta que saldar. Tan no ha ocultado su oposición a las brutales medidas tomadas contra Liu, Peng-Chen y Teng Siao-Ping y no ha podido, o no ha querido, adaptarse a los sucesivos giros de la Revolución Cultural. Por otra parte, ni siquiera puede invocar en su defensa servicios prestados en la época heroica.

La caída de Tan pasa a la cuenta de pérdidas y ganancias de Chu En-Lai, cuyo saldo es en extremo positivo al haber sido eliminados los radicales. El mismo Mao facilita el giro político apareciendo en público acompañado de los viejos mariscales Ye Chien-Ying, Su Siang-Chie, Hie Yung-Chen y Liu Po-Cheng.

Los activistas de la Universidad Peita manifiestan una vez más su indignación ante el retorno a la escena política de los «fantasmas del pasado», pero su acción se ve ahora reducida a una lucha interna por la posesión de los locales de las facultades. Ni Yuan-Cheu, la heroína de la Revolución Cultural, recibe heridas de cuchillo. Sin embargo, la revuelta estudiantil aparece a los ojos de los dirigentes como una manifestación folklórica..., cuyo acto final es la intervención de un batallón de soldados para separar a los combatientes y detener a los más peligrosos.

Chu En-Lai quiere lograr ahora la normalización de la acción diplomática en todos aquellos lugares donde sea

posible y comienza con medidas de alcance limitado: el periodista inglés Anthony Grey, por ejemplo, recibe autorización para ser visitado por el cónsul de su país. Pero no son los países europeos los que proporcionan las mayores preocupaciones a Chu En-Lai y Lin-Piao, sino Ho Chi Min y sus camaradas. El 31 de marzo, el presidente Johnson anuncia que van a cesar los bombardeos americanos al norte del paralelo diecisiete y propone que se inicien conversaciones de paz. Tres días después, Ho Chi Min y Fam Van Dong aceptan entrar en negociaciones, cuando todavía no se han suspendido totalmente los bombardeos. Los dirigentes chinos que consideran la propuesta americana como una supercheria y su aceptación por parte de los norvietnamitas como una capitulación, deciden silenciar la noticia. Por otro lado, van a apoyar más vigorosamente, al menos de palabra, a los revolucionarios de Vietnam del Sur.

A los pocos días, el patriarca de la Revolución vietnamita recibe un consejo amistoso desde las columnas del *Diario del Pueblo:* «Si persevera en la lucha y combate hasta el final, su pueblo conseguirá expulsar a los gangsters americanos.» Ho Chi Min lo sabe, pero teme que cuando los americanos abandonen su territorio no quede un solo vietnamita, ni en el Norte, ni en el Sur. Pekín simula ignorarlo y se esfuerza en subrayar discretamente las divergencias que enfrentan a los jefes de los maquis del Sur y a los dirigentes del Norte. Esto es tanto más fácil por cuanto que por el momento son éstos los únicos implicados en las conversaciones con Washington.

El furor parece desbordarse en Chungnanhai cuando, tras largas discusiones, los americanos y los norvietnamitas deciden comenzar sus negociaciones en París. Mao, que desde hace largo tiempo no ha hecho ninguna declaración sobre los países extranjeros, intenta oscurecer las conversaciones de París atacando a los franceses y a los americanos: el 16 de abril condena el asesinato de Martin Luther King y aprueba la lucha de los negros americanos. «Los Estados Unidos —declara— se encuentran con múltiples dificultades tanto en el interior

como en el exterior.» Esta es una forma diplomática de decir a Ho Chi Min que todavía podría esperar un poco para negociar.

Cuando Xan Thuy se encuentra por primera vez frente a frente con Averell Harriman, el 13 de mayo en París, la capital francesa está paralizada por una huelga general y los retratos de Mao Tse-Tung de tamaño natural se balancean por encima del interminable desfile que los estudiantes han impuesto al partido comunista del «revisionista» Waldeck Rochet. Algunos días más tarde, quinientas mil personas se manifiestan en la plaza Tien An Men para apoyar la lucha de los estudiantes y los trabajadores franceses y hacer notar a los vietnamitas que han escogido mal el lugar y el momento para negociar.

Todas estas medidas no pueden impresionar a los vietnamitas, y ninguno de los compañeros de Mao se hace ilusiones sobre su alcance. En la realidad están destinadas a recordar que Pekín no aprobará ningún acuerdo sobre el Sudeste asiático en el que China no haya participado. Sin embargo, Mao concede una importancia secundaria a todo este juego diplomático y sus principal preocupación sigue siendo la evolución del movimiento que lanzó hace cerca de tres años, y cuyo futuro se encuentra ahora en peligro. Sus más próximos colaboradores, Chen Po-Ta, Kang-Cheng e incluso Chiang-Ching están siendo eclipsados en la escena política por Lin-Piao, mientras Chu En-Lai toma las decisiones verdaderamente importantes.

Ciertamente, Chiang-Ching sigue desempeñando un papel de primer orden en el sector artístico. Bajo su dirección, las organizaciones musicales están realizando una campaña a favor del piano, el único instrumento que acompaña la representación del *Fanal rojo* en la Opera de Pekín el 1 de julio, fecha del XLVII aniversario de la fundación del partido. Pero esto no es más que un elemento decorativo muy secundario en la Revolución Cultural.

Lo más importante para Mao es acelerar el movimiento revolucionario, y para conseguirlo debe poner

término al infantilismo de los guardias rojos, que después de haber servido de punta de lanza en el asalto contra los cuarteles generales de sus antiguos adversarios de la dirección del partido han acabado comprometiendo la realización de sus planes.

En la tarde del 27 de julio, unos camiones del Ejército popular se detienen ante las últimas centrales de los guardias rojos y los responsables, una media docena por grupo, son invitados a subir a ellos inmediatamente. ¿Destino? Chungnanhai. ¿Para qué? Para entrevistarse con el presidente Mao. Los jóvenes piensan, naturalmente, que se trata de una trampa tendida por los hombres de Chu En-Lai, pero luego se rinden a la evidencia cuando los camiones franquean la Puerta del Este y se detienen ante la sede del Comité Central. Tras unos interminables minutos de espera, los fieles entre los fieles —Ni forma parte del grupo— se encuentran en presencia de Mao, a cuyo lado aparecen no Chu En-Lai y Lin-Piao, sino Yao Wen-Yuan y Chen Po-Ta.

Para los que recuerdan el caluroso y triunfal encuentro con Mao en la plaza Tien An Men, en 1966, el contraste resulta impresionante. El Presidente se muestra frío y mira de hito en hito a los presentes esperando que cesen los murmullos de admiración. Después habla con voz grave: «Habéis luchado bien, pero ahora hay que librar otra clase de batalla para conseguir la victoria del proletariado. Es la clase obrera quien debe realizarla, y no vosotros. No sólo no necesita vuestras instrucciones, sino que es ella quien va a darlas. Y no sólo en las fábricas, sino también en Peita.»

Los guardias rojos, cogidos de sorpresa, acusan el golpe y tanto más por cuanto que proviene de Mao. Para ellos ha terminado el período heroico. Para Mao comienza una nueva batalla, la batalla de la proletarización de la enseñanza. «Los estudiantes deben ser seleccionado entre los obreros y los campesinos experimentados —dice— y volverán a la producción después de algunos años de estudios.»

Su vieja obsesión se manifiesta una vez más en estas palabras. Para Mao es preciso evitar la formación de

una élite intelectual separada de la masa del pueblo. En consecuencia decide reducir el ciclo de la enseñanza superior a tres años para que los campesinos no ocupen una posición tan desfavorable como hasta el momento en la competición por los diplomas. Yao Wen-Yuan, el nuevo «responsable de la oficina de Mao Tse-Tung» y cada vez con mayor frecuencia su portavoz, precisa sus instrucciones sobre «la inyección de nueva sangre proletaria en el partido» y su «llamada a los obreros y al ejército para renovar la situación intelectual». «Las contradicciones que provocan incesantes querellas entre los intelectuales —escribe Yao— desaparecen en cuanto llegan los obreros. Gracias a su intervención y a la del ejército, se revelan inmediatamente las intenciones antirrevolucionarias del puñado de malos elementos que se esconden entre bastidores.»

Las circulares sobre la reeducación de los intelectuales se suceden rápidamente. Tanto en el frontispicio de Peita como en las universidades aparecen banderolas proclamando que «los campesinos, los obreros y los soldados son los encargados de la reeducación». La fábrica de herramientas mecánicas de Sanghai se convierte en el centro piloto de enseñanza donde los profesores son escogidos por los obreros especializados mientras que los ingenieros se ponen al día en materia política. La brigada de propaganda del Pensamiento de Mao Tse-Tung, formada por obreros y campesinos de Pekín, goza de los favores especiales del «Gran timonel».

Por otra parte, se presta especial atención a la reeducación de los médicos, los cuales gozan en China, como en cualquier otro país, de un prestigio especial. Esta es la causa de que un gran número de ellos sean enviados al campo, corriendo de esta forma la misma suerte que otros muchos intelectuales. Al mismo tiempo, los «médicos descalzos» hacen su aparición después de haber aprendido en algunos meses los diagnósticos elementales. Según Mao, son los representantes de la «nueva medicina de masas».

Esta campaña tropieza con el silencio desaprobador de Chu En-Lai, a quien inquietan las futuras conse-

cuencias de este nuevo sistema de formación de especialistas, pero cuenta con el apoyo sin reservas de Lin-Piao, que envía veinte millones de personas, habitantes de las ciudades, a reforzar el dispositivo de defensa frente al enemigo ruso en Mogolia, Manchuria del Norte, el Tibet y el Sin-Kiang. La prensa denuncia sin cesar el peligro que representa la occidentalización de la U.R.S.S. Los dirigentes chinos piensan que la amenaza es ante todo militar.

Los sucesos de Checoslovaquia confirman el peligro. En las conferencias de Cierna y de Bratislava, Breznev y Kossyguin intiman a Alexander Dubcek para que vuelva al redil lo antes posible. Pekín incita a los checoslovacos a resistir. Esto no significa que Mao y Chu En-Lai hayan olvidado que en 1956 ayudaron a Kruchev a aplastar la sublevación húngara, aprobando la intervención de los tanques soviéticos, ni que sientan especial simpatía por Dubcek, cuyo revisionismo comenzó a manifestarse durante su adolescencia en la U.R.S.S. Lo esencial es que su país se ha rebelado contra la dominación rusa «amenazando la unidad del bloque socialista», según el Kremlin, y podría convertirse en un aliado para China en su conflicto con la U.R.S.S. El «execrable» Tito también toma partido por Praga, y esto es un hecho positivo. Ha sonado la hora de la unión frente a Breznev.

Las declaraciones del *Pravda* son fulminantes: «Pekín quiere abrir una brecha en las filas de la comunidad socialista», lo cual, por una vez, no es una calumnia gratuita, pues los chinos verían con agrado cómo los rusos luchaban en dos frentes: en el este y en el oeste.

La reacción no se hace esperar. El 22 de agosto, pocas horas después de la entrada de los blindados soviéticos en Checoslovaquia, Radio Pekín hace el siguiente comentario: «Se ha consumado un crimen monstruoso, la ocupación de Checoslovaquia es el vergonzoso resultado de las luchas mezquinas que han enfrentado a los renegados revisionistas soviéticos con los renegados revisionistas checoslovacos.» Pekín subraya un hecho esencial que concierne a China directamente: las potencias occidentales han sido advertidas de la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia antes de que ésta se hubiera consumado. El primer informado ha sido el presidente Johnson, cuyo secretario de Estado, Dean Rusk, ha sido puesto al corriente por el embajador Dobrynin cuando Praga no se encontraba todavía sumida en su última noche de «primavera». Evidentemente, Rusia no ha realizado una gestión parecida en Pekín.

Pero después de todo, puesto que rusos y americanos se hallan en tan buenas relaciones —la U.R.S.S. está dispuesta a discutir la limitación del número de misiles intercontinentales—, ¿por qué no intentar quebrantar esta armonía? Varios dirigentes americanos podrían facilitar una operación de este tipo. El presidente Johnson acaba de lamentar «el extremismo del Gobierno de Pekín, que ha cortado todos los lazos entre el pueblo chino y el exterior.» Mao y Chu saben que el extremismo no es más que un pretexto y Washington no debería ignorar que su política interior va por buen camino.

De todas formas resulta conveniente proclamar, tanto en el interior como en el exterior, que la gran conmoción iniciada en 1966 está llegando a su fin, al menos en lo concerniente a la gran masa de la población. El 7 de septiembre, todos los periódicos y emisoras de radio anuncian la «victoria total de la gran Revolución Cultural proletaria».

La legalización solemne y definitiva —por el momento— de la organización de los nuevos poderes y de su dirección se produce al reunirse el duodécimo *Plenum* del Comité Central. La sesión plenaria ha decidido excluir definitivamente del partido a Liu Chao-Chi y destituirle de todas sus funciones, dentro y fuera del partido.

La destitución es casi legal, puesto que su mandato finalizaba en enero de 1969. El anciano Tong Ping-Wu asume ahora, como vicepresidente de la República, sus funciones protocolarias, pero China está oficialmente y de hecho dirigida por el Grupo de los Catorce, en el que al lado de Mao figuran Lin-Piao, Chen Po-Ta, Kang-

Cheng y Chiang-Ching, los dos principales personajes de Sanghai, Chang Chung-Chao y Yao Wen-Yuan, Hie Fu-Chi, Huang Yong-Cheng, Wu Fa-Sian, comandante en jefe del ejército del aire, Wang Dong-Sin, comandante de la guarnición de Pekín; Wen Yu-Cheng, jefe de la delegación militar de Pekín, y Ye-Chun.

En Estados Unidos, donde la batalla electoral entre el demócrata Humphrey y el republicano Nixon se encuentra en pleno apogeo, la cuestión china se convierte en uno de los puntos principales del programa de política exterior de los dos candidatos. El antiguo aliado de los «cazadores de brujas» macarthistas, el Nixon anticomunista de siempre, se muestra, paradójicamente, mucho más favorable que su adversario a revisar la política americana con respecto a China. «No podemos permitirnos —dice— que China permanezca eternamente fuera de la familia de las grandes naciones.» Naturalmente, tan sólo un mes después de la declaración de Richard Nixon, los votos de los aliados o «clientes» de Estados Unidos bloquean una vez más la entrada de China popular en la O.N.U. Pero esto no modifica la decisión de Mao y Chu En-Lai.

Nixon sale elegido el 5 de noviembre de 1968. Tres semanas después, Pekín hace explotar una pequeña bomba diplomática: China propone que el 20 de febrero se reanuden en Varsovia las conversaciones de los embajadores chinos y americanos. «En esa fecha —declara el ministro de Asuntos Exteriores— el nuevo presidente de Estados Unidos llevará un mes en el poder y podrá precisar con toda certeza su política repecto a China.» Pero todavía hay más: ya no se considera la ruptura de Washington con Chang Kai-Chek como la condición *sine qua non* de un *modus vivendi*. Basta tan sólo con reconocer que Taiwan pertenece a China y que los americanos evacuen sus bases en la isla. Finalmente, para culminar el proceso, China propone al imperialismo americano la firma de un acuerdo de coexistencia pacífica sobre la base de los Cinco Principios de Bandung.

Moscú proclama que es una capitulación, como si la

U.R.S.S. no estuviese practicando la misma política desde hace más de diez años.

Con anterioridad a esta declaración del 26 de noviembre se había producido un giro político decisivo y Richard Nixon había comprendido a la perfección que la U.R.S.S. ocupaba para Mao el primer lugar entre los enemigos de China. Los «planificadores» de la política exterior americana, y sobre todo Henry Kissinger, piensan que ha llegado el momento de diversificar la acción diplomática de la Casa Blanca, pasando del diálogo exclusivo con el Kremlin sobre los grandes problemas internacionales a un nuevo juego en el que participarían, al menos, tres países.

Pero el camino de la reconciliación chino-americana es todavía largo. A pesar de la pasarela tendida sobre la cuestión de Taiwan, Washington sigue aferrándose a la tesis de dos Chinas con iguales derechos. El presidente Nixon llega incluso a dar marcha atrás en su discurso inaugural del 27 de enero: «China no debe entrar en la O.N.U. mientras no cambie su política.» Los periódicos chinos, que publican por primera vez un discurso semejante, lo acompañan de un comentario atribuido a Chu En-Lai en el que abundan las ironías sobre la crisis espiritual de América, donde se multiplican los enfrentamientos diarios entre las fuerzas del orden y los partidarios de la paz en Vietnam. «Nixon pretende que es el espíritu quien debe solucionar esta crisis espiritual —dice el cronista—. ¿Pensáis que tan sólo se trata de una crisis espiritual? En realidad, la crisis se extiende a todos los campos: político, económico, militar y cultural.»

Por lo tanto, todavía no existe un acuerdo sobre las bases del *modus vivendi,* aunque ya parece claro que uno de los principales elementos de la negociación es establecer un convenio, más o menos tácito, sobre el Sudeste Asiático, donde ambos países tienen interés en limitar la presencia de la U.R.S.S. La de China es un hecho geopolítico admitido sin dificultad por el presidente Nixon. Mao, por su parte, prefiere ver flotar en aquellas latitudes la bandera estrellada antes que la roja del «revisionismo». La presión rusa en el Norte se hace

insoportable y si se extendiera al Sur y al Sudoeste, China estaría totalmente cercada.

Puesto que los intercambios de señales aún no han producido ningún resultado positivo, Pekín refuerza su apoyo a sus amigos de Indochina, donde los rusos nunca han podido infiltrarse como en Hanoi. El príncipe Norodom Sihanuk, olvidando generosamente las intemperancias de Yao Dang-Chang, declara ahora que «ninguna presión podría alejar a Camboya de China». El jefe de los guerrilleros del Pathet Lao, Khamtay Sifanon, recibe los más elogiosos mensajes, y la creación del mando supremo del Ejército popular de liberación de Tailandia es celebrada como un acontecimiento de repercusiones mundiales.

Ahora tienen que entrar en el juego los americanos..., aunque todavía no han fijado definitivamente el momento de la apuesta. Pero la huida a América del encargado de Negocios en Holanda, Liao He-Chu, facilita a Mao y a Chu En-Lai el hielo provisional de la prenegociación. El 19 de febrero, Pekín aplaza la reanudación de las conversaciones de Varsovia, prevista para el día siguiente, acusando a la C.I.A. de haber raptado al diplomático.

Los chinos apenas ocultan que esta deserción se ha producido en el momento oportuno y esperan tranquilamente la llegada de horas más propicias. La actitud de los mejores aliados de Estados Unidos justifica su paciencia. Italia y Bélgica, después de Canadá, hacen saber que están dispuestas a discutir acerca del reconocimiento de China Popular, rompiendo con Taiwan.

El refuerzo de la influencia americana en Pakistán, el único país cuyas relaciones con Pekín no sólo no se han visto afectadas por la Revolución Cultural, sino incluso acaban de mejorarse con la firma de un convenio de cooperación económica, es apreciado en su justo valor. Si Ayub Khan llegara a estrechar su alianza con Washington, lo cual parece poco probable en este momento, las instalaciones atómicas de Lob Nor, situadas a la misma distancia de la frontera soviética que de Cachemira, estarían menos amenazadas que si los

rusos, presentes en Pakistán, amenazaran el Sin-Kiang.

Ciertamente, el régimen pakistaní se encuentra sacudido desde hace varios meses por oleadas de huelgas y la represión se abate sobre los adversarios de Ayub Khan, cuyas tropas no dudan en hacer uso de sus armas. La unidad misma del país se encuentra comprometida por el movimiento autonomista que se está desarrollando en la parte oriental del país bajo la dirección del jeque Mujibur Rahman. Todo esto podría desembocar en la fragmentación de Pakistán y ofrecería la posibilidad de un avance revolucionario en Bengala, la India y Pakistán. Si el movimiento se alineara al lado de Pekín, los chinos tendrían asegurado el acceso al océano Indico. Pero desgraciadamente los autonomistas del Pakistán oriental o son prosoviéticos o permanecen muy ligados a los dirigentes indios, lo cual les hace, en ambos casos, adversarios de China Popular. Y en estas condiciones, ¿por qué favorecer el debilitamiento y la fragmentación de Pakistán? Por consiguiente, una vez que el general Yahia Khan, bien conocido en Pekín por haber visitado oficialmente el país, se hace cargo del poder y decreta la ley marcial, ya no existe ningún motivo para no hacer todo lo posible por mantener sus relaciones privilegiadas con Rawalpindi, evitando apoyar a los adversarios del nuevo régimen militar.

El 2 de marzo, la atención de los diplomáticos se vuelve hacia Berlín, donde los cazas soviéticos se esfuerzan en entorpecer el aterrizaje de los aviones que llevan a los parlamentarios de Alemania Federal a esta ciudad para elegir a su nuevo presidente de la República. Pero el incidente del día estalla como un trueno a nueve mil kilómetros de allí en los bordes del Ussuri: unos treinta guardias fronterizos soviéticos mueren en una batalla campal a manos de los chinos. Unicamente algunos cartógrafos de los ministerios de Asuntos Exteriores de Moscú y de Pekín pueden quizá situar este islote de Chenpao —Damansky para los rusos—, unos kilómetros cuadrados deshabitados donde la vista sólo puede detenerse ante algunos escuálidos arbolillos.

Las protestas se multiplican por ambas partes y concuerdan en dos puntos: la batalla ha comenzado a las nueve de la mañana y la responsabilidad recae sobre el «otro». Sin embargo, el desciframiento de los comunicados parece indicar que los primeros disparos partieron del campo chino. Lo mismo sucede cuando se reanuda la batalla cuarenta y ocho horas más tarde, batalla que terminará en el cuerpo a cuerpo. En el puesto vecino de Nihn Mikhailovka, los rusos esperan refuerzos.

Es la hora de las imprecaciones, tanto en Moscú como en Pekín. «¡Abajo los nuevos zares!», vocifera la prensa china. «Incluso en virtud del inicuo tratado chino-soviético de Pekín de 1860, la isla Chenpao pertenece a China.»

El *Pravda* responde algunas horas más tarde: «Esta descarada intrusión armada en territorio soviético es una provocación organizada por las autoridades chinas que pretenden envenenar la situación en la frontera.» ¿Envenenar? La situación, por tanto, no era demasiado brillante. Pero Moscú evita hacer la menor alusión a los tratados.

La cólera de la población soviética se torna en estupor. ¡Qué osadía! ¡Han matado a los nuestros!» Al desprecio altivo a la infantería de los revolucionarios fieles a Mao sucede el odio hacia todos los chinos.

La propaganda oficial eleva progresivamente el tono, graduando sabiamente las acusaciones. El 7 de marzo, Leónidas Zamiatin, portavoz del ministerio de Asuntos Exteriores, hombre que tiene fama de medir sus palabras, denuncia la «crueldad y la brutalidad de los soldados chinos» y afirma que en Damansky han rematado a los heridos rusos con la bayoneta. En el momento mismo en que habla el diplomático, unas columnas de moscovitas se dirigen bajo una tempestad de nieve hacia la calle de la Amistad, situada en el monte Lenin, donde se eleva el inmenso edificio staliniano de la embajada china. La multitud erizada de pancartas infamantes para Mao pide venganza por los muertos de Damansky. Hacía medio siglo que no se veía en Moscú una manifestación tan

espontánea. Pero los diplomáticos chinos asediados, que enarbolan tras los cristales rotos de las ventanas su *Libro de citas,* tan sólo ven en ello un acto organizado por los nuevos zares.

Los embajadores soviéticos informan oficialmente a todos los gobiernos de la evolución de la batalla del Ussuri, como hicieron en el momento de la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia, confirmando nuevamente a los chinos la connivencia de Moscú con los grandes y pequeños imperialistas. Pekín se abstiene de hacer gestiones de este tipo, pero publica una requisitoria que pone en tela de juicio la totalidad de las conquistas realizadas por Rusia durante varios siglos. «El Tratado ruso-chino de Nipchu estipula que el río Erkuna, el río Gorbicha y el Khingan exterior forman el sector oriental de la frontera chino-rusa y que las vastas regiones situadas al norte del río Heilung-Kiang (el Amur para los rusos), al sur del Khingan exterior y al este del Ussuri, son territorio chino. El Ussuri, donde se encuentra la isla Chenpao, era en aquella época un río exterior de China.»

Después de la justificación, la amenaza: «El pueblo chino, fiel a las enseñanzas de su gran dirigente, el presidente Mao, aniquilará a los intrusos con energía.»

Los rusos responden a este embate verbal con una violenta contraofensiva sobre el terreno. El 14, blindados y tropas de choque, acompañadas por unidades de artillería enviadas de Khabarovsk, se lanzan contra los maoístas en Damansky y se apoderan del terreno sin dificultad, mientras las baterías de misiles impiden que los refuerzos chinos se aproximen a la isla. Esta es la revancha, la «lección» que tanto los militares como el resto de la población exigían que se diera a los chinos.

Pero en esta ocasión la respuesta se apoya en un alegato histórico. Naturalmente, Moscú presenta la batalla del 14 como la consecuencia de una intrusión china, añadiendo que los agresores han sido expulsados del suelo soviético. Al contrario que los chinos, los rusos consideran que la frontera pasa a lo largo de la orilla occidental del Ussuri, quedando Damansky en

territorio de la U.R.S.S. «Los gobiernos soviético y chino poseen los originales de los tratados» que lo demuestran, dice la nota del Kremlin. Aparentemente ha habido un cambio de documentos en alguna parte... Los soviéticos, fingiendo ignorar las reivindicaciones formuladas por China desde hace cerca de diez años, aprovechan la ocasión para recordar unas declaraciones antiguas de sus dirigentes favorables a la tesis soviética y los homenajes tributados en otro tiempo al internacionalismo del partido hermano por Mao y por Chu En-Lai, quien en 1960 decía en Katmandu: «Hay tramos de la frontera con la U.R.S.S. que no son precisos y en los mapas existen ciertas diferencias insignificantes que serían muy fáciles de rectificar por medio de la negociación.» En el fondo basta con ponerse de acuerdo sobre la longitud de esos tramos. Pero esto resulta imposible, ya que para los rusos es una cuestión de «algunas rectificaciones técnicas», en tanto que para sus adversarios es preciso «delimitar la alineación de todo el trazado».

La oficina política del partido soviético se encuentra reunida permanentemente y sus aliados —sus lacayos, dicen los chinos— del campo socialista se inquietan temiendo verse mezclados en una disputa que no les concierne directamente. Por lo tanto, conviene mostrarse flexible, al menos en apariencia. Al anochecer del 21 de marzo, Kossyguin llama por teléfono a Pekín y pregunta por Chu En-Lai. Le contesta un funcionario subalterno rogándole que se dirija... a la Embajada de la República Popular de China en Moscú. Una humillación más que el Kremlin no está dispuesto a olvidar.

Los rusos aceleran el refuerzo del dispositivo militar en Siberia oriental. El transiberiano y uno de los mayores puentes aéreos de la historia soviética transportan decenas de divisiones que deben montar guardia en la frontera china. El Kremlin sabe que no tendría ninguna posibilidad de éxito si pretendiera obtener la superioridad numérica, especialmente en estas regiones desiertas. Además, habría que vigilar más de seis mil kilómetros de frontera, sin tener en cuenta las marcas

occidentales del imperio socialista, desde Varsovia hasta Sofía, pasando por Pekín, Praga y Budapest. La U.R.S.S. puede compensar esta debilidad relativa con su potencia de fuego, y para que Lin-Piao no albergue ninguna duda al respecto, el general Tolubko, el adjunto del comandante en jefe de las unidades de misiles estratégicos, es nombrado jefe de la región militar del Extremo Oriente soviético.

El arsenal de la propaganda dirigida contra Pekín se enriquece también con nuevas armas. Mao recibe ataques cada vez más personales al estar permitidos todos los golpes que intenten ridiculizarle. Los comentaristas de la radio soviética llegan incluso a presentar al «Gran timonel» como un marido complaciente formando trío con Lin-Piao y Chiang-Ching.

Estos ataques resultan inútiles y traducen únicamente el grado de exasperación de los rusos. Pero los jefes de la operación psicológica del Kremlin sacan de las reservas un arma que podría ser eficaz: Wang-Ming. El predecesor de Mao al frente del P.C. chino se encuentra en la U.R.S.S. desde hace unos treinta años, durante los cuales únicamente ha viajado esporádicamente a China. Sin embargo, oficialmente sigue siendo miembro del Comité Central chino. Es él quien lanza en la prensa soviética la denuncia más abrumadora de «los diez principales crímenes cometidos por Mao en China» y de sus «cinco principales crímenes en asuntos internacionales» desde los años veinte. Con todo lujo de precisiones, redacta la lista de los dirigentes del partido que han sido víctimas de Mao, «el discípulo de Judas-Trotsky». Le acusa de haber querido envenenarle en 1942 y concluye su larga requisitoria prediciendo a Mao una «inevitable bancarrota».

Sin embargo, el ambiente de Pekín no confirma esta sombría predicción. El 1 de abril, dos días después de haber aparecido en la U.R.S.S. el artículo de Wang-Ming, los mil quinientos delegados del IX Congreso del Partido Comunista chino dedican una interminable ovación a Mao Tse-Tung y a Lin-Piao, quien va a leerles el informe del Comité Central.

Mientras que Mao y Lin son elegidos presidente y vicepresidente del *Presidium* de la asamblea, Chu En-Lai es nombrado secretario general de los debates, función más modesta, pero que le proporciona el control de la máquina durante las tres semanas de discusiones que se celebran a puerta cerrada.

En su informe, un río de veintiocho mil caracteres, Lin recuerda los enfrentamientos que se produjeron entre Mao y sus adversarios desde 1921 hasta noviembre de 1968, su «lucha victoriosa contra las tres bandas de renegados que han causado los mayores males al partido, las de Chen Tu-Siu, Wang-Ming y Liu Chao-Chi», sin olvidar la «siniestra corriente de extrema izquierda» recientemente eliminada.

La población no se sorprende al constatar que el nuevo Comité Central está formado por un 50 por 100 de militares, un 12 por 100 de obreros y de campesinos y... 1 por 100 de guardias rojos. Tampoco hay nada sorprendente en la composición de la oficina política, cuyo comité permanente está constituido por Mao, Lin, Chu, Chen Po-Ta y Kang-Cheng. Chiang-Ching también forma parte de él junto a Ye-Chun, Chu-Teh, Yao Wen-Yuan, Huang Yong-Cheng, Hie Fu-Chi y Tong Ping-Wu. Chen-Yi ha sido eliminado y es tan sólo miembro del Comité Central. Por otra parte, ni siquiera quería acudir al Congreso, pero Mao consiguió convencerle diciendo: «Representarás a la derecha.»

Ante todo es, por tanto, un congreso de legitimación en todos los sentidos de la palabra. En efecto, los nuevos estatutos proclaman: «El pensamiento de Mao Tse-Tung es el marxismo-leninismo de la época en que el capitalismo camina hacia su destrucción.» Mao es colocado, en vida, a la misma altura que Marx, Engels y Lenin entre los teóricos de la revolución mundial y si esta consagración de la preeminencia de Mao puede parecer superflua, no sucede lo mismo con la posición de Lin, definida de esta manera: «El camarada Lin-Piao es el compañero de armas y el sucesor del camarada Mao Tse-Tung. El aplica y defiende con la mayor lealtad la línea revolucionaria del camarada Mao Tse-

Chiang-Ching, su marido Mao T'se-Tung, Lin-Piao y Chu En-Lai presenciando un espectáculo de ballet.

Tung.» Resulta, pues, manifiesto que la influencia de Lin-Piao en el grupo dirigente tiene que ser excepcional para que su designación como delfín haya sido consignada en la ley del partido.

El papel de número tres permanente y, en apariencia, irreemplazable de Chu En-Lai no es mencionado en ningún momento. Pero ¿no es su prudencia legendaria la que le recomienda ceder el proscenio a Lin, como hizo anteriormente con Liu Chao-Chi, Teng Siao-Ping y otros muchos? Ciertamente, hacia él se vuelven cuando las cosas van mal y hay motivos para pensar que sobrevivirá a otras crisis.

La guerra latente que se prolonga en la frontera forma parte de los problemas cuya responsabilidad recae tanto sobre Chu En-Lai como sobre Lin-Piao. Los jefes del Kremlin, preocupándose de aparecer ante los ojos del mundo como gentes conciliadoras, proponen la reanudación de las reuniones de la comisión mixta para la navegación por los ríos fronterizos. Pero, precisamente ahora, el foco de tensión se desplaza hacia el oeste, hacia la frontera entre el Sin-Kiang y el Kazakstán soviético. El contencioso Pekín-Moscú es aún más grave en este punto, pues, hace menos de diez años, los soviéticos estaban cerca de considerar la región como un condominio.

Alexis Kossyguin confirma indirectamente la necesidad de aumentar la vigilancia en este sector. El 7 de mayo declara en Nueva Delhi que el problema de la frontera chino-india es el mismo que el de la frontera chino-soviética. Magnífica justificación del estrechamiento de los lazos con Pakistán fuera de toda consideración ideológica. Sobre todo en el momento en que el ministro búlgaro de Asuntos Exteriores deja entender que no se ha de excluir la posibilidad de una intervención colectiva en China de los países europeos.

Los chinos tan sólo pueden contar con la ayuda de los rumanos para contrarrestar esta ofensiva psicológica de los amigos del Kremlin de Europa oriental. Sin embargo, esto es suficiente para que la Conferencia mundial de los partidos comunistas celebrada en Moscú

—en la que China se ha negado a participar por no querer comparecer en ella como ante un tribunal— no condene solemnemente a Mao. Nicolás Ceaucescu, con la ayuda de los italianos y de algunos otros, ha podido sabotear la operación antichina y ha impedido que los representantes de los setenta y cinco partidos condenen a Pekín de otra forma que mediante declaraciones de principios sin ninguna repercusión concreta.

En estas condiciones no les resulta difícil a los delegados de Pekín sentarse frente a los de Moscú, al día siguiente de la clausura de la asamblea del Kremlin, en la mesa de negociaciones de la Comisión mixta de Khabarovsk. Los rusos creen, o fingen creer, que «han hecho entrar en razón» a Mao, Chu y Lin, pero su satisfacción no durará largo tiempo. Sus delegados deben escuchar los interminables relatos históricos sobre las conquistas de los zares en los que las localidades conquistadas por los cosacos en los siglos XVII y XVIII son designadas con nombres chinos. Khabarovsk no sería otra cosa que la ciudad de Poli, como la llamaban los cronistas manchúes.

Esta sesión agotadora va a durar cerca de dos meses y se verá interrumpida en varias ocasiones, como el 8 de julio, por ejemplo, cuando se desata una batalla parecida a la del 2 de marzo en la isla Patcha, enclavada en el Amur a doscientos kilómetros de Khabarovsk. Esta vez no se trata de un lugar deshabitado, sino de un islote poblado por súbditos de los dos países, los cuales, para hacer más fácil la polémica, son considerados por unos como «campesinos» y por otros como «obreros». Naturalmente, las dos versiones del incidente son, una vez más, irreconciliables. Sin embargo, el 11 de agosto, Pekín acepta que sus emisarios firmen «pequeños acuerdos concretos» sobre la navegación. Ambas partes han convenido respetar ciertas reglas de balizaje establecidas cuando los dos países todavía eran hermanos.

Quienes veían en esto un síntoma de reconciliación pierden rápidamente toda esperanza. Aún no han transcurrido dos días cuando se inicia una batalla, la más violenta desde el 14 de marzo, en la frontera del Sin-Kiang, cerca de las puertas de Zungaria. Por este lugar hubiera debido pasar la línea de ferrocarril chino-soviética Urumchi-Alma-Ata y todavía queda un testimonio de la época en que Pekín y Moscú acariciaban tales proyectos: la pequeña ciudad fronteriza que sigue llamándose Drujba (Amistad). Precisamente aquí, en las montañas que la dominan, no lejos del gran poblado de Jalanchkol, los guardas fronterizos soviéticos se enfrentan a una compañía de guardias rojos en uniforme militar que acompaña a unos corresponsales de prensa. Los rusos, que declaran haber sido atacados por sorpresa, se han recuperado, en cualquier caso, rápidamente y lanzan una columna de vehículos «todo terreno» contra los chinos. En esta ocasión, los soldados soviéticos no se contentan con rechazar a los «bandidos», como les llama el *Pravda*, sino que les persiguen por la montaña. Por otro lado, la artillería rusa aplasta literalmente a la infantería china.

El balance es sangriento, por parte china. Pekín celebra el heroísmo de los combatientes maoístas, pero la dureza y energía de los rusos parece impresionar a los dirigentes de Chungnanhai.

9

EL GRAN GIRO: EL ENCUENTRO NIXON-MAO

Confiado en los resultados obtenidos en el IX Congreso del partido comunista chino, Mao Tse-Tung cree tener la manos libres para emprender una política de un gran alcance, tanto en el plano interior como en el internacional. El nuevo presidente del Comité Central considera necesario que la Revolución Cultural, iniciada en agosto de 1966, se extienda a todos los engranajes del país e incluso a los de la administración. Y una de las armas empleadas por Mao para dirigir China ha sido la extraordinaria difusión de sus obras de las cuales se han editado centenares de millones de ejemplares entre 1966 y 1969.

Paciente y metódico, Mao, quebrantando las antiguas costumbres del partido, decide aumentar a siete —antes eran cinco— los miembros del Comité permanente de la oficina política del partido. De esta manera trata de cimentar la Revolución Cultural sobre unas personas cuya ciega abnegación le parece haber conquistado. Inmediatamente, Mao se ve secundado por Lin-Piao. Este mariscal de mirada cínica y fácil elocuencia está dotado de un fino olfato político. Aunque el partido está abierto a los obreros, campesinos y soldados, Lin-Piao consigue convencer a Mao de que el ejército es el único y verdadero pilar de la Revolución Cultural. Mariscal, vicepresidente del Comité Central, futuro sucesor de Mao, Lin-Piao detenta, a finales de 1969, el poder efectivo de proseguir o combatir la revolución. Mao está convencido de que le sigue la mayoría del pueblo

chino. Lin-Piao, por su lado, manda efectivamente un ejército de tres millones de hombres y otro formado por los doce millones de guardias rojos.

Junto a estos dos colosos de China, se encuentran tres hombres elegidos en un plano de igualdad y cuyos sentimientos maoístas no pueden ponerse en duda: Chu En-Lai, Primer ministro; Chen Po-Ta, jefe del grupo de la Revolución Cultural, y Kang-Cheng, miembro del grupo de la Revolución Cultural.

Bajo su máscara bonachona, Mao es un calculador que pretende ligar a su propio destino a quienes han decidido libremente tomar parte en su juego. Por eso ha hecho que Chiang-Ching, su mujer, y Ye-Chun, la mujer de Lin-Piao, se encuentren entre los dieciséis miembros titulares de la oficina del Comité Central.

Creyendo haber logrado de esta forma tener las espaldas bien cubiertas, Mao puede lanzar a China al campo de batalla internacional. Su objetivo está a la medida de su país. China debe ocupar un lugar en el concierto de las grandes potencias y llegar a ser una de las tres grandes.

Después del año del Gallo, marcado por el IX Congreso del partido comunista y el vigésimo aniversario de la República Popular, el año del Perro, el cuatro mil seiscientos siete del calendario lunar, es para China el del lanzamiento de su primer satélite. Este notable éxito convierte a China en la tercera potencia mundial y le permite efectuar una entrada en el escenario internacional que no guarda proporciones con su capacidad económica, aún mediocre en relación con sus dimensiones. China sólo podrá paliar esta debilidad económica con su potencia militar. Ciertamente posee la bomba A desde 1964 y la bomba H desde 1967, pero ante el desarrollo del armamento de la Unión Soviética y el de los americanos, China tiene que aumentar la potencia de su ejército dotándole de armas más perfeccionadas. Esta es la causa del interés que Lin-Piao manifiesta por la organización del ejército, considerándolo no sólo como un medio de defensa y de ataque, sino también como el sostén del partido en el plano interior. Y no

hay que olvidar que China pretende hacer sentir el peso de sus progresos científicos en el plano internacional.

El espíritu de las instituciones militares ha evolucionado profundamente bajo la influencia personal de Lin-Piao, quien desea eliminar definitivamente las corrientes «profesionales», alentadas o toleradas por su predecesor, Peng Teh-Huai. El movimiento de educación socialista ha proporcionado al ejército un papel ejemplar que no debe tardar en convertirse en tutelar a partir de su intervención directa en la tormenta de la Revolución Cultural. Por eso se establece una estrecha asociación moral entre el ejército y el resto de la nación, al mismo tiempo que se produce una verdadera simbiosis entre las jerarquías políticas, administrativas y económicas, por una parte, y la jerarquía militar, por otra.

Esta evolución interna se realiza en perfecta armonía con la que ha seguido la política de defensa nacional desde que China, bajo pretextos ideológicos, recupera progresivamente su independencia política y militar frente a la Unión Soviética.

El punto de partida de esta doble evolución es una frase de Lin-Piao: «Marchemos hacia el futuro, bajo la bandera roja de la línea general del partido y de la teoría militar de Mao-Tse-Tung.»

En el terreno práctico, es la aplicación de un haz de ideas: estrechas relaciones entre la línea general militar, permanencia de la lucha de clases y carácter vital de esta lucha en el seno del ejército, primacía del trabajo ideológico sobre todos los demás, intensa participación del ejército en las actividades de las masas y en la producción económica, empleo de métodos «democráticos», incluso en los grandes debates y en los periódicos murales de grandes caracteres; orientación defensiva de la estrategia, combinando las grandes unidades del ejército que actúan desde modernas bases con las innumerables milicias que realizan operaciones de superficie. El ejército popular de liberación es, según Lin-Piao y en expresión de Mao, «un ejército de nuevo cuño».

Las características de este nuevo ejército se precisan en las «cuatro prioridades» de Mao: hombre, trabajo

político, trabajo ideológico e ideas vivas presiden todas las actividades militares. En cualquier circunstancia, las obras de Mao Tse-Tung sirven de norma suprema. Los oficiales deben formar la base, con el fin de crear compañías que posean los «cuatro méritos». Los mejores jefes y soldados deben hacerse cargo de las responsabilidades. En la instrucción militar, que debe realizarse con energía, la técnica, la lucha cuerpo a cuerpo y el combate nocturno deben ocupar un lugar importante.

Se ha llevado a cabo un considerable esfuerzo para que la dirección del ejército recaiga sobre el partido, y no sólo se refuerza la estructura del departamento político del ejército sino que también se consolidan las relaciones entre este departamento y los comités locales del partido. De esta manera se ha logrado la total sumisión de todos los escalones del mando a las instrucciones políticas, en lo concerniente al trabajo político en el seno del ejército.

El ejército se «democratiza» al mismo tiempo que sale de su marco profesional para propagar las ideas de Mao Tse-Tung y dar a conocer su métodos y organización. Mientras tanto, los conceptos estratégicos chinos se afirman con mayor claridad, gracias a la explosiva situación militar del Vietnam donde se suceden las series de escaladas. Esta es la razón de que Lin-Piao exclame: «¡Viva la victoriosa guerra del pueblo!» Se ha dado la contraseña. La teoría de la guerra popular formulada por Mao a partir de análisis científicos, verificados por la experiencia de la guerra contra el Japón, sigue siendo válida. Lin-Piao recoge lo esencial de ella y, en especial, la primacía de lo político:

«La política debe estar en el puesto de mando, puesto que es el alma de todas las cosas. El trabajo político es la vida misma de nuestro ejército.»

Después recuerda cómo Mao Tse-Tung ha elevado la guerra de guerrillas al nivel de la alta estrategia, concediéndole la prioridad, aunque sin negarse a la guerra de maniobra cuando las circunstancias lo permiten. Lin-Piao suscribe la doctrina y la precisa a su vez:

«Para aniquilar al adversario es preciso obligarle a

penetrar profundamente en nuestro territorio, es decir, abandonar por nuestra propia voluntad y según un plan bien establecido cierto número de ciudades y regiones, y atraer al adversario para luego atacarle. Tan sólo así puede el pueblo participar de diferentes modos en las operaciones y hacer que se desarrolle al máximo la potencia de la guerra popular.» Por tanto, el repliegue no es más que una necesidad subordinada a las necesidades del ataque.

«Todos nuestros principios estratégicos —añade Lin-Piao— descansan sobre este principio fundamental: atacar. La misma estrategia puede aplicarse a escala mundial en lo concerciente al movimiento revolucionario... América del Norte y Europa occidental pueden ser consideradas como «grandes ciudades» y Asia, Africa y América latina serían el «campo». Y en cierto sentido, la revolución mundial atraviesa hoy en día una situación en la que las ciudades se encuentran cercadas por los campos.»

Al igual que Mao, para quien la guerra del pueblo «es un tesoro que pertenece a todos los pueblos revolucionarios», Lin-Piao concede poca importancia al arma nuclear, «a la cual no podría recurrir el imperialismo americano sin verse sumergido en el aislamiento total». Y Lin-Piao añade esta breve frase: «También otros poseen armas nucleares.» Ciertamente no se refiere a China, ya que todo el mundo sabe que tiene un cierto número de bombas A y H desde 1964 y 1967. ¿Entonces? Cuando Lin-Piao decía que las «ciudades» estaban rodeadas por los «campos», ¿no estaría dando a entender que estos «campos» podrían estar armados con bombas nucleares chinas?

Preparación para la guerra popular, preparación para la guerra nuclear: esta es la elección del régimen chino. A nivel de un ejército como el de Estados Unidos o el de la Unión Soviética, las armas convencionales modernas tienen elevado costo y su producción es muy lenta en una economía industrial poco desarrollada y que ha sufrido los fracasos del «gran salto hacia adelante».

Guerra popular y disuasión nuclear provienen principalmente de la degradación cada vez más rápida de las relaciones chino-soviéticas, cuya consecuencia es la emancipación de la política exterior china, obligándola a revisar totalmente una política militar que ya no puede contar incondicionalmente con el apoyo logístico y la protección militar rusa. Escasamente equipada cualitativa y cuantitativamente en artillería, blindados y aviación, apenas iniciada la producción de armas atómicas, el recurso a un concepto general defensivo que se apoya en fuerzas populares, cubre la totalidad del territorio y es capaz de ahogar al invasor en un «mar de guerrillas», resulta una estrategia posible para China. Esta estrategia refleja mucho menos una doctrina militar basada en la experiencia anterior a 1969 que un aislamiento deseado y la patente insuficiencia económica.

Los dirigentes chinos parecen estar convencidos de que en caso de conflicto su país se convertiría en un nuevo Vietnam. La prensa, la radio y el cine no dejan de esparcir esta imagen entre la población y de difundirla por el exterior. Por una aparente paradoja, cuanto más aumentan los peligros alrededor del Vietnam, más defienden los chinos su independencia con relación al campo socialista.

Desde entonces, China se niega a cualquier alineamiento o a tomar medidas comunes susceptibles de obligarla a una intervención cuyas consecuencias tendría que sufrir. A partir de 1969, los combates del Ussuri han incitado a los chinos a prestar mayor atención a las armas convencionales pesadas (artillería y blindados), adecuadas para hacer frente a conflictos localizados, pero su política militar general no ha resultado modificada.

Esta política ha sido reafirmada por *La Bandera roja* con ocasión del cuarenta y cuatro aniversario de la fundación del ejército, celebrado el 1.º de agosto de 1971:

«Nuestros preparativos en previsión de una guerra son totalmente defensivos. Si no se nos ataca, nosotros tampoco atacaremos. Pero si somos atacados, contra-

atacaremos. Esta es nuestra posición consecuente, justa y solemne.»

En definitiva, la actual política militar china se aviene prudentemente a todas las realidades, las de una economía atrasada y las de un entorno temible, al menos potencialmente.

La preparación a la guerra popular, definida de nuevo por Lin-Piao, supone en tiempos de paz, incluso dejando aparte el Movimiento de educación socialista y la Revolución Cultural, una cierta injerencia del Ejército y de sus mandos en los aparatos civiles. Esta injerencia no ha dejado de reforzar su prestigio y su influencia en la nación, sin provocar tensiones con las jerarquías civiles, muchos de cuyos altos responsables le debían su primera formación y cuyos cuadros directivos estaban acostumbrados a cooperar con él en los tiempos difíciles.

Para los altos mandos militares, que pertenecen a la primera generación del Ejército Rojo, la guerra popular es un elemento fundamental de la teoría militar pasada y presente de Mao Tse-Tung. Ahora bien, aunque Mao ha vencido finalmente gracias al ejército, éste, sin embargo, le debe todo. Mao le había sacado de la nada y le había dado sus bases políticas y morales, su doctrina. Mao le había curado de sus enfermedades de desarrollo y le había elevado de algunos centenares a varios millones de hombres.

Cuerpo sin rostro, el Ejército popular de liberación sigue siendo una emanación de Mao Tse-Tung. Con una infantería de cerca de cuatro millones de hombres y una milicia de más de doce millones, la aviación y la marina ocupan una situación desventajosa. Las dos poseen todavía material soviético, pero su mantenimiento se hace difícil por la falta de piezas de recambio. Si la aviación, con sus quinientos mil hombres, cuenta alrededor de tres mil aparatos, mil novecientos de los cuales son cazas (Mig 15, Mig 17, Mig 19, Mig 21) y unos F9 de fabricación china, la marina, con sus doscientos cincuenta mil hombres, dispone de doscientas mil toneladas de barcos ligeros, de unos veinte

submarinos oceánicos del tipo W y de cuatro o cinco unidades equipadas con lanza-misiles del tipo Polaris.

Pero el recurso más importante de que dispone China está constituido, sin duda alguna, por sus armas nucleares y termonucleares, así como por sus misiles de alcance medio. En seis años, los gobernantes de Pekín han conseguido acortar las distancias que les separaban de los supergrandes y pueden vanagloriarse ahora de pertenecer al club atómico. En efecto, desde el 16 de octubre, fecha de la explosión de su primera bomba A, hasta el 14 de octubre de 1970, China ha hecho explotar unas trece bombas atómicas o termonucleares. A esta hazaña hay que añadir el lanzamiento de dos satélites, puestos en órbita el 25 de abril de 1970 (ciento setenta y tres kilos) y el 3 de marzo de 1971 (doscientos veintiún kilos). Los observadores diplomáticos mejor informados —y numerosos indicios materiales lo confirman— creen que China dispone ya de varias armas nucleares tácticas, a las cuales se suman unos treinta misiles de alcance medio (de mil cien a dos mil ochocientos kilómetros) y algunos misiles intercontinentales operacionales.

Esta potencia no es despreciable. Pekín lo sabe y pretende explotarla en el plano internacional, tanto para imponerse como para suplantar definitivamente a la Unión Soviética. Pero la crisis proviene del interior mismo del ejército. Si bien es cierto que el ejército y el partido se confunden, el primero no conduce obligatoriamente al poder. Este es el fondo del «asunto Lin-Piao», este mariscal de sesenta y siete años, vicepresidente del Comité Central, designado sucesor de Mao Tse-Tung, y... destituido junto con otros altos jefes militares: el general Huang Yung-Cheng, de sesenta y cinco años, presidente del Comité revolucionario provincial y jefe del estado mayor general; el general Wu Fa-Sien, de cincuenta y siete años, comandante en jefe del ejército del aire y uno de los principales fieles de Lin-Piao entre los trece militares que formaban la oficina política compuesta de veinticinco miembros; el general Tso-Peng, responsable político de la marina. A

la lista de los destituidos durante el verano y el otoño de 1971, se añade el nombre de Chen Po-Ta, de sesenta y siete años, antiguo secretario de Mao Tse-Tung, jefe del grupo de la Revolución Cultural, viceprimer ministro y director de *La Bandera roja*, el órgano del partido.

El «asunto Lin-Piao» refleja un doble malestar y, sobre todo, la oposición existente entre el delfín de Mao y el Primer ministro, Chu En-Lai. Estos dos hombres se han detestado siempre. El mariscal es un hombre «duro», un incondicional del partido. El otro, más flexible y diplomático, alterna la sonrisa con el puño de hierro. Pero, más allá de las simpatías o antipatías personales, se alza la oposición ejército-poder, que se manifiesta en «una lucha entre las dos líneas», los revisionistas y los revolucionarios. No hay lugar a dudas que el ejército ha salido intacto de una crisis que había amenazado la estructura de un partido cuya reconstrucción y reforzamiento era vital.

Lin-Piao, revolucionario incondicional, partidario del culto a la personalidad, se sirve del ejército, desde el IX Congreso, para reconstruir el partido, duramente alcanzado por la Revolución Cultural. Obrando de esta manera, permite que aparezca una doble jerarquía, la militar y la política, jerarquía que plantea, desde finales de 1970, el problema del futuro de China. La lucha entre las dos líneas quizá sea menos una lucha por la conquista del poder que una toma de conciencia del uso que se hará de este poder. Esta dualidad jerárquica engendra serias divergencias, tanto en política interior como exterior.

Primero surgió el desacuerdo sobre el alcance de la depuración en el seno del partido. Mao constata enseguida que un puñado de dignatarios «revisionistas» han abusado de los militares «ignorantes», pero que estos últimos podrían volver a sus puestos una vez reconocidos sus errores. En realidad, Lin-Piao y sus amigos deseaban un partido duro y puro, pero han tropezado con Mao Tse-Tung, quien comprendía el peligro que entrañaba tal intransigencia, y con Chu En Lai, guardián del instrumento del partido. Para el equipo formado por Mao y Chu, Lin-Piao naufragaba «en un

desviacionismo de derecha que, en realidad, encubría unas posiciones de izquierda». Pero la lucha contra los «izquierdistas», opuestos a la entrada de China en la ONU, a la apertura de conversaciones con Occidente y a la visita de Nixon, reviste todo su valor si se la compara con la línea «proletaria de Mao Tse-Tung y de Chu En-Lai, los cuales se encuentran en una situación en que deben afrontar «al imperialismo americano y al social-imperialismo soviético».

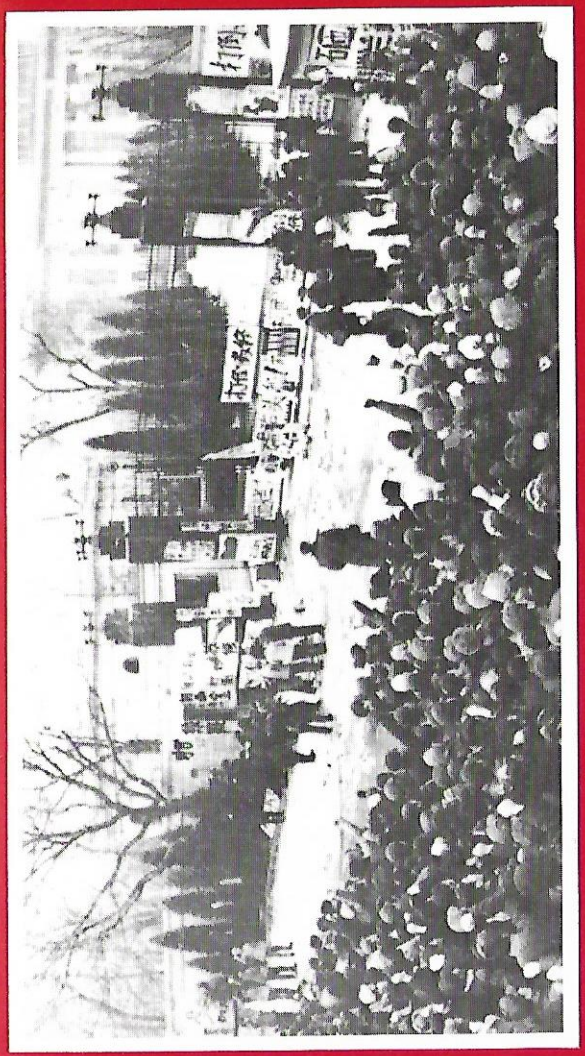
Pretendiendo ser el paladín de la revolución permanente, el héroe del tercer mundo y el juez supremo del «revisionismo soviético», China, la tercera potencia mundial, quiere disputar a la Unión Soviética, su enemiga geográfica e ideológica, la supremacía de la idea marxista.

«Desde 1969, y más exactamente desde el día siguiente del IX Congreso del partido comunista chino, las relaciones chino-soviéticas se parecen a las de dos amantes enemigos, celosos de las sonrisas que la antigua compañera prodiga a un nuevo pretendiente», juzga un diplomático británico.

El conflicto entre Moscú y Pekín, a pesar de poseer una ideología aparentemente común en el punto de partida, radica en un nacionalismo acerbo y en un racismo a ultranza. Una frontera común de varios miles de kilómetros permite, en algunos puntos, una confrontación, a veces mortal, entre los puestos avanzados de los dos ejércitos. Pero el enfrentamiento chino-soviético en el interior de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo es ante todo ideológico. Ideología que se complementa con un interés económico y a veces militar. En el plano militar, Moscú ha pretendido, durante los incidentes de junio de 1969 entre el Kazakstán y el Sin-Kiang, demostrar a Pekín su neta superioridad. Y esta superioridad en toda clase de armamento ha tentado a los rusos, durante algunas horas, a lanzar un ataque preventivo contra las bases y las instalaciones nucleares chinas. Este tema ha dado lugar a largos debates en una conferencia celebrada en el Kremlin, en la que se han reunido los jefes de Estado Mayor y los

miembros de la oficina política, así como los ministros del Ejército y de Asuntos Exteriores. La intervención decisiva de Breznev ha evitado un conflicto cuyas consecuencias hubieran podido resultar decisivas para el mundo. En realidad, Moscú ignora todos los planes políticos, económicos y militares de Pekín, al igual que Pekín desconoce los hechos de la vida política íntima del Kremlin. La guerra chino-soviética ha podido evitarse en junio de 1969 gracias a la concepción ideológica de las dos partes. Teniendo como base la misma doctrina, China y la URSS creen poseer, cada una por su parte, la verdad marxista. En tanto que los dos campos piensen que pueden suplantar al otro en el terreno ideológico, no se llegará a un enfrentamiento armado entre Moscú y Pekín. Esta fue la teoría de Breznev en el curso del consejo extraordinario de Moscú, reunido con ocasión de los acontecimientos del Kazakstán. Por otro lado, la lucha ideológica entre el Kremlin y Pekín se ha agudizado. Los soviéticos no se conceden descanso en su tarea de destruir el poder maoísta en China y de estrangular en todo el mundo, por medio de los partidos comunistas, todas las facciones maoístas o izquierdistas no comunistas. Pekín, por su parte, intenta aniquilar la «banda de renegados socio-imperialistas de Moscú», al mismo tiempo que acosa a los países que forman parte «del campo pseudo-socialista moscovita» y a los países subdesarrollados que buscan un protección económica y militar. Esta es la razón de que *El Diario del Pueblo* escriba el 3 de septiembre de 1969: «Nuevas medidas de los nuevos zares para su expansión por Asia», condenando todas las manifestaciones de la política asiática de «la URSS, cárcel de los pueblos».

En contra de todas las apariencias, las relaciones entre los Estados, y especialmente las relaciones económicas, aunque muy debilitadas, resisten la tempestad ideológica y política. En el momento culminante de los incidentes del Ussuri, los chinos no pueden arriesgarse a tomar la iniciativa de una ruptura diplomática, lo cual habría aumentado peligrosamente la tensión en las



Manifestación de los «guardias rojos» ante la embajada rusa de Pekín, en enero de 1957.

fronteras, particularmente en los sectores de Mogolia y del Sin-Kiang, más sensibles y menos favorables a «la guerra popular» que el de Manchuria. La triple preocupación de no debilitar su posición en el interior del campo socialista, de no ser acusada de romper la unidad en la vísperas de una nueva conferencia mundial y de no contribuir eventualmente a su expulsión parece ser el motivo de que China no se haya decidido a dar el paso de la ruptura.

Sin duda por razones de la misma naturaleza, los soviéticos fingen una gran paciencia que no excluye las amenazas directas. Al fin y al cabo, ni los rusos ni los chinos saldrían beneficiados de la situación ante los países y partidos comunistas de todo el mundo, como ya se vio en la Conferencia mundial de los partidos comunistas y obreros de Moscú en junio de 1969.

Pero ahora Pekín está preparando su entrada en el concierto internacional. En el plano interior, la Revolución Cultural ha sido encauzada, y el partido se organiza apoyado por el ejército. El IX Congreso del partido comunista chino ha consagrado a Mao Tse-Tung, y la Conferencia de Moscú ha aumentado el prestigio de Pekín no sólo a los ojos de los países del campo socialista, sino también a los de otras muchas capitales del tercer mundo.

Mao Tse-Tung, el nuevo «Lenin chino», convoca, unos días antes de las ceremonias del 1.º de octubre de 1969, a sus dos principales colaboradores, Lin-Piao y Chu En-Lai.

«Parecía Dios Padre hablando desde lo alto del Sinaí, cuenta un representante diplomático de una potencia socialista destinado en Pekín. Durante más de tres horas, Mao se erigió en censor del régimen moscovita y después esbozó los planes de la política exterior china, cuyo objetivo principal debería consistir en asegurar la presencia de China en todos los puntos del globo, aunque para lograrlo tuvieran que acercarse a los «diablos americanos». Chu En-Lai dio su aprobación sin reservas. Lin-Piao, aun aceptando el pensamiento de Mao, expresó su deseo de que esta política no se

realizara sobre la base de un compromiso, sino desde una posición de fuerza.»

El 1.º de octubre, día de la fiesta nacional y veintiún aniversario de la República, Lin-Piao y Chu En-Lai acusan: «Es un hecho indiscutible que los dirigentes soviéticos han traicionado al pueblo soviético, a los países del campo socialista y a los pueblos de todo el mundo», aunque, sin embargo, defienden una cierta idea de coexistencia pacífica. Algunos días más tarde, Chu En-Lai, sonriente y afable, hace alusión ante varios diplomáticos «a la necesidad de restablecer a China en sus derechos legítimos en las Naciones Unidas».

Chu En-Lai traza la línea política china cuando declara ante unos diplomáticos albaneses:

«Debemos unirnos a todos los pueblos oprimidos por el imperialismo americano, el revisionismo soviético y sus lacayos, y formar un gran frente unido para desbaratar el criminal complot que el imperialismo americano y el revisionismo soviético han urdido con el fin de repartirse el mundo.»

En realidad, Pekín quiere tomar parte en el reparto, y, para conseguirlo, necesita elevarse al nivel de las superpotencias. Sus dirigentes saben que los técnicos chinos trabajan sin descanso en la preparación del lanzamiento de un satélite. Mao trata de aprovechar la intransigencia de Lin-Piao y la habilidad no exenta de realismo de Chu En-Lai para instrumentar la entrada de China en el escenario internacional.

En primer lugar, Mao Tse-Tung ha enunciado un principio en el transcurso de un banquete celebrado en Pekín: China debe alzarse contra el dualismo ruso-americano y movilizar contra él a todas las naciones del mundo, ya sean países neutrales, países aliados de Estados Unidos o países del campo socialista. El sueño de Mao sigue siendo la trasposición a escala mundial de sus pretensiones ideológicas. Con este fin decide utilizar la vía legal, dejando entrever la amenaza de una penetración revolucionaria.

Desde principios de 1970, Pekín emprende una política de apertura que se traduce en un gigantesco movimiento

diplomático, consistente en nombrar embajadores en todos los países. Resulta manifiesto el objetivo de esta táctica: reunir contra los soviéticos todas las oposiciones posibles del campo socialista.

En el momento de emprender esta acción, Mao Tse-Tung, Lin-Piao y Chu En-Lai se hallan bajo la presión de dos elementos, exterior uno e interior el otro, que les obligan a una modificación casi cotidiana de su política.

Lin-Piao proclama sin cesar la amenaza de una guerra con el fin de estrechar la unidad nacional. El es quien inspira un editorial de *La Bandera Roja* publicado durante los primeros días de enero de 1970:

«El imperialismo americano y el socialismo están conspirando en estrecha colaboración y alimentan impúdicamente el sueño de desatar una guerra de agresión contra nuestro país. Incluso llegan a difundir toda clase de rumores con el fin de efectuar un chantaje nuclear a nuestro país.»

Entonces, Lin-Piao intensifica su acción. Hace construir refugios personales por todas partes, y especialmente en las grandes ciudades. Invita a la población a almacenar provisiones. En las escuelas, los muchachos y muchachas son adiestrados en las guerrillas y, junto a los patios de recreo, están los terrenos de entrenamiento.

Chu En-Lai contraataca con gran habilidad a los rusos en el plano diplomático, unos meses después de su entrevista con Kossyguin, publicando dos declaraciones. La primera, con fecha del 7 de octubre de 1969, concierne a los problemas fronterizos chino-soviéticos y su tono es comedido, pero firme. Según Pekín, el problema de las fronteras se debe solucionar pacíficamente. Sin embargo, si se emprendiera una aventura militar contra los centros estratégicos chinos, China estaría preparada para defenderse. Los tratados impuestos a China por la Rusia zarista son desventajosos, pero China no se opone a solucionar la totalidad del problema y acepta como base las fronteras determinadas por esos tratados desventajosos.

Al día siguiente de la aparición de esta declaración, Pekín publica un segundo comunicado y, cosa poco

común en esta clase de textos, en él no aparece ninguna cita de Mao Tse-Tung. Chu En-Lai fija la posición china en cinco puntos:

— La U. R. S. S. debe reconocer que, históricamente, los tratados impuestos por la Rusia zarista a China fueron unos tratados desventajosos;

— China, por su parte, renuncia a los territorios que ha perdido a consecuencia de estos tratados y acepta que estos tratados sirvan de base en la determinación de las fronteras;

— Los territorios que la U. R. S. S. ocupa actualmente se encuentran más allá de la frontera determinada por los tratados y deben ser restituidos; se podrán producir enmiendas al trazado de las fronteras —esto de común acuerdo— en interés de las poblaciones locales y en función de las circunstancias locales;

— Se firmará un nuevo tratado ecuánime en sustitución de los antiguos tratados;

— En espera de que se llegue a una solución, se mantendrá el *statu quo* y las fuerzas de los dos campos se retirarán de las zonas en litigio para evitar choques armados.

Una vez más, Moscú pone una condición previa a cualquier acuerdo fronterizo: el cese por parte china de su ofensiva ideológica. Esta condición es rechazada por Pekín, que piensa que las dos cuestiones, la territorial y la ideológica, deben permanecer netamente separadas. De hecho, Moscú, a finales de 1969 y principios de 1970, afronta el problema chino desde un punto de vista muy particular. Por una parte, el Kremlin sobrevalora (como lo había hecho en Checoslovaquia) la influencia que podría haber conservado el ala moscovita del partido comunista chino, el cual, en vez de ver reforzada su posición por la proximidad del ejército soviético, estaría barrido por una ola de nacionalismo capaz de agrupar en torno a Mao incluso a sus adversarios más irreconciliables. Por otra parte, confiando en su superioridad tecnológica y militar, el Kremlin siente la irresistible tentación de sustituir un esfuerzo real de negociación por un brutal chantaje militar.

En realidad, Moscú cree que la elección de esta vía está justificada por la situación interna de China y por las dificultades, a veces sangrientas, que los dirigentes de Pekín encuentran en ciertas provincias. La gravedad de esta situación se manifiesta en un documento oficial que el Comité Central del partido dirige a la provincia de Chan-Si:

«Aprobado por el presidente Mao, ¡cúmplanse sus instrucciones!

»Comité Central del Partido Comunista Chino.

»Advertencia.

»Desde la IX Asamblea plenaria del Partido Comunista Chino, bajo el efecto estimulante de la consigna lanzada por nuestro grandioso líder Mao Tse-Tung: «¡Unámonos y consigamos una victoria aún mayor!», la situación es excelente en todo el país, lo mismo en la provincia de Chan-Si que en el resto del territorio. Sin embargo, en la municipalidad de Taiyuan y en una parte de las regiones del centro y del sur de Chan-Si, un pequeño puñado de «enemigos de clase» y de malos elementos que se han infiltrado en los organismos de masa, han recurrido a métodos de partidismo capitalista para cegar a una parte de las masas y negarse a ejecutar las órdenes, comunicados y advertencias repetidas del Comité Central, y han cometido los siguientes grandes crímenes contra la revolución:

»1. Organización de grupos especializados en la lucha armada, que atentan contra la seguridad de las personas y de sus bienes y sabotean el orden revolucionario.

»2. Desprecio de la gran alianza revolucionaria y de la política de triple unión decidida por el Comité central; sabotaje de las grandes alianzas ya realizadas, así como de los comités revolucionarios creados sobre la base de la triple unión revolucionaria; establecimiento de bastiones autónomos. Formación de divisiones, lanzamiento del slogan antirrevolucionario «la conquista del poder debe efectuarse con la ayuda de las armas» y toma del poder a expensas de la efectuada por los proletarios.

»3. Tomar al asalto las instalaciones del Ejército popular de liberación, apoderarse de armas y material del ejército, cometer raptos y asesinatos, y causar heridas a los combatientes del Ejército popular de liberación.

»4. Realizar actos de sabotaje en los ferrocarriles, carreteras y puentes, asaltar los trenes a mano armada, robar a los viajeros y poner en peligro la vida de estos mismos viajeros.

»5. Robar u ocupar los bancos, llevándose cantidad de bienes pertenecientes al Estado.

»6. Ocupar y controlar por la fuerza de las armas porciones de territorio, establecer bases de combate, crear disidencias antirrevolucionarias, perseguir a la población y someterla a chantajes y rescates.

»7. Incitar o amenazar a los obreros para que interrumpan su trabajo y paren la producción, y a los campesinos para que acudan a las ciudades y siembren la agitación en ellas, sabotear la producción agrícola e industrial y los planes del Estado.

»El Comité Central estima que los crímenes de este pequeño puñado de enemigos de clase y de malos elementos sabotean la realización de las diversas consignas de lucha enunciadas por el IX Congreso, sabotean la dictadura del proletariado, sabotean la gran Revolución Cultural proletaria, sabotean la edificación socialista, atentan contra los intereses de la masa de población y suscitan la cólera de la gran mayoría de las masas de la provincia de Chan-Si. Por tanto, el Comité Central toma las siguientes decisiones:

»1. El Comité Central reitera sus precedentes instrucciones: todas las organizaciones y todos los individuos deben ponerlas en práctica resuelta, íntegra y radicalmente, y queda prohibido infringirlas.

»2. Los dos campos deben cesar inmediata e incondicionalmente las hostilidades, disolver todos los grupos especiales de combate, hacer desaparecer todas las bases de combate y devolver las armas y el material militar. Todos aquellos que depongan las armas volverán de nuevo a sus funciones o se verán sometidos colectivamente a una sesión de reeducación organizada por el ejército. En lo concerniente a aquellos que ocupan un territorio por la fuerza de las armas y se niegan a cumplir la presente orden:

»*a)* El ejército cercará militarmente a quienes oponen resistencia y les atacará por medios políticos para obligarles a deponer las armas.

»*b)* El ejército perseguirá a quienes logren escapar, les detendrá y les entregará a la justicia. El hecho de ocultar, intercambiar o entregar armas, utilizar los talleres y suministros del Estado para fabricar armas destinadas al uso personal son crímenes graves y serán castigados conforme a la ley.

»3. Está prohibido apropiarse de armas, municiones, vehículos y cualquier otro material que pertenezca al Ejército popular de liberación. Todos los bienes militares que han sido sustraidos deben ser devueltos en su totalidad y sin excepciones. En lo concerniente a los enemigos de clase que crean disensiones entre el ejército y el pueblo, sus maquinaciones deberán ser severamente reprimidas.

»4. Es preciso restablecer inmediata e incondicionalmente las comunicaciones por carretera y por ferrocarril; es preciso suprimir el convoy 19-3 organizado ilegalmente en la sección sur de la línea Tong-Pu. Los ataques a las estaciones y a los trenes, los sabotajes de los transportes ferroviarios y por carretera, el robar en las estaciones y en los vehículos son actos propios de bandidos. En lo concerniente a la minoría de malos elementos y elementos antirrevolucionarios, se recurrirá a medidas de arresto y pasarán a disposición de la justicia.

»5. Nadie puede ocupar ni asaltar los bancos, depósitos, almacenes y otras propiedades del Estado. Es preciso castigar severamente a los principales autores de robos de bienes del Estado y hacer que restituyan todos los bienes y dinero sustraído.

»6. En lo concerniente a los culpables de asesinato o de incendio, es preciso indignar a las masas para que los entreguen, y aquellos cuyos crímenes hayan sido

establecidos formalmente serán castigados conforme a la ley.

»7. En lo concerniente a los individuos depravados que incitan o amenazan a los obreros para que abandonen el trabajo, serán castigados conforme a la ley. En lo concerniente a las masas que, cegadas por las mentiras, han abandonado la producción, es preciso proceder a su educación e incitarlas a que vuelvan a sus puestos de trabajo. A partir del día de la publicación de esta advertencia, quienes dejen pasar más de un mes sin reincoporarse a su trabajo se verán privados de su salario. Si continúan oponiendo una negativa obstinada y se ausentan de manera permanente de su trabajo, el comité revolucionario de la provincia de Chan-Si, habiendo examinado las circunstancias concretas de cada caso, determinará las sanciones disciplinarias oportunas, que podrán llegar hasta el despido definitivo. En lo concerniente a los que vuelvan a su puesto, se deberá acoger y garantizar su seguridad personal; está prohibido hacer recaer sobre ellos medidas discriminatorias o hacerles sufrir represalias.

»8. Toda actividad que tienda a dividir la Gran Alianza, a sabotear la triple unión o a establecer bastiones autónomos es ilegal y está desaprobada por el Comité Central.

»La política del partido ha sido siempre la siguiente: tratar con magnanimidad a quien obra de buena fe y con severidad a quien se dedica a obstaculizar su tarea... Es preciso castigar sin compasión al pequeño puñado de enemigos de clase, y al mismo tiempo aplicar la política proletaria del presidente Mao de "dejar siempre una puerta abierta".»

En este documento se manifiestan la agitación que conmueve a China y la debilidad de las autoridades que pretenden aplicar sanciones benignas. Pero Lin-Piao y Chu En-Lai se mantienen en actitud vigilante, cada uno por su lado. El primero hace sentir el peso del ejército para mantener unido al partido. El segúndo, más sutil en el interior y más diplomático en el exterior, se dedica desde 1969 a alejar del entorno inmediato de Mao a

aquellos que podrían contribuir a la política de mano dura de Lin-Piao.

«Chu En-Lai, cuenta un diplomático, ha sabido lisonjear el espíritu de Mao convenciéndole de que puede imponer su pensamiento a la humanidad no por la fuerza, sino por la apertura diplomática a todos los países.»

Chu En-Lai no sería, por tanto, un verdadero maoísta. Es un diplomático chino que se sirve del contexto de la Revolución Cultural para introducir a su país en el concierto de las naciones. También es verdad que se dedica con cierta satisfacción a reanudar las relaciones diplomáticas con la mayoría de los países, tomando parte en un ballet de intercambio de embajadores. Chu En-Lai desarrolla entonces sus contactos con el gobierno de Bucarest y normaliza sus relaciones con Belgrado. Considera a los albaneses como unos aliados seguros que ensayan incluso la Revolución Cultural. Además de la identidad ideológica que une a Tirana con Pekín, el gobierno albanés ofrece una importante ayuda a los chinos en el plano estratégico, por disponer de bases costeras sólidamente instaladas y capaces de recibir, si se presentara la ocasión, submarinos de gran tonelaje equipados con misiles Polaris.

«Si bien Albania es una cabeza de puente de la ideología china que se alza contra el campo socialista «soviético», también es una rampa de lanzamiento de misiles, incluso atómicos, que pueden alcanzar cualquier punto de Europa. La presencia de técnicos chinos demuestra el interés que tiene Pekín en poseer en esta parte del Medittéráneo un territorio del que pueda disponer a su gusto», afirmaba un diplomático británico.

La relaciones chino-yugoslavas, por motivos ideológicos, son de lo más mediocres. La ruptura Tito-Kominform y la elección yugoslava de un socialismo independiente, hacían que Belgrado apareciera a los ojos de los chinos como la expresión más antigua y más dura del revisionismo moderno, excluyéndola de la comunidad socialista.

La crisis checoslovaca atrae una vez más la atención

de Chu En-Lai hacia los Balcanes. Aunque las relaciones entre Pekín y Bucarest son buenas, las «divergencias ideológicas» que separan a los rumanos y a los soviéticos no hacen más que mejorarlas. Y Chu En-Lai se beneficia de esta circunstancia. En junio de 1970, durante la visita a Pekín del vicepresidente del Consejo rumano, M. Bodnaras, los chinos lanzan violentos ataques contra los soviéticos, aunque sin nombrarles. Los rumanos, por su parte, anteponiendo el principio de la unidad del campo socialista y sin dejarse comprometer demasiado por los chinos, aceptan una ayuda económica de unos doscientos cuarenta y cuatro millones de dólares.

«Los préstamos acordados por el gobierno de Pekín a un país del bloque socialista, diría entonces el ministro rumano de Comercio, entran en el cuadro de la construcción positiva del bienestar de los pueblos y respetan los principios mismos del socialismo.»

China, en 1969 y durante los primeros meses de 1970, se muestra lo más insultante posible tanto frente a Checoslovaquia, «colonia del imperio soviético», como para con sus dirigentes, a los que trata de «pandilla fantoche» y de «viles esclavos de los nuevos zares». A pesar de este lenguaje colorista y poco cortés, Chu En-Lai sigue situando metódicamente sus peones. Envía un embajador a Praga, «una especie de ojo oriental que observa fríamente el socialismo checo, pero que se anima imperceptiblemente ante la industria pesada».

Pekín práctica la misma política con Polonia, Alemania Oriental y Hungría, estados cuya docilidad hacia Moscú no autoriza, por el momento, ninguna maniobra segregacionista. Esto es debido a que la política exterior china se opone a la vocación mundial de la URSS, asociada a un dualismo ruso-americano, a su vocación asiática y a su vocación de mantenerse al frente del mundo socialista.

La fórmula soviética: «Acudiremos a todos los lugares adonde nos reclamen los intereses soviéticos» es para Chu En-Lai la expresión de un imperialismo inaceptable y conduce a un «despotismo nuclear» secundado por

unos pactos que constituyen otros tantos fraudes de un desarme real. Esta es la causa de que se denuncie el proyecto de tratado sobre el desarme nuclear de los fondos marinos, presentado en Ginebra el 7 de octubre de 1969, al igual que el Tratado de Moscú el 25 de julio de 1963.

De ahora en adelante, Pekín condenará todas las manifestaciones de la política asiática de la URSS, ya afecten al continente en general o a relaciones bilaterales. Los proyectos soviéticos de organización de la seguridad colectiva, signos de expansión, están asociados a sentimientos de hostilidad hacia China, a la que tratan de cercar e inmovilizar. Pero Pekín no se deja maniobrar. Chu En-Lai contraataca en todas partes, calificando a los soviéticos de imperialistas que pretenden reemplazar a Gran Bretaña en el océano Indico, o afirmando que las relaciones ruso-indonesias son «una amistad manchada de sangre».

A finales de 1969, Chu En-Lai expone a Mao Tse-Tung, en el transcurso de un consejo en el que participan el mariscal Lin-Piao, el especialista en cuestiones financieras, Li Sien-Nien, y el jefe directo del Ejército popular, Huang Yung-Cheng, la táctica diplomática del gobierno de Pekín para evitar el cerco de China por parte de Rusia. Ya han sido trasladadas al Tibet las bases y las instalaciones atómicas del Sin-Kiang.

«Estamos a punto de convertirnos en la tercera potencia mundial y esperamos llegar a ser la primera, declara Chu En-Lai en este consejo. Nuestro papel consistirá en seguir la ley del péndulo para debilitar a nuestros adversarios rusos y americanos.»

Unos días más tarde, como ya hemos visto, Pekín decide reanudar las conversaciones de Varsovia entre el embajador americano y el encargado de Negocios chino. Iniciadas en Ginebra en 1955 y continuando en la capital polaca a partir de 1958, estas conversaciones se habían interrumpido en enero de 1968. Ahora bien, el 20 de enero de 1970 y el 20 de febrero, se desarrollan las reuniones número ciento treinta y cinco y ciento treinta

y seis. La destrucción de un avión espía americano, abatido en febrero cuando sobrevolaba el territorio chino, no turba estas conversaciones. Chu En-Lai es paciente. Su representante en Varsovia no se compromete a nada. El tono de las palabras es vago, impreciso. Los soviéticos, por su parte, demuestran cierta irritación al ver flirtear de este modo a los chinos y a los americanos. «No podéis esperar nada bueno de Pekín», afirma un diplomático ruso, añadiendo: «Mirad lo que se está tramando en Indochina».

El 24 de abril de 1970, la noticia del lanzamiento de un satélite chino estalla como una bomba en el mundo político. El mismo día, Chu En-Lai asiste en Cantón, territorio chino, a un banquete en el que se encuentran presentes los jefes de Vietnam del Norte, del Pathet Lao, GRP de Vietnam del Sur y del gobierno khmer en el exilio. Chu En-Lai, quien ha puesto definitivamente en marcha la máquina diplomática china, declara ante estos personajes: «El pueblo chino combatirá junto a vosotros y conseguirá a vuestro lado la victoria».

De esta manera, vencedor en el espacio, poderoso protector, tras el golpe de estado anticomunista de Pnom-Penh, de los cuatro gobiernos revolucionarios de Indochina que se han visto obligados a unirse para hacer frente a Estados Unidos, el pueblo chino entra en una nueva era diplomática, inspirada y construida por Chu En-Lai.

Estados Unidos no tienen la intención de dejarse comer el terreno en Indochina. A primeros de mayo de 1970, las fuerzas americanas penetran en Camboya. Pekín reacciona al momento y Chu En-Lai hace suspender inmediatamente las conversaciones de Varsovia. En lo sucesivo, Washington deberá tener en consideración a China cada vez que emprenda una acción en esta parte del Sudeste asiático. Los mismos rusos se sorprenden ante la vigorosa reacción de Pekín. Tampoco ellos están dispuestos a permitir la libertad de acción de los chinos y especialmente se oponen a que estos países caigan bajo la férula de Mao Tse-Tung y olviden los principios marxistas. En realidad, Moscú pretende en-

cerrar a China en un círculo formado por países fieles al Kremlin e insensibles a las llamadas revolucionarias de Pekín. Por tanto, los rusos envían una delegación a Pekín con la finalidad de firmar un acuerdo coordinador de la ayuda común a Indochina. Esta ayuda se hará cada vez más importante a medida que evolucione la situación militar del Vietnam y terminará convirtiéndose en una total ayuda militar soviética, quedando los chinos relegados a un papel de intermediarios.

Pekín no ha deseado en ningún momento dejarse comprometer en complicaciones militares emanadas de una acción conjunta del bloque socialista. Tal eventualidad hubiera puesto a China bajo la férula de los soviéticos. La muerte de Ho Chi Min, que había permitido a los norvietnamitas mantenerse a igual distancia de las dos metrópolis socialistas, iba a significar el primer gran cambio. El 4 de septiembre, Chu En-Lai desciende de su avión personal en la pista del aeropuerto de Hanoi. Ha llegado acompañado únicamente por un secretario. El jefe de la diplomacia china quiere llevar su juego a buen término y hablar con los jefes vietnamitas antes de la llegada, seis días después, de las otras delegaciones entre las cuales se encontrará la china, dirigida por Li Sien-Nien. Sus interlocutores son formales.

«A Ho Chi Min —dicen— se le ha desgarrado el corazón al ver cómo se mataban los soldados chinos y soviéticos. Ha expresado el deseo de ver sentarse alrededor de la mesa de la amistad y la concordia a sus amigos de Pekín y de Moscú, lo cual beneficiaría a todos los pueblos, y en especial a los pueblos de Asia.»

Aprovechando la presencia de Kossyguin en Tonkín, Chu En-Lai le invita a visitar Pekín, donde, el 11 de septiembre, se inician conversaciones con la finalidad de un acercamiento recíproco. Pero las negociaciones a nivel de viceministros de Asuntos Exteriores no comienzan hasta el 20 de octubre, siendo Kuznetzov y Chiao Kuan-Hua los encargados de llevarlas a cabo.

Chu En-Lai no se deja impresionar por la lentitud de estas negociaciones. Acaba de constatar que Vietnam

iba a desempeñar en lo sucesivo un papel importante en esta parte del continente asiático y que resultaría un escollo en las relaciones entre Moscú y Pekín por una parte, y entre Washington y Pekín por otra. Apremiado por los acontecimientos, Chu En-Lai invita a visitar Pekín, el 22 de octubre de 1969, a Fam Van Dong, Primer ministro de Vietnam del Norte, y a Nguyen Huu To, presidente del *Presidium* del Comité Central del Frente nacional de liberación de Vietnam del Sur, los cuales firman un acuerdo de ayuda económica y militar chino. Y, el 25 de octubre, aparece un comunicado firmado por Chu En-Lai y Fam Van Dong, condenando la «vietnamización» de la guerra y reafirmando que la retirada incondicional de las tropas americanas y permitir que sean los mismos vietnamitas quienes solucionen el problema del Vietnam, son la única «vía justa» hacia el fin de las hostilidades. Una vez más, se recurre a la fórmula de Mao Tse-Tung:

«Los setecientos millones de chinos son el poderoso sostén del pueblo vietnamita, y las vastas extensiones del territorio chino su retaguardia más segura.»

En esta llamada encontramos una afirmación de la estabilidad de la posición china. Posición que alcanzará nuevas dimensiones cuando, el 18 de marzo, el general Lon Nol da su golpe de Estado en Camboya. La destrucción de las bases de aprovisionamiento de los insurrectos survietnamitas en territorio camboyano modifica súbitamente la situación política y militar en la península y obliga a Pekín a participar más activamente en los acontecimientos. Chu En-Lai, que ha decidido no desperdiciar ninguna ocasión, se apresura a acoger al príncipe Sihanuk y le incita a formar un «gobierno de unión nacional», cuya causa es defendida por Pekín ante otros Estados, y particularmente ante Corea del Norte.

Del 24 al 25 de abril del año 1970 se celebra una conferencia en la cumbre de los pueblos indochinos, «por iniciativa» del príncipe Sihanuk, en una localidad situada en la frontera de China con Laos y Vietnam, cerca de Cantón. El comunicado común de la conferencia se limita a desarrollar los temas de solidaridad y de recíproco apoyo «según el deseo de la parte interesada» y sobre la base del respeto mutuo, y a reconocer la validez de los acuerdos de Ginebra de 1954 y 1962. El 28 de abril, por orden de Chu En-Lai, el gobierno chino endosa este comunicado en una declaración que repite los términos esenciales, añadiendo la habitual referencia al «poderoso apoyo» y a «la amistad militante» de los setecientos millones de chinos.

Algunas semanas después, el 20 de mayo, Mao Tse-Tung reafirma su ayuda a todos los pueblos del mundo, sin hacer excepción de América del Norte, Europa y Oceanía. Una frase revela el verdadero sentido de sus palabras:

«Todavía no ha desaparecido el peligro de una nueva guerra mundial y los pueblos del mundo deben estar preparados para ella. Pero, hoy en día, la tendencia predominante en el mundo es la Revolución. Pueblos del mundo, uníos contra los agresores americanos y sus lacayos.»

En todos estos textos nunca se hace alusión a Rusia, como si se quisiera denotar su exclusión definitiva de la península. Por otra parte, los chinos ya no pueden acusar abiertamente a Rusia, teniendo en cuenta los intereses de Vietnam del Norte y el testamento político de Ho Chi Min.

Tras la declaración del 20 de mayo de 1970, habiendo salido las tropas americanas y survietnamitas de Camboya, cuando se ha comenzado a poner en práctica la política de Nixon de retirada progresiva de los efectivos militares del Vietnam y han cesado, o al menos disminuido, las operaciones militares, los chinos cada vez tienen menos ocasiones de pronunciarse sobre los asuntos vietnamitas. Ayuda económica, intercambio de misiones y conmemoraciones diversas mantienen un clima de amistad que aumenta la influencia china en Hanoi, sin que llegue a ser preponderante.

Moscú, por su parte, no permanece inactivo. Los dirigentes del Kremlin no pueden permitir que Pekín posea la prioridad en la ayuda militar y económica a los

vietnamitas. Esta es la causa de que los representantes de Hanoi viajen a Pekín y a Moscú y regresen a través de China con cargamentos de armas soviéticas, sobre todo.

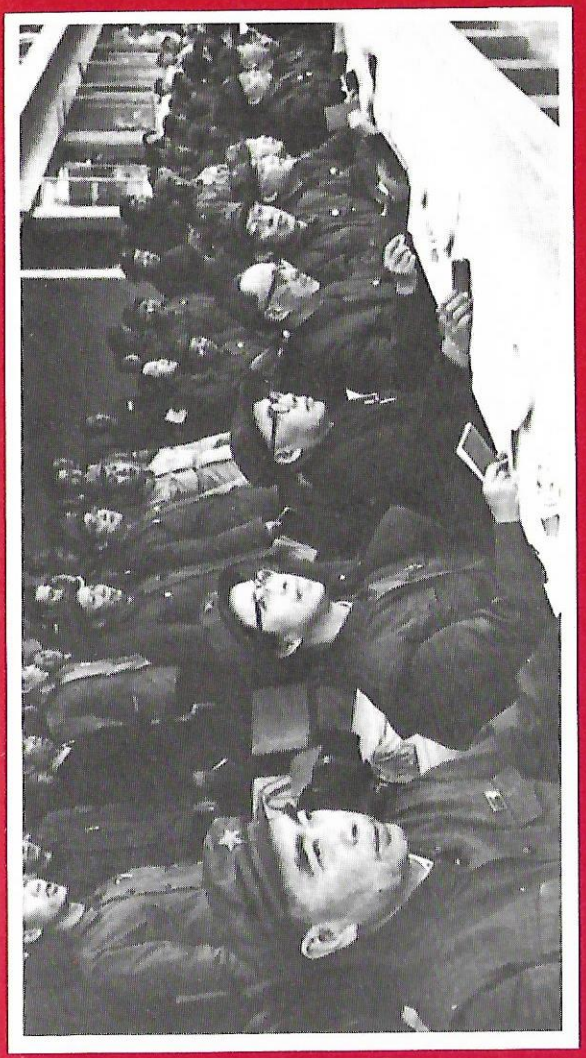
Y de nuevo, a finales de 1970, el temor de que se reanuden los bombardeos americanos en Vietnam del Norte obliga al gobierno chino a volver a manifestar a Hanoi su apoyo incondicional y a recordar su adhesión a los diez puntos principales y a los ocho complementarios del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur.

La última crisis se produce cuando el ejército de Vietnam del Sur penetra en Laos a lo largo de la carretera N.º 9, en la región de Chepon, durante el mes de febrero de 1971. La finalidad de esta incursión es destruir momentáneamente —como ya se ha hecho en otras ocasiones— o de forma más duradera la ruta Ho Chi Min, pero la ambigüedad de ciertas declaraciones americanas y survietnamitas, que pueden dejar pensar en una penetración en Vietnam del Norte, provoca un viaje relámpago de Chu En-Lai y de Ye Chien-Ying a Hanoi, del 5 al 8 de marzo de 1971, lo cual resulta una demostración de solidaridad bastante gratuita frente a una escalada de las operaciones poco verosímil. Sin embargo, y en mayor grado que hasta ese momento, China manifiesta sus temores por su propia seguridad:

«La extensión de la guerra de agresión a Laos y Camboya por parte de Estados Unidos ha transformado a Indochina en un solo campo de batalla», declara el comunicado conjunto, añadiendo con más firmeza que precisión:

«Si el imperialismmo americano sigue extendiendo su guerra de agresión por Indochina, el pueblo chino está decidido a tomar todas las medidas necesarias y llegará incluso a realizar los mayores sacrificios nacionales para sostener y ayudar con todas sus fuerzas al pueblo vietnamita y a los demás pueblos indochinos a proseguir su lucha hasta que consigan derrotar totalmente a los agresores americanos.»

Si bien los chinos y los soviéticos pueden enfrentarse



Mitin en Pekín para celebrar la creación del Comité revolucionario: Chu En-Lai, Chiang-Ching, Chang Chun-Chiao, Yao Wen-Yuan.

por problemas fronterizos, Indochina les proporciona un terreno de fricción fuera de sus fronteras. Al día siguiente de la Revolución Cultural, Chu En-Lai había comprendido perfectamente esta situación y su diplomacia no había dejado de ver cómo los pueblos indochinos propagaban el pensamiento de Mao, resistían a la presión americana y cerraban el camino a la propaganda soviética.

El golpe de estado del 18 de marzo de 1970, realizado en Camboya, pone fin, sin embargo, a una experiencia neutralista sabiamente mantenida por los chinos y Pekín se ve obligado a replantear su política. La acción de Chu En-Lai es fulgurante. El 19 de marzo, recibe al príncipe Sihanuk, quien, en cuanto llega a Pekín, forma, como hemos visto, un gobierno en el exilio y un «Frente unido nacional del Kampuchea» (FUNK). A partir de entonces, Chu En-Lai no deja de aprovechar esta situación para promover un frente de pueblos indochinos cuyas bases se asientan en la conferencia de los días 24 y 25 de abril de 1970, celebrada en Cantón. Una breve, pero importante intervención militar americano-survietnamita, iniciada el 30 de abril en la parte oriental de Camboya para destruir los depósitos norvietnamitas y salvar Pnom-Penh, acaba de fundir las tres guerras en una sola. Sin embargo, los laosianos, al igual que los camboyanos y los vietnamitas, enviarán una delegación al XXIV Congreso del partido comunista, reunido en Moscú un año más tarde, manifestando de esta manera, y a pesar de los esfuerzos de Chu En-Lai, su adhesión a la línea del Kremlin.

Aunque los partidarios del príncipe Sihanuk, a excepción de los khmers rojos, sus aliados provisionales, aparecen poco en las zonas de combate de Camboya, éste es colocado en primera fila por los dirigentes de Pekín, no sólo a propósito de su política indochina, sino también de su proyecto de formar un frente asiático opuesto a una nueva asociación americano-japonesa y ruso-americana, así como a un acercamiento de los rusos y los japoneses.

En tanto que Moscú y Washington intentan restable-

cer el neutralismo camboyano para contener la penetración china en la península de Indochina, Chu En-Lai se esfuerza en probar a los pueblos asiáticos, por medio del príncipe Sihanuk, que todavía pueden existir felices satélites de China.

Al propagarse el conflicto a Camboya, la situación de Laos preocupa a los chinos, los cuales reclaman el cese de las intervenciones aéreas estadounidenses y la retirada de algunas unidades militares de Tailandia que se han asentado en la orilla izquierda del Mekong. Pero, a partir del mes de marzo de 1970, Chu En-Lai y los militares chinos intensifican el apoyo al Pathet Lao. Y esto es tanto más importante por cuanto que este país cada vez une más su acción a la de Vietnam del Norte, ejerciendo al mismo tiempo una fuerte presión militar sobre la llanura de Jarros y el curso medio del Mekong. Durante el año 1970 no se producen grandes cambios en la situación política y estratégica. Laos sigue siendo la encrucijada de mutuas prudencias, y la política de Chu En-Lai consiste en jugar la carta de la no intervención y, llegado el momento oportuno, en garantizar la existencia de un doble Laos unido, amistoso y capaz de resistir la doble presión de tailandeses y vietnamitas.

Los dirigentes de Pekín, y Chu En-Lai en particular, miran hacia la India con una especie de temor. Este depósito de quinientos treinta y seis millones de hombres podría convertirse de pronto en una importante base del «imperialismo ruso-americano». Por eso, Chu En-Lai y su equipo utilizan todos los recursos de la propaganda verbal china en la prensa india, muy abierta y liberal, y el jefe de la diplomacia china aplica la política realista que acostumbra y que no guarda ninguna relación con las declaraciones vociferantes del partido. Si bien está convencido, hasta cierto punto, de que el partido puede dirigir el ejército, se niega, por el contrario, a que dé instrucciones en el terreno de la política exterior de China. Político fiel a la doctrina del partido cuando éste debe ser explotado en el plano internacional, sabe prever el futuro, en ciertas circunstancias, y silenciar los imperativos doctrinales.

Para luchar contra «las ratas indias, los lobos americanos y los zorros soviéticos», Pekín intenta explotar en su provecho las dificultades internas de la India, donde se enfrentan tres partidos de la izquierda: el partido comunista indio marxista, el partido de los naxalistas y el partido comunista indio marxista-leninista. El PCIM, creado en 1964 por disidentes del partido comunista indio pro-soviético, no se alinea junto a Pekín y se opone a la línea llamada «administración» con agitación.

El nombre del partido naxalista proviene de Naxalbri, ciudad de Bengala occidental donde, en 1967, estallaba una revolución campesina. Los naxalistas están siendo entrenados por chinos y por estudiantes del Presidency College de Calcuta. La implantación geográfica de los naxalistas se extiende por más de un millar de kilómetros cuadrados, entre los Estados de Andhra y de Orissa.

Finalmente, el partido comunista indio marxista-leninista ha sido creado el 1.º de mayo de 1969 por Kanu Sanyal contra el PCIM. De tendencia maoísta, defiende la lucha armada de tipo chino: cerco de las ciudades por parte de los campos y, por tanto, apoyo a los naxalistas.

La formación de este tercer partido parece decidir a Pekín, o al menos a los doctrinarios, a interesarse más en los asuntos de la India, aunque Chu En-Lai, prudente por naturaleza, orienta su política exterior por la vía de la circunspección. En consecuencia, Chu En-Lai sigue con mirada vigilante los sucesos que se producen en Bengala durante los primeros meses de 1970. Si bien Indira Gandhi se encuentra en malas relaciones con su Parlamento y consigue nacionalizar una decena de grandes bancos, se asiste, en unos diez Estados indios, a un importante recrudecimiento de las actividades de los partidos naxalista y comunista indio marxista-leninista. Los actos de terrorismo se multiplican. En marzo de 1970, los naxalistas provocan una insurrección popular en Bengala occidental. Aumenta la tensión. Pekín guarda silencio. Los soviéticos y los americanos

observan muy de cerca el desarrollo de los acontecimientos, estando secretamente dispuestos a intervenir, los primeros más directamente y los segundos más diplomáticamente. El 17 de marzo, después de una huelga general de veinticuatro horas que acaba convirtiéndose en un motín y se salda con un trágico balance de treinta y dos muertos y trescientos heridos, el gobierno local queda disuelto. En el exterior, cada uno espera según sus intereses la evolución política de «este primer trueno de la primavera india». Pero la espera es decepcionante. El frente unido de la izquierda, formado por el PCIML, el Bengala Congress y el partido comunista pro-soviético, intenta en vano encontrar una solución. Las fuerzas de la India están a las puertas de Bengala. Junto a ellas llegan médicos, técnicos y provisiones. Bengala occidental cae bajo la férula directa de Nueva Delhi.

Chu En-Lai no tarda en darse cuenta de las ventajas que China puede obtener explotando las desavenencias internas de la India y las divergencias entre Nueva Delhi y Pakistán. Manteniendo un continente indio dividido, Pekín espera salvaguardar sus intereses y contrarrestar la política soviética basada en un sistema de seguridad colectiva regional.

Las relaciones chino-pakistaníes han estado siempre marcadas por el intercambio de delegaciones políticas, económicas y, sobre todo, militares. En junio de 1969, una misión gubernamental pakistaní, dirigida por el teniente general del Aire, Nur Khan, visita China. Será seguida en junio de 1970 por otra, encabezada por el mariscal Abu Rahim, comandante en jefe de las fuerzas aéreas y, más tarde, por el comandante de la Armada. Finalmente, el 12 de septiembre de 1970, el general Ya Ya Khan vuelve a Pekín, pero esta vez en calidad de jefe de Estado. El comunicado conjunto, publicado en esta ocasión, insiste en el desarrollo progresivo de la amistad chino-pakistaní.

Las delegaciones chinas, por su parte, emprenden el camino de Pakistán, pero con menor frecuencia. Las principales son las que visitan el Pakistán oriental,

dirigidas por Kuo Mo-Jo y por Fang-Yi, viceministro de Comercio. Pekín presta una ayuda económica importante a este país, aunque insuficiente si se tiene en cuenta que los gastos militares absorben el cincuenta y cuatro por ciento de su presupuesto. Así, en noviembre de 1970, China concede al Pakistán oriental un crédito de doscientos millones de dólares. Pero los chinos no pierden de vista el carácter estratégico de este territorio. Las relaciones fronterizas se encuentran reforzadas y servidas por la apertura de una ruta estratégica que une el Sin-Kiang con Pakistán a través del Karakorum.

En lo sucesivo, va a precipitarse el desarrollo de los acontecimientos. Dos partidos triunfan en las elecciones generales de 1970. En la provincia del Pakistán oriental, gana el partido de Alí Buto, antiguo ministro de Asuntos Exteriores de Ayub Khan, autor de la alianza que une Pakistán a China. En Bengala, la liga Awami obtiene la mayoría absoluta en la nueva Asamblea constituyente. Pekín no acoge con entusiasmo la victoria del jeque Mujibur Rahman. ¿Irá a convertirse este último en Primer ministro de Pakistán? No, Ya Ya Khan, cediendo a las presiones de Alí Bruto, aplaza la reunión de la Asamblea, la víspera de su convocatoria. Esto representa una victoria para los partidos maoístas que apoyan a Alí Buto. La política de división de Pekín está teniendo éxito, pero provoca una primera reacción soviética: la URSS aconseja firmeza al gobierno de Nueva Delhi.

El anuncio del boicot de la asamblea provoca una gran decepción en Bengala. Cuando el ejército abre fuego sobre la población de Dacca, surge por todas partes el grito de «Bengala independiente». Tras estos enfrentamientos y ante el fracaso de las negociaciones entre Ya Ya Khan y el jeque Mujibur Rahman, este último proclama la independencia de Bengala oriental, la cual se transforma en Bangla-Desh. Alentado por los maoístas, impulsado por Alí Bruto, a quien, según afirma él, Pekín ha prometido apoyarle en cualquier acción que emprenda en favor del centralismo, Ya Ya Khan comienza la prueba de fuerza contra los bengalíes. Se

multiplican las matanzas, mientras aumenta el número de refugiados en la India. El cólera se desata y las grandes potencias —cuyas armas son utilizadas por los dos bandos— vigilan de cerca la situación al mismo tiempo que se observan unas a otras. El 9 de agosto de 1971, Moscú y Nueva Delhi firman un tratado de paz, amistad y cooperación entre la India y la Unión Soviética. De esta forma, Moscú detiene la política de Chu En-Lai en favor de Pakistán. De hecho, Moscú quiere dejar sentir el peso de su potencia en las puertas de China por medio de intermediarios.

Oriente Próximo, Africa mediterránea, Africa negra, América Latina... China desea estar presente en todas partes infundiendo ánimos a todos los elementos y apoyando todas las situaciones que pueden causar dificultades tanto a los soviéticos como a los americanos.

En el conflicto árabe-isrealí, los chinos toman deliberadamente el partido de los árabes, llegando incluso a acusar a los soviéticos de favorecer a los israelitas y de haber «traicionado ignominiosamente» la causa árabe. Pekín, cuyo sueño es acabar con la influencia política, económica, militar y doctrinal de la URSS en esta parte del mundo particularmente sensible, comienza a ayudar a los palestinos en su lucha suministrándoles algunas armas y medicamentos al mismo tiempo que apoya a los pequeños Estados como el Yemen del Sur y a los insurrectos de Dhofar en su lucha contra la autoridad establecida.

China no puede encontrar ningún terreno más favorable para su propaganda que el Oriente Próximo, que reúne todas las circunstancias propicias para su acción. Allí es fácil aplicar la teoría china de las guerras justas, denunciar la «pusilanimidad» soviética, demostrar la hostilidad americana hacia los árabes, sacar a la luz la connivencia ruso-americana, que la prudencia hace realmente inevitable, y todo esto no entraña ningún peligro de complicaciones para una China lejana que se declara totalmente desinteresada. Sin embargo, Pekín realiza el mínimo de esfuerzo. En realidad, la fe islámica que se opone al marxismo-leninismo resulta un obstáculo

insuperable. En cuanto a la ayuda económica y militar china, es irrisoria en relación con la aportada por los soviéticos.

Pero Pekín hace un esfuerzo más importante en el tercer mundo, donde el terreno es propicio para la lucha de guerrillas. China presta atención a Guinea, el Congo-Brazzaville, Tanzania y Zambia, países con los que establece relaciones diplomáticas entre finales de 1969 y principios de 1970. En esta fecha, se puede decir que Mao Tse-Tung está representado en todo el territorio africano.

A partir de entonces, Pekín emprende una vasta política de ayuda económica y técnica, a la que se añade la militar cuando se trata de sostener movimientos rebeldes de tendencia revolucionaria.

Guinea, expresión del anticolonialismo más impetuoso, es apoyada en todas las tomas de posición de su presidente, mientras los técnicos chinos estudian el trazado de una línea férrea Guinea-Malí y construyen el palacio de la Independencia en Conakry. El Congo-Brazzaville recibe, por su parte, una emisora de radio, unos astilleros navales, unas granjas modelo y una fábrica textil. Nigeria, el Camerún, Sierra Leona, Togo y Senegal son otros tantos clientes para Chu En-Lai, quien, sin embargo, sufre un fracaso al desaparecer a principios de 1971 Milton Obote, presidente de Uganda y leal amigo de China. Pero este perjuicio se ve compensado por la visita del emperador de Etiopía, Haile Selassie, quien al salir de Pekín lleva consigo un préstamo equivalente a cuatrocientos millones de francos fuertes.

La propaganda china se sirve ampliamente de numerosos movimientos de independencia o insurreccionales africanos, desde el de los patriotas de Lesotho (Basutolandia) hasta los de los rebeldes de Angola, Mozambique y Guinea-Bissau, pasando por los de Eritrea, los de Pierre Mulele en el Congo-Kinshasa y los del pueblo Zimbawa.China no se olvida de atacar a los portugueses y a los franceses, a propósito de Somalia, pero, detrás de ellos, son siempre los «imperislistas» americanos y soviéticos quienes resultan denunciados, maravillosa

flexibilidad de un dogma al servicio de una política.

La verdadera entrada de la política china en América latina se remonta tan sólo a 1970, fecha en la que Pekín decide establecer relaciones diplomáticas con Chile, lo cual resulta tanto más fácil por cuanto que un Gobierno socialista acaba de instalarse pacíficamente en este país. Pero aunque el maoísmo se implanta con mayor o menor fuerza en los Estados de América del Sur, su acción, sin embargo, obtiene unos resultados bastante limitados. Sin duda, la población china de Cuba, Perú, Brasil y Ecuador contribuye a la política de Pekín, pero Chu En-Lai sabe que la entrada de China en la ONU solucionará inmediatamente el problema.

Antes de conseguirlo, Chu En-Lai prepara en el silencio del despacho de Mao Tse-Tung una política exterior de gran envergadura, destinada a facilitar su entrada en el concierto internacional de las naciones. Para Pekín, Formosa ha desempeñado durante demasiado tiempo el papel de catalizador. Ciertas potencias occidentales sondean a los dirigentes chinos y les aconsejan que abandonen su rígida posición y vean la realidad internacional, lo cual traerá como consecuencia la apertura de embajadas, existentes tan sólo en Formosa hasta el momento. El viaje a Pekín realizado en julio de 1971 por el ministro francés M. Bettencourt y el de octubre, de M. Couve de Murville, permiten presagiar una importante evolución de la política exterior de China. Mao Tse-Tung no ha ocultado a ninguno de los dos su deseo de estrechar en Pekín la mano del presidente americano. «Pero ¡cuántos problemas se han de solucionar antes y cuántas emboscadas se alzan en el camino de la reconciliación!» declara Mao.

Sin embargo, se observan algunas señales precursoras. Los chinos, como sabemos, reanudan las conversaciones con Varsovia y permiten que los comerciantes americanos, deseosos de negociar sobre el terreno, penetren cada vez más en su territorio.

Finalmente, lo que anima a los dirigentes de Pekín a iniciar una política internacional de gran envergadura, es la calma relativa que reina en el interior del país

después de los sangrientos incidentes de Cantón, provocados por los maoístas de extrema izquierda, y la evicción de todos aquellos que, como Lin-Piao, propugnan una política de firmeza para con Occidente.

Este anima hasta el último momento de su poder a la extrema izquierda. El 9 de agosto de 1971, mientras que los radicales preparan un contraataque, Lin Piao adopta la posición de Wang-Li, el jefe de la Propaganda, sobre el incidente de Wu-Han. Chu En-Lai, durante su visita a la capital del Hu-Pei, había sido maltratado por los izquierdistas sin que los representantes del ejército intervinieran. El jefe de la diplomacia china había tenido siempre un profundo rencor a Lin-Piao.

«Esto era una cosa muy nociva, dice Lin-Piao, pero ahora (como punto de partida de la lucha en el seno del ejército) se ha convertido en algo muy saludable. No se puede destruir a los malos elementos sin antes descubrirlos en su totalidad.»

Al mismo tiempo justifica el hacerse cargo del grupo de la Revolución Cultural y de la prensa, así como el intento, por parte de la extrema izquierda, de conquistar el poder en las regiones militares.

«Para realizar sus actividades subversivas —sigue diciendo— la burguesía comienza siempre por una labor ideológica, con el fin de engañar al pueblo. La etapa posterior consiste en tomar las armas.»

Igualmente, afirma, uniéndose a los periódicos de los guardias rojos extremistas, la preeminencia del grupo de la Revolución Cultural, seis miembros de la cual son «ultras» y los otros cinco, radicales, dudan antes de oponerse a sus colegas. Al mismo tiempo recalca que ya no se puede contar con Chu En-Lai, quien «administra» la Revolución Cultural y se ha opuesto en muchas ocasiones a la extrema izquierda.

Situado ante la alternativa de una revolución continua que desemboca en un continuo desorden y de la entrada triunfal de China en el escenario internacional, Mao Tse-Tung hace su elección: sacrifica a su delfín, Lin-Piao. El día en que Mao pensó que debía desprenderse definitivamente de su ministro de Defensa, China se

convirtió en la tercera potencia mundial, suplantando al Japón, «potencia que formaba parte del contexto imperialista americano-soviético».

Sin embargo, Pekín mantiene relaciones comerciales muy estrechas con Tokio, especialmente después de la crisis chino-soviética. En 1971, el montante de los intercambios se elevaba a mil millones de dólares. Se había firmado un nuevo acuerdo comercial chino-japonés, y numerosos diputados —no comunistas— piden hoy que se estrechen más las relaciones con China. Antes de firmar, en julio de 1970, el primer acuerdo comercial con el Japón. Chu En-Lai había formulado sus condiciones:

Quedarían excluidas de los intercambios las firmas japonesas:

1. que comercian con Formosa y Corea del Sur;
2. que realizan inversiones en esos países;
3. que contribuyen al esfuerzo de la guerra de agresión que se está realizando en Vietnam del Sur, Laos y Camboya;
4. que están muy estrechamente ligadas a las firmas americanas.

Potencia nuclear y espacial, China —donde Mao Tse-Tung crea una policía paralela, doble de la policía secreta que ya no goza de su confianza,y encargada de ejecutar, después de un juicio sumarísimo, a toda persona, incluso del más alto nivel, acusada de «ultramaoísmo»— entra en la fase de normalización. Las cosechas se hacen más abundantes gracias a la modernización de los métodos y a la organización de vastas migraciones de los habitantes de las ciudades hacia el campo. Así es como más de un millón de maestros hacen un «cursillo» de dieciocho meses en el campo antes de incorporarse a sus clases en las ciudades.

En realidad, la economía queda rehabilitada por la aparición de nuevos slogans: «La revolución no debe sustituir a la producción», «La economía no es el pariente de la ideología», «La Revolución dentro del orden debe realizarse mediante un plan de austeridad y de movilización moral, y con limpieza». Orden, moral, limpieza... los maoístas de extrema izquierda no dan

crédito a sus oídos. Su traslado a lejanos campos, cuando no «se suicidan» pura y simplemente, ayudará a los campesinos y servirá para calmar su ardor.

Mientras que todo el mundo sigue considerando a China como el espantapájaros que ha ocupado el lugar del gran oso soviético, el mundo diplomático cambia de actitud. Los americanos ya no hablan de la China de Pekín o de China comunista, sino de China Popular. Y de pronto, un trueno retumba en el cielo internacional. El 3 de marzo de 1971, mientras el segundo satélite artificial lanzado por China difunde el slogan del *Oriente rojo,* los jugadores chinos de ping-pong, después de participar en el Japón en un torneo internacional, invitan a los jugadores americanos a visitar Pekín, y éstos, aceptada la invitación, llegan el 10 de abril a la Ciudad Imperial donde serán recibidos cuatro días más tarde por el Primer ministro, Chu En-Lai.

«La diplomacia del ping-pong» hace su aparición en el coso internacional. A partir de este momento, el desarrollo de los acontecimientos se precipita. Las cancillerías se consultan. Moscú se siente disgustado. Un consejo de ministros, presidido por Podgorny, se reúne durante más de seis horas. En Washington, Henry Kissinger convoca a sus colaboradores. En el Pentágono, las reuniones se suceden. En el Japón, los dirigentes estudian de cerca la nueva situación. Pronto sonará la hora de la verdad para todos.

En primer lugar, la administración americana levanta la prohibición de viajar a China y, el 16 de abril, dos días después de la entrevista de los jugadores americanos de ping-pong con Chu En-Lai, el presidente Nixon anuncia que espera poder visitar China con sus hijos, puesto que «tal vez mejoren las relaciones entre los dos países con la suficiente rapidez para que este viaje se realice antes de que se cumpla su mandato».

La pelota está en juego, especialmente para un jugador de clase: el profesor Henry Kissinger. A través de sus gafas de miope, su mirada es clara y penetrante. Posee una inteligencia despierta y sus conocimientos de los temas marxistas-leninistas le convierten en el

principal consejero del presidente Nixon. Para él es indispensable una normalización de las relaciones chino-americanas. Nixon está estudiando el problema desde el comienzo de la Revolución Cultural y escucha con atención a los diplomáticos occidentales que han tenido contacto con los dirigentes chinos, sin dejar de prestar atención a las advertencias soviéticas que insisten sobre los peligros que entraña la situación interna de China. No obstante, durante la noche del 8 al 9 de julio de 1971, Kissinger emprende el viaje más misterioso de su carrera.

Desde hace algunos días, Kissinger se encuentra en Pakistán. Oficialmente su misión consiste en entrevistarse con los dirigentes de Rawalpindi. Estos hace ya seis meses que mantienen relaciones con Pekín, aunque no tienen nada de ideológicas. Chu En-Lai emplea Pakistán como eje central de su diplomacia. Allí es donde se celebran las reuniones secretas de sus emisarios con los de las naciones que no mantienen relaciones diplomáticas con China Popular, y en este mismo país es donde se han llevado a cabo las negociaciones para el establecimiento de relaciones entre Pekín y Teherán.

Algunos periodistas viajan con Kissinger. «Trabajo de rutina que consiste en interminables conversaciones para solucionar los problemas asiáticos», dice uno de ellos. Sin embargo, el consejero del presidente Nixon desea evitar cualquier indiscreción que pudiera comprometer el éxito de su misión. Al anochecer del 8 de julio, Kissinger vuelve a su hotel y da a entender a los periodistas que se siente muy cansado y con fiebre. De esta forma, no resulta nada extraño que, al día siguiente, su secretario declare a los periodistas que el consejero del presidente Nixon guarda cama. En realidad, Kissinger ha tomado muy de mañana un avión con destino a Pekín.

De esta forma comienza la gran aventura asiática.

En un comunicado aparecido el 15 de julio en Pekín, se anuncia al mundo la sorprendente noticia:

«El Primer ministro, Chu En-Lai, y el doctor Henry Kissinger, consejero del presidente Nixon en asuntos de

Seguridad nacional, han mantenido conversaciones en Pekín del 9 al 11 de julio de 1971.

»Al enterarse del deseo del presidente Nixon de visitar la República popular de China, el primer ministro Chu En-Lai ha invitado al presidente Nixon, en nombre del Gobierno de la República popular de China, a acudir a China, en una fecha apropiada, antes del mes de mayo de 1972. El presidente Nixon ha aceptado la invitación gustosamente.

»El encuentro de los dirigentes de China y Estados Unidos tiene la finalidad de buscar la normalización de las relaciones entre los dos países e intercambiar puntos de vista sobre cuestiones de interés para las dos partes.»

En el curso de las conversaciones Kissinger-Chu En-Lai, el contencioso chino-americano ha sido examinado cuidadosamente. Formosa, Vietnam y Pakistán han ocupado un lugar preponderante entre los temas tratados (coincidiendo los dos países en hacer responsables de los sucesos acontecidos en Pakistán a la URSS y a la India).

En realidad, estas conversaciones han hecho aparecer los intereses comunes, sobre los cuales ha cristalizado el acercamiento chino-americano.

El estancamiento del desarrollo económico, ocasionado por la repentina suspensión de la ayuda soviética, la apremiante necesidad de proveerse de bienes de equipo, el cerco progresivo y metódico de su territorio y el miedo a que Moscú desate una guerra relámpago atómica, obligan a Chu En-Lai a una revisión total de la política china. El aislamiento de esta potencia continental le obliga a buscar nuevas fuentes de aprovisionamiento, volviéndose hacia la única salida posible: el mar. Al descubrir que su aliado fraternal de ayer, la URSS, se ha convertido en su peor enemigo, China se acerca a su adversario teórico, el más antiguo, pero también el más alejado de sus costas: Estados Unidos. Tales son las bases sobre las que Chu En-Lai ha asentado sus conversaciones con Kissinger. Este último también había dejado bien definida la situación, realizando una labor de filigrana.

La falta de salida al exterior de sus productos, la pérdida del monopolio mundial que detentaba desde el fin de la última guerra, la rápida formación de potencias económicas competitivas (como Alemania y el Japón), la aparición del Mercado Común, los ingentes gastos impuestos por sus responsabilidades estratégicas y el déficit de su balanza comercial han provocado la crisis del dólar americano y empujado a Washington a buscar el diálogo con Pekín. El primer resultado se ha obtenido tal como se esperaba y el mercado chino, prohibido a los productos americanos desde hacía veinticinco años, ha quedado abierto. ¡Un mercado de setecientos cincuenta millones de clientes!

Finalmente, Estados Unidos representa para China, militarmente, un peligro menor que la URSS, la cual ha amontonado sobre sus miles de kilómetros de frontera común un millón de hombres dotados de una terrible potencia de fuego y de armas atómicas. Estados Unidos es también menos peligroso que el Japón, cuya proximidad, potencia industrial y latente militarismo preocupa en alto grado a los dirigentes de Pekín, y menos hostil que la India, cuya enorme población (quinientos cincuenta millones de habitantes) la hacen capaz de contrarrestar el peso de las masas humanas chinas.

No estando al alcance de los ejércitos de Pekín, el principal adversario de América del Norte, en la tierra, en el mar y en el espacio, es la URSS, cuyos dirigentes, en el momento en que se celebran las conversaciones de Pekín, se niegan todavía a limitar el armamento atómico.

En el plano económico y en todos los mercados del Sudeste Asiático, de América del Sur y de la India —donde actualmente es el principal inversor—, el Japón se convierte indiscutiblemente en el más temible rival de Estados Unidos.

Finalmente, y esto es importante en este mes de julio de 1971, los intereses chinos y americanos convergen, por primera vez desde 1945, al producirse el conflicto indo-pakistaní. Pekín y Washington denuncian al unísono «la injerencia soviética» y «la agresión india».

Al haber asegurado Kissinger a Chu En-Lai que China entraría en la ONU, de donde quedaría excluida la China Nacionalista, y con la certeza de que los intercambios comerciales serán provechosos, los chinos deciden limpiar los cuadros políticos, entre julio y diciembre de 1971, para concentrarse en los problemas internacionales. Esta es la causa de las purgas que se realizan en la cumbre de la jerarquía comunista china y de la primacía que adquieren los políticos (Mao y Chu En-Lai) sobre los militares.

Pòr otro lado, en este mes de julio de 1971, Pekín celebra el cincuentenario de la fundación del partido comunista chino, uno de los más antiguos partidos comunistas de Asia, a cuyo frente se siguen manteniendo algunos de sus miembros fundadores: Mao Tse-Tung y el vicepresidente de la República, Tong-Piwu. Los dos estuvieron en la reunión de los doce militantes clandestinos, el 1 de julio de 1921, en la que surgió el movimiento. En cuanto a Chu En-Lai, se encontraba en aquella época en Francia fundando células del partido entre los emigrantes chinos. La mayor parte de los veinte millones de miembros de la organización son campesinos, lo cual explica la naturaleza y la historia de la sociedad china, puesto que es en los campos donde los guerrilleros comunistas han combatido durante más de veinte años para conquistar el poder. Los lazos anudados con la tierra china en este largo período han marcado definitivamente al PCC. También de esta época data la interacción del partido del Ejército Popular.

Por otra parte, aunque el partido ha tanteado varios caminos durante largo tiempo, ahora ya ha encontrado el suyo. En sus treinta y seis años de presidencia, Mao Tse-Tung ha lanzado una serie de campañas de rectificación y de educación ideológicas en el seno del partido y entre la población. Su carácter sistemático no tiene equivalente en ningún otro partido comunista del mundo.

En cuanto a su forma actual, proviene de los comités revolucionarios, cuyo origen se encuentra en la alianza del ejército con los antiguos cuadros directivos del

partido y de la administración y con las organizaciones que se crearon durante la Revolución Cultural. Han sido necesarios dieciocho meses para que cada provincia tenga su comité y para que el presidente de la República, Liu Chao-Chi, haya sido considerado «irrecuperable» y excluido del PC.

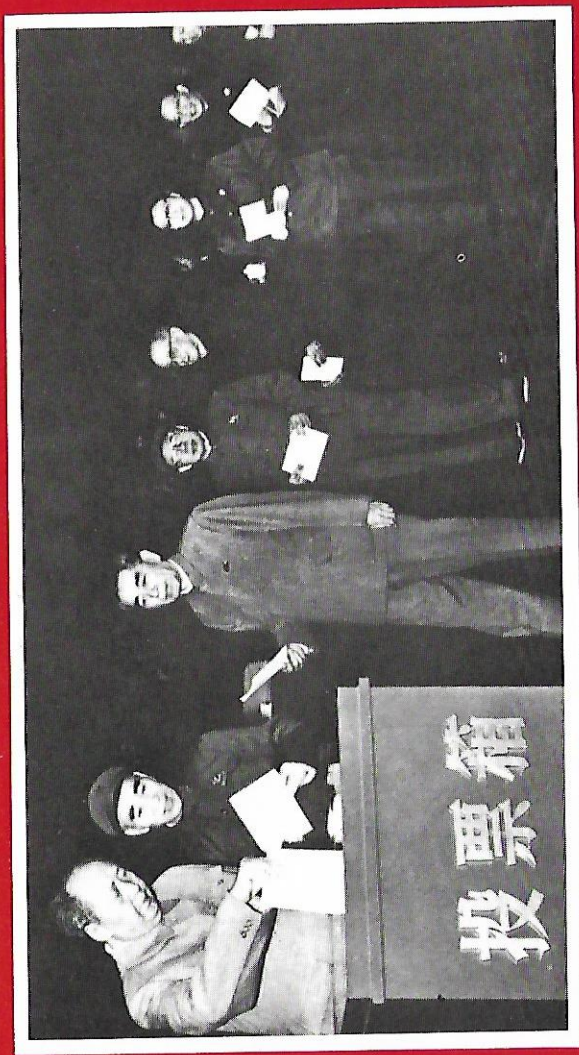
Ahora, en julio de 1971, ya están distribuidas las cartas entre los representantes de las grandes potencias. Pero, antes de que comience la partida, hay que resolver una importante cuestión: ¿La República popular de China puede realmente entrar en la ONU y sustituir a la China Nacionalista?

Pekín ha acusado a la ONU, durante más de veinte años, de ser la muralla protectora del imperialismo y de los reaccionarios. Pero, a finales de 1969, Chu En-Lai, inaugurando su política de búsqueda de una cierta forma de coexistencia pacífica, hacía alusión «al restablecimiento de los legítimos derechos de China en las Naciones Unidas», lo cual no impide que China manifieste su opinión sobre la ONU. Aun cuando hasta este momento los países europeos y ciertos Estados de los demás continentes se oponían a la entrada de China en las Naciones Unidas, unos días después de anunciarse el viaje del presidente Nixon a Pekín, el ministro americano de Asuntos Exteriores, William Rogers, declara que el gobierno de Estados Unidos no seguirá oponiendo su veto, sino que, por el contrario, apoyará la entrada de China en la ONU. Queda sobreentendido que Formosa continuará estando representada en aquella organización.

El deshielo de las relaciones Washington-Pekín significa, para quienes se oponian a la entrada de China en la ONU, que este país reúne ya las condiciones exigidas en la Carta de las Naciones Unidas para pertenecer a dicho organismo:

1. Aceptar las obligaciones contenidas en la Carta.
2. Ser un Estado pacífico.
3. Ser capaz y estar dispuesto a cumplir las obligaciones contenidas en la Carta.

En realidad, el problema de la representación china



Elección en el IX Congreso chino: Mao, Lin-Piao, Chu En-Lai, Chen Po-Ta, Chiang-Ching, Chang Chun-Chiao, Yao Wen-Yuan.

en la ONU se había planteado ya en los primeros días de la República Popular. La posición de los dirigentes comunistas, después de la derrota del régimen nacionalista, estaba clara: el nuevo poder debía suceder automáticamente al anterior. El 18 de noviembre de 1949, Chu En-Lai, que acababa de hacerse cargo del ministerio de Asuntos Exteriores, enviaba un mensaje al presidente de la Asamblea General, pidiendo que «la Organización de las Naciones Unidas, conforme a los principios y al espíritu de la Carta de las Naciones Unidas, retire inmediatamente a la delegación del gobierno nacional chino todo derecho a representar al pueblo chino ante las Naciones Unidas y se ajuste de esta manera al deseo del pueblo chino.»

China Popular se consideraba como miembros de la Organización —y miembro de pleno derecho— desde la fundación de la ONU. El actual presidente de la República, Tong-Piwu, había firmado, por otra parte, la convención de San Francisco. El gobierno de Pekín nombró, a principios de 1950, sus representantes en las diversas instituciones de las Naciones Unidas, pero éstos no pudieron ocupar nunca su puesto.

Estados Unidos, que había considerado durante un corto período de tiempo la posibilidad de entrar en relaciones con Pekín, decidió, en primavera, sostener con sus fuerzas armadas y su potencia financiera al régimen de Formosa, reconociéndole como el representante legítimo de China, al igual que hicieron sus aliados. Poco después, la guerra de Corea hizo entrar a las Naciones Unidas en el conflicto y acabó con todas las esperanzas de que se reanudaran rápidamente los contactos entre China Popular y la ONU.

La tensión entre las dos partes alcanzó su punto culminante con la resolución del 1 de febrero de 1951, tras la intervención de los voluntarios chinos en Corea. La Asamblea General condenó a China como país agresor, constatando «que el gobierno de la República popular de China, al proporcionar ayuda directa y asistencia a quienes ya habían cometido una agresión en Corea, y al iniciar las hostilidades contras las fuerzas

de las Naciones Unidas que se encontraban allí, ha realizado él mismo una agresión en Corea.»

La respuesta china no se hizo esperar y, al día siguiente, Chu En-Lai declaraba que la Asamblea General había tomado una decisión «ilegal, difamatoria y nula».

Por tanto, existía un contencioso entre China y la ONU desde esta época. Pekín se negó sistemáticamente a tomar posición en este contencioso hasta 1965, fecha en la que el ministro de Asuntos Exteriores, Chen-Yi, declaraba: «La ONU debe reconocer sus errores pasados. En especial, debe declarar nula e invalidar la resolución que condena a China y a la República popular democrática de Corea como Estados agresores, y adoptar una resolución que condene a Estados Unidos como Estado agresor.»

Ciertamente, éste ya no es el punto de vista de Pekín. Estas declaraciones fueron hechas en la época en que China Popular apoyaba el proyecto indonesio de formar una nueva ONU de carácter revolucionario. El golpe de Estado de Yakarta, en 1965, y la caída de Sukarno pusieron fin a este proyecto. Por otra parte, China ha hecho saber en repetidas ocasiones que no le satisfacían las actuales estructuras de la Organización y que se proponía reformarlas en su día.

A partir de ahora, podrá presentársele la ocasión de hacerlo.

En la noche del 25 al 26 de octubre de 1971, por setenta y seis votos contra treinta y cinco, y diecisiete abstenciones, la ONU ha adoptado la resolución de admisión de la República popular de China y de expulsión de Formosa. Unos minutos antes de efectuarse el último escrutinio, la delegación de Taipeh se retiraba porque no quería, según declaró su jefe, Chu Chu-Kai, «permitir que la sede de las Naciones Unidas se convirtiera en un lugar donde la justicia y el derecho cedieran el lugar a la injusticia y a la ilegalidad».

«La ONU acaba de tomar un mal camino», decía el representante americano en las Naciones Unidas al finalizar los cuatro escrutinios. En primer lugar, por

cincuenta y seis votos contra cincuenta y tres, y diecinueve abstenciones, la Asamblea General ha rechazado una moción que pretendía aplazar hasta la semana siguiente, según era el deseo de Estados Unidos, la votación sobre las resoluciones concernientes a la representación china. Por sesenta y un votos contra cincuenta y tres, con trece abstenciones, la Asamblea ha dado prioridad a la resolución americana que exigía la mayoría de dos tercios para la expulsión de Formosa de la ONU y, primera decisión capital, rechazaba esta resolución por cincuenta y nueve votos contra cincuenta y cuatro, con quince abstenciones. Acto seguido, se procedía a la votación que aseguró la victoria de China popular.

Mientras China hace su aparición oficial en el concierto de las Naciones Unidas, Henry Kissinger permanece todavía en Pekín, discutiendo con los dirigentes chinos los temas que serán abordados por el presidente Nixon el 20 de febrero de 1972.

El mariscal Chang Kai-Chek ha sentido el agudo dolor de la derrota. Si bien sigue pensando, al igual que Pekín, que Formosa es una parte integrante de la China continental, no puede sino deplorar el «abandono americano» que pone fin a veintidós años de presencia de la China Nacionalista en las Naciones Unidas.

Las consecuencias de la admisión de Pekín en la ONU son numerosas. El Japón, bajo la presión de un elevado número de parlamentarios que exigen la normalización de las relaciones con Pekín, se ve obligado a replantear su política económica. Moscú, por su parte, mantiene una actitud de reserva.

Y esta votación se ha producido precisamente cuando la tensión indo-pakistaní está aumentando sin cesar. Los incidentes se multiplican en la frontera de Bengala oriental. Las tropas indias hostigan, junto a los guerrilleros de Bangla-Desh, a las tropas pakistaníes.

A partir de este momento, China emprende su acción política mundial. Chiao Kuan-Hua está al frente de la delegación china en la ONU y Huang-Hua es su representante permanente. La táctica de esta delegación se

manifiesta en el mes de noviembre, cuando su representante, en un informe duro en el fondo y en la forma, hace una exposición general de la política de Pekín y se limita a votar en cada problema específico y a guardar una cierta distancia con las grandes potencias y con los diversos grupos de naciones. Sin dejar de criticar a la Organización en algunos puntos, los chinos se abstienen de poner en tela de juicio las estructuras y los métodos de las Naciones Unidas, relativa moderación que desaparece cuando el secretario general pide un esfuerzo financiero a todos los miembros de la ONU.

China decide entonces aumentar en tres millones de dólares su aportación al presupuesto ordinario de la ONU para 1972. En ese mismo año, la contribución china se eleva, en total, a siete millones setenta y ocho mil ochocientos veintiocho dólares.

El representante chino, Huang-Hua declara en la carta en que anuncia la entrega del dinero que su gobierno pagará la contribución de China para el año 1971, pero que no pagará los atrasos de Formosa.

Además, Huang-Hua afirma que el gobierno de la República popular de China no contribuirá a ciertos gastos que figuran en el presupuesto de 1972, tales como la emisión de bonos para la financiación de las operaciones de la ONU en el Congo, los gastos de las fuerzas de emergencia en el Oriente Próximo, la conservación del cementerio de la ONU en Corea y la misión para la unificación y la rehabilitación de Corea, «ya que se hacen violando los principios y objetivos de la Carta de las Naciones Unidas, o son hostiles al pueblo chino». Huang-Hua reserva igualmente la posición de la República popular de China «en los demás capítulos que preven gastos contrarios a los fines y principios de la Carta de la ONU».

La posición china tiene cierta analogía con la de Francia y la de la URSS, las cuales se niegan a participar en los gastos ocasionados por la intervención en el Congo. Sin embargo, para ayudar a la ONU a superar sus dificultades financieras, Francia le ha acordado, desde el mes de octubre de 1971, una contribución voluntaria de tres millones novecientos mil dólares.

Instalada en la ONU, y bien instalada, China prepara en los primeros días de 1972 la llegada del presidente Nixon, prevista para el 21 de febrero, vigila la situación en el continente asiático, vuelve los ojos hacia el Japón con ciertas dudas, considera a Formosa como un fruto maduro que antes o después caerá en manos de Pekín, y escruta el horizonte soviético con aprensión.

Una seria preocupación inquieta a los dirigentes chinos, los cuales la manifiestan en sus conversaciones con los diplomáticos occidentales. Se trata de la Conferencia sobre la seguridad europea.

«Los chinos viven bajo la amenaza de verse rodeados, declara en sustancia Chu En-Lai a unos parlamentarios franceses. La presión soviética es tan fuerte sobre Europa como sobre China. Esta es la razón de que la Conferencia sobre la seguridad europea nos inquiete. O bien los rusos salen vencedores de ella y entonces serán ellos quienes garanticen vuestra independencia, o bien se producirá una distensión entre el Este y el Oeste, lo cual permitirá a las tropas soviéticas trasladarse a la frontera norte de China. Esto nos causa inquietud. Es suficiente el millón de hombres que se encuentran en nuestra frontera septentrional.»

Chu En-Lai se refiere a los trabajos de los jefes de los partidos comunistas y de los gobiernos de los siete países miembros del Pacto de Varsovia, reunidos en Praga durante los días 25 y 26 de enero de 1972. Al finalizar estos trabajos se han publicado dos textos. El primero concierne a «la agresión estadounidense» en Indochina y reprocha a Estados Unidos el continuar buscando «una solución militar» a los problemas. El segundo documento «sobre la paz, la seguridad y la cooperación europeas» constituye un balance y una renovación de los esfuerzos realizados para convocar una conferencia paneuropea.

La declaración señala los progresos que se están realizando desde hace un año y da cuenta de que no sólo se han superado los obstáculos que se oponían a la distensión europea, sino que se ha establecido una

forma de «consulta sobre cuestiones de interés recíproco» entre países europeos pertenecientes a distintos sistemas sociales. «Los principios de la cooperación entre la URSS y Francia», definidos en octubre de 1971, durante la visita de Breznev a París, son citados como modelo.

Los dirigentes de los países socialistas piensan que ha llegado el momento de pasar a la etapa siguiente, «la urgente convocatoria de una conferencia paneuropea sobre la seguridad y la cooperación». La declaración propone para esta conferencia un orden del día más preciso que cualquier otro documento publicado sobre el tema y, en especial, que el memorándum puesto a punto en Budapest, en 1970, por los ministros de Asuntos Exteriores de los países miembros del Pacto de Varsovia. La formación de «un sistema de seguridad europea» se presenta como el objetivo de la conferencia. Esta idea pone inevitablemente en tela de juicio las alianzas extra-europeas de las que ya forman parte los Estados invitados a unirse a ella, mucho más que el simple proyecto de la conferencia.

En cuanto a la reducción de las fuerzas armadas y del armamento en Europa, queda evocada fuera del proyecto de orden del día, pero paralelamente, como un tema susceptible de engendrar un acuerdo que «contribuiría a consolidar la seguridad europea».

Los dirigentes del Pacto de Varsovia han abordado también otros temas y el comunicado final habla de «un intercambio de opiniones sobre otros problemas internacionales de interés común». Como en Budapest en 1970, Breznev ha manifestado sus temores y su inquietud ante el problema chino. En Praga se ha vuelto a hablar de China, pero muy oficiosamente y en los pasillos, puesto que Rumania sigue negándose a tratar de este tema en las reuniones del pacto.

Por el contrario, en Moscú cada vez se habla más de China. Sobre todo, a medida que se acerca la fecha del viaje del presidente Nixon a Pekín. En primer lugar, y esto es de una importancia capital, la prensa soviética denuncia la «represión» que se está realizando en

China. El *Pravda e Izvestia* evocan cada vez con mayor frecuencia la existencia de movimientos de resistencia o de oposición en China. Así, el *Pravda* menciona «poderosas fuerzas sociales que pretenden el renacimiento y la confirmación de la teoría y la política del marxismo-leninismo». Precisando las formas concretas que puede adoptar la oposición china al régimen maoísta, la agencia Tass señala el arresto de dos grupos de oficiales «de elevado rango» bajo la acusación de haber intentado escapar al extranjero—se sobreentiende que a la Unión Soviética. Citando textos de la prensa china, la agencia Tass informa de que se están efectuando purgas cuyos objetivos serían «luchar contra los conspiradores burgueses» y «suprimir con energía la influencia nociva de las concepciones hostiles».

El *Pravda* da cuenta de «la creciente afluencia» de refugiados chinos a Hong Kong y a Macao, cuyos relatos manifiestan el régimen de terror y la represión a que están sometidos «miles y miles de personas» en China. El artículo menciona también la existencia de campos de concentración en la isla de Hai-Nan, donde están internados intelectuales y estudiantes procedentes de todos los puntos del país. Muchos de ellos, no soportando la tortura física y moral, prefieren suicidarse.

Por otra parte, *Izvestia*, refiriéndose a las minorías nacionales de China, acusa al régimen maoísta de Pekín de practicar una política de transculturación forzosa, ya por «liquidación física», ya por internamiento en «campos de reeducación». Según *Izvestia*, esta política provoca «masivos movimientos de protesta, particularmente en Mogolia interior, en el Sin-Kiang y en el Tibet». Ahora bien, prosigue el periódico, estas regiones tienen una importancia estratégica para Pekín, que pretende «asegurarse una base para sus aventuras de política exterior». *Izvestia* cita, en apoyo de su análisis, las palabras pronunciadas por un responsable del PCC en Mogolia interior: «Debemos transformar nuestro territorio de la región autónoma en un bastión de lucha contra el revisionismo soviético».

En la capital misma china, los diplomáticos soviéticos

despliegan cierta actividad, sobre todo junto a los representantes de los países del tercer mundo, y afirman que los dirigentes chinos no se acuerdan de denunciar las próximas maniobras de la Organización del Tratado del Sudeste Asiático, que deben realizarse en el mar de China meridional.

A estos ataques se añaden los que llevan a cabo los soviéticos en el mismo Moscú, ya sea ante las embajadas o ante los representantes que llegan en visita oficial o particular. De hecho, Moscú pretende demostrar que el régimen de Pekín ya no tiene nada en común con el comunismo; que el régimen maoísta, en el interior de China, y sin tener en cuenta las manifestaciones de su política exterior, ha dejado de ser comunista, a pesar de lo específico de las condiciones históricas de China.

Una campaña psicológica, política y diplomática de tal envergadura tiene múltiples causas y fines precisos. Moscú constata que las negociaciones con Pekín sobre los problemas fronterizos no dan ningún resultado y cada vez tienen menos importancia. Ciertos miembros del *Politburó* desearían que se suspendiesen, pero otros preferirían que continuaran, al menos durante cierto tiempo. De todas formas, nadie piensa que resultaría oportuna una ruptura que se efectuase con anterioridad a la visita de Nixon a Moscú y a Pekín. Por tanto, la campaña antimaoísta del Kremlin no pretende únicamente entorpecer la estancia del presidente americano en China, sino que persigue objetivos más lejanos.

Por otra parte, se puede comparar la situación, cuando todavía faltan algunas semanas para que Richard Nixon llegue a Pekín, a la del año 1969, tras los incidente del Ussuri. Entonces, al igual que ahora, se desencadenó una intensa campaña de movilización psicológica en el interior de la URSS. La principal diferencia con la situación presente radica en que en 1969 la Unión Soviética no ahorraba ningún esfuerzo con tal de evitar que empeorasen sus relaciones con China: no habían transcurrido tres semanas desde los incidentes del Ussuri cuando ya Kossyguin intentaba ponerse al habla por teléfono con los dirigentes de

Pekín; en septiembre, se entrevistaba con Chu En-Lai en el aeropuerto de la capital china y, el 19 de octubre, el primer viceministro de Asuntos Exteriores, Kuznetsov, llegaba a China con un programa de negociaciones que sobrepasaba con mucho el intento de solucionar los problemas fronterizos. Se sabe también que, hasta principios de 1971, los soviéticos han deseado que una delegación china asista al XXIV Congreso del partido comunista de la URSS.

Lo único que queda de todos estos esfuerzos diplomáticos es la entrega a China, en enero de 1972, de dos aparatos *Illyuchin-62* y un lacónico intercambio de telegramas entre Gromyko y Tsi Pen-Fei, al ser nombrado este último ministro de Asuntos Exteriores. Parece como si Moscú pensase que la política de «normalización de las relaciones con los Estados» no merecía, con respecto a Pekín, los esfuerzos que se estaban realizando desde hacía tres años. Finalmente, Moscú sabe que la situación en la frontera chino-soviética es tensa, pero que su confrontación con Pekín no es militar, sino política. Lo cual, añade Moscú frente a los diplomáticos americanos, no impediría que el Kremlin tomase, sobre el terreno y en el momento preciso, decisiones rápidas de orden estrictamente militar. Y los diplomáticos occidentales subrayan en Moscú el hecho de que las minorías étnicas que el Kremlin pretende defender no son otras que los Uighur del Sin-Kiang, los habitantes de unas regiones que se extienden junto a la frontera chino-soviética.

Unos días antes de salir hacia Pekín, el presidente Nixon invitaba a un especialista en cuestiones chinas, André Malraux, para que le sugiriese algunas ideas.

«No soy quién para aconsejar a nadie, precisaba Malraux. Pero los americanos deberían proponer a China una especie de plan Marshall. Ese es el verdadero problema y lo demás no es más que pura charlatanería. La actual posición de China no es la misma que la de hace cinco años. Entonces prevalecía el odio total hacia Estados Unidos, una posición revolucionaria contra una posición capitalista. Pero los chinos, hoy, ya no

se interesan por el problema revolucionario. No se trata de pensar que Mao va a hacer concesiones a los capitalistas, pero la revolución está detrás de él. Lo que interesa apasionadamente a Mao es la manera de elevar el nivel de vida de su pueblo. No tiene ninguna importancia el que los americanos sean capitalistas, si Estados Unidos le ayuda a aumentar el nivel de vida.

«Nosotros no pertenecemos al tercer mundo ni somos Africa, me había dicho Mao, y añadía: nuestra civilización es muy antigua y nuestra pobreza no es una necesidad. No puedo sacar provecho más que de un 10 por 100 de las tierras cultivables. Por tanto, para construir China, debo industrializarla. Primero tengo que proveerla de una industria ligera, pero no dispongo de medios para construir las centrales necesarias para que esta industria funcione. ¿Quién las construirá, puesto que yo no puedo financiarlas? Un país que acepte suministrarme los bienes de equipo y al que yo pagaré dentro de treinta o cincuenta años.»

»No hay en el mundo más que un solo país capaz de concederme un crédito semejante: Estados Unidos. ¿Está dispuesto el país más rico del mundo a prestar ayuda al país más poblado del mundo?

»Los chinos no conceden ningún interés a sus discursos revolucionarios internacionales. En realidad, ¿qué han hecho? Nada en el Vietnam, donde son los rusos quienes han intervenido. Nada en Pakistán. Un pequeño ferrocarril en Zambia, y eso es todo. Con esto quiero decir que lo verdaderamente importante para China es ella misma. Somos nosotros quienes hemos decidido que son una amenaza, a causa de cierto número de estudiantes... Pero esto no tiene ningún peso. Mao quiere convertir a China en una nación. Ahora bien, China nunca lo ha sido. ¿Qué es la unidad china? Una escritura, ni siquiera una lengua. Mao sabe muy bien que China ha sido unificada en tres ocasiones, y que se ha fragmentado otras tantas veces.»

Estas son las impresiones que André Malraux ha desarrollado ante el presidente Nixon el 14 de febrero de 1972.

Seis días más tarde, el presidente americano, acompañado de su esposa, sale hacia Pekín, «un viaje hacia otro planeta». Sin embargo, la víspera de su partida, Nixon tiene un nuevo gesto de conciliación hacia China, al levantar una serie de restricciones impuestas al comercio con aquel país. Varios nuevos productos, especialmente las locomotoras que tanta falta le hacen a China, podrán ser exportadas hacia aquellas tierras, que se benefician así de las mismas condiciones que la URSS.

Después de tres años de guerra caliente, dieciocho de guerra fría, ciento treinta y seis conversaciones, todas igualmente vanas, las de Ginebra tanto como las de Varsovia, después de cuatrocientas noventa y siete «serias advertencias» de los chinos a los americanos, el presidente Nixon llega, el 21 de febrero de 1972, al aeropuerto de Pekín. Ambas partes permanecen crispadas. El apretón de manos de Chu En-Lai, generalmente muy desenvuelto, resulta artificial. A pesar de una ligera sonrisa, Nixon se mantiene alerta. Este primer contacto da una penosa impresión. Se advierte que las dos partes se mantienen en sus posiciones. Para Nixon, su visita no solucionará el contencioso chino-americano.

«No pensamos que una semana de conversaciones pueda hacer desaparecer veinte años de hostilidad entre la República popular de China y Estados Unidos.»

La posición china es también firme.

«El imperialismo americano, se dice oficialmente en Pekín el 20 de febrero, no desea modificar su actitud hostil hacia China. El gobierno y el pueblo chinos han albergado siempre sentimientos de amistad hacia el pueblo americano. Pero nosotros apoyamos con firmeza a los pueblos del mundo en su lucha contra la agresión imperialista americana. Las tropas de agresión americanas deben retirarse de Indonesia, de Corea del Sur, de Taiwan y de todos los lugares que han invadido y ocupado. Nuestra actitud en este punto es inquebrantable.»

Al mismo tiempo, el gobierno de Taipeh hacía saber que «Formosa seguía representando a toda China y que los dirigentes de Pekín no son más que un grupo de

rebeldes que no pueden pretender de ninguna manera representar al pueblo chino.» La advertencia resulta vana, puesto que Kissinger, en el transcurso de su entrevista con Chu En-Lai, celebrada el 23 de octubre de 1971, había manifestado con toda claridad que el destino de Formosa debía ser discutido directamente por Pekín y Taipeh. De hecho, según algunos, existía un acuerdo tácito entre las capitales de las dos Chinas, desde 1967, que preveía la devolución de Formosa a China continental tras la muerte del mariscal Chang Kai-Chek, devolución que debería ser arreglada con la sutileza propia de los chinos.

A las inquietudes de Taipeh se han de añadir las preocupaciones políticas y económicas del Japón. Un acercamiento chino-americano significaría para el Japón una disminución de sus intercambios comerciales con China y plantearía un problema estratégico en el caso de que Formosa pasara a depender de Pekín, ya que todo el comercio japonés se ve obligado a atravesar el estrecho de Taiwan.

«Nuestra tradición nos ha enseñado a tratar con cortesía a nuestros invitados. Todo visitante debe ser honrado dignamente. Pero no estamos obligados a estar de acuerdo con él» declaraba un consejero de política exterior de Chu En-Lai, unas horas antes de la llegada a Pekín del presidente Nixon.

Tras la legendaria cortesía de los chinos, se oculta también el interés político. Mientras que el programa oficial preveía que se celebrase un primer encuentro Nixon-Mao Tse-Tung el 26 de febrero, el presidente Nixon se entrevista con el presidente Mao Tse-Tung el mismo día de su llegada y a petición de este último.

Al finalizar esta primera jornada chino-americana, las reacciones de las distintas capitales son muy diversas. Los países de Europa oriental critican más duramente a China que a Washington. Moscú da muestras de una inquietud a largo plazo. La India no oculta su animosidad hacia Estados Unidos, tratando con miramiento a China. Si bien Taipeh se resigna a la incertidumbre de su futuro, Tokio subraya que el acercamiento chino-

americano no debe ser ni demasiado rápido ni demasiado sustancial.

El segundo día del viaje de Nixon, los chinos acometen directamente los temas a tratar. Cortés, sencillo y directo, Chu En-Lai aborda las cuestiones más importantes. Calificando la visita de Richard Nixon como «acontecimiento sin precedentes en la historia de las relaciones de China y Estados Unidos», saluda a sus invitados con palabras elogiosas. Los pueblos de los dos países han sido siempre amigos y ahora, «gracias a nuestro común esfuerzo, se han abierto finalmente las puertas de la amistad». A pesar de las divergencias sociales y diplomáticas, Chu En-Lai propone establecer unas relaciones normales de Estado a Estado sobre la base de los principios que él mismo proclamó en 1956:

1. Respeto mutuo de la integridad del territorio y de la soberanía de cada país.
2. Pacto de no agresión.
3. Igualdad y respeto mutuos.
4. Desarrollo de las condiciones de coexistencia pacífica.
5. No injerencia en los asuntos internos.

En suma, el jefe del gobierno chino se vuelve con resolución hacia el futuro, sin apenas hacer alusión a la anterior hostilidad.

El presidente Nixon responde con elocuencia, pero es más impreciso (aunque esto tal vez fuese a causa de sus aliados de Saigón, Tokio, Tailandia y Corea del Sur).

«Si nuestros dos pueblos son enemigos, el futuro del mundo es muy sombrío, pero si logramos encontrar un terreno en el que podamos trabajar juntos, las posibilidades de la paz mundial serán tanto mayores.» Después declara lo esencial: «No existe ninguna razón para que seamos enemigos. Ninguno de nosotros ambiciona el terreno del otro, ninguno de nosotros pretende dominar al otro, ninguno de nosotros desea tener bajo su dominio todo el mundo.»

Una vez establecidos estos preliminares, continua la visita del presidente americano. Las largas y secretas conversaciones con los dirigentes chinos se alternan con

paseos turísticos. Después de haber admirado la Gran Muralla, Nixon declara: «Tengo numerosas razones para pensar que mi decisión de realizar este viaje ha sido acertada. Y uno de los primeros resultados de mi visita a China será tal vez el que numerosos americanos, especialmente los jóvenes, tengan la posibilidad de venir a este país.»

Mientras que los chinos y los americanos hablan del mundo, una importante delegación soviética, dirigida por un vicepresidente de Comercio, mantiene en Tokio conversaciones acerca del desarrollo de la colaboración económica de la URSS con el Japón. Casi la totalidad del encuentro se ha consagrado al proyecto de la participación japonesa en el desarrollo de Siberia, proyecto que constituye el gran cebo de la URSS para conseguir la colaboración técnica, financiera, e incluso de posible cliente del Japón. Finalmente, Moscú ha solicitado un préstamo a largo plazo de mil millones de dólares. Por otro lado, los japoneses, a instancias del presidente Nixon, tienen que efectuar un acercamiento progresivo hacia China.

Después de cinco días de conversaciones, a veces no previstas en el programa, el presidente Nixon declara en el curso de la cena que ofrece a los chinos:

«Vosotros creéis sinceramente en vuestro sistema, y nosotros también creemos profundamente en el nuestro. No son unas convicciones comunes lo que nos ha reunido en este lugar, sino nuestros intereses y esperanzas comunes, el deseo, que cada uno de nosotros tiene, de conservar su independencia y la seguridad de nuestro pueblo, y la esperanza, que ambos albergamos, de construir un nuevo orden mundial en cuyo seno puedan vivir en paz las naciones y los pueblos que tienen diferentes sistemas y valores, respetándose unas a otras a pesar de los desacuerdos y dejando que sea la historia, y no el campo de batalla, el juez de sus diferentes ideas.»

Chu En-Lai responde en estos términos:

«Existen grandes divergencias de principio entre nuestros dos pueblos. Gracias a unas discusiones serias

y francas, hemos logrado conocer mejor nuestras posiciones y actitudes respectivas, lo cual beneficia a las dos partes.

»Los tiempos adelantan y el mundo se transforma. Estamos totalmente convencidos del poder de la voluntad de los pueblos y de que, cualesquiera que sean los zigzags y los retornos al pasado que se produzcan en el curso de la historia, la tendencia general del mundo se encamina directamente hacia la luz y no hacia las tinieblas. Este es el deseo común de los pueblos chino y americano: desarrollar su mutua comprensión y amistad y hacer que progresen las relaciones entre China y Estados Unidos.

»El gobierno y el pueblo chinos lucharán sin desfallecer para lograr este objetivo.»

Después de una larga noche, durante la cual Kissinger y Chu En-Lai discuten cada palabra y comentan cada frase, el 28 de febrero de 1972 aparece en Sanghai un comunicado chino-americano. El texto de este documento, de excepcional importancia para los anales de la diplomacia mundial, ofrece por separado las posiciones china y americana. En realidad, presenta paralelamente las dos concepciones de la política mundial.

«La parte americana ha declarado:

»La paz de Asia y la paz mundial reclaman que se realicen esfuerzos para reducir las tensiones inmediatas al mismo tiempo que para eliminar las causas fundamentales del conflicto. Estados Unidos trabaja en pro de una paz justa y duradera: justa porque satisface las aspiraciones de los pueblos y las naciones a la libertad y al progreso; duradera, porque suprime el peligro de agresión exterior. Estados Unidos defiende el derecho de todos los pueblos del mundo a disfrutar de la libertad individual y del progreso social, sin presiones o intervenciones exteriores. Estados Unidos posee la convicción de que la mejora de las relaciones de los países que tienen ideologías diferentes contribuirá a reducir las tensiones y así disminuirá los riesgos de una confrontación que pudiera surgir de un accidente, o bien de un error de cálculo o de un malentendido. Los países deberían mante-

ner entre ellos unas relaciones fundadas en el respeto mutuo y desear una competencia pacífica que sea juzgada únicamente en función de los resultados. Ningún país debería aspirar a la infabilidad y cada país debería estar dispuesto a revisar sus propias posiciones en beneficio del bien común.

»Estados Unidos ha subrayado que debería estar permitido que los pueblos de Indochina determinasen su destino sin intervenciones exteriores. Su objetivo esencial ha sido siempre encontrar una solución por medio de negociaciones. La propuesta de ocho puntos, presentada por la República de Vietnam y Estados Unidos el 27 de enero de 1967, constituye una base para la consecución de este objetivo. En ausencia de una solución negociada, Estados Unidos está dispuesto a retirar todas las fuerzas americanas, de acuerdo con el objetivo de autodeterminación de todos los países de Indochina.

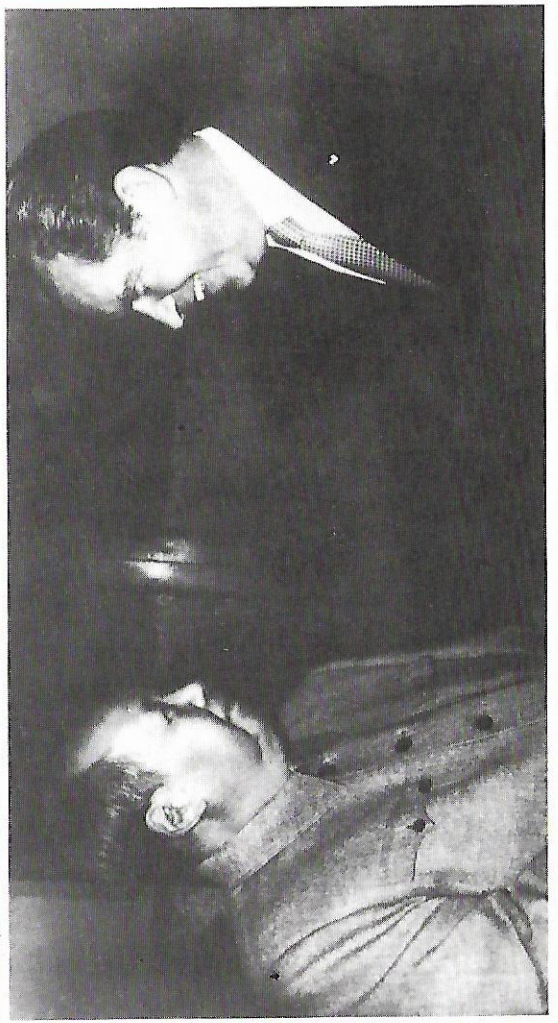
»Estados Unidos mantendrá sus estrechos lazos y su apoyo a la República de Corea. Estados Unidos apoyará a la República de Corea en sus esfuerzos por lograr una disminución de la tensión y aumentar las comunicaciones en la península de Corea.

»Estados Unidos concede el mayor valor a sus amistosas relaciones con el Japón, y continuará estrechando los lazos existentes.

»Estados Unidos, de acuerdo con la resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas del 21 de diciembre de 1971, es favorable a que se mantenga el alto el fuego en la India y Pakistán y a la retirada de todas las fuerzas militares al interior de sus respectivos territorios y a su lado de la línea de alto el fuego en Jammu y Cachemira. Estados Unidos sostiene el derecho de los pueblos de Asia del Sur a construir su propio futuro de paz, libre de amenazas militares y sin que la región se convierta en motivo de rivalidad para las grandes potencias.

La parte china ha declarado:

«En todos los lugares donde hay opresión, hay resistencia. Los países desean la independencia, las naciones quieren la liberación y el pueblo la revolución. Esta es la



Febrero de 1972: la histórica entrevista en Pekín: Mao-Nixon.

tendencia irresistible de la historia. Todas las naciones, grandes o pequeñas, deberían ser iguales. Las grandes naciones no deberían intimidar a las pequeñas y las naciones fuertes no deberían intimidar a las débiles.

»China no será nunca una superpotencia y se opone a las políticas de hegemonía y de poder, cualesquiera que sean.

»La parte china ha declarado que apoya firmemente la lucha de todos los pueblos y naciones oprimidas en pro de su libertad y liberación, y que los pueblos de todos los países tienen derecho a escoger sus sistemas sociales según sus propios deseos y a salvaguardar su independencia, soberanía e integridad territorial oponiéndose a la agresión, injerencia, dominación y subversión del extranjero. Todas las tropas extranjeras deberían volver a su países. La parte china ha manifestado su firme apoyo a los pueblos de Vietnam, Laos y Camboya en sus esfuerzos realizados para conseguir sus objetivos, y su firme defensa de la propuesta de siete puntos del gobierno revolucionario provisional de la República de Vietnam del Sur, así como del estudio, en febrero de este año, de los problemas clave de esta propuesta, y de la declaración conjunta de la conferencia en la cumbre de los pueblos indochinos.

»La parte china apoya firmemente el programa, en ocho puntos, de unificación pacífica de Corea, presentado por el gobierno de la República popular democrática de Corea, el 12 de abril de 1971, y la petición de abolición de «la comisión de las Naciones Unidas para la unificación y la reconstrucción de Corea».

«La parte china se opone firmemente al renacimiento y la expansión del militarismo japonés y apoya firmemente el deseo del pueblo japonés de edificar un Estado japonés independiente, democrático, pacífico y neutral.

»La parte china mantiene firmemente que la India y Pakistán deberían, conforme a las resoluciones de las Naciones Unidas sobre la cuestión indo-pakistaní, retirar inmediatamente sus fuerzas a sus respectivos territorios y a su propio lado de la línea de alto el fuego en Jammu y Cachemira. Y apoya firmemente al gobierno y

al pueblo pakistaní en su lucha por salvaguardar su independencia y su soberanía, y al pueblo de Jammu y de Cachemira en su lucha por el derecho a la autodeterminación.

»Existen diferencias fundamentales entre China y Estados Unidos en lo concerniente a sus sistemas sociales y a sus políticas exteriores. Sin embargo, las dos partes están de acuerdo en que los países, independientemente de sus sistemas sociales, puedan establecer sus relaciones sobre los principios del respeto de la soberanía y de la integridad territorial de todos los Estados, así como de la no agresión contra los demás Estados, de la no injerencia en los asuntos internos de otros Estados y de la igualdad de las concesiones recíprocas y de la coexistencia pacífica.

»Los conflictos internacionales deben ser solucionados sobre la base de estos principios, sin recurrir al uso o a la amenaza de la fuerza. Estados Unidos y la República popular de China están dispuestos a aplicar estos principios en sus mutuas relaciones. Teniendo en cuenta estos principios de relaciones internacionales, las dos partes han declarado que:

»Un progreso de la normalización de las relaciones entre China y Estados Unidos beneficiaría a todos los países. Una y otra parte desean reducir el peligro de un conflicto armado internacional.

»Ni la una ni la otra deberían pretender establecer una hegemonía en Asia ni en el Pacífico, y ambas se declaran opuestas a los esfuerzos de cualquier otro país o grupo de países por establecer tal hegemonía.

»Ninguna de las dos partes está dispuesta a negociar en nombre de un tercero, ni a concluir acuerdos o pactos con la otra parte que estuvieran dirigidos contra otros Estados.

»Una y otra parte estiman que atentaría contra los intereses de los pueblos del mundo el que una de las grandes potencias se aliara con otra en contra de otros países, o el que las grandes potencias repartan el mundo en zonas de influencia.

»Las dos partes han examinado las profundas diferencias que existen desde hace largo tiempo entre China y Estados Unidos.

»La parte china reafirma su posición: la cuestión de Taiwan (Formosa) es la cuestión crucial que obstaculiza la normalización de relaciones entre China y Estados Unidos. El gobierno de la República popular de China es el único gobierno legal de China. Taiwan es una provincia de China que fue restituida a la madre patria hace largo tiempo. La liberación de Taiwan es un asunto interno de China en el que ningún otro país tiene derecho a intervenir, y todas las fuerzas e instalaciones militares deben retirarse de Taiwan. El gobierno chino se opone a cualquier acción cuya finalidad sea la creación de «Una China, un Taiwan», «Una China, dos gobiernos», «Dos Chinas» y «Taiwan independiente», o a quienes afirman que «queda por definir el estatuto de Taiwan».

«La parte americana ha declarado:

»Estados Unidos reconoce que todos los chinos, de ambos lados del estrecho de Taiwan, sostienen que no hay más que una sola China y que Taiwan es una parte de China. El gobierno de Estados Unidos no discute esta proposición.

»La parte americana reafirma su interés en que la cuestión de Taiwan sea solucionada pacíficamente por los chinos. Desde esta perspectiva, afirma que su objetivo final es la retirada de todas las fuerzas e instalaciones militares americanas de Taiwan. Hasta entonces, reducirá progresivamente sus fuerzas e instalaciones militares allí a medida que disminuya la tensión en esta región.

»Las dos partes están de acuerdo en reconocer que conviene que aumente la comprensión entre los dos pueblos. Con este fin, han tratado temas específicos, tales como la tecnología, la cultura, el deporte y el periodismo, campos en los que los contactos y los intercambios entre ambos pueblos beneficiarían a las dos partes. Estados Unidos y China se comprometen a desarrollar tales contactos e intercambios.

»Las dos partes consideran el comercio bilateral como otro campo que puede aportar mutuos beneficios, y convienen en que las relaciones económicas fundadas

sobre la igualdad y el beneficio recíproco interesan a los pueblos de los dos países. Están de acuerdo en facilitar el desarrollo del comercio entre los dos países.

»Las dos partes están de acuerdo en permanecer en contacto por diversos medios, incluido el envío de un representante americano de alto rango, de cuando en cuando, a Pekín, para efectuar consultas concretas con el fin de profundizar en la normalización de las relaciones entre los dos países y proseguir los intercambios de opiniones sobre temas de interés común.

»Las dos partes manifiestan su esperanza en que los beneficios de esta visita desembocarán en nuevas perspectivas sobre las relaciones entre los dos países. Creen que la normalización de las relaciones entre los dos países no sólo interesa a los pueblos chino y americano, sino que contribuye a que disminuya la tensión en Asia y en todo el mundo.»

Los puntos de desacuerdo siguen siendo numerosos, pero ha quedado abierto el diálogo entre Washington y Pekín, lo cual resultaba inimaginable en 1971. Moscú teme que se establezca una consulta regular entre China y Estados Unidos. A partir de este momento, Pekín se convierte en un interlocutor digno de atención en el plano internacional. Aunque los japoneses, y Taipeh con mayor motivo, no ocultan su decepción al constatar que Nixon se ha batido en retirada con respecto a Formosa, numerosas capitales se preguntan si, además de este comunicado que resulta una simple manifestación de posiciones, no se han firmado acuerdos secretos chino-americanos. Los rusos lo afirman, y les conviene hacerlo, ya que dentro de tres meses van a recibir a Nixon y deberán restablecer el equilibrio, pues no tienen la intención, tras las conversaciones de Pekín, de cerrar todas las puertas a una vasta política internacional.

Las repercusiones del viaje de Nixon a Pekín son múltiples y variadas. El Japón, pasada la primera impresión de descontento, se orienta hacia una normalización de sus relaciones con China Popular y empieza a reconocer, a partir de este momento, que Taiwan pertenece a China.

En la India, Indira Ghandi ha reaccionado al punto. El 2 de marzo, decidía en Calcuta: «Ha dejado de existir la línea de alto el fuego en Cachemira. Nos negamos a ceder a las presiones, vengan de donde vengan.»

El mismo día, la URSS concedía una ayuda económica de treinta y ocho millones de dólares, cuyo montante debía servir para la construcción de una fábrica de material eléctrico.

Cuando ya se comienza a hablar del viaje del presidente Nixon a Moscú, la situación internacional se encuentra en una fase de expectativa. Entonces estalla la gran ofensiva de los norvietnamitas, ofensiva que parece destinada a conmover toda la política internacional. Una gran agitación se produce en las cancillerías y en los estados mayores. Los barcos de guerra rusos y americanos se cruzan en las aguas del Pacífico y hacen algunas singladuras a lo largo de las costas del Pakistán occidental. Tan sólo China parece conservar la calma, inquietando a los gobiernos occidentales, aunque en realidad se trata de una calma aparente que corresponde a la imagen que Mao Tse-Tung y Chu En-Lai quieren dar de la China moderna, después de su entrada en las Naciones Unidas, de la visita del presidente Nixon y de la apertura de más de cincuenta embajadas en la capital china. Una China que desempeña un papel de primer orden en el futuro del mundo. Una China que ha sembrado en todo el mundo la idea de «una revolución continua» y de una estrategia basada en la guerrilla popular más que en el armamento nuclear. Mao Tse-Tung y Chu En-Lai son los dos grandes supervivientes del gran partido comunista chino. La nueva China, nacida en la Revolución Cultural, está comenzando a desaparecer para dar paso a otra China. Mao Tse-Tung y Chu En-Lai dedican los últimos años de su vida a preparar su advenimiento, el primero haciendo que la llama revolucionaria la ilumine eternamente y el segundo insertándola en las realidades que la rodean y en sus propias realidades.

Chu En-Lai no duda en denunciar estas realidades. Dos meses después de la visita del presidente americano a Pekín, declara:

«Se necesitará mucho tiempo para poner en práctica los acuerdos de principio concluidos con Nixon.»

»Los contactos entre China y Estados Unidos habían estado suspendidos durante veinte años. La visita del presidente Nixon es al menos un buen comienzo. Evidentemente, contribuye a una mejor comprensión recíproca de los puntos de vista y permite definir con mayor precisión la posición y la actitud de cada una de las dos partes.

»Una y otra han expresado el deseo de que disminuyan las tensiones internacionales y, sobre todo, la tensión del Lejano Oriente. La cuestión radica en saber si sus acciones futuras responderán a este deseo. La cuestión principal del Lejano Oriente es la de la guerra de agresión americana contra el Vietnam e Indochina. En mi opinión, si Estados Unidos no retira sus fuerzas armadas de Indochina y no suspende su apoyo a los regímenes fantoches y a las fuerzas de derechas, la guerra de Indochina no tendrá fin y persistirá la tensión en Extremo Oriente.

»La visita del presidente Nixon es, en realidad, una elevación del nivel de las negociaciones comenzadas en Ginebra en 1955 y continuadas en Varsovia.»

En el momento en que se efectuan estas declaraciones, las tropas del general Giap lanzan una violenta ofensiva en tres frentes: en el norte, cerca de Hue; en las altiplanicies; y en el Sur, con dirección a Saigón. Ante esta avalancha, y con el fin de evitar una ruptura de los frentes y la capitulación de Vietnam del Sur, las fuerzas aéreas americanas machacan las instalaciones de los puertos, las carreteras y los puentes de Vietnam del Norte para dificultar el abastecimiento de armas y municiones de los asaltantes y la llegada de refuerzos. Los bombardeos masivos llegan a adquirir, a veces, mayor importancia que los de las fuerzas americanas y británicas juntas durante la Segunda Guerra Mundial.

Durante un ataque americano realizado el 9 de mayo de 1972 a lo largo de la provincia de Nghe-An y cerca de la isla de Hon-Ngu, dos barcos chinos, que se encontraban anclados, resultaron alcanzados. Abandonando su reserva y su actitud de expectativa, el ministerio chino de Asuntos Exteriores ha publicado una nota que puede ser considerada como una advertencia. Ciertamente, esta advertencia se refiere a hechos militares, pero aparece en un contexto diplomático bien determinado: dentro de algunas semanas, el presidente Nixon debe acudir en visita oficial a Moscú.

«Algunos miembros de las tripulaciones chinas y unos civiles vietnamitas que se encontraban a bordo de los barcos han sido heridos. Los buques han resultado seriamente averiados», dice el comunicado del ministerio chino de Asuntos Exteriores. Prosigue: «Estos actos constituyen una grave provocación al pueblo chino. El gobierno y el pueblo chino sienten una gran indignación y expresan una enérgica protesta contra el gobierno de Estados Unidos. El gobierno de Estados Unidos debe poner fin inmediatamente a los actos de provocación que constituyen tales ataques contra los buques de carga chinos y abstenerse de tales actos. En caso contrario, deberá asumir la responsabilidad total de las graves consecuencias que se seguirán. El gobierno chino se reserva el derecho a reclamar una compensación por los daños.»

A pesar del bombardeo de las vías de comunicación y de abastecimiento de Vietnam del Norte, a pesar de los bombardeos intensivos de Hanoi, las fuerzas del general Giap continúan su presión sobre los objetivos fijados: Hue y Saigón. Entonces es cuando el presidente Nixon toma una grave decisión: minar los puertos norvietnamistas, donde llegan las armas suministradas por Rusia y, en menor grado, por China.

El 11 de mayo de 1972, un miembro del partido comunista chino escribe en un editorial del periódico oficial de Pekín, *El Diario del Pueblo:*

«La decisión del presidente Nixon de minar los puertos de Vietnam del Norte es una provocación flagrante contra el pueblo vietnamita y una peligrosa iniciativa.

»El pueblo chino cree que su deber es hacer todo lo posible para ayudar y defender a los tres pueblos de Indochina en su lucha contra la agresión americana, y

para salvar a estas naciones. Durante todo el tiempo que dure la guerra de los imperialistas americanos contra Vietnam e Indochina, bajo la forma que se desarrolla, continuaremos ayudando a los vietnamitas y a los otros pueblos de Indochina a llevar a cabo su guerra de resistencia hasta la victoria final.»

Estas tomas de posición de Pekín entran dentro del juego diplomático de Mao Tse-Tung y, sobre todo, de Chu En-Lai. Por una parte, se trata de hacer comprender a los americanos que la visita de Nixon a Pekín no ha cambiado en absoluto la política china en este rincón de Asia. Por otra parte, mientras que los dirigentes de Hanoi andan con rodeos en Pekín y en Moscú no queriendo disgustar ni al uno ni al otro, el gobierno chino intensifica sus manifestaciones verbales con respecto a Vietnam del Norte, con el fin de obligar a los rusos a comprometerse.

En realidad, Pekín no se siente descontento al ver que la escalada de los americanos afecta mucho más a los rusos que a los chinos. Estos, en efecto, no pueden ser acusados de haber encontrado armas de procedencia china sobre los campos de batalla.

Pekín no tiene la intención de hacer concesiones a Moscú. Mao Tse-Tung no olvida que la víspera de su encuentro con Nixon, los dirigentes del Kremlin no habían dudado en hacer circular los rumores más escandalosos sobre el comunismo chino. El día anterior al viaje del presidente Nixon a Moscú (22-28 de mayo de 1972), Pekín se siente satisfecho de pagar con la misma moneda a Breznev. China se presenta como el defensor de la retaguardia del pueblo vietnamita, según las declaraciones de una nota publicada por el gobierno de Pekín el 12 de mayo de 1972.

«Mientras el imperialismo americano no ponga fin a su guerra de agresión contra Vietnam y sean cuales sean las formas que pueda tomar esta agresión, ya sea realizada por Estados Unidos directamente o por medio de fantoches, ya se trate de combates terrestres, aéreos o navales, les apoyaremos con toda nuestra fuerza y ayudaremos al pueblo vietnamita en su justa guerra de

resistencia, y esto hasta el fin y hasta la victoria final.

»Como en el pasado, los pretextos escogidos por el imperialismo americano para efectuar una nueva escalada son de lo más absurdo y, si continúan intensificando la escalada de la guerra, el gobierno de Estados Unidos no hará otra cosa que provocar la muerte de un número mayor de jóvenes americanos.

»La decisión del gobierno estadounidense de minar los puertos de Vietnam del Norte constituye un serio atentado contra la soberanía de la República democrática del Vietnam, contra la libertad de la navegación y del comercio internacional, y una violación de la Carta de las Naciones Unidas y del Derecho internacional.»

Aun cuando asegura de esta manera su fiel amistad a los pueblos de Indochina, Mao Tse-Tung manifiesta, por medio de su Primer ministro, Chu En-Lai, que no tiene la intención de participar directamente en las operaciones militares. Ciertamente, Pekín afirma su papel de «retaguardia segura» de los vietnamitas, pero se refiere en especial, al derecho internacional. Esta es también la actitud adoptada por el representante chino en la ONU, Huang-Hua, quien, el 11 de mayo de 1972, declara que las Naciones Unidas no tienen ninguna razón para ocuparse de la cuestión vietnamita.

«La cuestión del Vietnam, escribe Huang-Hua, no guarda ninguna relación con las Naciones Unidas, y éstas nunca se han mezclado en ella desde la Conferencia de Ginebra en 1954. Por lo demás, Estados Unidos no tienen ningún derecho a evocar el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas sobre la legítima defensa.»

Por su parte, la delegación soviética en la ONU se ha abstenido de tomar posición sobre este punto y de oponerse de antemano a un debate sobre la cuestión vietnamita en el Consejo de Seguridad. En realidad, la URSS quiere evitar que se realice la prueba de fuerza que China tal vez hubiese deseado.

A pesar de esta toma de posición, no parece que Moscú haya conseguido un mínimo de benevolencia o de comprensión por parte de Pekín. Con relación a Washington, los soviéticos, a pesar de una nota oficial

que exige «el levantamiento del bloqueo en el plazo más breve», multiplican los esfuerzos para convencer a sus interlocutores americanos de que no pueden ser considerados responsables de la dirección de las operaciones militares en Indochina. Si creemos a Moscú, la ofensiva norvietnamita habría sido lanzada en contra del deseo del Kremlin. De esta forma, las cuestiones más delicadas parecen plantearse ahora en torno a las relaciones de Moscú con Hanoi. En efecto, las diferencias manifiestas entre las declaraciones de Hanoi y de Moscú sobre el bloqueo americano de los puertos de Vietnam del Norte confirman un cambio en las posiciones de ambas capitales. El texto soviético, por ejemplo, no hace ninguna referencia a las propuestas del GRP survietnamita, mientras que Hanoi por el contrario pide que reciban una respuesta positiva por parte de Estados Unidos.

Estas diferencias son el tema central de las conversaciones que se entablan unos días más tarde entre Kossyguin y el jefe de la delegación norvietnamita en París, Xuan-Thuy. Al abandonar Moscú, este último lleva consigo unas nociones muy precisas sobre los compromisos que la URSS está dispuesta a firmar, compromisos que, por otra parte, no son ilimitados. Como contrapartida al respeto de la independencia de Vietnam del Norte, Moscú propone dejar a Hanoi la responsabilidad de sus decisiones y evitar que estas últimas comprometan irremediablemente los objetivos mundiales a largo plazo de la diplomacia soviética.

Fiel a la ley del péndulo, Xuan-Thuy, de regreso a su país, hace escala en Pekín. La acogida que se le dispensa ahora no es más halagüeña que la que se le tributó en el Kremlin, aunque ciertamente se le asegura la amistad y el apoyo del pueblo chino.

Pekín se compromete, por otra parte, a considerar la posibilidad de aumentar su ayuda económica, pero los dirigentes chinos observan una cortés reserva en lo referente a la ayuda militar, insistiendo en la primacía de la guerrilla sobre el empleo de las armas modernas, e incluso nucleares.

No obstante, Pekín hace solemnes promesas en cuanto a una ayuda complementaria, civil y militar. El número de ingenieros y obreros especializados chinos que trabajan en el mantenimiento de las líneas de comunicación y centros de producción del FLN en Tonkín y en otras regiones claves, bajo la protección de las baterías de DCA del Ejército popular de liberación, acaba de ser aumentado de cuarenta mil a cincuenta mil hombres. Sin embargo, Pekín, a pesar de las reiteradas peticiones de Vietnam del Norte, se guarda de enviar brigadas de voluntarios al general Giap, sin duda por temor a hacerse más vulnerable en su frontera noroccidental, donde están concentradas cuarenta y cinco divisiones del Ejército rojo equipadas con armas nucleares.

Sin estar entusiasmado por la «guerra relámpago» emprendida por Hanoi, el gobierno chino hace, sin embargo, todo lo posible para impedir la expansión y la implantación soviéticas en el Sudeste Asiático, las cuales le parecen más peligrosas que la «esquelética» presencia de Estados Unidos. Tal presencia incluso constituye el mejor antídoto contra una hegemonía bilateral de la URSS y del Japón en la península indochina. La suspensión de las hostilidades beneficiaría a Chu En-Lai, pues excluiría el empleo de carros pesados y misiles S.A.M. rusos y permitiría la reanudación de la guerra popular propugnada por Mao Tse-Tung.

Resulta significativo que Pekín esté de acuerdo en este terreno con los sabios y los expertos americanos que, por iniciativa de H. Kissinger, habían redactado, a partir de enero de 1969, un informe secreto de quinientas páginas: el «NSSM-1».

En su análisis, este documento llega a la conclusión de que es mejor dejar que el conflicto indochino «pierda el aliento». De hecho, en lo concerniente al Sudeste Asiático, el punto de vista de Washington está más cerca del de Pekín que del de Moscú, lo cual explica que el presidente Nixon no haya podido llegar a establecer, durante su visita a Moscú, *un modus vivendi* sobre Indochina.

Al haberse convertido «La China de Pekín», tras su

entrada en las Naciones Unidas, en la «República popular de China», el gobierno chino ha decidido desempeñar un papel, si no primordial, al menos de primer orden en el escenario de la política internacional. La apertura de relaciones diplomáticas con la mayoría de los países obliga a Pekín a mantener un importante Departamento de Estado para Asuntos Exteriores. Esta es la razón de que otros cinco viceministros de Asuntos Exteriores se sumen, el 15 de mayo de 1972, a los dos existentes hasta entonces, Chiao Kuan-Hua y Han Nien-Long. Los nuevos viceministros son: Chung Hsi-Tong, antiguo embajador en Praga; Ho-Ying, antiguo director del departamento de Asuntos del Asia occidental y de Africa en el ministerio; Fu-Hao, un economista; Pai Hsiang-Kuo, director general de la secretaría del ministerio; y Chang Wen-Chin, director del departamento de Asuntos de Europa occidental y de América.

Este dispositivo, preparado por Chu En-Lai y aceptado por Mao, está en funcionamiento cuando aparece, el 29 de mayo, el texto del comunicado final de las conversaciones Nixon-Breznev, celebradas en Moscú.

Algunos puntos de este encuentro son de interés para los chinos, especialmente los puntos de concordia y de fricción ruso-americanos concernientes a Extremo Oriente. El Japón es un motivo de preocupación para Washington, mientras que es un punto de interés para los soviéticos. El aumento de su influencia parece justificar la «doctrina Nixon», ya que Tokio toma el relevo de América poniendo en juego toda su potencia e influencia en el tercer mundo asiático. Al mismo tiempo, la expansión nipona inquieta a Estados Unidos, que teme que el compañero se transforme en un rival.

El Kremlin, por su parte, reticente durante mucho tiempo con respecto a Tokio por considerarle demasiado ligado a Washington, percibe ahora el interés de una cooperación, e incluso de una alianza, con la nueva gran potencia de Extremo Oriente. Ella es la única, en efecto, que puede ayudar a la URSS en su política de «contención» de China y de penetración en el Sudeste Asiático.

El gobierno de Tokio ha manifestado en varias ocasiones el interés que tiene por el proyecto del pacto de seguridad asiático, propuesto sin éxito por L. Breznev. Sin embargo, no quiere echar a perder la posibilidad de una normalización de sus relaciones con China, país con el que todavía no ha firmado la paz. Por otra parte, China constituye para los japoneses un mercado inmenso, ambicionado también por los americanos.

Para los rusos, el Japón representa una carta a jugar en el futuro.

En el curso del primer semestre de 1972, los soviéticos rodean prácticamente a China: el Afganistán, la India, Bangla-Desh, Vietnam del Norte. Si, como piensa Mao Tse-Tung, la visita de Nixon a Pekín es interpretada por los dirigentes del Kremlin como un compás de espera en su política del «cerco» de China, los soviéticos pueden proporcionar, un día, cabezas nucleares a los japoneses, si lo estiman necesario para modificar el equilibrio asiático, y cerrar por el Este el bloqueo total de China. Pekín denuncia sin cesar el peligro y no deja de oponerse a la política bilateral, política defendida por Moscú, que se considera el único interlocutor del campo socialista para hablar con los americanos. En realidad, los rusos no pueden admitir que los chinos puedan realizar una política exterior independiente de la suya.

Los chinos, por su parte, creen que la supremacía de dos superpotencias equivale a ejercer un chantaje sobre el resto del mundo y obliga, por tanto, a los demás países, y especialmente a China, a dotarse de armamento nuclear. Por otra parte, no parece que los acuerdos de Moscú sobre los armamentos estratégicos y sobre los misiles hayan logrado convencer a Pekín de que las superpotencias se han hecho menos «amenazadoras».

Sin embargo, el abandono de la política bipolar en favor de la política triangular, Washington-Moscú-Pekín, beneficia a los americanos. Esta es la opinión de un diplomático chino, expresada unos días después de la visita de Nixon a Moscú.

«Nixon hubiera cometido una estupidez abandonando a China para firmar un acuerdo secreto con los rusos en

contra nuestra. No estamos de acuerdo con él en la cuestión del Vietnam o de Formosa, pero no creemos en una alianza ruso-americana contra nuestro país, en la hora actual.»

En realidad, Nixon pensaba en Moscú durante su estancia en China, y en Pekín cuando se encontraba en Rusia. Controlador de la política internacional, Washington se felicita por las divergencias que separan a las dos superpotencias comunistas.

Pero, en lo sucesivo, Pekín no permanecerá con su mirada fija en Asia. Ahora vuelve sus ojos hacia el Mali donde, en Bamako, China tiene firmes partidarios junto a los técnicos chinos y vietnamitas. También observa el Oriente Próximo.

Con motivo del aniversario de la Guerra de los Seis Días, *El Diario del Pueblo,* órgano oficial del partido comunista chino, escribía el 5 de junio de 1972, reflejando el punto de vista del ministerio de Asuntos Exteriores:

«Los pueblos árabes deben tener en cuenta, ante todo, sus propias fuerzas para recuperar los territorios que les han arrebatado los sionistas israelíes.

»Practicando una política que conceda la prioridad a la conservación de la independencia sobre la ayuda exterior, los pueblos árabes podrán contrarrestar todos los complots de agresión, de subversión y de intervención de las fuerzas extranjeras.

»Las dos superpotencias, Estados Unidos y la URSS, se aprovechan de las dificultades temporales de la lucha de los árabes para sacrificar sus derechos nacionales y su soberanía territorial en interés de transacciones políticas y para apoderarse de zonas estratégicas y de las riquezas petrolíferas del Oriente Próximo. Esta es la causa fundamental de la ausencia, desde hace cinco años, de una solución razonable de la crisis del Oriente Próximo. El pueblo chino apoya con resolución a los pueblos árabes en su lucha justa para recuperar sus territorios.»

Una vez que China se ha instalado completamente en el concierto de las grandes potencias, su política exterior sigue siendo dirigida, de hecho, por el Primer ministro, Chu En-Lai, cuyas maneras afables esconden una mezcla de flexibilidad y de dureza. Constructor, hombre de acción y nada soñador, Chu En-Lai es un modelo en materia de acción política, con un sentido ilimitado del detalle. Entra de lleno en los problemas, abandona lo irrealizable y disimula cuando es necesario. Chu En-Lai realizó el trabajo básico en las negociaciones con el presidente Nixon, en estrecha colaboración con Mao entre bastidores. Pero las decisiones últimas fueron tomadas por Mao Tse-Tung, mientras que su Primer ministro aparece, cada vez más, como su eventual sucesor, sobre todo después de la desaparición de Lin-Piao. Este habría encontrado la muerte al intentar huir con sus partidarios a la Unión Soviética a bordo de un avión robado, tras intentar un golpe de Estado contra Mao. Esta tesis ha sido confirmada por unas declaraciones del propio Mao Tse-Tung en abril del año 1974.

EPILOGO

LA MUERTE DE MAO TSE-TUNG

EPILOGO

LA MUERTE DE MAO TSE-TUNG

Antes de cerrar este libro se ha producido un acontecimiento capital: la muerte del gran dirigente chino, Mao Tse-Tung, el 9 de septiembre de 1976, una fecha histórica para China, y también para el mundo, por ser China el país más populoso del planeta —uno de cada tres habitantes de la Tierra será chino hacia el año 2000—, y sobre todo debido a que el comunismo como forma de vida política y práctica es una de las dos o tres principales opciones vividas multitudinariamente por la humanidad en el presente.

Ello nos obliga a terminar este libro con una rápida ojeada a los acontecimientos más recientes que envolvieron la vida de Mao Tse-Tung, así como su muerte, la cual no constituye ninguna sorpresa, en razón de su avanzada edad —ochenta y dos años— y su precario estado de salud y extrema debilidad desde hacía algún tiempo.

Según el neurólogo austriaco Walter Birkmayer, quien visitó recientemente China, el presidente se hallaba aquejado por la enfermedad de Parkinson, responsable de su muerte, opiniones éstas que los chinos no han desmentido, aun cuando rodearon las causas de la enfermedad y muerte de su dirigente máximo de un respetuoso silencio.

«Mao Tse-Tung falleció a las 0 horas 10 minutos del 9 de septiembre, en Pekín», dijo la breve noticia difundida por Radio Pekín y simultáneamente por la agencia oficial de noticias *Nueva China*, tras cinco minutos de adver-

tencia de que se iba a producir una declaración de gran importancia.

La posibilidad del desenlace estaba presente en los corazones de los chinos. Al oír la noticia, uno de cada tres chinos se vistió una banda de luto, y no pocos se adornaron con crisantemos, suprema señal de dolor. La falta de «unanimidad» de tales gestos significa, precisamente, que hubo sinceridad en estas manifestaciones. Pocos días antes, el periódico húngaro *Magyrorszag* había lanzado el globo propagandístico, apoyándose en «fuentes bien informadas», de que Mao había sido depurado y destituido de su puesto, obligándosele a salir de la sede del Gobierno, Pekín. Todo esto fue desmentido casi de inmediato por su presunto sucesor, el primer ministro y jefe del Gobierno, Hua Kuo-Feng. Mao seguía en Pekín; los rumores eran totalmente falsos. El pueblo respiró con alivio.

Pero la Naturaleza había advertido ya sobre la inexorable y próxima desaparición física del «camarada Mao», como él mismo se denomina en su obra más famosa y difundida, el Libro Rojo. Como tal augurio había sido interpretado casi universalmente en la República Popular China el terrible terremoto que el 28 y 29 de julio destruyó a Tangshan y azotó Tientsin y Pekín, con un saldo total de más de un millón de muertos. El sistema de detección de los cataclismos sísmicos, muy perfeccionado en China y que en el pasado reciente ahorró gran número de víctimas en ocasiones semejantes, falló en este caso, por no hallarse la zona tan bien cubierta como el resto de aparatos de predicción de terremotos y de observadores expertos en seguir el comportamiento premonitorio de los animales. La ciudad sagrada, Pekín, no se consideraba una zona como las demás, sometida a contingencias naturales meramente fortuitas, sino, tal vez, como un sismófrago del destino de China... La ciudad misma se salvó milagrosamente; seis millones de habitantes aguardaron pacientemente viviendo en tiendas de campaña hasta que el peligro de nuevos temblores hubo pasado. Los edificios antiguos quedaron intactos. Mao y su Gobierno no se movieron de la ciudad; todo el que deseara abandonar Pekín en busca de una mayor seguridad podía hacerlo en trenes pagados por el Estado. Ninguna ayuda del exterior fue aceptada.

Pero el augurio resultaba estremecedor para los chinos, y posiblemente también para el propio Mao. En el pasado, la muerte de los emperadores, y a veces de dinastías enteras, había sido precedida por terribles fenómenos naturales. A causa de ello, las mujeres de toda China, desde las simples campesinas hasta las esposas de los altos funcionarios, empezaron a confeccionar sus vestidos de luto con el presentimiento de la vecindad de la muerte de Mao.

Gérard Le Quang, articulista de *France Soir*, escribió el 4 de agosto, es decir un mes antes de la muerte de Mao:

> *«Mal augurio para Mao. En el pasado fueron pocos los emperadores chinos que sobrevivieron a los cataclismos.»*

La dinastía Han y la dinastía Ming se extinguieron entre espantosos terremotos. Mao se hallaba, pues, amenazado de muerte, aunque el maoísmo no presenta signos de posible extinción en un futuro próximo. La coincidencia del terremoto con el declive de su salud viene a ser ante todo una señal del carisma que acompañaba a la figura de Mao a los ojos de sus partidarios. Desde antes del terremoto, a partir del 16 de julio, un portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores chino había comunicado la siguiente declaración.

> *«El Presidente Mao Tse-Tung tiene muchos años y está muy ocupado con su trabajo. El Comité Central de nuestro partido ha decidido no organizar reuniones entre el Presidente Mao y las personalidades extranjeras.»*

* * *

La muerte de Mao coincide con el décimo aniversario de la famosa Revolución Cultural que le repuso en el po-

der en 1966. Una segunda Revolución Cultural, menos violenta que la primera, pero imbuida de idéntico significado, parece hallarse en curso. Los acontecimientos están maduros para una nueva explosión de la contradicción entre industria y agricultura, y sobre todo entre burguesía burocrática y proletariado. La cronología del fenómeno arroja las siguientes fechas:

Enero de 1976

A principios del año, el 8 de enero, había muerto Chu En-Lai, la figura número 2 de China, a los 78 años de edad. Su desaparición habría precipitado los enfrentamientos de los meses siguientes. Pero el germen de los mismos hay que buscarlo en el descontento de Mao Tse-Tung al contemplar que se estaba olvidando una de sus más caras convicciones, que él mismo se encargó de recordar una semana antes, el 1 de enero, afirmando que «la estabilidad y la unidad no significaba renunciar a la lucha de clases».

Febrero y marzo de 1976

En los dos meses siguientes, febrero y marzo, se prepararon los hechos: se insinuó el comienzo de la segunda Revolución Cultural y se preparó la caída de Teng Hsia-Ping, primer ministro por entonces. Esta segunda Revolución estuvo directamente inspirada por Mao y se definió como una «continuación y profundización de la Gran Revolución Cultural Proletaria». En medio de este movimiento, la segunda visita de Nixon a Mao, en febrero, pasó casi desapercibida para los chinos.

Abril de 1976

El mes siguiente, abril, estuvo marcado por la caída de Teng, el teórico más inteligente y el hombre más representativo de la tendencia derechista o «pragmática».

Teng Hsia-Ping tenía a su favor el haber sido nombrado como sucesor suyo por el propio Chu En-Lai, el inseparable compañero de Mao. Nadie podía prever, sobre todo en Occidente, la posibilidad de su caída fulminante, que recuerda en cierto modo la de Lin Piao. El eclipse del poder de Teng Hsia-Ping, que ostentaba entre otros el cargo de primer ministro y jefe del Gobierno, heredero de Chu En-Lai, se produjo el 5 de abril; se debió a la desafiante manifestación de la multitud en la plaza de Tien An-Men, en Pekín, la más grande del mundo, tras una intensa campaña de *da zi baos* o periódicos murales, donde se atacaba la línea política de Teng. Hasta el momento de su caída, Teng reunía, lo mismo que Lin Piao en 1969, el cargo de primer ministro y el control efectivo de las fuerzas armadas. La multitud y el desfile de los milicianos provocaron su destitución de todos los puestos que ocupaba —Teng había sido depurado ya una vez, en 1968, por los guardias rojos—. La multitud, en efecto, quemó varios coches, incendió una casa de la plaza Tien An-Men, y apaleó a algunos jóvenes, arrastrando a uno de ellos hasta matarlo y destruirlo completamente: éste había hecho notar que las ideas del difunto y venerado Chu En-Lai eran diferentes de las de Mao (y semejantes a las de Teng). En una palabra, la caída de Teng se produjo bajo la invocación del nombre del propio Chu, que le había designado, y para mayor coincidencia, en un aniversario de la muerte de Chu, fallecido hacía tres meses. La multitud se había reunido para protestar de que alguien, durante la noche, había retirado la corona de flores depositada sobre la tumba de Chu en conmemoración de su aniversario. Al parecer, el error de los partidarios de Teng fue la oposición abierta a Mao y el intento de demostrar que dicha oposición también había sido mantenida por el difunto y amado Chu, cosa que la multitud no estaba dispuesta a aceptar ni a escuchar. El alcalde de Pekín se mostró partidario incondicional de Mao, haciendo un giro de último momento. A ello se sumó una manifestación pacífica de las milicias maoístas, los guardias rojos, dando un claro aviso de que la Revolución Cultural podría repetirse en toda su virulencia.

El 8 de abril Teng fue sustituido por Hua Kuo-Feng, quien ha continuado en el puesto hasta la muerte de Mao.

La sustitución había sido decidida por Mao Tse-Tung en persona.

El nombramiento de Hua se vio acompañado de grandes muestras de alegría popular, por lo que tenía de victoria de la línea maoísta, si bien, en realidad, Hua es un hombre de centro y no se le puede considerar como un enemigo irreconciliable de Teng.

Mayo de 1976

El mes de mayo se caracterizó por la actividad de los guardias rojos y por la fiesta de la Primavera.

Los «guardias rojos», enfervorizados por el décimo aniversario de la Revolución Cultural y por el renacimiento de las tensiones que la habían provocado, parecían prestos a lanzar sus iras contra Hua Kuo-Feng, criticado también por otros sectores como excesivamente moderado. La fiesta de la Primavera o la celebración del Año Nuevo lunar chino, como todas las grandes fiestas tradicionales, avivó en alto grado la sensibilidad popular y permitió recitar ciertos poemas claves de Mao Tse-Tung, escritos hace diez años. También permitió enaltecer los resultados del IV Plan Quinquenal (1971-1975), indudablemente satisfactorios: la producción industrial y agrícola aumentó en un 190 por ciento con relación a 1964, mientras la población sólo aumentó en un 60 por ciento desde 1945. La elevación del nivel de vida está clara a través de estas elocuentes cifras, y de paso recuerda indirectamente, que todo ello se debe a las líneas de acción implantadas por Mao. La situación en mayo trasunta la existencia de una lucha sorda por el poder, o mejor dicho por la dirección de los asuntos estructurales internos de la China comunista. El fenómeno chino es un fenómeno en movimiento donde se hallan en juego concepciones diversas acerca del equilibrio óptimo de las fuerzas sociales.

Junio de 1976

El mes siguiente, junio, ofrece una nota sobresaliente: los rumores sobre la muerte de Mao y sobre el debilitamiento de su poder político. Se dudaba de la verdadera filiación del primer ministro y jefe de Gobierno, Hua Kuo-Feng, pese a que éste había sido nombrado con la aquiescencia de Mao.

Julio de 1976

En el mes de julio se encontraban en su apogeo las celebraciones del décimo aniversario de la Revolución Cultural, utilizándose la ocasión, con machacona insistencia, para resaltar la necesidad de «consolidar los frutos de la Revolución Cultural». El inspirador de esta última campaña era el propio Mao, con intervenciones directas a veces, pese a su malísima salud. El *Diario del Pueblo* se expresaba con extraordinaria energía, recordando en todo momento la lucha de clases, es decir el peligro de la consolidación de la «nueva clase» burocrática y tecnológica china, e insistiendo sobre la afirmación de que «el enemigo está dentro». La paz exterior de la República Popular China no impedía la tensión interior entre dos formas antagónicas de entender el marxismo-leninismo: una forma «capitalista» o «derechista», personificada por el ex dirigente Teng Hsia-Ping, propiciador del incremento y modernización de la producción, junto con otras medidas similares, y una forma «izquierdista», de constantes «reformas estructurales desde abajo», defendida por el maoísmo. Mao ha conservado desde 1966 las milicias obreras y sobre todo campesinas —los guardias rojos— dispuestas a romper, al primer signo dado por Mao, cualquier nuevo orden en el que se amparen las desigualdades sociales, tanto antiguas como de nuevo cuño. Dichas milicias, organizadas y preparadas, vienen a ser un fermento permanente de revolución.

La tendencia «tecnológica» y «capitalista» de Teng, instintivamente defendida por todos aquellos que en base

a la tecnología y burocracia se han labrado una posición en la China comunista, tendencia de la cual Teng no es, o fue, sino un eficaz portavoz, sigue viva hoy frente a la tendencia «popular» e «izquierdista» del mismo Mao y de las capas mayoritarias de la población. El conflicto ha surgido del propio avance y progreso de la nación china.

Agosto de 1976

El mes de agosto transcurrió bajo la impresión de la pronta muerte de Mao.

Septiembre de 1976

En septiembre se confirma la permanencia de Mao Tse-Tung en el poder, tras los rumores sin fundamento de su deposición; los guardias rojos celebran actos públicos, encabezados por Chiang Ching, esposa de Mao, y otros dirigentes maoístas. Días después acontece la muerte de Mao Tse-Tung, en un momento en que su posición se ha afianzado y la tensión con la línea opuesta se ha resuelto a su favor, sin desaparecer del todo.

* * *

Mao Tse-Tung pasará a la Historia como el constructor del comunismo chino y jefe de la República Popular China desde su proclamación hace veintisiete años. La revolución de Mao fue desde un principio predominantemente campesina, y en su raíz continúa siéndolo, pese al intento del *Gran Salto Adelante* en la producción, en los años cincuenta, después de iniciada la trágica pero fecunda colectivización agraria.

En segundo lugar, Mao Tse-Tung pasará a la Historia como el inventor e impulsor de la Revolución Cultural de 1966, y de sus nuevos brotes en 1976: la Revolución Cultural es la puesta en marcha de la «mayoría» para arrasar o frenar —según los casos— la capa burguesa, acomodada, que se forma en lo alto del sistema social por efecto de la tecnología y demás circunstancias inherentes al progreso; el desbordamiento de la «mayoría» renueva de esta manera, al precio que sea, la democracia popular y el idealismo del sistema.

La «senda china al comunismo» está construida de tal manera que la revolución de la «mayoría» resulta siempre posible, y por otra parte ésta se encuentra indoctrinada en grado suficiente como para no desmantelar todo el progreso alcanzado. La Revolución Cultural es un fenómeno que Mao ha dejado fuertemente instituido; cualquier personaje de segunda fila perteneciente a la línea maoísta puede desatarlo en el momento preciso.

Es muy posible que Mao, al pensar en su muerte, no viera nubes en el horizonte a causa de su desaparición, ya que él mismo había predicho la necesidad de la «lucha de clases» entre izquierdistas y derechistas —proletariado y burguesía— dentro del comunismo chino. En vida no se preocupó de colocar una mayoría de izquierdistas en los puestos clave de la dirección china —pese a que Wang Hong-Wen, izquierdista, es hoy la figura número 2 de China, después de Hua Kuo-Feng, en el momento de la muerte de Mao—, a fin de no desvirtuar la pureza del movimiento «desde abajo» del izquierdismo. Incluso dentro de mil años, había dicho Mao, habrá necesidad de hacer la revolución. Bien entendido que esta revolución se entabla entre dos facciones comunistas, es decir, básicamente concordantes.

No debemos dejar de recordar la otra cara del comunismo chino: la austeridad total implantada por Mao Tse-Tung en todos los órdenes, la exclusión, de hecho, de la «felicidad» personal de entre los objetivos de la vida, así como la fría muerte de más de 28 millones de chinos: chinos burgueses y agricultores disconformes con el abandono de sus costumbres tradicionales.

Para terminar escogeremos una de las muchas máximas, sin duda una de las más importantes del líder chino: «atreverse a ir contra la corriente»; he aquí un resumen de sus consejos, siempre y cuando se entienda la «contra corriente» desde el punto de vista de las masas populares,

y no de la clase acomodada: «Si el revisionismo se impone en China —dijo Mao Tse-Tung hace algunos años—, volveré de nuevo a Chingkangshan y recomenzaré la guerrilla.»

No olvidemos que estas palabras pertenecen al jefe de la potencia más grande del mundo, dotada de una idiosincrasia propia y cuyo peso, en el concierto de las naciones, irá en aumento necesariamente, más allá de todo límite previsible.

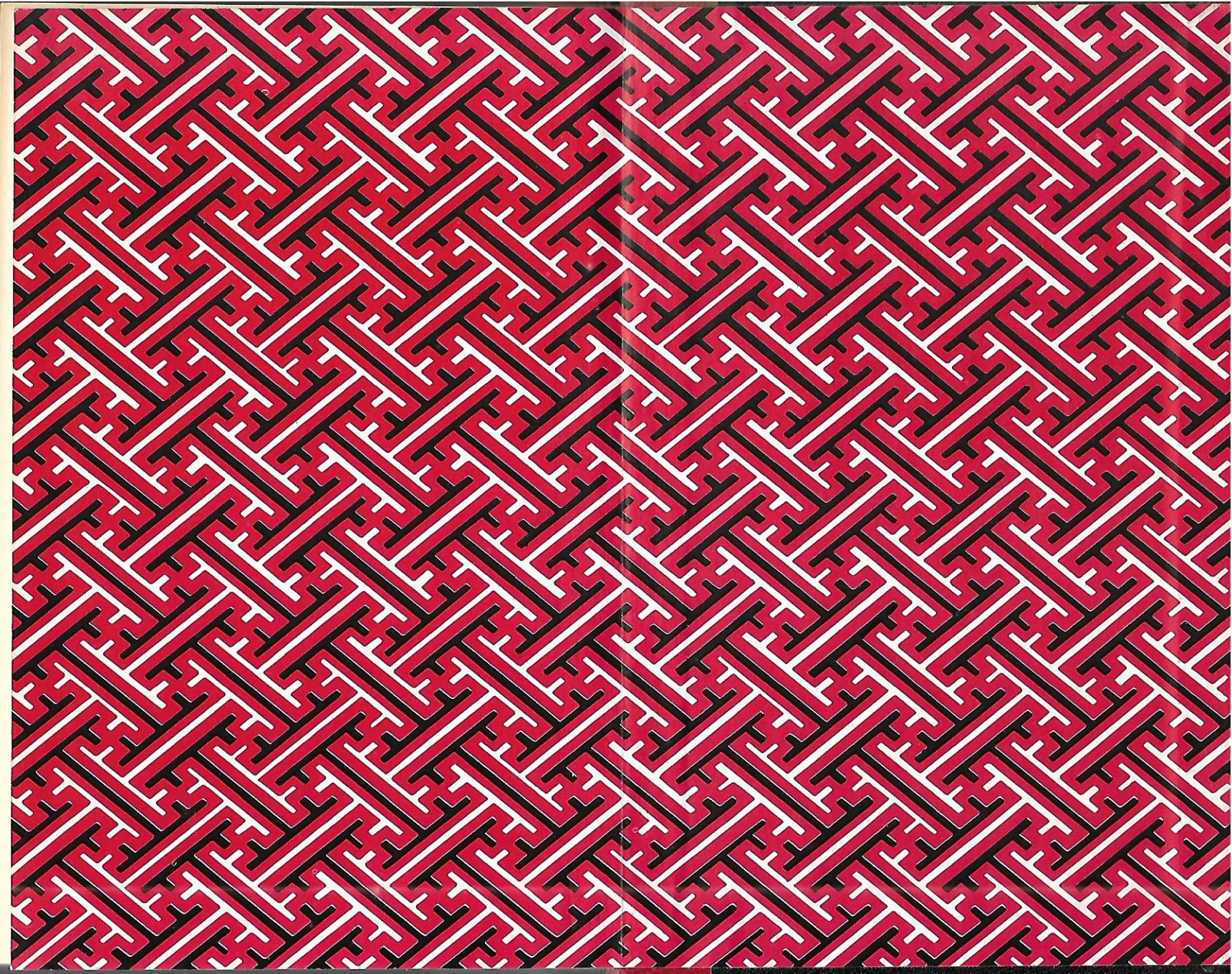
INDICE

1. ¡Ya estamos en pie! 7
2. Las hormigas azules 17
3. El gran vencedor de Corea 27
4. Gran teórico del Marxismo-Leninismo 35
5. El «gran salto hacia adelante» 45
6. La bomba atómica china 59
7. La Revolución Cultural 67
8. El fin de los Guardias Rojos 123
9. El gran giro: el encuentro Nixon-Mao 165

Epílogo. La muerte de Mao Tse-Tung 241

Esta obra ha sido confeccionada por
el CIRCULO DE AMIGOS DE LA HISTORIA,
según maquetas originales propiedad de
Editions Ferni, Genève.
Ha sido compuesta en tipo Times del cuerpo 9.

Esta edición está exclusivamente
reservada a los suscriptores.

Es propiedad de
LOS AMIGOS DE LA HISTORIA

Impreso y encuadernado por
Printer, industria gráfica sa Tuset, 19 Barcelona
Sant Vicenç dels Horts 1976
ISBN 84-225-0106-6 (colección completa)
ISBN 84-225-0109-0 (vol. III)
Depósito legal B. 39658-1976 (III)
Printed in Spain